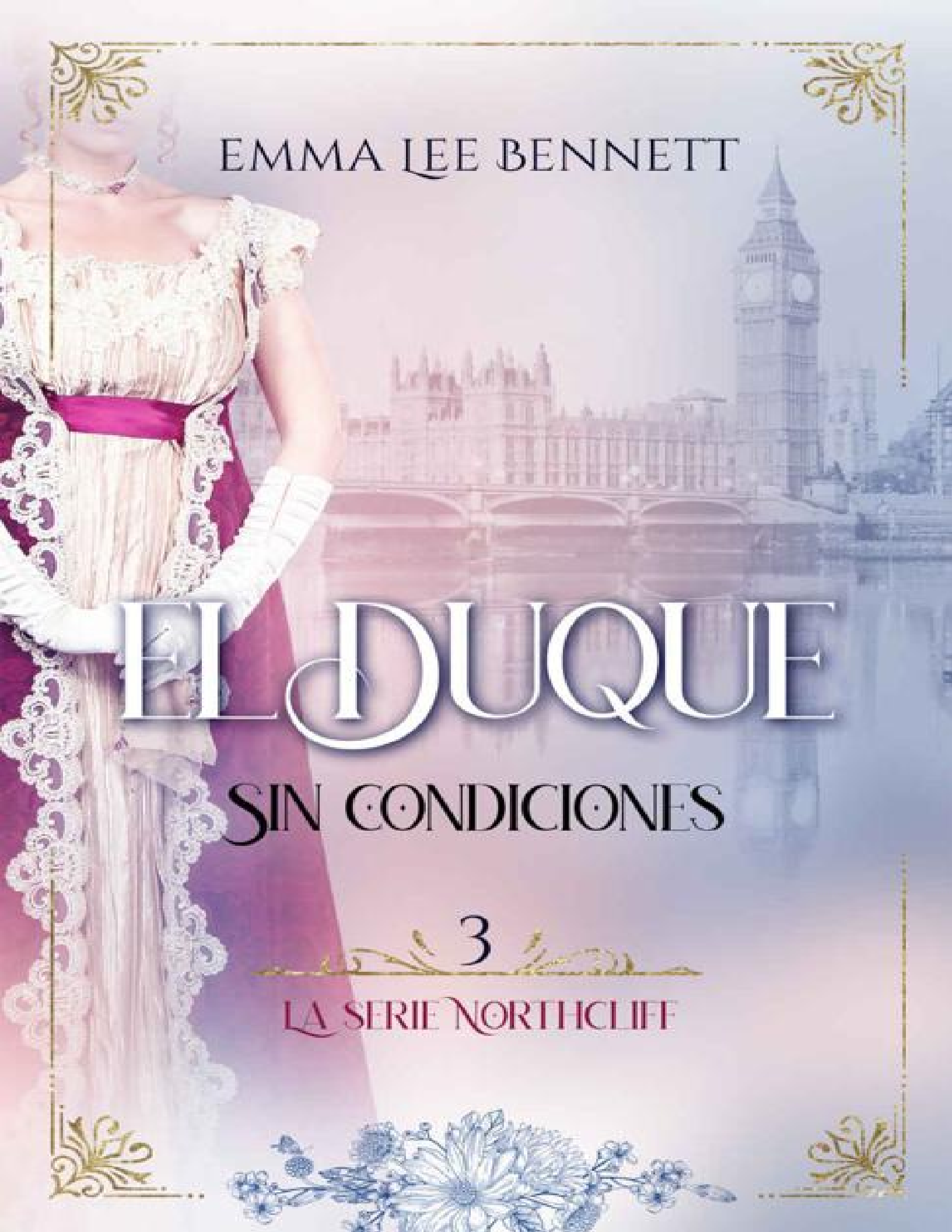

EMMA LEE BENNETT
EL DUQUE
SIN CONDICIONES
3
LA SERIE NORTHCLIFF

EL DUQUE
SIN CONDICIONES

EMMA LEE BENNETT

La Serie Northcliff

Contenido

Página del título
Personajes
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Conclusión
Agradecimientos

Redactora: **Silvia Sirolini**
Diseño gráfico: **Angelice Graphics**

Imágenes con licencia: Period Image.com
Código de imagen: 2016-05-25_10.03.50-2
Código de imagen: 2016-06-29_16.29.12-1

Imágenes con licencia: Stock.Adobe.com
Fotógrafo: Pawel Pajor
Código de imagen: 138899996

© 2020 Emma Lee Bennett
Primera edición (en italiano): agosto de 2016
Segunda edición (en italiano): mayo de 2017
Tercera edición (en italiano): junio de 2019
Cuarta edición (en italiano): enero de 2020
ISBN 9798614534837

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora y se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.
Toda referencia a acontecimientos y personajes históricos ha servido para dar realismo a la obra, pero toda opinión sobre ellos, expresada por los personajes, es totalmente ficticia.

A mi marido y a mis hijos
que con amorosa paciencia y comprensión
me han acompañado en mi viaje como escritora.
¡Gracias!

Personajes

Los Northcliff, escoceses
Keiran Cole MacKendrick, duque de Northcliff, marqués de Lothian
Colin Roy MacKendrick, hermano de Keiran
Ailbert Derek MacKendrick, padre de Keiran, el viejo duque de Northcliff
Bridget Aileen MacNaughton, madre de Keiran

En el hogar de los Northcliff
Angus Ramsay, mayordomo
Agatha Brodie, ama de casa
Lorna Wood, comadrona
Elsie Duff, niñera
Annis, hija de Elsie Duff
Lorna Begbie, cocinera
Mary y Christel Connelly, sirvientas
Lawrence Boyd, médico
Owen Wilson, campesino
Ben Wilson, hijo de Owen, camarero personal de Keiran
Tremaine, caballerizo
Willie, ayudante del caballerizo
Steve, valet
Calum y Marion Dunbar, campesinos
John Saunders, sacerdote católico
Jinny, nueva camarera
Abuela Homa, madre de Asabi, abuela de Pitch
Asabi, madre de Pitch
Malik Sikulu, hermano de Pitch
Zaynab, Beyruud, Caroline, Jonathan, rescatados por Keiran
Mrs. Mitchell, modista de Edimburgo
Hugh Foster, *Bow Street Runner*

Los Hereford, ingleses
Eleonor Grace Hambrook, hija del conde de Hereford (Nicholas)
Nicholas Hambrook, padre de Eleonor Grace, conde de Hereford
Sophie Addison, madre de Eleonor Grace, condesa de Hereford
Ernest Hambrook, hermano de Nicholas, conde de Hereford
Martha Bradford, esposa de Ernest, condesa de Hereford
Andrew Hambrook, hijo de Ernest y Martha, conde de Hereford
Nancy Jane Hambrook, hija de Ernest y Martha
En el hogar de los Hereford en Ashford
Adam Jenkins, mayordomo de Roman Way House
Isaac Phillips, médico en Ashford y Londres
Emily Morris, cocinera
Timothy Preston, médico suplente
Hettie, sirvienta personal de Eleonor Grace
Mrs. Appleton, modista en Ashford

En casa de los Hambrook en Londres
John Simmons, mayordomo
Sarah, sirvienta personal de Martha
Freddie, camarero personal de Andrew
Maggie, sirvienta personal de Nancy Jane
Mr. Stanfield, secretario de Ernest

Otros
Daniel Johnson, mejor amigo de Keiran, marqués de St. James
Cyrus Campbell, marqués de Wiltshire
Winifred Condell, marquesa de Wiltshire
Lawrence Campbell, hijo de Cyrus y Winifred, conde de March
Alice Campbell, hija de Cyrus y Winifred
Mathilda Bradford, hermana de Martha, vizcondesa Queensbury
William Leight, conde de Bath
Olivia Grey, condesa de Bath
Georgia Leight, hija de William y Olivia
Patty, doncella de Georgia
Constance Gray, hermana gemela de Greta, hermana de Olivia
Greta Gray, hermana gemela de Constance, hermana de Olivia, condesa de Oxfuird, esposa del conde de Oxfuird
Lavinia Russell, amante del viejo duque de Northcliff, viuda condesa de Portland
Simon Calter, hijo de Lavinia, conde de Portland
Martin Stevens, secretario de la condesa de Portland
Philippa Evan, primera amante de Keiran, viuda condesa de Wilmot
Eve Chapman, segunda amante de Keiran, viuda marquesa de Grafton, hija mayor del conde de Lennox
Gabriel Chapman, hijo del conde de Lennox, vizconde Hamilton
Arabella Chapman, hija del conde de Lennox
Sarah Chapman, hija del conde de Lennox
Anthony Fellow, abogado de lord Hamilton
Edward Harris, Mayor de la Royal Navy
Mathilda Stone, hija del vizconde Gascoyne
Mary Barnes, hija del reverendo Barnes
Emily Barker, falsa sobrina del marqués de Spencer
Abigail Palmer, hija de Thomas y Theodora, baronesa Douglas, esposa del barón Douglas
Simon Wilkinson, abogado de los Northcliff, de los Hereford, de St. James
George Peterson, ayudante del abogado de Wilkinson
Perceval, primer Ministro
Michael Stevens, hermano gemelo de Martin, secretario de Perceval
Anthony Landon, padre de Caroline
Nijenjui, propietario chino del fumadero de opio
Peter Beker, periodista
Maria Vitale, modista en Londres

Los barcos del duque de Northcliff
Bride, Eleonor Grace, Bloody Mary, Black Flower, Butterfly, The Flying Queen

Los barcos del marqués de St. James
Water Rat

Los barcos del marqués de Wiltshire
Blue Sky

A bordo del «Eleonor Grace»
Stone, contramaestre
Gideon, cocinero
Pitch, porque es negro como la «pez», somalí, hijo de Asabi, su nombre real es Wanjala Sikulu
Moro, musulmán, oscuro de piel
Rabino, inglés judío
Club, es decir «clava»
Rugoso, por la cara picada por la viruela
Casanova, Tony, el rompecorazones
Fraiser, boticario, amante de las hierbas medicinales
Shorty, es decir «corto», sardo, de nombre real Efisio
Leonardo, florentino, porque tiene adoración por Da Vinci
Los niños, Sammy y Cody, deshollinadores rescatados de su triste destino
El chico nuevo, Jesse

Capítulo 1

30 de diciembre de 1811

Eleonor entrecerró los ojos y la tenue luz de la mañana le atravesó las pupilas. Se tapó con la manta, pero un ruido procedente del baño la hizo salir.

—¿Key?

—No, Eleonor, soy yo —sonrió Hettie—. Lord Northcliff ha dado orden de dejaros dormir y de que toméis el desayuno en vuestra habitación.

Eleonor bostezó, agradecida a su marido por su consideración. Apartó las mantas y el aire frío que la golpeó le recordó que estaba desnuda.

Hettie le tendió la bata y mostró una expresión alegre.

—Te veo alegre esta mañana, Hettie.

—Quizá sea porque me alegro de que Ben no se vaya con el duque.

—¿Por qué no? Entonces, ¿tú tampoco vienes conmigo, Hettie?

—Creía que lo sabíais, Eleonor.

—No lo sabía.

La doncella le sirvió la leche y le explicó:

—Parece que la presencia de mujeres a bordo no es un buen augurio. El Duque ha decidido complaceros, pero pedirle que lleve también a la doncella...

—Lo he oído.

—Sí, pero su excelencia os tiene mucho aprecio y decidir llevaros ha sido un gesto valiente.

—¿Y Ben? ¿Por qué no acompaña al duque?

—Fue lord Northcliff quien lo decidió. Nosotros, Ben y yo, creemos que el duque lo decidió así para no tener la comodidad de un lacayo a bordo, ya que vosotros tampoco la tendréis.

Eleonor comenzó a desayunar muy despacio.

Los pensamientos se superponían, alejándola de la realidad, mientras tomaba conciencia del extraordinario y placentero acontecimiento que había marcado su noche anterior. Recordó cada detalle con precisión y se avergonzó de desear que volviera a ocurrir. Cogió impetuosamente una rebanada de pan tostado y la untó con mermelada, tratando de hacer una lista mental de cosas que hacer antes de partir.

—¿Dónde está lord Northcliff?

—Salió temprano para ir a montar a caballo —le contestó la doncella, que estaba eligiendo un vestido para ella del guardarropa.

A Eleonor le habría encantado verlo y, por un momento, se planteó unirse a él, pero tenía tantos asuntos que atender. Se lavó y vistió rápidamente, y luego salió de la alcoba a paso ligero.

* * *

Lord Roy MacKendrick llamó a la puerta de lady Alice. Inesperadamente, fue la marquesa quien la abrió.

—¡Buenos días, lady Wiltshire! Le prometí a lady Alice enseñarle el paseo de ronda esta mañana, por supuesto con vuestro permiso.

—Buenos días, lord MacKendrick. Alice está casi lista, pero me temo que aún tiene que...

—¡Buenos días! Alice se acercó a la puerta con el chal en una mano y una tostada en la otra:

—¿Puedo irme, *maman*?

—No has terminado de desayunar, querida —le señaló su madre.

—Lady Alice, esperaré a que terminéis.

—No, no. Con el pan me basta. ¿*Maman*?

—Muy bien, entonces. ¡Pero llévate la capa, por el amor a la bondad! Lord MacKendrick, os ruego que no os entretengáis mucho.

—¿Media hora como mucho estaría bien, lady Wiltshire? —preguntó Roy de sopetón para hacerle saber que debía estar tranquila.

—Incluso una hora, considerándolo todo —respondió la marquesa ya más relajada. Tengo plena confianza en vos.

—Os estoy eternamente agradecido por la confianza que depositáis en mí. ¿Podemos irnos ya?

Lady Wiltshire suspiró, esperando que fuera la definitiva. Observó cómo se alejaban lentamente, charlando de esto y de aquello.

—¿Una hora? ¿Cómo lo habéis hecho? —susurró Alice, subiendo las escaleras.

—Siempre apunto bajo con ciertas madres formales y vigilantes: admiran mi modesta cautela y se sienten seguras dejando a sus hijas en mis manos.

—Parece una práctica a la que estáis bastante acostumbrado, lord MacKendrick. ¿Cuántas veces la habéis empleado como estrategia? ¿Y a cuántas doncellas habéis despedazado?

Roy se rio.

—¡Qué divertida sois! Ninguna víctima, al menos no de gravedad.

—Hum, no sé si mi madre ha hecho bien en confiar en vos.

Llegaron a la escalera que conducía a la puerta de madera.

Roy la abrió de par en par y a Alice le alcanzó una luz deslumbrante causada por el resplandor de la nieve.

Salieron al frío y volvieron a cerrar la puerta.

—No creo que necesitemos una hora después de todo. Hace demasiado frío para teneros aquí más de veinte minutos, lady Alice.

—En el tiempo restante podríamos hacer otra cosa, ¿de acuerdo?

—Me apunto. Venid a ver la vista hacia el mar —le propuso ofreciéndole la mano.

Alice tomó su mano de buen grado, pues tenía dificultades para caminar con la nieve tan alta. Se acercó a la muralla del camino y miró hacia el mar: estaba oscuro y agitado, y a lo lejos el barco del duque se mostraba en todo su esplendor.

—¿Es cierto que vuestro hermano, el duque, os confía uno de sus barcos?

—Sí.

—¿Lo dirigís vos?

—No lo dirijo —rio Roy—. Soy su capitán.

—¿De verdad? —preguntó ella sorprendida, abriendo sus ojos de un vivo azul.

—Sí, de verdad. ¿Por qué os sorprende tanto?

—No lo imaginaba, normalmente los capitanes tienen una edad más avanzada.

—Lady Alice, perdonad que os lo diga, pero tenéis una auténtica fijación con la edad.

Alice inclinó la cabeza, avergonzada.

—Tenéis razón. Es más fuerte que yo.

—No importa —sonrió con benevolencia—. ¿Tenéis frío? ¿Queréis volver a entrar?

—¡Para nada! —respondió ella, empezando a caminar por el perímetro.

Permanecieron en silencio durante unos instantes.

—Deteneos ahí. Desde aquí se ve el vial que lleva al castillo. ¿Lo veis?

Alice se asomó.

—Sí, pero... si aquellos son su excelencia y el marqués de St. James. ¿Nos verán?

—¿Queréis que nos vean?

—¡Llamémosles para saludarles!

Alice era una delicia, sobre todo la frescura con la que lo hacía todo para divertirse.

—De acuerdo, lo haré —dijo Roy, se quitó un guante, metió dos dedos en la boca y emitió un silbido largo y agudo.

—¿Cómo lo hacéis? ¿Me enseñaréis?

—Ahora sí, ¡ahora nos están mirando!

—¡Sí, es verdad!

Alice levantó un brazo en señal de saludo, saltando de alegría. Roy vio que Keiran y Daniel levantaban una mano en respuesta.

—¿Entonces? ¡Enseñadme!

—Lady Alice, no creo que eso sea algo que una señorita decente deba aprender. De hecho, yo no debería haber silbado de esa manera y estoy seguro de que estaréis de acuerdo conmigo en que sería prudente que no se lo dijéramos a vuestra madre.

—¡No os daré tregua, lord Roy, os lo juro! —exclamó ella—. Le cogió del brazo con las dos manos y repitió de nuevo—: ¡Enseñadme!

Roy la miró indeciso.

—Ay, me voy a meter en un lío, lo presiento.

—¡Viva! ¿Cómo debo hacerlo?

Roy suspiró.

—Mientras tanto, quitaos el guante. Bien. Ahora poned los dedos así, como los míos, más juntos.

Le colocó los dedos finos y blancos.

—Ahora haced así —le dijo, metiéndoselos en la boca y soplando.

Ella le imitó, emitiendo un siseo.

—No funciona.

—No es fácil, lady Alice. Requiere práctica. Yo lo conseguí después de intentarlo muchos días. Y Keiran se reía a carcajadas porque, además de sisear, escupía saliva. No era un espectáculo agradable.

Alice también se rio, divertida. Luego volvió a llevarse las manos a la boca y lo intentó de nuevo. Nada. Se puso a caminar junto al muro y lo intentaba de vez en cuando.

—Si nada lo impide, no escupiré —murmuró, intentándolo de nuevo.

Roy la observaba y la encontraba bulliciosa, exactamente como había sido antes de la llegada de lord Bath; de no ser por los movimientos de niña, también la habría calificado de hermosa. Sabía que bajo la capa se escondía un cuerpo generoso y bastante curvilíneo, pero el hecho de que aún no se sintiera mujer le restaba puntos.

—No veréis el momento de regresar a Londres para la temporada.

—La verdad es que no.

Roy mostró una expresión de asombro.

—¿Por qué?

—No me entusiasma la idea de verme rodeada de unos jóvenes educadísimos que solo ansían mi dote. Y, a decir verdad, me aburren.

—Aún sois muy joven —sentenció Roy, marcando cada palabra a propósito. Le molestaba el atrevimiento de lady Alice al juzgar a los hombres, como él, solo por su edad, sobre todo porque ella misma era realmente joven y parecía más joven de lo que era debido a sus actitudes infantiles.

—¿Cuántos años tenéis?

Alice abrió mucho los ojos, mostrando un asombro con expresión contrariada.

—No deberíais hacer una pregunta así.

—¿Cuántos?

Alice volvió la cara, molesta.

—Veintiuno.

—¿De veras? Parecéis más joven.

—¿Qué?

—No en apariencia, desde luego. Pero vuestro temperamento y vuestros movimientos... —declaró mirándola con suficiencia, dejando oportunamente la frase en el aire. Estaba decidido a hacerle abrir los ojos de la manera más impactante posible para que entendiera lo que Bath estaba haciendo con ella.

—¡No sois nada amable!

—Digo lo que pienso. Si preferís que mienta, entonces diré que sois una mujer madura.

—¡Personas mucho mayores que vos me consideran extremadamente madura!

—¿Quién? ¿El conde de Bath? Siento informaros de que eso se lo dice a todas las jovencitas inexpertas a las que intenta seducir.

Ante aquella cruda verdad, Alice abrió la boca de par en par, se puso primero roja y luego blanca.

—No os creo.

—¿Sabéis lo que ocurre entre un hombre y una mujer, lady Alice?

—Pero cómo os atrevéis...

—Bien. Lord Bath mantiene, digamos, relaciones de ese tipo con varias jovencitas como vos. Durante su estancia aquí, tuvo dos. Además de su esposa, por supuesto. —Roy se detuvo, sintiendo lástima por el rostro confundido y consternado de la joven, y se reprendió a sí mismo por haberle contado ciertos detalles escabrosos, aunque fuera en un intento de ayudarla a comprender. Apartó la mirada de ella y comenzó a caminar en silencio.

Alice se quedó donde estaba, con la mirada perdida en la nieve blanca que cubría el suelo, los ojos llenos de lágrimas. Lord MacKendrick mentía. Lord Bath era un hombre bueno, gentil y agradable. Tenía que hablar con Eleonor para hacerle saber que el hermano del duque intentaba desacreditar al conde.

—Me gustaría volver a entrar —le pidió en voz baja y temblorosa.

Roy suspiró. Se acercó a ella y le entregó su pañuelo, que ella tomó con brusquedad. Luego se dirigió a la puerta y la dejó pasar. La vio bajar rápidamente, agarrándose a la barandilla de hierro, y caminar hacia el rellano y las escaleras que llevaban a su piso. Desapareció de su vista.

Roy se detuvo: lamentaba haberla herido, pero al menos ahora lo sabía.

* * *

—Le dije que esperaría a su regreso antes de hacer oficial el compromiso, con su hermano de por medio —le explicó Daniel.

Keiran lo miró. Los ojos dorados de su amigo le indicaban que iba a añadir algo más.

—Pero no lo haré. Iré directamente a Hereford y le dejaré las cosas bien claras.

—Haces bien, Wolf.

Caminaron a pie y en silencio durante unos minutos, con los caballos sujetos por la brida.

—Bath ha dejado embarazada a la criada de su hija. Eleonor la mantendrá aquí para ayudarla.

Daniel se detuvo atónito.

—¡Me dejas de piedra! Hay muchos aristócratas que tienen aventuras con criadas, pero cuando la criada es una chiquilla...

—Foster me ha informado esta mañana de que el conde ya no está con los Oxfuird. Dejó su residencia anoche, solo, y se dirigió a Londres a caballo.

—¡Tenías razón, Blake! ¡Ha mordido el anzuelo!

Se miraron el uno al otro con comprensión, sabiendo que lo que descubrirían a partir de ese momento sobre aquel escurridizo hombre confirmaría las vagas sospechas de antes y daría comienzo a una serie de desagradables acontecimientos.

—Foster volverá contigo —afirmó Daniel.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó Keiran con una sonrisa sesgada.

—Mi prometida. Obviamente, a través de su criada, que está liada con Foster.

—Obviamente.

Un agudo silbido, que Keiran reconoció al instante como el de su hermano, les obligó a mirar hacia el castillo.

Roy estaba de camino a la ronda con lady Alice.

—Pronto se quitará al conde de la cabeza —dijo Daniel, al ver el entusiasmo de la joven lady Alice al saludarlos.

Keiran les saludó a los dos.

—Puedes contar con ello: le diré a Eleonor que le hable con claridad.

—Me refería a que será Roy quien le haga olvidarlo.

Keiran lo miró con el ceño fruncido.

—No quiero que se case tan pronto. Y él lo sabe.

—Bueno, si lo sabe, entonces...

—¿Te estás burlando de mí, Wolf?

—¡En absoluto!

—¿Crees que hará lo que le plazca?

—La verdad es que sí, Blake, pero solo si encuentra a la mujer que lo haga perder la cabeza.

Keiran tomó nota de la valiosa opinión de su amigo y decidió que Roy debería partir al mar lo antes posible.

* * *

—Lady Northcliff, vuestra prima os necesita, está en la alcoba de Lady Alice —dijo Maggie mientras esperaba junto a la puerta de la cámara ducal.

—¡No, Maggie! ¡Ahora no puedo! Dile que iré a verlas en cuanto termine de meter mi ropa en esta caja —replicó Eleonor con voz quebrada por el cansancio mientras apilaba su ropa—. ¡Malditas sean esta caja y su pequeño tamaño! ¿No podemos encontrar una más grande en ese polvoriento desván? Eso me hace preguntarme por qué nunca lo limpian. Hettie, recuérdame que ordene a los sirvientes que se encarguen.

—Lady Northcliff, de verdad, creo que deberíais venir —insistió Maggie.

Eleonor se levantó de su incómoda posición y miró a la doncella.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha reñido con lord St. James? ¿Otra vez?

—No, se trata de lady Alice. Bueno, yo no debería saberlo, pero he oído el nombre de lord MacKendrick. Claro que, entre los sollozos, puede que lo haya oído mal.

—¿Lady Alice lloraba?

—Oh, sí, ¡como una Magdalena!

Hettie le dijo:

—Marchad. Yo lo acabaré.

Eleonor suspiró y siguió a Maggie, despreocupada por su aspecto desaliñado: llevaba un vestido raído, algo desteñido y ahora polvoriento; su cabello, apenas sujeto por una varilla que había encontrado en el portaplumas del escritorio de su marido y cuyo uso no comprendía, caía suelto.

Maggie llamó a la puerta de la alcoba de lady Alice y, cuando se abrió, Eleonor entró sin miramientos.

Nancy se sentó junto a su amiga en la cama y la miró con lástima y resignación.

—¿Qué ocurre?

—¡Oh, Eleonor! —explotó Alice al correr a su encuentro.

Eleonor la abrazó y la mantuvo así, leyendo los signos que Nancy le hacía.

—*¡Lord MacKendrick le acaba de decir, a las claras, que lord Bath se veía con dos jovencitas aquí en el castillo!*

Eleonor abrió los ojos de par en par, asombrada: nunca habría pensado que Roy fuera capaz de tal descaro e impetuosidad. Y sin embargo, se dio cuenta de que era bueno que Alice lo supiera de una vez por todas, y de que alguien la hubiera sacado de su letargo juvenil.

—Cuéntamelo todo, Alice. Sentémonos.

—Estoy un poco triste. Me estaba encariñando de lord Bath.

—No te encariñes de un hombre casado, Alice —replicó Eleonor con suavidad.

—¡Se trataba de una mera amistad, y siempre se mostraba correcto y servicial!

—No lo pongo en duda.

Alice la miró un momento y, presintiendo algo que no le iba a agradar, apartó la mirada, con los labios temblorosos por el llanto.

—A ti no te gusta lord Bath.

—La verdad es que no.

—Me sentía a gusto con él. Me gustaba charlar con él y que me escuchara. ¡Sé que a todos os parece censurable que yo le encontrara tan interesante!

—¡Oh, no, cariño! —exclamó Eleonor, acariciando la mejilla de la joven, sonrojada por el roce de su pañuelo—. No creo que sea desagradable tu pasajera afición por el conde. Lo que sí me parece censurable es que se interese por ti y por las jóvenes de tu edad.

Alice la miró asustada. Empezaba a asaltarle la vaga sospecha de que lord Roy no mentía.

—No comprendo.

—Parece ser una muy mala costumbre del conde buscar la compañía de jovencitas que podrían ser sus hijas.

—¡Él no hacía nada malo! Hablábamos y yo le escuchaba. Él es muy infeliz a causa de su esposa.

—Sí, lo sé, Alice —la interrumpió Eleonor con una sonrisa maternal, tratando de no disgustarla demasiado—. Lo sé todo. En realidad me enteré por Patty, la doncella de lady Georgia, que llevaba al menos un año manteniendo una aventura con él.

Alice abrió los ojos como platos, no dando crédito a lo que oía.

—No me lo creo. Me dijo que le habría encantado pasar más tiempo conmigo.

—Alice, ¿más tiempo contigo? ¿Y cuándo, cielo? ¿Entre los ratos de diversión con Patty, que lo recibía en su cuarto por la noche, y los intentos de seducir a la jovencísima criada nueva que había contratado Mrs. Brodie, que solo tiene trece años? ¿O cuando no estaba con su esposa?

Alice empezó a sollozar, tapándose los oídos para no oír aquellas inmundicias.

—¡Basta!

Eleonor le pidió a Maggie que le pasara un vaso de agua y se lo entregó a la desesperada muchacha.

Alice lo cogió, visiblemente nerviosa. Bebió un sorbo, derramando una buena cantidad sobre su vestido, y Nancy se lo quitó ante el riesgo de que se le cayera.

Eleonor le tomó las manos y pronunció en voz baja:

—No te enfades conmigo o con lord Roy por decirte la verdad, Alice. Si hubiéramos seguido repitiéndote que el interés del conde por ti era inapropiado, habrías seguido creyendo en su buena fe. Ahora conoces de verdad a lord Bath.

La duquesa de Northcliff, aunque despeinada y polvorienta, se levantó con aire altivo, segura de haber hecho lo correcto por su joven amiga.

—*Quédate con ella, Nan*.

Nancy asintió con la cabeza.

* * *

Hugh miraba el contenido del baúl y tomaba nota mental de lo que había metido en él. Solo llevaría ese equipaje, aparte de otro baúl del que nunca se separaba y que contenía todo su equipo de *Bow Street Runner*, pero lo había cerrado en cuanto Maggie llamó a la puerta.

Ella se quedó mirándolo. Había venido solo para despedirse: él iba a embarcar en el «Eleonor Grace» con Shorty y el Moro, donde llegarían en un bote.

Hugh se volvió para mirarla.

—Qué silenciosa eres.

—No tengo nada que decir —respondió ella con una sonrisa forzada.

—Pues yo creo que sí. Te admiro por el autocontrol con el que te esfuerzas en no parecer posesiva

—¿Posesiva? Yo no diría eso. Te equivocas.

Inesperadamente, él sonrió y la atrajo hacia sí para besarla. Fue un gesto afectuoso y tierno, el dulce saludo de dos amantes unidos por algo que ni siquiera ellos comprendían.

—Vendré a verte en cuanto regrese, Maggie.

—Si no lo haces, lo entenderé.

—He dicho que vendré.

Maggie le abrazó con fuerza.

* * *

—*No debes preocuparte tanto, mamá. Lord St. James dijo que esperaría a que volviéramos para hablar con Andrew. Ya verás, todo se arreglará*. —Nancy parecía serena y tranquila. La influencia del fuerte y decidido temperamento de Daniel le había infundido valor y confianza. Estaba segura de que él lo arreglaría todo.

—De acuerdo, cariño, pero ya sabes lo vulnerable que soy con Andrew.

—*¡No cuando decides hacerte valer!*

—Eso ha pasado muy pocas veces, Nancy Jane.

—*En cualquier caso, Danny se encargará de todo... el marqués de St. James.*

—¡Espero que no le llames así cuando estéis juntos! —exclamó Martha, fingiendo escandalizarse.

Nancy sonrió, sabiendo que su madre no podría hacer más que regañarla por incumplir una norma así, pero mentir sería inútil.

—*¡Claro que sí! Y no empieces a despotricar, porque sé que me entiendes, ¡tú habrías hecho lo mismo!*

—¡Oh! ¡Te has convertido en una niña terrible!

—*No, he crecido. Soy una mujer, madre, lo aceptes o no* —respondió Nancy, tomándole las manos.

Martha la miró con el ceño fruncido, pero la dulzura de la expresión de Nancy Jane la doblegó.

—Te pareces tanto a tu padre.

Se abrazaron con fuerza y permanecieron así un minuto, hasta que Martha oyó alejarse un carruaje.

—¿Quién abandona el castillo esta mañana? —preguntó a su hija.

Nancy se levantó y fue a mirar por la ventana: ¡el carruaje de Daniel!

—*Es Daniel* —movió los labios en silencio, mirando con ojos desconcertados a su madre—. *¡No se ha despedido de mí!*

Martha se llevó las manos al pecho en un gesto teatral, como si quisiera compartir aquel momento de desesperación con su hija.

Nancy corrió hacia la puerta y bajó los escalones de dos en dos, con la falda por los aires. Llegó a la entrada, abierta de par en par, y saltó al exterior, sobrecogida por el aire gélido.

En ese momento, el duque de Northcliff estaba ante ella. Vio los ojos muy abiertos de la muchacha, la respiración entrecortada que le hacía palpitar el pecho y la expresión confusa y perdida de su carita, habitualmente apacible.

—A Daniel nunca le han gustado las despedidas, y menos las de personas a las que le importan mucho —le explicó, hablando despacio. La vio recuperar el aliento, recomponerse, acomodarse la falda y juntar las manos. La admiraba mucho—. Esto es para ti, de su parte —dijo, entregándole un sobre.

Nancy lo miró como si fuera una luz al final de un oscuro pasillo, lo cogió.

—*Gracias excelencia* —simuló con los labios, haciendo una perfecta reverencia. Luego entró, con paso elegante.

El Duque se encaminó al interior.

—¡Ramsay!

—Heme aquí, lord Northcliff.

—¿La duquesa?

—Mrs. Brodie me ha dicho que la última vez que vio a su excelencia, estaba en el desván buscando cajas para transportar sus pertenencias a Londres.

—¿En el desván?

—Así es, excelencia.

—¿Y por qué no la ha ayudado ninguno de vosotros?

—Le he sugerido a su excelencia que dejáramos que las criadas se encargaran, pero no me ha escuchado. Dice que... Bueno, ella no tiene las piernas débiles de una chica de ciudad que nunca ha montado a caballo. Sí, creo que eso es lo que ha dicho, ni tampoco los brazos... los brazos...

—Los brazos frágiles de una solterona ociosa que solo sabe bordar —añadió Agatha, apareciendo de detrás del mayordomo.

—Eso es exactamente lo que ha dicho —confirmó Ramsay.

Keiran soltó una carcajada que le hizo saltar las lágrimas.

Agatha y Angus lo miraron asombrados, y Ben entró corriendo desde la cocina junto con algunos criados.

Keiran entró en la habitación de buen humor; había decidido que él también empezaría a hacer el equipaje.

Desató el nudo de su corbata arrojándolo sobre la cama y caminó para reunirse con su esposa en lo que todos llamaban el desván.

* * *

Era una zona bastante angosta en cuanto a altura, pero muy extensa: cubría la parte central del castillo, la torre del homenaje y todo el perímetro. Encima de aquel desván estaba el paseo de ronda, y el hielo y la nieve que descansaban sobre él lo convertían en un lugar inhóspito.

Eleonor y Hettie, cada una con un candelabro en la mano, se sorprendieron por un momento. Se miraron la una a la otra.

—Voy a pedir ayuda a Ben. Vos volved abajo.

—Estamos emanando nubes de vapor —observó Eleonor, al ver cómo subía su aliento caliente.

—Además del hielo, creo que a su excelencia no le gustaría saber que...

—Me quedo —sentenció Eleonor, ya decidida a decidir por dónde empezar a rebuscar. Le pudo la curiosidad y se dirigió con cautela hacia el caótico montón de cajas y objetos cubiertos de telas, cuadros y libros tirados por todas partes, alfombras y tapices polvorientos, estatuas de piedra de estilo clásico y bustos de probables antepasados. Estiró una mano y sacudió un cuadro para verlo mejor; luego cogió un libro cuyo título estaba oculto por una capa de polvo—. Con todo este desorden nunca encontraré otra caja decente.

—¿Creéis que hay ratones?

Eleonor miró a Hettie.

—Hum, demasiado frío.

Hettie avistó una gran caja de madera oscura y pulida con las letras BAMN en el centro de la tapa.

—Mirad —dijo.

Eleonor se acercó.

—Debe de ser de lady Bridget Northcliff. Creo que era una MacNaughton. Pero no sabría decir qué es la A. Han puesto todos las cajas de viaje una al lado del otro. Mira. Esta debe de ser de Key. KCMK.

—¿La C significa segundo nombre, Eleonor?

—Sí, Cole. La de al lado es la del difunto duque, la del final, CRMK, es de lord MacKendrick: Colin Roy. —Eleonor vio otra caja, oculta por las demás, evidentemente porque hacía demasiados años que no se utilizaba—. Y esa es la de Axel...

—¿De quién?

—El hermano de su excelencia, el segundo hijo de lady Bridget Northcliff

—¡Ah, sí! Se habla de él en la cocina; todo el mundo tiene miedo incluso de mencionar su nombre.

Eleonor se cambió de sitio y empezó a husmear, tocando objetos y abriendo cajas. Estornudó varias veces, quizá por el frío o por el polvo.

—¡Eleonor, mirad! Esta podría satisfacer vuestras necesidades —dijo la doncella, sacando una caja adornado con tachuelas en forma de flores—. Era muy bonita, muy medieval y... muy sucia.

—Me gusta, Hettie. Me pregunto si la madera estará podrida.

—No lo parece. Es robusta y pesada. Llamaré a Ben ahora o nunca lo bajaremos nosotras solas.

—Está bien. Me quedaré aquí esperándote.

Hettie se alejó.

Eleonor permaneció observando a su alrededor, levantando la llama según fuera necesario para ver los cachivaches que encontraba tirados aquí y allá. Una pila de cuadros llamó su atención. Colocó el candelabro encima de un viejo armario de hace algún siglo y levantó la tela que cubría el primer cuadro.

Era enorme y en él estaban representados todos los miembros de la familia Northcliff, con trazos delicados: el anterior duque, un hombre apuesto de ojos verdes y mirada imperiosa y severa, similar a la de su marido, tenía una mano posesivamente apoyada en el hombro de su esposa, que estaba sentada en un pequeño sillón, con las manos en el regazo, los ojos de un azul intenso y una sonrisa aparentemente serena, casi divertida por las expresiones traviesas de sus hijos menores, Roy, y el que Eleonor identificó como Axel. Ambos sostenían con firmeza un cachorrillo entre las manos, como si quisieran retenerlo, y esto parecía divertirlos bastante. El otro joven, mayor que ellos, era Keiran: serio y erguido, permanecía un poco distante, con la mano apoyada en el sillón, en una postura orgullosa, con una mirada extrañamente infeliz.

Eleonor suspiró, sospechando que no había tenido una infancia despreocupada ni una juventud plácida. Desplazó el cuadro con considerable esfuerzo y lo colocó sobre un baúl. Se quedó mirando lo que tenía debajo: parecía Roy, pero ella sabía que no lo era. Se parecía a él y estaba segura de que se trataba de Axel. Era un chico bien parecido, con rasgos físicos similares a los de su padre y su hermano pequeño, pero su expresión fuertemente forzada le daba un aire pensativo; parecía esforzarse por parecer serio, atento a las tareas y formal.

—Esta mañana no me has saludado.

* * *

Keiran se asombró del frío que iba en aumento: el aire caliente debería haber subido, pero evidentemente el ambiente, totalmente aislado por grandes puertas de madera, lo había impedido. La puerta del desván estaba abierta y se filtraba una luz tenue por el umbral. Se agachó para entrar y siguió el halo de luz. Vio a Eleonor, de espaldas a él, concentrada en observar algo que tenía delante; su cabello estaba revuelto y muchos mechones largos escapaban de lo que quedaba de un nudo suavemente sostenido por un bastoncillo.

—Esta mañana no me has saludado.

La vio sobresaltarse, asustada, volverse con los ojos muy abiertos y ponerse una mano en el pecho.

—¡Menudo susto me has dado!

Él avanzó por un laberinto de cajas, cuadros, baúles y otras cosas de las que no recordaba la existencia. Se detuvo.

—Cuando te despiertes, siempre tienes que venir a verme.

Eleonor no recordaba que se lo hubiera pedido.

—No creía que quisieras...

—Lo quiero —cortó él en seco, observándola atentamente.

—No deberías haberme visto así, lo siento —balbuceó ella.

—No deberías estar aquí. Hay demasiada suciedad. —Luego, incapaz de no notar la sombra de los pezones salientes, añadió: —Y hace demasiado frío.

—Haré que limpien este lugar.

—La duquesa eres tú. Puede disponer de los asuntos domésticos como mejor le parezca. Llegó hasta ella, la miró fijamente y notó una mancha de polvo en el cuello.

—¿Qué tal? —preguntó Keiran en un susurro.

—Bien.

—¿Te duele algo?

—No, solo un poco de escozor.

—Mejor así. Ahora que te he tenido, no podría esperar más de una noche. Esta noche no te buscaré, *mo' leannan*, porque no quiero hacerte daño, pero sí que lo haré mañana.

La tomó del cuello con una mano y la atrajo hacia sí para besarla. Eleonor lo abrazó impetuosamente, estrechándolo y respondiendo con la pasión de quien ama.

—No quema tanto después de todo.

Keiran meneó la cabeza para mirarla: ella también lo deseaba.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho?

—Eres una chiquilla intrigante, apasionada y guapísima —le respondió, besándola de nuevo.

Pero algo le inquietaba; o más bien alguien: tenía la sensación de estar siendo observado. Se separó de ella para mirar a su alrededor.

Los ojos verdes y pensativos de su hermano Axel le observaban fijamente. Contuvo la respiración y apartó bruscamente a Eleonor.

Ella siguió su mirada atónita y confundida.

—Estaba mirando...

Keiran levantó una mano para hacerla callar. Agarró el paño y se lo puso en la cara, que era tan querida para él.

—No vuelvas a tocarlo.

—Pero es precioso.

—He dicho que nunca más, Eleonor.

Ella apretó los labios, temiendo por primera vez la ira que se reflejaba en sus ojos. ¿Por qué actuaba así? Era su hermano, solo había sido un accidente, y su retrato debería haber estado en alguna habitación cálida que frecuentaran todos. Armándose de valor le preguntó:

—¿Por qué?

—Me hace daño, mucho daño.

—Estoy segura de que os queríais mucho. ¡Y este cuadro es maravilloso! ¿Por qué esconderlo si lo recordáis tanto?

—Pero no lo recuerdo así —dijo entre dientes, conteniendo una rabia que ahora se filtraba por sus apuestos rasgos.

Eleonor se asombró al verle así, pero insistió.

—¿Qué te hizo este chico para que ni siquiera quieras ver su retrato?

Keiran entornó los ojos.

—No se trata de lo que él me hizo, sino de lo que yo no pude hacer por él.

Por fin lo comprendió: Key no había podido salvarlo. Era eso. El insoportable sentimiento de culpa lo había estado torturando y consumiendo durante muchísimo tiempo, sin duda reforzado por el misterioso silencio que reinaba en aquella casa.

—Key, no fue culpa tuya.

—Basta. Keiran se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

Ben entró y lo encontró de pie frente a ella.

—Su excelencia necesita ayuda para bajar... —El sirviente lo miró fijamente; luego miró hacia la duquesa y vio el cuadro; finalmente, volvió a mirar a los ojos de su amo, y comprendió al instante lo que lo había perturbado—. Ayudo a su excelencia a bajar una caja, lord Northcliff.

—¿Podrás arreglártelas tú solo, Ben?

—Creo que sí. No sé cuál es.

Eleonor señaló la caja medieval.

—La llevaremos juntos —decidió el duque—. Eleonor, ve delante con el candelabro.

* * *

—Lo sé todo gracias a lady Wiltshire, Roy, y desapruebo la forma precipitada en que le has contado la verdad a la joven lady Alice —dijo lady Bridget Northcliff con complacencia, mirando fijamente su taza de té—. De hecho, considero inapropiado que lo hayas hecho precisamente tú, sin importar cómo le hayas hablado.

Roy no se movió de la ventana desde la que observaba a Keiran pasear nervioso por la nieve. Algo debía de haberle ocurrido, estaba seguro.

—Lo sé. Y tendrías razón si no se tratara de un caso tan grave. Puedes estar segura de que la chica no volverá a buscar a ese condenado conde.

—¿Te interesa lady Alice? —le preguntó su madre, recelosa por el tono irritado con que se había referido a lord Bath.

—No particularmente.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

—Porque había que hacerlo.

Bridget dejó escapar un suspiro de resignación.

—Sí. Supongo que sí, Roy. Sin embargo...

—Mamá. Dentro de unos minutos Keiran se habrá desahogado y...

—¿Está enfadado?

—Por su forma de andar, yo diría que sí —le contestó Roy, señalando por la ventana con un movimiento de cabeza—. Así que, mamá, él se calmará por algo que desconozco y...

—Espero que no sea por lo que has hecho.

—Y para colmo, tendré que soportar su sermón. ¿Puedo tomarme el té sin volver al tema?

—Estás siendo un tanto impertinente.

El joven se sentó y bebió en silencio el líquido dorado y caliente de la delicada porcelana blanca decorada con diminutas flores amarillas y hojas de color verde salvia aún más pequeñas.

Pocos minutos después, el duque de Northcliff entró en el salón rosado. Su expresión turbia no dejaba lugar a dudas sobre su mal humor. Se sentó sin hablar y tomó la taza de té que le ofrecía su madre. Empezó a beber lentamente, con los sentidos aguzados, al percibir, por un lado, la expectación de Roy, que evidentemente aguardaba su cólera por el asunto de lady Alice, y, por otro, la ansiedad de su madre por que su hijo menor sufriera su ira.

Dejó la taza y miró a la mujer a los ojos.

—No me lo voy a comer, si es eso lo que temes —dijo divertido.

—No creo en absoluto que puedas hacer daño a tu hermano, ¿y cómo, además? ¿No me dirás que lo ha hecho bien?

—Por supuesto que sí.

Bridget permaneció inmóvil, sorprendida. Eso ocurría muy pocas veces.

—¿De verdad lo crees, Kein? —preguntó Roy.

—Acabo de decirlo, Roy. Alguien tenía que hacerlo. Y esa persona era su madre. Pero lady Wiltshire no lo ha hecho, así que Roy era la persona más indicada. Además de Eleonor.

—En realidad, ella también lo había hecho —especificó Roy.

—¿Cómo lo sabes?

—Las criadas hablan y Agatha... —contestó Roy, haciendo un gesto elocuente con la mano—. Siento haber sido impetuoso y haber dicho la pura verdad. Al menos ahora no se le ocurrirán ideas raras.

Se quedaron en silencio.

Lady Bridget Northcliff les sirvió más té a todos y bebieron en silencio.

—Llevaré a Eleonor al barco el primer día del año. El dos zarparé.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Roy, sabiendo que tenía que esperar órdenes.

—Te marcharás por la mañana.

—¿Por la mañana? ¿Por qué?

Keiran miró fijamente los asombrados ojos verdes de su hermano. Quería alejarlo de lady Alice, por miedo a que se enamorara de ella. Al mismo tiempo, sentía culpa por esta decisión. Decidió no revelar su plan, encomendándole a su hermano un encargo de confianza que solo él o Daniel podrían llevar a cabo.

—Te necesito en Londres. Prepara todo como si fuéramos a partir en el «Eleonor Grace» en cuanto yo arribe a puerto. Y envía a uno de tus esbirros a vigilar a lord Hereford. Mamá, tú no has oído nada.

—¿De qué estabas hablando, cariño? Estaba distraída —murmuró la mujer.

* * *

Lady Alice no bajó a cenar aquella noche, algo que no sorprendió a los comensales.

Lady Wiltshire parecía ligeramente pensativa, pero para nada resentida.

Su marido incluso hizo gala de su habitual jovialidad, evidentemente complacido de que alguien hubiera hablado a las claras con su hija, que era tan vivaz como ingenua e infantil.

Fue una velada más de las muchas que habían pasado allí.

Sin embargo, la inusual seriedad de Roy era para Keiran un síntoma de inquietud ante algo que aún no comprendía. Tal vez solo sintiera tristeza por tener que abandonar el castillo. O tal vez lamentara haber sido tan brusco con la joven lady Alice.

Él sabía que su despreocupado hermano podía mostrar una gran sensibilidad ante el sufrimiento ajeno. Esperó después de la cena, cuando fueron a tomar un licor al salón de fumadores, para preguntarle:

—¿No quieres ir?

Roy frunció el ceño.

—¡Pues claro que quiero!

—Bien. Entonces solo lamentas lo de la chica —concluyó Keiran, entrando en el salón sin él.

Roy lo siguió y decidió en ese momento que se disculparía con lady Alice.

* * *

—En mi opinión, hizo exactamente lo correcto al decirte la verdad —dijo Maggie mientras comía la sabrosa carne guisada.

—No digo que no hiciera bien, Maggie, pero tal vez lady Northcliff podría haberlo hecho —replicó Hettie—. Habría sido más apropiado.

—Más apropiado, pero menos incisivo —intervino Mrs. Brodie, entregándole a Maggie una generosa ración de judías verdes estofadas.

Maggie asintió en señal de agradecimiento, sin replicar, ya perdida en engullir vorazmente el contenido de su plato.

—¿Creéis, Agatha, que viniendo de un hombre tenga más valor? —preguntó Hettie.

—Creo que sí. Si solo le hubiera hablado lady Northcliff, la joven no le habría dado mucha importancia. Probablemente habría supuesto que su madre, lady Wiltshire, había pedido la intervención de la duquesa para ponerle trabas.

Hettie reflexionó, observando asombrada a Maggie mojar varios trozos de pan en la salsa de su plato. Miró al ama de llaves con expresión interrogativa, como buscando una explicación al

apetito que su amiga mostraba en los últimos días.

Agatha, desconcertada, enarcó las cejas,, y se volvió a la vez para buscar los ojos siempre vigilantes de Ramsay.

El mayordomo suspiró, mirando primero a Agatha y luego a Hettie. Finalmente asintió, como si supiera mucho pero no quisiera hablar.

Agatha se dio la vuelta para ocultar una sonrisa divertida, y Hettie dijo:

—Tengo que subir. Lady Northcliff me está esperando.

* * *

Lady Georgia arrojó el contenido del vaso por la ventana y la cerró de un portazo.

«Si se cree que voy a seguir tomando a sorbos su droga para dormir, ¡está muy equivocada!».

Empezó a pasearse por la habitación como un león enjaulado. Estaba nerviosa porque sentía un fuerte deseo por un hombre, pero sabía que no podía marcharse, de lo contrario todo el mundo se daría cuenta de que no había bebido la tisana que le había dado la duquesa. Pensó en la posibilidad de llamar al mozo de cuadra, pero eso implicaría que alguna criada se enterara y que tarde o temprano lo contara.

Se miró en el espejo y se excitó al ver sus grandes pezones con sus grandes areolas oscuras bajo el blanco transparente del camisón. Decidió que lo haría ella misma.

Se acercó a la cama y sacó de debajo de ella un baúl. Lo abrió con una llave que guardaba en el cajón del escritorio. En su interior solo había una cosa: un objeto alargado cubierto de suave seda blanca. Lo había fabricado ella misma utilizando una bolsa de tela que había cosido de tal forma que, al llenarla de arena, adoptara la forma de un pene.

Lo cogió y volvió al espejo, donde se sentó con las piernas abiertas. Se desató los lazos del camisón y, con suficiencia, observó cómo se masturbaba; en el momento oportuno, se introdujo el falo de seda, imaginando que estaba en compañía del duque. Cuando se dio cuenta de que estaba cerca del orgasmo, se recostó, agarró con fuerza el objeto y gimió de placer, hasta tal punto de pronunciar algunas frases sucias y vulgares.

En cuanto terminó, se levantó y lo dejó todo en el suelo. Sabía que volvería a emplearlo durante la noche, probablemente después de atar su juguete a la pata de la cama para fingir que la penetraban por detrás.

* * *

Alice miraba absorta al vacío, con las manos apoyadas en las piernas y sosteniendo un libro, mientras estaba sentada en su cama, recostada contra las almohadas. Intentó ignorar las imágenes que su mente traidora se empeñaba en producir, pero fue inútil. Seguía viendo cómo el conde de Bath se acercaba de manera persuasiva a unas jovencitas, a las que engatusaba con sus modales delicados pero irresistiblemente convincentes.

Oyó que llamaban a la puerta. Seguro que su criada había olvidado algo.

—Entra —dijo en voz alta.

La puerta se abrió y apareció lord MacKendrick en el umbral.

Alice abrió los ojos de par en par al darse cuenta de que estaba en la cama y solo medio tapada. Se subió la manta hasta el cuello.

—¡Salid de aquí ahora mismo!

—Habéis dicho que entre —se justificó Roy, divertido por la ambigua situación.

—¡Creía que erais mi criada!

—¿Puedo?

—¡Por supuesto que no!

Pero Roy entró igualmente, cerró la puerta y tuvo el buen gusto de no moverse de allí.

—Me voy por la mañana y no lo haré sin antes disculparme ante vos.

Ella pareció calmarse un poco mientras le miraba fijamente, como esperando más palabras.

—Os pido disculpas por haberos echado en cara la verdad de una forma tan grosera.

La joven asintió, dando a entender que le perdonaba.

—Pero que sepáis que volvería a hacerlo. De lo contrario, nunca lo habríais entendido. —Roy atravesó su mirada con ojos sinceros, directos y decididos.

—¿Actuáis siempre así?

—¿Así cómo?

—¿Habláis así a las jóvenes? —le preguntó Alice, haciendo un gesto con la mano.

—No, en realidad es la primera vez.

—¿Debería sentirme halagada por haber sido la primera?

—Quizás —contestó Roy con una de esas sonrisas suyas que enloquecían a las jovencitas—. De hecho, rotundamente sí —añadió acercándose a la cama.

—¡No, no! ¡Quedaos ahí! De hecho, creo que deberíais salir. Gracias por vuestra amable preocupación. Buenas noches.

Roy miró el rostro blanco de la muchacha, iluminado por dos ojos azules increíblemente vivos rodeados de mechones de pelo liso castaño. Se acercó y le cogió la barbilla entre los dedos.

—Sois demasiado hermosa para acabar con un viejo, demasiado jovial para casaros con un idiota que no pueda reteneros y demasiado inmadura para el aspecto que tiene vuestro cuerpo.

Alice se sonrojó, con sus grandes ojos desconcertados.

—Nos veremos en Londres, lady Alice. Tal vez —dijo Roy, dejándole la barbilla con una caricia que duró un par de segundos más de lo necesario. Tras observar discretamente la figura de la joven, se dio la vuelta y salió.

Ella se dio cuenta de que había aguantado la respiración y se había quedado sin aire. Solo tras un buen minuto de reflexión se dio cuenta de que la confusión ante la proximidad de lord Roy le había hecho deslizar la manta que sostenía entre las manos. Y su camisón blanco era, sin duda, transparente.

* * *

—Hola.

Keiran levantó la vista de los papeles de su escritorio y se encontró con la mirada de su hermano.

—Hola —dijo Keiran—. ¿Qué te pasa?

—¡Maldita sea, Keiran, acabo de entrar! ¿Cómo es que...?

—¿Qué te pasa?

—Me he disculpado con la chiquilla.

—Lady Alice, no la chiquilla.

—¿Tú sigues llamando «chiquilla» a Eleonor? —le reprochó su hermano.

—Lady Northcliff, no Eleonor.

—Vale, de acuerdo.

—¿Cuándo has hablado con ella?

—Hace un rato.

Keiran frunció el ceño.

—¿Estaba en su alcoba, Roy?

—Sí, pero nadie me ha visto.

—Roy.

—Te estás volviendo mojigato, ya lo sabes.

—Roy.

—Qué pesado eres.

—¿Qué te ha dicho?

—Roy. Nada. Aparte de «salid ahora mismo» en cuanto me ha visto.

Keiran se rio.

—¿Te gusta?

—Un poco. Pero no me vuelve loco.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, no como a ti cuando miras a Ele... Lady Northcliff —explicó Roy, sonriendo ante la reacción que esperaba ver en el rostro de su hermano en medio segundo.

Keiran lo miró con ojos amenazadores.

—¿Cómo miro yo a Eleonor?

—Diría que con un entusiasmo mal disimulado, con amor y pasión.

—Chorradas.

—Como quieras.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Claro que sí.

—Siempre lo vas a negar, pero todos saben que morirías por ella.

—Todos... ¿quiénes? —preguntó Keiran, adoptando una expresión peligrosa.

—Todos en el castillo, incluso lady Georgia. Ah, por cierto. Creo que tiene compañía.

—¿Cómo lo sabes?

—Por sus gemidos lujuriosos —murmuró con énfasis jocoso.

Keiran se levantó con aire iracundo.

—¿Qué coño le pasa a esa zorrita? ¡Busca sexo todas las noches! —Susurró, molesto. Se sirvió dos dedos de *scotch* y lo bebió de un sorbo. Hizo un gesto con la cabeza a su hermano para preguntarle si quería un poco, y este extendió la mano.

Mientras Roy bebía, Keiran se sentó frente a la chimenea.

—Está enferma. Algunos médicos administran medicinas bastante fuertes para calmar esa lujuria sexual que aqueja a ciertas personas. ¿Lo conocías?

—He oído hablar de ello. Pero siempre en hombres. Nunca había oído hablar de una mujer que quisiera hacerlo todo el tiempo. Debe de ser muy agotador para su compañero de juegos, pero muy satisfactorio —afirmó Roy, sonriendo con picardía.

—No creas. A la larga, tener una mujer tan licenciosa es desagradable. Caes en el libertinaje, que es muy distinto a la pasión por una mujer que te importa, sea esposa o amante.

—Eleonor no apreciaría el empleo que has hecho de la conjunción disyuntiva.

—Roy.

—¡Lady Northcliff! Estás exagerando, Kein. ¡Buenas noches! —dijo, y se fue a la cama. Roy le dio una cariñosa palmada en el hombro y salió.

* * *

Eleonor se había puesto el mismo camisón con el que se había presentado ante lady Georgia, se había untado el cuerpo con aceite perfumado y se había cepillado cuidadosamente la melena, que ahora llevaba recogida sobre un hombro. Dobló las piernas y se sentó en el pequeño sillón frente a la chimenea. Oyó abrirse la puerta y miró hacia la entrada.

Keiran apareció en el umbral de la puerta, con el pelo revuelto, sin duda por los dedos que se lo habían pasado. Ya se había deshecho el nudo de la corbata. Levantó los ojos y la vio.

Inmediatamente se detuvo. Abrió la boca, asombrado por aquel espectáculo inesperado, pero inmediatamente volvió a cerrarla y recuperó su habitual autocontrol.

—¿Qué significa esto? —preguntó, señalando el cuerpo envuelto en una nube roja transparente.

Eleonor sabía que la había sorprendido. Le conocía lo suficiente como para adivinar que intentaría mostrarse indiferente.

—¿Por qué? ¿No me queda bien? —preguntó con fingida inocencia, poniéndose de pie para dejarse admirar.

Keiran apretó los dientes y se fijó en cada detalle, incluida la línea central que separaba sus nalgas.

—¿Te has puesto aceite? —preguntó, notando la piel brillante y oliendo el intrigante aroma.

—Sí —respondió ella, acercándose.

—He dicho que mañana.

—Y yo te lo pido... ¿Ahora?

—¿Todo esto es por mí? —preguntó él para molestarla.

—¡Maldita sea, Key! ¿Y por quién iba a ser? —explotó Eleonor, llevándose las manos a los costados—. Finges tan bien tu indiferencia hacia mí que a veces dudo si te gusto. —Se agachó para colocarse la mullida zapatilla en el pie descalzo. Finalmente, volvió a sentarse y cogió un libro.

—Nunca finjo indiferencia.

—Los cojones.

—Eleonor.

—¿Qué pasa?

—Si parezco indiferente es porque lo soy —mintió, defendiéndose de lo que sentía por ella.

Eleonor decidió que no se dejaría llevar por su irritación. Le convencería con delicadeza para que le confesara lo que sentía por ella.

Keiran leyó sus pensamientos.

—Te equivocas al pensar que puedes doblegarme, chiquilla.

—No quiero doblegarte. Por ahora me conformo con saber que te gusto. Y yo estoy segura de ello —afirmó, mientras se acercaba a la cama. Se quitó la bata y se volvió para mirarle, expectante.

—Insoportable y presuntuosa niñata.

—Solo soy consciente de que soy hermosa y de que tengo un buen cuerpo. Me lo dijiste anoche, lo recuerdo bien —le respondió con una sonrisa vanidosa. Se puso una mano en la cadera e inclinó la cabeza en un movimiento deliciosamente tentador.

Keiran no pudo resistirse, pero se acercó lentamente para no parecer ansioso por ponerle las manos encima.

—Descarada —pronunció en voz baja, y empezó a desnudarse.

—Tenía razón: te gusto —exclamó Eleonor victoriosa, señalando su pene erecto.

—Cualquier mujer vestida de encaje rojo transparente tendría este efecto en mí —le replicó él, esperando ofenderla al menos un poco.

Ella permaneció impasible.

—Entiendo. Quizás podríamos dejarlo por esta noche y podrías visitar a alguien menos guapa que yo. Siempre y cuando ella lleve un camisón transparente, claro.

—No lo intentes. Ya es tarde para echarse atrás —murmuró él.

—No dejaré que me toques a menos que me digas que te gusto —afirmó Eleonor con seriedad.

Con todo, empezó a desatar la cinta de raso que sujetaba el escote de la ligera prenda.

Keiran la fulminó con la mirada al oír eso.

—No te atrevas a amenazarme.

—No te estoy amenazando, solo estoy haciendo una promesa: te prometo que no me tendrás a menos que me digas que te gusto, salvo que me tomes por la fuerza.

—Estás jugando con fuego.

Eleonor se armó de valor y se destapó por completo.

Keiran se dio cuenta en ese instante de que había perdido.

—Te comportas con la malicia de una amante experimentada —susurró, alargando una mano para tocarla.

Ella se apartó.

—¿Te gusto?

—Sí —respondió él, acercándose aún más.

—Dilo —insistió Eleonor.

Keiran no aceptaba la sumisión. La agarró impetuosamente de los brazos y la obligó a besarlo. Le hundió la lengua, pero Eleonor se apartó al cabo de unos segundos.

—Dime que te gusto y que no puedes resistirte.

—Maldita sea, Eleonor.

—¿Por qué? ¿No es verdad? —le susurró al oído mientras le provocaba con la lengua.

—¡Eleonor, me gustas mucho! Ahora ven conmigo —le ordenó, cogiéndola de los brazos.

—¿Te gusto mucho?

—Me gustas demasiado, y es verdad, ¡no puedo resistirme a ti! —dijo entre dientes.

—¡He ganado!

Keiran negó con la cabeza:

—Me vas a volver loco.

—Bueno. Mientras te vuelvas loca por mí, las demás no supondrán ningún peligro.

—Podría tenerte a ti y a otra. El acuerdo era que no interferirías —especificó, aferrándose a ella.

—¿Por qué ibas a desear a otra si me tienes a mí? —preguntó Eleonor, tocándole la barba áspera.

Keiran no la escuchó, pues estaba empeñado en quitarle urgentemente el delicado camisón.

—Por favor, no lo rompas.

Keiran se dio cuenta de que había perdido la cabeza por ella, por su cuerpo maravilloso, por su mente brillante e inteligente, por su bondad y generosidad, por su deseo de ayudar a todo el mundo. Se obligó a calmarse y desató las cintas de la espalda, deslizando la prenda hasta el suelo sin estropearla.

«Señor, ayúdame a no quererla demasiado», pensó.

Al decir aquello se sintió perdido, dándose cuenta de que, aunque en silencio, había admitido que la amaba. La abrazó por detrás, apretando su duro miembro contra su pelvis. Se tumbó con ella en la cama, le apartó el cabello, le besó la espalda, los hombros y el cuello tiernamente. Deseaba penetrarla en ese preciso momento, pero era solo la segunda vez para ella y temía asustarla.

Sin embargo, unas manos femeninas se aferraron con urgencia a sus muslos y, al sentir su rendición, decidió intentarlo. Tomó un pezón entre sus dedos, obligándola a emitir gemidos excitados.

—Key, no te detengas...

—Ni se me ocurriría, *leannan*.

Cuando sintió que el orgasmo de ella estaba próximo, la puso a cuatro patas y se deslizó entre la resbaladiza humedad de sus piernas, penetrándola lentamente hasta el fondo.

Los ojos de Eleonor se abrieron de par en par ante la sacudida de placer que le hizo olvidar todo pudor.

—¿Tienes miedo? —le susurró Keiran al oído, preocupado.

Eleonor abrió la boca, pero no encontró las palabras.

No le cabía duda de que todo marchaba a la perfección. Sin separarse de ella, apoyó la espalda contra la pared y se hundió lentamente, sujetándola por las caderas.

Eleonor jadeó y contuvo la respiración.

—Si no quieres, solo tienes que decirlo y saldré.

Él percibió su silencioso placer y sonrió cuando ella dijo:

—No, continúa...

Finalmente, Eleonor empezó a moverse con él, complaciéndolo. Se echó hacia atrás, cediendo a sus maravillosas caricias en los pezones y entre las piernas.

Keiran sintió que se acercaba el orgasmo y se hundió con precisión. Lo siguió con una intensa explosión que lo colmó y lo dejó exhausto.

—*Leannan*, te juro que me haces perder la cabeza —jadeó desesperado. Casi no se creía haberlo dicho—: ¡Pero no se lo digas a nadie, Lio, o conocerás mi ira! —estalló, aferrando su cuerpo con más fuerza, como si quisiera amenazarla.

Eleonor sonrió complacida. Se había dado cuenta de que la intimidad física le hacía vulnerable y decidió que atesoraría este descubrimiento para conseguir que le dijera que la amaba en un futuro próximo.

Keiran sintió el poder femenino que irradiaba de ella y que lo convertía en su esclavo. Si en un primer momento pensó en defenderse, en un segundo momento pensó en asegurarse de que solo lo utilizara con él. Le invadieron unos celos insanos y le enfureció la idea de que ella sedujera a otros hombres. La abrazó fuerte, demasiado fuerte.

Eleonor malinterpretó el significado de aquel gesto y le murmuró:

—Lo siento, Key, yo también lo he olvidado. Te juro que no lo he hecho a propósito. Me haces daño... —Él guardó silencio—. En serio, Key, si no me crees, puedes tocarme para comprobarlo por ti mismo.

Se dio cuenta de que ella hablaba de las precauciones que tampoco había tomado esta vez. Había sido demasiado excitante, adictivo y alienante como para encontrar el valor de apartarse de ella y ponerse el capuchón.

—Te creo —dijo, levantándola de encima de él. La hizo ponerse de pie y la observó.

—¿De verdad me crees?

—Sí.

La cogió de la mano y la llevó al cuarto de baño.

Se quedó mirándola y pensando que con el paso de los años seguiría siendo su preciosa esposa, con sus líneas armoniosas y atrayentes. A menos que se quedara embarazada. Aquel pensamiento repentino no le perturbó tanto como había imaginado.

La convicción de haber sido un joven inepto había sido una constante en su crecimiento, debido a un padre estricto e intransigente que nunca le dio un respiro, que no entendía sus esfuerzos por complacerle ni su empeño por ser un chico estudioso, algo que simplemente nunca consiguió.

El miedo a tener un hijo como él le había llevado a negarse incluso a desear tenerlo.

Cogió una toalla, la mojó y se limpió con cuidado.

—Vamos a la cama.

Eleonor se dirigió a su armario y cogió un camisón blanco y limpio.

—No —dijo, arrojando la prenda al cajón—, quédate así.

Una vez apagadas las velas y avivado el fuego, Keiran se tumbó a su lado, abrazándola.

—Tu cerebro corre peligro de desprender chispas, lo puedo sentir.

—No creí que pudiera ser así.

—¿Te sorprende la posición, *mo' leannan*? Creía que también habías leído sobre eso —se burló de ella.

—¡No, no por la posición! Las he visto todas en el Kama Sutra, así que no...

—¿Cómo?

Eleonor se calló, llamándose a sí misma estúpida por hablar demasiado, como de costumbre.

Él se sentó, escudriñando la penumbra en busca de sus ojos.

—Me temo que no he entendido, Eleonor.

Silencio.

—Eleonor, repite.

—He visto todas las posturas del Kama Sutra.

—¡Cállate! ¡No puedo oír más! ¡Maldita sea, chiquilla! ¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo has visto el Kama Sutra?

—Bien, ¿la primera o la última vez? —preguntó ella, incapaz de disimular.

Keiran frunció el ceño.

—Eleonor, me estás poniendo a prueba y me asombra cómo puedo contenerme. A estas alturas no me interesa cuándo fue la primera vez, sino la última.

—Muy bien. Creo que antes de casarnos.

—¿Cuándo? —insistió, presagiando una respuesta que lo dejaría estupefacto.

—Nada más llegar al castillo.

—¿Has usado el libro de mi librería?

—¡Claro! ¿Crees que voy por ahí con un libro propio? —replicó ella con aire indignado.

Él se pasó las manos por el pelo y contó hasta diez; en cuanto estuvo seguro de haberlo conseguido, dijo:

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? ¿A qué te refieres?

—¿Por qué lo has mirado?

—Por curiosidad, creo.

—¿Tú crees? —Keiran captó sus pensamientos y sintió que ella no respondía con sinceridad —. Habla.

—¡Buf! ¡No siempre puedes hurgar en mi mente a tu antojo! ¡Eso no se hace!

—¡Habla!

—Muy bien, maldita sea, me imaginaba haciendo esas cosas contigo. ¿Contento?

Él permaneció en silencio.

Luego sonrió. Finalmente, volvió a ponerse serio.

—¿Y desde cuándo conoces la existencia de ese libro?

—No lo recuerdo. Desde hace unos años, creo.

—¿Me estás diciendo que llevas años estudiando las imágenes eróticas del Kama Sutra?

—Sí, hace tres años.

—¡Maldición! Tenías veinte años.

—¿Y qué?

—Descarada.

—Insoportable.

—Ya sabías que lo era.

—¡Y tú sabías que yo era descarada, curiosa, distinta, e informal!

Keiran suspiró: sí, lo sabía. Admitió que fingir tanta sorpresa por lo que ella era no tenía mucho sentido. Sabía cómo era, conocía su curiosidad, su cultura, su originalidad. Y a él le gustaba todo eso.

—¿Tenías una copia en casa?

—No. La tomaba de la biblioteca. Que no te dé un ataque: obviamente cada vez me disfrazaba de chico. Así que tranquilo, nadie me reconocía.

Keiran se quedó asombrado, sin saber si debía estarlo por el hecho de que se vistiera como un hombre o porque lo hubiera hecho repetidamente.

—¿Cada vez?

—Claro. Cada vez.

—Quiero decir: ¿has dicho «cada vez» en el sentido de que tomaste el libro más de una vez?

—Sí.

—¿Por qué?

—Siento que estoy siendo sometida a la inquisición española.

—¿Por qué?

—¡Por la misma razón que antes! ¡Imaginarnos a ti y a mí!

Keiran no lo entendía: tres años antes, varias veces, sin coincidir en los mismos sitios.

—Tú te imaginabas haciendo esas cosas conmigo. ¡No me conocías tan bien, Eleonor!

—¡Claro que sí! Te lo dije desde nuestro primer encuentro, que me gustabas, y te lo repetí en los siguientes. ¡Pero tú nunca me creíste! —Eleonor se dio cuenta de que lo había sorprendido y decidió contarlo todo antes de perder el valor—. Me enamoré de ti desde la primera vez que hablamos. Cada vez que te veía, te quería más y más. Soñaba y me imaginaba estar contigo. Puedes creerme o no. —Se sentía ofendida porque, a pesar de sus increíbles habilidades, él nunca la había entendido ni creído.

Keiran recordaba que ella siempre había expresado su interés, pero había pensado que se trataba de un capricho juvenil, como las chicas que le rodeaban en cada fiesta y recepción. Se sintió un estúpido por no haberse dado cuenta antes.

—¿Has soñado conmigo? —pregunto con sonrisa maliciosa.

—Sí.

—Cuéntamelo.

—No, no me apetece. Me doy cuenta de que para ti parezco ingenua e inexperta. Y eso me incomoda.

—Así que soñabas con acostarte conmigo —afirmó con extrema seguridad. Luego, como embargado por una duda desagradable, preguntó:

—¿Solo conmigo, verdad?

Eleonor sintió una nota de debilidad en aquella pregunta y la aprovechó de inmediato.

—Son temas personales, Key.

—¡Personales, un cuerno! ¿Con quién?

—Hasta ahora, con nadie más.

—¿Hasta ahora? Tenemos un trato, Eleonor: ¡ningún otro hombre!

—¿Ni siquiera con la mente?

—¡Mierda! ¡No me hagas enfadar! —exclamó, dándose cuenta demasiado tarde de su grosera expresión.

Eleonor rio.

—No te tengo miedo. De hecho, te encuentro aún más atractivo cuando te enfadas, especialmente si utilizas palabras malsonantes.

—Eres el ser más insoportable y petulante que he conocido. ¿Y bien? ¿Quién más?

—Nadie, Key, te lo juro —contestó ella, riéndose ya de la fisura de sus celos.

—¿Y a qué te referías cuando decías que no creías que fuera a ser así? No se trata de la posición. Entonces, ¿de qué se trata? ¡Deja de reírte!

—De la sensación, abrumadora.

Keiran volvió a tumbarse, tranquilizándose.

—Desde atrás es así. Pero a gatas es mejor.

Eleonor se acercó a él y lo abrazó porque tenía frío.

—¡La conozco! La he visto.

—Cállate. Lo del Kama Sutra me pone de los nervios.

Se quedaron un minuto en silencio.

—¿Key?

—¿Hum?

—Siempre se ha dicho que el hombre debe penetrar a la mujer, sobre todo en la noche de bodas.

—Son viejas creencias.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Hablaremos de eso en otro momento.

—No, quiero saberlo ahora.

—He dicho en otro momento.

Eleonor se aferró a él.

—Roy ha hecho bien en dejarle las cosas claras a Alice. Ella no me habría dado tanto crédito como le ha dado a él.

—Sí, aunque ha sido brusco.

—Pero ha funcionado.

—Se ha disculpado con ella.

—¿De veras? —preguntó ella, alzándose sobre un codo—. ¿Cuándo? —Estaba gratamente impresionada por la revelación de su marido y ya se imaginaba una boda.

Keiran le acarició el rostro en la oscuridad, incapaz de ignorar los senos que rozaban su pecho.

—Antes de irse a la cama.

—¿Ha ido a su alcoba?

—Eso parece —respondió él, atrayéndola hacia él.

—¿Y la ha besado?

—¡Eleonor!

—¡Oh, vamos! ¡Él sería el hombre ideal para ella!

—No estoy seguro. Bueno, ya veremos.

* * *

31 de diciembre de 1811

Eleonor abrió los ojos. La intensa luz de la mañana le indicó que se había quedado dormida.

Se giró hacia Keiran, que tenía un brazo alrededor de ella. Su rostro relajado lo hacía parecer más accesible. Lo besó y se acercó a él, despertándolo.

Keiran abrió los ojos frotándose las cejas con los dedos y la vio cerca y sonriente.

—Te quiero —le dijo ella.

Él apretó la boca para no responder, pero la suavidad de su mirada le hizo sentirse culpable. La atrajo hacia sí suavemente, como para acunarla. Esperó unos minutos y luego dijo:

—Mañana te llevaré al barco, Lio. Pasado mañana zarparemos.

Ella se apartó para mirarle con ojos sorprendidos.

—¿Mañana? ¿De verdad? ¡Sí! ¡Me muero de ganas! —Lo besó una y otra vez, cogiéndole el rostro entre las manos. Luego intentó levantarse de la cama:

—Tengo mil cosas que hacer.

Preparó el desayuno con la ayuda de Hettie mientras Keiran se vestía en su guardarropa.

Cuando el desayuno estuvo listo y Hettie se fue, se sentaron a la mesa ovalada.

—Todavía tengo mucho que preparar para la partida. ¿Tienes alguna petición, Key?

—No.

—No hemos hablado de los niños.

—¿Qué niños? —preguntó con expresión temerosa, malinterpretando la pregunta—. Dije que no quería tener ninguno, Lio.

Eleonor le miró fijamente durante unos segundos, apenada por verlo tan susceptible.

—Hablaba de los niños del castillo.

Él suspiró, maldiciéndose.

—Partirán con mi madre y tu tía —dijo él.

—¡Bien! ¡Solo quería decirte que quería llevármelos!

—Te gustan —afirmó, estudiando la cara de felicidad de su mujer.

Eleonor asintió, sonriendo.

—¿Cuándo tuviste la última menstruación? —preguntó Keiran de pronto, clavando los ojos en ella.

Ella dio un respingo y lo miró sorprendida. Abrió la boca y volvió a cerrarla. Por la determinación de su mirada, comprendió que esperaba una respuesta.

—Hace dos o tres semanas, no lo recuerdo con exactitud —dijo ella en voz baja. Se dio cuenta de que temía haberla dejado embarazada y se entristeció por ello; esperaba que con el tiempo cambiara de opinión.

Keiran percibió su estado de ánimo y se sintió culpable.

—Sabías que no quería ninguno. Ese era nuestro acuerdo.

Ella intentó fingir una resignación que no sentía en absoluto.

—También acordamos que utilizarías preservativos.

Keiran entornó los ojos y estudió el franco rostro de su esposa.

—Eso es cierto. Pero no lo hice.

—¿Me estás diciendo que, si por casualidad estuviera embarazada, debería abortar?

Al oír aquella horrible palabra, Keiran notó una violenta vibración que le retorció las entrañas, apretó los dientes y siguió mirándola con firmeza.

—Nunca he hablado de tal cosa, Eleonor —dijo en un tono bajo y amenazador. Se levantó, tiró la servilleta sobre la mesa y se marchó sin decir nada.

Eleonor lo miró hasta que desapareció en el umbral de la puerta, con sus anchos hombros, la chaqueta oscura cayéndole perfectamente, sus musculosas piernas bien dibujadas por los pantalones ajustados que encajaban en las brillantes botas negras.

Le molestaba esa odiosa palabra: «aborto». Ella la había utilizado varias veces y quizá fuera mejor que no lo hiciera delante de él. Era como si Key desaprobara aquel acto obsceno que ella llamaba «asesinato».

En resumen, su marido temía que estuviera embarazada, pero no quería oír hablar de aborto. Se llevó el dedo al labio inferior y luego lo mordisqueó.

«Es el hombre más bondadoso que conozco, le encantan los niños, pero no querría tener ninguno. Pero si vinieran accidentalmente no quiere que aborte. ¿Quizás piensa que tenerlos no está bien? ¿Que no está bien para quién? ¿Por qué razón? ¡Maldita sea la mente retorcida de este hombre increíblemente... increíblemente... excepcional y que adoro! ¿Pedirle una explicación? ¡Ni hablar! Muy bien, Eleonor Grace. Así es como vas a hacerlo: si te acuerdas, le adviertes que se ponga el capuchón, si no, paciencia. Si estás embarazada... ¡Ay! ¡Maldita sea mi cabeza que divaga tanto! Entonces, si estuviera embarazada, él no querría que hiciera nada para no tener el bebé. Así que podría ser mamá... ¡Ay, te lo suplico, ayúdame!

Unas cálidas lágrimas llenaron sus ojos, mientras una dulce sonrisa se dibujaba en sus labios.

* * *

Lady Bridget Northcliff entró en la amplia estancia de los niños y se asombró por la calma que allí reinaba. Recorrió el pasillo que comunicaba con los dormitorios de los niños y de la niñera, siguiendo la vocecilla locuaz y graciosa de Caroline. Estaban en el cuarto de Jonathan: los tres niños estaban sentados en el suelo, seleccionando algunos juguetes, y debatían sobre si debían o no llevárselos a Londres, mientras Annis doblaba la ropa y la guardaba en baúles de viaje.

—No, estoy segura de que Eleonor nos vaya a comprar libros nuevos —dijo Caroline, desechando los libros que Jonathan sostenía en sus manitas.

El niño se sintió herido y miró a Beyruud, esperando recibir ayuda.

—Lady Northcliff, Caroline —la amonestó Annis.

—Sí, claro, lady Northcliff. Entonces no los llevaremos —insistió la niña.

—Caroline —murmuró Beyruud—, yo no voy a llevar mi libro favorito y tú tampoco.

Caroline se quedó sorprendida por aquella propuesta.

—¡Nada de eso! —respondió—. Lo llevaré.

Annis sonrió, esperando la respuesta de Beyruud.

—De hecho, a mí también me disgustaría renunciar a mi libro favorito, como seguramente le ocurrirá al pequeño, ¿no crees?

Caroline entornó los ojos y comprendió lo que quería decir su amiga.

—Está bien. Jonathan, puedes llevar tu libro.

—¡Buenos días, lady Bridget Northcliff! —exclamó Annis al ver a la mujer en la puerta.

Caroline corrió hacia ella para saludarla, primero con una reverencia y luego con un abrazo.

—Beyruud, mi tímida y reservada muchacha —dijo la mujer, acariciando el oscurísimo rostro de la joven que la miraba atentamente—: ¿Qué te preocupa?

—El mundo más allá del castillo —le respondió con una sonrisa.

—El mundo más allá del castillo es mucho menos de lo que parece, mi dulce y filosófica Beyruud —trató de restarle importancia lady Bridget Northcliff encogiéndose de hombros.

Beyruud se puso serio.

—Precisamente por eso tengo miedo.

—Todos estaremos allí y nadie te hará daño.

—¿Quién va a sufrir daño? Nosotros estamos sanos. ¿Estás enferma Lady Bridget?

—Caroline. «¿estáis enferma, lady Bridget Northcliff?» —la corrigió Annis.

—Perdonad... ¿Estáis enferma, lady Bridget Northcliff?

—No, cariño, no estoy enferma mientras estemos todos juntos.

—¡Por supuesto que estaremos todos juntos! Aunque no veo por qué no puedo ir yo también en el barco con el duque. ¿Por qué no vais vos también?

—¡Porque no quiero dejarte sola, pequeña mía!

—¡Bien! ¡Qué generosa eres!

Annis fingió que no le importaba el tono confidencial que la niña había empleado una vez más.

—Su excelencia prometió venir esta tarde y llevarse a los dos más pequeños. Beyruud y yo tendremos entonces algo de tiempo para organizar sus cosas —explicó Annis.

—¿Su excelencia el duque?

—Sí.

—No metas sus vestidos más elegantes: ahora están pasados de moda y Eleonor ha decidido que les comprará unos nuevos. No quiere que se diga que el duque no gasta en sus niños.

A Annis le gustaba mucho la duquesa y estaba segura de que era la mujer adecuada para su amigo de la infancia. Pero también sabía que percibía la confianza que había entre su marido y ella, y por eso probablemente no la veía con buenos ojos.

—Me alegro de que la duquesa haya decidido llevarlos a todos —dijo la muchacha espontáneamente. Se dirigió hacia la puerta e invitó a lady Bridget Northcliff a seguirla—. Me preocupa Beyruud —susurró la muchacha—. Es reflexiva, solitaria, y el dolor que marcó su pasado la ha dejado profundamente afectada. Parece haberlo superado, pero creo que no es así.

Lady Bridget Northcliff había estado escuchando atentamente a Annis y le preguntó:

—¿Lo habla contigo?

—Sí, si estamos a solas. Tal vez debería consultarlo con la duquesa.

—¿No con Kein? —preguntó la otra con una sonrisa de asombro. Sabía que, para cualquier problema relacionado con los niños, Annis siempre consultaba a su hijo antes que a ella.

—Esta vez no —respondió la nodriza—. La duquesa es culta, y está educada e informada. Además es una mujer. Adora a estos niños y la he visto estudiar los silencios de Beyruud. Estoy segura de que ya tiene una idea propia.

—Entonces, habla con ella.

* * *

Keiran hundía las botas en la arena húmeda y dejaba vagar la mirada hacia el horizonte marcado por el mar. Se detuvo a observar la naturaleza con los ojos apenas entornados. El viento, que soplaba con fuerza, amainaría hacia el atardecer, pronosticando lo mismo para el día siguiente. Llevaría a Eleonor al barco a primera hora de la tarde.

Se apartó el cabello de la frente con la mano, gesto que ya había hecho cientos de veces, pero el viento volvió a despeinarle el pelo.

Se miró la mano y pensó en lo que había sentido al tocarla durante aquellos días: con ella se le había abierto un mundo nuevo, hecho de descubrimientos y sorpresas, todos agradables. La certeza consciente de que tenía a la mujer que siempre había deseado le emocionaba. Era un paquete completo y haberlo encontrado era algo milagroso, lo sabía.

El miedo a perderlo todo le hacía ser precavido, desconfiado, posesivo y receloso. Ni siquiera se preguntó por qué debería perderlo todo y ese fue su error. Estaba convencido de que ciertas cosas podían ocurrirle sin más.

Como le había ocurrido a su madre, a la que abandonó durante años y luego recuperó como si fuera un objeto del que servirse a su antojo. Le había ocurrido a él, marginado por su padre, que solo tenía ojos para Axel, hasta el punto de haberse planteado la posibilidad de declararlo

incapaz, lo que no le habría importado en absoluto. Luego, al morir su hermano, volvió a ser heredero por la fuerza y no por convicción. Su padre no lo consideraba apto para ese papel, pero aun así lo obligaba a ocuparse de sus responsabilidades como si fueran un deber ineludible. Ese enorme peso y la falta de estima paterna lo llevaron a ausentarse frecuentemente y por largos periodos del hogar, con la esperanza de que le retirara el título que por derecho le correspondía.

El viento devino brisa y la luz penumbra. El aire puro y fresco le trajo sensaciones familiares que parecían una armoniosa melodía de vibraciones. Se giró bruscamente y la vio: Eleonor. Caminaba allá en lo alto, con Zaynab a su lado, y su elegante porte se mantenía incluso cuando hundía los pies en la nieve.

Entrecerró los ojos: casi podía oler su perfume, ver la luz brillante de sus ojos verdes y sentir la suavidad flexible de su cabello rubio. Apartó la mirada para no llamar su atención, algo que ya le había ocurrido muchas veces. Fue como una especie de violencia: quería estar en contacto con ella, incluso a distancia, y hacerlo a través de esas percepciones le brindaba una inmensa satisfacción.

La imaginó en la intimidad de su alcoba, recordó las conversaciones que habían mantenido, recorrió las etapas por las que habían pasado a lo largo de los años y que habían sido una especie de búsqueda inconsciente, y recordó su último encuentro aquella mañana.

No quería un hijo. No quería que fuera como él. No quería ser como su padre.

Y sin embargo, deseaba tanto a ese hijo. Tan intensamente que le dolía. Era la primera vez que tenía una idea así.

Descubrir que no se sentía perturbado ante la posibilidad de que Lio pudiera estar embarazada lo inquietó mucho. Comprendió, sin sombra de duda, que nunca sería capaz de no alegrarse por un hallazgo así. No sería capaz de fingir indiferencia hacia su criatura. No sería capaz de no amar a la mujer que la procrearía.

En verdad, no era capaz de no amarla, incluso sin un hijo.

* * *

La penumbra se imponía a la blancura de la nieve circundante.

Eleonor y Zaynab caminaban junto a la empalizada helada que daba al acantilado de la bahía, justo donde Eleonor había visto a Keiran bañándose desnudo. Como si hubiera recibido una llamada tácita, miró hacia abajo y lo vio. Era alto, moreno, ferozmente erguido, con el cabello revuelto por el viento frío y las piernas perfectamente perfiladas por los pantalones ajustados que asomaban bajo el capote levantado por la brisa. Lo observó durante un minuto, pero él no la miró, como si no hubiera sentido su presencia o como si la estuviera fingiendo. Esa aparente indiferencia la sorprendió.

En las inmediaciones de la casita de los Sikulu, la luz amarillenta de las ventanas transmitía una agradable calidez. Llamaron a la puerta y Asabi les saludó con su saludo habitual.

—Excelencia, pasad.

La habitación estaba caldeada y los olores de la cena que se estaba preparando inundaban agradablemente el ambiente.

—Sentaos junto al fuego —dijo la mujer, señalando unas sillas.

—Gracias, Asabi. Zaynab te ha dicho lo que necesito, ¿verdad?

Asabi asintió. Luego habló en voz alta en su propio idioma, para que la oyera Homa, que estaba en la pequeña habitación de al lado.

—Mamá Homa preparado ungüento. Yo preparado planta —afirmó.

—¿Planta? ¿No tiene que estar en el invernadero?

—Saca hoy. Lleva contigo, a tu habitación, lady Northcliff, para tener en calor. Mañana en

barco tú das Wanjala y él sabe cómo hacer.

Eleonor vio la maceta, bastante voluminosa, y al instante se agachó para tocar las grandes y carnosas hojas de la planta. Era un regalo sumamente apreciado para alguien como ella, a quien le gustaba utilizar la naturaleza por sus fines benéficos.

—Es maravillosa. ¡Gracias, Asabi!

—Duquesa, yo ya explicado cómo cortar y hacer ungüento o bebida.

—Sí, lo tengo todo escrito. No temas.

La anciana Homa se acercó lentamente y, antes de que Eleonor pudiera siquiera hablar, le tomó las manos. Estudió los genuinos ojos verdes de la joven y habló en su propio idioma.

—Mamá dice tú distinta, sentido amor de mente y cuerpo. Pero gran dolor de recuerdo no ha desparecido.

—Es cierto, abuela Homa, no ha desparecido —admitió Eleonor, aguardando a que Asabi tradujese.

—Mamá ve violencia de aquel hombre enfermo. Tú estabas tumbada y él encima.

Eleonor palideció ante el recuerdo y tragó saliva para no llorar.

—Lady Northcliff, mamá quiere advertir a ti —afirmó Asabi titubeante, como si temiese asustarla.

—¿Advertirme? ¿De qué?

Homa habló.

—Mamá avisa a su joven leona inexperta de no tener miedo cuando esté de nuevo debajo y tu amado encima. No temas porque el conoce tu miedo, tu recuerdo.

Eleonor se asombró ante tales palabras.

—Y además mamá dice tú cuidado a hombre enfermo. Él aún quiere a ti, y él enfermo y falso.

—De acuerdo, tendré cuidado, lo prometo. ¿Puedo hablar de esto con mi marido?

Asabi habló a la anciana y esta le respondió con una sonrisa y unas palabras que su hija se limitó a traducir de la siguiente manera:

—Jefe de las manos sagradas sabe ya.

Aquella inesperada revelación hizo que Eleonor frunciera el ceño.

—Tú maravillada. Sus manos gran poder. Él nunca habla, él guarda dentro, pero él sabe, conoce las intenciones de hombre enfermo y conoce tu miedo cuando tú estás debajo.

Asabi sonrió y le ofreció a Eleonor una taza humeante de un líquido amarillo y dorado que no era té. La hizo sentarse y permanecieron un rato en silencio.

Entonces Zaynab empezó a conversar con ellas en voz baja y en su propio idioma.

Eleonor se abstrajo, perdida en sus pensamientos, mientras sorbía la infusión, que era agradablemente dulce y sabía a canela.

—¿Lady Northcliff? —Zaynab le rozaba el brazo para reclamar su atención.

—¿Sí?

—Es tarde, lord Northcliff se preguntará dónde estáis.

Eleonor se incorporó y le devolvió la taza a Asabi.

—Gracias por todo, mi querida amiga.

Asabi hizo una vaga reverencia y sonrió.

La abuela Homa le tendió las manos y Eleonor, tras cogerlas, la besó en una mejilla.

—Gracias, abuela Homa.

Cogieron la maceta y salieron al frío de la noche.

* * *

—Qué demonios... —Keiran aceleró el paso para reunirse con su esposa. Sostenía una pesada

maceta con la ayuda de Zaynab. La levantó sin esfuerzo con la mano—. Deberías haber enviado a alguien.

—Temía que se me olvidara, con todas las cosas que aún tengo que resolver.

Keiran pensó que en unas horas estarían cenando y no sabía cuándo terminaría Eleonor de preparar todo. Pero no dijo nada. Se adelantó a las mujeres y se dirigió expeditivamente hacia el castillo.

—¿La llevarías a nuestra alcoba?

Él no le contestó, pero Eleonor estaba segura de que la había oído.

Atravesaron la cocina y todos se inclinaron a su paso.

—Agatha, ¿está todo listo para la cena de fin de año?

—Por supuesto, lady Northcliff, y según sus instrucciones.

—Bien, gracias, Agatha. —Eleonor se dirigió al gran atrio central y subió corriendo las escaleras, intentando alcanzar a Key.

Él ya había entrado en sus aposentos. Había colocado la maceta a los pies de la cama.

—Gracias, Key —dijo ella, inclinándose sobre la maceta y empezando a tirar de ella en dirección a la ventana.

Keiran le puso las manos en las caderas y la apartó a un lado.

—¿Dónde la pongo?

—Bajo la ventana, gracias.

Él cumplió la orden y se dio la vuelta para mirarla.

—Hasta luego en la cena de fin de curso —dijo Eleonor tranquilamente.

Él tuvo el impulso de darle un beso antes de marcharse, pero se esforzó en no hacerlo para no parecer excesivamente considerado en un momento de gran conflicto emocional para él. Abrió la puerta, salió y volvió a cerrarla.

Eleonor se quedó quieta unos instantes y luego corrió tras él, alcanzándolo en las escaleras.

Keiran oyó el ruido detrás de él y se giró.

—No te has despedido de mí.

—¿Qué necesidad hay?

Eleonor fingió no oírle y se puso de puntillas, a pesar de que estaba un escalón por encima de él. Le besó sonoramente en la boca y le sujetó los hombros. Le sonrió desafiante y se alejó, con su elegante porte y una sensación de victoria que a Keiran no le pasó desapercibida.

—Insolente chiquilla —murmuró entre dientes mientras seguía bajando los escalones con fingida indiferencia.

La melodiosa voz de Eleonor le acompañó:

—¡Insoportable! —dijo ella en voz alta cuando él ya estaba en el pasillo.

Incrédulo, se detuvo, abrió los ojos y susurró para sus adentros:

—Acabaré por enloquecer.

* * *

En la cocina, los intensos olores de la cena hacían que a más de uno se le hiciera la boca agua.

Keiran entró provocando las reverencias de todos, pero no les prestó ninguna atención. Se sentó en el primer asiento libre de la larga mesa de madera.

Maggie, que ya estaba degustando la comida, se puso de pie en señal de respeto.

—Siéntate —ordenó el duque—. ¿Dónde están mis hombres, Ramsay?

—Esperando fuera para la cena, lord Northcliff.

—Hazlos entrar.

El mayordomo abrió la puerta e hizo señas al exterior.

Leonardo, Pitch y el Rugoso entraron en la cocina y vieron al capitán Blake sentado a la mesa.

—¿Y bien?

—Todo en orden, capitán —respondió el Rugoso.

Keiran señaló el banco que tenía delante y se sentaron. Luego hizo una seña a Mrs. Begbie, que les sirvió la cena de inmediato.

Maggie, bastante avergonzada, observó la escena y no reanudó la comida. La presencia de ellos la hacía sentirse muy incómoda, sobre todo por Rugoso que no le quitaba ojo.

—Stone ha comprobado en persona que su camarote estaba completamente ordenado y limpio, capitán —intervino Leonardo.

Keiran asintió, percibiendo el interés del Rugoso por la chica, a la vez que sentía algo que procedía de Pitch.

—¿Qué pasa, Pitch?

El hombre observaba a su capitán con la misma expresión impasible de siempre. La blancura de su raída camisa realzaba la negrura de su piel y, cuando abrió la boca para hablar, sus dientes relucientes iluminaron su rostro.

—Chico nuevo deambular bosque.

Keiran frunció el ceño peligrosamente, tanto que Maggie agachó la cabeza para no ver su aire amenazador.

Pitch no añadió nada más porque había tanta gente escuchando su conversación que de todas formas no sabía si el capitán Blake quería hablar de ello.

—¿Lo paraste, Pitch? —preguntó Keiran, que conocía bien la forma de ser de su marinero.

—Sí. Dicho ir lejos. Dicho capitán Blake él no quiere líos. Dicho que si veo yo otra vez... —Pitch se detuvo; miró a Maggie y cerró la boca estudiando la reacción del capitán.

—Lo he entendido —dijo Keiran, alargando la mano para tomar un trozo de pan—. Chica, come —le ordenó de repente, lanzándole a Maggie una mirada admonitoria.

Se estremeció y cogió el tenedor.

—¿Cómo te llamas, preciosa? —le preguntó el Rugoso.

Keiran fingió indiferencia, ya que estaba acostumbrado a los modales de los marineros, pero el desasosiego de la muchacha, que él captaba, le indicó que estaba preocupada.

—Maggie —respondió ella en un susurro.

—Ah, ¡de la que ha hablado Shorty! —exclamó el Rugoso.

La expresión de Maggie resultó elocuente: su mala reputación pasada también había llegado al barco. Este hecho la molestó tanto que decidió levantarse. Apartó el plato y fue a ayudar a Agatha a reparar algo sentada en un rincón de la cocina.

—¿Qué he dicho? Todos hablan de ti. ¿No te alegra que te admiren tanto? —preguntó el Rugoso en voz alta.

Keiran siguió comiendo el pan como si nada. De hecho, levantó la vista y le sonrió a Mrs. Begbie, diciéndole:

—¡Adoro tu estofado, cocinera! ¡Sírveme más esta noche!

La mujer soltó una risita: ¡Incluso de niño utilizaba esa frase!

Agatha rio.

—Esperad a probar el postre de hoy, lord Northcliff.

—¿Y eso?

—Una delicia, excelencia —explicó Ben al pasar junto a él. Se sentó con su plato y empezó a comer—. *Mousse* —le susurró Ben a su señor con una sonrisa.

Keiran alzó las cejas con agradable asombro.

—A la duquesa le encantará —sentenció, y empezó a imaginársela disfrutando del suave y esponjoso postre.

Maggie notó el semblante enternecido del duque nada más mencionar a su mujer.

El Rugoso continuaba con la mirada clavada en Maggie. Se levantó y fue a sentarse en el taburete que estaba junto a ella.

—Estás monísima cuando sonríes.

—Gracias —respondió ella con una educada sonrisa, sin dejar de enhebrar la aguja en la tela.

—¿Qué tal un paseo? Para digerir mejor.

—Gracias. Me temo que no puedo.

—¿Por qué? No te gusto, ¿ni siquiera un poquitín?

—Eres simpático, pero eso no basta para que una chica confíe en ti en el primer encuentro —explicó, pacientemente. Sonrió con el aire casi condescendiente de un adulto con un chico joven.

—¿No basta? Yo creía que sí.

Maggie se dio cuenta de que los rumores sobre ella circulaban más de lo que había esperado. Deseó que Hugh estuviera allí para defenderla, como lo había hecho la noche de la fiesta.

—Ya estoy comprometida —dijo en voz alta y con orgullo.

—Ah, si es así, ¿cuál es el problema? ¡Mientras el otro no se entere! —exclamó el Rugoso, rozando la pierna con la suya.

Maggie se apartó.

—No, gracias. No estoy interesada.

El marinero se sintió decepcionado, suspiró y se resignó. Volvió a su asiento con cierto enfado.

El capitán hablaba con Leonardo y Pitch sobre el chico nuevo, pero el Rugoso estaba demasiado distraído con la atractiva doncella que le había rechazado como para entender ni una palabra de lo que hablaban.

—Rugoso, harás una ronda con Pitch esta noche. Sólo para asegurarme de que Jesse no está... maldición, ¡Rugoso! ¿Me escuchas? —La voz conminatoria del capitán hizo palidecer al marinero.

—Sí, disculpadme, capitán.

—¡Joder! ¡Qué tienes la cabeza en la luna!

El Rugoso adoptó su aire más arrepentido.

—Es la mujer de Foster —dijo Keiran escuetamente, en tono bajo.

Su marinero levantó los ojos para encontrarse con la mirada despiadada del capitán.

—Jodida zorra, no lo sabía. ¡Ahora me desollará vivo!

—No lo sabías —le tranquilizó Leonardo.

—Ya es suficiente —interrumpió Keiran en tono severo. Se puso de pie y los reprendió una vez más:

—Si no lo encontráis, buscad en las posadas más cercanas y hacedlo entrar en razón. — A continuación, se volvió hacia el ama de llaves—: Agatha, estaré un rato con los niños.

—Muy bien, lord Northcliff —respondió la mujer, notando que él no se apartaba y que miraba fijamente a Maggie.

—Maggie.

La muchacha levantó los ojos hacia el duque, preocupada y, sobre todo, sorprendida por que recordara su nombre. Él la estudió atentamente, lo que la incomodó aún más.

—Foster te manda saludos —le dijo por fin el duque.

La chica sonrió feliz.

—Gracias —le respondió complacida, luego miró a Agatha que le guiñó un ojo cómplice.

* * *

Las dos horas que Keiran pasó con Caroline y Jonathan fueron agotadoras, más que llevar un barco a alta mar.

Había jugado con ellos, dibujado y contado cuentos. Les había ayudado a cenar y les había lavado. Una vez en la cama, parecía que el mundo se había detenido. Un silencio casi antinatural invadía sus cuartos, tanto que resultaba más molesto que el ruido que habitualmente reinaba en ellos. Se sentó junto al fuego, esperando el regreso de Annis.

Cuando esta entró, se levantó como un resorte.

—Hola, Beyruud.

—Excelencia —respondió la chiquilla con una reverencia.

—Annis, me voy. Están dormidos. Los he lavado, así que me temo que tendrás que poner orden en el baño.

Annis soltó una risita.

—No os preocupéis. Buenas noches.

Keiran le hizo el guiño habitual y salió. Se dirigió a sus aposentos con paso lento y cansado, llevando la chaqueta colgada de un hombro. Entró y el perfume de Eleonor lo abrumó.

Ella estaba sentada en el tocador, aplicándose cuidadosamente un maquillaje oscuro en los ojos. Le miró desde el espejo.

—Te había dicho que no quería que te pusieras esas cosas.

—Solo un poquito, mira.

Se detuvo y, tras un momento, hizo una señal de rechazo.

—Vamos, Key. ¿Qué tiene de malo? Al fin y al cabo, ¡soy la duquesa! —Eleonor se había vuelto y ladeado la cabeza, segura de sí misma, posando su delicada mano sobre su vientre y moviendo los dedos lentamente.

—Conmigo tus artimañas no funcionan, chiquilla.

—Yo creo que sí —dijo ella, levantándose.

Él captó su intención y retrocedió, negando con la cabeza.

—No, no y no. Quédate ahí.

Eleonor se detuvo.

—La verdad es que un poco de maquillaje ilumina el verde de tus ojos —dijo, dándose el aire de alguien que medita una decisión.

De hecho, ya había decidido su estrategia: sabía que no podría resistir el ataque persuasivo de Eleonor y que, esta vez, en lugar de perder la batalla, se la jugaría dirigiendo el juego.

—De acuerdo, Lio. Tienes mi permiso. Póntelo, se lo concedió con un elocuente gesto de la mano. Se dio la vuelta y, mientras se dirigía al guardarropa, añadió:

—Después de todo, puedo encontrar muchas chicas sin maquillar.

Eleonor se quedó perpleja; razonó durante un par de segundos, hasta que por fin se dio cuenta de lo que había oído y reaccionó bruscamente. Le siguió, obligándose a mantener la calma.

—No he entendido lo que has dicho.

—¿Hum?

—¿Qué acabas de decir?

—No lo sé, Lio, no me acuerdo. Ahora, discúlpame, pero he de elegir mi traje.

—¿Tú prefieres que no me lo ponga?

—¿A qué te refieres, Lio?

—A los polvos para el contorno de los ojos.

—¡Ah! Ya te he dicho que preferiría que no lo llevaras. Prefiero no volver a hablar del tema.

Eleonor se mordió el labio inferior mientras observaba a Key, que con un desapego indescriptible estudiaba el color de unos pantalones. Pensó que no merecía la pena contrariarle hasta ese punto.

—Me lo quito —dijo con más firmeza de la necesaria, dándose la vuelta.

Keiran sonrió complacido por su victoria.

* * *

Eleonor había organizado todo con sumo cuidado para la cena de fin de año, ayudada por la fiel Mrs. Brodie y reconfortada por los expertos consejos de lady Bridget Northcliff y de tía Martha. No es que le gustaran especialmente las formalidades, pero sabía exactamente cuándo aceptarlas y ponerlas en práctica.

El ambiente durante la opípara comida fue de celebración; los comensales charlaban amistosamente, ajenos en ocasiones a la elegancia en el vestir y a la etiqueta.

La duquesa era mirada con admiración y respeto, quizá precisamente porque, aunque podía escenificar una situación convencional, siempre mantenía su estilo elegantemente sencillo y familiar.

El duque, por su parte, permanecía en silencio, estudiando constantemente a la gente que le rodeaba.

A petición de lady Northcliff, los hombres no se reunieron para beber sus licores, sino que todos se encontraron en el gran salón, donde se trajeron unas cuantas botellas de champán que se abrieron al filo de la medianoche.

Las bromas se volvieron más frecuentes, las sonrisas más abiertas y los ánimos más alegres.

Si el delicioso vino había ayudado a algunos a ser más sociables, como a lady Alice, a otros les había despertado el instinto animal de la vulgaridad, como a lady Georgia.

En cuanto presintió lo que podía ocurrir, el duque se acercó a ella.

—Lady Georgia, ¿os gustaría dar un paseo?

—¡Por supuesto que sí! ¡Con vos iría al fin del mundo! —afirmó en un tono alto y ronco.

Los presentes callaron.

Eleonor se estremeció, pero tuvo la sangre fría de no montar ningún drama. Se levantó y siguió a su marido, que sujetaba a la torpe muchacha. Caminaron en dirección a las escaleras, pero Eleonor les adelantó, obstruyéndoles el paso.

Clavó sus ojos en los de Key y este se dio cuenta con absoluta certeza de que su mujer estaba muy enfadada. Nunca la había visto así.

Ella le hizo un gesto con la cabeza y Keiran se dio la vuelta, dirigiéndose al vestíbulo. En realidad, se quedó detrás de una columna, demasiado curioso por oír lo que Lio le diría a la desvergonzada lady Georgia.

—Si osáis faltarme al respeto una vez más, ya no tendré en cuenta que estáis ebria y os atizaré con mis propias manos hasta desfiguraros el rostro. —Eleonor había hablado suave y lentamente, pero su tono amenazador adquiría un significado ominoso gracias a sus ojos verdes, que emitían chispas: su ira estaba a punto de estallar.

El paso adelante que dieron Ramsay y Mrs. Brodie fue la salvación de Lady Georgia.

Eleonor sintió su presencia y pronunció en voz alta:

—Acompañad a lady Georgia a sus aposentos, por favor, y aseguraos de que toma su tisana para dormir.

Lady Georgia, confusa y desconcertada, se estaba dando cuenta de lo que había sucedido. Subió el primer escalón con paso inseguro y Agatha la ayudó.

—Lady Georgia —la llamó Eleonor.

La muchacha se dio la vuelta, arriesgándose a caerse.

—Aceptaré vuestras disculpas por la mañana, cuando estéis mejor.

La otra asintió y continuó.

Eleonor tomó aire y volvió hacia el salón.

Keiran salió de detrás de la columna en la que estaba apoyado.

—Creía que ibas a regañarla por intentar seducirme.

—Si eso ha sido un intento de seducción, siento decir que ha sido realmente torpe —replicó ella en tono obvio—. Además, conozco mi valía: soy más lista, más culta y guapa. No tengo miedo a competir con ella —añadió indignada.

—Te estás volviendo demasiado confiada, Eleonor Grace Northcliff. Y no creo que eso sea bueno.

—¿Bueno para quién?

—Para mí —replicó él, seriamente preocupado por sí mismo.

—Su falta de respeto hacia mí es mucho más grave que su tonto e inútil intento de seducirte. Y no porque sea duquesa, sino simplemente porque soy tu esposa —explicó ella con seriedad.

Se miraron fijamente durante un momento y luego él la tomó del brazo.

—Sonríe, duquesa, porque el hecho de que me hayas seguido puede haber despertado la idea de que sospechas de mi fidelidad y no me gusta que duden de que somos felices.

—Exactamente según nuestro acuerdo prenupcial, ¿verdad? —preguntó ella picada.

—Percibo tu cólera.

—Y yo tu artificiosa pretensión de formalidad. Sin usar las manos como tú haces.

Keiran se detuvo y la miró con una mirada amenazadora.

—¿Artificiosa pretensión de formalidad?

—Puedes burlarte de los demás, Key —le dijo, señalando con la mano hacia el salón—, pero no de mí: finges aceptar las formalidades que en principio debe observar un duque, pero en realidad las odias.

Keiran estaba asombrado. Simuló tal frialdad que no dejó traslucir su estado de ánimo. Apartó la mirada de ella.

Los presentes se sintieron aliviados al ver a los cónyuges y su aspecto sosegado.

Antes de que nadie hablara, Eleonor dijo:

—Lady Georgia no se encontraba nada bien y, dándose cuenta de que había causado cierta vergüenza, ha solicitado audiencia para mañana por la mañana con el fin de disculparse conmigo.

Todos asintieron con aprobación y algunos comentaron que era lo más correcto.

La velada continuó con el espíritu festivo con el que había comenzado y terminó muy tarde: eran las dos de la madrugada cuando el duque se acercó a la duquesa. Le susurró algo y ella sonrió y se despidió en nombre de ambos, mientras los demás se quedaban saludándose entre bromas y risas.

Cuando llegaron al dormitorio, el silencio se impuso a sus pensamientos. Ninguna de las dos hizo ruido mientras se desnudaban.

Eleonor se tumbó de lado en la cama y Keiran dijo:

—Tengo algo que hacer en mi estudio. —Entró en la torre de la esquina, cerrando la puerta tras de sí antes de que ella tuviera tiempo de replicar.

Eleonor se preguntó si realmente tendría trabajo pendiente o si simplemente buscaba una distracción más complaciente que ella.

Se acomodó a un lado, envolviéndose con la manta de piel, y comenzó a reflexionar

intensamente: se había prometido a sí misma seguirle la corriente para no perderlo, pero ser una ingenua que renunciaba a su propia esencia no era, en absoluto, parte de su estilo.

«¡Al diablo con mis convicciones! ¡No puedo ser como esas frívolas y complacientes mujercitas que dejan que sus hombres las subyuguen! Ni siquiera quiero saber adónde ha ido. ¡Juro que daría cualquier cosa por bajar a ver si está ahí! Si no estuviera allí... ¡Un momento! ¿Por qué bajar si tiene intención de irse con otra? ¡Lo sorprendería! Y él ha reiterado en numerosas ocasiones que jamás me haría sospechar. No. No me infligiría tal sufrimiento. Soy una necia. Se encuentra en su estudio. Lo sé».

Convencida de que su razonamiento era correcto, decidió esperarle. Relajó los miembros y dejó de pensar. Pronto se quedó dormida.

* * *

El silencio que se oía detrás de la puertecita de madera le indicó a Keiran que estaba durmiendo o leyendo.

La encontró tumbada de lado en la cama, exactamente como la había dejado una hora antes, cubierta por la manta de pieles que solía guardar en su baúl. Se acercó a ella.

Eleonor aún llevaba puesta la bata y le había estado esperando.

Se desnudó. Luego la cogió en brazos para meterla en la cama, echando la manta de piel a un lado.

—Key... estás aquí.

—Sí.

Le quitó la bata y la cubrió. Apagó la vela y se tumbó a su lado, abrazándola.

Eleonor se acurrucó a su lado y se durmió enseguida.

Él también concilió el sueño a los pocos minutos.

Capítulo 2

1 de enero de 1812

El duque de Northcliff había prohibido que nadie bajara a la bahía para verlos partir. Las despedidas habían sido rápidas y sencillas, con la excusa de que pronto se volverían a ver en Londres.

Incluso a lady Georgia se la había despedido apresuradamente: la muchacha se había disculpado ante la duquesa por la falta de delicadeza de la noche anterior, inclinando la cabeza en un gesto poco habitual en su carácter.

Eleonor volvió a pensar en los rostros de sus seres queridos y una sensación de melancolía la invadió inesperadamente, haciendo que Keiran se volviera al sentir la vibración.

Bordearon el castillo, hundiendo los pies en la nieve, y llegaron a la empalizada protectora que conducía al acantilado.

Keiran miró hacia el mar. El viento aún no había amainado y las ráfagas moderadas hacían que el «Eleonor Grace» se moviera. Se preguntó si Lio sufriría mareos; la miró de soslayo y notó que unos mechones de pelo revoloteaban alegremente escapando de la trenza anudada en la nuca. La cogió de la mano y comenzaron a descender por el sendero.

Eleonor vio el barco mar adentro y se preguntó cuánto tardarían en llegar en el esquife, que ya les esperaba en la orilla.

La luz se hacía cada vez más tenue y las sombras eran cada vez mayores. Hacía días que no se veía un buen sol, y la puesta de sol era a las tres de la tarde.

El viento frío la hizo estremecerse, pero la cálida mano de Key la reconfortó. Llegaron al final del empinado sendero y ella observó el azul oscuro del mar que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, lo que le produjo cierta inquietud. Miró hacia la izquierda, hacia la gruta donde había estado atrapada. Se había prometido no pensar en ello ni detenerse a estudiar el lugar con la luz del día, pero su curiosidad innata pudo con ella.

A cada paso, su corazón aceleraba sus latidos, como si aquella masa de líquido oscuro y salado estuviera a punto de abrumarla. La tensión la invadió por completo.

Keiran lo sintió. Sospechaba que ocurriría y decidió actuar con calma. Agarró su mano con más fuerza, la arrastró detrás de él y caminó con determinación sobre la arena.

Eleonor se obligó a ser fuerte. Divisó el esquife y cómo las olas lo azotaban aquí y allá. Se sintió perdida, indefensa, atrapada... igual que aquella terrible noche en la gruta. Y no tenía ni idea de por qué tenía que ocurrirle ahora. Albergaba grandes expectativas para aquel viaje y estaba deseando embarcar, así que aquella reacción de pánico la desorientó por completo y le provocó una sensación de confusión mental. Ralentizó el paso y, de forma inconsciente, agarró el brazo de Key.

Él ya no podía ignorarlo. Se detuvo, la miró y lo comprendió. No quería que sus hombres la tomaran en serio. Sabía que estaban observando cada movimiento de su mujer con curiosidad. Se colocó frente a ella, impidiendo que la vieran, y le levantó la capucha de la capa.

—¿Vamos?

Eleonor abrió la boca temblando.

—No sé si... No creía que yo...

—Lo sé. Lo sé, puedo sentirlo. Estás conmigo. Todo irá bien, *mo' leannan* —la tranquilizó, por encima del susurro del viento. Volvió a cogerla de la mano y caminaron hacia el agua.

Cuando llegaron a la orilla, los hombres tiraron del bote y lo mantuvieron firme para que subiera la duquesa.

Ella temblaba visiblemente, con la mirada baja.

—Démonos prisa, hace demasiado frío —ordenó el capitán Blake, para justificar el violento temblor de Eleonor. La cogió en brazos y entró en el agua con las botas oscuras y gastadas que solía llevar cuando navegaba. La sentó en el asiento bajo y se puso a empujar el esquife con los marineros. De un salto, estaba dentro, seguido por los demás. Se sentó junto a ella.

Leonardo y Pitch empezaron a remar. El Rugoso cogió una manta y se la entregó al capitán.

Keiran dijo:

—Lio, siéntate en el suelo. Así tendrás menos frío. —Luego le colocó una manta por encima.

Eleonor respiraba con dificultad y tenía los ojos abiertos, aunque bajos para no mostrar su miedo a los hombres. Metió la mano bajo la manta y rodeó la pierna de Keiran con el brazo.

El bote se balanceaba entre las olas y los dos marineros que remaban lo hacían a un ritmo constante.

Eleonor se quedó callada y miró a su alrededor: la orilla estaba ya muy lejos, la oscuridad crecía rápidamente y el agua los rodeaba como si fuera a engullirlos.

Keiran la desplazó del asiento en el que se apoyaba con la espalda y se sentó en el suelo detrás de ella. Abrió las piernas y la recostó a su lado, rodeándola con los brazos.

Aquel contacto le infundió serenidad. Estaba asombrada por aquel gesto, convencida de que le había costado mucho hacerlo delante de sus hombres. Pero a ellos no pareció importarles.

Media hora después, Keiran se levantó y dijo:

—Voy a remar ahora.

El Rugoso y él se pusieron a remar.

Eleonor, sola en su rincón, no apartaba los ojos de él, para sentirse menos sola y encontrar apoyo en su mirada reconfortante y en la penumbra del farol.

Pasó otra media hora y por fin alguien habló: una voz potente que venía de la oscuridad.

Eleonor levantó la cara y se quedó estupefacta.

Estaban bajo el barco, que desde allí parecía enorme. Sonrió de felicidad y se acomodó en el asiento.

—¡El cabo, Stone! —gritó Leonardo. Agarró la soga que le lanzaban. Bajaron una escalera de cabo con peldaños de madera.

Todos se volvieron hacia ella, aguardando que subiera.

Key le cogió de la mano, pero él la tiró hacia sí y ella se abalanzó sobre él.

—¡Déjame subir la última, por favor! —le susurró.

Él frunció el ceño. Luego lo pensó un momento y, mirando a sus hombres, dijo:

—Atad el bote y subid. Volveréis más tarde para recuperarlo.

Los marineros obedecieron, moviéndose con rapidez y destreza.

—Ahora te toca a ti, Eleonor.

—¿Y tú? ¿No te vas a poner a mi lado?

—Me quedaré detrás, tranquila. Haz lo que te digo. —La cogió de las manos para levantarla y, luego, sujetándola por las caderas, le dijo—: Coge la cuerda por un lado y agárrate fuerte». Ahora, coloca un pie en el peldaño. Así está bien. Cuando estés lista, el otro pie en el peldaño superior. Eso es.

Eleonor cumplió la orden a la perfección, sin miedo, mientras sentía sus manos sosteniéndola.

—Lo estás haciendo bien. Ahora hazlo otra vez. Primero una mano, luego la otra. Así. Ahora un pie, luego el otro. Buen trabajo, continúa —la animó Keiran, acercándose por detrás.

—¿Puedo ponerme unos pantalones? —preguntó ella, jadeando por el esfuerzo.

—¿De qué demonios estás hablando?

—¡Con unos pantalones podría subir al mástil!

—¡Que el Cielo me ayude! ¡No hagas que me arrepienta de haberte traído, Eleonor! ¡Sube!

Ante aquella vehemente insinuación en voz alta, los marineros se miraron y temieron por la bella joven. Sabían que, cuando el capitán se enfadaba, lo mejor era mantenerse alejado de él. Sin embargo, parecía que la joven no le temía en absoluto.

Stone tendió su mano grande y áspera a la mujer del capitán Blake y le ayudó a subir a bordo.

—¡Gracias! —dijo Eleonor, sonriendo. Miró a su alrededor y, en la luz de numerosos faroles, vio rostros atónitos que la estudiaban: rostros bronceados por el sol, gente que trabajaba y faenaba en aquel barco.

—Bienvenida a bordo, duquesa —dijo Keiran en voz alta.

Ella rio, mientras observaba todo lo que podía ver en la oscuridad. Dio unos pasos hacia delante, llena de curiosidad por saberlo todo cuanto antes.

—Quizá por la mañana —susurró Keiran, intuyendo sus pensamientos—. Ahora bajemos a nuestro camarote. ¡Stone!

—Aquí estoy, capitán.

—¿Cena?

—La están preparando.

—Para las seis y media. ¿Reparaciones?

—Terminadas. La cerradura de doble fondo que ideasteis funciona ahora correctamente. ¡Casanova realmente tiene mucha habilidad con esas manos!

—Bien. ¿Y los niños?

Son obedientes y tienen ganas. No dejan de mencionaros.

—Envíamelos.

Stone obedeció.

—¿Qué niños, Key? ¿De qué te has inventado un doble fondo? ¿Puedo verlo? ¿Quién es Casanova? ¿De verdad se llama así?

Keiran alzó los ojos al cielo.

—Vamos. Tiró de ella por el brazo y bajaron juntos debajo de cubierta. Abrió la puerta y se apartó para dejarla pasar. Eleonor entró. Un olor intenso y agradable la invadió. Dio un paso adelante, emocionada hasta lo indecible por todas las cosas extrañas e increíbles que vio esparcidas por doquier, pero en buen orden.

Observó la alfombra persa, las estanterías de donde procedía el perfume y donde reposaba un turbante azul y oro, los pareos orientales, la mesa con los rollos de cartas de navegación, la amplia cama, collares de plumas y otros de conchas, las enormes almohadas en lugar de sofás y el cuadro de un hermoso mascarón de proa con un rostro familiar. Se acercó lentamente.

—¡Es precioso! Ay, es... —Se llevó las manos a la boca, sorprendida al reconocer a su madre en el rostro del mascarón de proa. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Giró la cabeza para encontrarse con la mirada de su marido, en una silenciosa exigencia de explicación.

—Lo hice yo. Hace años. Cuando decidí regalarle el «Eleonor Grace» a tu padre. El mascarón de proa debía ser así. Luego ambos fallecieron.

Eleonor volvió a estudiar el rostro amado de su madre y dejó escapar unas lágrimas.

Llamaron a la puerta y Keiran la abrió. Miró detenidamente a los dos chicos, como si los estuviera inspeccionando.

—Stone dice que estáis haciendo un buen trabajo.

—¡Así es, capitán! —contestó Sammy, el mayor y más vivaracho. Tenía los ojos azules claros y el pelo fino y pajizo.

Eleonor se secó la cara y se volvió para observar a los dos chicos. Uno, el que hablaba, miraba con adoración a su capitán, preparado para cualquier petición suya; el otro, que parecía más tímido, era en realidad el que más interés mostraba por ella. Sus ojos oscuros tenían algo de profundos, como si meditara sobre todo lo que veía.

—La duquesa necesitará asistencia durante el viaje a Londres. ¿Tenéis alguna idea de quién podría llevar a cabo esta tarea y merecer mi confianza?

—Yo —propuso al instante Cody, el más pequeño de los dos, mirando valientemente a Blake sin apartar la vista.

Sammy frunció el ceño.

—¿Por qué tú? ¡Yo soy de confianza y además mayor que tú!

Eleonor dio un par de pasos hacia ellos.

Keiran observó a ambos, pensativo, porque no quería menospreciar al inseguro Cody ni ofender al otro. Así que le dijo a Sammy:

—Si quieres ayudar a la duquesa, ¿quién me ayudará a mí, pequeño? Yo mando. Y si decido que Cody ayude a mi esposa, tú me ayudarás a mí. ¿Entendido?

Los ojos de Sammy se abrieron de miedo ante el tono perentorio, pero entonces comprendió que el capitán le ordenaba sustituir a Ben, lo que suponía un gran honor, y esbozó una sonrisa de satisfacción:

—¡A la orden, capitán Blake!

—Cody, te dirigirás a la duquesa utilizando su título o llamándola lady Northcliff, y serás responsable de su bienestar.

—¡Sí, señor! —El muchacho miró directamente a Eleonor y le preguntó—: Lady Northcliff, ¿necesitáis algo?

Eleonor sonrió.

—La verdad es que sí. ¡Al capitán y a mí nos gustaría tomar un té caliente!

—¡Por supuesto! —respondió el chiquillo, y salió corriendo a cumplir su tarea.

—Sammy. Agua caliente. Dos tazones.

—¡Enseguida, capitán! Y él también se alejó a toda velocidad.

—¡La puerta! —gritó Blake.

Sammy se volvió.

—¡Disculpad, capitán! —dijo, se dio la vuelta, cerró la puerta y echó a correr.

Eleonor se rio divertida.

—¿Dónde los has encontrado? ¡Seguro que son los hijos de algún marinero!

Keiran empezó a quitarse las botas y se sentó en un sillón de estilo Luis XVI.

—No, y de hecho los encontré. En la calle. Hace dos años. Eran deshollinadores y su amo les estaba zurrando de lo lindo. Cody estaba muy mal, porque cuando se propone algo, es el más rebelde de los dos, así que recibía más palos que Sammy.

—Ay... ¿Cuántos años tienen?

Sammy tiene once años. Cody tiene diez años.

—¿Me he equivocado al pedir té? Tal vez no lo tengáis.

—Importo el té para Londres, Lio. ¿Cómo no voy a tener té?

Eleonor frunció el ceño al darse cuenta de que había quedado como una tonta. Vio su baúl.

—¿Puedo cambiarme yo también?

Keiran había colocado un biombo pintado a mano junto a la cama y lo abrió para indicarle que lo usara. Luego cogió el baúl y lo colocó detrás, para que Eleonor tuviera su ropa a mano.

Eleonor se desnudó y se quedó en enaguas, salió del biombo y se lavó en cuanto los dos chicos hubieron dejado el té y los tazones de agua.

El mueble sobre el que Key solía colocar el tazón estaba junto a la estantería de perfumes y toallas. Una vez seca, su curiosidad la llevó a rebuscar entre los frascos.

—¿Los usas?

—A veces.

—Quizá a las amigas que traigas aquí les hagan falta.

Él, recostado sobre las almohadas con un brazo detrás de la cabeza, la observaba.

—Ninguna mujer ha subido nunca al «Eleonor Grace».

Eleonor lo miró con suspicacia.

—¿De veras?

—Nunca miento.

—Sí, lo haces: cuando dices que eres indiferente hacia mí.

—Nunca he dicho tal cosa.

—Pero actúas como si lo fueras.

—No es lo mismo.

Suspiró y fue a ponerse un vestido de lana marrón oscuro y muy sencillo. Se rodeó el cuello con un pañuelo de seda y se cubrió los hombros con un chal. Decidió no ponerse zapatos.

—¿Sirvo el té?

—Sí, por favor. —Keiran se había lavado y ahora solo llevaba una gruesa bata de lana.

Eleonor se sentó en los cojines, doblando las piernas por debajo de ella.

—¿De dónde vienen? —preguntó señalando los enormes cojines sobre los que estaban sentados.

—Del mercado de Abu Dabi.

—¿Volverás allí?

—Sí.

—¿Cuándo?

Keiran entornó los ojos, bebió el último sorbo de té y dejó la taza sobre la mesa baja.

—No te concierne.

—Claro que sí. Soy tu esposa y tengo derecho a saberlo.

Él aceptó que tenía razón, pero el hecho de que ella estuviera al tanto de cada uno de sus movimientos le inquietaba.

—Aún no sé cuándo.

—¡No quieres decírmelo!

—Si no quisiera decírtelo, te habría dicho de nuevo que no te concierne. —Keiran se tumbó, pensando en lo diferente que era Eleonor de todas las mujeres que había conocido. Ella no tenía miedo de desafiarlo. Se tapó los ojos con el brazo, intentando descansar.

Eleonor bebió más té, sin dejar de estudiarlo, como si de él pudieran salir más informaciones útiles o verdades curiosas.

—Puedo oír tus pensamientos.

—¡Deja de hacer eso!

—Son insistentes, aunque quisiera no podría ignorarlos, y sobre todo, si estás tan cerca de mí.

—¿Hasta dónde llega tu capacidad? —preguntó burlándose de él.

—Petulante. E irreverente.

—Y tú, insoportable —respondió ella sin dejar de mirarle las manos y la dura línea de su barbilla. Tenía deseos de acariciarle la cara, pero temía molestarle.

Keiran lo intuía todo y esperaba que ella se acercara.

Eleonor se armó de valor. Le tocó el brazo para llamar su atención y se sentó a su lado.

Él apoyó la cabeza en las piernas de ella, girando de lado hacia su torso. La rodeó con el brazo y olió el perfume que desprendía. Necesitaba descansar, estar ocioso un rato; necesitaba un cuerpo de confianza que lo abrazara con cariño, sin intenciones ocultas ni esperanzas de recibir algo a cambio; anhelaba a alguien que sintiera algo puro, verdadero y sincero por él. Y ella era así.

Eleonor rozó su pelo negrísimo, lo recorrió con los dedos lentamente y encontró su suavidad agradable. Se fijó en la oscura sombra de la barba y pasó la otra mano por ella, sintiendo su intrigante aspereza. Llegó a la boca bien dibujada y llena, la rozó con un dedo y subió hasta los pómulos. Siguió así largo rato, con el cuidado y la devoción de una mujer que ama, mientras él se dejaba llevar, totalmente relajado.

Cuando ella empezó a masajearle suavemente el cuello, un agradable sopor invadió lentamente a Keiran, que acabó adormilado.

Eleonor permaneció así, adorando al hombre al que había amado durante años, el mismo que la había salvado de un destino de soledad, miseria y bajeza moral al que probablemente habría estado destinada.

* * *

Llamaron a la puerta.

—Ve tú —ordenó Keiran, levantando apenas la cabeza para dejar que Eleonor se levantara.

—Milady, siento molestaros —se excusó Stone, mirando con temor al capitán tendido.

—¿Qué pasa, Stone? —gruñó él.

—Bueno, capitán, confiábamos en hablar con vos antes de la cena para recibir instrucciones para mañana por la mañana.

—Me levantaré en cinco minutos.

—¡Gracias, capitán!

Eleonor cerró y Keiran se incorporó, pasándose los dedos por el pelo.

—Has dejado que me durmiera —dijo, un momento antes de soltar un bostezo—. Tienes un talento natural para esto, Lio.

—Estás cansado.

—Esta noche me acostaré antes —dijo mientras se levantaba—. En un barco se aprovechan las horas de luz y estaré en pie muy temprano.

—¿Puedo hacer algo yo también?

—No —respondió él, calzándose las botas. Se quitó la bata y se puso una camisa beige y una chaqueta de lana. Se dirigió a la puerta, deteniéndose para darle un rápido beso en los labios antes de salir.

* * *

Stone esperaba al capitán en el puesto de mando.

—Nos moveremos un poco antes del amanecer —anunció Blake, temblando de frío—. ¡Maldita sea! No he cogido el capote.

—Enviaré a alguien a...

—No. Ordénales que no hagan ruido mañana por la mañana. Quiero que mi mujer duerma todo lo posible.

Stone se preguntó por qué, pero no se atrevió a preguntárselo.

Keiran adivinó sus pensamientos.

—Estoy seguro de que encontrarás una respuesta en cuanto la veas deambulando por la nave en busca de algo que hacer.

Stone frunció el ceño con expresión asustada: tener a Mrs. Blake a bordo no iba a ser coser y cantar.

—Navegaremos cerca de la costa, no quiero encuentros inesperados.

—A sus órdenes.

—¡Pitch! —llamó el capitán, al ver a su hombre de confianza ordenando unas cuerdas.

Wanjala se acercó en silencio, esperando a que hablara, intuyendo que le preguntaría sobre el marinero traidor.

—¿Lo encontraste?

—Sí, en Posada.

—¿Se fue?

—Sí.

—¿Por las buenas o lo arreglaste tú todo?

—Irse después de que yo arreglar un poco las cosas.

Keiran comprendió que Jesse había recibido algún que otro mamporro, pero no de gravedad.

—Gracias, Pitch.

El hombre asintió respetuosamente y volvió a lo que estaba haciendo.

—¿Qué hora es, Stone?

—Son las seis y veinte. ¿Quieres que traigan la cena?

—Sí, tengo hambre. —Keiran se dirigió a la cabina—. Van a traer la cena —le anunció a Eleonor mientras se disponía a preparar la mesa.

Sammy y Cody colocaron todo en orden y en silencio. Gideon, el cocinero, entró seguido de Shorty y el Rabino, que portaban grandes bandejas.

—¡Hola, Efisio! —exclamó Eleonor—. ¿Qué tal estáis?

El hombre, sorprendido por la jovialidad de la duquesa, miró de soslayo al capitán antes de atreverse a responder, y al ver un gesto de aprobación, habló:

—Bien, gracias, lady Northcliff.

—¿La pierna?

—Curada.

—Capitán —comenzó a hablar Gideon titubeante—, espero que la cena esté a la altura de la duquesa.

Eleonor se sintió responsable por alterar los hábitos de aquella gente.

—Estoy convencido de que lady Northcliff lo apreciará.

—Por favor —dijo Eleonor, dando un paso al frente—, no quiero que hagáis una cena diferente a lo que estáis acostumbrados. Puedo adaptarme a la vida en el barco —le aseguró, mirándole a los ojos pequeños y oscuros.

Gideon miró de reojo al capitán antes de hablar.

—No es ningún problema, Milady.

—Key, por favor. —Eleonor deseaba de todo corazón que él la apoyara: bajo ningún concepto quería que la tacharan de ser una noble inútil y malcriada.

Los hombres, al oír el cariñoso apelativo con el que la hermosa duquesa había llamado al

capitán, se miraron entre ellos divertidos. Por supuesto, no lo demostraron.

—Cocinero, desde mañana el menú normal, como si mi mujer no estuviese aquí.

—A la orden, capitán.

Eleonor sonrió satisfecha.

Los hombres salieron y Keiran se quedó mirándola, desconcertado.

—Entiendo y comprendo tu petición, pero no vuelvas a hacerlo así.

—¿Qué he hecho? —preguntó ella, confundida.

—Has ordenado algo a mis hombres y, con razón, no han accedido a tu petición.

—¡Por eso te lo he pedido a ti!

—Así es. Les has ofendido al exigir que te complacieran con mi intervención. Y tú me has ofendido haciéndome quedar como tu subordinado.

—No había pensado en eso... Entonces ¿por qué no has dicho abiertamente delante de ellos que decidirías con calma?

—Hubiera parecido aún más débil: una noche con su mujer en el barco y, a las primeras de cambio, el capitán ordena lo que ella quiere —explicó con un gesto de la mano.

Eleonor sentía tanta rabia dentro que no podía respirar bien.

—¡Creo que exageras al verlo así!

—No conoces el código que existe entre estos hombres y yo.

—¡Ni quiero conocerlo! ¡Yo soy yo y no formo parte de tu tripulación!

Keiran dio un paso hacia ella con aire amenazador.

—Tú pediste venir a mi barco. Así que cumplirás mis normas o te devolveré a casa mañana por la mañana.

Eleonor apretó los labios, molesta y mortificada. Le dio la espalda y se sentó a la mesa.

—Ese es mi lugar. Tú te quedarás aquí, a mi lado.

Ella se cambió y sirvió la cena de forma brusca.

—Será mejor que te calmes. Si no, todo irá mal. O habla y desahógate, pero ten mucho cuidado con lo que dices.

—¡Que tenga cuidado! —exclamó, susurrando por miedo a ser oída—, ¡eres el hombre más insoportable y complicado que jamás haya visto! —dijo nerviosa, golpeando la cuchara con la que estaba sirviendo el guiso—, ¡eres difícil de complacer, desconfiado, severo, amenazador e... injusto conmigo! ¡Que te aproveche! —Comenzó a comer sin mirarle a los ojos.

Keiran la estudió para ver si lo había soltado todo. Convencido de que sí, él también empezó a comer, y le sirvió vino.

—¡No quiero!

—Bebe.

—¡Y despótico! ¿Quieres adormecerme con alcohol para tener más fácil el acceso después? —preguntó ella airada.

—No necesito adormecerte para tenerte —dijo Keiran muy despacio—. Así que ahora te prohíbo beber y, de todas formas, harás el amor conmigo.

Eleonor fingió no oír y alargó la mano para coger la copa de vino, pero él fue más rápido y se bebió su contenido de un trago. Luego le sirvió agua.

Ella fingió indiferencia y terminó de comer, preocupada por lo que ocurriría a continuación y, sobre todo, por cómo ocurriría. Temía que él utilizara modales bruscos y la idea de una intimidad violenta la perturbaba. Le había enfadado, pero ella también estaba enfadada. Decidió hacérselo saber cuanto antes. Esperó a que terminara de comer y se levantó en cuanto él lo hizo.

—Acuéstate —le ordenó—. Tengo cosas que hacer. Buscó unos papeles y desenrolló uno

sobre la mesa.

Eleonor se cepilló los dientes y, cuando se desnudó, se metió en la cama. Observó cómo trazaba líneas, estudiaba distancias y reflexionaba sobre cosas que probablemente le resultarían incomprensibles. Cerró los ojos y pensó que él la despertaría más tarde.

Keiran, en cuanto la vio dormida, decidió que era el momento de hacer lo mismo. Le había dicho que iban a hacerle el amor, pero enseguida se arrepintió. No le gustaba imponerse, nunca lo había hecho y no pensaba hacerlo con ella, sobre todo después de lo que había sufrido por culpa de su primo.

Se tumbó después de soplar las velas y, aunque su mente le decía que se alejara de ella, su corazón le dictaba el impulso irrefrenable de atraerla hacia él.

* * *

El persistente balanceo del barco hizo que Eleonor se despertara. Miró a su alrededor, sumida en la oscuridad total. Fue tanteando hasta sentir la silueta de Key a su izquierda, por lo que se tranquilizó.

—¿Qué pasa? —preguntó él, preocupado y con la voz ronca por el sueño.

—Nada... No entendía dónde estaba.

—Ven aquí. —Key la abrazó fuertemente.

—¿Podemos abrir una cortina?

—¿Tienes miedo a la oscuridad?

—Sí... Lo que quiero decir es que me siento más tranquila cuando tengo un punto de referencia a la vista.

Levantó la mano y descorrió las cortinas hasta la cabecera de la cama. La noche era oscura y no había luna.

—Lio, no creo que se note mucho.

—No importa... gracias de todos modos —respondió ella, y le buscó con una mano. Esperó a que él se tumbara y se acurrucó para reconfortarse, quedándose dormida de inmediato.

* * *

2 de enero de 1812

El Eleonor Grace navegaba rápido, con las velas hinchadas por el viento favorable, alcanzando los doce nudos.

Todos los hombres estaban entregados a sus tareas a pesar del aire frío y cortante. Una espesa llovizna mezclada con aguanieve azotaba los rostros de unos marineros acostumbrados a los cambios repentinos de tiempo.

El capitán Blake estaba en el timón desde el amanecer. Un pesado capote negro le cubría hasta los tobillos; en los pies calzaba unas botas viejas hasta las rodillas; la cabeza, cubierta por la capucha, estaba sin embargo abundantemente expuesta al agua y su pelo mojado empezaba a dejar caer gotas de líquido helado sobre la frente y los pómulos.

Sin embargo, era feliz: le encantaba aquel barco y estar en alta mar; incluso le gustaban los latigazos de frío que le azotaban la cara, y la escarcha que se colaba por los pliegues de su húmedo capote. Se sentía libre, libre de absurdas restricciones y de innecesarias formalidades, capaz de disfrutar a fondo de aquella naturaleza cruda y a veces inoportuna que otros calificarían normalmente de salvaje y hostil.

De vez en cuando, levantaba los ojos hacia los mástiles para comprobar las velas. Fue entonces cuando vio a Stone que se acercaba, agarrándose a las cuerdas y a la balaustrada.

—Capitán.

Keiran comprendió al instante que el hombre estaba allí para hacer una pregunta incómoda. Le hizo un gesto alentador con la cabeza.

—Hum, lady Northcliff está allí —dijo, señalando la escotilla—, y le gustaría acompañaros. Stone le vio fruncir el ceño y se preocupó por la joven esposa del capitán—. Le he explicado que hace frío y llueve, pero insiste en que desea estar con vos.

Keiran no dejó traslucir su decepción.

—Tráela aquí.

—¡A la orden!

Unos segundos después, Eleonor apareció junto al veterano marinero. Avanzaba sujetándose firmemente a cada asidero, habiendo ya comprendido cómo moverse, sin ninguna preocupación, con una expresión de agradable sorpresa en su hermoso rostro, empapado por la lluvia.

—¡Esto es maravilloso, increíble! —exclamó al llegar hasta él—. ¡Key, no me habías dicho que sería así! ¡Quiero quedarme aquí! —exclamó al llegar hasta él.

Stone pensó que la mujer era el equivalente femenino del capitán.

—¿Qué es increíble? —dijo Keiran en voz alta para superar el ruido del viento y olvidarse de regañarla por insistir en llegar hasta él. Extendió una mano y le subió la capucha de su capa—. Ciérrala bien —le ordenó, mientras ella obedecía y le sujetaba el brazo con la mano libre.

—¡Esto! ¡Todo esto! —repitió ella, señalando a su alrededor. Levantó la cara hacia la lluvia y cerró los ojos—. El agua que viene del cielo, el viento frío, ¡navegar rápido! ¿Puedo coger el timón?

Keiran se apartó, sujetando el timón con una mano y tirando de ella. Se colocó detrás de ella, con las manos de ambos apoyadas en la madera oscura y brillante.

—Sujétalo firmemente, Lio. ¿Sientes cómo tira hacia la derecha?

Ella asintió.

—¿Por qué?

—La corriente.

—¿Dónde estamos?

Señaló un promontorio lejano.

—Ese de allí es el cabo de St. Abb.

—¿Cuánto falta para llegar?

—Un par de horas.

—¿Vamos a navegar hasta la noche?

—No, solo mientras haya luz.

—¿No vamos a navegar de noche?

—No, Lio, contigo a bordo, no.

Eleonor comprendió que era por precaución.

—¿Estarás siempre al timón?

—Depende. A veces me sustituye Stone.

Ella guardó silencio y disfrutó de aquellas nuevas y placenteras sensaciones. Pasó media hora, mientras observaba el ajetreo de los hombres, cada uno con una tarea diferente. Notó los cambios repentinos en la cantidad de lluvia que caía, y admiró a las gaviotas que planeaban con elegante equilibrio sobre el viento y volaban alrededor del barco en alegres piruetas.

Keiran notó su entusiasmo y se regocijó: ¡nunca había esperado nada parecido! Descubrirla cada día le producía una satisfacción totalmente nueva.

—¿Puedo ayudar a los dos chicos a enrollar esa cuerda?

—Se llama cabo.

—¿Puedo?

Debería haberle dicho que era improcedente, poco práctico e inapropiado, pero su alegría era tal que fue incapaz de decepcionarla con una negativa. Se apartó del timón para dejarla pasar.

Eleonor sonrió y dio palmas como una niña a la que se le permite jugar a un juego peligroso.

—¡Gracias, Key! —exclamó, abrazándolo y besándolo. Siguió caminando eufórica.

—¡Agárrate!

—¡A la orden!

Los marineros observaron con curiosidad la expresión de adoración en el rostro de su capitán mientras miraban sonrientes cómo la joven se dirigía a los grumetes para ayudarles. Se lanzaron miradas de complicidad y gestos de aprobación que no pasaron desapercibidos para Keiran: su esposa ya se había ganado el favor de sus hombres. Ella siempre caía bien a todo el mundo.

Indiferente a los tablones mojados, Eleonor se sentó junto a Sammy y Cody, y luego se dedicó a imitarlos en su trabajo: con cuidado y atención, la mirada atenta y la línea de sus hermosos labios indicaban serenidad.

—¿Sois hermanos?

—No, señora —contestó inesperadamente Cody, mientras Sammy la miraba desconfiado.

—Tú eres Cody, ¿verdad? —le preguntó, mirando los profundos y oscuros ojos del niño.

—Sí, señora.

Sammy se alejó y volvió con otro cabo para enrollar.

Eleonor se fijó en lo claro que tenía el pelo y en lo azules y transparentes que eran sus ojos; a la luz de la mañana podía distinguir numerosas pecas en las mejillas y la nariz.

—A mí también me salen pecas cuando estoy al sol —dijo en voz alta, esperando entablar conversación.

Sammy no dijo nada.

—No debería estar al sol, al menos según las reglas de la buena educación.

—¿Por qué? —preguntó Cody.

—Una chica de bien debe prestar atención a su piel e intentar dejarla lo menos expuesta posible, mantenerla blanca e inmaculada. Pero yo no presto mucha atención a estas cosas —le explicó Eleonor con gestos elocuentes.

Sammy empezó a mirar a la mujer con curiosidad, preguntándose si estaba infringiendo las normas.

—Mi madre me lo repetía una y otra vez y, después de que ella y mi padre murieran, mi tía empezó a hacer lo mismo. Pero me encanta el sol y el aire fresco.

—¿Vuestros padres han muerto? —preguntó Cody.

—¿Así que desobedecéis a vuestra tía? —preguntó Sammy, que empezaba a encontrar interesante la historia.

—Sí, mis padres están muertos. Y sí, siempre le he desobedecido —respondió ella.

—¿Y qué os hacía?

—Me regañaba.

—El capitán también nos regaña si hacemos algo mal —exclamó Sammy, orgulloso de que su capitán le reprendiera.

—Nuestro amo no nos regañaba, sino que nos pegaba con el cinto —afirmó Cody.

Eleonor se quedó helada al oír aquella confesión, y le dijo:

—Deberías intentar no pensar en ello.

—Eso es lo que le pasa a él —le explicó Sammy, guiñando con conocimiento—. Piensa

demasiado.

—Bueno, no es malo usar la cabeza, Sammy. Más bien al contrario. Sin embargo, eventos tan tristes y dolorosos deberían quedar relegados a un rincón lejano de la mente. No podrás olvidarlos, eso lo sé, pero puedes obligarte a no sufrir por un mal recuerdo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Cody asintió, no muy convencido, como si tuviera algo en la cabeza que le hiciera no prestar atención a nada más.

Eleonor notó que Sammy sacudía la cabeza, en la que ahora tenía el pelo pegado porque estaba demasiado húmedo por la lluvia, y lo miró fijamente, segura de que hablaría.

—Cody solo está esperando a que llegue un buen momento —susurró con aire cómplice.

—Cállate. ¿Qué sabrás tú de eso? —dijo el otro.

—¿Qué momento? —preguntó ella, intrigada.

Sammy no tuvo el valor de traicionar a su amigo, así que siguió tirando del cabo.

—¿Cody? ¿Qué momento?

—El del ajuste de cuentas —explicó el niño, sin dejar de trabajar. Por último, levantó los ojos y se encontró con los verdes ojos de la mujer. Entonces se dio cuenta de que ella esperaba detalles—. El ajuste de cuentas con mi amo y con todos los amos del mundo.

—Comprendo. ¿Y cómo vas a...? ¡Hola Mr. Foster!

—Bueno días, excelencia —contestó Hugh, mirando con extrema curiosidad la falda y la capa de la mujer, que estaban empapadas por el agua y formaban un charco debajo de ella—. ¿Queréis que os traiga un taburete?

—¡Por supuesto que no! Estoy perfectamente así. ¿Y qué me decís de la vida de marinero?

El rostro de Hugh se iluminó.

—Una verdadera sorpresa.

—¿Agradable?

—Sí, eso quería decir. ¡Ahora entiendo por qué lord Northcliff adora tanto estar en la mar!

—A mí también me gusta. Dudo que sea apropiado hacer publicidad de esto: ¡la *crème* londinense seguro que encontraría algo que decir!

—Sí seguro que encontraría, lady Northcliff —sonrió Hugh—. Disculpadme, he de ayudar a Leonardo —le explicó, hizo una pequeña reverencia y se alejó a toda prisa.

—Es simpático —sentenció Sammy, sin dejar de mirar fijamente a Mr. Foster.

—Sí, es cierto —le confirmó Eleonor.

—Estaba en el castillo, ¿verdad?

—Sí, Sammy.

—¿Qué hacía?

—Ayudaba al duque en asuntos de trabajo.

—Se dice que le ayudó a zurrar a los contrabandistas.

Eleonor sonrió sin responder.

—Y que Foster les dio una buena tunda, pero no fue suficiente. Así que el capitán tuvo que usar métodos más duros para hacerlos hablar.

Eleonor hizo memoria y recordó aquella vez en que Key había entrado en la cámara cubierto de sangre. Había tenido sospechas, pero nunca hablaron del tema. Guardó silencio, comprendiendo que el chico seguiría hablando.

—¡Nuestro capitán es la persona más fuerte que conozco! Sabe cómo hacerse respetar y no tolera injusticias. ¡Peor para esos malditos contrabandistas! ¡Un pie ensartado es lo mínimo para gente como ellos!

—¿Un pie ensartado? —preguntó Eleonor desconcertada.

Sammy no notó la expresión de asombro de la mujer y entendió la pregunta como un comentario irónico.

—Ya... tenéis razón: ¡un pie y una mano! —rio, meneando la cabeza, mostrando la gran admiración que sentía por el capitán.

—¿Qué querías decir, Cody, con el ajuste de cuentas con tu amo?

Cody la miró un momento y dijo:

—Que me vengaré.

—La venganza es algo muy feo.

—¡Desde luego que lo será para ese canalla que nos apaleaba! —respondió Sammy.

—¡No has entendido nada! —estalló Cody—. No hablo de darle una lección, Sammy.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Eleonor, cada vez más intrigada.

—Mi intención es liberar al mayor número posible de chicos y atrapar a ese maldito canalla en el acto para que lo arresten —dijo Cody con rabia.

—Para mí sería suficiente con darle una buena paliza. Algo que lo deje en la cama durante unos meses —dijo Sammy.

—Volvería a hacer lo que os hizo a vosotros, ¿no te parece, Sammy? —le preguntó amablemente Eleonor.

El chiquillo se encogió de hombros.

—¡Chavales! —les gritó Stone—. ¡Llevad esos cabos!

Ambos se alejaron a toda prisa, sujetando los cabos.

Eleonor regresó a la escotilla sin mirar a su marido y mientras reflexionaba sobre lo que había contado Cody. El agradable calor del camarote la reconfortaba un poco, pero el pensamiento de los pobres deshollinadores, indefensos y solitarios, la atormentaba.

* * *

—Debemos hacer algo por los niños deshollinadores —proclamó Eleonor en cuanto Keiran entró una hora más tarde.

Él se detuvo y la miró. Tras colgar su capote en un gancho, avanzó hasta la silla Luis XVI y se sentó para quitarse las botas.

Eleonor se agachó para ayudarle.

—Ya hago algo —afirmó Keiran mientras se desvestía. Dejó la ropa mojada frente a la estufa, sabiendo que la volvería a usar tras comer algo ligero. Stone lo estaba reemplazando y él retomaría el timón hasta el atardecer.

—¿El qué? —preguntó Eleonor con gran curiosidad.

Keiran se giró para estudiar su expresión, como evaluando si responderle o no. Finalmente dijo:

—Los rescato.

Ella frunció el ceño, sin comprender.

—Pago a sus amos para que me los entreguen.

—¡Entonces los compras!

—Sí, es eso lo que sus amos esperan: que los compre. Luego los libero. Lamentablemente, más de la mitad terminan de nuevo en la calle.

—¿Por qué?

—Porque no hay suficientes familias con el dinero necesario para acoger a niños problemáticos.

—¿Quién los acoge?

—Normalmente, gente de clase media. Los convierten en sirvientes o mozos de cuadra.

Eleonor se sentó en el sofá, reflexionando.

«No hay lugares acogedores para ellos. Las familias no son suficientes. Hay que crear hogares muy grandes donde puedan vivir, estudiar, crecer tranquilos y despreocupados. Podría usar mi propio dinero. Pero no quiero que Key se interponga en mi camino. Quién sabe si lo haría, tal vez no».

Sammy y Cody llevaron bandejas con pan, queso y manzanas.

Una comida sencilla, como había pedido. Ella quedó satisfecha.

La pareja comió en silencio. Keiran no quería distraer a Eleonor de sus pensamientos, que percibía con intensidad.

—Vuelvo arriba —dijo él mientras se vestía.

Ella le no respondió. Seguía con la mirada perdida mientras mordisqueaba una manzana.

Keiran le dio un beso en la mejilla y salió.

* * *

El «Eleonor Grace» fondeó pasado el cabo de St. Abb sobre las dos y media, mientras el sol, cubierto de nubes, se ocultaba tras el horizonte de la costa.

Eleonor subió y encontró a todos los hombres ocupados en trabajos manuales. Se movían deprisa, como si temieran no llegar a tiempo antes de que oscureciera.

Vio a Keiran subido a un mástil izando una vela. No llevaba capote y sus manos manejaban con habilidad los pliegues de la tela clara. Se quedó observándolo hasta que un hombre que estaba detrás de ella le dijo:

—Disculpad, Milady.

El marinero de voz ronca tenía una gran nariz achatada y llevaba colgada de sus fuertes brazos una gran cantidad de cuerdas bien enrolladas.

—¡Disculpadme vos! —exclamó ella apartándose.

El hombre depositó su carga justo donde ella había estado un instante antes, acomodándola cuidadosamente.

—¿Y vos quién sois? —preguntó ella.

—Yo soy Club, Milady.

—¿Club? ¿Ese es vuestro nombre?

—No, es como me llaman aquí.

—¿Por qué?

—Todos tenemos apodos. Para entendernos mejor, supongo.

—¡Ah! ¡Ya entiendo! ¡Tenéis una buena nariz! —Eleonor observó su gran nariz y pensó que el apodo del hombre hacía referencia a ella—. ¿Y los demás?

—Bueno, ese es el Rabino, porque es judío.

—¿Y el de la cara picada?

—Ese es Rugoso. Viruela —explicó Club—. Y aquel al fondo es Casanova.

—¿Por qué lo llaman así? ¿Tiene mucho éxito con las mujeres?

—Bueno, Milady, el hecho es que tiene un amor en cada puerto —explicó él.

Eleonor rio.

—Ese es el Moro, ya lo conozco. Y también a Shorty. ¿Quién es el delgado? Está puliendo la barandilla.

—¡Ah, el Boticario! Se embarcó hace... ya no recuerdo cuándo, porque quería estudiar las plantas. Luego se quedó con nosotros. Recoge hojas y hace brebajes para la fiebre, pomadas para heridas y cosas así.

—¡Interesante! ¡Yo también hago eso!

—Lo sé, Milady, ¡Shorty nos contó lo bien que le cosió! —admitió el grandullón, rascándose la cabeza de cabello oscuro y no muy limpio.

—Hablaré con él. Me refiero al Boticario —aclaró Eleonor.

—Ese de allí es Leonardo —explicó Club, señalando a otro compañero—. Es de Florencia. Adora a Leonardo da Vinci.

—¡Ah, entiendo! también Efisio proviene de Italia, ¿no?

—Sí, pero dudo que conozca el lugar de donde proviene.

—¡Cerdeña! Me lo dijo él mientras... ¡lo cosía! —exclamó Eleonor.

Club rio.

—Exacto. Es una isla. Un lugar maravilloso, pero inhóspito.

—¿Por la gente?

—No, no. La gente es cordial y todo eso. Pero están atrasados. No conocen la modernidad y allí todo es difícil.

—Entonces habéis estado. Miré el mapa para saber exactamente dónde estaba, pero no creí que se pudiera llegar.

—Ocurrió hace muchos años.

Club, al verla en silencio, volvió a su tarea de apilar las cuerdas. Sus compañeros intercambiaban miradas divertidas, conscientes de que estaba conversando con la bella mujer del capitán.

—¿Qué miráis?, ¡panda de zoquetes, alimañas malnacidas...!

—¡Club! —gritó el capitán Blake desde lo alto antes de que su marinero soltara alguna grosería.

—Disculpadme, capitán. ¡Y vosotros, dejad de poner esas caras! —les amenazó Club acercándose a sus compañeros.

—¡Vaya, Club! ¡Nunca te había oído hablar tanto! ¡Pero hoy te has lucido! —se burló Casanova.

—¡Cállate tú, coleccionista de mujeres decepcionadas!

—¡Mis mujeres nunca acaban decepcionadas, aunque yo no tenga la herramienta que tienes tú! Y además, ¡lo tuyo no es muy normal, con esa porra colgando de...!

Un fuerte silbido obligó a Eleonor a taparse los oídos: Keiran les había interrumpido para evitar que siguieran diciendo groserías en presencia de su esposa.

Los marineros reanudaron su trabajo en silencio, temerosos de la mirada de advertencia del capitán.

Eleonor levantó la mirada y vio a Keiran descender rápidamente; finalmente dio un salto y aterrizó, bajando las manos para amortiguar el golpe.

—Hace demasiado frío para ti, chiquilla. Y no quiero que escuches a mis hombres.

—¿Por qué? A mí me caen bien. ¡Y además ya conozco muchas palabras obscenas! ¡Te las he oído a ti! ¿Puedo subir? —preguntó señalando el mástil.

—Ni hablar. Si quieres ser útil, ve con Gideon, el cocinero. Dile que quiero la cena a las seis. Luego avisa a los dos críos que preparen la tina de baño y que pidan ayuda a dos hombres, que elijan ellos mismos a quién.

—De acuerdo.

Y Eleonor se fue.

* * *

El vapor se elevaba en suaves volutas desde el agua de la tina, llenando el camarote con un

calor húmedo y agradable.

Keiran eligió un frasco de aceite de una repisa y vertió un poco en el agua, mezclándolo con la mano.

—Entra.

Eleonor se quitó la toalla con la que se cubría y se sumergió en el líquido perfumado, dejando escapar un suspiro de satisfacción.

—Qué maravilla.

Keiran sonrió y se quitó la camisa.

—Habrá que hacer una fiesta.

—¿Para qué?

—Para presentarte oficialmente en sociedad como duquesa de Northcliff. Apenas lleguemos a Londres.

—Cierto. Pediré ayuda a tu madre y a mi tía.

—Necesitarás un guardarropa nuevo.

—Con uno o dos vestidos bastará —respondió ella.

—No. Un guardarropa completo e impecable. Sencillo, elegante y con estilo. Esperan que lo hagas.

—¡Uf!

—Eleonor...

—Está bien, está bien. Obedeceré. Pero que sepas que no me gusta nada comprar vestidos.

—Lo sé.

Keiran se quitó también los pantalones y entró inesperadamente en la tina. Comenzó a lavarse vigorosamente, sumergiendo la cabeza.

Se enjabonaron ambos, y él no dejó de mirarla con deseo.

—¿Has terminado?

—Sí, ¿por qué?

—Necesito tocarte.

—¿Qué he hecho? ¿Qué quieres saber de mí?

—¿Saber? No has entendido. Quiero tocarte por el puro placer de hacerlo. Si tú quieres, claro.

Eleonor alzó las cejas y, con aire malicioso, se acercó. Lo besó apasionadamente, sintiendo de inmediato la dureza de su erección, y sin pensarlo, se movió sobre ella.

—Aprendes demasiado rápido.

—¿No está bien?

—Sí y no —dijo Keiran con un ligero jadeo.

—Me encanta cuando haces eso —susurró Eleonor, complacida por el efecto que le causaba.

—¿Eso?, ¿el qué?

—Confundido y excitado por mí

Keiran no hizo ningún comentario, estaba ensimismado mirando su cuerpo plagado de cristales líquidos. Cogió el jabón y se lo frotó en las manos; luego, sin previo aviso, se apoderó de sus pechos y comenzó a masajearlos con gestos sinuosos y circulares.

Eleonor estaba impresionada y le parecía una novedad; disfrutaba con cada uno de sus gestos.

—Ven —dijo Keiran, tirando de ella para abrazarla. Se deslizó en su interior con gran facilidad. Ella dejó escapar un suspiro de satisfacción y empezó a moverse suavemente.

El agua se agitaba y producía salpicaduras.

—Vamos a salpicarlo todo —dijo Eleonor, preocupada por lo que pensarían sus marineros.

—Veo lo que estás pensando, Lio, y te lo prohíbo. Mírame, céntrate en lo que hacemos, siente

mis manos que resbalan sobre ti.

—Sí, pero...

Le acarició los pechos con espuma entre los dedos y le tiró suavemente de los pezones.

Eleonor jadeó, dejándose llevar por el ritmo de sus caderas. Se perdió en aquel goce, dejándose llevar en aquella danza licenciosa y emitiendo gemidos de placer sin pudor.

De pronto, exclamó:

—¡Nooo... no! —Se apartó de él, dejándolo atónito.

—¡Joder! —estalló Keiran, a punto de descargar su semen—, ¡maldita sea, Lio!

—El capuchón.

Keiran enmudeció. ¿Levantarse para ponerse aquello o penetrarla de nuevo? Su pene palpitaba vergonzosamente y estaba seguro de que no aguantaría más. Agarró firmemente las caderas de Eleonor y la aproximó a su cuerpo.

—¡No vuelvas a hacer eso! Deberías haberme avisado antes. Ahora te deseo, ¡ahora mismo! —La besó apasionadamente, tocando con manos ávidas su cuerpo.

Eleonor se entregó por completo. Sus jadeos lascivos excitaron tanto a Keiran que explotó al instante. Ella encontró la plenitud poco después, durante lo que pareció un tiempo muy largo. Permaneció desplomada, respirando ruidosamente.

Keiran la abrazó con cariño. Él se ocupó de ella, ayudándola a enjuagarse y a secarse.

Mientras esperaba a que se vistiera para la noche, preparó la cena y cenaron en un silencio sereno, vibrante de percepciones tácitas.

Eleonor le sonreía de vez en cuando; él correspondía con una inclinación de cabeza o una caricia furtiva.

Se tumbaron en la cama y se durmieron sin decirse nada..

* * *

Del 3 al 11 de enero de 1812

Los diez días de navegación diligente y resuelta habrían puesto a prueba a cualquier joven, especialmente si era noble y de buena familia. Pero no a Eleonor.

El hecho de que ella disfrutara plenamente cada instante de esos días arduos dejaba a Keiran cada vez más perplejo.

Adoraba cada vez más a su esposa, porque ella parecía ser exactamente lo que era: accesible y querida por todos, interesada en todo lo que la rodeaba, satisfecha con las cosas simples que tenía y siempre serena; pero desconfiaba igualmente, sospechando que su hermosa y joven esposa se transformaría en una mujer altiva y frívola una vez que se acostumbrara a la vida en Londres.

Decidió que, por el momento, disfrutaría todo lo posible de lo que tenía, sin pensar en lo que podría cambiar. Así que se repetía una y otra vez que la amaba inmensamente, a medida que todo lo relacionado con el «Eleonor Grace» adquiría un significado más puro, concreto y sencillo de aceptar. Rezaba para que aquella criatura que ahora le era indispensable y que le completaba plenamente nunca le fallara.

El segundo día de navegación, Eleonor se despertó al amanecer y no quiso atender a razones cuando Stone insistió en que era demasiado pronto para subir a cubierta. Allí la encontró, faenando con los marineros, mientras el barco se deslizaba velozmente sobre un mar inesperadamente calmo. Avanzó hacia Keiran, se deslizó entre sus brazos mientras él sostenía el timón y se quedó allí, con la cara apoyada en su pecho, observando cómo avanzaba el amanecer desde el este. Los colores del fuego se mezclaban con el azul oscuro del agua, que estaba inusualmente quieta, convirtiendo el ilimitado líquido en una extensión ardiente.

—Es un espectáculo increíble —susurró ella, rodeando a su marido con los brazos.

Él inclinó la cabeza y le sonrió.

—Es cierto.

Esa escena se repetiría cada mañana hasta la llegada a Londres. Esos momentos de íntima sintonía, cada vez más frecuentes, parecían tan excepcionales como irreales; y el temor de que todo pudiera terminar una vez llegados, los perseguía, aunque ninguno de los dos lo mencionara jamás.

Aquel día la navegación duró unas siete horas. Cuando pasaron por Holy Island, Eleonor no renunció a permanecer de pie en cubierta, bien sujeta a la barandilla de estribor, admirando cada detalle, especialmente la abadía de Lindisfarne, erigida por san Aidan.

El agua salada corría bajo ella, rápida e inquietante, pero su curiosidad innata le hacía olvidar todos los temores. De vez en cuando se volvía para mirar a Keiran, como si buscara un puerto seguro.

Sus pensamientos se dispararon cuando miró la abadía que tenía ante sus ojos y anheló verla, arrodillarse en aquel lugar antaño sagrado. Comenzó a rezar. Estar en el mar durante varios días le habría impedido asistir a la celebración de la Santa Misa, un hecho que le preocupaba sobremanera.

Keiran la estudiaba atentamente y no le costaba adivinar sus pensamientos. Pasaba cada vez más horas al timón y, al atardecer del tercer y cuarto día, se durmió muy tarde. Quería estar seguro del rumbo a seguir y repasó mentalmente todo en su carta náutica, donde ya tenía marcadas las líneas de los viajes anteriores.

Al atardecer del cuarto día, Keiran le explicó a Eleonor que estaban anclados frente a la bahía de Robin Hood. Los brillantes ojos verdes de su esposa, muy abiertos por la sorpresa, le hicieron estallar en carcajadas.

—¿No me estarás tomando el pelo, verdad, Key?

—¿Por qué iba a hacerlo? En realidad, es solo una leyenda.

—No, y yo sostengo que Robin Hood existió de verdad.

—Bueno, digamos que si existió, probablemente estuvo aquí —dijo Keiran, señalando la bahía, desde donde empezaban a verse luces procedentes de las numerosas casitas de pescadores.

Eleonor se quedó soñando despierta y, sin saber cómo, llegó a pensar en el tesoro que el rey Juan había perdido en el Wash.

—Tu madre dice que aún podría estar allí —le susurró ella con aire conspirador.

Keiran frunció el ceño.

—¿Quién?

—El tesoro del rey Juan, en el Wash.

—No, mi madre sostiene que se trata de una leyenda vinculada a la tradición de los MacKendrick. Una leyenda no es real.

—Y, sin embargo, parece que un antepasado tuyo escribió...

—Basado en una leyenda, Lio.

—Me gustaría ir.

—Por supuesto. Pero no podemos. Conténtate con ver el Wash desde el barco cuando estemos frente a él.

Eso ocurrió al atardecer del sexto día.

Habían partido antes del amanecer para cubrir una ruta más larga. Parecía que los días se hacían más largos porque, en el camino hacia el sur, el sol se alzaba antes y se ponía más tarde, por lo que las horas de navegación también eran más largas. La cena se servía siempre a la

misma hora, porque todos tenían hambre. Su intimidad crecía día a día y Eleonor acogía con curiosidad y madura feminidad lo que Key le enseñaba.

Keiran evitaba hacer el amor estando encima de ella, aun sintiendo el ultraje causado por su maldito primo.

Aquel día estaban todos bastante cansados, pues habían recorrido unas cincuenta millas en nueve horas consecutivas, y fondearon frente al famoso «bajío».

—¡Coño, Key! ¡No se ve una mierda!

—Eleonor —la amonestó por la expresión un tanto malsonante.

—Oh, no te preocupes por eso —replicó ella con un elocuente movimiento de la mano—. En cuanto esté en Londres, volveré a ser una duquesa perfecta.

—Verás mejor por la mañana —la tranquilizó su marido, alejándose—. Te espero abajo —añadió, divertido por la expresión pensativa de su rostro mientras miraba fijamente la oscuridad como si quisiera atravesarla con la mirada.

—Un montón de barro, ¡eso es lo que es! —dijo el boticario mientras barría el agua del puente.

—¿Has estado allí? —preguntó Eleonor con curiosidad.

—Sí, allí no crece nada. Para encontrar una planta decente, tuve que avanzar tierra adentro. Es una marisma de tierra arenosa, húmeda y, la mayor parte del tiempo, maloliente.

—Me gustaría ir allí.

—Una pésima idea, lady Northcliff.

—¿De qué estás hablando, boticario? —preguntó Casanova, deteniéndose al lado con un trapo en la mano.

—De meterse en el Wash —le explicó el compañero, señalando con la cabeza hacia tierra.

——No hay nada que ver —confirmó Casanova encogiéndose de hombros y observando el bello rostro de la señora Blake—. Lo único es que la marea sube y baja tan deprisa que corre el riesgo de ahogar a los incautos que se hallen en medio de ese limo viscoso.

—Como le ocurrió a Juan —comentó Eleonor.

—¡Así es, Milady, ese traidor ladrón del tesoro del gran rey Ricardo! —exclamó el boticario.

—¿Cómo son los lugareños? —preguntó Eleonor con su habitual curiosidad.

—Pues como en todas partes del mundo, diría yo —dijo Casanova, rascándose la desgreñada barba de la barbilla, que no se afeitaba desde hacía varios días—. A mí me gusta las gentes de cualquier raza y color.

—¡Sois un verdadero trotamundos! Sabríais adaptaros a cualquier costumbre.

—Sí, Milady, y de hecho creo que es así —lo admitió sonriendo. Era un hombre apuesto y su sonrisa asimétrica y traviesa llamaba la atención. Quizá precisamente por eso tenía tanto éxito con las mujeres.

—¡Venga ya! —estalló el Boticario—. No le hagáis ni caso, ¡le basta con que haya mujeres! Todo lo demás no importa.

—¡Me ofendéis! —respondió Casanova, poniéndose las manos en la cintura y olvidando la presencia de Eleonor—: ¡Puedo vivir sin mujeres, pero si las hay, mucho mejor!

—¿Es cierto que tenéis un amor en cada puerto?

Casanova la miró y sopesó la conveniencia de contestar.

—¡Oh, vamos! ¡No tendréis miedo de mí!

—No, Milady, no de vos, ¡sino del capitán Blake!

—¡No le diré nada, prometido!

—¡Juradlo!

—¡No puedo jurar! ¡Soy católica y no juro en vano!

—¿Sois católica? —le preguntó el Boticario atónito, mientras se apoyaba en su escoba.

—¡Pero tenéis mi palabra de caballero! —continuó Eleonor, sin prestar atención a la expresión de asombro del otro.

Casanova se rio a carcajadas al oírla.

—¡Por el alma de Smithy! —gritó Club al pasar— ¿De qué demonios os reis con tantas ganas?

—Milady da su palabra de caballero —le explicó Casanova. Además, es católica.

—¡Sonaría mal decir palabra de dama! —replicó Eleonor con las manos en las caderas—. ¿Y quién es Smithy?

—¿Su palabra para qué? ¿De verdad sois católica? —preguntó Club.

—Que no le diré a Key que Casanova me habla de las mujeres que tiene en cada puerto. Sí, soy católica. ¿Quién es Smithy?

—¿De verdad quieres correr ese riesgo, Casanova? ¡Blake te despellejará vivo si hablas con ella de eso! ¡Segurísimo! —afirmó Club con rotundidad. Luego miró a Eleonor—. Smithy era un viejo marinero de nuestra tripulación. Murió.

—Lo lamento...

—¿Quién demonios es Key? —le preguntó Club a la mujer, cambiando el hilo de la conversación.

—Milady, ese mote es ambiguo y no está bien —comentó el Boticario.

—¿Hablar de las mujeres de Casanova? —preguntó ella.

—No, lady Northcliff, ese apodo que empleáis con el capitán —le explicó.

—¿Qué apodo? —preguntó Club.

—Key —le explicó Casanova al hombretón, duro de entendederas.

—¿El capitán es Key? Que el diablo... —musitó Club.

—Después de todo, es un elogio al mérito del capitán —afirmó Casanova, reflexionando que, en conjunto, equivalía a un cumplido.

—¿Qué mérito? —preguntó Eleonor, confundida.

—Sí, pero no tiene el mismo valor en su ambiente de la nobleza, Casanova —le explicó el Boticario, que era el más culto a bordo—. Es ambiguo llamarle así delante de otros de sangre azul.

—¿Por qué es ambiguo? —volvió a preguntar Eleonor.

Club y el Boticario miraron a Casanova: una norma no escrita les asignaba el deber de contestar por su experiencia con las mujeres. Este suspiró.

—Muy bien, os lo explicaré yo: llave y cerradura, es decir, hombre y mujer. ¿Entendido?

Eleonor frunció el ceño y la miró fijamente con sus cristalinos ojos verdes.

—No.

Casanova enarcó las cejas y se rascó la barbilla.

Eleonor lo miró fijamente, pensando en la explicación. De pronto, abrió ojos y la boca de par en par y se llevó una mano a esta, tapándosela. Se obligó a recuperar el control. Tomó aire y se quitó la mano de la boca.

—Sí, ahora lo entiendo.

Los tres marineros se rieron. El Boticario y Club le dieron grandes palmadas en la espalda para felicitarle por la eficacia de su explicación.

—¿Elogio de un mérito, habéis dicho? —preguntó Eleonor, mirando a Casanova.

—Bueno, sí.

—¿Por qué?

—Bueno, Milady, es un poco como Club —explicó Casanova, señalando a su compañero—. A él no le molesta que le llamen así, sino todo lo contrario.

—¿Qué pinta vuestra nariz en todo esto? —le preguntó Eleonor al hombretón.

—¿Mi nariz? ¿Cómo voy a saberlo? ¿Por qué volvéis a sacar el tema de la nariz? —preguntó Club, confundido.

—¿Otra vez? —preguntó el Boticario.

—Perdonadme, me refería a vuestra nariz, que es bastante grande.

El Boticario lo comprendió al instante.

—Casanova, Milady está convencida de que le llamamos Club por el tamaño de su nariz.

—No pretendía ser ofensiva —tartamudeó Eleonor.

Casanova volvió a suspirar.

—No se trata del tamaño de su nariz. Sino del tamaño de su... «llave».

Eleonor le miró estupefacta. Volvía a ocurrir lo mismo que un minuto antes: ojos muy abiertos y la mano en la boca.

—¡Ahora lo entiendo! ¡Lo siento, Club! Seguro que apreciaréis vuestro mote.

—Sí, señora, ¡y a mucha honra!

Los marineros se rieron.

—Milady, vuestro marido os espera —le precisó el Boticario.

—Sí, pero antes quiero saber algo de las mujeres de Casanova.

—Ah, sí... Bueno, Milady, ¿qué puedo decir? Tengo al menos dos en cada puerto.

—¡Demonios! Dos probablemente signifique alguna más... ¿Saben algo la una de la otra?

—No todas.

—¿Por qué?

—Bueno, algunas son un poco liberales, ya sabéis.

—¿Relajadas, desinhibidas?

—Sí, eso es, milady. Lo suficientemente desinhibidas como para no preocuparse por las demás. En cambio, otras son celosas y posesivas.

—Entonces a esas no les digáis nada de las otras.

—¡Exacto!

Eleonor parecía estar pensando.

—¿Y si se quedaran embarazadas?

—Oh —murmuró el Boticario, mirando a su alrededor temeroso de que el capitán estuviera allí.

—¡Oh, vamos! Estoy casada, sé de sobra lo que pasa entre un hombre y una mujer.

—¡Vaya que si lo sabéis! ¡El capitán es alguien que sabe lo que hace! ¡Que me vuelva abstemio si no es así! —exclamó Club, escupiendo el tabaco masticado.

—¡Club! —le amonestó el Boticario.

—No lo sé, claro que yo solo he estado con él —se regocijó Eleonor, meditando con desenvoltura—. Aparte de lo que se rumorea en los círculos de sangre azul.

—¿Y qué se rumorea? —preguntó Casanova, divertida al ver que la noble se adaptaba a su lenguaje coloquial.

—¡Las mujeres, las no tan decentes, casadas o viudas, se lo disputan! ¡Desvergonzadas! Y hablan de... «llaves», por cierto, más o menos grandes, ¡y dicen que el duque está bien provisto! ¡Que se cuezan en su propia grasa, jodidas ocas petulantes!

Los marineros rieron a carcajadas, mirando a su alrededor por temor a que Blake los llamara al orden.

—¿Y si se quedan embarazadas? ¿Entonces, qué?

Casanova tomó aire.

—Imposible. Nunca ha pasado.

—Entendido —dijo Eleonor con seguridad.

Los tres hombres se miraron sorprendidos porque esta vez la mujer lo había entendido al instante.

—¿De verdad? —preguntó Club.

—¿De verdad qué?

—¿De verdad lo habéis entendido? —preguntó Casanova.

—Claro. Usáis los capuchones. Bien, ahora tengo que irme. Hasta luego.

Eleonor se alejó, dejando a los tres boquiabiertos.

—Notable mujer —sentenció el erudito boticario.

—¡Ya lo creo que es hermosa! —refutó Club.

—He dicho notable, Club, no hermosa.

—¡No me dirás que no es hermosa, médico del demonio!

—Ciertamente lo es, pero yo he dicho notable.

—¿Y no es lo mismo, so sabelotodo?

Boticario suspiró y decidió omitir más explicaciones, reanudando el barrido.

Con una hembra así, bien a gusto sentaría yo la cabeza —sentenció totalmente convencido Casanova.

* * *

El séptimo día, con las primeras luces del día, el panorama se desveló por completo.

Eleonor se quedó mirando cómo bajaba la marea y dejaba al descubierto la arena blanda y fangosa del Wash. Ya se imaginaba con los pies en remojo en aquel lodo, buscando antiguas monedas perdidas. Quizá incluso escribiera un artículo sobre ello.

Durante el día se afanaba como de costumbre: ayudaba a enrollar cabos, reparaba redes y pequeños agujeros en las velas, limpiaba la cubierta y pulía metales. Pero su mente estaba en aquel lugar, el Wash, y en el tesoro jamás hallado del rey Juan.

Keiran disfrutaba observando las expresiones de su rostro.

—Tu hermosa cabecita está a punto de estallar, chiquilla —le susurró, inclinándose sobre ella mientras Eleonor volvía a guardar las hierbas en el bolso después de curarle un corte en la pantorrilla.

Ella lo miró, percibió el mensaje, lo procesó y, por último, resopló.

—¡Deja de leer mis pensamientos, Key!

Él se alejó riendo. Últimamente lo hacía mucho. Reía y sonreía cada vez más.

Eleonor se había dado cuenta, convenciéndose, y con razón, de que a Keiran le encantaba estar en el mar.

Una noche se lo dijo.

—Desde que estamos a bordo, estás más espontáneo y de buen humor.

Él no le respondió, siguió abrazándola para calentarle las piernas frías.

—¿Sucede esto siempre que está en tu barco?

—Sí, pero esta vez es mejor. Me alegro de haberte dejado venir.

Eleonor lo abrazó con fuerza, sabiendo que era su manera de decirle que la quería. Podría haberlo acorralado y exigirle una declaración más explícita, tal vez con el habitual juego de «si me quieres, dime que me amas», pero la ternura que sentía por su dificultad para expresar sentimientos la hizo desistir. Esperaría pacientemente.

Keiran sintió que Eleonor le daba un respiro y se lo agradeció.

Los marineros del «Eleonor Grace» aprendieron que el capitán Blake, severo, intolerante, inquietante y peligroso, se volvía maleable cuando trataba con su mujer.

Lo comprobaron cuando Stone pidió al capitán unos días libres para los marineros una vez atracados en los *docks* de Londres.

Blake no lo vio con buenos ojos y les explicó a los hombres que existía la posibilidad de que St. James y su hermano les trajeran malas noticias, lo que les obligaría a partir de inmediato.

Los marineros, aunque simpatizaban con los motivos de su capitán, miraron instintivamente a Eleonor, como si esperaran recibir su ayuda.

Keiran se dio cuenta, pero fingió no hacerlo.

Eleonor se acercó a él con indiferencia y, fingiendo ajustar la solapa de su capa, le susurró en un tono tan bajo que solo él pudo oírla:

—Quizá necesiten un poco de compañía.

El capitán permaneció inmóvil, como si ella no estuviese hablando, porque no quería que la tripulación pensase que sus decisiones eran susceptibles de la intercesión de su esposa. Y ella, después de todo, había sido hábil para asegurarse de que los marineros no notaran nada.

Miró a los hombres, como si estuviera reflexionando, y luego sentenció:

—Si tuviéramos que partir inmediatamente después de la llegada, necesitaríamos dos días para reabastecer la nave. En esos dos días podéis hacer turnos, vosotros decidiréis cómo. Si os organizáis bien, cada uno tendrá tiempo de sobra para... sus cosas.

Los marineros sonrieron, seguros de que las cariñosas manos de la mujer los habían ablandado.

Lady Northcliff era, en efecto, toda una belleza, pero también era sencilla y desenvuelta. La mujer había asombrado a todos con su inteligencia y sus conocimientos de medicina, y aún más cuando había departido con ellos, y con absoluta franqueza, de temas como familiares, novias, experiencias vitales y acontecimientos que marcaron su pasado como trabajadores.

La duquesa sabía qué y cómo preguntar, y sobre todo sabía escuchar, algo a lo que no estaban acostumbrados.

A veces, el capitán y su esposa subían a cubierta después de cenar para pasar un rato con ellos. Todos estaban encantados de que los tuvieran en tan alta estima y disfrutar de su compañía se había convertido en algo agradable, aunque el cansancio de los últimos días fuera agotador.

Los días séptimo, octavo y noveno cubrieron una ruta de unas ciento cincuenta millas. La mañana del décimo día salieron dos horas antes del amanecer para llegar a Londres a última hora de la tarde; el júbilo a bordo era palpable.

El hecho de que hacia el mediodía se vieran varios carruajes temerariamente asomados a los acantilados dejó a Keiran totalmente indiferente.

—Me lo imaginaba —murmuró, volviéndose hacia Stone, que le había indicado dónde mirar.

—¿A qué te refieres? —preguntó Eleonor, sin entender nada.

—Stone, dale mi catalejo.

Eleonor lo miró y vio que eran nobles mirando al mar.

—¿Qué están mirando? —preguntó ella, mirando a su alrededor, al agua, como buscando una respuesta.

—A nosotros.

—¿Bromeas?

—¿Te parece que estoy bromeando? —le respondió él, irritado con los intrusos.

Eleonor guardó silencio con el catalejo en la mano. Volvió a utilizarlo mientras descendían y

se alineaban más carruajes en la orilla.

—Tienes razón, ¿sabes? A algunos los conozco. —No hablaron más de aquel absurdo y ridículo hecho.

Hacia las cuatro de la tarde, el «Eleonor Grace» se encontraba en medio del estuario del Támesis.

—Será mejor que bajes ya al camarote —le advirtió Keiran, mirándole a los ojos eufóricos.

Ella se sorprendió ante aquella petición y no quiso contradecirle.

—¿Por qué? —le preguntó con seriedad.

—Todos te van a ver. Y estoy seguro de que nos toparemos espectadores curiosos e indiscretos.

Eleonor apretó los labios.

—¿Renunciar a todo esto por...? ¿Por unos nobles fingidamente dignos? —preguntó en un susurro, observando las manos varoniles que se movían sobre el timón. Ella colocó las suyas sobre ellas y apretó los dedos varoniles; le miró fijamente a los ojos y dijo:

—Si me ordenas bajar, obedeceré. Pero debes saber que deseo estar aquí, junto a mi marido, y que todos me vean.

Keiran volvió a mirar el mar.

—Está bien. Quédate aquí, conmigo.

Eleonor cogió el catalejo y susurró:

—¡Os pondré cara a todos, chismosos murmuradores, y sabréis que os han visto, lo juro!

Keiran sonrió al ver que su joven esposa sabía exactamente qué y cómo hacer. Le recordaba a su madre, que hasta el día de hoy imponía la ley con su austera dignidad.

Stone se alejó murmurando:

—¡Que me salga un descomunal furúnculo en mi
trasero si esa mujer no habla en serio!

—¿Con quién estás molesto? —le preguntó Club.

Stone señaló con su gran pulgar a la mujer del capitán.

—¡Ay de esos pobres petimetres y sus gallinitas que se quedan ahí espiando! ¡Tendrán que vérselas con ella!

Club miró primero hacia tierra y luego a la mujer que, junto al capitán, adoptaba una expresión astuta y sagaz.

—Sí que dan lástima, ¡qué desgraciados!

La actividad a bordo se hizo más frenética. Navegar por el Támesis no era, desde luego, lo mismo que estar en alta mar.

Eleonor no dijo una palabra, temiendo distraer a Keiran, y utilizó el catalejo continuamente, anotando en un cuaderno los nombres de quienes reconocía, para diversión de su marido.

Cuando llegaron a los *Docks*, el sol se había puesto y la oscuridad avanzaba bruscamente.

Eleonor había aceptado de Stone un poco de pan con queso, pero no quiso saber nada de bajar para tomar una comida decente.

El veterano marinero insistió con la duquesa para convencerla de que descansara, lanzando una mirada al capitán con la esperanza de que le ordenara obedecer. Pero la leve sonrisa en el rostro oscuro y habitualmente severo de Blake le dejó claro que estaba disfrutando a su costa.

Keiran miró fijamente a Stone y le negó con un gesto de la cabeza.

Stone entendió que debía desistir. Se alejó resignado, murmurándole a Shorty:

—¡Que me salga un absceso en la boca si su esposa no es más terca que él!

* * *

Ya era casi de noche cuando el «Eleonor Grace» atracó en su muelle de los *Docks*.

—¿Crees que habrá más espectadores, Key?

—Sí. Cenaremos aquí y esperaremos a Wolf y Roy.

—¿Cuándo dejamos el barco?

—Mañana por la mañana, oficialmente. Pero esta noche te llevaré a casa.

Eleonor asintió. Bajó al camarote, donde preparó un baño caliente y la cena.

Keiran también se bañó, aunque el agua ya estaba tibia.

Cenaron y, cuando llamaron a la puerta, ella adivinó que eran Roy y St. James. Corrió a abrirla y la encantadora sonrisa de lord MacKendrick la alegró.

—¡Roy! —Saltó sobre él, abrazándolo con fuerza.

—¡Qué bienvenida! ¿Os alegráis de verme? —saludó Roy, notando la mirada de contrariedad de su hermano.

—¡Claro que sí! Pasad. St. James, ¡bienvenido a bordo también! —Le tendió la mano al marqués, que se la besó.

Los tres hombres se miraron durante un segundo y, luego, Keiran les tendió la mano a ambos con la comisura de su hermosa boca apenas levantada en un atisbo de sonrisa.

—¿Mar en calma? —preguntó Wolf.

—Sí.

—¿Quieres que mande llamar también a lord Portland? —preguntó Roy.

—No, hablaré con él tranquilamente por la mañana. No me cabe duda de que escoltó a lady Hereford y a lady Nancy sanas y salvas hasta su morada.

—De hecho así lo hizo —confirmó Roy con los ojos que revelaban más.

Keiran se dio cuenta de que había algo más, pero le hizo una señal negativa imperceptible para que Eleonor no lo supiera.

—¿A dónde? ¿A Ashford o a Hambrook House? —preguntó Eleonor con inquietud.

—A Hambrook House, aquí en Londres, lady Northcliff —intervino Daniel, sabiendo que no era necesario darle más información directamente.

—¡Mejor todavía! —dijo Eleonor, convencida de que su primo no se habría quedado en Londres, sabiendo de la llegada del duque.

—¿Puedo ofreceros algo de licor?

—Yo lo haré, Lio. Tal vez podrías ayudar en cubierta. Cada vez que atracamos, alguien acaba herido.

—¿En serio? Entonces cojo mi bolsa y subo.

Cuando la Duquesa se hubo marchado, los tres se sentaron a la mesa, con el licor a su alcance.

—La has tenido en cubierta. Está llena de pecas —afirmó Roy.

—Vino a disfrutar de la navegación.

—¿Y le ha gustado? —preguntó Daniel.

—Sí, solo un atisbo de temor a la partida antes de subir al bote.

—¡Casi no me creo que haya podido hacerlo después de la aventura de la gruta! —exclamó Daniel—. Francamente, creo que otra mujer habría muerto de miedo antes de que el agua le llegara al cuello. O, si hubiera sobrevivido, no habría aguantado tanto tiempo bajo el agua.

Se quedaron en silencio durante unos instantes y Keiran intuyó que algo iba mal.

—Hablad.

—Bath quiere partir con nosotros —dijo Wolf sin rodeos.

—¡Maldita sea! ¡Es lo que nos faltaba!

Masculló Blake, pasándose una mano por su cabello negro.

—Yo creo que, sospechando la trampa, ha querido cubrirse las espaldas —explicó Wolf.

—Nos vemos obligados a partir de nuevo —concluyó Blake.

—¿Cómo lo vas a hacer? —preguntó Roy con semblante preocupado—. Desde luego no podrás dejarlo en alta mar mientras navegas y, sobre todo, no podrás saber si su barco presta apoyo a espías franceses. Peor aún, no podrás hundir ningún barco francés si él está detrás de ti.

—¡Joder! No sé, tengo que pensar. Keiran agarró el vaso y bebió de un trago, molesto por aquel inconveniente.

—Hay más, Blake —dijo Daniel con los ojos serios.

Keiran notó que la noticia era importante.

—Perceval me mandó llamar. Empezó diciendo que últimamente había descubierto un sentimiento desagradable que le había llevado a ocultar algunas noticias al vizconde Castlereagh. De hecho, pillé a Castlereagh hablando un par de veces con uno de los secretarios de Perceval.

Keiran miró pensativo a su amigo, concentrado en lo que oía.

—¿Así que el secretario de Perceval espía a Castlereagh?

—No lo creo. Un día seguí a Castlereagh hasta el despacho de Perceval, pero no este estaba, sino su secretario. Castlereagh se quedó dentro una buena media hora.

—¿Cómo? ¿No me digas que Castlereagh se lo monta con el afeminado secretario de Perceval? Vomitaré la cena.

—No, Blake, el afeminado me parece que es su hermano gemelo. En cualquier caso, sería menos grave de lo que he averiguado. —La sonrisa inicial de regodeo de Daniel ante la broma de su amigo se sustituyó por una expresión de preocupación.

—Está bien, Wolf, cuéntamelo.

—Seguí a Castlereagh cuando salió de esa maldita oficina y lo seguí hasta la casa de Bath.

El silencio que siguió fue más elocuente que muchas palabras.

—Esto —comentó Keiran lentamente—, arroja luz sobre algunas cosas.

—El diálogo entre Bath y Castlereagh arroja más luz —dijo Daniel, sorprendiéndole.

—¡Qué coño! ¿No me dirás que los has escuchado? ¿Cómo demonios lo has hecho?

—Me arriesgué mucho, pero fue más fuerte que yo, Blake. Sabía que lady Georgia seguía de camino y, cuando entró Castlereagh, vi salir a lady Bath. Quise entrar por detrás, pero el bullicio de los sirvientes me lo impidió. Así que prendí fuego al carro lleno de heno de un campesino que pasaba por allí.

Keiran adoptó una expresión severa, no por el acto del pirómano, pues conocía los métodos alternativos de Wolf, sino por el acto cometido contra el pobre campesino.

Daniel añadió en seguida:

—¡Tranquilo! ¡Luego le di un saquito de monedas con el que podría comprar al menos cuatro carros nuevos!

—Continúa.

Obviamente, los criados salieron a la calle para husmear, incluido el mayordomo. Y yo entré.

—Eres un insensato —comentó Keiran sonriente.

—Escuché a hurtadillas a través de la puerta del estudio de Bath, aunque se oía poco. Eso me bastó para tener algunas certeza. —Wolf bebió el dorado líquido de su vaso—. Castlereagh sospechaba que tú estabas detrás del naufragio de la chalana francesa. Bath maldijo como si aquello le afectara de cerca, o más bien como si la chalana fuera suya. Luego dijo que esperaría a que accedieras a que se uniera a nosotros. La frase «muchas cosas desagradables ocurren en alta mar» no admite interpretación, al menos por lo que a mí respecta, Wolf. Estoy seguro de que Bath quiere darte una fiesta en alta mar.

—Yo sostengo que la chalana era suya —afirmó Roy.

Daniel miró a Keiran y asintió, mostrando que estaba de acuerdo con Roy.

Keiran asintió con la cabeza, pues pensaba lo mismo.

—Le dije a Perceval que yo también tenía razones para dudar de Castlereagh, pero aún no mencioné el nombre de Bath.

—¿Por qué darme una fiesta en alta mar?

—Si se dedica a traficar con esclavos, eres un lastre, Blake, y el hundimiento de la chalana lo demostraría —especuló Daniel.

—O por simple venganza, ya que tú la hundiste —añadió Roy.

—O para tener campo libre contra el futuro duque de Northcliff, es decir, Roy —reflexionó Keiran en voz alta.

Daniel y Roy se miraron asombrados.

—¿De verdad crees que llegaría tan lejos? ¿Y solo para intentar casar a Roy con su hija?

—Sí, Wolf, lo creo.

—Haces mal las cuentas: estoy seguro de que pronto dejarás embarazada a tu duquesa y tendrás otro heredero —afirmó Roy con semblante divertido.

Keiran enarcó una ceja, pero no dijo nada.

—Kein —intervino Daniel con calma—, hace tiempo que todos comprenden que Roy no está interesado en convertirse en duque. Solo tú has fingido no entenderlo.

—Yo nunca finjo —masculló Keiran con las mandíbulas tensas. Para él, tener un hijo como heredero era un asunto espinoso, porque no quería tener hijos, pero no había hecho nada para evitarlo.

Estaba acostumbrado a tenerlo todo, absolutamente todo, bajo estricto control. Nada se le escapaba y ahora la sensación de impotencia le provocaba rabia.

Suspiró y le preguntó a Daniel:

—¿Qué más?

—Sí, ese día Bath se marchó poco después que Castlereagh y yo le seguí. Hasta la morada de Lady Wilmot.

Silencio.

—No pareces sorprendido, Kein —dijo Roy, sirviendo más scotch en los vasos.

—No lo estoy. Sabía que había algo entre ellos. Algo sobre barcos y viajes.

Roy y Daniel no pidieron explicaciones, conocían las habilidades de Keiran.

—Esperé —continuó Daniel—, y, al cabo de media hora, salió un tipo alto y calvo. Estaba seguro de haberlo visto antes, pero no lo reconocí hasta que su lacayo lo llamó Mayor. Estuvo con lady Wilmot en Almack's, si no recuerdo mal, hace algún tiempo. Es el Mayor, o mejor dicho, ex-Mayor, Edward Harris.

Keiran entornó los ojos.

El Mayor Harris, un hombre apuesto, no precisamente joven, pero aún vigoroso y muy activo con el sexo femenino, había sido un modelo para muchos jóvenes militares y varias veces elogiado por el Príncipe por sus dotes estratégicas.

Habiendo probado el sabor de la fama, se había entregado a una vida más libre y desenfadada: se rumoreaba que un gran número de mujeres revoloteaban a su alrededor como moscas y que a sus superiores empezaba a disgustarles ese modus vivendi.

El asunto del altercado con un noble de alto rango, cuyo nombre nunca fue revelado, debido a una disputa sobre una sirvienta de color a la que presuntamente habría ofendido, había causado desagrado entre muchos, quizás más por mantener las apariencias que por auténtica indignación.

Un año antes, el mayor había abandonado repentinamente la *Royal Navy* con todos los honores, alegando como justificación su precaria salud. En realidad, no parecía ni mucho menos enfermo: acudía a todas las fiestas, vestido con elegantes atuendos y, a menudo, uniforme militar, donde sus cautivadoras historias hacían que las mujeres mayores y más jóvenes estuvieran pendientes de cada una de sus palabras. Nunca dejaba de mencionar que su decisión de abandonar su querida *Navy* venía dictada por su incapacidad para desempeñar sus duras tareas lo mejor posible, debido a una herida de guerra que había estado a punto de costarle la vida. Su nivel de vida no dejaba lugar a dudas de que disponía de cuantiosos ingresos, pero su origen era desconocido para todos. La versión oficial era que había heredado tierras y dinero de algún pariente lejano.

—Nunca me ha caído bien —comentó Keiran.

—Parece que sabe manejar un barco —dijo Daniel.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Keiran, frunciendo el ceño. —preguntó Keiran frunciendo el ceño.

—No lo sé con seguridad, Blake, pero dos viejos marineros que encontré en una taberna de mala muerte de los *Docks*, tomando unas jarras de cerveza, juraron haber servido en el pasado en barcos sin nombre. Siempre sin nombre.

El pensamiento que les vino a la mente tras oír esta declaración era común a los tres hombres: Harris mandaba, o había mandado, el barco fantasma de Bath, con el que presumiblemente transportaba esclavos.

—El Mayor del que hablaron los traidores apresados en la chalana francesa de Bath bien podría ser él —afirmó Blake con seguridad.

Los otros dos mostraron su aprobación ante esa hipótesis.

—Si parto, corro un gran riesgo. No tengo tanto miedo de ese cerdo de Bath ni de Harris como de salir a la luz públicamente contra ellos. Perdería mi tapadera y no estoy dispuesto a hacerlo.

Roy y Wolf asintieron.

—Por otra parte, si no zarpo, el baboso conde sabría que iba de farol.

—A menos que se encuentre una justificación plausible para posponer el viaje —concluyó Roy.

—Sí, una justificación plausible. ¿Pero cuál? —añadió Daniel.

Reinó el silencio entre ellos durante unos instantes.

—Una cosa es segura: voy a hundir su hermoso barco, porque estoy seguro de que lo utiliza para transportar esclavos y venderlos.

—No tienes pruebas, Kein.

—Roy, a veces Blake no necesita pruebas —dijo Daniel.

—Pero Perceval, sí —Roy señaló acertadamente.

—Eso es cierto. De todos modos, me gustaría pillarle con las manos en la masa y mirarle a los ojos —admitió Keiran con una sonrisa ambigua.

—Tomémonos unos días. Veo que necesitas tiempo para reflexionar —afirmó Daniel.

—Tiene razón, Danny. Además, Kein, cualquier cosa podría pasarle a Bath estos días y nuestros problemas estarían entonces resueltos —dijo Roy sin darse cuenta de que había dado en el clavo.

Daniel miró a Keiran y este a Roy fijamente.

—¿Qué? ¿Qué he dicho? En Londres puede pasar cualquier cosa. ¡Por el amor a la bondad! ¡Hagamos que le pase algo aquí, en Londres!

—Seremos los primeros sospechosos, ¿sabes? —preguntó Keiran.

—Sí, Blake, pero si lo preparamos bien, podría salir redondo. Roy, ¡felicidades por tu idea! —exclamó Daniel.

—¡Ni se me había ocurrido! ¿Una emboscada? ¿Un robo simulado en la calle? ¿Un poco de veneno en el agua? —Roy se rio divertido y Daniel le imitó.

Pero el cerebro de Keiran ya estaba pensando en la mejor manera de frenar los movimientos de Bath.

—Espera un momento —dijo de repente—. Eso no funcionará. Si lo detenemos temporalmente y nos vamos, nos seguirá. La intención era que nosotros le siguiéramos. Así que haremos lo siguiente: diré a la gente que no me iré enseguida y que tendré que asistir a la fiesta de presentación en sociedad de mi mujer, la duquesa, como razón plausible.

—Una fiesta ¡Buena idea! —comentó Roy.

—Aplazaré oficialmente mi partida, haciéndole creer que renunciaré a mi viaje al Oriente por este año, o al menos hasta finales del próximo verano. En ese momento, sintiéndose seguro, hará lo que había planeado: comerciar libremente con su carga humana. Y todo tendrá lugar en el mar; le seguiremos y le pillaremos in fraganti.

—Me parece muy buen plan, Blake. Pero deberás tener cuidado.

—Como siempre, Wolf.

—Me refiero a otra cosa. Quiere llegar a Roy a través de su hija. Todos lo notamos en el castillo. No quiero improvisar la acusación de que él está detrás del tiroteo, pero ya sabes lo que pienso —afirmó Daniel con seriedad.

—Ya.

—Blake, tú eres inútil en este momento. Eso es lo que Bath quería decir cuando mencionó los incidentes en alta mar —especificó Daniel.

—¿De verdad creen que llegaría a tanto? —preguntó Roy, atónito.

Pero los otros dos no lo escucharon.

Keiran reflexionaba, con la mirada perdida y penetrante, fija más allá del cristal que daba al oscuro mar circundante. La trágica conclusión de sus pensamientos tomó forma en su mente y se convirtió en un murmullo sombrío.

—Significa que Eleonor corre un grave peligro. En cuanto Bath se dé cuenta de que puede llevar a mi hijo en su seno, intentará eliminarla para volver a estar conmigo. O también me eliminará para tener espacio para maniobrar hacia ti, Roy.

El silencio retumbó más fuerte que una bala de cañón.

Keiran inclinó la cabeza en una actitud lúgubre que no era la suya y susurró como si hablara para sus adentros:

—Mejor me atengo al plan original. No quería tener hijos y sigo sin quererlos.

Sonaba casi como una reprimenda por su incapacidad para autogestionar sus actos, algo también muy inusual en él.

Roy adoptó un aire consternado.

—No esperaba que Eleonor renunciara a sus hijos.

—Sí, lo hizo, renunció a ellos porque yo lo quiero así —dijo Keiran, molesto. Suspiró con fuerza—. Pero encontraré una solución. Roy, ve con Eleonor. Sé que está deseando hablar contigo.

Roy se levantó y salió.

—¿De verdad no quiere hijos? —preguntó Daniel.

—No he dicho eso. Yo no quiero.

—Ella...

—Claro que los quiere. Pero aceptó mi condición de no tener ninguno.

—¿Condición? Una imposición, diría yo —le corrigió su amigo sin ambages.

Keiran fingió no oír la nota de reprobación.

—Háblame de Hereford, Danny.

El otro suspiró.

—Tu esposa se ha alegrado al saber que su tía y su prima están en Londres. Desde luego, está convencida de que Hereford está en Ashford.

Los ojos de Keiran se entrecerraron amenazadoramente.

—Está en Londres —afirmó con seguridad.

—Sí, Blake, está en Londres. Y la verdad es que eso no me gusta nada. Nancy está bajo el mismo techo que ese pervertido.

—¿Hablaste con él?

—Obviamente. En cuanto regresé a Londres, fui a verle sin anunciarme. Decidí que mi rudeza, dada mi posición, sería interpretada como un gesto de autoridad. Hereford dormía, así que dejé mi nota diciendo que volvería al día siguiente a la misma hora. —Daniel terminó su *scotch* de un trago—. Estaba preparado: iba bien vestido, perfumado, educado y formal. Pero el olor a opio y alcohol emanaba de él con especial intensidad.

—Me pregunto si también lo consume en su casa.

—Y puedo responderte que sí. El mayordomo que trabajaba para Nick en Ashford, Mr. Jenkins, dejó claro que le repugnaban sus licenciosos y pervertidos hábitos y que, por desgracia, también los practicaba en su propia casa, incluso con chicos jóvenes.

Keiran contrajo un gesto de repugnancia y una fuerte sensación de náusea le subió a la boca.

—Kein, le hablé claro —confesó Daniel, incapaz de evasivas—. Le dije que me casaría con su hermana en el plazo de un mes, que no quería dote y que no toleraría ningún obstáculo por su parte.

—¿Y él?

—Sonrió falsamente, parloteando sobre lo solo que estaba y lo mucho que él se preocupaba de ella y cosas por el estilo. Le interrumpí en ese momento. Creo que se asustó al pensarlo, ¡pero a quién coño le importa!

—¿Qué le hiciste, Danny?

—¡Nada! Lo juro. Me detuve y le miré directamente a los ojos.

Keiran meneó la cabeza. Sabía que los ojos dorados de Danny podían causar mucho más daño que un latigazo en medio de la espalda.

—Y le dije que la dejara. Eso es todo.

—¿Eso es todo?

—¡Ah, sí! Aquel olor me molestaba sobremanera, así que le informé de que si seguía tirándose a cualquiera que llevara allí y fumando opiáceos en aquella casa, en presencia de su hermana y de su madre, tendría que asegurarse de que yo nunca me enterara; de lo contrario, le habría esperado a la vuelta de la esquina por la noche y le habría apaleado con mis propias manos, y solo en la cara, para desfigurarlo.

—¡Joder, Wolf! ¡No conoces la diplomacia!

Daniel sonrió y admitió que había sido bastante agresivo.

—Tú habrías hecho lo mismo.

Keiran recordó lo que Hereford le había hecho a Eleonor. No, estaba seguro de que no se limitaría a amenazarlo con palabras, como había hecho Danny, sino que lo golpearía hasta dejarlo sin conocimiento. Apretó los dientes y suspiró. Miró el reloj de la pared: eran las nueve y

cuarto de la noche.

—¿Curiosos?

—El muelle estaba abarrotado —respondió Daniel.

—Durante el trayecto, Eleonor ha ido apuntando en un cuaderno los nombres de todas las personas conocidas que ha visto a lo largo del Támesis. Obviamente, usó mi catalejo.

—¿Estarás bromeando? —preguntó Daniel, atónito.

—No.

* * *

—¡Roy! —le llamó Eleonor. Estaba apoyada en el parapeto, viendo pasar a la gente y a los carruajes que frenaban para echar un vistazo—. ¡Conozco el nombre de todos! Y se van a enterar todos, ¡malditos sean!

Roy se rio.

—¡Qué graciosa eres, Eleonor!

—Me ha encantado estar en el mar. Y Keiran... —Eleonor se quedó quieta, como si se concentrara en lo que quería decir.

—¿Algún problema? —le preguntó Roy con aprensión. Sabía que su querido hermano no era muy expresivo en lo que al afecto se refiere.

—No, no, en absoluto —sonrió ella—. Key es el hombre más cariñoso que he conocido, aparte de mi padre.

—¿Lo decís en serio? —Roy parecía incrédulo.

—Sí. ¿Os parece extraño?

—¡Ya lo creo! Es evidente que os quiere más de lo que yo pensaba.

—¿Me quiere? No creo que él concuerde con eso.

—Sí, sí, lo sé, no lo admite. Pero os ama. Vosotras también lo sabéis.

Eleonor razonó: todo el comportamiento de Key insinuaba un amor al que él mismo se resistía por miedo a implicarse demasiado.

—Sí, creo que es así después de todo. ¿Partiréis en seguida? —preguntó Eleonor, temiendo la respuesta.

—No lo creo. Será mejor que se lo preguntéis a Kein.

Eleonor asintió.

—¿Sabéis que ahora sé por qué no debo llamarle Key?

—Os lo ha dicho, ¡por fin!

—La verdad es que no. Casanova me lo explicó, ante mi insistencia, claro.

—¿Qué?

—¡Shh! No se lo digáis a Key, ¡por favor! —susurró ella excitada.

—Oh, sois realmente única.

—Lo sé, lo sé, pero no puedo hacer nada al respecto.

—Habéis estado mucho tiempo al aire libre —dijo Roy, señalando la cara en la que se veía un montón de pecas incluso en la penumbra de las antorchas.

—¿Se nota?

—Un poco.

—¡Tía Martha me despellejará viva y lo hará solo para intentar que desaparezcan las manchas!

Roy se rio a carcajadas.

—Kein dice que disfrutasteis mucho de la vida en el mar.

—Es cierto. Y me apena un poco estar de vuelta en Londres. Habría estado en este barco un mes, o incluso dos, y tal vez más.

—¡Roy! ¡Vamos! Lady Northcliff, hasta pronto. —se despidió de ella lord St. James.

—Adiós, hasta pronto.

—Roy —Lo llamó Keiran en voz baja y caminó con él hacia la pasarela—. Llegaremos a casa al anochecer, pero oficialmente no abandonaremos el barco hasta mañana. —Le dio una palmada en el hombro.

Roy asintió con la cabeza y se unió a Daniel.

Capítulo 3

Los *Docks*, Londres

Hugh Foster estaba inquieto y Keiran lo percibió desde la distancia. Lo observó ir y venir por la cubierta una y otra vez, mientras Stone y él discutían sobre el trabajo que había que realizar.

Cuando el capitán, antes de bajar al camarote para pasar la noche, le dijo «puedes irte», Hugh asintió, pasándose una mano por el pelo.

La verdad era que quería volver a ver a Maggie y eso le hacía sentirse vulnerable. Y odiaba ser así. Sobre todo porque no sabía si lo suyo era solo un deseo físico o algo más. Recordó la cara bonita de la chica, los rizos oscuros y el cuerpo curvilíneo y redondeado. Se dio cuenta de que tenía una erección y murmuró, molesto. Se agachó y cogió sus cosas.

—Stone. Me largo. Vendré mañana a despedirme de todos.

Stone le tomó el pelo:

—Haces bien en irte con tu mujercita, Foster. Pásalo bien.

Hugh salió corriendo, con las piernas extrañamente inseguras sobre el suelo, notando esa sensación de volver a tierra firme tras días de navegación. Se tambaleó varias veces y decidió aminorar el paso, mientras sonreía para sus adentros.

Llegó a su casa, un pequeño apartamento bien situado en la segunda planta de un edificio. Además del amplio dormitorio, había una cocina, un cuarto de baño y un salón. Hacía mucho frío. Encendió el fuego y puso abundante agua a calentar. Limpió de forma somera, sacudiendo el polvo por todas partes y fregando enérgicamente el suelo de cada habitación, en un intento por calmar los ánimos. Pero era inútil, no dejaba de pensar en Maggie.

Pensó que si acudía a ella inmediatamente, parecería débil. Sin embargo, estaba ansioso por saber si ella le estaba esperando o si ya lo había sustituido por otro. En ese caso, mejor saberlo ya y relajarse.

Bostezó. Esperaría. No le iba a dar la satisfacción de verlo correr hacia ella como un perro amaestrado. Se acostó muy tarde, y le resultó extraño tumbarse en el colchón en lugar de en la hamaca que usaba cuando estaba embarcado. A pesar de su agotamiento, le costó encontrar la posición y conciliar el sueño.

* * *

Londres, residencia del duque de Northcliff, Mayfair

12 de enero de 1812

Londres estaba fría, silenciosa, desierta, inquietante.

Todo lo contrario de lo que Eleonor estaba acostumbrada a ver durante el día. Y precisamente eso la intrigaba enormemente. Intentó atisbar a través de las cortinas del carruaje, pero la espesa niebla no dejaba ver más que una ciudad nueva para sus ojos.

—No la corras —la amonestó Keiran mientras cargaba la pistola con gestos rápidos a pesar de la oscuridad.

Eleonor oyó el ruido metálico y se dio la vuelta. No veía nada, o casi nada, pero adivinó que su marido estaba manipulando algo.

—¿Qué haces?

—Nada.

Eleonor alargó la mano para palpar y Keiran le sujetó bruscamente la muñeca por miedo a que disparara.

—Quieta. Está cargada.

—¿Por qué la pistola? ¿Hay algún problema?

—No por el momento. Pero Londres, a estas horas, revela lo peor de sí misma, en sus formas más ruines y sórdidas, y lo hace de manera inesperada.

Eleonor recordó los muchos artículos que había leído sobre violencia, robos, asaltos, entre otros.

—Pero estamos en un carruaje.

—Un carruaje con un escudo de armas.

—Me estás asustando, Key.

—Es solo por precaución.

Eleonor no se tranquilizó. De hecho, se llevó un susto de muerte cuando el vehículo frenó bruscamente y el cochero increpó a alguien.

Keiran se asomó por la ventanilla e inmediatamente vio a tres hombres de pie en medio de la calle, tambaleándose y riendo a carcajadas. Todos iban bien vestidos.

—¡Se han cruzado de repente, excelencia, y ahora no se mueven! ¡Dejad paso, por favor! El cochero empezaba a alterarse, pero los tres borrachos no se movían.

—¡Maldita sea! Ni te muevas ni te asomes. —le ordenó Keiran. Un momento después, estaba fuera.

Eleonor contó hasta tres y abrió la cortina. Lo vio avanzar lentamente hacia los camorristas, con paso seguro y decidido, la mano oculta tras el capote con la pistola.

—Buenas noches —dijo Keiran en voz alta.

—¿Y tú de dónde sales? —dijo uno riéndose.

—De las tinieblas —exclamó otro, desplomándose al suelo entre risas.

—Apartaos. Ahora. Impedís que los caballos avancen —dijo Keiran con tono imperativo.

El tercero, el menos achispado de los tres, aún no había hablado y se adelantó.

—¿Y si no? —preguntó desafiante.

Keiran lo miró a los ojos desde su altura. La farola que había detrás del desconocido iluminó los ojos azules de Keiran.

—Sois imprudentes y vulnerables. Si tenéis dinero, os lo robará algún matón al acecho en la esquina; y si no tenéis, bueno, entonces estáis realmente jodidos: os matarán y os arrojarán a algún apestoso callejón por improductivos.

—¿Quién coño se cree que es este tío? —preguntó el hombre que estaba frente a él.

—Apartaos —le volvió a ordenar Keiran.

—Oye, levántate y vámonos —propuso el otro detrás de él, tirando del brazo del que estaba en el suelo. Este último le susurró algo al amigo más sobrio—: Vamos, venga, olvídalo.

—No me muevo de aquí —respondió obstinadamente, clavando la mirada en los impenetrables ojos de Keiran.

Keiran maldijo la noche, la niebla, los curiosos que le habían obligado a salir a las dos de la madrugada, aquellos jóvenes nobles borrachos y el frío que le llegaba hasta los huesos a través del capote. Extendió una mano con un gesto imprevisible y agarró al hombre por el cuello,

levantándolo del suelo y arrojándolo a un lado.

—¡Se me acabó la paciencia!

El que ya estaba en el suelo se arrastró, luego se puso en pie y se alejaron apresuradamente con el otro.

Sin embargo, el que atacó Keiran se levantó e intentó un torpe ataque.

Keiran esperó a que estuviera cerca y lo esquivó con un rápido movimiento. Con la mano libre, le dio un puñetazo que le hizo sangrar por la nariz y el labio partido. Luego lo empujó hacia el borde del camino y volvió al carruaje.

—¡Te encontraré, te encontraré! —juró el hombre, palpándose la nariz ensangrentada.

—Te esperaré, joven noble —le dijo Keiran con una media sonrisa mientras subía al carruaje —. Pregunta por el duque de Northcliff en Mayfair —le dijo Keiran con una media sonrisa mientras subía al carruaje—. Vamos —le ordenó al cochero.

El carruaje se puso en marcha.

—¿Has mirado?

—No, solo he escuchado, de verdad.

—Eleonor.

—¡Si no se ve nada! Cómo se supone que voy a mirar si...

—Lio.

—¡Uf! ¡Esta historia tuya de las percepciones me empieza a aburrir!

—¡Maldita sea, Eleonor! Te estás expresando de una manera inaceptable.

—Tranquila. No hablaré así delante de nuestros amigos de sangre azul.

—¡Se acabó!

—¿Qué he dicho ahora?

Keiran guardó silencio durante unos segundo.

—No estoy dispuesta a tolerar este lenguaje. Eres una duquesa. Compórtate como tal.

—¡Entonces tú también! ¡Eres un duque y dices una cantidad increíble de palabrotas y palabras malsonantes!

—Soy un hombre y nunca volverás a hablar así, ¿está claro? —El tono severo y el hecho de que hubiera puntuado cada palabra lentamente permitieron a Eleonor imaginar su inquietante expresión cuando estaba enfadado.

Ella se quedó callada, contrariada.

—Contéstame —le ordenó él.

—Te he entendido.

Keiran cogió un pañuelo y se limpió la sangre de la mano, que había impactado en los dientes del hombre.

Llegaron a la mansión londinense de los Northcliff y la verja se cerró tras su paso. La luz de las farolas permitía ver la grava clara del camino de entrada, en forma de medialuna, con una estatua femenina típicamente neoclásica en el centro. Algunos criados aguardaban en la puerta.

Alguien abrió la puerta y Keiran bajó, volviéndose inmediatamente para recoger a Eleonor.

Ramsay se adelantó.

—Excelencias.

—Ramsay. Mrs. Brodie.

El tono formal de Keiran devolvió bruscamente a Eleonor al mundo del que iba a ser parte integrante y fundamental.

—Buenas noches, Ramsay, Mrs. Brodie —dijo ella complacida.

—¿Cómo os encontráis, lady Northcliff? —le preguntó Agatha, acercándose inmediatamente a

la duquesa.

—Muy bien, gracias. ¿Está todo bien aquí?

—Sí, excelencia. Los niños estaban ansiosos por veros mañana.

Subieron los escalones de mármol y entraron por una puerta de madera recién pulida. Dentro, la casa era preciosa, elegante, refinada, limpia y acogedora.

Eleonor siguió a su marido y a Ramsay escaleras arriba, flanqueada por Agatha, que rápidamente la puso al día de las pequeñas novedades.

—Imagino que mañana escucharéis con más calma los relatos del viaje de lady Bridget Northcliff y los niños —sonrió Agatha.

—Lo aguardo con impaciencia, Mrs. Brodie. ¿Se lo pasaron bien?

—A más no poder, lady Northcliff.

Llegaron a la cámara ducal, que era grande, imponente, majestuosa, distinguida por sus suntuosos y antiguos muebles, pero muy elegantes; los paños de las cortinas eran de pesado brocado, que recordaban una época, la del siglo anterior, en que la pomposidad era una obligación; la cortina del dosel era la misma que la de su cama en Shell Manor; las alfombras dejaban espacios libres para admirar el mármol blanco del suelo.

—¿Os apetecería tomar algo? —preguntó Ramsay.

—No, gracias —respondió Eleonor—, ya hemos comido a bordo.

—¿Quizá una taza de leche caliente o té, lady Northcliff?

Eleonor negó con la cabeza, mientras miraba a su alrededor.

—Ramsay, puede irse. Y gracias por todo —dijo Keiran.

Cuando se quedaron solos, Eleonor se sintió desplazada e incómoda y dijo lo primero que sintió.

—Echo de menos el castillo.

Keiran la miró con curiosidad.

—Definitivamente, esta mansión le sienta mejor a una duquesa.

—Pero el castillo le sienta de maravilla a Eleonor Grace Hambrook —replicó ella, sintiéndose atrapada en un papel que de pronto le parecía demasiado ceñido.

—Eleonor Grace Northcliff.

—Como quieras, pero a mí me gusta más el castillo —respondió ella, malhumorada.

Keiran sospechaba que había tenido razón cuando pensó que el regreso a la vida propi de la nobleza le causaría problemas a Eleonor. Reflexionando, convino en que a él también le gustaba más Shell Bay Manor, pero no lo dijo.

Ambos se prepararon para la noche y, cuando Keiran apagó las velas, Eleonor permaneció inmóvil, oprimida por la feroz penumbra que la rodeaba. Odiaba la oscuridad y buscaba un atisbo de luz con la desesperación de quien carece de aire.

Keiran se tumbó a su lado, pero en cuanto le tocó la pierna, una vibración le recorrió el brazo.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—Lio.

—Está oscuro.

Keiran se levantó de un salto, maldiciéndose por no haberlo pensado antes. Abrió las cortinas y la luz de las lámparas del jardín inundó la habitación con una suave y tranquilizadora penumbra.

—Gracias —dijo ella en voz baja y mortificada. Lo abrazó con fuerza mientras él se tumbaba a su lado y permanecieron así hasta que ambos se durmieron.

* * *

Hugh Foster observaba la mansión de los Hambrook desde la esquina. No quería arriesgarse a toparse con Hereford.

Aunque la casa tenía un pequeño jardín delantero y un patio trasero, no se podía entrar sin tocar la campana de la puerta. Un espeso arbusto de enredaderas que trepaba por la barandilla lateral de la casa le dio la idea de trepar por ella, pero desde luego no habría podido hacerlo a plena luz del día. Esperó un rato con la esperanza de que saliera alguien conocido.

Un carruaje estaba preparado y reconoció a lady Hereford y a lady Nancy. Detrás de ellas, Maggie. Iba bien vestida, sonriente, demasiado para alguien que esperaba a su hombre. Ella también desapareció dentro del carruaje, que poco después se puso en marcha, saliendo a toda velocidad por la verja.

Hugh siguió al vehículo, atajando por calles estrechas y sórdidas, anticipándose a los lugares que visitarían las damas. Las encontró casi de inmediato: paseaban mirando escaparates de moda. Entraron en una tienda y salieron al cabo de unos diez minutos, cargadas con un paquete.

Maggie estaba con ellas y todas conversaban animadamente, tanto que la doncella no parecía tal, sino una de ellas. Era diferente, pero no supo decir en qué. Dio una vuelta bastante amplia, de modo que se encontró con ellas de frente, como si lo hiciera por pura casualidad.

Caminaba deprisa y, como tenía mucha experiencia en acechanzas y encuentros fortuitos, todo sucedió con la mayor naturalidad.

—¡Mr. Foster! —exclamó Lady Hereford—, abriendo los ojos de par en par y sonriendo. Pero entonces...

—Buenos días, condesa, lady Nancy. Sí, hemos vuelto —dijo haciendo una reverencia y esbozando una sonrisa cómplice.

Nancy mostró de inmediato una expresión emocionada y Hugh sonrió más abiertamente ante la demostración de afecto hacia la prima. Miró atrás y se encontró con los ojos oscuros de Maggie, ahora serios. Le dedicó una esbozada inclinación de cabeza y, por cortesía, se dirigió a las dos nobles.

—Pero ¿cuándo? Eleonor no nos ha avisado —dijo Martha presa del pánico.

—Lady Hereford, sin duda encontraréis un mensaje cuando volváis a casa.

—*¡No veo la hora de volver a abrazar a Ellie! ¿Por qué no nos pasamos por la mansión del duque?* —preguntó espontáneamente.

—¡Nancy! ¡Qué grosería es esta! Esperaremos a tener noticias de Eleonor. Terminemos nuestros recados ahora. Ha sido un verdadero placer volver a veros Mr. Foster.

—El placer ha sido mío, lady Hereford.

Nancy hizo una reverencia, apretó los labios y le preguntó a Maggie:

—*¿Podrías llevar este paquete al carruaje? Si quieres, puedes esperar allí.*

Maggie sonrió y asintió, comprendiendo la intención de su joven ama. Permaneció inmóvil frente a Hugh, mirándole fijamente a los ojos, con el paquete envuelto en papel beige entre las manos.

Hugh se adelantó, le quitó el paquete de las manos y le dijo:

—Te acompaño.

—Gracias. —Maggie le siguió, observando los hombros fuertes y el paso decidido. Se armó de valor y le preguntó:

—¿Cuándo has vuelto?

—Anoche. —Hugh divisó el carruaje de los Hereford.

—Si no nos hubiéramos encontrado, ¿habrías venido a verme?

—Te dije que lo haría, y yo cumplo mis promesas.

Llegaron al carruaje. Maggie abrió la puerta y se volvió hacia él.

—No quiero que vuelvas conmigo solo por una promesa.

Hugh estudió detenidamente el bonito rostro de la muchacha.

—Una promesa no es poca cosa si la haces de corazón. Y yo iba en serio cuando la hice. Ahora sube.

Maggie obedeció y se sentó en el asiento.

Hugh dejó el paquete frente a ella y miró a su alrededor, dudando si quedarse más tiempo.

—Te he echado de menos —le confesó avergonzada. Temía expresar sus sentimientos y que la malinterpretaran. Sobre todo le preocupaba ese apetito que no le daba tregua, esa extraña e inoportuna somnolencia, ese dolor en los pechos, y en particular, ese diagnóstico de embarazo que le había hecho el médico; en definitiva, le daba miedo decirle la verdad. Hugh seguramente habría pensado que había estado con otra persona, mientras que ella solo podía pensar en él.

—Tú también a mí, Maggie —admitió Hugh, apoyando las manos a ambos lados de la puerta.

—Siéntate conmigo, por favor —le pidió.

—No, no es apropiado. Quizá vaya a verte esta noche —dijo él con tono.

—Tal vez podría ir yo cuando acabe de trabajar.

Hugh frunció el ceño.

—¿Hay algo que no quieras que vea en la casa de los Hereford?

—No, no, pero no quiero que el conde lo sepa.

—Sabes que te digo, Maggie, tú sigue viéndote con ese pervertido del conde. Sí, me has entendido muy bien. ¿Qué te pensabas, que no sabía que estabas con él?

Maggie abrió los ojos ahora de par en par, mortificada por el descubrimiento de su pasada aventura y horrorizada por el sentimiento de culpa.

—Adiós, Maggie. —Hugh cerró la puerta y se alejó rápidamente, con el rostro bronceado por el sol.

Maggie se llevó las manos a la boca, desesperada, con lágrimas en la garganta. Intentó razonar, pero no podía concentrarse. Solo sentía que no podía perderlo.

Bajó de un salto y miró a Hugh, ahora distante, que estaba a punto de desaparecer entre la multitud.

—¡Dile a lady Nancy que me reuniré con ella en su casa más tarde! —gritó al cochero y se puso en camino hacia donde había ido Hugh.

Echó a correr por miedo a perder de vista su cabeza de pelo castaño, rozando a los transeúntes y disculpándose por la impetuosidad de su andar. Se metió por callejones que nunca había visitado. Vio a niños con los rostros ennegrecidos por el hollín de las chimeneas y a sus ruines amos; se fijó en unos jóvenes uniformados que se reían a carcajadas del vulgar parloteo de una prostituta ya no joven pero aún atractiva; pasó ansiosamente ante la multitud de gente que se agolpaba frente a un gran grupo de tenderetes, sin apartar la vista de él.

Empezaba a cansarse y a dolerle la espalda; últimamente tenía muchos dolores.

Lo siguió un poco más, girando tres veces por calles que reconoció porque las había recorrido en carruaje, hasta que al final lo vio entrar por una puerta oscura de un edificio de color claro. Se detuvo al otro lado de la calle y se tomó un respiro.

El edificio tenía dos plantas y estaba bien cuidado. Se preguntó si habría ido a ver a alguna otra mujer, pero en aquel momento no le importó en absoluto la mala impresión que pudiera causarle. Le diría lo que pensaba de sus travesuras, también le explicaría por qué no quería que viniera a casa de los Hereford e, incluso, lo haría delante de su amiga si fuera necesario.

Cruzó la calle y entró en el portal con paso firme.

Al entrar, la penumbra la obligó a detenerse. En cuanto sus ojos se adaptaron, Maggie vio una puerta a su derecha. No había ningún nombre. Tomó aire y llamó. No contestó nadie. Volvió a llamar, pero no obtuvo respuesta

Miró hacia las escaleras y, a pesar de las fuertes náuseas que la invadían, empezó a subir peldaño a peldaño. En la primera planta había otra puerta. La tocó y, al cabo de unos instantes, oyó que alguien se acercaba a la puerta. Un hombre de aspecto distinguido, en bata, apareció en el umbral; llevaba un libro en la mano y unos finos quevedos se erguían sobre su ganchuda nariz.

Maggie dudó un segundo.

—¿En qué puedo ayudarla, *mademoiselle*?

El hombre tenía un marcado acento francés y se mostraba educado y amable.

—Yo... Disculpad las molestias. Busco a Mr. Foster —dijo ella, sofocada.

—*Oui, oui*. Segunda planta, *mademoiselle*.

—Gracias y disculpadme de nuevo —dijo Maggie, que subió pensando que, si el hombre conocía a Hugh, sin duda vivía allí. Se detuvo frente a la puerta y llamó.

La puerta se abrió de repente y la sobresaltó. Pero aún mayor fue la sorpresa al ver a una chica joven y muy guapa en el umbral.

Maggie se quedó sin respiración y la sospecha de que él vivía con otra mujer se convirtió en una idea tan odiosa como probable. Se sintió mareada, pero se aferró a la puerta.

—¿Estáis bien? —preguntó la otra, al notar la palidez de la mujer.

—Sí —susurró Maggie. —Busco a Mr. Foster, por favor.

La chica la miró un momento y luego dijo:

—Un momento, le aviso...

—¿Quién es? —preguntó Hugh mientras se acercaba. En cuanto la vio, abrió la boca de par en par, con un aire de sorpresa que pocas veces se vería en su rostro y le dijo—: ¿Qué demonios haces aquí? —Empujó a la guapa chica a un lado. Esta consideró oportuno apartarse sin protestar —. ¿Cómo demonios sabes dónde vivo?

Su tono era muy irritado. Pero ella no estaba bien y no le importaba haberlo enfadado.

—Tengo que decirte dos cosas. Y te las voy a decir también delante de tu amiga. —estalló Maggie, señalando a la joven que se había detenido al final del pasillo—. ¡No deberías haberme echado en cara de esa manera que yo tuviera algo que ver con el conde! No es asunto tuyo y ocurrió hace mucho tiempo.

Maggie estaba casi gritando, sin darse cuenta.

—¡Y que sepas que me veo obligada a dormir con lady Nancy para que el conde no la acose! Puede que yo no sea una santa, Hugh Foster, ¡pero tú tampoco lo eres! Y te he estado esperando, pensando en ti todos los días, con la intención de llegar a ser tal y como tú decías. ¡Pero tú tienes cosas más importantes en las que pensar! ¡Espero que ella sea exactamente lo contrario de mí, o la dejarás también a ella!

Hugh se quedó atónito ante la agresividad de Maggie, consternado por haber sacado conclusiones erróneas y preocupado por la tez pálida de la mujer.

—Entra —dijo en tono claro.

Maggie lo miró con indiferencia, luego le dio la espalda y se alejó del lugar por donde había venido. Las lágrimas caían por sus acaloradas mejillas, y rubores y escalofríos le recorrían el cuerpo. Continuó su impertérrito descenso, lentamente, pero las piernas le flaquearon y se desplomó en los escalones sin darse cuenta.

Hugh había visto enseguida su andar inseguro y la sostuvo por las axilas justo cuando caía;

luego la cogió en brazos.

—Déjame, no quiero estar contigo. Solo necesito descansar un momento.

Hugh la condujo al interior de la casa y la otra chica cerró la puerta.

—Rose, trae un vaso de agua y un cuenco con agua fresca para la cara.

—No quiero nada de ella —protestó Maggie entre sollozos.

Hugh no le hizo caso y la tumbó en la cama de su habitación. Colocó dos almohadas detrás de su cabeza y se sentó a su lado.

Rose puso la bandeja sobre la mesilla de noche.

—Si quieres, me voy. De todas formas ya casi he terminado y la cena está lista.

—Dame un minuto y seré yo quien se vaya, monada, no te preocupes —exclamó Maggie, tratando de incorporarse, pero un grito ahogado la hizo palidecer de nuevo.

—No te muevas, Maggie. Rose es mi amiga. No le hables así. Trabaja aquí, limpia y cocina para mí. Rose, adelante. El dinero está en el lugar de siempre.

—Gracias, Hugh. Buenos días, señorita —se despidió Rose al salir.

Hugh miró fijamente a Maggie a los ojos.

—¿Qué te pasa?

—Nada, ya se me pasa —le mintió ella, apartando la mirada.

—Estás enferma, Maggie, lo noto.

Maggie se dio cuenta de que no podía negar la evidencia.

—No he desayunado esta mañana y ahora tengo náuseas.

Hugh entornó los ojos, sin creer ni una palabra.

—Te traeré un trozo de tarta con el té —dijo, levantándose.

—¡No, gracias! —respondió ella—. Solo un trozo de pan.

Hugh cogió unas rebanadas de pan y regresó inmediatamente. La encontró sentada al borde de la cama.

—No te levantes, Maggie.

—Gracias, pero tengo que irme —replicó ella, cogiendo dos rebanadas de pan y levantándose lentamente.

Hugh se puso delante y no la dejó pasar.

—No voy a dejar que te vayas, Maggie. Estás indispuesta, así que recuéstate.

—No quiero estar aquí. Ya he dicho lo que tenía que decir y ahora ya estoy mejor.

—¿Cómo sabes dónde vivo? —preguntó Hugh, mientras con las manos la obligaba a sentarse de nuevo.

—Te he seguido.

—Estás loca —replicó él, mientras observaba cómo ella tragaba trocitos de pan. Parecía un pajarito. Sola en esas calles, realmente estás loca. Era más guapa de lo que él recordaba: su piel tersa, sus ojos oscuros brillantes y ahora brillantes por las lágrimas, su pelo rizado y su figura torneada. Solo tenía un poco más de volumen en los pechos. Extendió una mano y le secó las lágrimas que rodeaban sus ojos, pero aquel gesto conmovió tanto a Maggie que volvió a llorar.

—¿Qué te pasa, Maggie?

Ella meneó la cabeza y hundió la cara entre las manos temblorosas.

—De verdad, tengo que irme o no dejaré de llorar, ¡maldita sea!

—Nunca has hecho eso —afirmó Hugh, sintiendo cierta compasión. Se sentó a su lado y la abrazó. Lo siento. He sido injusto contigo.

Maggie lloró con más fuerza.

Hugh suspiró. Era muy consciente de que las mujeres embarazadas se volvían especialmente

sensibles, pero decidió fingir que no lo sabía.

—¿Abusó de ti?

Ella negó con la cabeza, dándose cuenta al instante de a quién se refería.

Permanecieron así unos minutos y Maggie se tranquilizó. Volvió a comer pan, temerosa de que le volvieran las náuseas.

—¿Has engordado?

—¿Se nota mucho?

—Se nota.

—Así que me has estado observando.

—Claro.

—Pues no lo hagas. Me siento incómoda y avergonzada. No quiero que me compares con la de antes.

—Pero me sigues gustando. Al fin y al cabo, solo estás más rellenita.

Maggie le miró un momento y se dio cuenta de que Hugh la observaba con expectación. No comprendía, sin embargo, si él esperaba una explicación.

—No he estado con nadie desde que te fuiste —le señaló, sin saber por qué.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Pensaba que querrías saberlo.

Hugh suspiró, dejándose llevar por el tenue perfume que desprendía ella.

—Vivo solo. Si quieres, te recojo por la noche y te llevo a casa de lady Nancy por la mañana.

Maggie no lo comprendió de inmediato.

—¿Quieres decir que me quede aquí contigo?

—Eso es lo que he dicho, Maggie.

—¿Hablas en serio?

—¿Por qué si no te lo iba a preguntar, demonios? ¿Te crees que te lo iba a decir en broma?

—De acuerdo. Pero puedo venir sola.

—No, pasaré yo a recogerte. A las diez. Todas las noches fuera de la verja.

—Tengo que irme ahora —dijo Maggie, poniéndose en pie.

—Te acompaño.

—No importa. Puedo ir sola.

—He dicho que te acompaño.

* * *

Keiran acudió bastante temprano al comedor preparado para el desayuno y se sorprendió al ver a Roy.

—Buenos días. ¿Qué te ocurre? —le preguntó de buenas a primeras, al percibir de inmediato las vibraciones que provenían de él.

Roy se levantó por deferencia y le miró, pero luego volvió a sentarse.

Ramsay entró para servir al duque y, al salir, Roy habló:

—Escucha. No he dormido esta noche. Da igual si el heredero soy yo, tu hijo o incluso Eleonor.

Keiran frunció el ceño, pero se mostró especialmente cuidadoso. Sabía que su hermano era muy inteligente y que lo que le dijera tendría bastante relevancia.

—Es más fácil acabar con Eleonor, conmigo, con tu hijo que contigo —susurró Roy con la determinación de quien sabe que tiene razón.

Keiran lo miró fijamente. Tenía razón. Asintió con la cabeza y comió en silencio.

Roy era consciente de que Keiran meditaba sus palabras y reanudó la comida.

—Lady Northcliff, Roy. Lady Northcliff, no Eleonor —dijo de pronto Keiran, amonestándole con la mirada.

Roy no respondió.

—¡Tienes toda la razón del mundo! ¡Toda! —exclamó de pronto Keiran, levantándose de la mesa y tirando la servilleta con fastidio. Salió de la habitación sin despedirse y se dirigió al pequeño estudio.

Roy se quedó solo, feliz de haber sido de ayuda a su hermano.

* * *

—¡Lord Northcliff! —exclamó lord Portland al ver al duque en el umbral. Se levantó de su escritorio. No esperaba veros tan temprano y he ocupado vuestro puesto.

—Quedaos ahí, Simon, no os mováis. —Keiran se detuvo para estrecharle la mano—. ¿Y el viaje?

—Muy bien, gracias. La condesa y lady Nancy son una compañía estupenda, y creo que yo también lo he sido para ellas. Su excelencia tenía razón: hablar de manera despreocupada con lady Nancy hizo que la conversación fluyera sin problemas ni un momento de incomodidad.

—¿Eso dijo lady Northcliff? —le preguntó Keiran.

—Sí.

El duque se sentó frente a la chimenea.

—Abrid el segundo cajón de la derecha, Simon. Coged la llave que encontréis, sí, esa. Es de vuestra casa, a dos manzanas de aquí. Decidle a Ben que os acompañe. Él os ayudará a encontrar al personal de servicio.

Simon no salía de su asombro ante los sorprendentes gestos de lord Northcliff y a menudo se quedaba sin palabras.

—Estáis reticente, Simon, y puedo sentirlo. Ya hemos hablado de esto, ¿verdad?

—Sí, lord Northcliff, pero me siento un tanto incómodo.

—La casa aún no es vuestra —dijo Keiran, tratando de restarle importancia a su oferta—. Si os gusta, podemos llegar a un acuerdo.

—De acuerdo. Gracias.

—De nada. Ahora hablemos de las rentas mensuales.

—Este mes han vuelto a ser regulares. Me encargué de abrir esa cuenta a nombre de lady Northcliff, como pedisteis. Tengo los documentos aquí. El responsable del banco solo espera la firma de su excelencia.

—¿Tenéis el documento aquí?

—Por supuesto.

—Llevaré personalmente a mi mujer al banco, Simon.

—Disculpadme, tal vez malinterpretase vuestras órdenes. Entendí que lo trajera aquí.

—Quiero que todos sepan que lady Northcliff es independiente y que confío plenamente en ella. Así que la acompañaré al banco para demostrarlo.

—Entiendo. Entonces dejaré aquí la carpeta.

Keiran se levantó para despedir al conde, pero los ojos castaños de Simon eran elocuentes: quería decir algo.

—Lamento ver que después de tantos años sigáis dudando en expresar libremente vuestra opinión, Simon.

El conde abrió la boca y volvió a cerrarla, apartando la mirada.

—No se trata de mi opinión sobre vuestros actos, lord Northcliff. No me atrevería a tal.

—Ya basta. —Keiran estaba cansado de la excesiva deferencia con la que Simon lo trataba y

del distanciamiento que él mismo tenía que mostrar para no pasar vergüenza.

El conde se inquietó mucho ante aquellas palabras, pero no se movió.

—Sentémonos —ordenó Keiran, señalando la silla que tenía delante.

Simon obedeció y esperó.

—Podéis llamarme por mi nombre de pila cuando estemos a solas. Debería habéroslo impuesto hace tiempo, pero creía que os incomodaría.

—Lord Northcliff, en realidad no creo que sea apropiado y...

—No os lo estoy pidiendo, os lo estoy ordenando. Por favor, por mi nombre, Simon.

El otro apretó los dientes.

—De acuerdo, Keiran.

—Y ahora, habla.

—Se trata de mi madre.

—Lo comprendo.

Keiran se puso serio.

—Me ha seguido a Londres. Me ha pedido que nos viéramos, pero no le he permitido que viniera. Al final, fui a verla y discutimos largo y tendido. —Simon parecía preocupado.

—Lamento que las relaciones con vuestra madre, la condesa, no sean buenas. Desde luego, sois muy distintos.

—Eso es, exactamente. No quisiera pareceros desagradecido o irreverente. Después de todo, es mi madre.

—Yo os veo tal y como sois, no aparentáis.

Ante esa afirmación, Simon se armó de valor y dijo:

—Nos peleamos por la razón de siempre.

Keiran se apiadó, conociendo bien el argumento que ponía a Simon en contra de su madre, pero esperó a que le confesara.

—El mismo motivo desde hace años. Y estoy harto. No le debo nada, porque en realidad sé que os lo debo todo a vos, pero insiste y no razona, convenciéndose de que puedo llegar... quién sabe dónde. A ella le gustaría todo, igual que hizo con vuestro padre.

—Nuestro padre, Simon.

Nunca Portland se había sentido más perdido que en aquel momento. Oír al propio duque admitir que eran hermanastros le perturbaba más allá de lo imaginable y le provocaba un fuerte estado de confusión que le hacía transpirar.

Keiran apoyó los codos en las rodillas en actitud relajada, con la esperanza de infundirle algo de calma.

Simon lo miró con ojos inciertos y desconcertados.

—Yo no estaría tan seguro de eso.

—Yo sí, Simon. No me explicaría de otro modo por qué eres tan diferente de tu madre y tan parecido a mí y a Roy.

El tono confidencial con el que el duque le había tuteado alarmó aún más a Simon.

—¿Qué te da miedo, Simon? ¿Oír que somos hermanos o comprender que a partir de ahora nos tutearemos? —Keiran apenas sonreía y lo miraba casi con afecto.

Simon notó que su corazón latía tan rápido que pensó que se iba a morir.

—No soy tan fuerte como vos.

—No, pero casi. Solo que tú no lo sabes.

—No tengo vuestro carisma y...

—Tutéame.

—... ni la confianza que siempre demostráis.

—Tutéame.

Simon se quedó en silencio. Por fin se dio cuenta de que había llegado el día de la verdad. Se llevó las manos a la cara y apoyó también los codos en las rodillas.

—Vos... —miró a Keiran a los ojos—, ¿comprendes la maldad de mi madre?

—Sí, desde la primera vez que vino a Shell Bay Manor y te conocí a ti...

—¿Me crees cuando te digo que sus maquinaciones me son totalmente ajenas?

—Sí. También lo entendí entonces; solo tuve que estrecharte la mano.

Simon entornó los ojos recordando aquel día, tantos años atrás, el mismo día en que murió Axel.. Su madre había acercado la mano a las copas y él siempre había recordado aquel hecho con vacilación, porque su madre nunca se habría rebajado a realizar un trabajo manual, y mucho menos a servir copas a alguien, por muy noble que fuera, si no hubiera obtenido algún beneficio.

—¿Por qué piensas en Axel?

—Yo... No lo sé. Quizá porque aquel día...

El silencio envolvió sombríamente la habitación. La sombra de la prematura muerte del joven caía sobre ellos.

De repente, Simon se decidió a hablar.

—Quiere que me imponga y exija mi herencia. Quiere que le ayude a alejar a lord Roy. Hace suposiciones descabelladas de que, si no fuera por él o por ti, yo sería duque. A veces dudo de su cordura. La odio.

El conflicto en su interior desprendía tantas vibraciones negativas que incluso Keiran se sintió mal. Por fin empezaba a surgir el carácter de los Northcliff y Keiran miró a aquel hombre con admiración.

—Ahora sí que eres un Northcliff —dijo después al cabo de unos segundos—. Y me duele no poder permitir que lleves el mismo apellido que nosotros.

Los ojos de Simon se suavizaron y un velo de lágrimas le obligó a levantarse. Se acercó a la ventana tratando de recuperar su dignidad. Permaneció allí, conteniendo el llanto, sin oír que su hermano se acercaba.

Keiran puso una mano en el hombro de Simon y la mantuvo allí, como para consolarlo.

—Sólo eres un año más joven que yo. Tienes que vivir tu vida.

Simon hizo una mueca de dolor al sentir aquel contacto.

—No quiero marcharme. La verdad es que mi familia está aquí. Esto es lo que siento.

—Lo sé.

—Ha estado viéndose durante años con un noble, mi madre. Pero nunca he descubierto su identidad. Los sirvientes dicen que el hombre, alto y robusto, entra por detrás de noche y con la capucha puesta.

—¿Por qué me cuentas esto?

Simon se dio la vuelta.

—Ese hombre siempre está aquí: estaba en Escocia y ahora está en Londres.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Keiran razonó un momento. En su mente revoloteaban ideas absurdas, pero no podía darles forma. Sentía una conexión entre la condesa, el día de la muerte de Axel, la muerte de su padre, los incidentes en el castillo, el peligro que corría la vida de Eleonor, Roy y él mismo.

Decidió que se tomaría un tiempo para pensarlo.

Miró a Simon.

—Ahora quiero hablar de ti. Tomarás posesión de la casa y será tuya.

—No quiero regalos.

—Esto no es un regalo. Es lo que te corresponde. Tu ayuda es muy valiosa para mí: sabes muy bien que no tengo tus habilidades para llevar la cuenta de mis bienes y confío plenamente en ti.

—Estoy seguro de que podrías hacerlo mejor que yo.

—¡No digas tonterías, Simon! ¡Yo era la desesperación de nuestro padre y lo sabes! —exclamó Keiran gesticulando despreocupadamente.

Simon se alegró de la espontaneidad con la que Keiran le hablaba. Era la misma forma en que le hablaba a Roy y significaba que realmente lo consideraba su hermano.

—Has visto cómo escribo y no hablemos de leer. No te obligaré a quedarte si no quieres, pero te necesito.

—Quiero quedarme, y quiero ayudarte, Keiran.

—Bien. Pero irás a tu nuevo hogar. Y vas a empezar a hacer vida social.

—De acuerdo.

—Hablaré con Roy sobre todo esto.

—De acuerdo.

Keiran lo miró fijamente.

—Te quedaste aquí incluso después de haberme casado.

—Claro que sí, no te entiendo. ¿Por qué no iba a hacerlo?

Keiran estudió los ojos marrones de Simon y luego confesó:

—Te gustaba, y mucho. Lo sé.

Simon comprendió que se refería a Eleonor y se sintió avergonzado; agachó la cabeza, sin atreverse a mirarlo mientras lo reconocía.

—Lo siento, es muy hermosa y no sé cómo no me di cuenta enseguida de que ella te deseaba.

—Te has quedado. Y eso me importa más que tu sangre.

Simon levantó la vista y vio que Keiran le tendía la mano con extrema seriedad. Se la estrechó y permanecieron así unos instantes.

* * *

Eleonor había pasado una buena hora con los niños.

En la casa de Londres no había una habitación específica para ellos, por lo que había dado instrucciones a Annis, cuando aún estaban en Escocia, para que utilizara varias habitaciones, a ser posible comunicadas.

Los niños habían hecho que Eleonor se sentara en el suelo y ellos, todos alrededor, se turnaban para hacerle preguntas sobre el mar, el barco, los marineros, el camarote.

Annis se había escabullido en silencio y, sentada junto al fuego, zurcía unas medias, siempre atenta a las palabras de la duquesa. Lady Northcliff era una mujer fuera de lo común: muy culta, inteligente, ingeniosa y afectuosa. Al notar la sonrisa apenas insinuada de Beyruud, decidió que, en cuanto lady Northcliff se marchara, la seguiría para hablar con ella.

Eleonor miró su reloj y les explicó a los niños que se tenía que ir. Se dirigió a la puerta y se despidió con la mano.

Annis dijo:

—Beyruud, ¿podrías ocuparte de los pequeños? Vuelvo enseguida.

Eleonor caminó por el pasillo y oyó cómo se abría y se cerraba la puerta. Se dio la vuelta.

—¡Lady Northcliff! ¿Podríais concederme cinco minutos de vuestro tiempo?

—Cómo no, ¿qué ocurre?

—Se trata de Beyruud.

Eleonor suspiró.

—Ya entiendo.

—Llevo unos meses observándola y no me gusta su mirada perdida, sus silencios, que diga que está bien cuando sus ojos dicen lo contrario.

—¿Por qué lo hablas conmigo y no con el duque?

—Considero que vos sois la persona más adecuada para ayudar a la niña.

—¿Por qué?

—Sois muy maternal y habéis estudiado medicina. He leído mucho sobre psicología, pero no soy una niñera. No puedo presumir de habilidades que no tengo ni pretender saber qué es lo mejor para estos niños. Así que me dirijo a vos, confiando en que podáis decidir por su bien.

Eleonor admiraba la franqueza de Annis, a pesar de los celos que sentía por su pasado en común con su marido.

—Me alegro de que me lo hayas mencionado, porque también he notado el malestar de Beyruud.

—He visto que a veces la observáis y estaba seguro de que os habías dado cuenta de lo que pasa.

—¿Qué harías tú?

—¿Yo? —preguntó Annis desconcertada.

—Sí, ¿si tuvieras que decidir tú?

La chica se mordió el labio.

—La haría hablar, pero no sé cómo. Creo que un experto, tal vez un médico, podría.

—Voy a visitar a un viejo y queridísimo amigo médico. Hablaré con él. ¿Qué te parece?

—Es un buen comienzo, lady Northcliff. —Annis sonrió, hizo una reverencia y volvió con los niños.

* * *

Eleonor se lo pasó en grande con el doctor Phillips, como siempre. Sirvió más té y se sentó cómodamente en el sofá de la modesta sala de estar de la casa del médico mientras este miraba unos papeles que la duquesa le había señalado.

—¿Sabe que me los habéis traído?

—¡En absoluto! ¡Y que no se entere! De lo contrario, ¡podría azotarme como si fuera una cría!

El médico sonrió.

—¿Es tan autoritario e inquietante como dicen?

—Sí, pero no le tengo miedo. Es muy cariñoso conmigo, aunque no se dé cuenta.

—Es un hombre interesante. Percibí algo inusual en él hace años, cuando lo conocí. Bueno, digamos que ya entonces me intrigaba.

—¿Vendréis a cenar esta noche? Tengo muchas ganas de que habléis con él.

—De acuerdo, iré. —El médico volvió a observar las letras escritas en imagen especular—. Leonardo da Vinci escribía así. Y aquel niño también, ¿os acordáis? Sí, claro que os acordáis, me escribisteis sobre él.

Eleonor se lo confirmó con un movimiento de cabeza.

—Hay una cosa más. No sé cómo explicarlo sin parecer una loca. Ya os lo mencioné en la carta.

—Vamos, vamos. Hablad claro, ¡eso es lo que mejor se os da!

Eleonor se rio del tono apresurado con que el médico siempre se dirigía a ella.

Dejó la taza y, con las palmas abiertas hacia arriba en un gesto teatral, exclamó:

—¡Key alivia el dolor físico con las manos, incluidos los dolores de parto, incluso en los

animales! Lo he visto con mis propios ojos, doctor. En Escocia, ayudé a una mujer de su pueblo a dar a luz y él le cogió las manos: ¡no sintió ningún dolor! —Se tomó un momento para asegurarse de que el doctor Phillips no la consideraba realmente una lunática.

—Continuad —le animó con expresión interesada.

—Para saber la verdad, pone la mano en el cuello o en otra parte, como el brazo, y lee en su interior.

—Supongo que vos también habéis tenido una experiencia personal de esto, si no, no hablaríais así de ello.

Eleonor asintió enérgicamente.

—Contadme los detalles.

—No me tomáis por una demente, ¿verdad? ¿Me creéis?

—Sí, os creo.

Eleonor conversó con su amigo el doctor durante otra hora, describiendo situaciones, contando historias, expresando sus sentimientos y opiniones.

—Es un honor que me hayáis hecho partícipe de esto. Considero un privilegio haberos escuchado y tener la oportunidad de conocer personalmente a vuestro marido —le reconoció el médico.

—Ciertamente hay poco de científico en todo esto, pero alguien de mente abierta como vos lo encontraréis interesante.

El médico asintió con la cabeza.

—A estas alturas estoy deseando que llegue esta noche para encontrarme con el duque y conocerle mejor.

—Doctor, tengo otro asunto que plantearos. Se trata de Beyruud.

—¿La joven que el duque encontró en aquel barco?

El médico aún no conocía a Zaynab, Beyruud y los demás niños, pero había oído hablar de ellos. Como todo el mundo en Londres, por otra parte.

—Yo la consideraría más bien una niña, ya que tiene unos doce años.

—¿Qué tiene?

—Fue violada cuando la secuestraron para convertirla en esclava —le explicó Eleonor, sintiendo una enorme consternación incluso al pronunciar aquellas horribles palabras.

El médico mostró una expresión horrorizada: conocía la compraventa de esclavos, pero oírlo de alguien que había estado cerca de los implicados era algo completamente distinto.

—¿Cuándo?

—No puedo deciros las fechas exactas, ellas tampoco las saben, doctor.

—¿Ellas?

—Zaynab, la mujer que custodiaba a Beyruud, Caroline y Jonathan, ha sufrido varios abusos. Pero ya es adulta y, quizá gracias al hecho de haber encontrado a un hombre que la quiere con ternura, un marinero del duque, le ha ayudado a superarlo todo sin demasiados traumas.

—Pero la niña, no —concluyó el médico por ella—. ¿Quiénes son Caroline y Jonathan?

—¡Dos niños maravillosos! También fueron secuestrados, ¿sabéis? Son los hijos de Zaynab y son blancos.

El médico frunció el ceño, confuso.

—¡Sí, sí, disculpadme! Los niños son blancos y no son hermanos. Caroline es hija de una mujer noble, repudiada por su familia porque eligió casarse con un científico. Y Jonathan... bueno, su madre murió al dar a luz. En un último gesto de amor, le pidió a Zaynab que se convirtiera en su madre.

Una historia conmovedora.

—En resumen, doctor, Beyruud nos preocupa mucho: sus largos silencios, su frecuente ausencia mental, como si estuviera abducida por los recuerdos.

—Lo comprendo. —El doctor Phillips se levantó, seleccionó un libro de la estantería y, entregándoselo a Eleonor, explicó—: Todavía no lo habéis leído. Acaba de llegar, es nuevo y muy innovador. Os gustará. Os resultará útil lo que este doctor escribe sobre la mente.

Eleonor cogió el libro y miró la portada.

—No lo conozco.

—Hablar. Eso es lo que pone ahí y lo que yo también recomiendo. Hacedla hablar, lady Northcliff.

—¿Con quién?

—Con la persona en quien pueda confiar las peores cosas que ha sufrido.

Eleonor pensó que, indudablemente, esa persona podía ser Annis.

—Está bien, así lo haré. Y leeré este libro lo antes posible.

—No descartéis que vuestro marido pueda ser de gran ayuda, lady Northcliff. Al menos por lo que me habéis contado. —El médico le sonrió.

Eleonor también se quedó pensando en esas palabras.

—Tenéis razón. Gracias, doctor.

* * *

Nancy entró veloz en el salón de té y enseguida divisó a Eleonor, sentada en una mesa, elegante con su vestido de día de color topo.

En un instante, las dos primas se fundieron en un abrazo.

—¡Tía Martha! Estás guapísima... ¡Y joven! —exclamó Eleonor, indiferente a las miradas de los curiosos.

—¡Pero qué dices, qué zalamera eres, Eleonor Grace! Te juro que eres una descarada. —Martha la abrazó cariñosamente.

Sentadas en la mesita redonda, las tres mujeres bebían té a sorbos y comían galletas mientras hablaban animadamente sobre los últimos acontecimientos.

—Se acerca el día de la boda —sentenció ansiosamente tía Martha.

—*¡El 2 de febrero, Eleonor! ¡Estoy muy emocionada! He elegido el vestido, pero no daré una respuesta definitiva hasta que no lo hayas visto tú*. —Nancy se expresaba rápidamente por gestos.

—Nancy, ¡ya no podemos esperar más! —se quejó tía Martha.

—Tía, mañana por la mañana os acompañaré y lo arreglaremos todo. Trae tu lista de cosas pendientes y ten por seguro que haremos muchas más.

—¿Cómo sabes que tengo una lista, cariño? —preguntó asombrada Martha, mientras saludaba con la cabeza a Miss Emily Barker—. Sigue haciéndose pasar por la sobrina nieta del viejo marqués de Spencer, como si nadie supiera que es su querida —susurró, inclinándose hacia Eleonor.

—Te conozco demasiado bien, tía, y estoy segura de que ya tienes una lista muy larga preparada.

—Mejor asegúrate de no olvidar nada. Y tomar nota es la mejor manera de no arriesgarse.

—Cierto. Yo hice lo mismo cuando entramos en el Támesis. ¡No te imaginas la cantidad de nobles que nos esperaban a lo largo del río!

—Estás bromeando, ¿verdad? —preguntó incrédula tía Martha.

—En absoluto.

—*¿Quieres decir que fisgoneaban vuestra llegada?*

—Sí, Nan, exactamente así. Key ya se lo esperaba. He tomado nota de todas las personas que he visto...

Martha y Nancy la miraron, sin entender por qué había anotado sus nombres.

—Pienso hacerles saber a cada una de ellas que el duque y la duquesa de Northcliff las vieron.

Nancy soltó una carcajada.

—¿Cómo los has reconocido? Supongo que estaba bastante lejos de la costa o de los muelles —comentó Martha.

—Catalejos. Los de Key, por supuesto.

Martha pareció imaginar la absurda escena.

—¡Eres el ser más complicado que conozco, Eleonor Grace! —le espetó su tía, mirándola con asombro—. Pero lo apruebo. Bridget habría hecho lo mismo.

—Lady Bridget Northcliff ha confirmado, en efecto, que lo habría hecho —afirmó Eleonor con orgullo.

—*¡Quiero estar presente cuando desenmascares a los espías!*

—Lo estarás, y todo sucederá durante la fiesta.

—¿Qué fiesta?

—Key dice que es necesario organizar una fiesta para presentarme en sociedad. A mí no me importa, y sé con certeza que él también preferiría evitarlo; pero las apariencias son lo más importante para asumir oficialmente mi papel. Y para empezar a marcar mi autoridad.

—*¿Para marcar tu autoridad?*

—Lady Bridget sostiene que sabré imponer mi originalidad gracias al título. Y eso es bueno: mi autoridad será justa y equitativa.

—*Dame un ejemplo, Ellie*.

Eleonor pensó un momento, mordiéndose el labio inferior.

—¿Recordáis lo que dijo tío Ernest sobre ser un ejemplo para nuestros nobles amigos sobre los deshollinadores?

Nancy sonrió.

Martha recordó con nostalgia aquel maravilloso día en Ashford.

—Pues bien: ahora que soy duquesa puedo incluso gritar, si me apetece, que todos los ricos deberían negarse a contratar niños deshollinadores.

—Eso sería muy noble —murmuró Martha.

—*Sí, lo comprendo. Y estoy segura de que funcionará. Te apoyaré, sobre todo cuando me case, ¡porque seré marquesa*!

Martha abrió los ojos como platos.

—¡Cielos, Nancy, hija mía, me vas a matar de la emoción!

Muchos en el salón las observaban y los comentarios sobre la duquesa se vertían en susurros. Pero Eleonor no se daba cuenta del interés que despertaba.

Las mujeres presentes repetían: «Es la joven duquesa de Northcliff, no sé por qué tanta prisa por casarse con ella, ¡qué suerte tiene! Tiene tanto dinero, tanta nobleza y un marido absolutamente encantador; por supuesto, también es muy guapa, dicen que ha estudiado y que además, lee libros de hombres».

Los hombres, los pocos presentes, fingían prestar atención a las mujeres a las que acompañaban, como dictaba la etiqueta, pero sus ojos buscaban furtivamente a la duquesa. Su belleza atraía las miradas; sus modales elegantes y desenvueltos despertaban admiración; sus formas proporcionadas despertaban el aprecio masculino.

—No habéis mencionado a Andrew en ningún momento —dijo de pronto Eleonor.

Tía Martha y Nancy Jane se miraron.

—¿Ha causado problemas, tía?

—No pienses en eso, Ellie, ya sabes cómo es.

—*Nos mira mal. Me odia por mi felicidad y por el puesto que ocuparé*.

—No hagas gestos, Nan. ¡Nos miran y yo no entiendo! —le amonestó tía Martha.

—Déjala —dijo Eleonor amablemente, cogiendo la mano de su tía—. Nancy también es esto: lenguaje de signos para sordomudos. No permitiré que nadie desapruebe este hecho innegable.

Martha suspiró resignada, consciente de la importancia del título de su sobrina.

Nancy continuó gesticulando.

—*Odia a madre porque no le dio el gusto de rechazar a Daniel. Y, sobre todo, odia al duque. Lo vi expresárselo claramente a Freddie, su criado, cuando hablaban en el salón mientras yo tocaba el piano. Cree que soy tonta porque no oigo. Pero no soy ninguna tonta. ¡Y entiendo perfectamente lo que dicen los labios de la gente! ¡El tonto es él, que después de tantos años todavía no se ha dado cuenta!*

—*¿Te ha tratado mal o ha hecho cosas inapropiadas?* —les preguntó Eleonor con signos, temerosa de la respuesta.

—*No, sé que Danny habló con él cuando volvió a Londres desde Escocia. Creo que lo amenazó. Pero tal vez me equivoque*.

—*¿Se lo has preguntado?*

—*Sí, pero se va por las ramas.*

—¡Así que le amenazó! —se rio Eleonor.

Varios en la sala la miraron contagiados por su armoniosa risa.

—Si tuvieras problemas con Andrew, tía Martha, me lo dirías, ¿verdad?

—Martha no respondió.

—¿Tía?

—¿Decírtelo por qué? El duque se volvería contra él y tengo miedo de lo que pueda pasar. Al fin y al cabo, es mi hijo o lo que queda de él.

Eleonor frunció el ceño.

—Vendréis a vivir con nosotros. De hecho, eso es lo que vamos a hacer. Como Nancy se casará pronto, lo primero que vamos a hacer, querida tía, será buscar una casa adecuada para ti.

Martha abrió los ojos.

—No, no, Eleonor, por el amor a la bondad, no.

—Estás obstaculizando mi voluntad, tía. Y yo soy duquesa —afirmó con seriedad, segura de que esa era la única manera de que tía Martha estuviera de acuerdo con ella—: vamos a comprar una casa con el dinero que me asignó tío Ernest y Key nos ayudará a elegir. Esta es mi decisión, tía, y no cabe ningún pero.

A Martha le brillaron los ojos.

—¿Por qué, tía Martha? ¿Por qué no quieres? —preguntó Eleonor en voz baja, ya arrepentida de haberse impuesto.

Martha recuperó el control.

—Quiero, pero temo lo diferente y lo nuevo. Y no sé estar sola.

Eleonor sonrió.

—Nancy, ¿estás de acuerdo conmigo o tienes otra opinión?

—*Yo digo que tienes razón, Ellie, y te apoyo*.

—Nan también está de acuerdo. ¡Nunca estarás sola! Encontraremos una casa cerca de la

nuestra o de la del marqués de St. James. —Dicho esto, Eleonor terminó su té con un movimiento decidido de la cabeza, como para dar más vigor a las palabras.

En ese momento, Martha se sorprendió al darse cuenta de que se sentía feliz por aquella decisión.

Nancy miró a Eleonor y le hizo gestos de aprensión.

—*¿Cuándo me contarás los detalles de la noche de bodas? Quiero estar preparada para Daniel*.

* * *

—Su excelencia requiere vuestra presencia en el estudio, lady Northcliff —dijo Ramsay al entrar Eleonor en la mansión.

—Gracias, Ramsay.

Mrs. Brodie la siguió y, en cuanto estuvo lo suficientemente cerca, susurró:

—Está furioso por el tiempo que habéis estado ausente.

Eleonor se detuvo.

—¿De veras? Pero si solo he estado unas horas.

—Es posesivo, celoso y aprensivo. Pero sólo cuando se trata de vos. Así que no os sintáis mal.

—¿Estáis diciendo que algún sentimiento profundo podría ser la causa de todo esto? —preguntó Eleonor, sonriendo maliciosamente.

—Exacto.

—¡Bien!

Agatha observó el elegante andar de la duquesa. La vio abrir la puerta sin llamar y decir: «¡Key! ¡Cuánto te he echado de menos! ¿Qué has hecho durante todo el día?».

—Fingirá consternación y lo calmará —afirmó Agatha con una sonrisa divertida.

—Obviamente —confirmó Ramsay detrás de ella—. Es una mujer notable.

—Solo podía serlo, de lo contrario Keiran no se la habría llevado —concluyó Mrs. Brodie.

—Claro, pero él no lo admitiría. Al menos no por ahora —especificó Ramsay.

.

* * *

Eleonor entró sin llamar, diciendo:

—¡Key! ¡Cuánto te he echado de menos! ¿Qué has hecho durante todo el día? —Cerró la puerta y fue directa a la ventana, donde él estaba de pie.

Tomado por sorpresa, Keiran la observó con severidad y no reaccionó cuando Eleonor se puso de puntillas para besarle.

—No finjas conmigo, chiquilla.

—No lo entiendo. —Eleonor puso cara de asombro.

—Has faltado varias horas y no has dicho adónde ibas. No vuelvas a hacerlo.

—Ha debido de haber un malentendido, Key —dijo ella, poniéndole ambas manos en el pecho y acariciándolo—. Les he dicho a Agatha y a Ramsay que iba a ver a mi amigo el doctor Phillips y que después me reuniría con mi tía y Nancy, quienes, por cierto, te mandan recuerdos. ¿No te lo han dicho?

Keiran se dio cuenta de que no podía mentir.

—Sí. —Luego se dio cuenta de que Eleonor había visto a su tía y a su prima—. ¿Has ido a casa de los Hereford? —le preguntó con un tono bajo de voz. La idea de que ella hubiera estado en casa de aquel primo pervertido lo perturbaba sobremanera, y la idea de que el conde la hubiera visto aún lo sacaba de sus casillas.

—No, nos hemos encontrado en un salón de té.

Keiran no mostró su alivio.

—Entonces no lo entiendo. Si te dijeron dónde estaba yo, ¿cuál es el problema? —balbuceó Eleonor con fingida ingenuidad.

—Te prohíbo que estés ausente tanto tiempo.

—¿Por qué? —preguntó ella inclinando la cabeza y acariciando el rostro del hombre.

Los ojos azules de Keiran se volvieron amenazadores, pues se había dado cuenta de que ella quería engañarle con sus maneras persuasivas y sus frases socarronas. Cogió la mano de Eleonor y la apartó.

—Chiquilla, tus zalamerías no funcionan conmigo.

Eleonor adoptó su aire más ofendido y se estremeció, con las manos en las caderas.

—Eres injusto y siempre me tratas mal. Acabo de ir a ver al doctor Phillips, que además viene a cenar esta noche, y ni siquiera puedes explicarme por qué me regañas.

—Te estoy regañando porque no puedes pasar tantas horas fuera de casa.

—¿Por qué?

—Porque lo digo yo —dijo Keiran entre dientes.

—Esa no es una buena razón. De todos modos, estaba en el trato que yo sería obediente y lo seré. Pero también estaba en el trato que no dejarías que me pasara nada malo.

—¿Qué ha pasado? ¿Alguien te ha molestado? —preguntó, frunciendo el ceño.

La verdad es que sí.

—¿Quién?

—¡Tú! —contestó Eleonor, disfrutando del momento.

Ella le apuntaba con el dedo al pecho y él, con la boca apenas abierta por el asombro, la miraba incrédulo.

—¡Tócame y dime si percibes cuánto me duele sentir tu amor por mí y no oírte nunca pronunciarlo! —le desafió ella, con gran valentía y arrojo, mirándole fijamente a los ojos sin cejar en su empeño, con un ceño fruncido que no desmerecía su belleza.

Keiran se dio cuenta de que Eleonor no le tenía miedo.

—Eres el ser más insufrible e intrigante que he conocido jamás —dijo lentamente.

Eleonor suspiró enfáticamente.

—Paciencia. Te perdono, Key, por el dolor que me causas. —Se inclinó hacia él y lo besó en los labios aún entrecerrados—, y recuerda que el doctor Phillips viene a cenar —le dijo un momento antes de salir del estudio con una compostura y una elegancia encomiables.

Keiran permaneció inmóvil.

¿De verdad se había marchado? ¿Le había hecho parecer culpable?

Lo absurdo era que realmente se sentía culpable. La amaba, lo sabía, y no se lo había dicho aún.

Además, quería tener un hijo con ella.

Absurdo a todas luces.

* * *

A Keiran le había gustado inmediatamente el doctor Phillips cuando lo conoció años atrás; y ahora, al estrechar su mano, solo percibió sensaciones positivas.

Los ojos cerúleos del doctor eran muy reconfortantes; loa modales discretos y l tranquilidad eran sus rasgos distintivos.

Lady Bridget Northcliff quedó fascinada por aquel hombre y mantuvo con él una larga conversación antes de la cena.

—Había oído hablar de su belleza, lady Bridget Northcliff, pero que además erais tan simpática nadie me lo había dicho —dijo el médico bromeando.

Y Roy intervino:

—¡Claro que no! La gente teme el juicio de mi madre, así que, para mantener su imagen de mujer severa y altiva, no puede mostrarse simpática.

—¡Roy! Me haces quedar como una vieja noble, amargada y temible —dijo Bridget.

—No, mamá, ¡ese es Kein!

—Lord MacKendrick —intervino Eleonor—, el duque debe adoptar un comportamiento severo debido al papel que desempeña. Sin embargo, puedo afirmar que es el hombre más afectuoso, atento, amable y cariñoso que he conocido nunca.

Keiran entornó los ojos, estudiando a su esposa, indeciso entre sentirse complacido por semejante halago u ofendido por su sabor excesivamente melindroso.

Fue sorprendente la habilidad del doctor para involucrar intencionadamente a los presentes, con argumentos que le llevaron a hablar de niños y jóvenes a los que no les gustaba estudiar.

Bridget encontró natural hablar, aunque en tono suave, del hecho de que al duque no le gustaba pasar horas estudiando.

Keiran bromeaba sobre su incomodidad cada vez que tenía que leer y sobre el hecho de que le encantaban las letras grandes y en mayúscula.

El médico habló de manera espontánea de jóvenes que había conocido en el pasado y que se parecían mucho a él. Por desgracia, se les acusaba de apatía y pereza, e incluso de estulticia. Sin embargo, algunos de ellos tenían peculiaridades inusuales y habilidades especiales, como inventar mecanismos o destacar en el comercio.

Estas historias llevaron a Keiran a razonar que, si otros eran como él, tal vez no era tan inepto como su padre siempre le había hecho creer.

Después de cenar, invitó al médico a su estudio, donde permanecieron casi dos horas.

Eleonor no sabía si alegrarse por su éxito o preocuparse por la duración de su encuentro. Se sentó en el sofá, junto a lady Bridget Northcliff, que tomaba nota de los invitados a la fiesta en honor de la joven duquesa.

—La casa es demasiado pequeña, deberíamos hablarlo con Kein —aconsejó Bridget.

—Si por mí fuera, no haría nada. ¡Odio exhibirme! Siempre estoy en el centro de atención: por mi cabello demasiado llamativo...

—¡Es precioso!

—...por mi figura demasiado atractiva...

—¿Demasiado? ¡Nunca es demasiado!

—...por mis ideas demasiado originales...

—Pero acertadas. —Bridget se rio de verdad, divertida, y notó que Eleonor se asomaba a la puerta—. Has hecho bien en invitarlo. Sé lo que intentas hacer. Y creo que lo has logrado. Llevan ahí dentro casi dos horas.

Eleonor miró fijamente a Lady Bridget.

—¡Espero que Key no se haya dado cuenta, de lo contrario esta noche tendré que soportar su enésima reprimenda!

En ese momento dieron las diez.

* * *

Hugh fue al encuentro de Maggie en cuanto la vio caminando por el jardín de los Hereford. Cogió su bolso y le ofreció el brazo. Subieron a la calesa de dos plazas que había aparcado al otro lado de la calle.

—¿Es tuya? —le preguntó Maggie, impresionada.

—Sí. ¿Cómo estás?

—Bien. Traigo algunas cosas mías —advirtió Maggie, señalando la bolsa que había colocado en el fondo.

Hugh asintió mientras le tendía una manta sobre las piernas.

En pocos minutos llegaron a casa.

Aparcó la calesa en un depósito, cuyo propietario cuidaba del caballo y mantenía el vehículo en buen estado a cambio de una razonable propina mensual. El depósito estaba en el mismo edificio que la casa, así que solo tuvieron que caminar un corto trayecto. En el vestíbulo interior se encontraron con el anciano que vivía en el primer piso y al que Maggie reconoció de inmediato.

—Buenas noches, profesor —le saludó Hugh.

—A vos también, señorita. —El hombre hizo una pequeña reverencia, tocándose el cabello oscuro, y se dirigió hacia el exterior del edificio.

—¿Es profesor? ¿De qué?

—Enseñaba literatura. Ahora se limita a leer durante el día, frecuentar círculos literarios por la tarde y escribir por la noche.

Subieron al primer piso y continuaron.

—¿Es francés?

—Sí.

—¡Hum!, lady Eleonor, quiero decir lady Northcliff, dice que desconfiemos siempre de los franceses. ¡Odia a Napoleón!

Hugh sonrió; no esperaba menos de la esposa del duque.

—Más que justo, pero el profesor es una buena persona.

—¿Cómo lo sabes?

Él sacó la llave del bolsillo, abrió y la dejó pasar, cerrándola inmediatamente después.

—Lo sé y punto.

Maggie lo observó moverse por la casa y lo siguió mientras encendía las velas.

—Aun no entiendo muy bien qué haces para el duque.

Hugh la miró.

—No hace falta que lo entiendas. Soy honrado y gano un buen dinero.

Maggie suspiró y se dispuso a inspeccionar la cocina. El olor a estofado la hizo salivar. Levantó la tapa y miró el contenido de la olla. Era más fuerte que ella, así que probó con la cuchara y disfrutó del sabroso trozo de carne.

Hugh estudiaba todos sus movimientos. Se acercó a ella y le quitó la capa.

—Siéntate. Te serviré un poco en el plato.

—No, ya he cenado. Estoy engordando.

—Come.

Maggie solo tuvo que sentarse y obedecer.

—¿Lo ha hecho Rose?

—Sí.

—Está delicioso —admitió Maggie—. Cocina muy bien. Tendré que pedirle disculpas por lo de ayer.

—Creo que sí.

Maggie se mordió el labio, se armó de valor y preguntó:

—¿Estáis tú y ella...?

—No, Maggie. Rose es una buena chica, está casada y tiene un hijo. Nunca me involucro con mujeres casadas.

—¿Con otras, sí? —preguntó ella, temiendo la respuesta.

—¿Me estás preguntando si he tenido otras mujeres desde que volví?

Maggie no respondió.

—No he estado con nadie desde que nos separamos en Escocia —afirmó Hugh, sintiendo ternura por ella.

Maggie sonrió y reanudó la comida.

—¿Cómo es estar en el mar?

—Maravilloso.

—¿De verdad? Lady Nancy dice que a lady Ellie también le encanta estar en el barco.

—¿Lady Ellie?

—¿Lady Ellie? Siempre la he llamado así desde que la conozco y no se enfada si olvido el título.

Hugh se sirvió un licor.

—Es cierto, a Lady Northcliff le gusta el mar tanto como al duque. De una manera casi indecorosa para una duquesa. Pero es original y todo en ella parece correcto, aunque no lo sea para la sociedad.

—Háblame de la vida en el barco, Hugh.

Charlaron largo rato sobre su viaje en barco y luego sobre el viaje en carruaje que Maggie hizo a su regreso de Escocia.

Se rieron de que lady Georgia hubiera regresado con la vizcondesa de Queensbury y de que ella también hubiera intentado seducirlo en el castillo.

Charlaron sobre el inminente futuro de lord St. James y lady Nancy, y sobre los preparativos de su matrimonio.

—¿Por qué estás durmiendo con tu ama? ¿Qué te ha hecho Hereford?

Maggie frunció el ceño.

—No quiero hablar de eso.

—Dímelo.

—En serio, Hugh. No me apetece.

—Cuéntamelo.

Maggie se resignó, temiendo su reacción.

—Cuando regresamos, me miraba de esa manera... Fingí no darme cuenta, pero me siguió hasta la cocina. El mayordomo y otras criadas estaban allí, así que me alejé. Le pedí a lady Nancy que me dejara quedarme en su alcoba y ella accedió.

—¿Te tocó?

—¡No, lo juro!

—¿Y te buscó de nuevo?

—Solo la primera noche. El mayordomo me lo contó porque la había espiado sin que se diera cuenta; de hecho, estaba achispado. Yo no estaba en mi habitación, sino en la de lady Nancy. ¿Me crees, Hugh?

—Sí.

—Te he echado mucho de menos —dijo Maggie, bostezando.

—Vamos —ordenó él, tomándola de la mano.

La habitación de Hugh estaba bien caldeada por el pequeño brasero de la estufa y, cuando Maggie se desnudó, encontró aquel calor agradable.

Hugh notó que sus pechos eran más grandes de lo habitual, pero no dijo nada. Una vez que él se desnudó, se metió en la cama y la abrazó.

—Dime la verdad, Maggie: ¿te apetecía estar con otros?

—¡No!

—La verdad.

—¡Lo juro, Hugh! Pensaba en ti, ¡solo en ti! Era extraño, porque antes solía buscar compañía con frecuencia. Esta vez no: los demás no me interesan. ¿Me crees?

Hugh la besó lentamente, sintiendo una ternura que nunca había imaginado. Le tocó suavemente los pechos, por miedo a hacerle daño. Estaba seguro de que estaba embarazada.

Maggie se sorprendió por su delicadeza, pero le encantó, sobre todo ahora que no se encontraba bien. Gimió cuando Hugh la tocó entre las piernas y se arqueó cuando él la penetró lentamente.

—Si algo va mal, dímelo, Maggie.

—Va todo muy bien, sigue, por favor...

Hugh empezó a empujar con más decisión, pero con cuidado. No aguantó mucho tiempo, pero a Maggie no le importó en absoluto. Siguió su orgasmo con avidez y emitió gemidos de placer.

Hugh continuó moviéndose y finalmente ella también llegó al orgasmo.

Se acurrucaron largo rato bajo las sábanas.

Pero el sentimiento de culpa por su secreto no le permitía dormirse y varias veces intentó hablar.

—Trae todas tus cosas aquí, Maggie. Pídele permiso a lady Nancy —le ordenó Hugh, tratando de tranquilizarla.

Maggie se sintió animada por esta propuesta, que tenía cierto aire de seriedad.

—¿Hugh?

—¿Sí?

—Tengo que contarte... algo.

—Te escucho, Meg.

—Pero si cambias de opinión sobre tenerme aquí, que sepas que lo entenderé.

—Habla.

—Bueno, estoy... estoy embarazada. —Maggie contuvo la respiración, segura de que la acusaría de llevar un hijo que no era suyo.

—Me lo imaginaba, y me preguntaba cuándo me lo ibas a decir.

Maggie abrió la boca.

—¿Qué?

—He dicho que me lo imaginaba y que...

—Te he oído. ¿No estás enfadado?

—No.

—¡Es tuyo, Hugh! ¡Lo juro! ¡Lo juro! ¿Me crees?

—Ya sé que es mío.

—¿Cómo lo sabes? —El corazón de Maggie latía desbocado por la emoción, como si él pudiera cambiar de opinión en cualquier momento.

—Lo sospechaba desde antes de subir al barco.

—¡Pero si ni siquiera yo lo sabía!

—Yo sí.

—¿Cómo?

—Te he estado observando. Ya tenías los pechos más grandes antes de despedirnos. Y comías

mucho.

Maggie se quedó callada, muy asombrada.

—Te habías dado cuenta.

Hugh bostezó.

—¿Dormimos, Meg?

—No me has dicho nada.

—¿Qué tenía que decirte? Eras tú quien tenía que averiguarlo y luego decírmelo. Ahora ya lo has hecho y está bien.

—Bueno, ahora que te lo he dicho, me siento mejor, Hugh. Tenía tanto miedo de que pensaras...

—Es mío. Ahora cállate y duérmete. —La besó en los labios y la abrazó.

Maggie experimentó una felicidad que nunca había sentido y se quedó dormida.

* * *

Keiran sirvió *scotch* en los dos vasos de cristal y le entregó uno al médico.

—Mi mujer habría sido una médica excelente —dijo con la espontaneidad que rara vez mostraba—. Gracias a vos.

El viejo médico sonrió.

—Es verdad. Nunca he conocido a una mujer como ella.

—Ni yo tampoco —añadió el duque, mirando al anciano médico con la postura un poco rígida, como si quisiera disminuir la ternura que sentía por Eleonor. Finalmente se sentó y dijo:

—Cree que no lo he entendido. Sé por qué os ha invitado, doctor. Lo he sentido.

—¿Sentido o percibido, excelencia?

—Percibido.

—Me habló de vuestro don.

—No es un don para aquellos que lo tienen.

—¿Tan pesada es vuestra carga?

—La mayor parte de las veces.

El médico esperó, seguro de que reanudaría la conversación.

Keiran se puso cómodo, bebió un sorbo de su vaso y, luego, miró fijamente el líquido dorado antes de decir:

—Es muy agotador asumir los sentimientos de los demás. Mental y físicamente. Lo más agotador es asistir a fiestas, cenas o cualquier otra situación en la que haya mucha gente a mi alrededor. Aunque mantenga la actitud desapegada que todos esperan de mí, no puedo ignorar la multitud de vibraciones de todo tipo que me llegan con inexorable precisión.

El doctor Phillips había escuchado con mucha atención y comprendido lo que el duque quería decir.

—¿Creéis que esta prerrogativa tiene algo que ver con la dificultad para leer y escribir, que mencionasteis en la cena?

—No, no creo.

—A veces, la naturaleza nos quita algo, pero nos da otra cosa mucho más preciada, lord Northcliff.

—Sí, aunque me gusta creer que son los designios de Dios y no de la naturaleza los que me han traído estas manos —dijo Keiran, levantando la mano libre. Sonreía, y se sentía muy relajado. Casi nunca hablaba de su inexplicable poder y, cuando lo hacía, solía estar malhumorado. De repente, se dio cuenta de que aquel hombre, en el que estaba depositando su confianza, iba a encontrar algunas de las respuestas que esperaba desde niño—. ¿Por qué escribo

las letras especularmente? ¿Por qué se superponen cuando intento leer?

El médico no se mostró sorprendido al oír estas preguntas a bocajarro, pero en realidad sí lo estaba. Miró fijamente al duque durante un momento, luego miró las llamas de la chimenea.

—He oído decir que sois increíblemente inteligente.

—Dicen.

—Conozco todos los mecanismos que habéis ideado y construido —admitió el hombre. Al ver la expresión de asombro del duque, el médico añadió:

—Vuestra esposa me lo ha detallado todo. Y es bien sabido que más de la mitad de vuestra fortuna no procede de vuestro padre, ¿no es así?

—Así es.

—Sí, para haberlo hecho todo, o casi todo, por vos mismo, yo diría que sois extraordinariamente inteligente, creativo e ingenioso.

—¿Qué tiene esto que ver con mi falta de aptitud académica?

—Disculpadme, lord Northcliff, pero yo no usaría esa expresión. Más bien diría que os disgustan los estudios porque tenéis dificultades con las letras y su escritura o lectura.

Keiran se lo pensó un momento.

—Sí, es posible.

—He conocido a varios niños en el transcurso de mi carrera de médico que guardaban similitudes con lo que habéis dicho de vos mismo. Estoy convencido de que, como ellos, veis la realidad de otra manera. Y la notable inteligencia que os caracteriza a vos y a todos esos niños que he conocido, ahora y adultos, me indica que no es una cuestión de falta de interés o de incapacidad.

—Incapaz e inepto, doctor. Esto me lo han repetido durante años —le explicó Keiran mortificado. Bebió todo el licor y dejó el vaso—. A veces mi cerebro parece explotar de las increíbles ideas que me surgen —dijo riendo.

—Como decía: una mente tan activa, un hombre tan inteligente, ¿cómo no iba a aprender fácilmente a leer y escribir? Aunque no quisiera, aprendería igual. Mi respuesta es que ve las letras de forma diferente a los demás.

—Y los números.

—Obviamente. Siguen siendo caracteres escritos. Pero comprendéis el significado de los números.

—¿Decís que no soy tan extraño, entonces?

—En realidad, diría que bastante especial.

—Mi madre también dice eso. Pero las madres, ya sabéis, dicen cualquier cosa para complacer a sus hijos en momentos de desesperación.

El doctor Phillips sonrió.

—¿No os enfadaréis con lady Northcliff por hacernos hablar?

—No.

—¿Le diréis que habéis comprendido su maniobra?

—No.

—Esta vez también ha sido muy competente. Reconoció en vos el parecido con un niño al que conoció hace años. Sí, habría sido una excelente médica. No sé de qué especialidad, ya que sus conocimientos varían exponencialmente. Conoce la anatomía y la medicina general, practica la cirugía, pero a menudo aplica tratamientos por los que, en otros tiempos, habría sido acusada de brujería, y entiende la mente humana gracias a los muchos libros de psicología que lee.

—No hay que olvidar que habla con brillantez y con un lenguaje increíblemente correcto,

gracias al cual puede manejar a cualquiera gracias a sus dotes de persuasión.

—Su padre solía decir que era demasiado convincente para su edad.

Keiran sonrió al recordar a Nick.

—Yo le digo que es peligrosa. Incluso para mí.

—Pero es más frágil de lo que podáis imaginar, recordadlo.

—¿Cómo puedo olvidarlo? —preguntó Keiran, mostrando las manos con las que sentía cada sensación.

—Cierto.

—Tiene miedo de estar sola, doctor, y puedo percibirlo. He tenido que prometerle varias veces que no dejaré que le pase nada malo.

—Ella os necesita —afirmó el médico, estudiando los ojos azules del duque—, y aunque yo no tengo vuestro don, puedo afirmar con absoluta certeza que vos la necesitáis a ella.

* * *

—Adoro al doctor Phillips —dijo Eleonor, mientras veía cómo el carruaje del médico se alejaba y desaparecía en la oscuridad.

—¿Qué ha puesto Ben en su carruaje? —preguntó Keiran mientras se dirigían a la puerta.

—Una de las plantas de Homa y Asabi. Se la he regalado. Había oído hablar de ella, pero nunca la había utilizado. Ha dicho que la probaría.

—Ramsay, ¿dónde está mi hermano?

—Se retiró temprano, excelencia.

—Lio, acuéstate. Tengo trabajo que hacer en mi estudio.

—¿Puedo ir contigo?

—No sé a qué hora terminaré, así que será mejor que subas.

Eleonor se acercó a él y le susurró:

—Necesito el dinero de tío Ernest.

Keiran la miró asombrado y frunció el ceño. La cogió de la mano y la arrastró hasta el estudio. Cerró la puerta y se plantó frente a ella. Tenía un aspecto amenazador.

—¿Te has encontrado con tu primo? ¿Te ha pedido dinero?

Eleonor abrió la boca sorprendida.

—No.

—No me mientas, Eleonor —dijo en tono severo.

—¡No te estoy mintiendo! Me gustaría utilizar el dinero para comprarle una casa a tía Martha —le explicó, confundida por la posibilidad de que él la hubiera entendido mal.

Keiran se reprendió de inmediato por haber pensado mal. Se sintió reconfortado al ver los ojos desconcertados de su joven esposa, que intentaba ayudar a su familia, y le agradeció el interés que había mostrado por sus dificultades para leer y escribir. Le cogió la cara con ambas manos y se la acercó a su pecho. La abrazó así durante unos segundos.

—¿Estás buscando la verdad?

—No.

Eleonor se dio cuenta de que intentaba enmendar sus injustos pensamientos.

—Estate tranquilo, Key, sé que te preocupas por mí.

Keiran se separó de ella para mirarla.

—¿Lo sabes?

—Lo sé, puedo sentirlo —afirmó ella riendo, al decir una frase que él repetía a menudo.

—¿Desde cuándo puedes sentir también los pensamientos de los demás?

—No de los demás. Solo los tuyos.

Keiran no encontraba palabra para expresar lo que sentía, y permaneció acariciándole la cara.

—Eres peligrosa.

—Dicen que las mujeres peligrosas son...

—Sí, sí, lo sé. Fascinantes e intrigantes.

—¿Me besas?

—¿Lady Hereford quiere comprar la casa?

—Es idea mía, no de ella.

—¿Hereford la trata mal? —preguntó Keiran, apartándose de nuevo de ella y sentándola en el sofá junto a él.

—Ella dice que no. Nan dice que las odia.

—Lo entiendo. Yo me ocuparé de ello, Lio. Tú solo tendrás que llevar a lady Hereford a ver las casas que te indicaré.

—Gracias, Key. Eres el hombre más considerado que he conocido. Y te quiero mucho. —Eleonor se acurrucó contra él—. Key...

—¿Sí?

—Ahora que estamos en Londres, ¿piensas volver a ver a lady Grafton?

Keiran temió sentirse mal por la descarga eléctrica que le recorrió el cuerpo.

—¡Te juro que eres realmente imposible! ¡No te atrevas a hacer esas preguntas, Eleonor!

Ella seguía abrazándolo con fuerza y no le permitía moverse.

—Lo sé, no debería preguntártelo, también porque el acuerdo era que ignoraría tus pasatiempos. Pero es más fuerte que yo, te lo juro. ¿Vas a besarme ya?

—Tengo que trabajar. Y no te mereces mi atención después de lo que me has preguntado.

—No me voy, y sola menos. No me gusta nuestra cámara. Me pone melancólica.

—¿Por qué?

—Es pequeña, me falta el aire. Y no tiene cuarto de baño como en el castillo.

—¿Quieres una casa nueva?

—No, solo quiero estar en Shell Bay Manor.

—A veces tenemos que estar en Londres, Lio. Si te incomoda tanto, te construiré una casa aquí, a tu gusto.

—¿De verdad harías eso? —preguntó incrédula Eleonor mirándolo.

—Sí. ¿La quieres?

—No quiero que gastes tanto dinero solo por un capricho mío. Me adaptaré, por ahora —respondió ella con tranquila resignación, recostando de nuevo la cabeza sobre la de él.

Keiran la apretó con fuerza y la besó en la cabeza con los ojos cerrados, sintiendo una sensación que definitivamente era amor. Se dio cuenta de que nadie lo amaría como Eleonor era capaz de hacerlo, incondicionalmente. Deseó tenerla solo para él y de manera exclusiva, y solo se le ocurrió poseerla físicamente.

—De acuerdo. Vamos arriba.

—¡Por fin!

Keiran sonrió, cogió de la mano a Eleonor y juntos subieron a la primera planta. Una vez allí, abrió la puerta de su alcoba y la cerró con el pie. Atrajo a Eleonor hacia sí y la besó lentamente. Sabía a vainilla.

—Has comido las galletas que la cocinera ha preparado para mañana —le susurró, imaginándola en la cocina, tal vez sentada a la mesa, charlando con la cocinera y comiendo sus pasteles recién horneados.

Le quitó el chal y desabrochó todos los botones de la parte trasera del vestido, dejándolo caer

hasta el suelo.

Eleonor no pudo evitar fijarse en el abultamiento de su pantalón por la erección de su miembro. Estiró las manos y liberó su erección, que estalló de forma inevitable y descarada. Estaba impaciente y ni siquiera había pensado que tal vez debería dejarle quitarse la chaqueta y la camisa.

Él la había dejado actuar, divertido por su impaciencia.

—¿Tienes prisa? —preguntó él, sintiendo que unas manos rozaban su pene.

Eleonor se detuvo.

—No... ¡Sí! No sé qué me pasa. —Y ella dio un paso atrás, mortificada.

—Lo sé.

—Entonces, explícamelo. Pero mientras tanto, desvístete.

Keiran se rio y se desnudó por completo.

—Esta noche me deseas mucho, eso es todo. —Se sentó en el suelo y ella se colocó encima de él a horcajadas. La acarició con adoración, mirando su cuerpo armonioso y tentador. Ella siempre olía a flores y a algo que ahora él identificaba como su aroma. Palpó suavemente sus pechos y sintió una sacudida de placer con el mero contacto. Pero notó que se ponía rígida mientras le tiraba del pelo por la nuca.

Se detuvo un momento a estudiar sus ojos y notó algo inusual: aquella noche parecía especialmente sensible. Se quedó desconcertado.

Eleonor movió la mano y le tocó entre las piernas, arriba y abajo, pero de pronto Key le sujetó la muñeca.

—Para.

Intentó bajar hacia él. Lo quería dentro de sí.

—Para, he dicho.

Eleonor tuvo una corazonada.

—El capuchón, ¿verdad?

Key se apartó para mirarla a la cara; ella ni siquiera sospechaba que ya estaba embarazada.

—No, *leannan*. Tengo algo en mente, pero necesito relajarme un momento.

—¿Por qué? Hagámoslo ahora —susurró ella, besándolo en los labios.

A Keiran le hizo gracia su ingenuidad.

—Me arriesgaría a acabar con todo antes de tiempo.

—¡Y tú te resistes!

—No lo entiendes, *mo' leannan*.

—Explícamelo.

—Hay posiciones que resultan particularmente excitantes para un hombre. Pero la mujer necesita más tiempo.

—Yo no. Yo estoy lista.

Keiran se rio entusiasmado. Extendió una mano y le quitó las horquillas del pelo.

—¿Y el capuchón? —preguntó Eleonor, acariciándole los tensos músculos de los brazos.

Él fingió no haberla oído. Su mano bajó del pelo a la nuca, luego al cuello y a los pechos. Pero esta vez tuvo cuidado de no tocarle los pezones, seguro de que la molestaría, y se limitó a acariciarlos con cautela. Le tocó entre las piernas a un ritmo constante, esperando a que sus suspiros se convirtieran en gemidos.

—Ahora estás lista, *leannan*. — Keiran la hizo girar y ponerse a cuatro patas, con los brazos apoyados en el suelo. La penetró por detrás sin avisar, despacio pero con determinación, sujetándola por las caderas.

Eleonor se estremeció por el shock que la envolvió cuando el pene entró hasta el fondo y gimió por la mezcla de placer y sorpresa.

—Espero que lo que siento venir de ti no sea miedo, Lio, sino simple confusión —dijo, luchando por no rendirse.

—No tengo miedo.

Keiran se movió con libertad, dándole otra sacudida que la hizo jadear. Volvió a tocarla entre las piernas para acelerar el ritmo.

Incapaz de controlarse, Eleonor empujó la pelvis hacia atrás para buscarlo y abrió un poco más las piernas, acogiéndolo por completo.

Keiran sintió exactamente cuándo iba a llegar su orgasmo y, en cuanto estuvo seguro, le agarró las caderas con ambas manos para poder empujar con la intensidad adecuada y dárselo todo.

Lo que Eleonor experimentó fue inimaginable. Una explosión abrumadora la obligó a clavar las uñas en la alfombra; el placer era demasiado intenso.

Keiran disfrutó de cada uno de los jadeos que ella emitió y, cuando vio que sus manos se agarrotaban, la empujó una última vez, lo bastante profundo como para inundarla con su semen.

El silencio que siguió fue interrumpido por sus respiraciones agitadas.

Eleonor no se atrevió a moverse ni a hablar. Notó cómo las manos de Key le acariciaban caderas y nalgas, y luego la rodeaban con los brazos para estrecharla. Se abandonó de espaldas sobre su pecho, sintiendo una sensación de sumisión ante el hombre que tan bien sabía manejar sus emociones. Mantuvo los ojos cerrados. Sintió que él le separaba el pelo y le besaba el cuello, casi con veneración.

Keiran la sacó de ella con delicadeza, pero siguió abrazándola, ambos de rodillas.

—¿Quieres ir a lavarte? —le preguntó al oído. Ella asintió y él la vio levantarse, con las piernas temblorosas.

Él se sentó frente al fuego, desnudo, con las piernas abiertas y los brazos hacia atrás para soportar su peso. Oyó cómo arrojaba agua a la bañera y la fricción de los paños.

—Quédate así, *mo' leannan*, sin la bata, y ven a mi lado.

Eleonor tenía frío, pero obedeció y se tumbó en la alfombra.

—¿Hay más cosas extrañas que no me hayas dejado probar?

Keiran se volvió para mirarla y sonrió.

—¿Extrañas? ¿Quieres decir nuevas?

—Sí.

—Muchas, *leannan*, pero las aprenderás a su debido tiempo —precisó él, poniéndose en pie para ir al cuarto de baño.

Cuando Eleonor lo vio de nuevo en la puerta después de lavarse, le dijo:

—Si sigues olvidándote del capuchón, podría quedarme embarazada.

Keiran sintió un estremecimiento: eran las vibraciones de Eleonor, una mezcla de emociones, miedos y ansiedades.

—¿Tienes miedo? —preguntó con bien disimulada indiferencia.

—¡No! —respondió ella indignada—, pero no quiero verme obligada a matar a mi hijo. Prefiero evitar el embarazo antes que recurrir a un asesinato.

Sus palabras eran duras, pero reales.

Keiran se acercó lentamente, con un ceño inescrutable, mientras la observaba.

—¿Me crees capaz de pedirte que abortes?

—Eso es lo que me hiciste creer antes de casarnos, cuando me dejaste claro que no querías

tener hijos —le respondió con seguridad, levantando la vista.

Keiran se sintió molesto, consciente de que había sido él mismo quien había provocado todo aquello.

—Lo dije. Pero ya deberías saber que mi honor y mi respeto por ti me impedirían exigirte algo que te hiciera sufrir.

Eleonor asimiló aquellas palabras y se quedó bastante impresionada.

—¿No quieres que yo sufra?

—Es lo que he dicho, Eleonor.

—¿Y tú, Key? ¿Sufrirías?

Keiran le dio la espalda y se acostó.

—Ven a la cama. —Obviamente, ella obedeció y dejó que la abrazara, como hacía todas las noches.

Capítulo 4

Los días siguientes, Eleonor, Nancy Jane y tía Martha se vieron arrastradas por el frenesí de los preparativos para la boda. Salían casi todas las mañanas, y por orden del duque, las acompañaba una escolta de dos lacayos, además, por supuesto, de Maggie y Hettie.

Maggie parecía cada vez más cansada y débil. Cuando Eleonor le preguntó directamente qué le pasaba, la joven no dudó en confesarle la verdad.

—Pues bien, lady Northcliff, estoy en estado —admitió la doncella con un hilo de voz.

Eleonor abrió mucho la boca, sin saber si debía mostrarse feliz o no. Después de todo, aún ignoraba si Maggie misma estaba contenta y si el padre de la criatura era realmente el hombre del que estaba enamorada, es decir, Foster.

Maggie sonrió:

—Hugh y yo estamos juntos, ahora es algo oficial. Vivo con él, lady Northcliff. Y vuestra prima ha sido tan amable que, en cuanto lo supo ayer, me puso a disposición una doncella. Pero, decidme, ¿se ha visto alguna vez a una doncella que tenga su propia doncella para que la ayude?

Eleonor rio, tomando las manos de la joven.

—¡Estoy tan feliz por ti, Maggie! ¡De verdad, muy feliz! ¡Tendremos que preparar el ajuar para el pequeño y la cuna! ¡Qué maravilla!

Se alegraba de corazón y, aprovechando que Nan estaba probándose el vestido y que tía Martha se encontraba a su lado, ambas al otro extremo del salón, empezó a hablar en voz baja con Maggie y Hettie sobre asuntos femeninos: náuseas, dolores, el pecho hinchado, cunas y todo lo demás.

—¿Cómo lo supiste, Maggie? —preguntó Eleonor con curiosidad.

—Bueno, engordaba porque comía mucho. Aún estábamos en el castillo, antes de la partida. Luego, empezó a molestarme el pecho. ¡Hugh lo había notado!

—¿Bromeas?

—¡No, no, tal y como lo digo, lady Northcliff, de verdad! Dice que comía todo el tiempo y que mi pecho estaba más grande. ¡Así mismo lo dijo! ¡No es de los que le disgustan ciertas formas! —exclamó Maggie, cuyo rostro lucía un poco más lleno, pero seguía siendo encantador.

—¿Es cuidadoso contigo, ahora que estás así?

—¿Lady Northcliff, os referís a... en la intimidad?

—Sí.

—Pues sí, es más cuidadoso, diría que diferente.

—Eres feliz, Maggie, y se nota —dijo Eleonor con afecto por la joven.

—Sí, tenéis razón. Así es —respondió Maggie—. ¡Ahora le toca a Hettie!

—¿Hacer qué? —preguntó la otra, frunciendo el ceño.

—¡Casarse y tener un hijo! —explicó Maggie riendo.

Entre sonrisas y carcajadas, Eleonor se perdió en sus pensamientos. Se retorcía los dedos nerviosamente, preguntándose si aquella sensibilidad en el pecho que sentía desde hacía unos días sería un síntoma de embarazo. Comía con regularidad y no tenía náuseas. Solo una sensación de hambre constante que la obligaba a picar algo todo el tiempo.

El pensamiento de que pudiera estar esperando un hijo de Key ocupaba constantemente su

mente.

—*¿Qué pasa, Ellie?* —le preguntó Nan mientras la modista retocaba el dobladillo del vestido de novia.

—Lady Nancy, ¿estáis adelgazando? Ajustaré un poco más la cintura —dijo la modista, observando con ojo profesional, y a cierta distancia, la figura esbelta de la futura marquesa.

—*Nada, Nan. Pienso en lo que aún nos falta por hacer* —mintió Eleonor con signos, fingiendo indiferencia.

—Lady Northcliff —dijo la modista mientras fijaba algunos alfileres en la túnica blanca de Nancy—, quizá podríais empezar a mirar algunos modelos.

Eleonor tomó uno de los catálogos de diseños que estaban sobre la gran mesa del atelier.

—Come poco —explicó lady Hereford, señalando a su hija—. Nancy Jane, ¿no querrás llegar en los huesos a tu boda?

Nan sonrió a su madre para tranquilizarla; luego miró a Eleonor e hizo los signos con las manos:

—*¡Embustera! Algo te pasa. Estás ausente y pensativa. Dime qué te preocupa*.

Eleonor suspiró.

—*Me temo que estoy encinta, Nan. ¡No pongas esa cara! ¡No quiero que nadie lo sepa! ¡Si es así, Key tendrá que ser el primero en saberlo!*

—*¿Por qué has dicho «me temo»? ¿Tienes miedo?*

—*No es lo que piensas. Key y yo teníamos un acuerdo de no tener hijos*.

—*¿De qué está hablando? ¿Cómo es posible? ¿Por qué esa decisión? ¿Y por qué nunca me lo has contado?* —preguntó Nancy atónita.

—*No lo sé exactamente, ¡no pongas esa cara! Tía Martha te está mirando. Creo que él piensa que no estará a la altura de sus propias expectativas como padre. Es complicado, Nan, de verdad. De todos modos, él no querría. Y yo no quería hablar de algo que no es solo mío*.

—*¿Y tienes miedo de quedarte embarazada porque él podría enfadarse?*

—*Oh, Nan, ¡no lo sé! El hecho es que hace algún tiempo, antes de abandonar Shell Bay Manor, dejó claro que nunca me pediría que abortara. Sin embargo, ¡sigue sin usar esas condenados capuchones!*

—*Es decir, Ellie, ¿le pides tú que los use?*

—*¡Sí! Incluso un momento antes de... ya me entiendes.*

Nancy enarcó las cejas.

—*Entonces, ¡a mí me parece que quiere tener un hijo!*

—*¿Qué dices?*

Nan asintió enérgicamente con una hermosa sonrisa.

—*Si no lo hace ni siquiera cuando se lo recuerdas, entonces no juzgará tan mal el hecho de que te quedes embarazada, ¿no?*

Esa idea atormentó aún más a Eleonor, no sólo en ese momento, sino durante todo el día y los siguientes.

* * *

Unos días más tarde, lady Bridget Northcliff y sus hijos hablaban de herencias mientras tomaban el té en el estudio de Keiran.

Le habían pedido a Eleonor que les hiciera compañía, pero aquellas conversaciones la incomodaban porque la cuestión del «hijo varón» podía surgir en cualquier momento. Se mantuvo en silencio, fingiendo indiferencia.

—Si el primero de tus vástagos fuera varón, sería una buena idea dotar a Roy de un título

nobiliario, ¿no crees, Key? Así la sociedad no tendría que cotillear sobre un malentendido fraternal —propuso lady Bridget Northcliff.

Keiran observó la expresión alarmada de Eleonor, pero fingió no darse cuenta.

—Roy, deberías empezar a pensarlo. Nuestra madre tiene razón. No me gusta que se inventen rumores sobre una posible enemistad entre nosotros debido a herederos masculinos o femeninos. Incluso sin hijos, sería conveniente considerar la posibilidad de una donación considerable a la Corona a cambio de un título.

Eleonor experimentó una oleada de calor, seguida de frío, y finalmente palideció.

«¿Qué demonios...? ¿Por qué me mira así? ¿Habrá entendido algo? Habla de la posibilidad de no tener hijos, ¡así que no quiere un hijo! Me siento desmayar, qué calor, tengo escalofríos».

—Kein, no estoy de acuerdo. No me importan los títulos y creo que tú te preocupas demasiado por las apariencias y das demasiada importancia a los rumores —afirmó Roy.

—Querida, ¿estás bien? ¡Key! ¡Haz algo! —ordenó lady Bridget Northcliff al ver el rostro desencajado de la joven.

Keiran notó de inmediato que la palidez de Eleonor empeoraba; se arrodilló, le puso una mano en el cuello y otra en el corazón. Al instante, sintió los latidos acelerados, los pensamientos que llevaban días atormentándola y el malestar físico.

Sí, estaba embarazada, no le cabía duda.

Sintió una profunda ternura y quiso decirle cuánto la quería y abrazarla. Pero se contuvo.

—¿Te sientes mejor, *mo' leannan*? Te has enfriado —dijo para justificar su indisposición ante los demás.

—Sí, sí, me encuentro mejor.

—¡Más que enfriado! Quizá este asunto del título y los hijos la incomode. Podríamos haberlo hablado a solas —murmuró Roy, mientras le entregaba su taza de té caliente a su cuñada—. Eleonor, bebe —le dijo en voz baja.

Keiran lo miró malhumorado, tanto por el tono en que se había dirigido a él como por llamar a su mujer por su nombre.

—¡Deja de reprenderlo con esos ojos que usas como armas, Key! Le he dicho que me llame por mi nombre cuando estemos solos —le reprochó Eleonor nerviosa.

Keiran se levantó con fingida indiferencia y se sentó junto a ella en el sofá. Estaba nerviosa.

—¿Te molesta este tema?

—No, pero ya que me has metido en ello, entonces me gustaría saber por qué Roy tiene que procurarse un título y por qué tú tienes que planear de forma tan poco delicada sobre tu descendencia —preguntó ella en tono irritado.

—No tengo que dar explicaciones, Lio.

—A mí, sí. Soy tu mujer.

Él guardó silencio.

Lady Bridget trató de rebajar la tensión.

—Me voy. Ya me disculparéis, pero tengo un compromiso esta noche: cenar en casa de los Wiltshire.

—¿Sola? —preguntó Keiran enseguida.

—Roy ha tenido la amabilidad de aceptar acompañarme, aunque dudo mucho que lo haya hecho por mí; más bien sospecho que se regocija ante la idea de ver a lady Alice.

—¡Mamá, basta! —replicó él con un tono excesivamente reprobatorio.

—Roy, contrólate —le reprendió Keiran.

—Eres un déspota —le acusó Eleonor, volviéndose hacia su marido.

—Eleonor —la amonestó él.

—Déjala en paz, Kein —dijo lady Bridget Northcliff.

—Mamá.

—¡No reprendas también a tu madre! Esperas arrogantemente que todos hagan lo que tú dices y como tú lo dices, que tomen las decisiones que tú tomarías... ¡Oh, demonios! —Eleonor había gesticulado demasiado y el té se derramó sobre su vestido. Estaba demasiado nerviosa, alterada y acalorada para quedarse allí de pie. Se levantó y dijo—: Disculpadme, con vuestro permiso. —Se marchó deprisa, con demasiada rapidez.

—¿Está huyendo? —preguntó Roy.

—Eso parece —confirmó su madre.

—Es culpa tuya, Kein —le acusó Roy.

—Algo va mal, Kein. Y tenías el deber de darte cuenta —añadió su madre—. Iré a prepararme —respondió—. Haz algo por ella, Kein. Ahora mismo.

Roy, antes de seguir a su madre, le susurró:

—Yo que tú, iría tras ella. Pero es obvio que tú no eres yo y que seguirás fingiendo que no entiendes que está mal.

* * *

Keiran entró impetuosamente en la alcoba y Eleonor se sobresaltó.

Ella sostenía un paño húmedo con el que se refrescaba la cara y tenía los ojos enrojecidos por el llanto.

Keiran se acercó a ella con aire inescrutable y, tras mirarla de arriba abajo, declaró:

—Estás mal.

Eleonor apartó la mirada y, sentándose en el tocador, se secó la cara y el cuello acalorados.

—Sí, pero ya se me está pasando.

—Dime qué sientes.

—Nada, la verdad. Me ha molestado la cuestión de la herencia y el título de Roy. No me gustan ciertos temas y...

—Eleonor. Basta ya. Dime qué te pasa.

—¡Eres un bravucón! —exclamó ella, golpeando el paño contra el tablero de la mesilla de noche—. Solo me he alterado por...

—Si no me lo dices —le advirtió Keiran en tono bajo y amenazador—, pondré la mano en tu cuello y lo averiguaré por mí mismo.

—No lo harás. Tendrás que usar la fuerza porque no pienso permitirlo.

—¿Crees que me supone algún problema?

—Sí, nunca me harías daño...

Extendió la mano libre hacia su cuello y la obligó a levantarse.

Eleonor se aferró a aquella mano.

—¡Vale! Tú ganas.

Keiran bajó la mano.

—¿Qué te atormenta?

Eleonor inclinó la cabeza, temiendo por primera vez en su vida los ojos azules que tanto amaba y que le parecieron extrañamente inquietantes.

—Realmente no lo sé, quiero decir que no estoy segura. Tal vez esté embarazada.

—Sin «tal vez». Estás embarazada —sentenció Keiran.

Eleonor no tuvo el valor de mirarlo, asombrada por sus palabras.

Keiran le levantó la barbilla con los dedos.

—Me tienes miedo. Nunca había ocurrido algo así. —Su tono era una mezcla de tristeza y resignación. Lamentaba haber despertado miedo en ella, no quería—. Sí, estás embarazada, *leannan*, estoy seguro.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo siento. Lo sentí hace días.

Los ojos de Eleonor se llenaron de lágrimas, que rodaron al instante. Apretó los dientes para contener los sollozos.

Sin embargo, su mente razonaba con extrema lucidez: «Key lo sabía, se dio cuenta de que estaba embarazada. Por eso acaba de referirse a la posibilidad de que no tuviéramos hijos: ¡no quiere tener hijos! ¿Qué voy a hacer ahora?».

—Es como si hablaras en voz alta, *leannan*, puedo sentirlo —dijo Keiran contrariado.

Ante aquellas palabras, los sollozos desgarraron el pecho de Eleonor, que empezó a balbucear frases confusas y agitadas.

—Lo sabías y no decías nada, mientras yo me consumía por miedo a hacerte daño... «¡Quién sabe!», pensaba, «un hijo, lo odiará y luego me odiará a mí». ¡No podía soportar que me abandonaras! ¡Me resulta imposible vivir sin ti! ¡Pero tú lo sabías! Y yo, estúpida de mí, esperaba que lo quisieras de verdad y que hubieras cambiado de opinión. Pero no importa, de todos modos está bien, cumpliré mi palabra de antes de casarnos.

Keiran se quedó estupefacto ante aquel torrente de palabras. Al cabo de unos instantes, se acercó a la ventana.

Se quedó mirando el jardín de abajo. Con un gesto de fastidio ante aquel amor que sentía de forma inapropiada y poderosa, se desató la corbata con manos nerviosas y la arrojó sobre una silla.

—Deja de llorar. No soporto oír tu sufrimiento.

Eleonor se había tapado la boca con las manos y trataba de sofocar el llanto que de nuevo la invadía.

—¡No me odies por estar embarazada! Por favor, no me odies por eso... No podría soportarlo.

Keiran se volvió bruscamente.

—¿Cómo se te ocurre semejante cosa? En todo caso, me odiaría a mí mismo por no haberlo impedido.

Le costó exteriorizar lo que sentía y se limitó a replicar:

—Me importas mucho y jamás sería capaz de odiarte.

—Entonces, no odies a este niño... —tartamudeó en voz baja.

—Basta, Lio. Tranquila, está bien. La cogió en brazos y la acunó despacio. Estaba muy preocupado por ella y por la agitación que la invadía. La levantó y la tumbó en la cama, con la intención de calmarla.

—No te vayas, te lo suplico —le imploró Eleonor tirando de él por los brazos.

—Estoy aquí, estoy contigo —Keiran, sentado al borde de la cama, se inclinó hacia delante y la abrazó durante largo rato, hasta que consiguió infundirle calma y paz—. Lio, gracias —dijo de pronto, mirándola fijamente a los ojos.

—¿Por qué?

—Por el bebé, *mo' leannan*, por nuestro bebé.

* * *

Londres, Residencia del marqués de St. James, Mayfair.

2 de febrero de 1812

A pesar del frío, los invitados recién llegados paseaban por el jardín de la residencia del marqués de St. James y comentaban positivamente la ceremonia y los arreglos florales de la iglesia, intercambiando noticias e información sobre quién había dicho o hecho qué.

Cuando los novios llegaron en carruaje, los presentes se acercaron en pequeños grupos para felicitarles.

La joven marquesa de St. James estaba radiante y la dulzura de su mirada hacia su nuevo esposo hacía que resultara tan guapa como simpática a los ojos de todos.

—Quién sabe si seguirá riendo cuando descubra que su magnífico semental tiene asuntos con casi todas las mujeres jóvenes, casadas y viudas de Londres —comentó con malicia Lady Georgia—. Ese vestido blanco le queda fatal: tiene la piel demasiado pálida para...

—Le queda de maravilla —la interrumpió su padre—. El blanco le sienta bien, Georgia, a diferencia de lo que ocurrirá contigo cuando te cases tú... Si es que te casas. —Su crueldad hacia su hija reflejaba el nerviosismo que lo atormentaba desde hacía días.

—Querido, no eres nada delicado —le amonestó lady Bath, acariciando su fuerte brazo—. Has dicho la verdad, pero no es momento de que tu mal humor se desboque contra Georgia. Estoy segura de que con tu sagacidad sabrás encontrar la solución adecuada al problema que nos aflige.

—¡Lo que me aflige, precisamente, es tu hija! —replicó contrariado, alejándose de la multitud.

—Nuestra hija —le corrigió su mujer.

—¡Enséñale cómo llegar hasta lord MacKendrick, mientras yo quito de en medio a los Northcliff! ¿Está claro? —Bath se inclinó sobre su esposa para murmurarle todo aquello sin que lo oyera nadie más.

Lady Bath lo estudió un momento e inesperadamente dijo:

—¿Por qué quieres eliminarlos a los dos?

—¿Pero eres estúpida o...?

—Tú eres el estúpido —respondió la condesa con increíble determinación.

—Olivia, no te atrevas a...

—Solo ella. Quizá ya esté embarazada. Necesitamos a ese gran duque, sobre todo viudo.

Lord Bath miró fijamente a su mujer.

—Sí, es cierto. Eres muy astuta, mi dulce y servicial muñequita —lo admitió, mirándola con admiración—. Tu astucia me ha excitado.

—No me mires así, no es momento para eso.

—Sí que lo es. En medio de todos estos arbustos.

—Ni hablar.

Pero el conde ya estaba acompañando a su mujer hacia la parte trasera de la casa, sabiendo que su reticencia formaba parte del guion.

—Te tendré aunque no quieras. De hecho, resístete y será aún más excitante. —Los dos desaparecieron durante un cuarto de hora, el tiempo que tardaron los recién casados en saludar a todos.

A su lado, el duque y la duquesa de Northcliff cumplían su papel. Ellos eran las personas más importantes, por lo que, más allá de la relación de parentesco y amistad, flanquear a los celebrantes era una obligación.

—Lo que daría yo por estar en el lugar de la duquesa —admitió con espontánea admiración lady Mathilda Stone, hija del vizconde Gascoyne—. Es tan hermosa y elegante, y tiene unos modales impecables —añadió estudiando el rostro perfecto de lady Northcliff, su porte y su vestido sencillo en sus líneas y delicado en su tono gris claro.

—Yo más bien diría que desearía estar en su lugar para tener un marido como el duque —

soltó con picardía lady Arabella Chapman, hija del conde de Lennox, observando el perfil varonil de lord Northcliff.

—¡No seas vulgar, Bella! —la reprendió de inmediato su hermano Gabriel, vizconde de Hamilton.

—No finjas que no has tenido pensamientos similares sobre lady Northcliff, Gabriel —replicó Arabella, molesta—. Estoy segura de que las miradas que le diriges esconden algo más que admiración.

La muchacha sonrió con petulancia al darse cuenta de que le había tocado la fibra más sensible. Sabía que él había adorado a lady Northcliff mucho antes de que se casara con el duque y recordaba bien que ambos habían flirteado, llegando incluso a besarse. Y estaba segura de que su hermano seguía sintiendo algo por ella, y lamentaba no haber podido tenerla.

—Quizá si te esforzaras lo suficiente, podrías despertar su interés —dijo Arabella, soltando la frase de forma distendida..

—Tal argumento no es propio de una joven decente, Bella. Así que ¡cállate! —le contestó él, mirándola de reojo. Y sin embargo, su hermana tenía razón: mejor tenerla como amante que no tener nada en absoluto. Ese cuerpo maravilloso, esas líneas perfectas y tentadoras... Sí, tenía que intentarlo.

Eleonor, que no se encontraba muy bien, empezó a sentirse incómoda con toda aquel gentío. Todos la miraban como si quisieran evaluarla con precisión. Probablemente algunos esperaban verla cometer un error para presumir de haber sido testigos directos de su negligencia.

Además, la presencia de su primo Andrew la ponía nerviosa. De vez en cuando, descubría que la miraba con deseo. Estaba tan concentrado en observarla que no se daba cuenta de que el duque le estaba observando a él.

Key fulminaba con la mirada a Andrew cada vez que la miraba y estaba segura de que, si pudiera, le propinaría una paliza.

Eleonor también se fijó en los ojos de admiración del vizconde Hamilton y esperaba que Key no se diera cuenta. Este, por su parte, fingía una altiva indiferencia.

Constató que había muchos invitados, la mayoría conocidos comunes a los contrayentes. Su presencia era obligatoria por la etiqueta más que por el verdadero placer de compartir aquel momento.

Entre las personas de las que Eleonor habría prescindido se encontraba lady Portland. Se dio cuenta enseguida de que la madre de lord Portland resultaba desagradable a Keiran y a la duquesa madre, por razones que ahora todos conocían, y antipática a otros por su llamativa presunción. La mujer se esforzaba por acercarse a ella, pero como nunca habían sido presentadas oficialmente, no podía abalanzarse sobre ella.

Otra presencia inoportuna, pero obligada por el vínculo de amistad entre el marqués de St. James y su difunto marido, era lady Wilmot. La mujer revoloteaba constantemente alrededor de Key, sin acercarse demasiado, tan molesta como un insecto, tan provocadora como una cortesana.

Eleonor no la temía, pero le habría encantado poder incinerarla con la mirada.

El almuerzo transcurrió sin contratiempos, o al menos eso le pareció a Eleonor. Pero, al fin y al cabo, estaba sentada a la derecha del anfitrión, el marqués de St. James, que era el que tenía el título más alto de los presentes. Conversaba agradablemente con él y a menudo se reían mientras intercambiaban anécdotas y bromas.

Lady Wiltshire estaba frente a ella y su presencia le recordaba agradables cenas en el castillo.

Aquel almuerzo no fue tan tranquilo para Keiran.

Eleonor, Daniel, Roy y lady Bridget Northcliff, que lo conocían bien, se dieron cuenta.

Obviamente, el duque estaba a la derecha de Nancy Jane y el marqués de Wiltshire, enfrente. Tenía su habitual aire distante y serio. Charlaba con la joven novia, con modales absolutamente impecables, marcando bien cada palabra.

Este hecho había causado estupor entre los presentes. Era raro, por no decir imposible, que una joven sordomuda, por muy guapa que fuera, bien educada y de buena familia, pudiera atraer la atención de cualquier hombre, y mucho menos la de un marqués, con el que se había casado; pero era inconcebible que un duque le concediera una audiencia semejante, mostrándole su total aceptación y estima.

Keiran se sentía feliz de ofrecerse a la joven esposa, que estaba emocionada y ansiosa por cumplir debidamente su nuevo papel. De vez en cuando, captaba miradas de agradecimiento de Daniel y Eleonor. No le resultaba nada fácil atender a lady St. James y sufrir al mismo tiempo las vibraciones involuntarias de algunos de los comensales.

A las sensaciones procedentes de Lady Georgia, a las que ya estaba acostumbrado, se sumaban las similares de lady Arabella, envidiosa de Eleonor, y las más maliciosas de lady Wilmot.

Justificó a la primera por su juventud y su evidente deseo de poseer parte de lo que otros ya tenían. No justificó a la viuda, su antigua amante, porque intuía que ya estaba tramado, como si intentara acercarse con un doble propósito. Decidió tener cuidado.

Los Bath le transmitieron una fingida cortesía y, en particular, lo que ocultaban los ojos del conde no le agradó: aún albergaba esperanzas de acercarlo a su hija. Esto le alarmó y le hizo sospechar que sería capaz de hacerle daño a Eleonor. Si Bath descubriera que Lio era su heredera directa, sus días de paz y tranquilidad se acabarían.

Un sentimiento similar le llegó de lady Portland, que ocultaba mal un profundo odio hacia él y volcaba sus esperanzas en el desprevenido Simon. ¿Estaba tramando algo contra él? ¿Podría ser que el dinero y el título fueran tan importantes?

Intentó relajarse, pero le resultó imposible: la presencia de Hereford en aquella mesa le resultaba muy invasiva. Percibía su odio, los pensamientos lujuriosos hacia Eleonor y las miradas afiladas como cuchillas. Sintió unos celos y una rabia que nunca había imaginado y se juró a sí mismo que, al primer movimiento en falso de Hereford, estallaría.

Gabriel, el vizconde Hamilton, también estaba interesado en Eleonor. Le molestaba recordar que la había besado hacía mucho tiempo. Sin embargo, estaba seguro de que con una mirada ducal bastaría para aclarar su posición. El único inconveniente era que Hamilton tenía un encanto con el que las mujeres se doblegaban fácilmente, sobre todo las casadas. Por un segundo, se preguntó si Eleonor perdería la cabeza por él.

Y, para su asombro, sus certezas flaquearon: Gabriel le sonrió abiertamente y ella le correspondió. ¡Maldita sea! Apretó los dientes y tragó un sorbo del vino dulce que le habían servido de postre.

También percibió signos de reflexión en otra persona: Lord March.

Lawrence había hablado poco durante toda la cena, limitándose a escuchar las conversaciones de los demás, o a fingir que lo hacía. Demasiado a menudo miraba fijamente a Eleonor y al conde de Hereford. Keiran no entendía por qué. Percibía afecto, como un sentimiento profundo, procedente de él. Se quedó asombrado. El joven conde miraba unas veces a Lio y otras a Hereford. Prefirió creer que su interés se dirigía a su esposa, y sin embargo en el fondo de su corazón sabía que no era así.

La duda iba tomando cada vez más fuerza, no porque el hecho en sí lo desconcertara, sino porque él, con todas sus extraordinarias capacidades sensoriales, no lo había advertido antes.

Fue entonces cuando recordó las miradas que March le dirigía con demasiada frecuencia cuando estaban en el castillo, miradas insistentes, aunque esquivas, como las mismas que ahora el joven dirigía al conde de Hereford.

Estaba claro que el conde de March sentía predilección por la compañía masculina. Keiran se dio cuenta de que todo encajaba: la admiración de Lawrence por él, su retraimiento ante las situaciones y los diálogos, como si se sintiera de algún modo culpable, como si tuviera miedo de salir a la luz e intentara una especie de defensa cautelosa contra un mundo que lo condenaría; y luego el hecho de que a menudo prefería estar solo en Londres cuando sus padres se iban de vacaciones.

Pero, de repente, a Keiran le vino el recuerdo de cuando, hace algún tiempo, Hugh Foster le había contado que Andrew Hereford solía divertirse a menudo con un joven noble en aquel maldito local chino. Ese joven noble podría haber sido Lawrence. Aquel descubrimiento le conmocionó, quizá porque conocía a Lawry de toda la vida, o quizá porque era amigo de su padre; o peor aún, porque Hereford estaba implicado y Lawrence era un buen chico, potencialmente influenciable por una mente diabólica como la de Andrew.

Sí, todo parecía coincidir. Y por desgracia. Cerró los ojos por un segundo, intentando alejarse de todos y encontrar concentración, pero le resultó imposible.

Cuando se reunieron en el gran salón al final del almuerzo, Keiran se apartó, de espaldas al salón, con la vista puesta en el jardín circundante, en busca de un descanso de todas aquellas percepciones. Su expresión adusta disuadía a cualquiera de acercarse. Excepto a Eleonor.

—Estás cansado —le susurró, tomándole cariñosamente ambas manos.

Keiran sintió una fuerte sensación de liberación al notar aquel contacto.

—Ya se me pasará —le dijo, sin alterar su expresión—. ¿Y tú? ¿Estás bien? —le preguntó sin alterar su expresión.

Eleonor asintió.

—¿Por qué le has sonreído a Hamilton?

Ella frunció el ceño, no recordaba haberlo hecho.

—Te he visto.

—No me acuerdo.

—Te he visto.

—¡No lo sé, Key! ¡Quizá lo haya hecho por simple educación! ¡Vamos! ¿No estarás celoso?

—Claro que no.

—Embustero —le acusó ella con una sonrisa divertida, apretándole aún más las manos.

—No te hagas la melindrosa conmigo, chiquilla. No te va a funcionar...

—¡Sí, funciona! ¡Y a las mil maravillas! —Eleonor sonrió, incapaz de contener su diversión. Notó que mucha gente los miraba—. Si sonrieras un poco, Key, la escena sería perfecta: pareceríamos felices, tal y como querías que lo aparentáramos.

Keiran entornó los ojos.

—Me estás tomando el pelo.

—¡Claro que no! Solo intento cumplir nuestro acuerdo: parecer una pareja perfecta.

—Lo somos. Sin necesidad de fingirlo.

—¿En serio? Entonces, ¿eres feliz?

—Por supuesto —dijo él sin alterar un solo músculo de su rostro.

Eleonor se levantó lentamente sobre las puntas de los pies y acercó su cara a la de él.

—Siento vibraciones...

Keiran frunció el ceño.

—Llegar de ciertas señoritas presentes...

—¿A dónde quieres ir a parar, Lio?

—...que están pensando: «Mira lo cerca que está de él».

—Eleonor.

Ella se acercó más.

—¿Qué hacen los hombres, Lio?

—Nos están observando.

—¿Los oyes? Piensan... que hermosa es la duquesa.

Keiran empezó a divertirse y sonrió.

—Qué dichoso es el Duque Negro...

—Eres un incordio —dijo él, tomándole la barbilla con los dedos.

—Se ha buscado una niñita...

Al oír aquella frase, Keiran se echó a reír, despertando la curiosidad de todos.

—Entonces, ¿admites que lo eres?

—Si te gusta, sería cualquier cosa por ti, Key, ya lo sabes.

Keiran la miró con cariño, indiferente a las miradas de los presentes.

—Ten cuidado —susurró Eleonor, arrugando la nariz con gracia—, podrías parecer demasiado accesible y arruinar tu reputación de hombre peligroso.

Los labios bien dibujados de Keiran volvieron a separarse en una amplia sonrisa.

Eleonor lo besó en la comisura de la boca y, con la cabeza alta y una gran desenvoltura, se dirigió al sofá.

Todos la miraron porque era la mujer que había hecho claudicar al imperturbable duque de Northcliff. Algunos se apartaron de su camino.

Varias mujeres se acercaron, deseosas de hablar con ella y curiosas de estudiarla de cerca.

Lady Northcliff entabló con ellas un diálogo cortés y formal que se tornó espontáneamente afable y distendido.

Nancy también se sentó con ellas y no apartaba los ojos de su esposo, que le guiñaba un ojo con una sonrisa de complicidad.

—Excelencia —dijo lady Emily Barker, supuesta sobrina del marqués de Spencer—, dicen que viajasteis en un barco para venir desde Escocia.

Eleonor, que había decidido aprovechar el día de la fiesta en la mansión Northcliff para vengarse, no pudo resistirse a la oportunidad que se le presentaba.

—¿Dicen? ¿No estabais también presente cuando llegamos al Támesis, lady Emily? Estoy segura de haberos visto, creo que con vuestra doncella. Es increíble lo bien que funcionan los catalejos modernos.

Lady Emily esbozó una ligera sonrisa y guardó silencio.

—No pensaba que os gustara entreteneros junto al río, lady Emily —se burló de ella lady Arabella Chapman, hija del conde de Lennox, en un intento de ponerla en evidencia. Era de dominio público que ambas se detestaban cordialmente.

—Evidentemente, tenéis las mismas aficiones, mi querida lady Arabella: vos también estabais ese día en el río, más concretamente en los *Docks*, muy cerca del barco del duque, el «Eleonor Grace».

El silencio que siguió dio a los presentes una idea de lo poco que había que bromear con la duquesa. Sabía exactamente qué decir y cómo hacerlo.

—Podríamos organizar una excursión por el Támesis —propuso Eleonor con fingida despreocupación, que tenía el sabor de una burla colectiva para los que se habían agolpado allí

aquel día para curiosear—. Los mismos, supongo, que nos vieron llegar en barco y que sin duda estaban allí por placer personal. Por ejemplo, vuestro hermano el vizconde Hamilton, lady Arabella —afirmó Eleonor, sonriendo a Gabriel, que recibió la reprimenda con una expresión divertida y una reverencia—, y vos, lady Mathilda, con vuestra simpatiquísima madre, la vizcondesa Gascoyne... saludadla de mi parte; vos también, baronesa: advertí con mi infalible catalejo vuestra presencia en el río y la de vuestro estimado esposo, el barón Douglas. Estoy convencida de que con la llegada del buen tiempo estarían encantados de repetir la excursión. Y no descartaría a lady Wilmot.

Un silencio sepulcral hizo temer a todos los presentes lo que estaba por llegar. Sobre todo porque, para aquel entonces, la mayoría se había acercado intrigada por la lista de personas que la duquesa iba desgranando y quería escuchar mejor para contarlo. Entre ellos se encontraba la desprevenida y poco avispada lady Wilmot, que se dio cuenta demasiado tarde de que había caído en una trampa.

—¿Os gusta pasear junto al río, lady Wilmot? —preguntó Eleonor de inmediato.

—Yo... a veces me gusta, excelencia —se vio obligada a admitir para salvar las apariencias.

—¡Me lo imaginaba! De lo contrario, no me explicaría por qué se empeñó aquel día en caminar junto al Támesis con tanto frío. Paseabais con el Mayor Harris y lo hacíais tan deprisa que parecíais querer seguirnos —precisó Eleonor riendo.

Todos la imitaron y se rieron divertidos al imaginar a lady Wilmot y el Mayor compitiendo con un barco.

* * *

Keiran, muy serio y con el ceño fruncido, escuchaba desde lejos, junto a Daniel.

—No debería haberlo hecho ahora.

—¿Por qué no? Nan no parece divertirse mucho —dijo Daniel, mirando a su reciente cónyuge —. Es muy pendenciera.

—Puedes decirlo bien fuerte —coincidió Keiran.

—¡No hablo de tu esposa! Me refería a Nancy.

—¡No digas tonterías! Es el ser más dócil que conozco.

—Sí, Blake, cuando no se enfada. De lo contrario...

—¿De veras?

—Sí. Y adora el desquite del justo. Tal y como está ocurriendo ahora. No podía esperar a que lady Northcliff hablara; llevaba días diciéndolo.

Esa frase arrancó una sonrisa al duque, que los presentes interpretaron como una muestra de aprobación hacia su duquesa.

—No creía que hubiera anotado todo con tanta minuciosidad —se sorprendió Keiran.

—¿Anotado? Entonces no se limitó a escribir los nombres como me habías dicho.

—Evidentemente no. Stone casi se traga la lengua al darse cuenta de lo que estaba escribiendo.

Daniel se rio ante la divertida escena.

—Eleonor ha dicho que lady Wilmot estaba con Harris, ¿o he oído mal?

—Has oído bien, Kein —le confirmó Daniel—. La cosa da que pensar. Pero ahora no. Estás cansado.

—Hay mucha gente y muchos sentimientos, y demasiado desagradables y alarmantes, Danny.

—Cuéntame.

Keiran le informó de lo que el almuerzo de bodas había revelado.

* * *

—Lady Portland —la nombró de repente Eleonor—. Sé quién sois, porque conozco a vuestro hijo. Lord Portland, ¿por qué no presentáis formalmente a vuestra madre?

Simon se adelantó y cumplió con su deber con una sonrisa.

—Excelencia... Lady Portland.

—Vosotros también estaréis en la excursión, por supuesto. Formabais parte de los que paseaban por el río cuando llegaban los barcos —afirmó Eleonor con seguridad y una sonrisa que los hombres no se cansaban de mirar.

La mujer, que confiaba no haber sido vista, se puso roja como un tomate.

—Gracias, por supuesto, lady Northcliff —respondió lady Portland un tanto incómoda.

—Y puesto que lord Bath la acompañaba aquel día —añadió Eleonor inesperadamente y en voz alta—, ¡no podéis sino ser de los nuestros también, mi querido conde!

Lord Bath guardó silencio, sonrió a la duquesa, hizo una reverencia de agradecimiento y se alejó para comer un bizcocho de la bandeja que los criados habían colocado sobre una gran mesa, a punto de servir el té.

Eleonor sintió que había hecho lo que debía y dejó que los demás intervinieran, permitiendo que se cambiara de tema.

* * *

—Esto también da que pensar: lady Portland y lord Bath juntos —susurró Keiran, recordando que Simon le había contado que el amante de su madre la acompañaba a todas partes.

—Sí, tienes mucha razón —admitió Daniel—. Simon está molesto, Kein.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Vas a hablar con él?

—No. Creo que acaba de llegar a la misma conclusión que yo: el amante de su madre podría ser...

—...Bath —concluyó el otro—. Realmente insólito, ¿no? No sabía que se llevaban así de bien.

—Yo tampoco, Danny, yo tampoco.

—No me gusta la expresión que pone Hereford cuando mira a tu mujer —dijo Daniel abiertamente.

—A duras penas me contengo.

—Entiendo —asintió el otro, comprendiendo que un enfrentamiento con el conde disgustaría a lady Hereford y, por consiguiente, a su hija y a su sobrina—. No sé qué pasó entre él y Lady Northcliff, pero estoy seguro de que tú lo sabes, o lo intuyes, y por la forma en que lo miras, parece que estás deseando ponerle las manos encima. Recuerda que estoy contigo, por si me necesitas.

* * *

Al otro lado del gran salón, Roy había visto el descontento de Kein e inmediatamente lo atribuyó a la presencia de Hereford: incluso él se había percatado de la forma en que el conde miraba a Eleonor.

—Parecéis pensativo —le señaló lady Alice, que se había acercado en silencio.

—Lo estoy, aunque mi habitual displicencia podría hacer pensar lo contrario.

—¿Queréis decir que sois un hombre especialmente reflexivo? —preguntó la joven, arrugando la nariz con expresión ingeniosa.

—En realidad sí, pero pocos se dan cuenta —contestó Roy.

Lady Alice le gustaba, pero el vestido rosa pálido acentuaba su lado infantil.

—Entonces tal vez debería dejaros solo, he interrumpido vuestros pensamientos —le replicó ella, apartando la mirada y dispuesta a marcharse a la primera oportunidad.

—No, no. Puedo continuar más tarde, mis reflexiones no tienen fecha límite.

Lady Alice rio.

—¡Sois divertidísimo, lord MacKendrick, de verdad!

—Venid. Sentémonos junto a la ventana y tomemos el té —le propuso él, invitándola con un gesto de la mano.

Desde allí se tenía una excelente vista del jardín, y Alice observó con curiosidad cómo los niños, dirigidos por Annis, Zaynab y otras niñeras, jugaban animadamente, indiferentes al frío.

—Me encantaría estar allí —dijo, envidiando su diversión.

Roy pensó de nuevo que el alma de la muchacha estaba aprisionada en un cuerpo demasiado maduro. Observó la armoniosa línea del cuello y los hombros, el busto proporcionado en el que la abundante redondez de los pechos hacía imaginar una mujer más grande.

—Siempre podríais uniros a ellos.

—No, no, mi madre no lo aprobaría. Y yo me sentiría incómoda revelando mi naturaleza inmadura.

Roy esperó a que la camarera terminara de servirles el té y preguntó:

—¿Naturaleza inmadura?

—Sí, así es como me siento.

—¿No os interesan los jovencitos? —preguntó con aire de fingido asombro.

—¡Oh, lord MacKendrick! ¡Os estáis burlando de mí! —respondió ella riéndose—. ¿Jovencitos? En este tema soy muy madura: prefiero a los hombres adultos a los muchachitos. Pero ya hemos hablado de este tema, ¿os acordáis?

—Lo recuerdo perfectamente. Y recuerdo haberos expresado ya abiertamente algunos de mis recelos hacia los hombres que se aprovechan de las jóvenes —replicó, mirando a lord Bath.

Alice siguió su mirada y lo comprendió.

—Podéis estar tranquilo. Ya no me interesa esa persona.

—Me alegra oír eso. Os merecéis a alguien mejor.

—¿Por ejemplo?

—Un hombre más joven que pueda guiaros. —Roy bebió su té. Había hablado sin querer hacer ninguna referencia, pero ella lo miró atentamente.

—¿Quién?

—Lord Hamilton y lord Portland, por poner un ejemplo.

Alice no comprendía si el joven Milord fingía no entender. Levantó la barbilla y, con una sonrisa triunfal que sin duda no era la suya, le confesó:

—Os prefiero a vos, lord MacKendrick.

Roy se volvió y la miró seriamente.

—Recuerdo con absoluta certeza que me llamasteis «joven». Y, dada vuestra fijación con la edad... —Hizo un gesto elocuente con la mano y dejó la frase a propósito sin acabar.

—Quizá me equivocara.

—Sí, tal vez. Pero no esperéis por mi parte un cortejo despiadado. No estáis preparada para nada más allá de un ligero flirteo dictado por la simpatía.

—Estáis volviéndoos cada vez más experto en tratarme con rudeza, lord MacKendrick. No me gusta. Prefiero cuando sois atento y divertido, cuando hacéis muchos cumplidos y...

—Eso es exactamente lo que he dicho: lo que llamáis un flirteo pasajero, un entendimiento

chispeante...

Alice suspiró.

—Si preferís definirlo así, ¿por qué entonces no iba a estar preparada?

—Es obvio por vuestro comportamiento —replicó él, bajando la voz—. Queréis jugar con ellos para divertiros, no para hacerlos divertir; os enamoráis de un hombre que podría ser vuestro padre, solo para demostrar que sois adulta; lleváis ropa... —Roy hizo una pausa, dándose cuenta de que había ido demasiado lejos—. Disculpad. Mis reflexiones me han llevado a esto. He sido poco delicado.

—Sí, pero ya me estoy acostumbrando. ¿Qué le pasa a mi ropa?

—No, lady Alice, fingid que no he dicho nada.

—No voy a fingir nada. ¿Qué le pasa a este vestido?

Roy meneó la cabeza, sabiendo que se iba a arrepentir de lo que iba a decir.

—Es de una niña que acaba de salir del control de la niñera.

Alice no movió un músculo.

—No entiendo.

—¡Hay demasiados lazos y demasiado rosa! Tenéis... Ay... —Roy tomó aire y dijo rápidamente: —Tenéis el cuerpo de una mujer y vestís la ropa de una chiquilla.

Alice inclinó la cabeza hacia la taza, aferrándola entre las manos con nerviosismo. Miró por la ventana, con los ojos cada vez más brillantes.

—Perdonadme. Habéis insistido vos.

Alice se volvió hacia él.

—No os preocupéis. Tenéis razón en todo. Oírselo decir, y nada menos que de un hombre, no es poca cosa. Lo superaré. —Sonrió forzadamente, intentando que no se sintiera culpable.

—¿Queréis que os acompañe afuera a refrescaros?

Alice negó con la cabeza y terminó de beber su té. Notó que Eleonor y Nancy se habían apartado y que lady Hereford las había seguido.

Permanecieron en silencio durante un minuto, luego Alice dijo:

—Nunca he besado a nadie.

Roy levantó las cejas, mostrando asombro.

—¿Por qué me reveláis eso?

—En realidad, no les gusto a los hombres. A los chicos les gusta flirtear conmigo y yo les sigo el juego, pero nunca nadie se ha interesado lo suficiente como para querer algo conmigo. Sí, definitivamente soy infantil.

—No seáis tan dura con vos misma. Y, de todos modos, el hecho de que un admirador quiera apartarse con vos no significa que esté seriamente interesado, sino que...

—¿Qué?

—Solo que le gustaría divertirse un poco —concluyó Roy, esperando que ella adivinara.

—¿Divertirse?

—Divertirse, intercambiar unos besos.

—Ah, ya entiendo. Creía que los caballeros no iban por ahí, besando solo para divertirse, sino cuando tenían intención de comprometerse y casarse con esa chica.

—Bueno, no es así.

—Entonces, ¿las chicas también pueden besar de vez en cuando?

—Mejor si no lo hicieran, aunque no sería tan grave, en mi opinión. Pero no se lo digáis a nadie, sobre todo a vuestros padres, que os he contado esto.

Alice se rio.

—¿Me lleváis a dar un paseo?

Roy se incorporó de inmediato, contento por haber encontrado una forma de enmendarse, y la acompañó hasta donde estaba su madre.

—Mrs. Wiltshire, ¿me permitiríais acompañar a lady Alice a dar un paseo por el jardín? Tenemos curiosidad por saber en qué extraño juego están participando los niños ahí fuera —explicó Roy, señalando la ventana.

—Por supuesto. ¿No hará demasiado frío? —preguntó la marquesa.

—No, *maman*, nos pondremos las capas —respondió Alice educadamente, haciendo un gesto de saludo a Nancy, que acababa de regresar con su madre.

* * *

—Idos vosotras, tía. Me siento un poco cansada, me sentaré aquí sola un rato —dijo Eleonor.

Martha y Nancy, que se habían quedado charlando con ella, se alejaron.

Se sentó frente a la chimenea. Le dolía la espalda y tenía muchas ganas de acostarse. Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos, adormecida.

Cuando Andrew entró buscándola, se dio la vuelta. Decidió no moverse, para no darle la impresión de que le temía y hacer que pareciera una presa fácilmente sugestionable.

—Por fin a solas, querida mía —dijo descaradamente mientras se acercaba.

—No soy tuya, ni tampoco querida. Sal, por favor. No tenemos nada que compartir, tú y yo.

—Vaya, ¡cuánto carácter has ganado desde que el duque te respalda! —Y se sentó en el reposabrazos del sillón frente a ella.

—De lo contrario, habría sido presa de tus asquerosas violencias, ¿verdad, Andrew?

—¿Violencias? En absoluto, Ellie. Era solo un sano e irrefrenable deseo por ti.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Eleonor, mirando con ansiedad la puerta cerrada.

—¿Temes que te haga daño? Sabes que en el fondo te adoro, Ellie.

—No temo por mí, sino por ti. Si el duque te encuentra aquí...

—No exageres. No estamos haciendo nada malo, ¿verdad? Aunque podríamos. Ahora estás casada y tal vez no te importara una distracción. —Andrew alargó la mano y le rozó la barbilla.

Eleonor retrocedió asqueada por aquel contacto y por la mirada gris que escudriñaba minuciosamente su cuerpo.

—Lárgate.

—Eres una chica lista, Ellie, y estoy seguro de que sabrás cuándo llega el momento de apartar a tu marido para ayudar a tu familia. Te necesito, y también mi madre.

Eleonor frunció el ceño, temiendo lo que estaba a punto de proponerle.

—Tía Martha no necesita tu ayuda.

—¿No? Mi padre dejó el dinero bajo tu custodia, ¿te crees que no lo sé? Así que eres tú quien la alimenta. Y eso no lo voy a permitir.

—No lo entiendo. No te molesta de dónde viene el dinero para tu madre. Tienes tu renta y...

—¡Una mísera renta vitalicia! De ahora en adelante, todo lo que le des a mi madre será mío. Si quieres ayudarla, primero tendrás que ayudarme a mí.

—Eres ruin. Hablaré con el duque...

—Le haré daño a ella, aunque se vaya a vivir a otro sitio.

Eleonor abrió los ojos aterrorizada por tía Martha.

—A menos que me des algo que me corresponde por derecho.

—¿Cuánto?

—Cincuenta libras al mes deberían bastar.

—¿Qué? ¡Yo no tengo tanto dinero!

—Estoy seguro de que algo se nos ocurrirá —dijo mientras se levantaba y miraba el cuerpo bien formado de su prima.

Eleonor se puso en pie de un salto, presagiando la desgracia, y rodeó el sillón para dirigirse a la puerta.

—Está cerrada con llave, Ellie. Y la llave está aquí, en la mesa de la chimenea —precisó Andrew.

Eleonor se quedó helada y una fuerte sensación de pánico le provocó un nudo en la garganta. Giró con calma y dijo:

—Abre inmediatamente o gritaré.

—Ellie, de verdad, no era mi intención asustarte. Solo he cerrado para que no me molesten. —Andrew dio unos pasos hacia ella, pero se detuvo astutamente a una distancia prudencial—. No he dejado de quererte, querida, y tal vez pudieras aceptar mi amor a cambio de garantizar la seguridad de mi madre y una mensualidad más barata.

Eleonor respiró lentamente para no parecer asustada, pero la ansiedad que se le acumulaba en el interior la estaba sofocando.

—No creo que eso sea posible. Estoy casada y no siento nada por ti.

—Evidentemente no me he explicado, querida. Aceptaré treinta libras al mes, porque entiendo que cincuenta son una buena suma, y no haré daño a mi madre. Pero tú, Ellie, serás amable y complaciente conmigo. Eso es todo.

Se inclinó más hacia ella, con una sonrisa en sus finos labios que suavizaba la expresión mefistofélica de su rostro. Le acarició la mejilla, pero ella se apartó.

—Es tu madre... —murmuró Eleonor.

—Sí, lo sé. Pero no siento nada por ella —le contestó con sencillez—. Por mí, como si la atropella un carruaje. No me incumbe.

—Te lo ruego, vete. Déjame en paz.

Andrew le cogió las manos y la acercó suavemente a sí.

—Ellie, Ellie, Ellie, todo será muy agradable y espontáneo. Mira qué a gusto estás ya aquí a mi lado.

Eleonor le había seguido para no alterarle y arriesgarse a una reacción violenta. Empezó a temblar.

—Tienes frío. Ven junto al fuego —le propuso, rodeándole la cintura con un brazo—. Estás preciosa, Ellie, y tu perfume... —respiró con todas sus fuerzas—. Tu cuerpo no ha cambiado nada y tu elegancia es un signo de distinción.

—Te lo agradezco, pero creo...

—Sentémonos aquí —dijo él, agarrándola por las caderas con determinación.

Eleonor intuyó por aquel gesto impetuoso que la agresividad de Andrew estaba a punto de desatarse. Sintió cómo sus manos descendían en una caricia resbaladiza hacia sus nalgas. Decidió que no lo permitiría. Le apuntó con las manos e intentó apartarle.

—No, Andrew. No lo estropeemos. Apártate —le ordenó.

Pero él la sujetó con firmeza y el riesgo de que ella gritara pidiendo ayuda no le inquietó lo más mínimo. La atrajo hacia él, presionando su pelvis contra ella.

—¡He dicho que no! —repitió Eleonor, empujándolo.

—¿Por qué? Yo te quiero mucho.

—¡Amo a mi marido y se me revuelve el estómago con la mera idea de que me toques!

Aquella frase puso en marcha el resorte. Los ojos de Andrew se abrieron de par en par, con gesto mezquino; agarró la hermosa cabellera rubia con fuerza y, con la otra mano, la abofeteó

violentamente.

Eleonor contuvo la respiración. Pero aquel gesto despertó en ella tanto odio por todo lo que había sufrido a manos de él, que la hizo reaccionar. Levantó el brazo hacia atrás y luego lo lanzó hacia adelante. Golpeó su pómulo con el puño, emitiendo un sonido gutural que pareció un rugido. El crujido de la porcelana le indicó que había derribado el jarrón que estaba sobre la repisa.

Él retrocedió un paso, pero solo por medio segundo. Volvió a abalanzarse sobre ella, asestándole una bofetada tan fuerte que la hizo caer por encima de la butaca, que también se vino abajo.

Eleonor se golpeó la cabeza contra el escalón de la chimenea y, al instante, comenzó a sangrar por la sien. Estaba aturdida, pero sentía la furia de Andrew en todo su cuerpo, porque él había empezado a patearla. Ella intentaba protegerse el vientre para resguardar al bebé.

La puerta se abrió de golpe, con un ruido de madera que se desgarraba, y el duque de Northcliff apareció en el umbral, seguido de St. James.

Keiran contempló la escena y algo indefinidamente maligno se despertó en él.

En tres pasos estaba sobre Hereford, gritando:

—¡Esta vez te mataré!

Su furia habría parecido aterradora a cualquiera que le hubiera visto en aquel momento. Lo levantó y lo arrastró hasta la pared, donde lo golpeó con todas sus fuerzas una y otra vez. Un gemido detrás de él le detuvo. Se dio la vuelta y vio a Eleonor en el suelo, con la frente goteando sangre y manchando su precioso vestido gris, pero no podía saber si la sangre provenía de la cabeza o del cuello.

—¡Mantenlo inmóvil! —le ordenó a Daniel.

Keiran se inclinó sobre Eleonor y la levantó, haciendo que se sentara.

—*Leannan,* te lo suplico, háblame.

Pero Eleonor, aunque tenía los ojos abiertos, no se movía, agarrándose convulsivamente el vientre y murmurando:

—El bebé... el bebé, Key, ayúdame...

—Ay... —exclamó Daniel, al descubrir en ese momento que estaba embarazada. Miró a Hereford mientras le apretaba el cuello:

—¡Has sellado tu destino!

Pero Andrew estaba demasiado aturdido por los golpes como para comprender y no abrió la boca.

—El doctor Phillips... llámale —le suplicó Eleonor.

Keiran la hizo recostarse en el sillón que aún permanecía en el suelo y miró hacia la puerta, donde Ben observaba con los ojos desencajados, esperando órdenes.

—¡Traed al doctor Phillips a casa! Ahora mismo. — Cerró la puerta y se quitó la chaqueta oscura con la que cubrió el vientre de Eleonor.

Ella estaba dolorida y derramaba unas lágrimas silenciosas, con las manos lastimeramente sobre su regazo.

—¿Por qué? —preguntó Key en un susurro.

—Me quería a mí y no le haría daño a tía Martha a cambio. Pero me he rebelado, como las otras veces. —Eleonor finalmente levantó los ojos enrojecidos, pero inyectados de ira, y gritó:

—¡Te odio, Andrew Hambrook! —le gritó—. Te odio por todo lo que me has hecho. ¡Maldito seas y que el Cielo te castigue por hacerme esto! —Sintió con certeza inconfundible la sangre fluyendo copiosamente entre sus piernas.

—Dime qué debo hacer para detener la hemorragia —dijo Keiran, estrechándola entre sus brazos y calmando el dolor con sus manos.

—Te lo ruego, llévame a casa.

Keiran corrió a buscar su capote de piel, regresó, la envolvió en él y volvió a ponerse la chaqueta. Luego miró a Hereford.

—Daniel, llévala al carruaje.

Daniel levantó a lady Northcliff en brazos y salió.

Keiran pensó rápidamente. Solo tardaría unos minutos con Hereford, lo suficiente para que Danny acomodara a Lio en el carruaje.

Agarró al conde por el pelo y la solapa de la chaqueta, y se alegró al oírle gemir de dolor. Miró por la puerta y caminó rápidamente hacia la escalera que conducía a la bodega, donde Danny guardaba su preciada reserva de vino. A mitad de la escalera, empujó a Hereford y lo hizo rodar hacia abajo, sintiendo una punzada de placer al ver la sangre que goteaba de su nariz rota.

Andrew gimió, y el dolor le hizo estar más lúcido.

—¡No puedes matarme!

Keiran lo golpeó con los nudillos de la mano izquierda, lo suficiente como para hacer que retrocediera cuatro pasos y acabara estampado contra la pared.

—¡No voy a matarte, cerdo asqueroso! Sería muy poco.

Andrew se lanzó hacia delante y le dio un puñetazo en la boca al duque, que empezó a sangrar inmediatamente.

Pero a Keiran pareció no importarle y, tras darle un violento empujón hacia la pared, lo agarró por el cuello con ambas manos, apretando con fuerza.

—¡Ya lo intentaste en aquel carruaje de Edimburgo! ¿Te crees que no lo sé? ¡Sufrirás lo mismo, maldito pervertido!

Los ojos de Andrew se abrieron de par en par y sintió que no le llegaba el aire; empezó a patalear mientras sus manos, en un intento totalmente vano, se clavaban desesperadamente en las del duque, hiriéndolas en su afán por liberarse. Agotado por la falta de aire, entrecerró los ojos y pensó que realmente este hombre era tan peligroso como decían, realmente aterrador.

Keiran, enloquecido, se dio cuenta de que estaba a punto de matarlo. Lo soltó lentamente, observando con disgusto cómo se estrellaba contra el suelo a peso muerto.

—¡Respira, cobarde asqueroso! ¡Aún no he acabado contigo!

Andrew jadeó en busca de aire mientras yacía en el suelo de piedra. Cuando sintió que le dolía la piel, se dio cuenta de que el duque le agarró del pelo y golpeó su cabeza dos veces con determinación. Notó la humedad de la sangre que le corría por el cuello.

—Hereford, esto es lo que le hiciste. Y esto también... —prorrumpió Keiran, aplastándole el tacón de la bota en el pecho—. Tendrás moratones durante varios días, ¡maldito baboso! ¡Los mismos que ella tuvo en los pechos por tu manoseo de mierda! —Luego le agarró de la pierna y la arrastró por la habitación en penumbra, apretándole el tobillo para dejar su marca. Hizo lo mismo con las muñecas y los brazos—. ¡Tenía marcas por todas partes! —dijo sin aliento, recordando las imágenes de Eleonor.

—Basta... te lo suplico...

—¡Ella también te suplicó! ¿No te acuerdas? —gritó Keiran sin poder contenerse. Tiró de él, le apretó la cara contra la pared y le dio varios puñetazos en los omóplatos.

—¡Mírate en el espejo en cuanto puedas! ¡Aquí también tenía ella moratones! ¡Das asco... apestas a opio y te follas mujeres, hombres y niños sin saber a quién tienes delante! ¡Lo sé todo sobre ti, pedazo de mierda! ¡Lo he sabido siempre! —Le soltó, dejándole caer sin piedad, y

añadió—: ¡Esto no se acaba aquí!

Dio media vuelta y se marchó, cerrando la puerta de madera. Temblaba de furia, y le dolían y sangraban las manos. Salió por la puerta trasera para no encontrarse con nadie y se limpió los nudillos con el pañuelo.

Hettie se puso detrás de él en cuanto lo vio.

—Está en el carruaje con lord St. James —susurró la criada, sin añadir nada más, pues había adivinado lo que había ocurrido en el sótano.

Keiran la miró y le hizo un gesto para que lo siguiera; se dirigió al vehículo con la cabeza gacha y subió a él.

Eleonor sentía dolor y temblaba.

Danny la había cubierto con una manta de lana suave y la sostenía, dejándole apoyar la cabeza en su hombro. En cuanto vio a Keiran, se dio cuenta de que se habían ocupado de Hereford. Le entregó a su amigo el pañuelo que llevaba en el bolsillo y le señaló el labio partido; luego se apartó para dejarlo en su lugar.

Keiran se limpió la boca y se sentó detrás de ella.

—Está en el sótano. Retenlo —dijo concisamente.

Daniel comprendió que Blake decidiría con calma qué hacer con el conde de Hereford, pero desde luego no lo soltaría. Desmontó y ordenó al cochero que se marchara. Al regresar a la casa, estuvo a punto de chocar con su joven esposa.

—*¿Dónde está Ellie? ¿Estaba mal?* —preguntó Nancy con cara de preocupación.

—No, no, Nan. Estaba agotada y... —Danny hizo una pausa y con aire vago añadió con signos —: *Yo creo que podría estar en estado*.

Nan sonrió.

—*Sí, ¡yo también lo creo! Ha hecho bien en volver a casa: tiene que descansar*.

Daniel la cogió de la mano y volvieron al gran salón. Allí llamó al mayordomo y le dijo algo al oído.

Nadie habría podido sospechar que el marqués de St. James había dado órdenes de encerrar al maltrecho conde de Hereford en el pequeño receptáculo situado detrás de la bodega.

* * *

Roy sonreía mientras observaba a los niños jugando. Hacía frío, pero ellos no parecían notarlo. Miró a su lado y vio la expresión concentrada de lady Alice.

—Marchaos —dijo.

—Os he dicho que mi madre no lo aprobaría. Y, además, jamás os haría la afrenta de ridiculizaros con mi comportamiento infantil —le respondió con tono mordaz.

—Estáis ofendida conmigo.

—En absoluto. Sé cuándo ser una dama. ¿Paseamos?

Roy echó a andar hacia el laberinto de árboles y arbustos cuidadosamente podados, cubierto de una hierba intensamente verde. Bancos de piedra, colocados con estudiada precisión, creaban pequeñas islas de silencio en puntos estratégico.

—Es un lugar hermoso. Y muy romántico. Sin duda lord St. James pensó en sus conquistas cuando lo mandó construir —dijo Alice sonriendo.

—No creo que el marqués traiga aquí a sus enamoradas. Este es un lugar de calma, de sosiego. Vendría aquí a leer o a conversar sobre temas triviales.

—¿Por qué triviales?

—Porque los provechosos implican esfuerzo y aquí estaría solo para no pensar.

—De hecho, a veces pensar es demasiado esfuerzo y lleva a conclusiones que no siempre nos

gustan.

—Cierto —respondió Roy, caminando lentamente. De repente, notó que la mano de la joven le tiraba del brazo y se giró para mirarla con expresión serena.

—¿Sí?

—¿Me besaríais sin pensarlo demasiado?

—¿Cómo?

—De verdad. Sin reflexionar. Me enseñáis y luego hacemos como si nunca hubiera pasado nada.

Roy abrió la boca, atónito, y luego la cerró, mirándola fijamente a los ojos.

—Eso no se pide, lady Alice.

—Ya lo estáis pensando demasiado, lord MacKendrick. Deberíais simplemente besarme o decirme que no. ¿Y bien? ¿La respuesta es no?

Roy se puso muy serio mientras le miraba los labios: no eran carnosos, pero tenían una línea increíblemente grácil y sensual. Se acercó lo suficiente como para rozarle el pecho. Luego, sin tocarla, inclinó la cabeza y posó sus labios sobre los de ella. No fue un beso, sino una caricia. Al percibir su aceptación, le tomó el rostro entre las manos y deslizó la lengua con determinación.

Alice se sorprendió por la agradable sensación y se inclinó hacia él, posando con valentía las manos sobre su pecho. Imitar lo que Lord MacKendrick hacía le resultó natural y, de pronto, deseó que no se detuviera nunca. Se dio cuenta de que había emitido un sonido.

Roy sonrió, sin apenas inmutarse.

—Os aconsejo que no se lo contéis a nadie. De lo contrario, lo negaría todo y quedaríais como una ingenua. —Se alejó, dando unos pasos hacia atrás—. Solo hemos paseado, lady Alice. ¿Queda claro?

Ella asintió, pero no dijo nada. Comenzó a caminar como un autómata y, al llegar a los escalones, comentó:

—Gracias. Creo que, después de todo, será un verdadero placer convertirme en mujer. —Se giró y entró en la casa.

Roy rio.

* * *

A Nancy le gustaba esa casa. Le habría gustado incluso si hubiera sido menos grande, menos elegante o acogedora. El hecho de que ahora fuera su casa, un lugar seguro donde vivir sin la molestia o el miedo de encontrarse con su hermano, le daba un inmenso alivio. Y el hecho de ser la esposa de Daniel la llenaba de euforia y felicidad.

El silencio lo inundaba todo.

La fiesta había terminado y Daniel había tenido el detalle de enviar un lacayo a casa del duque para ver si Eleonor se encontraba bien.

Nancy aguardaba respuesta, pero, obviamente, no sabía que Danny había dado instrucciones al criado para que solo anunciara buenas noticias en presencia de la joven desposada. Sentada junto a la ventana, Nancy mostraba una sonrisa serena y un semblante tranquilo con una bata que Eleonor y ella habían elegido para esa noche mientras observaba el jardín de abajo iluminado por unas antorchas que un hombre estaba a punto de apagar.

Danny entró y la encontró así. La belleza sencilla y limpia de Nan le hizo sentir que por fin había llegado a un refugio seguro. La vio estremecerse. Se acercó y le puso una mano en el cuello.

Nancy le miró.

—Tienes frío —le remarcó con la boca

—*Un poco* —admitió ella con signos—. *Estoy emocionada*.

Su ingenuidad le hizo reír.

—*¡Yo también!*

Ella se levantó de un salto y lo besó. Fue tan excitante como siempre, pero esta vez Nancy disfrutó plenamente de cada caricia, de cada movimiento sinuoso de la lengua de Daniel, consciente de que ahora podían hacer lo que quisieran.

—Nan, deja que me quite algo —dijo Daniel, tirando del nudo de la corbata. La arrojó, junto con la camisa, sobre la silla, y notó que ella observaba la partes de su cuerpo que nunca había visto. Se sentó en la cama para quitarse las botas.

—*Danny... ¿quieres que me quite la bata?* —preguntó ella inesperadamente utilizando los signos.

Él le quitó la ropa, admirando su figura delicada. Le soltó el cabello de las horquillas y pasó los dedos por él, echándole la cabeza hacia atrás. Luego la besó.

De repente, ella hizo signos con las manos:

—*¡Por fin! ¡Lo siento cada vez que te acercas a mí!* —Señalando entre sus piernas, Daniel se rio.

—¡Qué graciosa eres! ¿Puedo quitártelo? —le preguntó, tirando del encaje de su escote con dos dedos.

Nancy asintió y Daniel la desnudó, descubriendo un cuerpo delgado y delicado, pechos redondos y pequeños, nalgas bien formadas y hombros erguidos y elegantes. La atrajo hacia él poco a poco.

—Eres preciosa.

El corazón de Nancy palpitó de emoción y aceptó el abrazo, sintiendo nuevas sensaciones al contacto de su piel.

—No te puedes imaginar lo feliz que soy —le dijo un momento antes de besarla. La abrazó con fuerza, rozando con cuidado un pecho, luego el costado y de nuevo hacia arriba, buscando el pezón que ahora sobresalía. La empujó lentamente hacia la cama.

Daniel era un hombre guapo y cautivador, que gustaba mucho a las mujeres, no solo por su experiencia, sino también por su sonrisa socarrona, sus ojos dorados que siempre parecían conocer los pensamientos de las mujeres y su cabello castaño, que en situaciones íntimas se despeinaba y le daba un aspecto salvaje.

Así le veía Nancy ahora. Instintivamente, se inclinó hacia él, tocando los músculos de su espalda; abrió las piernas como para recibirle mejor, mostrando todo su afán por entregarse.

Él se frotó entre sus piernas, sintiéndola cada vez más entregada. Aquella joven esposa, tan reservada y comedida en público, se encendía cada vez que él la tocaba.

Al observar su espontaneidad a la hora de seguir sus movimientos, Daniel se excitó enormemente. Veneró su delicado cuerpo con besos y caricias, despertando la excitación erótica de Nancy, que también aumentó su pasión.

Siguiendo la tentadora humedad entre sus muslos, se deslizó lentamente hacia su interior hasta tocar su virginidad. Clavó sus ojos en los de ella para infundirle confianza. Luego empujó con decisión y esperó.

—¿Duele?

Nancy había sentido una punzada repentina que ahora se desvanecía. Negó con la cabeza. Se concentró en la percepción consciente del pene dentro de ella. Eso la electrizó hasta límites inimaginables.

De repente, se movió en busca de otra cosa.

—No, Nan, quédate quieta...

Ella no obedeció, estaba demasiado ansiosa por ser suya.

—¡No quiero hacerte daño! Y no puedo resistirme...

Pero ella lo deseaba.

Daniel retrocedió para hundirse de nuevo en ella. Empujó una y otra vez, levantando las esbeltas piernas de ella sobre sus caderas. La vio entregarse con confianza y ya no pudo controlar el ansia que había reprimido durante demasiado tiempo. Apretó uno de sus pechos y lamió el pezón sin delicadeza alguna.

Nancy creyó enloquecer por el goce que sentía y, arqueándose para ofrecerse por completo, se dejó ir con un gemido convulsivo que marcó su orgasmo.

Daniel la siguió, sorprendido al oír el gemido que ella había soltado instintivamente, un arrebato extremo y espontáneo. Fue dulcemente impetuoso al acunar aquel joven cuerpo femenino hasta perderse en él.

Jadearon al unísono durante unos segundos, hasta que Daniel se desplomó sobre ella. Permanecieron abrazados.

—¿Te he hecho daño?

Ella negó con la cabeza.

—¿Estás enfadada?

Ella volvió a negarlo.

—¿Entonces?

—No creía que fuera tan intenso. A eso se refería Ellie cuando dijo «algo que no puedo describir».

Daniel enarcó las cejas divertido.

—Me encanta tu voz, Nancy. Tienes que hablar.

Ella abrió los ojos bruscamente, negando con la cabeza.

—Sí, adoro tu voz y tus gemidos. Tienes que volver a hablar.

Capítulo 5

Londres, residencia del duque de Northcliff, Mayfair

El carruaje avanzaba a toda velocidad y Eleonor se estremecía con cada sacudida. Un calambre casi continuo le retorcía el bajo vientre, por lo que se agarró a las solapas de la capa con los dedos agarrotados para no gemir. Entonces vio cómo las hermosas manos de Key la abrazaban con cuidado. Tenía los nudillos desollados e hinchados, sobre todo el izquierdo. Temió que ella le hubiera hecho algo irreparable.

—¿Lo has...?

—Está vivo.

—Mi tía...

—No se enterará.

Ella no dijo nada más.

Llegaron a la casa y, sin esperar ayuda, Keiran dio un salto, la cogió en brazos y entró rápidamente ante los preocupados ojos de Ramsay y Agatha.

Hettie los siguió y, acercándose al mayordomo y al ama de llaves, les explicó concisamente en voz baja lo sucedido.

—Ay... —murmuró Agatha al ver el vestido manchado de sangre de la duquesa. Luego, se fijó en las manos del duque—. Oh, Señor mío...

Ramsay empezó a dar órdenes mientras Agatha les precedía escaleras arriba, junto con Hettie y Ben.

En la alcoba, Keiran recostó a Eleonor y esperó a que hablara.

—No podemos hacer nada ahora —le susurró ella, con un dolor indescriptible, mientras sollozaba en silencio.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él en tono severo.

—Solo lo sé.

—¿Os ayudo a desvestiros? —le preguntó Agatha en voz baja, ya flanqueada por Hettie.

—Agua fría, muy fría.

Unas compresas ayudarán a detener la hemorragia —ordenó Eleonor.

Hettie lo preparó todo y Agatha cogió paños secos del armario.

—Key, vete —le suplicó Eleonor.

—No.

—Por favor...

—No —repuso él, decidido a estar con ella y no soportaba verla sufrir así. Se quitó las botas y la corbata, y se sentó detrás de ella, soportando su peso—. ¡Agatha! Haz lo que tengas que hacer, yo estaré aquí.

Eleonor miró los ojos desconsolados del ama de llaves y, mientras esta comenzaba a limpiar la sangre y a asear sus partes íntimas, dijo en voz baja:

—Lo deseaba tanto...

Keiran contuvo la respiración.

—Lady Northcliff, sed tan valiente como siempre —la instó Agatha—. Tened un poco de

paciencia y llegarán más niños.

Eleonor sacudió la cabeza, negando enérgicamente, de forma demasiado desafiante, dudando de que Keiran estuviera de acuerdo.

Cuando el doctor Phillips entró en la cámara, lady Northcliff yacía en la cama, bajo la manta y con la espalda apoyada en el duque. Parecía dormida.

—Aquí estoy —se anunció el veterano doctor, dejando el maletín.

Eleonor abrió los ojos.

—Lo he perdido, pero aún tengo una pequeña hemorragia —le explicó con aparente lucidez.

El médico le miró la herida de la frente, alterando su expresión habitualmente apacible.

Eleonor intentó esbozar una justificación.

—Me he caído y...

—Ha sido el conde de Hereford —dijo inesperadamente y en voz alta el duque de Northcliff.

Agatha, que aún desconocía toda la verdad, abrió los ojos de par en par y se llevó las manos a la boca.

El médico entrecerró sus ojos cerúleos y miró atentamente a lord Northcliff. Luego hizo lo propio con Eleonor, intentando comprender por qué quería ocultar la verdad, y notó que sus ojos verdes no dejaban de derramar lágrimas silenciosas. Volvió su mirada al duque y le preguntó sin rodeos:

—¿Está vivo?

—De momento.

Eleonor sollozó ostensiblemente, sorprendida de que el médico se hubiera dado cuenta en un instante de lo que su marido podría hacerle a Andrew, y temerosa de lo mucho que podría sufrir su tía.

—Lady Northcliff, deberíais tumbaros de costado. Así está bien. Lord Northcliff, debo examinarla.

—Me quedo.

—Como deseéis —respondió el médico en voz baja.

Tras la revisión, el anciano médico suspiró.

—Sí, lo habéis perdido —se lo confirmó, ignorando las lágrimas de la duquesa—. Las compresas frías han ayudado, pero lo ideal sería una decocción antihemorrágica. Mrs. Brodie.

—¿Sí?

—Hervid esto —le explicó el hombre—, en una cazuela con la cantidad de agua equivalente a una jarra de cerveza. Lady Northcliff, tomaréis una cucharadita cada hora durante cinco horas. Volveré por la mañana para ver cómo estáis.

—¿Qué es? —preguntó Eleonor, llevada por su innata curiosidad.

—Me lo recomendó un colega en Italia. Lo llaman bolsa de pastor, *capsella* en latín. Os dejo dos bolsitas más —dijo, y colocó dos pequeños recipientes de tela sobre la mesilla de noche—. Siempre son útiles en el maletín de un médico. Os explicaré con calma cómo utilizarlo para regular el flujo femenino en pacientes que lo necesitan.

Keiran cogió uno y lo olió.

—Algunas personas la consideran una droga —añadió el doctor Phillips en tono frívolo, en un intento por distraer a su paciente mientras le palpaba delicadamente el vientre.

Eleonor escuchaba atentamente, pero un calambre la sorprendió y apenas movió la boca.

—Estos espasmos también pasarán, tened paciencia —dijo el médico—. Quizá podríais hacer algo para aliviar el dolor —añadió, mirando al duque.

Keiran dejó la bolsa en el suelo y asintió con la cabeza.

—¿Por qué la llaman bolsa de pastor?

—El colega que me la dio dice que es por la forma de las hojitas que brotan bajo las inflorescencias: parecen bolsas o corazones. Pero un labrador italiano me brindó otra explicación. Afirma que los pastores hacían bolsas con la planta.

—¿Bolsas?

—Sí, Lady Eleonor, bolsas —le respondió sin importarle haber usado su nombre—. En su interior había comida para atraer a los animales que no aceptaban tener amo.

—Qué historia tan interesante —comentó ella, emitiendo involuntariamente un sollozo.

El médico se inclinó para tocarle la frente hinchada.

—Sería recomendable aguja e hilo, mi querida duquesa.

—Adelante —dijo Eleonor con seguridad.

Keiran la admiró por su valor. Otra se habría quejado y habría cogido una rabieta. Se sentó al otro lado y le cogió las manos.

—Yo te ayudaré, *mo' leannan*.

El doctor Phillips tardó unos pocos minutos y Eleonor apenas notó dolor.

—Podéis aplicar una capa de ese ungüento de las mujeres... Caramba, ¿cómo se llaman?

—Homa y Asabi.

—Eso es. Volveré mañana. ¿Tengo que obligaros a tomar un sedante? No podéis seguir llorando y sollozando así.

—Lo sé, pero no consigo controlarme —admitió Eleonor con extrema sinceridad.

—Es la reacción al shock que habéis tenido. Pronto podréis intentar tener más bebés, querida. Sed como acostumbráis: valiente y tenaz —la animó el doctor, tocándole suavemente en la mejilla sonrojada.

—No creo que vuelva a ocurrir —respondió Eleonor en un tono tan bajo que incluso Keiran tuvo dificultades para oírla. Los sollozos comenzaron a escapar de nuevo de sus hermosos labios y las lágrimas fluyeron sin piedad.

—La verdad es que creo que os voy a recetar un sedante —dijo el doctor, pensándolo seriamente.

—Yo me ocuparé de eso más tarde, doctor, no os preocupéis —dijo Keiran inesperadamente.

—¿Podéis hacerlo con las manos? —preguntó el médico con curiosidad.

—Me parece que sí.

—Notable. Y sorprendente. Aunque ahora, lord Northcliff, me gustaría mucho ver vuestras manos. Están maltrechas.

—No importa. No me duelen.

—Solo un momento —insistió el médico.

Era increíble la autoridad que podían ejercer aquellos viejos ojos cerúleos.

Keiran le mostró las manos y, cuando el doctor se las tomó, sintió que el hombre de experiencia trataba de darle importancia a sus heridas, tal vez para suscitar una reacción en Eleonor.

—Hum, esto no me gusta nada.

Eleonor trató de levantarse.

—¿Qué tiene?

—Túmbate —le ordenó Keiran.

—Bueno, no es nada grave. Pero se infectarán y ya están demasiado inflamadas. Lady Eleonor, ¿no os importará encargaros vos misma? Solo os costará unos minutos y luego podréis recostaros de nuevo. Necesitaréis que alguien acerque vuestra bolsa a la cama y os sentéis, pero

manteniendo la espalda apoyada.

—De acuerdo. Lo haré yo, doctor.

Keiran apenas sonrió al doctor Phillips para agradecerle que hubiera intentado distraerla.

El doctor salió acompañado del duque.

—Siempre ha temido al demente de su primo. A pesar de todo, no consigue detestarlo. Veréis, lord Northcliff, es su naturaleza: buena, desinteresada, conciliadora y católica en el sentido más puro de la palabra. Y teme con locura por su tía y lady Nancy, es decir, lady St. James.

—Lo sé, doctor —admitió el duque—, pero no volverá a acercarse a Lio ni a su familia.

—No sé cuáles son vuestras intenciones, ni quiero preguntároslo, lord Northcliff. Sin embargo, ¿me diríais si debo ir a casa del marqués de St. James para visitar al conde de Hereford?

—No es necesario. Después de todo, lo que le hice a ese cerdo es exactamente lo que él le hizo a Eleonor durante su estancia en Shell Bay Manor. Y ella calló y aguantó en silencio, sin necesidad de intervención médica.

El doctor pareció sorprendido y desconcertado.

—Yo no... sabía que...

Hettie se acercó y dijo:

—Excelencia, disculpad mi intrusión... Tal vez podría acompañar al doctor Phillips y ponerle al corriente de lo sucedido. ¿Me lo permitís?

El duque asintió y estrechó la mano del doctor Phillips.

De repente, la habitación se llenó de silencio.

Keiran cogió la bolsa de Eleonor y la colocó sobre la cama. La ayudó a sentarse y le permitió que ella le curase.

—Debería haberle seguido en cuanto salió del salón —tuvo que admitir Keiran con gran sentimiento de culpa. Extendió la mano libre y le rozó la mejilla humedecida por las lágrimas.

Eleonor tragó saliva, intentando calmar el llanto silencioso que no le daba tregua.

—No debería haberme quedado sola.

Keiran apartó todo de la cama y se tumbó sobre ella, vestido, con el codo sujetando su cabeza. Su mano libre descansaba sobre el pecho de ella, a la altura del corazón.

—Cierra los ojos, *leannan*. Duerme.

Ella se dio la vuelta y apoyó la cara en la suya. Podía oler su perfume y notar la suavidad de su camisa.

—Sufro muchísimo, Key... Deseaba tanto esta criatura.

—Ay, no quiero que sufras tanto. La voz de Keiran tembló inesperadamente, conmovido al ver a su mujer en aquel estado y sufriendo él mismo la pérdida. Intentó contener las lágrimas que le subían a la garganta, pero sus ojos azules ya brillaban, empañados por estas.

Eleonor se sorprendió. Sabía que Key era un hombre sensible y bueno, pero nunca imaginó que lo vería a punto de llorar. Sintió un gran amor por él. Extendió la mano para acariciarle la cara.

—Tú también lo querías...

Él se recostó sin apartar la mano de ella y, cuando estuvo seguro de que estaba dormida, le secó las lágrimas y la besó con una pasión que surgía de lo más profundo de su ser. La amaba tanto.

Finalmente, su llanto silencioso se desbordó libremente. Permaneció inmóvil, sufriendo por el hijo perdido y por la desesperación de su esposa.

¿Por qué aferrarse tanto? ¿Por qué no admitir que deseaba un hijo?

¿Por qué no decirle que la amaba con locura, más de lo que había amado jamás a ningún otro ser vivo?

¿Miedo a sufrir? ¿A padecer una posible pérdida o un abandono?

¿Qué podía ser más doloroso que esto? Seguramente otros habían sufrido más, pensó. Pero la idea de que Eleonor pudiera dejarlo algún día le aterraba por encima de todo.

Y, sin embargo, ¿a cuántos les había ocurrido? ¿Cuántos habían sufrido separaciones, voluntarias o no?

Pensó en Axel y en su madre, abandonada por su padre; luego, en los progenitores de Eleonor.

Abrió los ojos y la miró.

Ella era mucho más valiente que él, esa era la verdad. Había creído en el refugio seguro que le ofrecía su tío Ernest, pero su muerte lo había destruido todo. Su primo la había aterrorizado durante años y casi la viola. Y ahora esto.

Eleonor merecía mucho más que un duque y su inmensa fortuna, mucho más que la seguridad que él le había dado.

Él le diría que la amaba y que anhelaba otro hijo.

* * *

7 de febrero de 1812

Ramsay se asomó por la puerta abierta del estudio del duque y lo vio de pie, de espaldas y con la vista fija en la ventana. Estaba mirando hacia afuera.

El mayordomo sintió que le tiraban de la manga y vio que Agatha le hacía señas para que la siguiera. Entraron en el pequeño salón y ella señaló la ventana.

Lady Northcliff caminaba sobre la hierba empapada de rocío, con la mirada perdida en la distancia y las manos hundidas en los bolsillos, de los que sacaba algo de vez en cuando.

—Si te paras en el umbral del estudio, se fijará en ti, Angus.

—Lo sé. Pero al menos tendría la excusa para ofrecerle ayuda. Desde el incidente, él parece tan desesperado.

—Lo está. No sabe cómo tratar a Lady Northcliff. Ella está ausente y perdida. Yo no esperaba que se lo tomara tan mal. Los preparativos de la fiesta la mantienen ocupada en cierto modo.

—Sin duda, un compromiso agotador para una joven que acaba de perder un hijo. Volver a abrir las habitaciones de arriba sería, simplemente, demasiado incluso para lady Bridget Northcliff.

Agatha suspiró mientras miraba a la duquesa.

—He intentado hablar con ella, pero evita el tema.

—He intentado hablar con él —dijo Ramsay, señalando el lado de la pared que daba al estudio —, pero evita el tema.

—Ha vuelto a tener aquel viejo sueño: el lugar del accidente de sus padres, la carroza destrozada, Keiran observando desde lejos con expresión impotente y desesperada. Sí, ha usado exactamente esas palabras: «Impotente» y «desesperado».

—No puede ser una simple coincidencia que el duque haya tenido el mismo sueño —añadió Ramsay, consciente de que Agatha no sabía nada al respecto.

—¿También él? Cuéntamelo.

—El lugar del accidente, la carroza destrozada y... —Ramsay señaló hacia la ventana—, ese colgante que ella no deja de sostener entre sus manos estos días. El duque dijo, palabra por palabra: «No puedo sostenerlo en la mano debido a las fuertes vibraciones que emite, y no entiendo por qué».

Los dos se miraron en silencio.

* * *

Keiran vestía pantalones largos, según la nueva moda de lord Brummell, y llevaba las manos en los bolsillos. Miraba fijamente a Eleonor, esperando que esta vez sintiera las vibraciones como siempre entre ellos y se diera la vuelta para buscarlo, pero nada.

Ella caminaba despacio, sin rumbo, con los ojos vacíos, la mirada perdida en el infinito, sin ninguna expresión en su bello rostro. Su mano aferraba aquel colgante, que había tocado la noche anterior mientras dormía; unos temblores inexplicables la obligaban a abandonar el objeto en cada ocasión.

Habían pasado cinco días y nunca habían hablado de la triste pérdida. A él le habría gustado sacudirle toda la pena, estrechándola con fuerza, abrazándola y consolándola, diciéndole que la amaba y que quería una familia completa con ella. Pero temía hacerlo en un momento inoportuno.

Eleonor había comenzado los preparativos de la fiesta la víspera, con su habitual vigor y sentido del deber; pero él podía percibir el esfuerzo que estaba haciendo para concentrarse.

Por la mañana se saludaban, a menudo desayunaban juntos y solían cenar con su madre y Roy en un ambiente lúgubre, pero educado. Por último, se encontraban en su cámara, donde cada uno realizaba sus rituales habituales en un silencio que pesaba como una losa. Se acostaban uno al lado de la otra hasta que él la atraía hacia sí y la abrazaba, y ambos se quedaban dormidos.

Habría querido hacer el amor con ella enseguida, dejarla embarazada de nuevo, pero el doctor Phillips le había hablado en privado al día siguiente del aborto y le había ordenado explícitamente que evitara las relaciones íntimas e incluso las efusiones de afecto para evitar las contracciones uterinas.

Decidió hablar con ella cuando la sintiera más receptiva. Tal vez la condenada y obligada fiesta ayudaría a todos a salir de aquel aciago momento.

* * *

«Quién sabe», pensó Eleonor, observando un arbusto. «¿Niño o niña? Aquí quedarían bien unas rosas. Lástima que no pueda conseguir las *Strelitzia reginae*. Tendré que invitar también al príncipe regente. Elegiré un vestido maravilloso: Key deberá causar una gran impresión. Decoraré el salón con esplendor, para que digan que soy una duquesa perfecta, digna del duque de Northcliff. Pero también nuestros sirvientes deben divertirse: organizaré una fiesta para ellos. Me encantaría ver a Maggie en compañía de Foster. Me preguntó si tendrán un niño o una niña. Me pregunto si mi pequeño era un niño o una niña».

Su mente vagaba incierta e inestable por los sinuosos recovecos de pensamientos extraños, siguiendo el ritmo acelerado de sus ojos verdes, que se detenían en numerosos objetos, pero solo por breves instantes. El cuerpo, debilitado por el aborto, se movía lentamente, como entumecido, pero al mismo tiempo a punto de estallar.

Eleonor se daba cuenta de que se hallaba en un estado poco habitual para ella y sentía una especie de rebelión contra aquel letargo físico y aquella agitación mental, dos sensaciones completamente opuestas entre sí.

Miró a su alrededor. Suspiró, sin saber muy bien lo que quería.

Sacó las manos de los grandes bolsillos de su capa y contempló sus dedos blancos y ahusados, la alianza, el sencillo diamante que emanaba destellos hipnotizadores, límpidos y multicolores. Luego, la niebla líquida de las lágrimas lo cubrió todo y los destellos atrayentes del anillo se convirtieron en niebla sobre imágenes indescifrables.

Cerró los ojos y, aferrando el colgante de su madre, dejó que unos rastros cálidos de lágrimas silenciosas empezaran a marcar sus arrugadas mejillas. Permaneció así, sumida en una muda desesperación, durante varios minutos.

Entonces, un ruido la hizo jadear. Se volvió hacia los árboles del bosquecillo, pero no vio a nadie. Sin embargo, le pareció ver una sombra.

Se enjugó las lágrimas, se miró los dedos húmedos y susurró: «Ya basta, Eleonor Grace, ya basta». Levantó la barbilla con gran dignidad y se encaminó a casa, incapaz, sin embargo, de ignorar el dolor causado por los moratones aún evidentes en su torso y vientre.

* * *

9 de febrero de 1812

El domingo siguiente Eleonor asistió a la misa de las siete.

Keiran la había seguido sin preguntar el motivo de aquella elección matutina. Había muy poca gente, todos ancianos, y sólo cuando el sacerdote mencionó a un niño no nacido, por el que rezaban, comprendió por qué Eleonor había elegido aquella hora.

—Deberías habérmelo dicho —le apremió cuando estaban en el carruaje.

Ella no respondió, mirando obstinadamente por la ventana.

—Eleonor.

—Discúlpame, tienes razón.

Estaba sentada frente a él, tranquila, sin mirarle.

Temía que Key quisiera hablar de lo ocurrido y no quería saber absolutamente nada de lo que había sido de su primo. Intentaba desesperadamente mantenerse alejada de la realidad el mayor tiempo posible, pero sabía que tarde o temprano algo o, más probablemente, alguien la estrellaría contra la vida cotidiana y sospechaba que sería su marido. Sintió que la miraba fijamente y comenzó a inquietarse.

—Tienes miedo —dijo Keiran.

—No quiero hablar de eso.

—Tendremos que hacerlo en algún momento —replicó Keiran en tono conciliador.

—Este no es el camino de casa. ¿A dónde vamos?

—A dar un paseo por el campo.

—No, no tengo tiempo, Key. Tengo muchas cosas que organizar para la fiesta. Te lo ruego, volvamos a casa. Además, mi tía y Nan vienen a visitarnos.

Keiran permaneció impasible, mirándola fijamente a los ojos y descubriendo en ellos una gran agitación. No sabía qué hacer y esa era una sensación completamente nueva para él. Y molesta, porque odiaba no tenerlo todo bajo control. Le dijo al cochero que se dirigiera a casa, luego tomó el brazo de Eleonor y la obligó a sentarse a su lado. No volvió a hablarle ni a tocarla, ni siquiera cuando llegaron a casa y Eleonor salió corriendo del carruaje sin esperar su ayuda.

* * *

—¡Por favor, por favor, por favor! —gritaba Caroline, tirando ligeramente de la manga de Annis.

—Quizá lady Northcliff quiera estar sola un rato, Carrie.

—No, yo la conozco y sé que le gusta estar con nosotros. Por favor, Annis, déjanos ir con ella al jardín.

Zaynab asintió con la cabeza, y Annis también.

—Entonces, vamos.

Caroline corrió a buscar su capa, seguida de Jonathan, Beyruud y las dos mujeres.

El estruendo que provocaron al descender las escaleras era comparable al de una de una estampida de bisontes, tanto que Roy salió del salón, donde charlaba con su madre, y preguntó:

—¿Qué está pasando?

Caroline se unió a él:

—¡Vamos a hacer compañía a Eleonor!

—Caroline —la amonestó Annis.

—Lady Northcliff, ¿vienes con nosotros? —preguntó la niña dando saltitos.

—¡Caroline! —volvió a reñirla Annis.

—Lord MacKendrick —se burló la niña—, ¿nos haría el honor de acompañarnos a reunirnos con lady Northcliff?

Roy soltó una carcajada.

—Está bien, voy.

El silencio volvió a envolver la casa en cuanto todos se fueron. Al mismo tiempo, el jardín cobró vida, aunque el día estaba gris por la inminente lluvia.

Jonathan estrechó la mano de Roy mientras Caroline corría rápidamente hacia Eleonor.

—¡Ellie! ¡Ellie! ¡Hemos venido a hacerte compañía! ¿Estás contenta? ¡Siempre estás sola! Estás triste. ¿Te ha molestado el duque? Si quieres, le diré que sea más amable, pero, cuando estemos solos, si no, Annis me regañará.

—No, el duque es bueno conmigo. Es bueno con todos —dijo Eleonor, sonriendo.

—Entonces, ¿por qué estás triste? ¿Por qué siempre te aferras a ese colgante? ¿De quién era?

—De mi madre —respondió Eleonor, abriendo la mano para mostrar el objeto.

—¿Puedes abrirlo? ¿Me lo enseñas?

Eleonor lo abrió, revelando una miniatura de sus padres, realizada por Keiran.

—¡Oh!, ¡tu mamá era muy guapa! Y tu papá... Annis diría fascinante. ¿Y detrás? ¿Me dejas ver?

—No puedo abrirlo. Está muy duro, tal vez esté atascado. Mi madre solía guardar medicinas en él. Le pediré al duque que me ayude.

—¿Echas mucho de menos a tus papás?

—Sí, mucho.

—Yo echo de menos a mi papá. Me acuerdo un poco de él. Mi mamá era una noble, ¿lo sabías, duquesa? Mi papá siempre decía que me parecía mucho a ella.

—Sí, ya me lo habías dicho. Seguro que tu madre era tan guapa como tú. —Eleonor le acarició suavemente el pelo.

—Carrie, ¿vamos a recoger flores? —le preguntó Annis, como si quisiera interrumpir su conversación.

Jonathan se acercó y señaló un lugar lejano.

—¡Vamo a recoge flore! ¡Vamo! ¡Vamo!

Eleonor miró la mancha amarilla que el niño había indicado en medio de la hierba.

—Está bien. Id vosotros delante, Annis y yo os seguiremos.

La niñera caminaba junto a la duquesa, sospechando que quería hablar con ella, tal vez sobre Beyruud.

—¿Por qué no queréis que se hable de la madre de Caroline? —preguntó Eleonor inesperadamente.

Annis se alarmó, temiendo estar haciendo algo incorrecto al responder con la verdad.

—Quizá deberíais preguntárselo a su excelencia...

—No. Te lo pregunto a ti. ¿Quién es la madre de Caroline?

La niñera suspiró.

—La hija del conde de Lennox.

Los ojos de Eleonor se abrieron de par en par y se detuvo.

—¿Lady Grafton? ¿La amante del duque? ¿Esa?

—¡No! No, lady Northcliff, no. ¡Me refería a lady Sarah! Era la hija menor del conde y nunca hablamos de ella porque, si lord Lennox, sus otros hijos, lady Grafton y lord Hamilton se enteraran, podrían reclamarla.

Eleonor razonó sobre esas palabras.

—Lo comprendo. Caroline debe estar protegida y vivir en paz. Gracias, Annis.

—De nada, excelencia. Permitidme indicaros que lady Grafton ya no es la amante del duque.

Su tono mordaz prevaleció sobre el cortés.

Y Eleonor se percató.

—Estás bien informada de las costumbres del duque —dijo Eleonor, molesta.

—Solo he pensado en tranquilizaros.

—Para mí que solo has intentado defenderle, Annis. ¿Qué hay entre vosotros que aún no sepa?

La niñera se inquietó, temiendo que la duquesa pensara mal de ella.

—Absolutamente nada. Simplemente crecimos juntos.

—Parece que hay cierta confianza entre vosotros.

—Simplemente crecimos juntos —repitió ella, convencida de que lo más prudente era omitir el hecho de que el duque, entonces un joven marqués, le había dado una lección práctica sobre cómo besar—. Su excelencia me enseñó muchas cosas. Pero nada más.

Eleonor la miró fijamente durante unos segundos y luego reanudó la marcha.

—Lo quiero mucho, lady Northcliff —añadió Annis, tocando el brazo de la duquesa y obligándola a detenerse de nuevo.

Se miraron la una a la otra.

—Os pido disculpas si he dado lugar a malas interpretaciones por el vínculo de afecto que me une a vuestro marido. Y os pido perdón si os he defendido. Pero es la verdad y debéis saberlo: el duque no ha tenido amantes desde que llegasteis al castillo.

—¿Y Mary Connelly?

La niñera se humedeció los labios, claramente angustiada por el delicado tema.

—No, lady Northcliff, ella tampoco.

—Te agradezco esas palabras, Annis.

Las dos mujeres continuaron en silencio y se acercaron a los niños.

Roy se situó junto a Eleonor y vio que volvía a tener el colgante en la mano.

—Eleonor, no soporto veros así.

Ella apretó los labios, negándose a hablar de eso. Le hizo un gesto apresurado con la cabeza. Se sentó en el prado y empezó a hacer collares y pulseras con las diminutas flores amarillas.

Zaynab volvió a casa y cogió unas mantas para que los niños se tumbaran.

Pasó una hora agradable, durante la cual Roy consiguió hacer reír a Eleonor y a los demás, mientras la vivacidad de los pequeños aliviaba la tensión de un ambiente que llevaba días sombrío.

No se dieron cuenta de que alguien les observaba desde la arboleda ni de que el carruaje de St. James había llegado.

La algarabía y las bromas dieron a Eleonor una especie de descanso de sus mil pensamientos.

Tal vez fue gracias a esas distracciones que finalmente captó la llamada desde la ventana del

estudio. Miró en esa dirección, entrecerró los ojos y vio a Keiran de perfil, hermoso, con el pelo negro un poco despeinado, levantando los brazos ¡y... se expresaba haciendo gestos con las manos!

No podía creer lo que veían sus ojos. Abrió mucho la boca, asombrada, y dejó caer la trama que tenía en la mano. Le miró horrorizada. Sí, estaba haciendo gestos con las manos. Se levantó de un salto y las flores se esparcieron por el césped.

—Eleonor, ¿estás bien? —preguntó Roy.

—Yo... tengo que irme... quedaos aquí con ellos... disculpadme. —Salió corriendo a toda velocidad, recogiendo la capa y el vestido, despreocupada por la falta de decoro que suponía mostrar las piernas desnudas y la alocada carrera.

Entró en la casa como un ciclón, dejando la puerta abierta, y se dirigió al estudio.

Abrió la puerta impetuosamente y se encontró a Keiran con las manos en alto. Ella jadeaba notoriamente, con el pelo revuelto y una coronita de flores amarillas entrelazadas en el moño ahora despeinado.

Cerró la puerta con violencia, tirándola con fuerza, y avanzó hacia su marido con agresividad.

—¡Tú...! ¡Te he visto! —dijo en voz alta, señalando la ventana.

Keiran permaneció impasible, mirándola por debajo de los párpados entrecerrados.

* * *

Daniel bajó del carruaje y ayudó a su joven esposa.

—*Recuerda, Danny: si es posible a mí también me gustaría hablar con el duque* —le repitió Nancy por tercera vez, utilizando los signos.

Daniel sonrió y le contestó:

—*Intentaré tenerlo en cuenta, cariño.*

Nancy se detuvo a observarlo.

—*¿Me estás tomando el pelo? ¿Por qué te lo he dicho dos veces?*

—*¡Claro que no! De todos modos, serían tres, no dos.*

Ella sonrió y entraron juntos en la casa.

—Buenos días, lady St. James, marqués. —Ramsay cogió las capas.

—¿En su estudio, Ramsay? —preguntó Daniel.

—Sí, exacto.

—¿Solo?

—Sí, lady Northcliff está en el jardín con los niños.

—Bien. Adviértele que lady St. James y yo queremos saludarle.

Ramsay hizo una reverencia y desapareció, y regresó poco después. Les hizo un gesto para que lo siguieran.

Daniel dejó pasar a Nancy y esta entró en el estudio del duque con el corazón latiéndole con fuerza.

—Hola, Blake.

—Danny. Me alegro de veros, lady St. James —dijo Keiran, acercándose para darle un beso de cortesía. Sonrió a la joven y le tendió la mano, que tembló un momento. Tenía miedo, lo notó claramente. Miró a Daniel de manera inquisitiva. Soltó la mano de Nancy y preguntó—: Veo que venís a hablar de Eleonor.

Nancy se quedó petrificada. Ellie le había hablado de cómo el duque podía ver el interior de las personas, sobre todo a través del contacto físico, pero haber tenido una experiencia directa le causó cierta impresión. Se volvió hacia Daniel e hizo gestos con las manos:

—*¿Se lo has contado ya o realmente lo ha sentido de mi mano?*

Daniel sonrió con simpatía y dijo, marcando bien las palabras:

—Te entiende, cariño.

Nan recordó que el duque también conocía el lenguaje de signos. Se volvió lentamente y le miró.

Keiran levantó las manos y marcó con los dedos.

—En cuanto Eleonor descubra que te has enterado antes que ella, discutiremos.

Nancy se llevó una mano a la boca y se rio.

—Tendrá que saberlo tarde o temprano. Y me temo que me corresponde a mí hacer la ingrata tarea —añadió Keiran, señalando el pequeño sofá donde se sentaron.

Agatha, ayudada por una camarera, sirvió té y varios dulces.

Nancy se alegró de servir, esperando encontrar el valor para expresar lo que quería expresar.

Keiran, tocando el brazo de Nancy, le dijo:

—Hablad abiertamente. Os escucho.

Nancy tomó aire, dejó la tetera y juntó las manos sobre el regazo.

—Estoy muy preocupada por Ellie.

—Yo también lo estoy —replicó Keiran, esperando a que ella añadiera algo más.

—No se trata solo de la triste desgracia.

—No lo entiendo —dijo Keiran, sorprendido de haber interpretado mal.

Nancy dudó un momento y Daniel añadió:

—¡No te va a comer! Explícalo todo con palabras claras, Nancy.

—Muy bien. Supongo que os habréis dado cuenta de que a menudo lleva en la mano el colgante de tía Sophie.

Keiran intuyó que se acercaba una noticia inesperada. Asintió con la cabeza para invitarla a continuar.

—Ella ha comenzado a tener de nuevo el viejo sueño del accidente.

Keiran lo comprendió al instante.

—El carruaje destrozado, el caballo muerto, yo mirando impotente. Y ella llorando.

—¿Te lo ha contado ella? —preguntó asombrado Daniel, olvidándose hacer los signos. Pero Nancy lo comprendió igualmente.

—Sí —respondió Keiran. Luego, añadió con las manos—: *El día del funeral de Nick y lady Hereford. Yo también había tenido el mismo sueño.*

—En realidad, también soñaba con ese colgante, que estaba abierto en su mano —explicó Nancy.

—Eso no aparecía en el viejo sueño —precisó Keiran—. *¿Por eso lo tiene tan a menudo en la mano?*

—Ni siquiera ella lo sabe. Dice que oye una llamada involuntaria y que se lo encuentra en la mano sin darse cuenta.

Keiran se levantó y se acercó a la ventana.

Eleonor estaba allí, sentada en el prado, con un montón de flores amarillas en el regazo, y Jonathan la miraba absorto entretejiendo los esbeltos tallos, mientras Caroline y Beyruud le llevaban más flores.

—Debería habérmelo dicho —le indicó él con las manos en dirección a Nancy.

—Tal vez lo haya hecho.

—Si estáis aquí es porque estáis convencidos de que no —la presionó Keiran implacable.

Nancy temía que Ellie no se lo hubiera contado.

—El caso es que le prometisteis hallar al culpable. No me malinterpretéis, os lo suplico, pero

ella nunca os preguntaría si habéis hecho algo al respecto.

Keiran comprendió que la joven estaba muy abochornada por lo que decía y temía parecer irreverente.

—Lo sé. Ella nunca pediría ayuda a menos que tuviera una necesidad urgente o un motivo sólido.

La puerta se abrió de golpe en medio de la frase que estaba pronunciando en dirección a lady St. James, y Eleonor apareció en el umbral, más hermosa que nunca en su salvaje desorden.

Dejó caer los brazos y Nancy se volvió asombrada al ver a su prima.

Eleonor solo tenía ojos y rabia para Keiran. Cerró la puerta de golpe y, en dos pasos, se plantó frente a él.

—Tú... ¡Te he visto! —acusó, señalando la ventana.

Keiran la estudió con ojos inescrutables y no dijo nada.

—¡Me has mentido! ¡Me has mentido! —dijo cada vez más alto, golpeando el suelo con un pie y apretando los puños.

Daniel pensó que su amigo había elegido a una mujer con la que lo pasaría mal.

—No grites —ordenó Keiran en tono de reproche.

—¡No estoy gritando! —dijo ella en un tono aún más alto. Y tú... —dijo dirigiéndose a Nancy —. ¡Tú lo sabías!

Nan tenía cara de culpabilidad.

—No te desquites con tu prima —le advirtió Keiran—. Ella también se acaba de enterar —le mintió sin pudor, pero con excelente habilidad.

Eleonor lo estudió para ver si decía la verdad. Luego se volvió hacia Nancy.

—¿Es cierto?

Nancy asintió enérgicamente... demasiado enérgicamente, pensó Eleonor.

—¡No te creo! —le dijo. Pero su ira iba más dirigida a su marido. Se volvió para mirarle de nuevo—. Fingiste no entender, y... ¡maldita sea!

—Eleonor.

—¿También conocéis vos los signos? —le preguntó a Daniel sin miramientos.

—Sí. El duque y yo lo aprendimos hace muchos años de un fraile que trajimos en mi barco. Debía ir a África.

—¿Por qué no me lo habíais dicho? —preguntó Eleonor con voz chillona.

—Sinceramente, lady Northcliff, era demasiada diversión ver vuestras conversaciones —admitió Daniel, sonriendo, pero con tono culpable—. Os ruego que seáis indulgente. Nancy lo fue cuando le dije hace algún tiempo que conocía los signos.

Eleonor se detuvo unos segundos a pensar en todas las veces que ella y Nan habían hablado convencidas de que nadie las entendía.

—Así que lo habéis comprendido todo... todo.

Keiran sintió ternura por ella, consciente de haberle causado un agravio. Extendió la mano y le tocó la barbilla, intentando aplacar su justa ira con dulzura.

Pero Eleonor se apartó bruscamente.

El silencio duró apenas unos segundos.

—¡Maldición! Entonces, la decisión de callar fue tuya, ¡Key! Eres un traidor, un embustero... —Lo miraba con ojos fulminantes, los labios apretados, las palabras atropellándose en su boca por la frenética urgencia de expresar todo su descontento.

Nancy se horrorizaba ante la posibilidad de que el duque explotara en cualquier momento y temía por su adorada prima.

Daniel la observaba divertido, pero se contuvo para no reírse.

—Ya basta.

Eleonor se paseaba de un lado a otro sin dejar de hablar.

—Mentiroso, experto en el engaño y la superchería, redomado embaucador.

—Bueno, se acabó —dijo Keiran levantando la voz—, ¡Siéntate!

Eleonor apretó los dientes y se sentó.

—*Os pido disculpas, lady St. James, por los impropios modales de la duquesa* —indicó Keiran, gesticulando lentamente con las manos—. *Al parecer, la tragedia le ha alterado los nervios, así que os ruego que seáis indulgente a la hora de juzgar su inapropiado lenguaje. Estoy convencido de que Eleonor querrá disculparse en persona, sobre todo ante el marqués*.

Eleonor guardó silencio, nada dispuesta a ceder.

Daniel intervino, conmovido.

—Estoy seguro de que los modales de la duquesa están dictados por su genuina espontaneidad. Al fin y al cabo, hemos sido bastante injustos, reconócelo, Kein. No espero una disculpa, de verdad, no la quiero. Y también hablo por Nan.

Keiran se plantó frente a Eleonor, mirándola.

—Una duquesa digna de su título se disculparía.

Con el orgullo herido y las lágrimas a punto de brotar, Eleonor se puso en pie y, con toda la dignidad de la que fue capaz, dijo:

—Marqués, Nancy, os pido disculpas por mis modales bruscos y completamente inapropiados. —Hizo una reverencia impecable y añadió—: Pero, más allá de eso, considero que el duque ha sido sumamente desleal al ocultarme su conocimiento, precisamente a mí, aprovechándose de mi buena fe para su innegable diversión. Ahora, si me disculpáis... que tengáis un buen día.

Salió de la habitación con tal rapidez que Keiran no logró detenerla.

—¡Endiablada muchacha!

Daniel se levantó y le puso una mano en el hombro. Dándole la espalda a Nancy para que no pudiera leerle los labios, dijo:

—No exageres, Kein. Eres demasiado severo con ella. Y nos equivocamos al fingir. Éramos conscientes de que alguien acabaría enfadándose.

Keiran miró la puerta cerrada por donde había salido Eleonor.

—Lo sé —contestó entre dientes—, pero te juro que, en ocasiones, me hace perder la cabeza.

—Y yo te juro que por eso te gusta tanto —respondió Daniel, sonriendo.

* * *

—¿Qué demonios ha pasado? —Roy había entrado en el estudio de Keiran, sabiendo que estaba solo. Era casi la hora de cenar—. Llevas aquí desde esta mañana, Keiran. Deberías prepararte.

—¿Qué hora es?

—Casi las siete.

Keiran resopló. El tiempo volaba cuando trabajaba con Simon, que ya se había ido hacía media hora.

—¿Y entonces? ¿Qué ha pasado? Eleonor ha entrado corriendo, furiosa.

—Lady Northcliff, Roy.

El hermano alzó los ojos al cielo.

—Sí, vale, pero ¿qué le pasaba?

—Me vio en la ventana usando el lenguaje de signos con lady St. James.

—Coño... Te has metido en un buen lío —murmuró Roy, incapaz de contener una carcajada.

Keiran lo miró con enfado.

—¿Vienes a informarte de los asuntos de mi mujer o solo a recordarme que debo cambiarme para la cena?

Roy se puso serio.

—Estoy aquí porque Eleonor... Lady Northcliff avistó a alguien en la arboleda. También Caroline. He encontrado esto.

Keiran se detuvo, mirando un cigarrillo fumado hasta el final.

—Eso no es mío. Si voy a fumar, desde luego no lo haré en la arboleda.

—Tampoco es mío —precisó Roy—, ni de Daniel, ni de nadie de esta casa. De hecho, para ser sincero, es un cigarrillo francés.

Los dos permanecieron un momento en silencio, mirándose el uno al otro, esperando que sus reflexiones los llevaran a una conclusión común.

—Un cigarrillo francés, un francés que la tiene tomada con el capitán Blake y sus misiones punitivas —sentenció Roy.

—O un inglés amigo de los franceses —añadió Keiran. De hecho, todo el mundo sabía que solo un inglés simpatizante de Napoleón fumaría esos cigarrillos en Londres, si bien a escondidas. —Los pensamientos volaron rápidamente hacia el conde de Bath.

—No me gusta, Kein. No me gusta nada que Eleonor esté ahí fuera todo el día, ni que los niños estén ahí, ni que...

—Tienes razón. Voy a llamar a Foster.

* * *

—Necesito vuestra experiencia y buen gusto, lady Bridget Northcliff —dijo Eleonor amablemente mientras servía el té después de la cena.

—Mi querida Ellie, dispones de mi experiencia, pero en cuanto al buen gusto, estoy segura de que no te falta.

—Me gustaría saber vuestra opinión sobre las flores que he elegido, la disposición de las mesas de bebidas y las sillas del salón de baile. Además, me gustaría instalar dos camerinos de señoras en lugar de uno.

—¿Por qué? —preguntó Roy, interesado.

—Porque son más las damas que se acicalan que los caballeros —explicó Eleonor—, y teniendo en cuenta que habrá unos doscientos invitados...

—Estoy totalmente de acuerdo —intervino lady Bridget Northcliff.

Se produjo un intercambio de opiniones, ideas y propuestas.

Hablaron de los invitados que contribuían al éxito de la fiesta, como lord Brummell, lord Byron y el príncipe regente. También hablaron de aquellos a los que se había invitado por obligación social, pero cuya presencia no habría sido bien recibida por todos.

—¿Lord Byron? —preguntó Keiran, perplejo.

—Sí —confirmó fríamente Eleonor, todavía molesta con él por el asunto del lenguaje de signos.

—Tiene un estilo de vida que desapruebo.

—Esa no es razón para no invitarle. Lo conozco y lady Bridget Northcliff suele reunirse con él en los círculos literarios; así que sería de mala educación extender una invitación a todos los miembros de ese círculo y no a él, ¿no crees? —Eleonor fingió serenidad, inclinando hábilmente la cabeza de modo afectado y convincente.

Keiran la estudió con indiferencia y reconoció su táctica para ocultar su resentimiento hacia él. No le contestó, pero no pudo evitar admirar su belleza, sobre todo después de tanto tiempo sin

intimar. Una punzada en sus entrañas le atravesó inesperadamente.

—Eleonor tiene razón —admitió lady Bridget Northcliff, tomando un sorbo de té—. Si hubiera podido, no habría invitado a algunas personas de cuya compañía no disfruto.

—¿Quiénes? —preguntó Roy con descaro.

—Roy —le llamó al orden su hermano mayor.

—Oh, no hay nada que ocultar —afirmó despreocupadamente su madre—. Me refería, por ejemplo, a lady Oxfuird, a la que encuentro presuntuosa con su constante aires de saberlo todo, o al barón de Douglas, del que desconfío mucho...

—¡Yo también! —concluyó Eleonor.

—... o a la condesa de Portland, por razones obvias que no voy a exponer —concluyó lady Bridget Northcliff.

—Seguro que todos tenemos antipatías hacia alguien —añadió Roy. Yo prescindiría de invitar a lady Arabella: cuanto más claro le dejas que no te interesa, más se te echa encima.

Eleonor se rio.

—¡O también al vizconde Hinchinghooke! ¡Insoportable! —admitió Roy con un elocuente gesto de la mano.

Keiran sonrió, levantando la comisura de los labios, y su aspecto era sorprendentemente distinto al habitual.

—¡Vamos, Roy! No será por su... ¿cómo decirlo? ¿Propensión a lo femenino? —preguntó Eleonor con genuina espontaneidad.

Keiran frunció el ceño peligrosamente.

—Querida, de verdad, no deberías saber esas cosas —murmuró Lady Bridget Northcliff con una sonrisa condescendiente.

—No, Eleonor. No es eso —replicó Roy, aun riendo—. No soporto su olor.

—¡También lo habéis notado! —exclamó Eleonor—. ¡Lo cubre con perfume! Ya está. Ya lo he dicho.

Roy soltó una carcajada, imitada por su madre.

Keiran suspiró con aire de indulgencia para dar la impresión de que mantenía cierto porte, pero en el fondo aquella conversación le divertía. Observó a Eleonor, que tomaba un dulce de un cuenco, y la encontró muy grácil y femenina. Parecía más relajada que por la tarde y pensó que quizá podría intentar hablar con ella antes de acostarse.

Roy y su madre observaban a la joven duquesa, como esperando una confesión.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, con el dulce recién mordido en el aire.

—Tu turno de hablar, querida. ¿A quién no invitarías?

Eleonor se sentó en una postura más cómoda.

—A lady Emily Barker, pues finge ser lo que no es. Es decir, no es la sobrina del marqués de Spencer, y todo el mundo lo sabe. Tiene que ser responsable de sus propias decisiones. Si ha decidido ser su amiguita, que acepte que la traten como tal.

—Amén —dijo Roy—. ¿Y qué más?

—Lady Bath oculta algo. Por eso me incomoda. La habría excluido si hubiera podido.

—¿Oculta algo? —preguntó alarmada lady Bridget.

—Sí, pero no sabría decir qué es. En cuanto lo averigüe, os lo haré saber.

Keiran admiró a Eleonor por haber entendido tanto de la condesa.

—Entonces, naturalmente, habría prescindido de lady Wilmot —dijo lentamente, mirando a Keiran, que había fruncido el ceño—, y de lady Grafton —concluyó estoicamente, pronunciando bien el último nombre.

El silencio fue más revelador que cualquier palabra.

Nunca como en aquel momento el Duque Negro había aparecido exactamente como le gustaba verlo a la buena sociedad: altivo, ceñudo, inquietante y misterioso por su aire inescrutable.

Lady Bridget Northcliff miró primero a Kein y luego a Ellie, y después a Roy, que había levantado las cejas, claramente poco dispuesto a intervenir.

—Querida, me atrevo a decir que sin duda tienes tus razones.

—Obviamente —dijo Eleonor con absoluta calma.

—Podrías no haberlas invitado. Eres una duquesa y no le debes explicaciones a nadie más que a mí —dijo Keiran inesperadamente.

Ella replicó con seguridad:

—El difunto lord Wilmot era amigo de tu familia y lady Grafton es hija y hermana de personas muy queridas en la mía. Una duquesa no elude sus responsabilidades, por engorrosas que sean.

Keiran guardó silencio, presintiendo que ella tenía más que decir.

—Además, no invitarlas habría significado admitir que las temo, algo que no me provocan en absoluto.

Eso era... había sobrepasado el umbral del valor y, temerariamente, habría buscado un enfrentamiento con sus antiguos amantes.

Roy emitió un silbido de admiración.

—Caramba...

—Sí, sin duda eres digna de tu papel. Yo debería haber hecho lo mismo en mi época —reconoció lady Bridget Northcliff.

* * *

En la cámara ducal reinaba un silencio sepulcral.

Habían encendido velas en las mesillas de noche y en el escritorio, donde Eleonor estaba sentada, con una mano alrededor del colgante y la mirada fija en el papel en el que dibujaba el boceto de su vestido para la fiesta. Estaba decidida a impresionar a todos, pero con elegancia y sencillez. Al día siguiente iría con Nancy a la modista.

Giró la cabeza al oír el chirrido de la puerta.

—He de recordarle a Ramsay que engrase —le dijo a Keiran, que acababa de entrar. Luego volvió a su dibujo.

Se fijó en el gesto, ya habitual, de sostener el objeto en la mano. Se acercó para observar desde arriba el papel en el que ella trazaba unas líneas indecisas.

—Tu cuerpo no es tan plano.

—No soy tan buena como tú. Lo importante es que la modista lo entienda.

Keiran cogió un lápiz y una hoja en blanco. Trazó unas líneas, observó el resultado desde la distancia, corrigió y retocó algo y, por último, lo puso por escrito.

—Este es tu cuerpo.

Eleonor sonrió.

—Lo reharé con tinta, así tendré una base sobre la que trabajar. Gracias. Se puso manos a la obra.

Keiran la dejó, empezando a desnudarse. Se puso la bata y se sentó frente a la chimenea con la carpeta oscura. Empezó a dibujar.

—Hay una lista de lo que he gastado ahí, en la mesita junto a ti —dijo Eleonor sin volverse.

—¿Gastado? —preguntó al ver el papel sobre la mesita.

—Sí, para la fiesta. He puesto el detalle de cada cantidad. Lo he escrito en grande para que

puedas leerlo mejor.

—No hace falta que hagas listas de lo que gastas, Eleonor.

—A mí me gusta así, quiero que sepas cómo gasto tu dinero.

—Nuestro Keiran leyó algún concepto. Tengo entendido que aún no te has comprado el vestido. ¿Cuándo irás?

—Mañana con Nan. Pero no te preocupes, utilizaré mis ingresos mensuales.

Keiran se levantó, se acercó a ella para abrir el cajón del escritorio y sacó un gran fajo de billetes. Lo puso encima del dibujo y dijo:

—Haré como si no hubiera oído lo que has dicho. Utilízalos. Todo. No me importa. Pero recuerda que yo te proporcionaré todo lo que necesites.

—Pero no...

—No digas nada, Eleonor —volvió a su asiento—. Y sobre tu prima: ella sabía que yo conocía el lenguaje de signos desde que estábamos en Escocia. Le pedí a Daniel que le recomendara que no dijera nada. Así que no la regañes mañana, porque es totalmente culpa mía.

—De hecho, ¡estoy enfadada contigo!

—Lo sé.

—¿Eso es todo?

Keiran la vio coger de nuevo el colgante entre sus manos. Quiso cogerlo y así comprender el misterio de aquel objeto. Entonces se dio cuenta de que Eleonor lo miraba con aire molesto, esperando una respuesta.

—Ya te he dicho que fue culpa mía.

—Si crees que eso equivale a una disculpa sincera y educada... —dijo ella dándole la espalda, fuertemente resentida. Volvió a coger el lápiz.

Keiran sabía que había sido injusto. Se levantó y se colocó detrás de ella, rodeándole el cuello con ambas manos.

—Te pido perdón por mi falta —susurró en un tono inesperadamente dulce. No fue fácil decir aquellas palabras, ya que no estaba acostumbrado a disculparse; pero la dificultad inicial fue ampliamente compensada por la mirada agradecida de Eleonor. Se inclinó para besarle ligeramente los labios, pero se apartó enseguida, porque no quería arriesgarse a desearla demasiado.

Ella le cogió la mano y, con un gesto espontáneo, se la besó.

—Te quiero mucho, Key, no te imaginas cuánto.

Keiran se emocionó mucho. Se inclinó sobre ella y la estrechó entre sus brazos, tocando su mejilla con la suya. Percibió el intenso amor que ella le profesaba y se sintió más feliz que nunca. Cerró los ojos, embriagado por su perfume y por el agradable contacto con su piel suave.

Pero entonces notó un odioso calor en su brazo que se convirtió en una fuerte vibración, constante e insoportable. Se echó hacia atrás y se masajeó el antebrazo: había tocado el colgante.

—¿Qué pasa? —preguntó Eleonor, que no se había dado cuenta de lo que había ocurrido hasta pasados unos instantes.

Keiran se mordió el labio, recuperó el aliento y agarró el colgante.

—Quieta.

Ella se quedó inmóvil, sintiendo sensaciones cada vez más intensas e incómodas que luego se convirtieron en ondas dolorosas. Intentó resistirse y se concentró en la imagen de una mano que sujetaba el objeto abierto, manchado de sangre, con los dedos de alguien.

Era demasiado y lo soltó.

—¿Qué sientes cada vez que lo tocas? ¿Te duele?

Keiran negó con la cabeza sin responder. Abrió y cerró la mano dolorida.

—Maldita sea... ¿Por qué la coges tan a menudo?

—No lo sé. No me doy cuenta de que lo hago hasta después de tenerlo en la mano.

Keiran lo miró fijamente, irritado porque no lo entendía.

—Le pediré ayuda a Roy o a Ramsay para abrirlo. Así no tendrás que volver a tocarlo —dijo Eleonor.

—¿Por qué? ¿No puedes abrirlo?

—Sí, es decir, no puedo abrir el pestillo del fondo, detrás de la miniatura, donde mi madre solía guardar las medicinas. Nunca lo he abierto desde que me lo regalaste...

—¿Tiene otro compartimento? —preguntó Keiran con asombro. Sentía que algo estaba a punto de suceder.

—Sí.

Miró sorprendido el colgante, como si lo comprendiera todo. Extendió la mano.

—Dámelo.

Eleonor se desabrochó la cadena de oro del cuello y se la dio.

—¿Qué te parece?

Keiran cogió la cadena sin responder, apretó los dientes y dejó que el colgante descansara sobre su mano.

El calor se extendió rápidamente y empezó a forzar la cerradura con gestos frenéticos. Por fin se abrió y apareció la imagen que él había dibujado. En el lateral, pudo ver la rendija que dejaba ver otro fondo debajo del dibujo. A pesar de las molestas vibraciones, intentó forzar aquella rendija con dedos seguros una y otra vez, hasta que le dolieron las yemas de los dedos. ¡No iba a dejar ese colgante! Empujó y tiró, mientras el dolor punzante en sus dedos aumentaba cada vez más.

—¡Key, déjalo!

—¡No!

—¡Ay, Key, te lo suplico!

—¡Maldita sea! —Keiran siempre había sido tenaz desde niño y sabía que conseguiría abrirla, aunque tuviera que despellejarse las manos. Tiró con un último esfuerzo y, de repente, el cierre cedió, haciéndole soltar un grito de dolor en el mismo instante en que algo pequeño y blanquecino saltó.

Keiran había dejado caer el objeto con un gesto de desesperación provocado por el intenso dolor. Permaneció inmóvil, con las manos contraídas, mirando al suelo.

El colgante yacía sobre la alfombra, junto a un trozo de tela que en otro tiempo debió de ser blanca y que presentaba finas rayas azul claro con manchas oscuras.

Una terrible sensación de trágica expectación flotaba en la habitación.

Keiran estaba seguro de que iba a ocurrir algo que cambiaría lo que conocían sobre la muerte de los padres de Eleonor. Se inclinó sobre sus piernas y apoyó los codos en las rodillas. Miró la tela y luego la cogió.

La visión de unos dedos empapados en sangre escribiendo sobre la tela le desgarró la mente. Agarró firmemente la tela con ambas manos para tensarla y sentir el sufrimiento de quien había dejado aquellas letras ensangrentadas: «KMK stop AH».

Eleonor lo vio y se horrorizó.

Reconoció la tela: ¡era del vestido de su madre!

Retrocedió hasta la pared conmocionada por aquella increíble constatación mientras el recuerdo inquebrantable de su madre vestida con el vestido claro a rayas azules el día que partió

hacia Molash llenaba su mente; la desesperación se impuso ante el significado de las letras escritas con lo que debía de ser sangre.

Empezó a jadear cuando las lágrimas le impidieron seguir mirando; escondió la cara entre las manos, incapaz de soportar la visión de lo que Key sostenía.

Keiran no había estado tan alterado en su vida. Tenía los labios entrecerrados en una expresión incrédula, tratando de encontrarle sentido a lo que estaba viendo; pero no encontraba nada que justificara la siniestra escritura con sangre que acusaba a AH, es decir, Andrew Hambrook.

Percibió la conmoción de Eleonor y la miró. Estaba tan afectada que respiraba con dificultad. Lloraba, apoyada contra la pared y con la cara cubierta por unas manos temblorosas.

Él se puso en pie y se colocó frente a ella; colocó su mano libre sobre su pecho jadeante y le proporcionó un momento de alivio a través de ese contacto. Pero la rabia le subía cada vez más al cerebro, un frenesí enloquecido se apoderó de él y, con extrema lucidez, se dio cuenta de lo que debía hacer.

—Lio, tengo que irme.

Ella le miró, pero no le oyó.

—¡Lio! ¡Debo irme! —replicó Keiran, sacudiendo apenas la mano— ¡Contesta!

Eleonor asintió.

—Nadie debe saberlo, ¿entiendes?

Ella volvió a asentir.

—Cómo... quién ha... mi madre... ¿fue ella? —preguntó balbuceando, olvidando que su madre había muerto en el acto.

Keiran apenas negó con la cabeza.

Eleonor razonó durante unos instantes y se dio cuenta de que debía de haber sido su padre.

—Lo matarás —afirmó con un tono callado y aterrorizado por el futuro.

Keiran permaneció en silencio, pero esta vez ni siquiera movió la cabeza. Simplemente acercó su rostro al de ella, sin detenerse a mirarla, y la besó en los labios antes de darse media vuelta.

Se vistió con gestos bruscos, dictados por su afán de hacer justicia, y salió de la habitación muy deprisa, sosteniendo en la mano el trozo de tela que Nick había escondido en el colgante de Sophie tantos años atrás.

¡Increíble! Ahora ya no le dolían las manos, ni siquiera al tocar aquella tela. Solo podía sentir el sufrimiento de su querido amigo en el momento anterior a su muerte.

—Excelencia.

—¡Ahora no! —le contestó a Ramsay, dirigiéndose a la puerta.

—¡Se trata de Foster! Es urgente.

Keiran se detuvo con el picaporte aún en la mano. Miró al mayordomo.

—¿Dónde está?

—En el estudio.

—¡Que preparen a Darken! —ordenó, caminando a grandes zancadas hacia el estudio. Entró y cerró la puerta. —Rápido, Foster.

—Muy bien. El labrador borracho, el que vi hablando con Hereford y encontré muerto en su casucha, ¿os acordáis? —dijo Hugh Foster, preguntándose por qué el duque tenía tanta prisa por irse. Se fijó en el trozo de tela que llevaba en la mano.

—Continúa.

—Tiene una hermana que cocina en una tasca de la zona de Molash, es buena cocinera. —Foster hizo un gesto con la mano y continuó—. Aproveché para hablar con ella. Tiene hijos mayores y reiteró que su marido no tolera que beban para que no acaben como su hermano, el

labrador. Le pregunté cómo había sucedido. Parecía feliz de hablar del tema. Dijo que el conde de Hereford se refería a Nicholas Hambrook, y que había sido bueno con aquel ingrato granuja, dándole tierras para cultivar y una modesta casita, pero que cuando entró en negocios con el nuevo conde, todo cambió.

—¿Ernest?

—No, el joven, como lo llamó ella.

—¿En negocios?

—Al parecer, Andrew le había pagado por un trabajito fácil por el que, en cambio, murió el granjero. —Foster hizo una pausa, pensando en la mejor manera de decirlo todo con claridad—. Yo pregunté qué había pasado, ya que el trabajo era tan fácil. La mujer me contestó que, en sus propias palabras, incluso llevar un carro por el camino de Molash y esperar un carruaje sería peligroso si se trataba de ese delincuente del joven conde. —Foster guardó silencio para dar tiempo al duque a darse cuenta de la conexión entre el accidente de Nicholas y el carro del labrador.

Pero Keiran solo había tardado medio segundo en intuir la verdad.

—Continúa.

—Según la mujer, el labrador recibió una gran recompensa. El hombre le dio la mitad, cuatro libras, para que sus hijos pudieran estudiar. —Foster permaneció en silencio, inmóvil, esperando la reacción del duque. Le conocía lo suficiente como para saber que, mientras miraba fijamente la débil llama que quedaba en las brasas de la chimenea, estaba evaluando la gravedad de la situación. Le vio volverse de repente y mirarle directamente a los ojos.

—¿Qué opinas?

—Fue él, el joven Hereford. Solo es cuestión de hacerle hablar. Y, en cuanto a eso, francamente creo que solo vos podéis hacerle confesar.

Keiran se volvió hacia el fuego, con la rabia a flor de piel, y vio los rostros de Nick y Sophie. Y luego el hermoso rostro de Eleonor, sola y desamparada por culpa de ese puerco de primo.

—Casi la violó cuando estábamos en Escocia, antes de desposarnos —confesó inesperadamente mientras rechinaba los dientes tratando de controlarse—. Le hizo mucho daño.

A Hugh le sorprendió la confianza que el duque depositaba en él, a pesar de que ya sabía lo que había ocurrido.

—Maggie me lo contó hace poco.

Keiran volvió a mirarle.

—Volvió a pegarle en la boda de St. James, y perdió a nuestro hijo.

Los ojos de Hugh se abrieron de par en par al descubrir la horrible verdad.

—Maldito cabrón.

Keiran extendió la mano y le entregó a Foster el trozo de tela.

Hugh lo estiró y lo observó atentamente. Abrió mucho la boca y miró al duque.

—Acabamos de encontrarlo mi mujer y yo en el colgante de Sophie, lady Hereford. Debo irme, Foster.

—Esperad, podría ir con vos, sería mejor.

El duque de Northcliff negó con la cabeza.

—No, gracias, Foster. St. James estará allí para impedir que lo mate.

Salieron juntos por la puerta principal.

El duque montó en su caballo de un salto y Foster lo vio alejarse, angustiado por su reciente descubrimiento y apenado por la joven duquesa amada por todos, a la que él mismo había visto varias veces deambulando por el jardín con aspecto triste.

* * *

Keiran se presentó en casa de Daniel a deshora y el mayordomo le dijo:

—El marqués ya está en su alcoba, excelencia.

—Le espero en el estudio.

—Muy bien, excelencia —contestó el hombre, nada perturbado por la pretensión del duque, acostumbrado, de hecho, a este tipo de peticiones imprevistas que, extrañamente, sucedían más a menudo de noche que de día.

Diez minutos después, Daniel apareció en bata, pero absolutamente despierto.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupado.

Keiran le tendió un vaso de whisky y, antes de hablar, tomó un sorbo del suyo.

—El accidente de Nick.

Danny frunció el ceño.

—Fue él —dijo Keiran de manera concisa, señalando con el dedo índice hacia abajo, donde estaba el sótano.

—¿Qué?

Keiran lo miró fijamente. Luego sacó del bolsillo la tela, que en otro tiempo había formado parte de un bonito vestido de mujer, y se la entregó a su amigo.

—Estaba en el doble fondo del colgante.

Los ojos de Daniel se abrieron de par en par. Abrió la tela y vio aquellas letras oscuras: «KMK stop AH».

—Keiran MacKendrick, detén a Andrew Hambrook —interpretó con voz audible—. No me lo puedo creer. Escribió eso antes de...

—Tengo más pruebas. Gracias a Foster. Tengo que conseguir que confiese. Sin matarlo. Así que se quedará conmigo.

Daniel lo estudió con sus ojos dorados.

—Si realmente decidieras matarlo, no te garantizo que pudiera detenerte. Puedo ver lo que sientes, Kein. Tu cólera amenaza con obligarte a hacer algo de lo que te arrepentirías.

—¿Ha sucedido eso alguna vez?

—No... hasta ahora. Pero esta vez es diferente, tú también lo sabes.

Keiran asintió.

—Vamos.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Y luego qué?

—No lo sé, Danny. Ya decidiré.

—Esto se pone feo para el conde. Tiene mucho que explicar. Termina tu licor. Voy a vestirme.

Keiran asintió con la cabeza y, mientras temblaba de ganas de ponerle las manos a Andrew Hambrook, siguió dando sorbos a su whisky.

* * *

Andrew tenía una larga barba, apestaba y el miedo había sido sustituido por una rabia loca por las condiciones en las que había sido abandonado. Siempre comía, pero poco. La falta de opio le había sentado mal, sobre todo durante la noche, que pasaba en la cama de paja que le había preparado un sirviente. Había intentado escapar, pero como el hombre que traía la comida nunca estaba solo, no había podido ir más allá de la primera mitad de la escalera.

Durante los dos primeros días, había gritado pidiendo ayuda, pero el sótano estaba bien aislado del resto de la casa y aún más del exterior.

Al tercer día, el siervo abrió la puerta justo cuando Andrew gritaba dirigiéndose al marqués y al duque.

—He oído vuestros gritos, pero solo después de abrir la puerta. No os conviene seguir haciéndolo, porque nadie os va a oír. Lo digo por vuestro bien.

—¡Vete a tomar por culo, cabrón! —le había contestado Andrew desde la celda donde estaba encerrado.

El siervo se había encogido de hombros, le había entregado la comida y se había marchado.

Desde entonces, el conde de Hereford no había vuelto a gritar.

Contaba las horas que faltaban para su próxima comida con la ayuda de su reloj de bolsillo, que milagrosamente había sobrevivido a la paliza que le había propinado el duque.

Al recordar aquel día, solo podía imaginar la venganza, pero sabía que aquel hombre era realmente peligroso.

Oyó abrirse la puerta a lo lejos. Miró el reloj: eran las diez y veinte. Evidentemente, la cena ya había terminado, así que alguien bajaba a verle.

Se levantó y se acercó a los barrotes. Vio a su cuñado.

—¡Por fin os dignáis a liberarme! ¿Cómo habéis podido retenerme?... —Andrew enmudeció al ver al duque caminar con aire impasible y frío, pero con unos ojos que infundían terror. Empezó a inquietarse. Retrocedió hacia el centro de la celda.

Daniel le entregó la llave a Keiran, se apartó y se apoyó en la pared del fondo. Sacó un cigarrillo y empezó a fumar, mostrándose totalmente indiferente a su entorno.

Keiran abrió la celda.

Andrew retrocedió de nuevo, estudiando cada movimiento del duque.

Para su asombro, vio que el duque había dejado los barrotes abiertos y se dirigía a la mesa del centro de la habitación. Vio cómo se quitaba la chaqueta, se remangaba la camisa, sacaba un cuchillo curvo de la cintura del pantalón y lo colocaba sobre la mesa, junto a un trozo de tela amarillenta manchada de oscuro.

—Hereford, sal —le ordenó Daniel.

—¿Qué queréis?

—Sal o será él quien te saque —dijo Daniel.

Andrew avanzó lentamente, salió de la celda y se hizo a un lado.

Finalmente, Keiran lo miró, y una fuerte arcada le subió a la garganta. Sentía los desequilibrios de su mente y la maldad que flotaba en su corazón. La certeza de lo que había hecho a Nick y Sophie lo hacía hervir de rabia con solo mirarlo. Avanzó, situándose frente a él, fijándolo con una mirada feroz.

—Le pagaste ocho libras al campesino borracho para que se interpusiera en el camino y mandaste cortar el eje del carruaje de Nick. Confiesa y no te mataré. —El tono de voz de Keiran era bajo, claro y terriblemente inquietante.

Andrew empezó a temblar, incrédulo ante lo que acababa de oír, y apretó los puños en un intento de disimular su miedo. Se preguntó cómo lo había podido saber, tal vez todo fuera un farol. Razonó rápidamente: si lo negaba, el duque lo destrozaría con ese cuchillo y el marqués no movería un dedo; si confesaba, quizás evitaría cualquier tortura.

No veía otra solución, pero su mente nublada por el miedo trataba de encontrar a alguien más a quien culpar por aquel suceso. ¿La propia Eleonor por la herencia? No, solo uno habría de heredar: ¡su propio padre!

—Fue mi padre quien me ordenó provocar el accidente.

Daniel se rio y sacudió la cabeza.

—Eres gilipollas si te piensas que él se va a creer semejante estupidez.

Keiran estaba a punto de estallar. Se volvió para mirar a otro lado y domar su instinto de reacción, y dijo:

—No has entendido nada. Tengo pruebas.

—¡Fue mi padre! ¡Me obligó a hacerlo todo y luego...!

Keiran lanzó el brazo con tal velocidad que Andrew no comprendió qué le había golpeado. Se desplomó en el suelo con la nariz rota y sangrando.

Keiran se apartó para dominar el impulso de golpearle más fuerte.

—Respuesta equivocada, Hereford —dijo Daniel, apagando el cigarrillo.

Andrew se tocó la nariz dolorida y gimió.

—¡Se supone que vos deberíais ayudarme! ¡Joder, soy vuestro cuñado!

—Pero si te estoy ayudando: estoy aquí para evitar que te mate.

—¡No puede hacerlo!

—Si no confiesas, tampoco podré detenerlo.

Andrew vio que el duque se acercaba de nuevo. Se levantó con dificultad apoyándose en la pared.

—A la próxima mentira —le advirtió Keiran sin apartar la mirada de ella—, te desfiguraré la cara. Ni siquiera tu cariñosa Pussy Cat te querrá ya.

Andrew estaba aterrorizado y confundido: ¿cómo diantre sabía el maldito duque todas esas cosas?

—¿Quién coño es Pussy Cat? —preguntó Daniel.

—Una putilla, que más parece un niño. Se la folla por detrás porque le gustan los chiquillos —respondió Keiran, clavando su mirada en los tímidos ojos del conde.

—Mal asunto, conde —comentó Daniel, torciendo la nariz con disgusto.

—Espero tu confesión —reiteró Keiran.

—Solo seguí las órdenes de mi pa...

Keiran lo agarró del cuello y lo levantó del suelo.

—¡Puedes defenderte si quieres! —le dijo, casi esperando que lo hiciera para infligirle más daño.

Pero Andrew se sentía impotente ante la fuerza de Northcliff y solo consiguió aferrarse a sus brazos antes de que lo mandara al suelo.

Keiran se subió encima de él y le propinó varios puñetazos en la cara, golpeándole repetidamente, indiferente a sus intentos de defenderse y a sus gritos de dolor.

Andrew tenía la cara hinchada y cortes en varias partes. La sangre manchaba la ropa y el suelo.

Tras el octavo puñetazo, Daniel se apartó de la pared y se colocó junto a ellos.

—Blake.

Keiran volvió a asestarle un puñetazo.

—Blake.

Por último, se detuvo, se levantó jadeando y con los nudillos de las manos destrozados, mientras se le notaba el temblor.

—¡Joder! ¡Si no habla, lo mato! —jadeó Keiran.

Daniel miró al conde y vio que tenía mal aspecto. Le tocó con la punta de la bota.

—¿Te das cuenta de que habla en serio? Si no, todo habrá terminado para ti. Dile la verdad.

Andrew estaba demasiado mal para levantarse y por fin comprendió lo que iba a pasar. A través del orificio de su entumecido ojo izquierdo vio que el duque sostenía ahora el cuchillo.

Intentó hablar, pero tenía los labios hinchados y le dolían muchísimo. Extendió las manos en un gesto de rendición. Pero cuando vio que el duque avanzaba con el cuchillo en la mano izquierda, empezó a arrastrarse hacia atrás. Murmuró algo ininteligible mientras babeaba sangre.

—Bien... De acuerdo...

Daniel detuvo a Keiran, sujetándolo del brazo.

—Espera. Está diciendo algo.

—Yo... fui yo.

Keiran se detuvo; el deseo de golpearle de nuevo era mayor que antes. Su mirada adusta aterrorizó al maltrecho conde, y preocupó mucho a Daniel.

Este comprendió al instante que su amigo podía estallar en cualquier momento, y no solo para continuar dándole una paliza. Dio un paso adelante y le sujetó firmemente el brazo derecho con una mano. Se miraron a los ojos.

—No lo hagas.

—¡Nunca he querido matar a nadie como quiero hacerlo ahora! Y duele mucho, joder, duele mucho. —Keiran había utilizado un tono de voz alto e inusual.

Daniel sintió la tensión en los músculos de su brazo y no lo soltó.

Finalmente, Keiran retrocedió dos pasos, haciendo girar el cuchillo en el aire, lo cogió y lo depositó sobre la mesa, golpeándolo con fuerza. Puso la mano sobre el trozo de tela y cerró los ojos, como si buscara una respuesta a lo que debía hacer.

Volvió a ver el rostro sonriente de Nick mientras charlaban sobre la carga del «Eleonor Grace» y las extravagancias de su hija.

—Dámelo, Kein —ordenó Daniel, cogiendo el pequeño cuadrado de tela de los temblorosos dedos de Keiran. Se inclinó sobre Andrew y le dijo—: Pedazo de mierda, mira lo que tengo aquí.

El conde, sentado en el suelo de espaldas a la pared, goteaba sangre por la boca y la nariz. Abrió un ojo, el más sano, y miró lo que el marqués le mostraba. Al principio no lo entendió, pero cuando leyó las iniciales, todo quedó claro: el destino, al que su bella prima llamaba a menudo Providencia, le había alcanzado, reclamando justicia por mano de su tío.

—El propio Nick, tu tío, aportó la prueba. La escribió justo antes de morir. Lástima que el duque la haya encontrado ahora; de lo contrario, estarías en la cárcel desde hace tiempo.

—Nada de cárcel —aseveró inesperadamente Keiran, mientras hundía las manos en una palangana con agua helada que había en un rincón—. Lo enviaré a Abu Dabi con una carta para Shakhbut bin Dhiyab Al Nahayan.

Daniel se volvió para mirarlo. Venganza o justicia, sin duda esa elección habría sido un castigo mucho más adecuado que un simple encarcelamiento.

—Seguro que el jeque sabrá cómo tratarlo —sentenció Daniel.

* * *

Maggie le ofreció el vaso con un chorrito de brandy a lady Northcliff, pero los ojos de esta no se apartaban de la hipnotizante luz de las llamas de la chimenea.

—Lady Ellie.

Hettie la observaba preocupada: primero la desgracia del niño, ahora la certeza de que su primo había planeado el fatal accidente. Se acercó a ella y le cogió la mano, obligándola a sostener el vaso.

Eleonor levantó el rostro para mirarla.

—Gracias. Si queréis iros...

—No, Eleonor. Esperaremos con vos el regreso del duque —respondió Hettie con presteza.

—Pero Maggie estará cansada —susurró Eleonor, haciendo un gesto hacia el vientre apenas

abultado de la doncella.

Maggie había llegado con Foster, después de que este la recogiera en casa del marqués de St. James.

—Hugh ha hablado con su excelencia antes de irse. Así que él también quiere esperarle para poder volver juntos a casa. Además, estoy bien, no os preocupéis por mí, lady Ellie.

—No pensaba que fuera tan malo —dijo Eleonor.

Las dos criadas se miraron y asintieron.

—Quizá solo esté enfermo, quizá sea un problema de mente débil —dijo Eleonor con la compasión que le era propia.

—Sea lo que sea, es culpable y no merece ni la mitad de vuestra compasión —replicó Maggie contrariada.

Eleonor la miró a los ojos.

—Temo que lo mate —susurró—. Mi tía sufriría mucho.

—Lord Northcliff no iría tan lejos —dijo Hettie.

—No cuentes con ello —intervino Maggie sin piedad.

—¡Maggie!

—¡Oh, vamos! ¡Es bien sabido que el duque no da cuartel a quienes cometen graves injusticias!

—¡Eso no significa que vayas a matarlo! —Hettie parecía convencida de lo que afirmaba—. Encontrará un castigo justo, desde luego, la cárcel.

—¿Justo? ¡La cárcel no sería suficiente! —Maggie añadió molesta—. ¿Os importa que me siente un momento?

—Sentaos los dos, por favor.

Hettie empezó a remendar algo y Maggie la observó.

El silencio envolvía la habitación y solo el crepitar de la leña encendida interrumpía aquella paz de vez en cuando.

Los pasos rítmicos y decididos que subían las escaleras y cruzaban el pasillo fueron una llamada de atención para las tres mujeres. Las doncellas se levantaron al mismo tiempo que Eleonor y esperaron a que se abriera la puerta.

El duque de Northcliff apareció en el umbral con la mirada tétrica, ya ensombrecida por la barba. La miró y se quedaron mirándose durante unos instantes.

Su pelo negro y revuelto, con algunos mechones caídos hacia delante de forma desordenada, y sus manos sonrojadas e hinchadas lo revelaban todo. Cuando vio que Eleonor lo miraba, se decidió a hablar.

—Podéis iros. Gracias por haberos quedado —dijo a las dos chicas.

Hicieron una reverencia y salieron, dejando a la pareja sola. Se precipitaron por las escaleras y se encontraron a Ben y Foster en la cocina, susurrando algo a Ramsay y Agatha.

—¿Y? —preguntó Maggie con curiosidad.

—Vamos —dijo Hugh rotundamente.

—¿Qué? ¡No! Quiero saber...

—He dicho que nos vamos.

Maggie se mordió el labio, se despidió y salió tras ponerse la capa que Hugh le había traído.

Hettie permaneció en silencio, esperando a que Ben le informara.

—Le decía a Angus que el duque ha hablado poco. Ha dicho que nunca había deseado matar a un hombre. Sé que odia hacer daño a sus semejantes, incluso cuando simplemente está haciendo justicia.

Ante esas palabras, Agatha y Angus asintieron para confirmar las palabras de Ben.

—Le he oído dar las gracias al marqués y finalmente le ha abrazado.

—¿De verdad? —preguntó Angus sorprendido.

—Sí.

—¿Gracias por qué? —preguntó Hettie con ingenuidad.

Ben la miró un momento y luego decidió explicarse.

—Supongo que por no permitirle que matara al conde.

Hettie abrió la boca, muy impresionada, pero no dijo nada.

—Me parece obvio que el duque sospechaba que no podía evitarlo, o no habría permitido que el marqués asistiera, ¿no te parece, Agatha? —preguntó Angus.

El ama de llaves asintió rápidamente y añadió:

—¡Pero se lo habría merecido!

—La mazmorra es lo que se merece —exclamó Ramsay.

—Lamento echar por tierra tu teoría, Angus —dijo Ben—. Pero el duque lo ha dispuesto de otro modo.

Todos lo miraron asombrados, a la espera de aquella información inesperada.

—Shakhbut bin Dhiyab Al Nahayan —pronunció Ben.

Angus y Agatha emitieron un sonido de asombro, demostrando que sabían de qué estaba hablando Ben.

Hettie miraba a uno y a otra sin comprender en absoluto. Finalmente, preguntó:

—¿Quién es ese Shak... Shak... quienquiera que sea?

—Vamos, Hettie, ven conmigo. Te explicaré algunas cosas sobre el Oriente árabe —dijo Ben, tomándola del brazo.

* * *

Eleonor tenía los ojos desorbitados por el miedo y lo miraba fijamente, esperando a que hablara.

Keiran se dio cuenta de su estado de ánimo y sintió lástima por ella.

—¿Qué has hecho?

—Está vivo.

Eleonor dejó escapar un suspiro.

—Mi tía...

—Lo sé. Temías por ella. Pero ahora debes saber que no la volverás a ver.

—¿Qué?

Keiran dio unos pasos hacia ella. Vio el vaso, lo cogió, lo olió y se bebió su contenido de un trago.

—Lo enviaré a Abu Dabi, al jeque Shakhbut bin Dhiyab Al Nahayan. Se le informará de los crímenes que ha cometido el conde y se encargará de mantenerlo prisionero, con las restricciones físicas que yo le indique.

Eleonor estaba confusa y asombrada: ¿lo habrían matado en tierra extranjera? ¿Lo iban a encarcelar? ¿Lo iban a torturar?

Keiran captó sus pensamientos.

—No lo matará ni lo torturará. No sería capaz de soportar más de cinco minutos de maltrato.

—¿Cómo lo sabes? ¿Le has pegado? —preguntó Eleonor incautamente. Ella ya sabía la respuesta, pero quería oírselo decir a él.

—No preguntes.

—Quiero saberlo.

Keiran la miró fijamente. Parecía esperar algo, tal vez la confirmación de que Andrew había sufrido al menos un poco por lo que les había hecho a sus padres, a ella y a su hijo. Sí, podía ver su sed de venganza. Le asombró, pero no le escandalizó.

—Sí, le he dado una paliza, más que el día de la boda de Danny.

Eleonor le escuchó sin alterarse, de hecho parecía esperar más detalles.

—¿Qué quieres saber, Eleonor?

—Todo, creo.

—Bueno, te complaceré. Pero después de esta noche no volveremos a hablar de ello. —Se acercó a la mesa donde estaba la botella de brandy y se sirvió. Bebió y luego se la entregó, ordenándole que hiciera lo mismo.

Eleonor tragó un buen sorbo sin dejar de mirarle.

—Le he dicho que confiese. Ha acusado a Ernest de haberle ordenado planear el accidente y le he roto la nariz.

En ese momento, los ojos de Eleonor se abrieron de par en par, incrédula ante la mentira de su primo e impresionada por la actitud violenta de Key. No podía imaginarse que fuera malvado y peligroso.

—Ha seguido negándolo. Le he estampado contra el suelo y le he destrozado la cara. Estaba a punto de acabar con él, pero Danny lo ha impedido.

Primero mostró una expresión turbada y luego aliviada.

Y Keiran continuó sin piedad su relato.

—He cogido el cuchillo y he decidido que le dejaría un recuerdo imborrable en la cara. Pero tenía miedo y al final ha confesado.

Eleonor lo estudió detenidamente.

—¿De verdad le habrías matado?

Él parecía angustiado, como si se sintiera culpable por su enfermizo deseo. Apartó la mirada y clavó los ojos en un punto impreciso de la alfombra persa, mordiéndose el labio inferior.

—Quizá si Danny no hubiera estado allí... —lo admitió.

—¿Le habrías desfigurado la cara con el cuchillo? ¿De verdad lo habrías hecho?

—Quizá si Danny no hubiera estado allí —dijo Keiran en voz alta y con tono desafiante. No entendía si ella le estaba criticando.

Eleonor se sentó, confundida por la sensación de desaprobación y satisfacción que sentía al mismo tiempo.

—Puedo sentir tus pensamientos. No te bastará con ocultarme los ojos, Eleonor —dijo Keiran, agarrándola de la barbilla y obligándola a mirarlo—. Te alegras de que le haya pegado, pero luchas contra este sentimiento impropio de ti y poco cristiano.

Los ojos de Eleonor se llenaron de lágrimas de rabia por no poder domar la sensación de reivindicación que sentía..

—Me siento mal cuando hago daño, Eleonor. Y me siento bien cuando lo alivio —dijo inesperadamente. Apartó el rostro y comenzó a desnudarse—, pero ahora mismo me alegro de sentirme tan mal por lo que he hecho. Tenía que hacerlo.

Ella se quedó mirándolo en silencio. Una sensación de abatimiento la invadió, quitándole incluso las fuerzas para disimular las lágrimas que le brotaban.

Cuando Key se acercó después de lavarse, la vio en ese estado de abatimiento pasivo, con los ojos tan congestionados que lo único que podía ver era una neblina borrosa.

—Ven, *leannan* —le susurró, agachándose para cogerla en brazos. La acostó en la cama después de quitarle la bata y se tumbó a su lado tras apagar las velas. La abrazó con fuerza,

deseando poder consolarla.

—Has cumplido tu promesa —balbuceó Eleonor. Habían pasado años desde aquel día.

—¿Creías que me había olvidado?

—No... no lo sé.

—Dudaste de mí —dijo Keiran con tristeza.

—¡No! Pensaba que...

—¿Qué?

Eleonor se dio cuenta de que no podía mentir ni disimular con la mano sobre él.

—Creí que habías subestimado a Andrew. Pensé que no te dabas cuenta de lo que era capaz de hacer. —Keiran emitió una media carcajada—. Me he equivocado.

—Y por mucho.

—¿Qué quieres decir?

Keiran meditó la respuesta y, sin saber por qué, se encontró hablando abiertamente de cosas de las que nunca había hablado, excepto con Daniel o Foster.

—Puse bajo control a ese... primo tuyo en cuanto Nick y tu madre murieron. Lo sé todo sobre él. Todo. Y sé todo sobre ti, sobre lo que viviste a su lado, contando con la presencia constante de Jenkins o Simmons. Estás asombrada y confundida. Pero yo tenía un vínculo con Nick, una promesa: ocuparme de ti si a él le pasaba algo.

Eleonor no podía hablar ni moverse, estaba casi incrédula ante lo que acababa de oír: él la había vigilado con dedicación durante años. Y también había vigilado a Andrew. Sin duda, casarse con ella había sido la forma más fácil de cumplir su promesa.

—No, Eleonor, vuelves a equivocarte —le explicó, interrumpiendo sus pensamientos—. Podría haberte vigilado, incluso sin casarme contigo.

—Tú no deberías leerme el pensamiento de esta manera. No me ofendería si lo hubieras hecho por mi padre.

—Yo quería casarme contigo. Y te quería a ti. Ahora basta...

—¿Por qué?

—...de hablar de esto.

—¿Por qué?

—Porque es tarde y estás cansada.

—No, me refería a por qué yo. Fui yo quien vino a proponértelo, Key. Si realmente me hubieras querido a mí, habrías venido a buscarme.

—Si no te hubiera querido, precisamente a ti, como esposa —comenzó con un tono seco y severo—, habría aceptado tu escandalosa propuesta de tomarme como amante.

Eleonor guardó silencio. Él tenía razón.

—Entonces, yo te gustaba...

—Sí.

—¿Por qué no viniste a pedírmelo entonces?

—Eras demasiado joven para mí.

—Por lo visto, no.

—Tal vez no, chiquilla, tal vez no.

Capítulo 6

25 de febrero de 1812

Lord Roy MacKendrick recorrió el corredor en dirección al estudio del duque y, como siempre, se detuvo ante el espejo. Se ajustó la corbata, miró su cabello castaño claro, cuidadosamente peinado, y echó a andar. Llamó a la puerta y entró.

Su hermano estaba de pie ante su escritorio, con unos cuantos periódicos abiertos delante de él, los ojos fruncidos en un evidente esfuerzo por descifrar las letras demasiado pequeñas y superpuestas.

—¿Artículos interesantes? —preguntó Roy, tirando con dificultad del puño izquierdo de su camisa.

—Hablan de la fiesta.

—¿La fiesta de Eleonor?

—La fiesta de lady Northcliff —le corrigió Keiran.

—¡Vamos! —exclamó Roy con una sonrisa serena, indiferente a la advertencia habitual.

Keiran le entregó el *The Morning Post*, sabiendo que su hermano lo leería en voz alta. Era una escena que se había repetido durante años, tanto cuando estaban en Londres como en Shell Bay Manor.

—Veamos —dijo Roy, se sentó en el sillón que habitualmente ocupaba el duque, abrió las piernas cómodamente y comenzó a hojear las páginas.

Keiran apoyó la espalda en el sillón y los pies en el escritorio, esperando oírle.

—*Temporada social londinense* —empezó a leer Roy—. *Aunque Londres no tiene una fecha precisa que marque el inicio de la temporada social, este año parece que la nobleza inglesa ha establecido implícitamente que la inauguración oficial estará a cargo de la duquesa de Northcliff.*

De hecho, ningún compromiso social importante precederá a la recepción que el duque de Northcliff ha exigido para su bellísima y joven esposa, quien, además, se dice que ha organizado el evento con sumo cuidado y dedicación, llegando incluso a redecorar por completo la planta superior de la mansión londinense de los Northcliff, en desuso desde hace ya dos generaciones.

Las expectativas para la velada del 29 de febrero (fecha elegida por su excelencia la duquesa) son muchas y elevadas. Y no solo en lo que respecta a la esperada —o más bien exigida—, perfección de los manjares y bebidas, de la decoración y el servicio, sino, sobre todo, al papel que la joven mujer, surgida casi de la nada, ha asumido en apenas unos días, quizás, en verdad, demasiado pocos. —Roy hizo una pausa—. ¡No me hacen ninguna gracia estas insinuaciones, Kein!

—Soy yo el marido, no tú. Sigue adelante.

—Buf... *Se espera que la duquesa sorprenda a todo Londres, incluso a Inglaterra (habrá muchos invitados foráneos), con la belleza y gran inteligencia por las que es conocida, pero también que esté a la altura no tanto del título que ha asumido, sino de su poderoso e inflexible marido, el duque de Northcliff.* ¡Jodido gilipollas! Peter Beker, es el autor.

Keiran permaneció inmóvil, indiferente a aquellas palabras, pensando ya en cómo actuar. Dejó

de lado el tema momentáneamente y dijo:

—Lee. Los titulares más interesantes.

Roy, irascible por naturaleza cuando se atacaba a miembros de su familia, hizo un esfuerzo por contenerse. Pasó la página y echó un vistazo a un titular.

—*Justicia ilegal* —leyó con el ceño fruncido—, ¡*de Carole O'Green*!

—Hacía tiempo que no escribía —comentó Keiran con una sonrisa—. Venga, lee.

—Bien. *Justicia ilegal de Carole O'Green*.

Definiría así la justicia que algunas personas tienen el valor de llevar a cabo sin recurrir a ella ni a las fuerzas del orden. En resumen, una justicia por cuenta propia. No es legal, pero a menudo es la única solución posible para obtener, precisamente, justicia.

.

Vuestra probable desaprobación de esta práctica proviene del hecho de que nunca habéis sufrido una terrible injusticia, o si la habéis sufrido, habéis podido buscar reparación mediante la aplicación de alguna ley escrita.

¿Y si la ley no os hubiera ayudado?

¿Y si vuestro marido, hermano o primo os hubiera pegado tanto que hubierais perdido al bebé que llevabais en vuestras entrañas? La ley no os hará justicia. —Roy se detuvo un momento, observando la mirada absorta de Keiran—. *¿Y si vuestro amo se hubiera aprovechado de vos utilizando violentamente vuestro cuerpo y os hubiera dejado embarazada? La ley no prevé justicia.*

¿Y si vuestro marido utilizara todo vuestro patrimonio para todo tipo de libertinaje? La ley no prevé justicia.

Y esto sucede. Y la ley no prevé proteger a la mujer que aborta a causa de la paliza recibida, ni a la criada violada por su amo, ni a la esposa del hombre que despilfarra su riqueza.

¿Qué haríais?

Yo os voy a decir lo que haría yo: recurrir a la justicia privada, que es ilegal. Golpearía a quien me golpeara; violentaría a quien abusara de mí; pondría a pan y agua en un sótano al marido despilfarrador e infiel.

No es legal. No es cristiano. Y mi conciencia chocaría con el sentido de la justicia.

Sin embargo, sería lo correcto.

Tal vez. O tal vez no.

A vos os corresponde reflexionarlo.

El silencio inundó la habitación.

Roy apoyó el periódico en el regazo, con la mirada perdida.

Keiran estaba serio. Parecía que el artículo había sido escrito para él.

—Buenos días. ¿Molesto? —Eleonor había entrado despreocupadamente, luego de haber llamado a la puerta.

—¿Qué pasa? ¿Os he interrumpido?

Roy cerró el *The Morning Post* y se levantó.

—No, solo estábamos leyendo.

—¡Ah, ahí está! —Eleonor señaló el periódico—. Si lo necesitáis, lo cogeré más tarde.

Keiran se había quedado estudiando a su bella esposa. Llevaba un vestidito marrón con finas rayas blancas y no sabía si eran esas líneas verticales las que la hacían parecer tan delgada.

—¿Has desayunado?

Eleonor enarcó las cejas, asombrada por la pregunta.

—Claro.

—¿Qué has comido?

—Qué pregunta más absurda, Key.

—Estás demasiado delgada.

Los ojos de Eleonor se abrieron de par en par, se puso las manos en las caderas y adoptó una expresión combativa.

—Soy demasiado educada para contestarte como te mereces. Agradece la presencia de Roy.

—Entonces soy yo el que se va... así podréis deciros lo que tenéis que deciros... Eleonor.

—Detente —ordenó Keiran—. Tenemos que organizar la partida.

—¿Qué partida? —preguntó Eleonor.

—¿Qué has comido? —insistió Keiran.

—A Oriente, después de la recepción —contestó Roy. Keiran le fulminó con la mirada para hacerle comprender que aún no había hablado de ello con Eleonor.

—Me gustaría ese periódico, por favor —dijo Eleonor con aire sostenido, fingiendo indiferencia ante la noticia del inminente viaje—. Os ruego a ambos que lleguéis a tiempo para el té: lord St. James y su esposa estarán aquí en breve. —Recogió el *The Morning Post* y se dirigió a la puerta, cerrándola lentamente.

—La has cabreado —dijo Roy.

—No quiere comer.

—Díselo cuando esté sola. Demonios, Kein, ¡pareces alguien que no conoce a las mujeres! Ya sabes cómo piensan. Cuando se trata de tu mujer, parece que pierdes el juicio.

Keiran no respondió. Sabía que su hermano tenía razón.

* * *

Eleonor recorrió el corredor y volvió al salón, donde decidió que esperaría a Nan y a lord St. James.

«¡Qué insensible! ¡Más le vale que me controlo! ¿Que yo no quiero comer? No tengo hambre, ¡así que no como! Bien. A ver si lo han publicado. Aquí no... aquí tampoco... aquí está».

Leyó tranquilamente, satisfecha de su artículo.

Luego hojeó el periódico desde el principio y encontró algo interesante sobre la recepción. También leyó eso, con calma al principio, pero luego se enfadó más de la cuenta. Tiró el periódico al sofá y se levantó molesta.

—¡Condenado escritor de tres al cuarto! ¡Ahora tendré los ojos de todo el mundo puestos en mí! ¡Maldito sea!

—Los ibas a tener de todos modos, *leannan* —dijo Keiran, observándola caminar de un lado a otro mientras él se apoyaba en el marco de la puerta—. Te importa mucho —aseguró él, enrollando el cigarrillo entre los dedos índice y pulga.

Eleonor se detuvo, y juntó las manos tratando de mantener la calma.

—Sí.

—Eso no es propio de ti. Nunca te ha importado el juicio ajeno.

—Desde luego, no lo hago por ellos.

Keiran interrumpió el movimiento de sus dedos y levantó la vista para mirarla.

Eleonor se quedó quieta en medio del salón, a unos pasos de él, y solo tardó un segundo en darse cuenta de que su marido nunca había comprendido sus motivos.

Dio dos pasos hacia él y dijo claramente:

—Hago esto por ti. Quiero que tú estés contento y orgulloso. Eso es todo.

Keiran dejó caer los brazos, sosteniendo el cigarrillo entre los dedos. Estudió a su joven esposa, tentado de expresar su gratitud, pero incapaz de ser tan espontáneo como deseaba. Estaba

tan guapa como siempre, pero parecía cansada, demasiado delgada y poco calmada. Ella se enderezó y se alejó de la puerta.

—Entonces, espero tu juicio.

—Sí, pero el favor de la buena sociedad, por mucho que no me interese, sirve para hacerme digna de ser tu esposa y duquesa.

La miró pensativo. Resultaba extraño conocer ese lado cumplido y formal de Eleonor, casi no parecía ella.

—Bien. Aunque no veo la hora de que todo termine.

—La verdad es que yo también.

—Partiré justo después de la recepción, Eleonor.

—Lo he oído. Deberías habérmelo dicho.

—Te lo estoy diciendo ahora.

—No. Antes lo ha hecho Roy. Me hubiera gustado saberlo por ti —precisó ella, molesta.

Se giró y se sentó en el sillón. Su cuello, orgullosamente erguido, parecía más delgado de lo habitual y sus hombros más afilados.

Keiran cerró la puerta y se acercó. Impulsado por un deseo incontrolable, tomó su mentón en la palma de la mano.

—¿Por qué comes tan poco?

Eleonor alzó la cabeza para encontrarse con sus inquisitivos ojos azules.

—No deberías preguntar...

—Lo sé. Pero ahora estamos solos. Entonces, ¿qué te ocurre?

Ella suspiró.

—No tengo hambre, tengo mil preocupaciones por culpa de esta fiesta y además —explicó, gesticulando elegantemente con las manos tras apartar la mirada—, pensamientos sobre lo que ha sucedido, dudas y... ¿me sostienes así para saber si miento? —Ahora lo miraba de nuevo, desde abajo.

Él la observaba con atención, jugueteando con el cigarrillo.

—No.

—Últimamente fumas más seguido.

—No creía que se me notara el olor.

—No, no es eso, de hecho, tus cigarrillos tienen un aroma especiado.

Keiran sonrió, pensando que Eleonor tenía el olfato lo bastante fino como para percibir el perfume de las hierbas que añadía al tabaco.

—Pero no he podido evitar notar que fumas más. Estás nervioso.

—No estoy nervioso —replicó él, apartándose.

—Sí que lo estás.

—Eleonor.

—¿Sí? —preguntó ella con aire fingidamente ingenuo, inclinando graciosamente la cabeza.

—Deja de hacerte la melindrosa conmigo.

—No entiendo de qué estás...

Llamaron a la puerta.

—Excelencias, el marqués y la marquesa de St. James están aquí —anunció Ramsay con compostura, permitiendo el paso a Nancy y Daniel.

La recién casada lucía encantadoramente sonriente, y Eleonor no pudo evitar devolverle la sonrisa al verla entrar.

—*¡Estás preciosa, Nan! ¡Y radiante!*

—*Eso parece. Pero ten cuidado con lo que hablas por gestos. Recuerda que ellos entienden* —respondió Nancy moviendo rápidamente con las manos—. *¡Yo a ti te veo más delgada!*

Eleonor volvió a sentarse, sacó un cuaderno y dijo a grandes rasgos para que los dos hombres la entendieran:

—*¡Nan, no te metas tú también! Key ha sido tan implacable como para decirlo delante de Roy*

Nancy enarcó las cejas, echando un vistazo al duque, quien a su vez miró a Daniel, que movía la cabeza en señal de desaprobación a su amigo.

Eleonor se dedicó a escribir en el papel la frase «*¡ya veo que la intimidad con tu marido te hace más bella!*» y se la mostró a Nancy, que la leyó y se rio a carcajadas.

—¿Qué pasa? —preguntó el marqués.

—Nada. Cosas nuestras, Dan —respondió Nancy con indiferencia.

Keiran frunció el ceño al ver que Eleonor seguía escribiendo e inmediatamente le enseñaba el bloc a su prima.

Nancy leyó: *¿Cómo es? La reputación de ser un gran amante libertino ha traído beneficios, ¡espero!* Tomó el lápiz y le respondió: *No sé si es por eso, pero tenías razón: es algo que no se puede describir*.

Keiran finalmente entendió lo que estaba pasando.

—Me la está devolviendo con creces —le dijo a Danny en un tono casi inaudible—. Se comunican por escrito porque con signos les entendemos. Esta chiquilla me va a sacar de quicio, te lo juro.

Daniel soltó una sonora carcajada.

Cuando Ramsay entró con una doncella para servir el té, las mujeres charlaban animadamente, a veces con señas cuando no las observaban, otras con los labios y el resto con el cuaderno de Eleonor.

Keiran, Daniel y Roy, que acababa de entrar, hablaban de la partida. En particular, Eleonor pudo oír el nombre de lord Bath al menos dos veces, y la palabra «trampa» al menos tres. Luego los tres hombres la miraron, bajando la voz, y ella adivinó que el tema era Andrew.

Finalmente, se reunieron todos en los sofás alrededor de la pequeña mesa dispuesta para el té, incluida lady Bridget Northcliff, que acababa de entrar.

De repente, el marqués tocó el brazo de su esposa para asegurarse de que lo entendía y dijo a todos:

—El conde de Hereford me ha hecho una petición tan inesperada como admirable.

Eleonor contuvo la respiración, mirando nerviosa a Nancy y a lady Bridget Northcliff. Era obvio que solo los tres hombres presentes conocían la verdad sobre los acontecimientos de los días anteriores.

—*¿Cuál?* —preguntó Nancy, bajo ningún concepto preocupada, mientras Daniel sonreía.

—Le gustaría hacer negocios con nosotros o, mejor dicho, con el duque, ya que es el único que tiene más de un barco. Le gustaría dedicarse a uno de ellos, aprender y viajar a Oriente. Y el duque ha accedido amablemente.

Un silencio pensativo que solo Eleonor notó tenso envolvió la habitación. Pero Nancy sonrió.

—*¿De verdad? ¿Y se trataría de un trabajo?* —preguntó usando solo los labios.

—Pues sí, lady St. James —respondió el duque con semblante sereno—. Me complace darle esta oportunidad. Zarpará lo antes posible con el Bloody Mary y le asignaré la gestión de algunos intercambios con puertos de Oriente. Creo, y no me equivoco al afirmarlo, que esta experiencia le beneficiará enormemente y enriquecerá sus conocimientos.

Nancy asintió convencida.

—*Seguro que también será así. También estará contenta mamá*.

—Sí, desde luego, Martha apreciaría escuchar sobre este intento de cambio por parte del conde —dijo abiertamente lady Bridget Northcliff.

—Lord Roy acompañará al conde en el Bloody Mary —le explicó el duque a lady St. James —. Su experiencia le será útil. El conde de Hereford se aclimatará inmediatamente en el barco y, después de la recepción, partirán.

Eleonor observó a todos, uno por uno, como si fueran personajes de una obra de teatro. ¿Solo ella comprendía el verdadero significado de las palabras de Key y del marqués de St. James? Evidentemente, era así. Intuyó que Andrew embarcaría en el «Bloody Mary» contra su voluntad y probablemente encerrado en la bodega o en un camarote.

A Keiran no le pasó desapercibida su expresión distante ni la negatividad que irradiaba. En cuanto la conversación derivó hacia otros temas, cogió dos galletas, se llevó una a la boca y le entregó la otra a Eleonor con una despreocupación que solo él sabía interpretar.

—Gracias —dijo Eleonor, comiendo la galleta de mala gana.

—Por lo tanto, el príncipe ha confirmado la invitación —dijo el marqués de St. James.

—Sí. Imagino que, como todo el mundo, él está deseando conocer a la nueva duquesa —dijo Eleonor, tratando de ser ingeniosa.

—Querida, no creo que el príncipe necesite someterte a un minucioso examen por este acontecimiento. De lo contrario, os habría convocado a ti y al duque en cuanto regresasteis de Escocia —señaló lady Bridget Northcliff.

—Me pregunto por qué no lo ha hecho —murmuró Roy, mordiendo el segundo trozo de pastel.

—Porque no quería irritarme, claro está —explicó con sencillez Keiran, que conocía perfectamente la dinámica estratégica de la monarquía para incentivar la ayuda de los súbditos más ricos—. Sírvele un trozo de pastel a Eleonor antes de que te lo acabes todo.

—No, gracias...

Pero Keiran sostuvo el platillo de fina porcelana frente a ella, sin aceptar el «no» por respuesta.

—Es demasiado —susurró ella, temerosa de ser oída por los demás.

Él suspiró. Cogió el tenedor, cortó un bocado generoso y se lo llevó a la boca.

—Ahora come.

Eleonor obedeció, metiéndose pequeños trozos en la boca y masticando despacio.

—*¿Lord Brummell?* —preguntó Nancy.

—La ha confirmado —le respondió Eleonor sonriendo.

—¿A qué se debe este interés por Lord Brummell? —le cuestionó Daniel a Nancy.

Esta soltó una risita divertida mientras le servía a su prima otra taza de té.

—No, Nan, ya basta... —se quejó Eleonor, extendiendo una mano en señal de rechazo para reforzar sus palabras.

—*¡No querrás comer pastel sin beber, por el amor a la bondad!* — Nancy replicó con gestos rápidos. Miró al duque, que le hizo un gesto imperceptible con la cabeza.

—¿Y lord Byron? —preguntó lady Bridget Northcliff—. preguntó lady Bridget Northcliff.

—También la ha confirmado, y con una nota bastante galante —respondió Eleonor.

—¡Cuenta, cuenta!

—Os la leeré, pues la tengo aquí conmigo. —Eleonor le entregó el plato a Key, sacó una tarjeta de color crema, en la que destacaba una escritura perfecta y elegante en tinta negra. Luego

sacó sus gafas y se las puso—. *Es para mí un gran honor aceptar vuestra amable invitación, que una vez más me dará el excelso prestigio de acompañar a la excelentísima lady Bridget Northcliff* —aquí Eleonor le sonrió a la mujer—, *y, sobre todo, el inestimable regalo de conoceros a vos, que en todas partes se os describe como maravillosamente bella, increíblemente culta e incomparablemente digna del papel que acabáis de asumir*.

—¡Condenado, cómo sabe expresarse! —exclamó Roy, indiferente al ceño fruncido amenazador de Keiran.

—Bueno, es bastante bueno con las palabras —admitió Daniel pensativo, frotándose la barbilla.

—¡Claro que lo es, lord St. James! —Se rio lady Bridget Northcliff—. Ese hombre tiene el increíble poder de utilizar las palabras como armas de seducción. Cuando te acostumbras a él y evitas convenientemente sus moderadas insinuaciones, te aseguro que conversar y escucharlo se convierte en un verdadero placer —les explicó lady Bridget Northcliff, que lo conocía bastante bien.

—Parece saber ser un amigo sumamente agradable, un amigo de verdad —dijo Eleonor sin prestar atención a la evidente desaprobación de Key.

—Eso es exactamente lo que estaba diciendo, querida. Cuando comprende que la seducción no funciona, entonces acepta la amistad. Pero solo de mujeres inteligentes y cultas. Desaprueba la estupidez —confirmó lady Bridget Northcliff.

—*Un rasgo que comparte con lord Brummell* —Escribió Nancy en su cuaderno, mientras le ofrecía una galleta a Eleonor sin mirarla para que no pudiera rechazarla.

—Cierto, tenéis razón —contestó lady Bridget Northcliff. Claro que sería mejor no decirlo delante de ellos: parece que no se tienen mucho aprecio —añadió, despertando las sonrisas de todos.

Daniel se levantó, imitado por su flamante esposa.

—*¿Vamos, Nan*? —le preguntó con un gesto.

Nancy asintió, y luego mirando a Eleonor dijo:

—*Te espero mañana a las diez.*

—*De acuerdo*.

—*¿Tenéis planes para mañana?* —les preguntó el duque con gestos.

Eleonor miró a Roy y a lady Bridget Northcliff, que no parecían sorprendidos de verle utilizar aquel lenguaje. Comprendió que ellos también lo sabían.

—Sí. Nancy me acompañará a elegir el vestido para la recepción y luego, por la tarde, iremos al consultorio del doctor Phillips.

—¿Al de Ashford? —preguntó Keiran frunciendo el ceño.

—No, no. Al de Londres —contestó Eleonor.

Pero Keiran no prestó atención a aquella sonrisa y ordenó:

—Solas no. Ramsay os asignará dos lacayos.

—Hettie y Maggie nos acompañarán. No creo que sea necesario.

—Lo es.

Eleonor pareció poco convencida y un tanto molesta por aquella decisión.

—Estoy de acuerdo con el duque —dijo Daniel para aplacar el espíritu rebelde de la duquesa —. Todo el día fuera. Con dos lacayos estaremos más tranquilos.

Eleonor cedió y asintió, dispuesta a despedir a los recién casados. Cuando hubieron salido, antes de que subiera las escaleras, Eleonor pudo oír a lady Bridget Northcliff decir en tono irónico y provocador:

—Mi querido Kein, ¿cómo te las arreglarás sin Eleonor todo el día? Incluso ahora puedes ver cómo te desconcierta.

Keiran fulminó a su madre con la mirada mientras ella se dirigía a las escaleras con una sonrisa tan dulce como forzada.

* * *

26 de febrero de 1812

El paso del gran carruaje ducal hizo que los transeúntes se volvieran; las cortinas corridas permitían ver perfectamente las cabezas femeninas del interior: una rubia como la miel, la otra castaña clara.

—Es absurdo lo curiosa que es la gente —observó Hettie.

—¿No lo serías tú? Después de todo, lady Ellie aún no es conocida en Londres. Northcliff... Disculpadme —dijo Maggie.

Eleonor se encogió ligeramente de hombros mientras seguía mirando todo lo que tenía delante.

Las mujeres, bien ataviadas con vestidos de mañana, en su mayoría de colores claros y con un corte que recordaba a los clásicos latinos y griegos, los peinados recogidos y las sombrillas a juego con el atuendo, paseaban, algunas despacio, otras con el frenesí de llegar tarde a algún sitio.

Los hombres, elegantes en sus trajes de día, hacían reverencias y sonreían con compostura a las mujeres que los acompañaban, dando la impresión de una etiqueta extraña y artificial, llevada a cabo más por obligación que por convicción.

—Parecen personajes de una comedia —dijo Eleonor.

—*¿De qué habla?* —preguntó Nancy.

Esta había seguido la mirada de la duquesa.

—Quizá se refiera a los hombres que están allí de pie —intentó explicarle Maggie.

Eleonor se volvió.

—*Todavía no tengo vestido* —dijo con signos.

—*¿Qué? Me habías dicho que...*

—*Mentí para que Key no me hiciera preguntas.*

—*Entonces, ¿adónde iremos?*

—*A mirar telas en los comercios.*

—*¿No en la modista? Eso no me hace mucha gracia, Ellie.*

—*Las mejores modistas no tienen la tela adecuada.*

—*¿Qué tejido te gustaría?*

—*Aún no lo sé. Lo sabré cuando lo vea.*

Hettie y Maggie observaban aquella conversación tan cercana con curiosidad, tratando de entender el tema, pero era inútil.

Eleonor miró de nuevo hacia afuera y Nan movió los labios en dirección a las dos camareras que estaban sentadas frente a ellas:

—*Aún tiene que buscar la tela. Pero no sabe la que quiere, todavía*.

Maggie enarcó las cejas, asombrada. Hettie ya lo sabía todo, así que no dijo nada.

Cuando el carruaje se detuvo, muchos transeúntes esperaron para ver a las mujeres que bajaban de él; enseguida se dieron cuenta de cuál de las dos era la duquesa.

Eleonor caminaba con la postura elevada que su título requería, y lacayos, criadas y la otra dama le cedieron el paso. Caminó hasta la puerta de una pequeña tienda, que se abrió como por arte de magia.

—Buenos días, excelencia, es un verdadero honor recibiros en nuestra humilde tienda —dijo un hombre, sin duda el dueño, haciendo varias reverencias. Había visto detenerse la carroza con el escudo de armas.

—Buenos días. Me gustaría ver vuestras telas más bonitas, elegantes y originales, por favor.

El hombre, de bigote y pelo oscuro bien peinado, hizo otra reverencia y partió en su búsqueda, dejando un rastro de loción para después del afeitado bastante molesto.

La tienda, que hasta entonces estaba vacía, se llenó de curiosos como por arte de magia.

Eleonor se acercó al hombre y le susurró:

—¿No disponéis de una trastienda donde podáis enseñarme vuestras maravillosas telas con más intimidad?

—Sí, creo que se puede hacer.

Para decepción de los presentes, la duquesa, su amiga y las dos doncellas entraron en el local. Los dos lacayos, evidentemente bien adiestrados por el duque, montaron guardia sobre la pequeña puerta que daba a la trastienda.

—No es muy acogedora, excelencia, pero comprenderéis... —murmuró avergonzado el propietario.

—Lo comprendo perfectamente y me disculpo por causaros tantas molestias. Pero me encanta la tranquilidad y no soporto cotilleos y habladurías.

El hombre sonrió y extendió algunas telas sobre el escritorio, las sillas, una cómoda y un armario.

Eleonor las miró un momento: todas eran de colores claros, algunas de encaje precioso, otras de seda, algunas con un tejido elaborado pero liso.

—Muy bonitas, pero esta no, esta tampoco, esta es especial, pero no para lo que necesito... esa no y aquella tampoco. Me gustaría aventurarme con un tejido especial, pero quedarme con un vestido de corte muy sencillo. ¿Comprendéis lo que quiero decir?

El hombre frunció el ceño un momento, luego retiró todo y volvió con más piezas.

—¿Demasiado recargadas? —preguntó temeroso.

Eleonor miró algunas rojas, turquesas, azules y verdes.

—Todo lo que tengáis que sea original y distintivo. Dejadlas y sacad más si tenéis.

—¡Por supuesto que sí!

—*¡Son muy extravagantes!* —le espetó Nancy con unos pocos gestos.

Las dos criadas se miraron, pero no hablaron.

El hombre volvió con los brazos cargados.

—Aquí estoy, excelencia.

—Bien, gracias, sois muy amable. Continuad con lo vuestro y dejadme que me lo piense, ¿os parece? —Eleonor había asumido su aire convincentemente dulce. Sus ojos verdes hechizaron al hombre, como era de esperar.

—¡Tomaos vuestro tiempo, excelencia! Si encuentro algo más, lo traeré —dijo el hombre al marcharse.

—De verdad, lady Northcliff, no quiero parecer ofensiva, pero estas telas... —Maggie había abierto los brazos, señalando las telas de colores, con una expresión que intentaba expresar su opinión.

Eleonor tocó aquí y allá, comprobando la textura de las telas.

—Quiero sorprenderlos a todos, Maggie, pero sin vulgaridades.

—Quizá un verde oscuro, como este, sería original pero apropiado —le aconsejó Hettie, palpando una seda mate.

—No, si fuera brillante... —Eleonor se mordió el labio inferior—. Eso es. Quizá de un color liso, pero brillante.

—Desde luego, ¡no pasaréis desapercibida! —comentó Maggie.

Hasta ese momento Nancy solo había observado.

—*El duque no lo aprobará* —le indicó con las manos.

—*Yo soy así. Le guste o no, ¡tendrá que adaptarse!* —contestó Eleonor gesticulando con irritación.

—*Habías prometido obediencia, ¿recuerdas? Tu compromiso era satisfacerlo*.

Eleonor apretó los labios: su prima tenía razón, se lo debía todo a él y hacer que se avergonzara de ella sería lo más humillante de todo.

—Vámonos. Me gustaría visitar otros comercios.

Se marcharon seguidas por los agradecimientos del dueño y las miradas curiosas de clientes y transeúntes.

Las cuatro mujeres visitaron otros cinco comercios de telas. La reacción de la gente al ver el carruaje era siempre la misma, pero Eleonor, en la segunda tienda, renunció a su derecho a la intimidad y, delante de todo el mundo, pidió lo que necesitaba explicando sus necesidades en un susurro audible solo para las dependientas. La tercera y la quinta tienda tenían telas especiales y poco comunes debido a su brillo y sus colores vivos, que estaban fuera de moda, pues lo que se llevaba eran tonalidades apagadas y opacas.

Cuando por fin llegaron al consultorio del doctor Phillips, Eleonor tenía claro lo que iba a hacer, pero no sabía qué tela elegir.

Nancy, las dos doncellas y un lacayo emprendieron la marcha: la joven marquesa iría de compras mientras lady Northcliff estuviera en el consultorio del doctor.

En este había una mujer con un niño de unos seis años que jugueteaba en una silla, haciendo que su osito de peluche de tela se moviera y hablara, y un viejecito, muy mayor, y bastante mal vestido. Ambas personas parecían de clase media baja y, al ver a la hermosa joven noble, apartaron la mirada, tal vez por deferencia o por reserva.

Eleonor se sentó plácidamente a esperar al doctor, mientras el lacayo que la acompañaba permanecía en el umbral. Sonrió al niño y le saludó con la mano, lo que despertó su interés.

—¡Lady Northcliff! —exclamó el doctor al verla—. ¡Poneos cómoda!

—Buenas tardes —contestó Eleonor mientras se levantaba y tendía la mano al doctor. —Esperaré a que terminéis con estas personas, que han llegado antes que yo.

El doctor sonrió al recordar las muchas veces que la joven le había contestado así desde que era solo una niña.

—Muy bien, lady Northcliff.

—¿Quién eres? —preguntó el niño mientras se acercaba.

La madre, preocupada por el tono inapropiado del pequeño, tiró de él.

—No, os lo ruego. Dejadlo —dijo Eleonor, mientras se quitaba los guantes y le tendía la mano —. Te diré quién soy, ven.

El niño se paró frente a ella y esperó.

—Soy Eleonor Grace. ¿Y tú?

—Soy George y en casa está Peter.

—¿Peter? ¿Quién es?

—¡Mi hermano!

—Ah, ya entiendo.

—¿Eres rica?

La madre del niño adoptó una expresión angustiada.

—Disculpadle, os lo suplico...

Eleonor hizo un gesto repentino con la mano y esbozó una sonrisa que tranquilizó un poco a la mujer.

—Sí, lo soy. ¿Y tú?

—No, yo no. ¡Pero cuando crezca trabajaré duro hasta que yo también lo sea!

—Bueno, sin duda es un buen comienzo. Mi marido también trabaja.

—¿Qué hace?

—Es capitán de barco y tiene otros barcos que ha construido.

George abrió mucho la boca, gratamente sorprendido.

—¿De verdad? ¿Cómo de grande es el barco?

—Bueno, no lo sé, pero creo que es bastante grande.

—¿Has estado alguna vez en un barco?

—Sí, precisamente en el de mi marido. Le puso mi nombre.

—¿Eleonor Grace?

Ella asintió.

—¿Pero tú eres una lady?

—Sí.

—¿Una condesa? —preguntó el pequeño con aire esperanzado. ¡Cuánto le habría gustado conocer a una!

—No.

—¿Y entonces qué?

—Duquesa.

La madre del niño se quedó impresionada. Nunca había oído hablar de una duquesa que esperara a un médico en su consulta.

—¿Es más que condesa?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Bueno, después del título de condesa está el de marquesa y luego el de duquesa.

—¡Entonces eres más noble que una condesa!

Eleonor se rio divertida.

—¿Por qué tiene que examinarte el doctor? —le preguntó el desvergonzado George.

—George, no se hace ese tipo de preguntas —le amonestó su madre con un susurro.

El doctor hizo salir a un paciente, un hombre alto y de aspecto vigoroso, y el anciano entró en la habitación con él.

—No me encuentro bien —le contestó Eleonor vagamente.

—¿Tienes fiebre?

—No. —Eleonor se dio cuenta de que no se saldría con la suya con respuestas vagas—. Mi bebé ya no está en mi tripita y el doctor Phillips quiere asegurarse de que yo estoy bien.

—¡A mi madre le pasó lo mismo! —exclamó George.

Eleonor se volvió para mirar a la mujer.

—¿Cuándo?

—Hace unos años, excelencia.

—A mí hace muy poco —le dijo, armándose de valor. A continuación, Eleonor le preguntó:

—¿Y luego? ¿Cómo fue?

—Difícil al principio. Pero con otros hijos en los que pensar, no tienes tiempo para llorar.

Entonces llegó Peter.

Eleonor sonrió.

—¿Así que Peter es el último?

—No, después vinieron las gemelas.

—Oh, ¿cuántos hijos tenéis?

—Seis.

Los ojos de Eleonor se abrieron de par en par, asombrada porque la mujer que hablaba parecía bastante joven para ser madre de seis criaturas.

—¿Cómo lo conseguís?

—Mi marido trabaja. Lo importante es que coman —se limitó a responderle la mujer.

—¡Yo quiero zapatos nuevos! —soltó el niño irritado.

Eleonor estudió las suelas gastadas y agujereadas de los zapatos de George: estaban realmente destrozadas. Le hubiera gustado darle dinero a la mujer, pero temía avergonzarla. Así que se volvió hacia el pequeño.

—¿Cuántos años tienes?

—¡Seis! ¿Y tú?

—Cumpliré veinticuatro el próximo mes de julio. ¿Y tú? ¿Cuándo cumplirás siete añazos?

—¿Cuándo? ¿Cuándo, mamá?

La mujer sonrió.

—En marzo.

—¿Y cuándo es marzo, mamá?

—Dentro de unos meses.

Eleonor movió teatralmente la cabeza en señal de desaprobación.

—Cáspita, esto no está bien.

—¿El qué? ¿Mi cumpleaños?

—Exacto. Me pregunto si seguiré en Londres en marzo. Me habría encantado hacerte un regalo, pero si no estoy aquí...

—Un regalo. ¡Y tú me lo haces ahora!

Eleonor abrió mucho los ojos y mantuvo una postura sosegada.

—¿Se puede hacer? ¿Estás seguro? No creo que se pueda hacer. Habría que preguntarle a una mamá para saberlo.

—¡Mamá! ¿Se puede hacer? ¿Se puede hacer el regalo antes del cumpleaños? —El niño se apoyaba ahora en las piernas de su madre, con sus ojos castaños en ansiosa espera.

La mujer miró a los ojos de la noble, que parecía esperar su permiso.

Eleonor preguntó:

—¿Se puede hacer, señora?

—Sí... me parece que sí.

George corrió hacia Eleonor entusiasmado, puso sus manitas sobre sus rodillas y exclamó:

—¡Ha dicho que se puede! ¡Y yo no lo sabía!

—¡Bien! Entonces te haré un regalo por adelantado. ¿Qué te gustaría?

—¡Zapatos! O un chaquetón, o una espada de madera...

—George, solo una cosa, la que más te guste —dijo mamá.

—¡La espada!

—Está bien. Entonces le pediré a tu madre que me haga el favor de comprarla y regalártela. —Eleonor se levantó y se sentó junto a la mujer. Abrió su pequeño monedero y le entregó unos billetes doblados.

La mujer se sobresaltó al ver la gran cantidad de dinero.

—Quizá os hayáis equivocado, excelencia.

—No —le susurró Eleonor. Con el dinero restante, compradle también zapatos, pero decidle que los ha pagado su padre.

—¡Pero sigue siendo mucho! —volvió a protestar la mujer.

—Entonces compradles zapatos a todos.

—No les digáis que el dinero es mío, sino de vuestro marido. Recordadlo.

Media hora después, el médico dejó entrar a la mujer con el niño. No permanecieron más de diez minutos y, cuando pasaron por delante de la duquesa, ambos le hicieron una reverencia.

Eleonor le entregó su tarjeta de visita.

—Para cualquier cosa, incluso si los niños necesitan alguna prenda, venid a mí con esta tarjeta y os dejarán entrar.

—Muchísimas gracias, de verdad, sois muy buena, nunca me había encontrado con gente tan generosa como vos.

—¡Adiós, George!

—¡Adiós, Lady!

Eleonor los observó marcharse y luego se volvió y entró en el estudio.

—Aquí estoy, doctor. ¿Qué tal estáis? —le preguntó, sentándose al otro lado del escritorio.

—Estoy bien. Mejor dicho... ¡cómo estáis vos! Veo que el duque os acompaña con un lacayo.

—Dos, en realidad: al otro lo envié con Nancy a hacer recados. Sí, es bastante aprensivo. Y cuenta con el apoyo del marqués de St. James.

—Tenéis un aspecto cansado.

Eleonor acentuó su aire asombrado.

—¡Estoy estupenda!

—Y muy delgada, ¿ya habéis comido?

Ella fingió indiferencia.

—No tengo tanta hambre.

—Con una normal sería suficiente, ¡no hace falta tanta!

—Doctor... ¡Queréis haceros el gracioso! —Eleonor sonrió.

—No, no. Lo digo en serio. ¿Por qué coméis tan poco?

—¿Habéis hablado con el duque? —preguntó Eleonor con recelo, frunciendo ligeramente el ceño.

—Lo he hecho. ¿Y qué?

—Tengo tantas cosas en la cabeza, pensamientos, preocupaciones... No tengo hambre. Eso es todo.

— Ya veo. —El doctor Phillips cogió lentamente la pluma y la sostuvo en la mano, como si estuviera a punto de dejarla sobre el papel. Luego, tras una breve reflexión, empezó a escribir—. Miel para endulzar. Las tostadas de pan con mermelada nunca deben faltar en el desayuno. Además de leche, por supuesto.

—Pero, doctor...

—Sé que no os gustan los huevos por la mañana, así que no os exigiré tanto. Pero la cena será completa: terminaréis al menos tres cuartas partes de lo que encontráis en cada plato.

—¡Ay, doctor! ¡Habla más como un padre que como un médico! —exclamó Eleonor, fuertemente disgustada.

—Durante el día, podéis tomar pequeños tentempiés, lo que os apetezca, pero preferiblemente que no sean dulces. Fruta, pan, etcétera.

—No comprendo. Habláis en serio y os digo también en serio que no puedo comer tanto.

—No he terminado. El hambre os volverá cuando estéis de nuevo en estado.

—¿Cómo?

—Vamos, mi querida duquesa —dijo el doctor con calma, juntando las manos—. Me habéis comprendido perfectamente. La terapia adecuada para recuperar la serenidad, que ahora parece haber decaído, es un embarazo y una alimentación equilibrada. Podéis empezar con cautela cuando os sintáis preparada. No hace falta que venga todavía.

Eleonor permaneció inmóvil y en silencio. Apretó los labios para vencer la sensación de tristeza que la invadió.

—Decid abiertamente lo que os aflige, lady Northcliff. —El doctor se acomodó más en su sillón de cuero.

Ella se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—No creo que mi marido quiera tener más hijos.

—¿Os lo ha dicho él o es una suposición vuestra?

—Lo dijo antes de que me quedara embarazada.

—Pero luego se alegró. Lo noté en su dolor por la triste pérdida —le confesó sin ambages el doctor Phillips.

—Sí.

—Bueno, ¿lo habéis hablado con él?

—No.

—¿Por qué?

Eleonor parecía impaciente.

—De verdad, doctor, vos...

—Os conozco desde que erais una niña: os molesta que yo saque a relucir problemas y dificultades que os afligen; siempre os han perturbado. —Se le escapó una risita al doctor—. Pero sabéis que tengo razón. Tarde o temprano, tenéis que hablarlo con él.

—Me causa dolor —afirmó Eleonor valientemente, con voz temblorosa.

—¿Quién? ¿Vuestro marido? ¿El duque? —inquirió el médico, empezando a preocuparse.

—¡Ay, no! —exclamó Eleonor—. Quería decir que me duele hablar de ello.

—Tenéis que hacerlo. Cuanto más esperéis, más difícil será. ¿Lo haréis?

Eleonor se secó los ojos con la mano, en un gesto nervioso.

—¿Lo haréis? —preguntó insistentemente el anciano médico.

—Está bien, de acuerdo. Lo haré.

—¿Tan pronto como sea posible?

—En cuanto tenga ocasión.

—No, lady Northcliff. —El doctor la miró fijamente—. A la mayor brevedad, es decir, vos crearéis la ocasión.

—Vos... vos no comprendéis lo difícil que es para mí.

—Yo creo que sí —dijo el doctor con expresión afable. Le entregó el papel con sus notas, que ella cogió, dobló y guardó en su bolso—. No pude evitar fijarme en que la mujer que salió le dio las gracias.

—¿Ahora utilizáis vuestra tarjeta de visita como salvoconducto para entrar en vuestra casa? —bromeó el doctor.

—Sí, los criados están informados de que si alguien muestra mi tarjeta...

—...deben mandar a buscaros —concluyó el doctor, comprendiendo al instante.

Eleonor asintió, secándose de nuevo los ojos.

—Por cierto, ¿sería tan amable de darme la dirección de la casa de esa mujer? Me gustaría llevarles algo a los niños.

El médico abrió un cajón, sacó una carpeta, rebuscó entre sus papeles y dijo:

—Aquí está. Os la escribiré.

—¿Creéis que resultaría ofensivo enviarles dinero?

—No, en absoluto. Son muy pobres.

Me gustaría ayudarles y a todos los pobres. Y salvar a los niños de la calle, especialmente a los deshollinadores.

—Lo sé, lo sé. Hay mucha gente que necesita ayuda.

—¿Creéis que se puede...? —Eleonor se detuvo, sumida en sus pensamientos—. Doctor, estaba pensando en algún tipo de refugio, un edificio grande donde recoger a los niños abandonados.

—¿Un orfanato?

—¡Odio esa palabra! ¡No! Me refiero a un hogar, un verdadero hogar para niños abandonados, con mujeres dispuestas, también solitarias, que quieran ser madres; o madres con hijos, abandonadas por sus parejas.

El médico escuchó con atención cada una de sus palabras y, mientras tanto, reflexionaba y evaluaba para sí mismo el potencial de aquella idea. Nadie hacía nada por nada y se preguntó para qué le serviría a la duquesa. Estudió su hermoso rostro, suavizado por su semblante sumiso, y se arrepintió de haber pensado que podría tener un motivo oculto.

—¿Ayudar sin esperar nada a cambio?

—Sí, claro, ¿por qué?

—Vuestro marido...

—Aún no se lo he contado. De hecho, sois la primera persona en conocer mi deseo.

—Tal vez deberíais hacerlo.

—Tal vez.

El médico se preguntó cómo financiaría lady Northcliff una empresa tan audaz. Por último, le dijo:

—Sin duda, habrá que hacerle partícipe de vuestra idea, si es él quien va a pagarla.

—¡Oh, no! ¡Emplearía mi propio dinero! Veréis, además de lo que mi padre...

—No pretendía preguntaros por vuestras finanzas, ni es apropiado que habléis de ellas, querida.

—¿De qué estáis hablando? Sois de la familia. De todos modos, Key... El duque me pasa una pensión vitalicia muy suculenta: el Eleonor Grace es mío, a pesar de que le he dicho repetidas veces que no lo quiero; y él no atiende a razones: es mío y punto.

—Os hará falta para vivir.

Eleonor hizo un gesto negativo con la cabeza y otro con la mano derecha.

—No, no. No quiere.

—¿El duque?

—Sí. Él dijo... dejadme ver si recuerdo sus palabras: «No te atrevas a usar un penique tuyo para tu sustento. Yo te mantendré y así será mientras yo viva». Sí, eso es lo que dijo.

El doctor Phillips se echó a reír a carcajadas.

—Un hombre testarudo.

—¿Me lo decís a mí?

—Y, definitivamente, posesivo.

—Obsesivo y dominante.

—Pero es generoso y justo.

—Sí, de eso no hay duda, doctor.

—Además, con una mujer como vos...

—¿Qué queréis decir?

—Realmente hacía falta alguien como él.

—Hum... No sé si me gusta lo que estáis insinuando. —Eleonor se levantó y se ajustó la falda del vestido.

—¿Insinuando? Mi querida lady Northcliff, yo no insinúo nada. Os digo y afirmo que sois tan espléndida, generosa y risueña como original, rebelde e insoportable. Hacía falta alguien como el duque para manejaros.

Eleonor le miró con fingida desaprobación, pero no pudo evitar esbozar una sonrisa. Le dio un beso en la mejilla y se marchó.

El doctor Phillips la miró marchar.

Cuando, al día siguiente, el anciano médico visitó al pequeño George para revisar su urticaria, no se sorprendió al ver que el niño llevaba zapatos nuevos, Peter unos pantalones cortos de franela suave, también nuevos, las gemelas unos vestidos encantadores que nunca había visto y los dos hermanos mayores de George, chaquetas gruesas y abrigadas, recién compradas.

* * *

Eleonor, flanqueada por su lacayo, echó a andar con paso rápido y firme por la calle. Algunos jóvenes se detuvieron a admirarla, y alguno intentó un saludo descarado con la cabeza. Pero ella siguió adelante, sin mirar a nadie a los ojos. Llegó a la tienda que tenía en mente, entró y pidió al sirviente que la acompañara en el interior. Este obedeció, colocándose en un rincón, no demasiado lejos. El duque le había advertido que no perdiera nunca de vista a la duquesa.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudaros? —preguntó un dependiente bastante joven con una sonrisa.

—Buenos días. Busco un trozo de raso muy brillante, color óxido.

El dependiente, ligeramente sorprendido por la inusual petición, sintió la necesidad de justificarse.

—¿Podría ofrecerle un tono apenas más suave? Ese color, el óxido precisamente, ya no lo trabajamos. Estuvo muy de moda hace años, así que...

—Entonces es posible que tengan algunos retales en el almacén —afirmó Eleonor, fijando al joven con una mirada cautivadora.

El dependiente, en absoluto inmune al encanto persuasivo de Eleonor, respondió:

—No lo sé, pero es posible. No estoy seguro de si el amo...

—¡Oh, no os angustiéis! —le contestó Eleonor amablemente—. Después de todo, siempre puedo probar en el comercio de enfrente. —Todo el mundo sabía que los dos propietarios se odiaban cordialmente.

—Esperad un momento, por favor. Le pediré permiso al amo para probar en el almacén.

—¡Qué amable sois! Decidle que la duquesa de Northcliff le estará eternamente agradecida.

—¿La...? ¿La duquesa? —preguntó el joven, estupefacto.

—Sí —respondió Eleonor, mirando unas telas con fingida indiferencia.

El dependiente desapareció por una escalera oculta tras una hermosa cortina de terciopelo azul oscuro.

El amo apareció instantes después.

—Buenos días, excelencia. Es todo un honor recibiros en mi humilde establecimiento.

—Muy amable por vuestra parte.

—El muchacho ha ido a buscar todas las telas de las características requeridas, excelencia.

—Estupendo, gracias. Le esperaré mientras atendéis a los clientes que veo por allí: no voy a permitir que descuidéis vuestro trabajo.

—Excelencia. —El hombre comprendió que a la duquesa le gustaba que la atendiera el joven, pero se dio la vuelta con ligera decepción, tras una reverencia. Le habría gustado atenderla él mismo.

El dependiente regresó con los brazos cargados.

Eleonor sonrió al instante: las telas chillonas en varios tonos de óxido llamaban ciertamente la atención por su brillo.

—¿Satén?

—Todas, excelencia. ¿Cuál?

Eleonor señaló con el dedo tres telas, todas de color óxido brillante, tirando a miel oscuro. Su brillo proporcionaba destellos traslúcidos e iridiscentes.

El dependiente apartó las telas que sobraban y estaba a punto de preguntar qué se iba a hacer con unas telas tan llamativas, pero Eleonor se le adelantó.

—¿Disponéis de un espejo en la trastienda?

—Sí.

—¿Podría usarlo?

El joven dudó unos instantes.

—Creo que sí. —Tomó las tres telas elegidas y condujo a la duquesa, despertando no poca curiosidad entre los presentes.

La trastienda resultó ser una habitación bastante amplia, con dos ventanas, un escritorio de buena madera, una serie de estanterías con documentos y un armario del que, a través de una puerta entreabierta, asomaban telas cuidadosamente dobladas. Todo estaba limpio y en orden, algo que agradó mucho a Eleonor.

El dependiente se acercó al espejo que colgaba de la pared. Era alto y estrecho, pero de tamaño suficiente para verse de cuerpo entero.

—Pasadme la tela más clara —pidió Eleonor.

El dependiente obedeció con entusiasmo y se quedó observando. La duquesa desplegó la tela y la apoyó sobre su cuerpo, apareciendo deslumbrante en aquel juego de brillos con tonos miel y dorado que resaltaban el color de su cabello.

En cuanto ella hizo un gesto con la mano, el joven le entregó el segundo paño.

Eleonor repitió la operación con movimientos ágiles.

—Mejor, ¿no os parece? Pasadme el tercero, por favor. —. Misma rutina.

El joven sonrió y, sin poder contener su comentario, dijo:

—¡Esta es la mejor!

—¡También lo creo! —respondió ella, girándose para mirarlo—. Tiende apenas al naranja. Pero es miel, tan llameante sin ser ni roja ni naranja. ¡La adoro! Sí, me llevaré esta.

—De inmediato la envolveré. ¿Deseáis que os la entreguemos en vuestro domicilio o la recogerá ahora?

—Ahora. Iré directamente a la modista.

Eleonor salió de la habitación con una sensación de satisfacción y libertad: adoraba aquella tela brillante. El color inusual diría mucho de ella, pero el corte sencillo que había elegido para el vestido suavizaría la osadía de su elección.

—Me parece entender que se trata de un vestido para vos —afirmó el joven, algo indeciso.

—Exacto. Entregadle el paquete a mi lacayo, por favor, y quedaos con el cambio. Gracias.

Eleonor salió del establecimiento donde esperó al sirviente, consciente de que la tela que había comprado sin duda había estado de moda treinta o cuarenta años atrás, cuando las pelucas aún estaban de moda y los vestidos de las damas eran esponjosos y de colores y adornos atrevidos. Ella habría hecho de esa tela un vestido sencillo pero con mucho carácter.

La modista que Eleonor había elegido no estaba de moda, no era nada conocida, nada elegante, y vivía en un barrio donde la clase media hacía su trabajo diario. Era la madre de una criada que había trabajado en casa de los Northcliff durante varios años.

La mujer, delgada y con el pelo negro salpicado de canas, parecía pulcra en su vestir, educada en su porte y limpia en su aspecto. Y cosía perfectamente, todo a mano, ya que la máquina de coser era privilegio de unas pocas.

Nada más ver a la duquesa, hizo todo lo posible para que la habitación de su modesta pero bien amueblada vivienda resultara acogedora para sus clientas. Sabiendo que su excelencia la honraría permitiéndole confeccionar un vestido de noche, Maria Vitale había comprado un espejo más grande y un maniquí, y también había cambiado las cortinas y sustituido los desgastados paneles del tabique de madera que las clientas utilizaban para cambiarse por una tela elegante y gruesa.

—Buenos días, Mrs. Vitale. ¿Qué tal estáis?

—Bien, excelencia, gracias. ¿Me permitís? —Maria cogió la capa de Eleonor y la guardó en un armario—. Por favor, sentaos —dijo la mujer, señalando un sofá ya algo viejo.

Las dos mujeres se sentaron. Una estufa calentaba la habitación y desprendía un agradable calor.

—He encontrado la tela —dijo Eleonor, mientras abría el paquete. El resplandor del óxido brillante llenó la habitación.

—¿Qué os parece?

María Vitale siempre tenía un semblante tranquilo y una sonrisa insinuada que confirmaba su aceptación de todo.

—Precioso e inusual. Y por supuesto, adecuado para un corte sencillo. Lo importante es que os guste a vos. —Siempre era parca en palabras y hermética al expresarse, pero cuando se trataba de un tema que le importaba, no tenía pelos en la lengua.

A Eleonor le gustaba mucho este aspecto de su carácter.

—Criticarán mi elección. Todos esperan un vestido claro, como dicta la moda. Pero esta tela es indudablemente elegante. Y a mí me gusta.

—Entonces, si me permitís —dijo la modista, levantándose—, estoy lista para tomaros las medidas.

Eleonor se desnudó detrás del biombo y, cuando salió, vio que Maria ya le había servido una taza de té caliente y le tendía un plato con unos pastelitos que olían a limón.

—Degustadlos mientras empiezo a tomaros las medidas —dijo.

Eleonor obedeció, recordando las palabras del doctor Phillips.

—¿Podréis terminarlo para el día 29? Siento haber tardado tanto en encontrar la tela.

—Por supuesto, lady Northcliff, para la mañana del 29 tendréis el vestido.

—¿Os enseño mi diseño?

—Sí, gracias. —Maria Vitale observó detenidamente las líneas del papel, admirando las proporciones exactas de la imagen, y escuchó atentamente la explicación de la duquesa, asintiendo cada vez que se cruzaba con su maravillosa mirada verde. En cuanto el silencio envolvió la estancia, la costurera dijo:

—Lady Northcliff, puesto que mi trabajo consiste en complacer a mis clientes con un

resultado excelente, me gustaría hacer algunas aclaraciones, si me lo permitís.

—¡Por supuesto! Os escucho mientras como, ¡están deliciosos!

Maria sonrió.

—Estoy absolutamente de acuerdo con una línea ceñida al cuerpo: demasiada tela alrededor de las caderas haría que se viera más voluminosa y el vestido sería excesivo. También estoy de acuerdo con que las mangas sean sin pliegues ni volantes: crear una manga abullonada con este tejido brillante podría hacer que recordara a los pudines de caramelo. Sin embargo, no estoy para nada de acuerdo con el escote: vos deseáis un escote en V, bastante alto, para no resaltar el pecho. En mi opinión, un corte recto le va mejor a vuestra figura y a la tela.

—¿Por qué?

—Con un escote recto, digamos a esta altura —respondió Maria, señalando con el dedo un punto sobre Eleonor—, tendréis un escote elegante y refinado, sin ninguna abertura puntiaguda que marque exactamente el centro de vuestro pecho, llamando la atención sobre ellos.

—Tengo el pecho demasiado lleno —afirmó Eleonor, desconsolada.

—Ya que lo preguntáis, seré franca. Tenéis un bonito busto, lleno pero no grande, y alto. No necesitaréis usar el corpiño para levantarlo. Daré forma a la tela para que cumpla su función por sí sola.

Eleonor dio un sorbo a su té, miró a los ojos sinceros de la mujer y preguntó:

—¿Probamos?

Maria Vitale cogió la tela con manos hábiles y se la puso a Eleonor, a la altura del pecho, tirando de ella con una mano por detrás de la espalda y dejándola caer sobre los pechos, simplemente apoyada.

Eleonor inclinó la cabeza hacia un lado, giró el torso hacia la derecha y luego hacia la izquierda.

—Sí, tenéis razón. Discreto, elegante, pero muy femenino.

—Esta misma tarde lo cortaré, por la noche os lo coseré, y mañana por la mañana os lo probaréis.

—No quiero que trabajéis de noche por mí, Mrs. Vitale.

—Seguiría trabajando, aunque no tuviera vuestro vestido, lady Northcliff. Hasta las once, todas las noches —dijo Maria, doblando la tela.

—¿Cuánto tiempo lleváis ejerciendo este oficio? —preguntó Eleonor desde detrás del biombo.

—Empecé cuando tenía ocho años.

—¡Vaya! Yo soy malísima con la aguja y el hilo. A no ser que sea para coser la piel humana. Eso se me da muy bien.

Maria Vitale, que normalmente era imperturbable, frunció el ceño.

—¿Habéis estudiado medicina?

—Digamos que la practico desde los nueve años. El doctor Phillips me enseñó todo lo que sé y sus libros hicieron el resto.

Maria Vitale asintió, asombrada e incrédula.

* * *

Ramsay apareció en el vestíbulo en cuanto oyó cerrarse la puerta. El duque de Northcliff había regresado. Eran la una y cuarto de la madrugada.

—¿Me daréis la capa?

—¿Por qué me has esperado?

—Estaba hablando con Ben en la cocina y se nos ha hecho tarde. ¿Le necesitáis?

—No. Dile que no me despierte mañana por la mañana. Buenas noches.

—A vos también—contestó Ramsay, mirando de reojo al duque que subía las escaleras.

Keiran entró en la alcoba y se sorprendió al ver a Eleonor despierta, empeñada en escribir junto al fuego.

—Es tarde —dijo con tono severo.

—Te estaba esperando.

—¿Por qué?

—Necesito hablar contigo... quiero decir, estoy dispuesta a hablar de mi aborto —dijo ella apresuradamente, antes de que pudiera cambiar de opinión.

Keiran estudió el rostro serio de Eleonor y admiró el valor que emanaba de él. Apartó la mirada y empezó a desvestirse. El olor a humo de su ropa llegó hasta ella.

—Ese olor no me gusta.

—¿Cuál?

—Humo.

—Estaba en una vieja taberna con Wolf, así que es normal que oliera así.

Eleonor se preguntó si estaba mintiendo, si había ido a algún turbio local para divertirse con otra. Nunca se había acercado a ella desde el día en que perdió al bebé, excepto para abrazarla mientras dormía; mantenía las distancias, la evitaba exactamente igual que ella a él.

Una pregunta surgió en sus labios y, antes de darse cuenta, la formuló en voz alta.

—¿Te ves con otra?

Keiran se volvió lentamente, con los pantalones aún puestos pero abiertos, el pecho desnudo y los ojos entornados y amenazadores.

—No te concierne.

—Recuerdo perfectamente nuestro acuerdo, Key, y no tengo intención de incumplirlo, pero no quiero ser el hazmerreír de todos los que estarán aquí dentro de unos días y que seguramente sabrán con quién te ves por las noches. Te pido un poco de clemencia: dime la verdad para poder comportarme con dignidad con nuestros invitados.

Keiran apretó los dientes, haciendo que los músculos de su mandíbula se crisparan. Se acercó unos pasos y la miró fijamente.

—El acuerdo también era que yo sería lo suficientemente discreto para que nadie lo supiera. Nadie, Eleonor.

—Entiendo. Eso equivale a un sí —afirmó ella, apartando la mirada—. Una profunda tristeza se apoderó de ella al pensar en Key en brazos de otra mujer, haciéndole el amor, besándola y tocándola. Pero se negó a reconocerlo—. Hace unos días, en el carruaje, querías hablar. Ahora estoy preparada. Te escucho.

Keiran se dio la vuelta y fue a lavarse los dientes, la cara, las manos y los brazos con el agua, ahora fría, de las jofainas. Se detuvo a secarse frente al espejo, mirándola. Sentía su dolor ante la posibilidad de que la pudieran sustituir por otra mujer.

—No me veo con otras. Te evito porque siento que no quieres estar cerca de mí. Tú empezaste, Eleonor, no yo.

Eleonor reflexionó: él tenía razón, ella había iniciado un distanciamiento gradual. Y no había estado con otras mujeres, él lo había dicho. ¿Tenía que creerle?

—Respeto tus tiempos —continuó él. Tiró la toalla a la estantería, cogió su bata y se acercó—. No soy un gilipollas insensible, recuérdalo por si aún no te has dado cuenta —dijo con un tono de voz grave.

Eleonor se sintió conmovida por aquella expresión ruda. Se mordió el labio inferior, arrepentida de haber pensado mal de él.

—Discúlpame, por favor.

Keiran le cogió la barbilla entre los dedos y le levantó la cara. La besó, acercando apenas sus labios a los de ella, con una mirada intensa.

—Sé cuánto has sufrido y cuánto sufres. He sentido el dolor: el mío y el tuyo, a través de mis manos. —Se incorporó y, sin soltarle el rostro de la mano, le dijo—: Quiero un hijo.

Eleonor abrió los ojos de par en par, pensó durante unos instantes y se quedó convencida de haberle entendido mal.

Keiran se lo repitió.

—Quiero tener un hijo. Cuando estés preparada.

Ella se dedicó a negar con la cabeza, con gestos apenas insinuados.

—No, no.

Keiran frunció el ceño. Se apartó de su rostro, pero no apartó la mirada de ella.

—No, Key, no quieres un hijo, no lo querías... —balbuceó, como si no estuviera dispuesta a aceptar una realidad extraña.

La mirada de Keiran se ensombreció.

—Quiero un hijo —reiteró con voz clara.

—¿Por qué?

—¿Qué pregunta es esa? Quiero tener nuestro propio hijo.

—¿En el sentido de... tuyo y mío?

—Sé, Eleonor, que me estás poniendo a prueba. Tuyo y mío, por supuesto.

—Has cambiado de opinión.

—No he cambiado de opinión.

—Pero tú, incluso antes de casarte conmigo, dijiste que no...

—No he cambiado de opinión.

Eleonor no entendía su enrevesado razonamiento, pero no dejaría su dilema sin resolver por su propia naturaleza.

—Entonces, si no has cambiado de opinión, es que antes querías hacerlo, pero no querías decirlo, ¿no?

—Piensas demasiado y, además, muy deprisa. ¡Y sobre todo, hablas demasiado!

—¿Por qué te esforzabas tanto en no quererlo? —preguntó Eleonor con descaro, sin mostrar temor alguno a su actitud amenazadora.

Keiran resopló y se tumbó en la cama, encima de las mantas.

—Estoy cansado. Hablaremos de esto en otro momento.

—¡No, maldita sea!

—Eleonor.

—¡Lo discutiremos ahora mismo! —Se subió a la cama y se sentó a su lado, con las piernas cruzadas—: ¿Qué te asusta de tener un hijo? De eso se trata, ¿no? Estás preocupado.

Keiran cerró los ojos, exasperado por aquella presión. Volvió a abrirlos, dividido entre el deseo de hablar y su habitual reticencia a ser sincero. No sabía qué era, pero aquellos ojos verdes, dulces y comprensivos, ella tan servicial y sensible, en definitiva, todo, le llevaron a decir en voz alta lo que su corazón, más que su mente, le dictaba.

—No quiero arriesgarme a que sea como yo —susurró incrédulo por haberse atrevido a decirlo.

—¿Por qué?

—Por las manos. Es una carga demasiado pesada para legársela a un niño.

—Tú también fuiste niño, Key, y creciste muy bien a pesar del dolor y las dificultades.

Además, ¿quién te dice que tu hijo tendrá el mismo don que tú? ¿Lo tuvieron alguna vez tu padre, tu madre o tus hermanos?

—Pero podría pasar.

—O no.

—Y podría ocurrir que fuera tan inepto en cuestiones escolares como yo —insistió con arrogancia.

—¿Inepto? ¿Qué diablos estás diciendo?

—Eleonor, no hables así.

—¡No me fastidies con tu hipocresía! ¡He oído las palabrotas que dices! No me gusta que te califiques de inepto, Key. ¡No me gusta nada!

—Eso es lo que me han dicho que soy.

—¡Exacto! Pero no es lo que eres —le replicó Eleonor enfadada. Se levantó de la cama y empezó a dar vueltas por la habitación descalza—. ¡No saber escribir y leer como los demás no significa que seas un inepto! Conozco a gente así. Mírate —gritó, volviéndose para señalarle con el dedo— ¡Haces cosas increíbles con las manos! Y no solo por tu don, sino también por tu habilidad manual. Construyes mecanismos increíbles, ¡inventados por ti! ¿Crees que el mundo gira en torno a letras y números?

—Sí.

—¡No! ¡Maldita sea, no! —Eleonor había echado un pie.

—Eleonor, vigila tu lenguaje.

—Si quisieras, podrías... ¡Solo necesitas hablar y que alguien escriba por ti! No necesitas escribir.

Keiran la miraba fascinado por la vehemencia con la que ella trataba de convencerlo. De hecho, estaba seguro de que cada palabra que salía de su hermosa boca era verdad.

—Lo dices porque me amas —afirmó inesperadamente.

Y, de forma igualmente inesperada, Eleonor le contestó:

—¡Claro que sí! ¿Por qué crees que te digo la verdad? Solo porque te quiero inmensamente y sufro al verte así.

—Está bien, te concederé el beneficio de la duda

—¡Maldito seas! ¡Me tienes que dar la razón, joder!

Keiran se incorporó y arqueó las cejas, adoptando una expresión dubitativa ante el enfático modo de expresarse de su esposa.

—Estás exagerando.

—¡No! Tengo razón y tú debes convencerte de que eres...

—Me refiero que estás yendo demasiado lejos con este lenguaje.

—¡Al diablo! —prorrumpió ella, dando un pisotón en el suelo y apretando los puños. En dos pasos estaba de nuevo en la cama, arrodillada ante él—. ¡Eres la persona más exasperante, testaruda y difícil que conozco! Pero también eres increíblemente amable, generoso, cariñoso, y tienes un don —le cogió la mano y se la llevó al pecho, a la altura del corazón—. Un don que solo puede tener una persona justa. Tienes una mente explosiva e ideas brillantes, ¿y qué más da si otra persona escribe tus ideas en lugar de ti o te lee? Dime que tengo razón.

Keiran no podía creérselo: había esperado aquella conversación para consolarla por la pérdida del bebé y, sin embargo, ¿cómo había ocurrido que ella tratara de consolarlo por su falta de habilidades para la lectura y la escritura? Una sonrisa asomó a sus labios.

—Tienes razón. ¿Contenta?

Eleonor abrió la boca, incrédula ante la inesperada victoria. La cerró, y por último, dijo:

—Repítelo.

—He dicho que tienes razón. Intentaré recordar esta conversación para no sentirme incómodo con las letras y los números.

Eleonor se lanzó hacia él con ímpetu, abrazándolo con fuerza, y exclamó:

—¡Entonces tendrás el hijo que tanto deseas! —dijo con la voz quebrada por la emoción—. ¿Estás seguro? ¿De verdad lo quieres?

Keiran asintió con una gran sonrisa. La besó ligeramente en la boca.

—Solo necesito un poco de tiempo, por favor, Key.

La abrazó, haciendo que se sentara entre sus piernas, y la acurrucó con más besos y suaves caricias.

—No tengo prisa, *leannan*.

—¿Necesitas desahogarte con otra?

—Basta, Eleonor. He dicho que no me veo con ninguna.

—Pero si tuviera una necesidad, lo entendería.

—Embustera.

—¡De verdad! Yo...

—Siento tu mentira —rio él divertido—. Te abalanzarías sobre mí sin descanso, como un tigre cazando a su presa.

Se acostaron bajo las sábanas.

Un torrente de emociones se apoderó de Keiran, hasta el punto de que casi no pudo contener las palabras de amor que ya tenía en la garganta. Pero la respiración regular de Eleonor le dijo que el sueño había prevalecido sobre ella.

Capítulo 7

29 de febrero de 1812

Keiran observó a un sirviente, elegante con su librea verde oscuro, que iba de un farol a otro en el jardín encendiendo las llamas.

Todo había sido dispuesto por Eleonor para que los invitados se sintieran cómodos también en el exterior, pues probablemente el frío penetrante no los disuadiría de dar un agradable paseo. Las plantas y flores invernales aún eran visibles a pesar de la inminente oscuridad, y los senderos de piedra resaltaban con su claridad, iluminados por los faroles. Todo tenía un aire de delicado romanticismo.

Ya estaba vestido con el traje negro confeccionado por su sastre de confianza y había recorrido el jardín para relajarse antes del enorme esfuerzo que sabía que tendría que soportar entre apretones de manos, sensaciones, vibraciones y demás.

Entró en la casa con frío y se dirigió al salón más pequeño, donde un chico y una chica ultimaban los arreglos para recoger y devolver abrigos y capa.

—¡Ya has oído lo que ha dicho lady Northcliff! —Mejor usar estos que esos —insistió la criada, señalando unas elegantes etiquetas de color crema.

—Vale, de acuerdo. A mí me parece que los grandes son más cómodos, ¡por lo menos en ellos se escribe en letras grandes! —replicó el chico, con marcado acento de Cornualles.

—¡No hace falta que tú escribas en ellas! Yo escribiré mientras... Buenas noches, excelencia.

Los dos hicieron una reverencia.

Keiran alargó la mano para coger las tarjetas más pequeñas.

—¿Para qué sirven?

—Su excelencia la duquesa ha tenido una ingeniosa idea para evitar malentendidos sobre los propietarios de capas, abrigos, sombreros y demás.

El duque frunció el ceño.

—Explícate —le ordenó a la doncella.

—En cuanto Ramsay anuncie en voz alta al invitado, yo escribiré el nombre en la tarjeta, mientras él —explicó la criada, señalando al muchacho que tenía al lado—, se llevará las capas.

Keiran sonrió.

—Yo tampoco sabría escribir en las pequeñas —dijo el duque inesperadamente.

—¿Ves? —sonrió triunfante el chico mirando a la criada.

—¿Escribirá ella? —le preguntó el duque.

—Sí, excelencia —respondió el criado.

—Entonces, mejor para ti.

Los dos se quedaron mirando mientras el duque subía las escaleras.

Keiran decidió inspeccionar la segunda planta por pura curiosidad. Llevaba años deshabitada y ahora parecía la residencia de un príncipe.

El aire cálido y perfumado le sorprendió. Se acercó a un candelabro y, atrajo el aire hacia sí con la mano izquierda, aspirándolo: el dulce aroma a la... ¿Vainilla?

—¿Por qué tienen ese perfume? —le preguntó a una chiquilla que se apresuraba a bajar las

escaleras.

Ella se detuvo, aterrorizada por la expresión severa del duque.

—Yo... lady... su... su excelencia dio orden de hacer las velas ... con aroma de vainilla.

—Entiendo. Gracias.

La chiquilla hizo una reverencia y desapareció a toda velocidad.

Keiran admiró el pasillo iluminado por una gran cantidad de velas, pero aún más lo impresionó el salón. Este se abría con tal magnificencia desde el vestíbulo de la escalera que dejó a Keiran boquiabierto. Unas deslumbrantes lámparas de araña irradiaban destellos lunares gracias a la multitud de llamas. Los candelabros de oro estaban dispuestos con elegante desenfado sobre cada mueble, a la derecha o a la izquierda, pero nunca en el centro. Flores y plantas aparecían por todo los lados, dispuestas en composiciones originales, como si alguien las hubiera colocado aquí y allá, dejándolas caer desde una repisa, un aparador o una mesa.

Se preguntó si la elección del color de las rosas, un delicado matiz de un rosa ligeramente anaranjado tenía algún significado. Sin duda, Eleonor había optado sabiamente por una flor convencional, pero en un color inusual.

Los músicos rasgueaban y afinaban los violines, mientras el piano esbozaba un vals. Todos lo vieron y le hicieron un leve gesto con la cabeza.

Keiran les devolvió el saludo y luego se volvió para contemplar la sala desde otro ángulo.

Todo estaba perfectamente decorado, incluso las mesas que se vislumbraban en la habitación contigua y que estaban llenas de todo tipo de manjares. Una multitud de sirvientes se movía incesantemente de un lado a otro, como hormigas trabajadoras y bien adiestradas.

Agatha apareció, con el rostro agitado por el inminente acontecimiento, dando órdenes precisas en un tono bajo; se encontró con la mirada de Keiran y sonrió mientras hablaba con una joven criada.

Cuando todos se hubieron alejado, se acercó a él, le puso la mano en el brazo y le susurró:

—Tu madre era muy buena organizando recepciones, pero lady Northcliff —añadió con una expresiva expresión en el rostro—, siempre se las arregla para aportar un toque de originalidad a todo lo que hace —concluyó con gran satisfacción, extendiendo los brazos como para indicar lo que la rodeaba.

—Ya lo había notado —respondió, mirándole a los ojos.

—Obviamente. Hasta luego, querido. —El ama de llaves se alejó y llamó a un chico que llevaba una botella de cristal adornada que contenía un líquido rosáceo.

Keiran dio unos pasos en dirección a la comida y observó con interés los apetecibles olores que desprendían algunos de los platos ya dispuestos sobre las mesas: los invitados estaban a punto de llegar.

Vio las rodajas de carne asada y las grandes bandejas a su lado, donde supuso que pronto se colocarían las patatas asadas, reconoció con cierto asombro las *oatcakes*[1] y las *pies*[2], platos escoceses que Eleonor había elegido para recordar con orgullo los orígenes de los Northcliff y, quizá, también porque sería cómodo para los invitados servirse, comer y volver a la diversión del baile.

Olfateó el aroma, que le resultó familiar, pero tardó en identificarlo; miró a su alrededor y entre los platos vio *kalluun*[3]. Sorprendido, abrió la boca: ¡aquella descarada de Eleonor le había preparado comida somalí! Las damas inglesas no la tocarían y él ya estaba pensando en la elegante rebelión que iba a provocar su esposa.

Suspiró casi exasperado, pero luego recordó el delicioso sabor del *kalluun*, el aroma del comino y el delicioso sabor picante de la guindilla, y se adelantó a ello. Recordó la satisfacción

en el rostro de Eleonor cada vez que lo había probado en su mesa. Decidió que las nobles damas tenían que probar esa comida y que él apoyaría a su mujer. Se preguntaba si aquella chiquilla rebelde tendría preparadas más sorpresas para aquella velada y si estas serían igualmente digeribles o si serían decididamente inaceptables.

Una idea, o más bien una intuición, le llevó a imaginarla vestida de noche, pero no pudo hacerlo y esto le alarmó.

Empujado por sensaciones invisibles, se dirigió a paso rápido hacia la salida del gran salón y bajó los escalones aún más deprisa; abrió la puerta que daba al pasillo de los dormitorios de la segunda planta y entró en su cámara. Tocó el picaporte, dudó unos instantes antes de abrir la puerta, presintiendo que se avecinaba una tormenta.

La visión de Eleonor de espaldas a él colmó sus ojos.

Se quedó paralizado, de pie en el umbral de la puerta, mirando en el espejo el vestido rojo anaranjado o quizá rojo miel oscuro.

Respiraba con dificultad, fascinado por la belleza de aquella figura, maravillosamente coloreada y perfectamente modelada, y por su descarada originalidad, que tal vez la nobleza inglesa no habría aceptado. Dio un paso adelante y cerró la puerta.

Eleonor se volvió al oír ruido. Estaba ansiosa por conocer su opinión.

Keiran percibió su aprensión. Caminó lentamente a su alrededor, aspirando el agradable aroma de las flores.

Las mangas, ligeramente por encima del codo, eran lisas y sin volantes; el borde del escote era recto, apenas dos dedos más arriba de donde imaginaba que estaban los pezones, y estaba bien tirante, como para soportar por sí mismo el peso de los pechos. Debajo, una banda de la misma tela estaba atada a la espalda en un nudo abullonado, sin lazo. La ausencia de pliegues en la espalda era inusual en una época en la que se tendía a imitar la suavidad de las túnicas griegas y romanas; el escote de la espalda era mucho más bajo de lo que marcaba la moda; un delicado mechón de pelo suelto y ondulado definía la figura y llamaba la atención.

No sabía si debía alegrarse o irritarse.

Eleonor se armó de valor y señaló con un dedo una silueta de la que colgaba otro vestido junto a la cama.

Solo movió los ojos en esa dirección.

—Si lo prefieres me pongo ese —murmuró Eleonor en tono resignado.

Vio un vestido beige, enteramente de encaje, fino y delicado. Muy bonito. Muy elegante. Muy a la moda. Muy obvio.

Se percató de que le encantaba su originalidad.

—No —dijo en tono firme. La miró fijamente durante unos instantes, se fijó en los labios apenas maquillados—. ¿Te has dado color?

—¿Es una pregunta? —le contestó inclinando la cabeza con una sonrisa forzada.

—Tienes la boca pintada —exclamó él con seguridad—. No emplees tus trucos. Ya eres bastante convincente así —dijo haciendo un gesto con la cabeza en dirección de su vestido.

—Entonces, ¡el vestido te gusta!

—Sí, pero estarás en boca de todos.

—¿Eso es malo?

—Depende de ti, *leannan*. Depende de ti y de tu capacidad de ser la duquesa que eres y no la que los demás se esperan que seas.

—Eso puedo hacerlo, Key. Pero ¿te parece bien que siga siendo la duquesa que soy?

—¿Buscas una confesión explícita por mi parte?

—¿Es una pregunta?

Keiran no pudo contener una sonrisa y acarició el cuello blanco, donde dejó su mano.

—Sí, estás buscando una confesión explícita por mi parte —afirmó con absoluta certeza. Apenas se movió para mirarse en el espejo y ajustarse el nudo de la corbata—. Estoy contento contigo. Mucho. Y esta noche eres exactamente la mujer con la que quería casarme. Estás bellísima. Creo que no sabría ser más explícito que eso.

Eleonor sonrió con aire satisfecho y se lanzó sobre él, que, cogido desprevenido, estuvo a punto de perder el equilibrio. Le besó en la boca con entusiasmo y le dijo:

—¡Te quiero tanto! Y además estás guapísimo.

—¿Guapísimo? —le preguntó casi horrorizado Keiran.

—Y me alegro mucho de que no te hayas cortado el pelo. Me encanta que no los lleves corto como se lleva ahora. ¡Y me encanta cuando estás despeinado!

—Chiquilla, me ha costado mucho mantenerlos así. Y deja de restregarte de esa manera tan poco decorosa.

Pero Eleonor lo miraba con adoración, pasando suavemente la mano por su suave cabello negro.

Keiran no pudo contener el impulso de besarla. Apretó con fuerza sus dedos en su cuerpo y hundió su lengua, llevado por una necesidad incontrolable.

—Chiquilla traviesa —murmuró de repente, alejándose de un salto. Intentó limpiar sus labios del color rosado que le había quedado pegado.

Eleonor tomó una toalla, la humedeció y se acercó para ayudarlo. Luego volvió a aplicar una capa de brillo labial y se giró hacia él.

—¿Vamos?

Keiran la tomó de la mano y salieron de la cámara. A mitad de la escalera se detuvo.

—Sé cómo piensan los hombres, porque yo también lo he hecho. Así que, no le des confianza a ningún hombre esta noche.

—No te entiendo.

—Estás casada, eres hermosa, eres rica. Eres la presa ideal para hombres casados y solteros, para jóvenes en busca de aventuras y dinero, para mayores pero experimentados y sin dinero.

—¿Estás celoso o no te fías de mí?

—Ninguna de las dos, pero obedéceme.

—Te amo.

Keiran se giró para mirarla, con una expresión impasible.

—Eres hermosa y tienes un cuerpo que volvería loco a cualquier hombre. Ellos estarán ansiosos por encontrar una oportunidad para acercarse a ti de manera indecente.

—¿Crees que yo lo permitiría?

—Inconscientemente, sí.

—Algunas cosas no pasan accidentalmente, Key, y tú lo sabes mejor que yo.

Ella tenía razón. Absoluta e inequívocamente, tenía razón. Se sintió como un tonto. Un tonto que no confiaba en su mujer o un estúpido celoso de su propia mujer.

—Ya has oído cuánto te amo, así que sabes que solo te quiero a ti, ¿verdad?

—¿Estás buscando otra confesión? ¡Maldita sea, Eleonor!

—No te desquites conmigo, lo has hecho todo tú solo. ¡Deberías disculparte por eso!

—Vamos.

Pero ella no se movió.

Keiran la miró.

Eleonor lo besó en los labios una, dos, tres veces, esperando a que cediera.

—Me molesta que los demás te miren. Y punto.

—Eso se llaman celos.

—Me importa un bledo cómo se llame. Tú obedece —dijo ella, limpiándose la boca con los dedos. Él la agarró de la mano y la obligó a seguir su paso mientras subían a la tercera planta, molesto consigo mismo por haberse expuesto tanto; fastidiado porque ya no podía controlar sus sentimientos cuando se trataba de ella; contrariado porque ella había aprendido a manipularlo. Era demasiado para asimilarlo todo de una vez.

—No has cambiado de opinión, ¿verdad, Key? ¿Todavía quieres un niño?

—No he cambiado de opinión. De hecho, ya que sacas el tema, que sepas que no voy a durar mucho más.

—¡Bien!

—¿Bien?

Eleonor levantó la cabeza y dijo:

—Me muero de ganas.

—Descarada.

En el gran salón, algunos invitados ya estaban presentes y, a su entrada, se acercaron para presentar sus saludos.

Ramsay anunció en voz alta los nombres de los recién llegados, quienes, tras dejar atrás sus capas, sombreros y abrigos, entraban en fila para presentarse ante el duque y la duquesa.

Keiran y Eleonor se habían colocado casi en el centro del salón, mostrándose absolutamente serenos y en sintonía. La mayoría de los presentes la miraban fijamente, como si buscaran algún defecto en su comportamiento que justificara culparla por el vestido y el cabello de color inusual.

Los nobles más distinguidos solían tener el privilegio de quedarse un poco más con ellos.

Pero si permanecer con los Wiltshire fue un placer para Keiran y Eleonor, no podía decirse lo mismo de su encuentro con el marqués de Spencer. Este mantuvo la mano de Eleonor entre las suyas demasiado tiempo y sus penetrantes ojos se detuvieron sin pudor en el escote del vestido de ella, que se veía claramente desde su altura.

Eleonor sintió un profundo desagrado ante aquel hombre, decididamente anciano, que se paseaba en compañía de la joven lady Emily, presentándola con descarada indiferencia como su sobrina. Desafió al marqués de Spencer con aire altivo y serio, y se mostró fría y formal con la supuesta sobrina, cuya presencia falsamente ingenua la molestaba sobremanera, pues no estaba acostumbrada a las hipocresías.

El marqués de Spencer se dio cuenta de que el duque lo estaba observando. Palideció y se alejó sin decir palabra.

—Babosa asquerosa —musitó entre dientes Eleonor, de modo que solo Key pudo oírla.

—Te lo había dicho.

—¡Quiero regresar a Escocia! ¡Y vivir allí lejos de todo esto! —exclamó ella en un tono de voz irritado.

Él se echó a reír, causando gran asombro en todos los presentes.

—¿Tanta gracia te hago?

—Mucha, *leannan* —replicó él, tocándole la mejilla sonrojada, gesto que causó aún más estupor que la carcajada.

Se puso serio de repente, al oír el nombre del conde de Lennox, pronunciado por Ramsay. Fijó en él sus ojos con el aire ducal más austero que pudo conseguir para evitar encontrarse con la mirada de su hija Eve, su última amante, la marquesa de Grafton, a la que acompañaba. Detrás

les seguían el vizconde Hamilton, Gabriel Chapman, y su hermana lady Arabella, ambos hijos del conde de Lennox.

Keiran pudo percibir la agitación de Eleonor provocada por Hamilton, y el recuerdo de la historia de su beso le molestó enormemente.

Lady Grafton vestía un traje gris increíblemente ceñido en el pecho, tanto que su busto parecía desbordarse del escote cuadrado. Perlas en el cuello y en las orejas le daban un aire elegante. Fijó la mirada en el duque y, al notar su forzada indiferencia, decidió dirigirse a la duquesa con un decoro audaz, encontrándose con unos ojos verdísimos como esmeraldas y una sonrisa sincera.

Eleonor había notado perfectamente cómo, al principio, la mujer intentó captar la mirada de su esposo. La semejanza entre Lady Grafton y su hermana menor, Lady Arabella, era notable, pero también lo era la única y sustancial diferencia: la hermana joven representaba, para su desgracia, una versión desvaída de la mayor. A su pesar, Eleonor admitió que era muy bella y que destilaba sensualidad por cada poro de su piel. Cada hombre en la sala admiraba sus formas voluptuosas e intrigantes.

—Me alegra contar con vuestra presencia —exclamó Eleonor con extrema desenvoltura, mirando especialmente a Gabriel—, y espero que la velada sea motivo de agradable entretenimiento.

Inesperadamente, la marquesa habló en nombre de toda su familia, como para desafiarla.

—Agradezco el honor de esta invitación —dijo en tono meloso.

—Sólo podía ser así, dada la larga amistad que me une a lord Hamilton —aclaró la duquesa en voz alta.

El mensaje era claro: la invitación había partido de ella, no del duque, y el motivo se refería a la vieja amistad con Gabriel, no a la existente entre Eve y lord Northcliff.

Todos los presentes más cercanos a ellos lo oyeron y empezaron a sentir cierta simpatía por ella.

A lady Grafton le pareció más digno guardar silencio. Tuvo que admitir que la joven duquesa sabía utilizar bien las palabras, y que lo hacía con franca valentía acompañada de un irresistible rostro angelical. La envidió por esta inconsciente capacidad que evidentemente no le suponía ningún esfuerzo; ella sabía bien cuánto empeño era necesario para complacer a todos, algo que no siempre le salía bien y que ya no podía hacer como antes.

Decidió que lo compensaría de una forma mucho más satisfactoria, con Keiran. Hizo una reverencia y se despidió con el resto de la familia.

Eleonor mantuvo impertérrita su risueña expresión mientras observaba el brillante cabello rubio oscuro de la viuda de Grafton y su contoneo ondulante.

—Es muy sensual —dijo en un susurro que solo Key pudo oír.

—Sí, pero solo en público.

—¿Qué quieres decir?

—Hablaremos de eso en otro momento.

—Dímelo ahora.

Él la miró, molesto.

—Siempre quieres saberlo todo. Te contentaré, chiquilla curiosa: una vez desnuda, su sensualidad no es, se puede decir, firme y compacta como le gusta a un hombre. Al menos, ya no es así. Sin embargo, cumple su función. ¿Quieres que use otras palabras para explicarme mejor?

Abrió la boca para responderle con picardía, pero recordó que estaba en presencia de varias personas que no le quitaban ojo de encima. Sonrió a su marido y susurró:

—Yo estoy firme y compacta, volvería loco a cualquier hombre. Tú lo dijiste, ¿recuerdas?

—¡Maldita seas, Lio!

La disputa cesó cuando Nancy Jane y la tía Martha se acercaron acompañadas por el marqués de St. James.

—St. James.

—Northcliff.

—¡Buenas noches! —dijo Eleonor con aire alegre—. Tía, ¿lo he hecho bien? ¿Qué te parece? —preguntó señalando a su alrededor con la mirada para no despertar la curiosidad.

—¡Mi querida niña! ¡Estás preciosa y original como siempre!

—*¡Sabía que serías la más fascinante del salón!* —dijo Nancy con gestos rápidos.

—¡Y qué organización! —continuó tía Martha.

—¡Gracias, tía, me alegro de que lo apruebes! Ya sabes cuánto me importa. —Luego, mirando a Nan, movió las manos.

—*¡No tanto como la viuda de Grafton! ¡Esa rezuma sexo por cada uno de sus poros!*

Nancy rio y Daniel fingió no entender.

—Eleonor —musitó Keiran.

—¿Sí? —le preguntó, inclinando deliciosamente la cabeza.

—Lo hemos entendido todo. Y deja de emplear tus trucos conmigo.

—¿Entender qué? —preguntó Martha ingenuamente—. Eleonor, sabes que no soporto cuando gesticulas sin hacerte entender.

—Discúlpame tía. Decíamos que estamos deseando que llegue el príncipe.

—¡Ah, vale! ¡Yo también lo estoy deseando! —exclamó tía Martha, siguiendo al marqués de St. James hacía un lado del salón, y alejándose.

—Eres una mentirosa insolente —balbuceó Keiran entre dientes.

—¡Desde luego no podía repetir lo que le he dicho a Nan!

—Danny y yo también te hemos entendido.

—Peor para vosotros que entendéis cosas que no os incumben.

—Eleonor... —Keiran tuvo que callarse porque se acercaban más invitados.

Si el encuentro con lord Brummell unos minutos antes había sido agradable, ya que destacaba por su moderación, elegancia y cortesía, no podía decirse lo mismo del encuentro con lord Byron.

Keiran reconocía que era un hombre fascinante en sus maneras y en sus palabras, y que era especialmente querido por las mujeres que se enamoraban de él con la sola lectura de sus versos; pero también reconocía que lord Byron tenía un carácter voluble y arrogante, que a menudo le llevaba a excederse en todo lo que hacía.

Tenía una visión negativa de él: escribía con excesivo énfasis sobre sentimientos apasionados hacia cualquier ser humano, independientemente de su sexo; ensalzaba, en tonos desesperados, la amistad verdadera y fuertemente sentida, a veces impregnada de sexo, dirigida a varones y mujeres; describía amores conmovedores, vividos con una pasión mental y física que dejaba admirado, si se trataba de mujeres, o asqueado, si eran hombres.

En resumen, Keiran encontraba en Lord Byron la personificación y la exaltación de la sensibilidad excesiva que se vocifera, se proclama y se hace pública sin dignidad ni pudor.

Lo contrario de lo que hacía él.

El hecho de que Lord Byron expresara su desesperado deseo, o tal vez necesidad, de tener sentimientos fuertes sin límites, pudiendo amar, incluso físicamente, a mujeres y hombres por igual, le hacía indigno de estima a sus ojos, porque cualquiera debería adoptar una postura en la vida, o esforzarse por pasar desapercibido, cosa que a Lord Byron le resultaba imposible.

—Es un honor estar ante vuestras excelencias —proclamó un complacido lord Byron, después de hacer una leve reverencia y besar la mano. El rápido gesto de la cabeza del duque le indicó que este no iba a hablar. Listo para desafiar la autoridad del título, se dirigió a lady Northcliff—. Los rumores que circulan sobre vos, excelencia, no hacen justicia a vuestra belleza.

—Gracias, lord Byron. Esto confirma, y lo digo sin presunción, que los rumores, como los llamáis vos, no siempre son fiables. Al contrario, a veces invalidan la visión real de las cosas, infiriendo de ellas una forma totalmente errónea.

Lord Byron la miró sorprendido por su notable habilidad dialéctica. Sí, se dijo a sí mismo, una mujer inteligente a más no poder.

—Tenéis toda la razón, excelencia.

Eleonor sonrió con recato; lord Byron hizo una pequeña reverencia y se dirigió hacia un grupito de conocidos.

Keiran, que parecía bastante molesto, recobró el buen humor al ver al doctor Phillips.

—¡Doctor! —exclamó Eleonor, dándole las dos manos al anciano médico—. ¿Bailaréis conmigo? —le pidió sin descaro alguno.

—Por supuesto que no, y si no os conociera desde que erais una criatura, ¡diría que sois toda una insolente! —murmuró el doctor, sin temer reacción alguna.

—Sí, sí, lo sé. ¡Pero os conozco desde hace demasiado tiempo como para negaros el placer de regañarme como es debido!

—Exactamente. Imagino que vuestra excelencia sudará la gota gorda para mantenerla a raya.

—¡Me alegra contar con vuestra comprensión, doctor! —exclamó el duque, sonriendo.

Eleonor los observó, y luego señalándoles elegantemente con un dedo:

—Hum, demasiada sintonía. No me gusta... no me gusta.

El duque y el buen médico rieron de buena gana.

La pareja ducal pasó una buena media hora saludando a los invitados con sonrisas y diálogos forzados. Cuando parecía que los invitados habían terminado y el baile estaba a punto de comenzar, apareció una comitiva de elegantes nobles de la corte que acompañaban al príncipe regente.

Ramsay hizo el anuncio tal y como lo había ensayado tantas veces.

El duque y la duquesa aguardaron hasta que el príncipe Jorge Augusto Federico se presentó ante ellos.

Caminaba con aire austero y seguro. Era ligeramente orondo, pero las mujeres lo encontraban atractivo, en parte por su afición a los dictados de la moda, que observaba escrupulosamente, y mucho más por la posición que ocupaba y la que ocuparía como futuro soberano.

Llevaba el pelo castaño corto, ligeramente hacia delante, y su boca, con las curvas acentuadas y angulosas del labio superior, no pasaba desapercibida. Su traje oscuro y brillante se adornaba con el encaje blanco de su camisa y sus honores colgaban con cintas rojas de su cuello.

Keiran hizo una reverencia, y Eleonor lo hizo con una gracia y elegancia descaradas.

El príncipe le besó la mano y, al estrechársela un instante, dijo:

—¡Qué duquesa tan maravillosa!

—Os agradezco, alteza, vuestro amable cumplido. Sed bienvenido a nuestra casa y espero que paséis una velada a la altura de vuestras expectativas.

—Estoy seguro de que así será. —El príncipe soltó la mano de la duquesa y se volvió hacia el duque—. ¿Me permitiréis que vuestra duquesa me ofrezca un baile?

—Os lo ruego, alteza —replicó Keiran.

—El segundo baile —exclamó inesperadamente Eleonor, con un delicioso desparpajo,

acompañado de la más dulce y cándida expresión femenina.

—¿El segundo baile? —preguntó sorprendido el príncipe, poco acostumbrado a ser relegado.

—Sí, alteza —dijo ella con aire convincente—, si vos estuvierais en lugar del duque, ¿no querríais reservaros el primer baile?

—¡Por supuesto que sí!

—¡Bien! —exclamó Eleonor con una sonrisa maravillosa—. ¡Sabía que lo comprenderíais al instante! —Y acercándose a él con extrema espontaneidad, susurró—: El duque tiende a ser un tanto, ¿cómo decirlo?, posesivo. Tanto que me ha hecho prometerle que le concedería el primer baile.

—Mi querida lady Northcliff —exclamó el príncipe con un gesto elocuente de la mano—, y quien no lo sería con un mujer como vos. Estaré encantado de tener el segundo baile. ¡Nunca permitiré que su excelencia el duque se disguste con vos, y mucho menos conmigo! ¡Le necesito mucho para que Inglaterra siga firme! —afirmó en tono de broma, despertando las risas de los que la habían oído.

Todos sabían que el duque de Northcliff apoyaba económicamente a la monarquía y que a menudo se dirigían a él para tratar asuntos políticos. Pero sólo el príncipe, Perceval, Daniel, Cyrus y Roy sabían que el duque se rebajaba a ejercer de pirata en los mares franceses o dondequiera que la Corona inglesa lo necesitara.

Keiran comprendió perfectamente que la broma del príncipe presagiaba una charla sobre alguna petición. Sonrió cortésmente mientras el príncipe y él intercambiaban una mirada de comprensión.

Eleonor le puso la mano en el brazo y se dirigieron al centro del salón.

—Eso no es lo que creo, ¿verdad, Eleonor? —le preguntó con una expresión imperturbable del rostro.

—Me temo que sí.

—Ningún noble inglés se atrevería a bailar el vals. Es demasiado francés. Es una afrenta, Eleonor.

—Este es un *waltz*, un vals inglés. Me he dirigido a los maestros más renombrados de Londres y ellos confirman que un vals lento, el que han adoptado, es aceptable.

—¡Eres una rebelde insoportable! —dijo entre dientes sin alterar su aire ducal—. ¿No has pensado que quizá no sepa bailarlo?

—Sí que sabes —respondió ella con absoluta certeza—. Me lo ha dicho Roy.

Keiran apretó los músculos de la mandíbula. Con su hermano arreglaría las cuentas más tarde.

El silencio en el salón le indicó que todos esperaban ver si él daría la señal a los músicos.

—Lo hago solo porque prometí que no te pasaría nada malo, algo que sin duda ocurriría si no te apoyo ahora.

—En resumen, lo haces por mí —añadió Eleonor, inclinando la cabeza con una sonrisa.

—¡Cómo te divierte jugar conmigo! —Levantó una mano sin dejar de mirarla e hizo un gesto en dirección a la orquesta. Luego se acercó sin tocarla; posó con delicadeza una mano a la altura de su omóplato y con la otra tomó su mano delgada.

Eleonor sonrió abiertamente y estrechó sin dudar la mano que él le ofrecía, mientras apoyaba la otra sobre su robusto hombro.

Un murmullo de comentarios acompañó esos gestos.

El duque y la duquesa comenzaron a deslizarse lentamente sin que sus cuerpos se tocaran, pero dando la impresión de que podría suceder en cualquier momento. Sus rostros serenos indicaban que estaban convencidos de lo que estaban haciendo y esto infundió en los presentes la

idea de que no había nada malo en ello, que seguramente antes de tomar esa decisión arriesgada en presencia del príncipe, el duque y la duquesa habían consultado a los maestros de baile más prestigiosos de Londres.

El príncipe y sus acompañantes se habían colocado a un lado, pero al frente de todos, para poder admirar a la pareja. Su alteza quedó sorprendido por lo que vio.

—Me encanta observarlos —dijo lady Bridget Northcliff, acercándose al príncipe silenciosamente.

—¡Lady Bridget Northcliff! ¡Qué placer! Tenéis toda la razón, ¿sabéis? Son increíblemente elegantes —admitió el príncipe.

—Eso, alteza, es porque solo nosotros los ingleses sabemos cómo hacer sofisticado un baile que de otra manera sería...

—¿Arriesgado?

Lady Bridget Northcliff sonrió complacida.

—He tomado clases —comentó con falsa indiferencia el príncipe.

—¡Entonces también vos seréis excelente! —lo aduló lady Bridget Northcliff, fingiendo un complacido asombro.

—¿Queréis...? —preguntó su alteza, señalando con la mano la pista de baile.

—Sería un honor. —Bridget echó a andar, admitiendo que aún sabía manipular a un hombre cuando quería: le había prometido a Eleonor intervenir en el momento oportuno.

—¿Cuántas más sorpresas me tienes preparadas, Lio? —preguntó Keiran, atrayéndola apenas hacia él.

—No te acerques tanto, Key.

—¿Cuántos más *valzers* has programado?

—Solo uno más, lo juro.

—Ese también lo bailarás conmigo.

—¿Qué? ¡Key, no puedo! ¡Sería inapropiado!

—Sería más inapropiado dejarse tocar por Byron o por el Príncipe o por quién diablos hayas invitado esta noche.

—¡No puedo creerlo! ¡No me pidas algo tan impropio! Bailar todos los valses contigo... solo sería correcto para el príncipe.

—Solo somos dos y yo soy un duque: puedo hacer todo lo que quiera, exactamente como tú puedes elegir el rojo para tu vestido y comida somalí para una recepción formal. Bailarás los valses solo conmigo. ¡Y sanseacabó!

La apretó más y rozó su pecho con el suyo, dejando pasmados a todos aquellos que, después de la primera ronda de baile, se habían unido en parejas a su alrededor.

—¡Están pegados! —le dijo entre dientes lady Wilmot al Mayor Harris con quien estaba bailando.

—¿Y qué? ¿Estás celosa? —le susurró él con ojos maliciosos.

—¿Cómo te atreves?

—Todavía sientes algo por él y se nota. Peor para ti.

Lady Wilmot no pudo responder porque fueron rozados primero por el matrimonio Wiltshire, luego por el barón Douglas y su esposa, Abigail Palmer. Esta última hizo un gesto al Mayor, a quien conocía desde hacía tiempo.

—Al viejo Mayor Harris le vuelven loco las jovencitas —sentenció el barón con una sonrisa fingida, dirigiéndose a su esposa.

—Lady Wilmot no es tan joven —dijo Abigail fingiendo no entender.

—Hablaba de ti, Abigail —respondió el barón, mirándola fijamente. Era poco más alto que ella, pero sabía imponerse con su sola presencia. Él siempre sonreía, incluso cuando la reprendía, como si supiera cosas misteriosas o escondiera importantes planes estratégicos. En resumen, siempre parecía malicioso, sospechoso y calculador—. El Mayor tiene una debilidad por ti —sentenció. Luego amplió la sonrisa para lady Arabella que estaba sentada esperando un baile más acorde con su edad. Ella era tan encantadora, pensó el barón, siempre coqueta en sus modales y vestimenta. Las jovencitas siempre captaban su atención.

Lady Arabella respondió al anciano barón con una sonrisa. Pero tan pronto como él se alejó, le dijo a su amiga Mathilda:

—¡Qué horror! ¡La idea de estar en el lugar de Abigail me repugna!

—¡No me lo digas, Arabella! La sola imagen de esos dos en la intimidad... —susurró Mathilda.

—¡Cállate, te lo suplico! Piensa en alguien tan atractivo y agradable como el marqués de St. James.

—¡Pero está casado! ¡Mira! ¡Mira qué pegados están! —exclamó Mathilda en dirección al duque y la duquesa—. ¡Eso sí que es un espectáculo!

—También él está casado. Sin embargo, ¡es tan fascinante! —confesó Arabella fantaseando con estar en el lugar de lady Northcliff.

—Debes admitir que ella también lo es, Arabella. Más aún, yo diría que ella es una explosión de belleza y sensualidad.

—¡Qué exagerada! —replicó Arabella, que siempre había tenido celos de lady Northcliff—. Demasiada miel y oro. Demasiado rojo. Demasiado pecho. Demasiado alta.

—Exactamente como un hombre desea, querida hermana —dijo Gabriel, inclinándose ante ella para no ser oído. Fingió no ver que los ojos celestes de Arabella lanzaban relámpagos y se volvió para admirar a Eleonor.

Estaba provocativa y sensual, mucho más que cuando era pequeña y él la había besado. Se la imaginaba desnuda y deseaba tenerla entre sus brazos. En ese momento pasaron lord Bath y lady Portland. Los saludó con una inclinación de cabeza y pensó que hacían buena pareja. Parecían hechos el uno para el otro, reflexionó Gabriel.

—Bastante fascinante ese Gabriel Chapman —dijo Lady Portland, luciendo su sonrisa seductora—. Más bien, decididamente atractivo —admitió sin rodeos.

—Y decididamente joven para alguien como tú —soltó Bath con petulancia.

—¿Quién lo dice? Además, a los jovencitos les gusta la experiencia de las mujeres maduras. Aprenden muchas cosas.

—Recuerda que estás aquí para hablar con tu hijo, Lavinia.

—Estoy aquí porque fui invitada.

—Tuvieron que hacerlo por educación, y lo sabes de sobra. Habla con el conde, no lo olvides.

La Condesa resopló sin disimulo, pero al notar la mirada curiosa de lady Georgia, quien estaba de pie, sonrió y la saludó amablemente.

—Esa buscona te está robando al marido, mamá —susurró sin tacto Georgia a su madre, Lady Bath.

—Esa buscona es una marioneta, Georgia. Y tu padre es el hilo. No te atrevas a hablarme así —le contestó Lady Bath con aire complacido.

—Y tú ¿quién serías? —preguntó la joven, divertida por lo que consideraba una farsa.

—La titiritera, obviamente. ¿No te he dicho siempre que me tomes como ejemplo? —Lady Bath guiñó un ojo con dulzura, lo que puso en alerta a Georgia: realmente era una falsa mosquita

muerta, llena de recursos y experiencia—. Lord Portland o lord MacKendrick, por ahora, Georgia. Ve e inténtalo. Si la expedición de tu padre fracasa, entonces quizá puedas volver a tu duque.

—Quisiera intentarlo de nuevo de inmediato.

—No. Haz lo que te digo. —Lady Bath la vio dudar, así que añadió—: ¿Sabes que se dice que lord Portland se ha convertido en un excelente partido?

—¿De veras?

—Hablamos de buenas rentas, querida. Además de su fama de amante bastante fogoso... No lo parece, ¿verdad?

Georgia, súbitamente interesada por aquellos sólidos argumentos, se convenció de que seduciría al conde, aunque fuera por una sola noche. Lo observó mientras bailaba con lady Hereford. Se movió estratégicamente para quedar en su camino y, cuando la pareja pasó frente a ella, le sonrió dulcemente. Él no pudo hacer otra cosa que inclinar la cabeza en señal de reconocimiento.

Simon, advertido por Keiran sobre ciertas jóvenes descaradas como lady Georgia, notó, además de la sonrisa de la muchacha, el generoso pecho oprimido por el vestido lila que llevaba.

—Lady Georgia haría cualquier cosa por atraer la atención —le comentó a lady Hereford.

—¡Sí, es cierto! —rio ella—. Hay que justificarla. No encuentra al marido adecuado, la pobre, y ya no es una jovencita.

—Sois muy bondadosa, lady Hereford, siempre lo he pensado. Y claro, tenéis razón. Le pediré un baile para hacerla feliz.

—¡Entonces vos también sois un buen hombre! —exclamó lady Hereford.

Simon rio, divertido. Disfrutaba de la compañía de la condesa; la encontraba relajante.

Eleonor observó la escena y sonrió.

—Siempre se han llevado bien, tía Martha y lord Portland. El conde es realmente un hombre fascinante.

Keiran la miró fijamente.

—No hagas comentarios como ese conmigo.

—¿Y con quién debería hacerlos entonces? ¿Con el interesado directamente? —lo desafió Eleonor, divertida.

—Eleonor.

—También está muy apuesto Roy con traje oscuro —añadió ella para provocarlo aún más; pero notó que los ojos azules de Keiran estaban concentrados. Parecía esforzarse por soportar las vibraciones que, implacablemente, lo alcanzaban—. ¿Estás bien? ¿Demasiadas sensaciones? ¿Nos detenemos?

—No, no importa —respondió él, tratando de distraerse de aquella oleada de percepciones que lo rodeaban, mirando fijamente a Eleonor. No lograba bloquear la multitud de voces que entraban en su mente como un torrente desbordado, hasta que, con cierta desesperación, tuvo que rogarle—: Háblame, por favor.

Eleonor se sorprendió ante aquella petición angustiada de ayuda.

—Está bien. Entonces, en cuanto termine el *valzer*, iremos a la sala del aperitivo, pero la orquesta seguirá tocando para quienes deseen seguir bailando.

—De acuerdo.

—El plato somalí será mi próximo reto.

—Nuestro.

Eleonor sonrió.

—¿De veras?

—No me queda otra: aunque no quiera, debo.

—Con el *valzer* he tenido éxito: mira a tu alrededor.

—Ya lo he observado.

—Creo que Alice siente algo por Roy, pero él no cede.

—Cierto.

—Pero ella le atrae físicamente.

—Eleonor.

—¿Tengo razón o no?

Keiran la miró con tono admonitorio, pero ella reanudó rápidamente su conversación indiferente a sus ojos.

—Lady Wilmot se entiende con el Mayor, se nota de inmediato, pero...

—Eleonor.

—... esa gallina sigue mirándote fijamente, así que todavía te desea.

—Déjalo ya.

—Está tentando a la suerte: antes de que acabe la velada, le sacaré los ojos.

—Basta.

—¿Y lady Portland? Yo creo que tiene un romance con lord Bath.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él, sorprendido por aquellas revelaciones.

—No lo sé. Lo intuyo. ¿Tú no?

—Tal vez.

—¿Tal vez sí? ¿O tal vez no?

—Tal vez sí.

Se detuvieron porque la música había terminado.

El duque tomó a su esposa del brazo y la condujo hacia las mesas repletas de manjares en la otra sala, seguidos por un buen número de invitados.

El príncipe avanzó con aire solemne, acompañando a lady Bridget Northcliff. Se acercó a la duquesa, sonriendo con complacencia a todos.

—Lady Northcliff, ¿un tentempié antes del baile que me habéis prometido?

—Por supuesto, alteza. Y a propósito de ello, sin duda desearéis probar una exquisitez originaria de tierras lejanas.

Eleonor miró al camarero, quien, con presteza, sirvió en un plato un trocito de *kalluun*, repitiendo la operación varias veces para todos aquellos que de inmediato imitaron al príncipe, al duque, a la duquesa y a lady Bridget Northcliff.

—Describidme esta delicia, excelencia —ordenó el príncipe.

—*Kalluun* —respondió simplemente Eleonor, llevando elegantemente el tenedor a su boca y observando al príncipe saborear con gusto su primer bocado—. Una especialidad somalí —afirmó lentamente, desafiando a los presentes—. En otras palabras, atún con patatas aromatizadas con comino.

—Mi duquesa adora sorprender con gratas sorpresas —dijo inesperadamente el duque, dejando clara su postura.

—Tenéis razón, duque de Northcliff: una agradable sorpresa. Excelente sabor. Exijo la receta, duquesa, ¡y sin objeciones!

—A vuestras órdenes, alteza —respondió Eleonor divertida, haciendo una leve reverencia que provocó sonrisas entre los presentes.

El príncipe probó casi todo, confirmando así su amor por la comida, lo que justificaba su

incipiente obesidad, y bebió dos generosos vasos de un delicioso vino rosado.

—¿Mi baile?

—Estoy preparada, alteza —respondió Eleonor, posando la mano sobre el brazo del príncipe.

—Lady Northcliff ha hecho un excelente trabajo, Kein —dijo Daniel.

—Sí, es cierto.

—¿Cómo está? —preguntó Danny, comenzando a pasear para alejarse un poco de los demás.

—Mejor, decididamente mejor. Pero tiene que comer más.

—La verdad es que está muy delgadita —admitió Daniel, sabiendo que podía permitirse una observación así.

—Le he dicho que quiero un hijo.

—¿De veras? —preguntó Danny, sorprendido.

—¡Que el Señor me asista!, sí, se lo he pedido.

—Has hecho bien, Kein.

Siguieron unos segundos de silencio.

—¿Nos seguirá? —preguntó Keiran, señalando con un leve movimiento de la cabeza a lord Bath. Se refería a la partida del día siguiente.

—Creo que sí. A menos que nos sorprenda partiendo esta misma noche.

—No, eso no lo creo. ¿Danny?

—¿Qué? ¿Has sentido algo? —preguntó el otro con aprensión.

—Sí, he oído algo mientras bailaba con Lio. Estaba pasando junto a lady Bath y lady Portland. Luego he tenido la misma sensación al pasar rozando al Mayor y lady Wilmot.

—¿La misma percepción? ¿Algo personal o relacionado con la Corona?

—Aún no lo sé.

—Ya Sentía que esos cuatro tenían algo en común. ¿Quieres que me trabaje a lady Wilmot?

Keiran reflexionó un momento. No quería que Danny tuviera problemas con su joven esposa por culpa de lady Wilmot, pero tampoco quería tener que ocuparse él mismo.

—Roy.

—¿Será capaz?

—Está aprendiendo bien —respondió Keiran con una sonrisa que hizo emocionar a lady Arabella, que lo observaba desde lejos. Él percibió su mirada, le hizo un leve gesto con la cabeza para complacerla y volvió a mirar a Danny—. Confío en él. Puede hacerlo.

—¿Lady Portland? —preguntó Daniel.

—Es más difícil. No hablará. Temo que esté aquí por Simon.

—¿Qué querrá aún de él?

—Simon me lo dirá.

—Voy a charlar un momento con Perceval para informarlo —dijo Daniel.

—Está bien. Creo que el príncipe también tiene algo que decirme —afirmó Keiran, mirando a su alteza que bailaba con Eleonor. No tenía ojos para nadie más que para ella—. Si no fuera porque le sirvo, sospecharía que quiere seducirla.

Daniel miró en la misma dirección.

—Has dicho bien: le sirves. Nunca te haría algo así, arriesgándose a perder tu apoyo. En cambio, ¿qué hace Nancy con el joven Lawrence? ¿Revive una vieja amistad?

—Solo eso, me temo. Ese chico tiene algo raro —susurró Keiran.

—¿Raro? ¿en qué sentido?

—En el sentido de que me fiaría a dejarlo a solas con Lio, aunque ella estuviera desnuda.

Los ojos de Daniel se abrieron de par en par en señal de comprensión.

—¿Sabes algo o es solo intuición?

—Por ahora, intuición.

—¿Nacida de qué?

—De su expresión aterrada y mortecina cuando supo por su padre que lord Hereford se marchaba. Yo estaba presente.

Daniel asintió.

—¿Así que tienes debilidad por el conde de Hereford?

—No sé si la cosa se detiene ahí, Danny. Me temo que entre los dos haya habido algo más y que el astuto conde haya utilizado al inexperto y joven March. Foster me ha informado varias veces sobre las inclinaciones de Hereford, y sé que el local del chino es el favorito de los vástagos como él. Más de una vez han visto a Hereford allí dentro con un joven noble. Empezaba a preguntarme si debería infiltrarme en ese asqueroso antro para desenmascarar al joven March y saber qué tipo de relación mantiene con Hereford.

Daniel suspiró.

—Si fuera así, March podría haberle revelado a Hereford información sobre los movimientos de su padre y los nuestros.

—Cierto. Pero ¿qué importa? Hereford ya se ha ido y mañana nosotros estaremos lejos.

Keiran no juzgaba a los demás con superficialidad y rara vez lo hacía; de hecho, aceptaba incluso la idea de hombres que amaban a otros hombres, pero verlos en una intimidad promiscua le causaba, a su pesar, repulsión.

Además, no toleraba la ambigüedad, como la de Hereford, que estaba tanto con hombres como con mujeres, indistintamente, a menudo incluso con chicos jóvenes.

—Un asunto turbio, por cierto. ¿Crees que Cyrus sabe algo?

—No.

—Viene tu madre. Hablaremos de esto más tarde. ¡Lady Bridget Northcliff! ¡Estáis encantadora!

—¡Oh, marqués de St. James, siempre tan adulador!

—¿El próximo baile será nuestro?

—¿Estáis seguro de que no queréis bailar con una joven más preparada? —bromeó Bridget.

—¿Más que vos? No veo a ninguna, la verdad —dijo Daniel fingiendo mirar a su alrededor.

Los dos se alejaron riendo.

Keiran se divertía con la costumbre de Daniel y su madre de fingir que coqueteaban.

—¿Qué querías? —preguntó Roy, acercándose a él.

Keiran le había hecho un gesto con la cabeza poco antes para llamar su atención.

—Debes hacer hablar a lady Wilmot. Por supuesto, pasaré por alto el hecho de que mi esposa se enteró de mi habilidad en el *valzer* lento gracias a ti.

—Espera, ¿por mi culpa? ¡Ella me preguntó y yo le contesté... Más o menos! —contestó Roy vacilante, que ni siquiera sabía muy bien cómo Eleonor le había sonsacado la información.

—Me cuesta creerlo. Eleonor incluso sabría cómo convencer a Napoleón para que se declarara leal a la Corona británica.

Roy sonrió ante aquella imagen.

—Es más alta que el enano francés.

—Lady Wilmot. Apártate con ella, si quieres, pero hazla hablar. Asegúrate de que Bath y Harris estén lejos.

—Uf, esa mujer no me gusta —afirmó Roy con fastidio. Pero sabía que, si Kein le pedía ese favor, era porque había algo importante detrás—. Vale, de acuerdo. Voy.

Keiran lo vio acercarse al camarero y tragarse dos copas de vino, una tras otra, antes de dirigirse hacia lady Wilmot.

—Excelencia, una fiesta magnífica.

La voz melodiosa de lady Grafton casi lo hizo sobresaltarse. Se maldijo por haberse quedado solo.

—Gracias, lady Grafton, pero el mérito es de la duquesa de Northcliff —respondió sin mirarla.

* * *

Eleonor aparentaba estar tranquila, pero en realidad temía que el príncipe usara su autoridad para intentar algún tipo de acercamiento poco decente: veía perfectamente cómo la observaba. Y también veía los ojos de Key, atentos a cada uno de sus movimientos.

—Yo también estaría celoso si tuviera una esposa como vos —admitió su alteza.

—Sois sumamente amable, alteza. Veréis... —Eleonor interrumpió la frase, intercambió su posición con lady Arabella y volvió a quedar frente al príncipe—, el duque nunca usaría la palabra celos. —Dieron otro paso de baile y nuevamente quedaron muy próximos—. Más bien diría que está, cómo decirlo, vigilando lo que es suyo, garantizando su seguridad.

Su alteza echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, llamando la atención de los presentes.

—¡Sois encantadora!

—Me lo dijeron ya hace años... ¡el mismísimo lord Brummell! —exclamó Eleonor.

Se alejaron siguiendo los pasos de la cuadrilla y, tras unos segundos, volvieron a quedar frente a frente.

—Me han dicho que os gusta leer.

—Cierto.

—Y estudiar.

—También es cierto.

—¿Y conocéis la medicina?

—Bueno... —se explicó Eleonor, moviéndose al ritmo de la música y reapareciendo frente a él —, soy extremadamente curiosa y leo incluso lo que no debería, para gran desaprobación de mi familia, que, no obstante, ha terminado por aceptarlo. Conozco la medicina y, cuando es necesario, practico pequeñas intervenciones quirúrgicas. Espero no haberos escandalizado.

—Realmente notable. Me costaba creer los rumores que circulaban, y sin embargo... —El príncipe se movió con aire asombrado, y Eleonor temió haber sido demasiado audaz al hablar tan abiertamente de sí misma.

—¿Desaprobáis a esta súbdita vuestra, tan indisciplinada? —preguntó ella, inclinando graciosamente la cabeza.

—En absoluto, sobre todo si pienso que mi madre hubiera sido exactamente como vos, de no haber tenido que desempeñar el papel de reina.

Eleonor asintió, consciente de que Carlota de Mecklemburgo-Strelitz había sido una firme defensora del estudio por el mero placer del conocimiento, apasionada de las ciencias, en especial la botánica, y aún más de las artes, particularmente la música.

—Adoro a vuestra madre, la reina. Siento que ella podría comprender mi innata e incontrolable curiosidad.

—Altamente probable —admitió el príncipe un instante antes de desplazarse hacia la izquierda y regresar—. ¿Es cierto que regresasteis de Escocia en barco con el duque?

—Queréis decir con el capitán Blake —respondió ella en tono jocoso—. ¡Jamás debe llamarse a un capitán por otro nombre que no sea su título naval cuando se habla de él y de su barco!

El príncipe volvió a reír.

—De todos modos, es cierto, alteza. Me intriga saber qué pensáis ahora de mí.

—De vez en cuando, la Corona no solo admite a ciertas duquesas singulares, sino que también las apoya con cierta aprobación... y mucho entretenimiento.

—¡Sois realmente un príncipe único por vuestra mentalidad avanzada y moderna! —lo halagó Eleonor, sabiendo que, a cualquier hombre, ya no tan joven, le agradaba ser considerado moderno y a la moda en su tiempo.

—Sin embargo, espero, lady Northcliff, que la elección del *valzer* no sea un preludio de simpatía por los franceses —dijo seriamente el príncipe.

Eleonor comprendió que debía responder con la misma seriedad.

—Al contrario, alteza. Me he debatido largamente con los maestros de baile más renombrados de Londres: nuestro *valzer* lento, al que hemos bautizado como «inglés», demuestra una elegancia y refinamiento que los franceses difícilmente podrían comprender.

—Me alegra poder admirar vuestro fervor inglés y antinapoleónico —afirmó su alteza, clavando en ella una mirada insistente.

—Y a mí me alegra que no tengáis dudas al respecto, alteza real. Me hubiera gustado invitar aquí a Napoleón para decirle exactamente lo que pienso de él. ¿Habría sido demasiado impetuosa?

El príncipe estalló en otra carcajada, arrastrando a la duquesa con él.

—¡Sois irresistiblemente divertida! —dijo, mientras echaba un vistazo de reojo a la expresión expectante de lord Hamilton: era evidente que no veía la hora de bailar con la duquesa.

Decidió que un poco de picante sería ideal para animar la fiesta.

—¿Puedo dejaros con el vizconde Hamilton? Estoy seguro de que deseáis terminar el baile.

Y se alejó antes de que Eleonor pudiera protestar.

El vizconde sonreía, fantaseando ya con convencerla de verse en privado.

—Excelencia, es un honor.

Eleonor, con una actitud de serena indiferencia, en realidad hervía de inquietud, sabiendo que Gabriel siempre había tenido una debilidad por ella.

Echó un vistazo a Keiran: parecía que sus ojos azules, oscuros como la noche, quisieran reducir al pobre vizconde a cenizas. Tan concentrado estaba que no se dio cuenta de que lady Grafton se había acercado a su lado.

A Eleonor no le agradó verlos alejarse juntos.

* * *

—¿Estáis seguro de que no queréis bailar con una joven más preparada? —bromeó Bridget.

—¿Más que vos? No veo a ninguna, la verdad —dijo Daniel fingiendo mirar a su alrededor.

Los dos se dirigieron riendo hacia el centro del salón e iniciaron el baile con desenvoltura.

—Lady Northcliff es una mujer sorprendente —dijo Daniel a lady Bridget Northcliff—. Y vos habéis sido absolutamente impecable en vuestra sutil sagacidad al desviar hábilmente al príncipe hacia el *valzer*.

—¡Esperaba que nadie se hubiera dado cuenta!

—Yo sí. Y me temo que también Kein.

—Bueno, confío que hayáis sido los únicos —respondió Bridget, desplazándose hacia la derecha antes de regresar a su posición—. Eleonor es la mujer adecuada para Kein.

—Coincido plenamente.

—He oído algo antes —intentó susurrar Bridget, procurando no ser escuchada por lady Arabella y el barón Douglas por un lado, ni por lord Brummell y lady Alice por el otro.

Daniel esperó a tenerla más cerca e inclinó apenas la cabeza hacia ella para oír mejor.

—Lady Bath y lady Georgia.

—¿De qué hablaban?

—Hablaban del viaje y de Kein —le confesó con cierta preocupación.

Daniel se puso serio.

—¿Os apetece tomar algo, lady Bridget Northcliff?

—¡Gracias, marqués! Ya no soy una jovencita y tanto baile me ha dado sed.

Caminaron hacia Keiran, que acababa de regresar de dar una vuelta con lady Grafton.

Daniel notó que parecía molesto, probablemente por la inoportuna intromisión de su antigua amante. También parecía acabar de darse cuenta de que lady Northcliff estaba bailando con lord Hamilton, algo que evidentemente le molestaba sobremanera.

* * *

—Excelencia, una fiesta magnífica.

La melodiosa voz de lady Grafton hizo que Keiran casi se sobresaltara. Se maldijo por haberse quedado solo, exponiéndose así a las atenciones de la marquesa. Era evidente que ella había esperado a que Eleonor se alejara.

— Gracias, lady Grafton, pero el mérito es de la duquesa de Northcliff —respondió sin mirarla, pronunciando con claridad las últimas palabras.

—Nunca os ha gustado bailar, y sin embargo, estabais sumamente atractivo bailando el *valzer* —le susurró lady Grafton en un tono lánguido y seductor.

Keiran captó al instante hacia dónde quería llevar la conversación y guardó silencio, sin darle la menor oportunidad.

Pero Eve no era una mujer que dejara escapar a su hombre favorito, estuviese casado o no.

—¿Os complacería mostrarme las salas adyacentes? Nunca he estado aquí antes.

Keiran se giró hacia ella y le dirigió una mirada glacial: había hablado en voz tan alta que había sido escuchada por lady Wiltshire, lady Hereford, lady Emily Barker y algunas otras que conversaban con ellas. Ahora él no podía negarse.

—Por supuesto, marquesa —le respondió.

Llegaron lentamente hasta fuera de la sala principal. Keiran no se detuvo, porque temía alguna proposición indecente de Eve, y en ese caso sería mejor estar lejos de cualquier otra persona. Caminó por un pasillo, abrió una puerta y finalmente hizo entrar a la mujer, siguiéndola. Acercó la puerta sin cerrarla. Se quedó mirándola en silencio, percibiendo las vibraciones de ella que se desataban como ondas rítmicas cada vez más intensas. Apretó los dientes esperando que hablara.

—Aún me deseas, duque

—No.

— Te aseguro que lo veo en tus ojos, *mon ami* —Eve se acercó a él, rozándole el pecho con su generoso seno.

—Y yo te aseguro que no es así, Eve.

Ella seguía sonriendo, sin inmutarse lo más mínimo.

—Puedes volver conmigo cuando quieras, *mon ami*, incluso esta noche.

—Te lo agradezco, pero no será así.

—¿Por qué? —preguntó ella en un susurro sincero.

—Estoy bien así.

Eva lo miró fijamente, totalmente sorda a su negativa.

—Siempre lo pasábamos muy bien juntos. Nuestra intimidad siempre te excitaba, ¿lo recuerdas?

Era imposible no excitarse con ella: era una mujer astuta, sin pudor y muy experta en hacer gozar a un hombre.

Keiran, impasible, asintió imperceptiblemente.

—Ahora ya no puedo hacer esto, Eve.

—¿Te has convertido en un marido fiel? Tal vez temes que ella lo descubra. Pero si ese es el problema, ¡ella nunca lo sabrá, *mon ami*! Mientras nadie...

—No quiero hacerlo, esa es mi decisión —se explicó mejor él.

Eve, presa de una idea repentina, frunció el ceño con expresión incrédula.

—Tú... ¡La amas! —exclamó asombrada.

Keiran no respondió.

Ella retrocedió dos pasos, horrorizada. Luego se dio la vuelta, con la cabeza inclinada, como si estuviera pensando.

—¿Nos vamos? —preguntó Keiran, mientras abría la puerta.

Eve recuperó su postura erguida y su aplomo, y luego regresó al gran salón.

Cuando entraron, muchos ojos los observaron.

Keiran buscó a Eleonor con la mirada y la vio sonriente mientras hablaba con el vizconde Hamilton.

Como convocada por aquellos ojos azules, Eleonor se volvió: lo vio regresar de la habitación contigua, en compañía de su antigua amante, y no pudo contener un arrebato de ira.

Cuando el marqués de St. James y lady Bridget Northcliff se acercaron a ellos, lady Grafton se topó con la mirada tormentosa de la madre de Keiran y se apartó avergonzada.

* * *

Lady Wilmot lo observaba todo a su alrededor, simulando una actitud sosegada. En realidad, estaba incubando un frenesí inexplicable que la llevaba a mirar primero al duque, royendo la certeza de que no lo volvería a tener, y luego a la duquesa, a la que odiaba más y más a cada paso de baile que daba, porque le había robado inesperadamente su puesto, porque era hermosa y sensual de una manera sumamente elegante, y porque todos la admiraban sin poder apartar los ojos de ella.

—¿Lady Wilmot?

Philippa miró hacia su izquierda.

—¡Lord MacKendrick! —exclamó admirando la sonrisa que solo él sabía hacer.

—Espero no haberos distraído de importantes reflexiones.

—¡En absoluto! ¿No bailáis?

—En verdad esperaba que vos aceptarais hacerlo conmigo —le respondió Roy, insistiendo en la palabra “hacerlo” con un tono melodioso y bajo.

Philippa parpadeó, segura de que el joven y fascinante lord había usado aposta esas palabras tan ambiguas.

—Con vos sí, sin duda.

Roy la escoltó y comenzaron a bailar junto a lord St. James y lady Bridget Northcliff.

—Sois aún más fascinante cuando bailáis —susurró él, deslizándose junto a la condesa y volviendo a quedar frente a ella.

Philippa ya se deleitaba con el flirteo que seguramente precedería a algo más.

—Esta noche estáis siendo especialmente galante.

—Sé a ciencia cierta que no haré daño a nadie si me intereso un poco en vos. ¿Me equivoco?

—No, no os equivocáis.

Roy intuyó que la condesa se entregaría a él al instante, así que decidió no andarse por las

ramas.

—Empieza a hacer calor, ¿no os parece?

—Ya lo creo. ¿No es eso de ahí una galería? —preguntó Philippa, señalando una enorme puerta francesa.

—Sí, condesa. Pero me temo que hace frío. Bajemos a buscar vuestra capa.

—Excelente idea.

Los dos bajaron, recogieron sus capas y salieron al jardín. Otras parejas, algunas solas y otras en grupitos, paseaban charlando y riendo.

Roy tocó el codo de la condesa y señaló la otra punta de la casa.

—¿No tenéis un poco de frío?

—No, en absoluto.

—Venid. Estoy seguro de que sabréis admirar el laberinto verde que nos rodea. Mirad.

Lady Wilmot vio una especie de laberinto formado por setos tan altos como ella.

—¿Sabríais salir?

—De niño solía jugar en él y me escondía con mis amigos.

—¿Y ahora? —le preguntó ella con mirada lánguida.

—Ahora, rara vez entro con alguien. Si lo hago es solo para disfrutar de la compañía de personas agradables como vos. Sentaos —le propuso Roy, señalando un banco de piedra.

El silencio se hizo presente y las suaves luces de los faroles crearon una atmósfera acogedora.

—¿Estáis seguro de que el Mayor no lo desaprueba? —le preguntó de repente.

—¿Por qué me preguntáis eso?

—No quiero entrometerme, si me lo permitís.

—Entre el Mayor y yo no hay nada.

Roy sabía que estaba mintiendo. Puso un pie en el banco y la rozó deliberadamente con la pierna. Se agachó y le susurró:

—No os creo. Una mujer tan hermosa como vos siempre tiene a alguien.

A Philippa, el joven lord le pareció un descarado, pero sus maneras mostraban una virilidad a la que ella no supo resistirse.

—¿Tenéis celos de él?

—No, si dejarais de verle por mí —dijo, acercando aún más su rostro.

—¿Os gusto tanto como para pedírmelo?

—Sí.

Philippa no cabía en sí de gozo.

—Entonces encontraré la forma más suave de decirle que me olvide.

—Así que... ¿es vuestro amante? —le preguntó Roy.

—Sois realmente muy insolente, lord MacKendrick. Sin embargo...

Roy la besó sin dejarla terminar la frase y sin tocarla. Al instante, le metió la lengua para hacerle saber que no perdía el tiempo con tonterías; jugueteó con los finos labios de la mujer, lamiéndolos y mordisqueándolos. Se apartó y la miró con una expresión de lo más seductora, aunque sentía cierto fastidio por el esfuerzo que estaba haciendo.

La condesa se sintió aturdida y complacida ante tanto ímpetu.

—Estaba diciendo...

—¿Sí?

—Que sin embargo el mayor podría armar un escándalo.

—¿Por qué?

—Le importo mucho, por supuesto —contestó ella, tratando de mostrarse encantadora.

—No lo dudo —declaró Roy, rozando con los dedos el encaje que sujetaba las solapas de su capa de piel—. Os noto un tanto reticente. ¿Acaso otros asuntos os mantienen unida a él?

—Puede —respondió ella con un aire vago para parecer misteriosa.

Mientras preguntaba, Roy desató el lazo.

—¿Me permitís que lo resuelva yo?

—No, no creo que sea apropiado —susurró Philippa, distraída por aquellos dedos que ya rozaban su cuello.

—Decidme al menos de qué se trata. Podría aconsejaros.

—Negocios de transporte.

—¿Barcos?

—Sí.

—Sois tan hermosa. Me pregunto cuánta gente os lo habrá dicho ya.

—Es cierto, pero ahora mismo solo me interesa gustaros a vos.

Roy volvió a besarla, mostrándose deliberadamente indómito y descontrolado.

—Me hacéis perder los estribos —le mintió susurrándole al oído—. Decidme cuál es el negocio y encontraré la manera de deshacerme de él ofreciéndoos mucho, mucho más.

Philippa, a quien le encantaba ser el centro de atención de sus amantes, no lo dudó ni un momento.

—Quiere competir con vuestro hermano, pero sé que el duque es más poderoso.

Roy reflexionó rápidamente.

—¿Qué tenéis que ver vos en esa relación?

—Solo he invertido algo de dinero.

Roy la creyó: todo el mundo sabía que el conde de Wilmot, al morir sin heredero, había dejado una renta más que considerable a su mujer, mucho más joven que él. Deslizó los dedos dentro de su escote y manoseó uno de sus pechos, haciéndola jadear.

—Sois absolutamente maravillosa y me encanta cómo os movéis. ¿Cómo piensa el Mayor competir con el duque?

—Zarpará después de él... Besadme otra vez.

Roy se acercó, se humedeció los labios y preguntó:

—¿Y luego?

—No lo ha dicho, pero creo que... Vos no partiréis, ¿verdad?

Roy maldijo las dificultades que estaba encontrando. Además, aunque aquella mujer no le agradaba, sintió una erección involuntaria entre las piernas.

—¡Por supuesto que no! Mientras el Mayor esté buscando tesoros, yo estaré con vos.

—A él le basta con encontrar al duque en alta mar y arrebatárselo todo.

—¿Es eso lo que pretende?

—No lo dice abiertamente, pero yo creo que sí. Se piensa que soy estúpida.

—¿Cómo se atreve a pensar tal cosa? Sois tan perspicaz y atractiva. ¿Cómo puede un hombre resistirse a vos?

—¡No os resistáis! ¿Queréis tenerme ahora?

Roy se sorprendió ante la propuesta: evidentemente, era tan licenciosa como siempre había afirmado Kein, y no le había costado mucho. Su miembro presionaba contra el pantalón, pero no llevaba consigo ningún preservativo que pudiera utilizar.

—No. No así, mi cautivadora hechicera. No puedo permitir que quedéis insatisfecha.

Se arrodilló y deslizó la mano bajo el vestido.

Philippa abrió los ojos con una grata sorpresa y, cuando Roy alcanzó el centro de su

feminidad, arqueó la espalda y clavó las uñas en sus hombros.

—La próxima vez seréis mía sobre un lecho cómodo... —Aquellas palabras excitaron aún más a Philippa—. Entonces, ¿el Mayor intenta detener al duque?

—Sí, ellos pretenden acabar con él.

Por poco Roy no se sintió desfallecer al oír aquellas palabras: ¿ellos? ¿Acabar con él? Necesitaba saber más, y aquella mujer, presa del deseo, podía revelarle muchas cosas.

Con la mano libre, tiró sin piedad del borde del escote y lamió su pecho.

—¿Ellos? ¿El Mayor junto a quién?

—Seguid... os lo ruego...

—¿El Mayor y quién más? —insistió Roy, deteniéndose un instante para convencerla de hablar.

—Bath... No, ¿por qué os detenéis?

—¿Deseáis más?

—Sí...

—Debéis contármelo todo para que pueda ayudaros a salir de este asunto y así dedicarme plenamente a vos. ¿Qué tiene que ver lady Portland en todo esto?

—Es la amante de Bath desde hace años. Hacedme gozar como nunca...

Roy le rozó un pezón.

—¿Solo la amante?

—No, quizá no... No sé qué tiene que ver ella en todo esto.

—Pensadlo bien. ¿Queréis que continúe?

—¡Sí! Solo sé que Bath quiere al duque muerto para poder llegar a vos... ¡Hacedlo otra vez!

—¿Qué más?

—Y si no logra deshacerse del duque, le tocará el turno a la duquesa, para así dejarlo libre para su hija.

Roy quedó atónito: ¿se refería a Kein o a Eleonor? ¿Para llegar hasta él o de nuevo Kein? Era algo absurdo y diabólico. Todo por un título y dinero. No debía perder la lucidez; tenía que hacerla hablar más.

—¿Lady Portland le ayuda?

—Sí, le ayuda... Decidme que os gusto.

—¿Sabéis algo más sobre Bath y lady Portland?

—No sé nada más... ¿Por qué os detenéis?

—Decidme todo rápidamente y os haré gozar. Y luego, tras su partida, tendremos todo el tiempo del mundo, no lo olvidéis.

—Sí, me muero de ganas.

—¿Bath estará en su barco con el Mayor?

—Sí.

Roy volvió a tocarla.

Lady Wilmot parecía enloquecer de ansias de más y se retorció aferrándose a él.

—¿Estáis segura de que no tienes nada más que contar?

—Me toman por tonta, pero estoy segura de que ya han intentado matar a Keiran, al duque e incluso a su esposa. ¡Os juro que es todo lo que sé!

—¿Cómo sabéis que ya lo han intentado?

—Los he oído hablar de tentativas realizadas, pero no sé cuáles son. —Philippa no pudo esperar más y alargó la mano para tocar su agrandado pene—. Realmente os gusto —susurró lánguidamente, sintiendo lo duro que estaba.

Roy apretó los dientes.

——¿Cómo no voy a adorar un cuerpo tan voluptuoso? Habéis nacido para amar y ser amada —la aduló él, manoseándole los pechos que sobresalían del vestido—. Le hundió dos dedos y la llevó a un violento éxtasis que la hizo gemir y agitarse desinhibidamente.

Roy tuvo que besarla para evitar que los demás la oyeran.

* * *

—Viene hacia ti —susurró lady Bath tras el abanico.

—Lo he visto —respondió lady Georgia, fingiendo un semblante ingenuo y sosegado.

—Lady Bath, lady Georgia. Es un placer volver a veros.

—Conde de Portland —exclamó lady Bath, examinando al joven de arriba abajo. Era apuesto y elegante, con unos ojos castaños enmarcados por largas pestañas y unos labios perfectamente delineados—. ¿Qué tal estáis?

—Muy bien, gracias. ¿Y vos? Pero qué pregunta tan absurda. Es evidente que estáis de maravilla, condesa: sois un verdadero esplendor, y este color os favorece especialmente. ¿Me permitís invitar a lady Georgia a bailar?

—Por supuesto, lord Portland. Divertíos.

Georgia sonrió al conde mientras este la escoltaba hacia el centro del salón.

—Por supuesto, encuentro que vos también estáis radiante, Lady Georgia. Más aún que vuestra madre.

—Os lo agradezco, lord Portland, sois muy amable.

—Pero no se lo digáis a la condesa. No quiero que se ofenda.

Georgia trató de poner en práctica las sugerencias de su madre.

—Creo que es la primera vez que os veo en una recepción.

—Es cierto.

—Espero que os vea más a menudo a partir de ahora.

Simon examinó a la joven. En conjunto, lady Georgia no estaba mal, cuando evitaba comportarse como una mujer experimentada intentando atrapar a un marido a toda costa.

—Creo que sí. Soy un conde y también tengo mis obligaciones.

—¿Como las de encontrar una condesa?

—Sí, parece que sí.

—No es tarea sencilla encontrar esposa o esposo —sentenció Georgia, adoptando un aire pensativo. Su madre le había advertido que no fuera imprudente, que avanzara con cautela, que se mostrara discreta y modesta, que se horrorizara ante los comentarios inconvenientes en lugar de reír para demostrar que los comprendía.

—Tenéis razón, lady Georgia. Sin embargo, yo no busco. Espero.

Georgia frunció el ceño y aguardó a que él regresara de los pasos en diagonal que estaba trazando.

—¿Qué esperáis?

—A la mujer adecuada, supongo.

—¿Y cómo sería? —preguntó Georgia con cierta curiosidad.

—Pues... una dama respetable, imagino, y modesta, sin pretensiones.

—¿La dote no os interesa?

—No, no lo creo, lady Georgia.

—¿Queréis decir que no la necesitáis?

—También. Más que nada, desearía que el matrimonio y el dinero no se mezclaran.

—Dichosa la que sea capaz de tocaros el corazón.

Simon la miró fijamente, preguntándose si era sincera o si estaba haciendo algún tipo de insinuación velada.

—Por desgracia, hay muchos pretendientes que dan más importancia a la dote que a cualquier otra cosa —añadió lady Georgia con semblante serio.

—Volvéis a tener razón.

—Mi padre dice que tengo parte de culpa.

—¿De qué?

—Del hecho de que aún no haya encontrado marido —explicó lady Georgia, ejecutando su figura con pasos seguros y volviendo a su sitio.

Simon estaba cansado de aquella rebuscada conversación y, sin embargo, deseaba hablar con ella a solas. Hizo una pausa.

—¿Queréis tomar algo, lady Georgia? —le preguntó.

Los ojos de Georgia se abrieron de par en par: hacía mucho tiempo que un hombre no expresaba su deseo de estar con ella solo para entablar conversación, y se sintió confundida. Luego se dio cuenta de que tal vez el conde quería algo más, cosa que a ella no le habría disgustado en absoluto.

—¡De buena gana, gracias!

Se dirigieron a la mesa de las bebidas.

Simon saludó con la cabeza al duque, que parecía impaciente por la presencia de lady Grafton y distraído por el baile de la duquesa con el vizconde Hamilton; sonrió a Daniel y a lady Bridget Northcliff, que se acercaban, haciendo huir a la marquesa de Grafton.

—¿Vino?

—Tomaré un poquito —respondió lady Georgia.

Cogieron los vasos de una bandeja y se dirigieron hacia la salida. Se sentaron en un pequeño sofá que había fuera del salón. Otras parejas paseaban por el pasillo manteniendo una animada conversación.

—¿Por qué es culpa vuestra? —preguntó el conde de Portland sin rodeos.

Lady Georgia vaciló un momento para encontrar las palabras adecuadas, temerosa de dar un paso en falso.

—No sé si es apropiado que hable de ello. Pero la verdad es que lo soy, sí, eso es.

—¿Impetuosa?

—En seguida doy la idea de que estoy ansiosa por llevar una vida de casada —respondió ella con cautela.

—¿Qué hay de malo en ello?

—Mi padre sostiene que a los hombres no les gustan las mujeres que se ofrecen con tano entusiasmo y generosidad. Le comprendo, y tiene razón: yo debería ser más precavida y resignada. En resumen, debo asegurarme de que un pretendiente tenga tiempo para interesarse por mí y mostrarse deseoso de estar en mi compañía.

Georgia decía la verdad, pero de un modo vago y cauto, para sentirse bien por no haber mentido.

Simon, que conocía el pasado de la joven y sospechaba que ocultaba algo aún peor de lo que se decía, la admiró por su sinceridad, aunque confesada en una versión elegante.

—No puedo culparle a lord Bath. Los hombres son seres simples. El varón actúa como varón, y es él quien decide si desea algo o no. No es culpa vuestra, no me malinterpretéis. En fin, si vos fuerais un hombre, todo sería perfectamente normal.

Simon temió haber resultado ofensivo, pero ella no se inmutó; al contrario, lo escuchaba con

interés.

—A veces me pregunto por qué existe tanta diferencia entre hombres y mujeres. ¿Acaso no comparten los mismos deseos, proyectos, ideas?

—A veces. O quizá siempre, pero no se puede decir abiertamente.

Georgia asintió y bebió un sorbo de vino. Se sentía cómoda en compañía del conde y se sorprendió de haber sostenido una conversación con él sin intentar seducirlo. Estaba tan acostumbrada a esforzarse por agradar a los hombres, en su ansiosa búsqueda de aceptación, que había olvidado que con ellos también podía disfrutarse simplemente de una conversación.

Pasó la baronesa Douglas en compañía del Mayor Harris y saludó al conde de Portland con una amplia sonrisa, que él le devolvió.

En Georgia, algo se encendió: emergió de nuevo la mujer astuta y descarada, aquella que ofrecía su cuerpo a cambio de aprobación, y todo porque otra había sonreído a su acompañante.

—No sois inmune al encanto de las mujeres casadas —comentó con una sonrisa maliciosa.

—¿Cómo decís, por favor?

—Ya me habéis entendido. Conozco la mirada lujuriosa de un hombre, y vos la habéis observado con deseo. No estoy casada, pero tengo más experiencia que esa baronesa enclenque.

Simon la miró contrariado. Creía haber descubierto a una lady Georgia diferente, pero quizá se había equivocado.

Ella se acercó a él, rozándole el brazo con el pecho.

—Un paseo por el jardín y te demostraré lo mucho que valgo —le susurró con voz persuasiva.

Simon miró a su alrededor, temeroso de que alguien pudiera ver su comportamiento licencioso. Se levantó lentamente y la estudió durante unos segundos.

Ella también se levantó.

—No deberíais degradar vuestro cuerpo por el consentimiento de los hombres —dijo Simon en un susurro que solo ella pudo oír—. Antes me gustabais, aunque ahora no sé si estabais fingiendo o si realmente erais vos. Lástima, lady Georgia. Con vuestro permiso.

* * *

Lady Wilmot regresó al interior de la casa con aire complacido y engreído, ante la insistencia de lord MacKendrick.

Roy pudo oír sus pasos sobre la grava durante unos segundos y luego el silencio envolvió el jardín.

Se acercó al estanque y se lavó las manos en él. Se echó agua helada en la cara y se pasó los dedos por el pelo. El cuello alto y rígido de su camisa se mojó. Se sentó en el banco, se tomó la cabeza entre las manos y volvió a pensar en lo que había hecho y en lo que había oído.

Le invadió un fuerte sentimiento de repugnancia, tanto por haber manipulado de ese modo a una mujer, como porque ella se hubiera dejado manipular. Había sido sexo a cambio de información y eso le perturbaba. Era la primera vez que ocurría y quizá con el tiempo se acostumbraría, como le había ocurrido a Kein.

Se levantó y se dirigió hacia la parte trasera de la casa. Entró en la gran cocina bajo la atónita mirada de los criados y se dirigió al vestíbulo, deteniéndose en un pasillo donde colgaba un enorme espejo sobre una consola. Se miró. Tenía el pelo despeinado y la corbata desarreglada. Se retocó lentamente, mirándose a los ojos verde claro. Sintió asco de sí mismo, de lady Wilmot, de Bath, del Mayor y de lady Portland.

—¡Que os jodan a todos! —exclamó, golpeando el mueble con el puño. Respiró hondo y decidió que tenía que hablar con Kein inmediatamente.

* * *

—Kein, deberías escuchar a lady Bridget Northcliff —le advirtió Daniel, echando un vistazo en dirección a lady Grafton que se alejaba.

—Es increíble cómo ciertas mujeres saben ser arrogantes y vulgares incluso sin decir palabra —afirmó lentamente Bridget fijando a su hijo como si lo desafiara a darle la razón.

Keiran consideró prudente no responder: en esos momentos su madre podía ser más peligrosa que él.

—Lady Bath y su hija hablaban de ti y de tu marcha. Las oí casualmente mientras salían del tocador y yo estaba detrás de un biombo.

Los ojos de Keiran se quedaron fijos en la multitud, como si fuera indiferente a lo que estaba oyendo.

—Lady Georgia decía que no quería que te pasara nada, que quería intentarlo de nuevo y que preferiría acabar con la duquesa con sus propias manos con tal de librarte de ella y hacerte enviudar.

Daniel no dijo nada, pero enarcó las cejas con una expresión entre asombrada y divertida.

—¿Y qué más? —preguntó Keiran.

—Lady Georgia ha aclarado que si su padre, el conde, hubiera logrado deshacerse de ti, él habría permanecido como Lord MacKendrick y este se habría convertido en duque.

Keiran se dio cuenta de que no tenía nada más que añadir. Se volvió y la miró fijamente a los ojos antes de asimilar.

—Está bien, mamá. No pasa nada, tranquilízate.

—No me puedo calmar, Keiran, ni por ti ni por Eleonor, lo sabes de sobra. Pero intentaré no mostrar mis excesivas emociones.

Los Wiltshire se habían acercado sonrientes.

—Lady Northcliff tiene un gusto original verdaderamente admirable. ¡Todo aquí es un éxito rotundo! —exclamó entusiasmada lady Wiltshire.

—La duquesa estaría encantada de oír eso —replicó lady Bridget Northcliff.

Keiran se volvió hacia los dos marqueses y preguntó:

—Cyrus, ¿podrías pasarte mañana por el «Eleonor Grace» antes de embarcarte en el tuyo? Tú también, Danny.

—Ningún problema, Northcliff —respondió el marqués de Wiltshire.

—¿Recomendaciones que hacernos, Kein? —preguntó Daniel con una media sonrisa que despertó las risitas de admiración de algunas de las chicas que lo observaban.

—Digamos que se trata de arreglos para el encuentro en alta mar.

En ese momento, Keiran sintió una llamada. Se giró en busca de la fuente de aquellas vibraciones y se encontró con los desesperados ojos verdes de Roy.

—Mamá, ¿nos disculpas si te dejamos con el marqués y la marquesa? Con permiso. Danny, ven.

Entonces, Keiran hizo un gesto a Roy con la cabeza para señalar la sala contigua. Enseguida se dio cuenta de que estaba disgustado, pero no sabía si era por lo que había oído de Philippa o por lo que había tenido que hacer.

O tal vez por ambas cosas.

* * *

El aire denso de la sala barrió sin piedad a Roy, que ya estaba caliente por la agitación y la ira. Sintió un malestar indescriptible.

Miró a Kein fijamente, esperando que le mirara. Allí estaba. Con un gesto de la mirada, su

hermano le indicó la sala contigua y él se movió, evitando a los ojos de los presentes para no ser detenido.

Una vez dentro, vio que Daniel mantenía abierta la puerta de un pequeño salón interior. Entró sin preocuparse. El relativo silencio de aquel ambiente le tranquilizó.

Kein y Daniel lo miraban expectantes.

—Tenías razón. Solo he tenido que tocarla y ha hablado. Pero me ha dado mucho asco —afirmó Roy sin rodeos.

Keiran sirvió whisky en un vaso de cristal y se lo dio.

—Bienvenido a mi realidad —le dijo.

Roy se bebió el *whisky* de un trago, sin apenas torcer la boca.

Daniel encendió un cigarrillo y se lo entregó, sintiendo simpatía por él.

Roy se dejó caer de nuevo en el sillón.

—No has tardado mucho. Lo has hecho bien —le elogió Kein.

—Poco en realidad: solo la he tocado, aunque ella quería más.

Daniel alzó las cejas y dijo:

—Ya que estabas allí...

—No llevaba mis preservativos —explicó Roy.

—Habla sin evasivas, Roy.

—De acuerdo. Bath, el Mayor y lady Portland, tal y como sospechábamos. Lady Wilmot solo ha puesto el dinero. Bath se marcha con el Mayor en su barco y quiere acabar contigo para llegar hasta mí.

Kein lo miraba con ojos absortos, pero no asombrados.

—¿Hasta ti? ¿Para obligarte a casarte con lady Georgia? —preguntó Daniel.

—Sí, lady Wilmot dijo precisamente eso. Y si no podían eliminar a Kein... —Roy dudó un instante, y Kein lo comprendió—, entonces sería el turno de Eleonor. Como viudo, volverías al mercado. Obviamente, Bath no sabe que la duquesa es la nueva heredera.

El silencio fue mucho más revelador que cualquier palabra.

Keiran podía sentir los razonamientos de los otros dos y seguir una idea propia al mismo tiempo: parecía que Bath dictaba a los otros dos y él no entendía por qué.

—El Mayor podría tener intereses comerciales y lo comprendo. Pero ¿lady Portland?

—Hace años que es la amante de Bath —contestó Roy.

—¡Así que es él! —exclamó Keiran.

—Como sospechabas, Kein —murmuró Daniel.

Simon sabía que su madre tenía un amante, un noble con el que llevaba años viéndose, pero no conocía su identidad.

—¿Que lady Portland es solo la cómplice de Bath por amor? —aventuró Daniel.

Keiran negó con la cabeza.

—Lady Portland quiere que yo muera para revelar al mundo que Simon, su hijo, es también hijo del anterior duque, es decir, mi hermano.

Aquella obvia afirmación, dicha en voz alta, despertó gran consternación en Roy y Daniel.

Keiran miró fijamente a su hermano.

—La legislación es clara, Simon nunca podría ocupar mi lugar en línea directa. Por lo tanto, me temo que su determinación de preservar la seguridad de Eleonor está determinada por la certeza de que puede concertar un matrimonio entre mi viuda y Simon. Una posibilidad bastante remota.

El mutismo que siguió suscitó nuevas preguntas: ¿creía realmente lady Portland que Eleonor

aceptaría casarse con Simon después de que su madre hubiera eliminado a su marido? ¿O acaso la mujer era mentalmente inestable?

—La condesa está muy interesada en los asuntos de Northcliff —murmuró Roy, molesto.

—Está claro —insistió Daniel.

—Necesito más información.

—Sin embargo, una cosa es cierta: estamos en peligro —dijo Keiran, mirando al vacío.

De pronto, como si se hubiera dado cuenta de todo, Roy exclamó:

—Bath y lady Portland se destrozarán vivos el uno al otro, porque él quiere el título para su hija, ya sea a través de mí o de ti, poco le importa; y ella lo quiere para su hijo, haciendo que se case con Eleonor, lo que de por sí es ridículo.

Keiran se puso serio al escuchar en voz alta lo que constituía sus más temidas preocupaciones.

—¡Joder! ¡Eres tú o Eleonor! ¡No me gusta, Kein! —comentó Roy.

—Espera un momento —intervino Daniel de repente—. ¿Y Simon? ¿Te está traicionando? —preguntó alarmado.

—No —dijo Keiran con determinación. Es honesto y me quiere.

—¿Y el abogado Wilkinson? —propuso Daniel, mirando a Keiran.

—Lo dudo, Danny. Pero Eleonor corre peligro y no me gusta nada la idea. Además, nos vamos mañana y la dejamos sola... Maldita sea. —Keiran estaba realmente preocupado por ella, parecía estar pensando rápido para encontrar la solución correcta—. Foster hará que controlen a Wilkinson, lady Portland y lady Bath.

—¿Lady Bath?

—Sí, Roy. Eleonor tiene razón, esconde mucho más de lo que quiere aparentar. En cuanto a Lio, me pondré de acuerdo con Foster para que la vigile las veinticuatro horas del día. Si lady Portland quiere que el título sea para Simon, sería más fácil casarlo con mi viuda que matarla, pero de todos modos no me fío de los Bath. —había pronunciado esas palabras con dificultad—. ¿Os dais cuenta de que la condesa no razona con claridad? Es imposible que Simon se case con mi viuda solo por complacer a su madre. Él nunca sería capaz de eso y lady Portland no lo entiende. Ella nunca ha comprendido el alma noble que se esconde dentro de su hijo. ¿Roy?

—Sí.

—Si vas a quedarte en Londres, supongo que tendrás que enredarte con Philippa.

—Si hay que hacerlo, lo haré, Kein. Sin embargo, sabes que no me gusta.

Keiran notó sus reticencias y no quería forzarlo, aunque en el fondo se habría sentido más cómodo sabiendo que estaba en Londres con Lio.

—Quieres que esté con Eleonor —dijo Roy inesperadamente.

Keiran levantó los ojos hacia él, sorprendido por la astucia de su hermano.

—Me quedo. Encontraré la manera de deshacerme de lady Wilmot.

—¿Estás seguro? —le preguntó Kein.

—Por supuesto, ni lo dudes.

—Gracias.

Roy se encogió de hombros, como si no quisiera darle importancia a aquel sacrificio. Tantas veces lo había hecho Kein por él; esta era una buena oportunidad para corresponderle.

—Estrategia, Roy. Solo te diré eso.

—De acuerdo, Kein. Lo consultaré con Foster —dijo Roy—. Fingiré movimientos y demás, pero creo que en algún momento llevaré a Eleonor a Escocia, simulando que seguimos aquí, en Londres.

—Buen plan. Pero sin decírselo a nadie, Roy. A nadie.

Roy asintió. Le parecía que su hermano mayor lo miraba con mayor confianza de lo que él solía sentir. Sí, algo había cambiado desde aquella noche y se alegraba de ello.

—Deberíamos volver —dijo Daniel mientras se dirigía a la puerta.

Los demás le siguieron. Se dirigieron al gran salón, donde muchos seguían bailando y divirtiéndose.

Todos pudieron ver la mirada absorta del duque al ver a lady Northcliff riendo y charlando con el vizconde Hamilton: por muy hermosa y encantadora que fuera la duquesa, ninguno de ellos deseaba estar en el lugar del vizconde en ese momento.

—Voy a dar un paseo —dijo Daniel. —No veo a Nancy por aquí —dijo Daniel.

—Voy contigo. Necesito un poco de aire —dijo Roy, y le siguió.

Salieron del gran salón y miraron hacia el pasillo.

—Ahí está —señaló Daniel, que no podía saber cuál de los dos era su joven esposa al verla con Mr. Stevens.

El hecho de que los gemelos Stevens fueran indistinguibles siempre creaba divertidos malentendidos.

El de actitudes ligeramente afeminadas, que estaba junto a Nan, era el secretario de Perceval; el otro era el secretario personal de lady Portland.

Junto a ellos estaba lady Alice, con una mirada recelosa en su bello y pálido rostro, tratando de escapar con la mirada de los insistentes del conde de Bath, que se inclinaba hacia ella un poco más con cada palabra.

—¡Puerco! —murmuró Roy entre dientes, observando la escena—. ¡Juro que esta vez acabará mal! —amenazó, dando un paso brusco hacia adelante.

Daniel llegó a tiempo de adelantarse y sujetarle por el brazo.

—¿Qué coño intentas hacer?

Los dos se miraron fijamente durante unos segundos.

—Así no, Roy. Avergonzarás a la chica —le susurró Daniel.

Roy bajó la cabeza y asintió, tratando de recuperar la calma.

—Vámonos. Tranquilo, Roy, tranquilo.

* * *

La marquesa de St. James, flanqueada por lady Alice y el conde de March, observaba el diálogo entre lord Portland y lady Georgia, entendía cada palabra y fingía no haber visto nada. En ese momento pasó lord MacKendrick, caminando rápido y con el ceño fruncido, como si tuviera serios asuntos por resolver.

—¡Es el hombre más elegante y galante que conozco! —afirmó Alice refiriéndose a lord Brummell.

—Exagerada —comentó Lawrence—. Me pregunto cuántos más habrá como él.

—Nunca los he visto —contestó categórica la muchacha.

—*Alice, pensaba que habías dicho que lord Roy también era muy elegante, un verdadero caballero* —escribió Nancy para provocarla.

—¡Oh, Nan! Sí, eso he dicho. Pero lord Brummell me resulta más interesante que lord MacKendrick.

—*Pero estoy segura de que si tuvieras que elegir...* —respondió Nan, en seguida interrumpida por el conde de March.

—¿Estás enamorada de Roy? —preguntó él atónito.

—¡Lawrence! —lo amonestó Alice, mirando a su alrededor por temor a que otros la oyeran—: ¡No estoy enamorada!

—Mejor para ti.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alicia recelosa.

—Pareces demasiado jovencita para alguien como él —contestó Lawrence sin medias tintas.

—No eres nada amable —le acusó ella, enfurruñada, mientras reflexionaba sobre las últimas conversaciones que había mantenido con lord Roy.

—Bueno, discúlpame, pero Roy es un hombre. Tú solo eres una chiquilla.

—Lord March, no le habléis así a vuestra hermana, os lo ruego. Al fin y al cabo, todas soñamos con un amor que nos corresponda —intervino Nan.

El joven conde parecía conmovido por aquellas sabias palabras, escritas en el silencio del mutismo. Se había sentido conmovido porque había experimentado algo similar en el pasado reciente.

—Discúlpame, Alice, de verdad. He sido un insolente. No creí que te importara tanto.

—No pasa nada, Lawrence. Sé que no tengo ninguna posibilidad. Pocas pueden casarse con su verdadero amor.

—Yo lo he logrado. Y también Eleonor. No es algo imposible.

Alice se encogió de hombros sin mucha elegancia, absolutamente escéptica.

—Lady St. James, ¿qué opináis de lord Byron? —preguntó Lawrence.

—Solo he hablado con él cuando el duque me lo ha presentado. He notado que me observaba mientras conversaba con Eleonor. Creo haber despertado su curiosidad. Tiene un físico muy atractivo y una presencia que no pasa desapercibida. Sin embargo, no puedo decir que tenga una opinión muy formada de él.

—He tenido la oportunidad de hablar con él —dijo Lawrence—. Es bastante interesante, pero un tanto insólito. Me refiero a la forma en que expresa sus ideas e ideales. Es original e inusual.

—¡Entonces, como lady Northcliff! —exclamó Alice bromeando, haciendo reír a Nancy.

—No —explicó Lawrence con una sonrisa divertida—, en realidad no como lady Northcliff. Byron es una especie de héroe incomprendido por sus rarezas.

—Qué definición tan pintoresca —comentó Alice.

—¿Por eso vuelve locas a las mujeres? —preguntó Nancy.

—Puede ser —respondió el joven conde—. Me perdonaréis si me voy, ¿verdad? He prometido un baile. —Lord March se puso en marcha hacia el vestíbulo, pero inesperadamente lo atravesó a paso rápido y se acercó a un criado.

Nancy agudizó la vista y se sorprendió al comprobar que el criado era Freddie, el criado de su hermano. Miró a Alice para ver si había presenciado la escena, pero su amiga tenía la cabeza inclinada, como pensativa. Le tocó el brazo.

—¿De verdad estás enamorada de él?

—¿De Byron?

—De lord MacKendrick.

Alice no respondió de inmediato, parecía estar pensándolo.

—No lo sé. La verdad es que no sé qué significa eso.

—Deja que las cosas vayan solas, ¿vale?

La otra asintió.

—Marquesa, lady Alice. —Lord Bath se había colocado delante de ellas para saludarlas y les bloqueaba el paso. Iba acompañado de Michael Stevens, secretario de Perceval—. Permitidme presentaros a Mr. Stevens, el secretario personal del primer ministro.

—Lady St. James, lady Alice. Es un honor —dijo el hombre en un tono de voz grave e inclinándose.

Era muy delgado y llevaba unas gafas finísimas; su cabello negro, corto y ligeramente peinado hacia adelante, seguía la moda del momento, y sus hombros estaban claramente realzados por el relleno de su chaqueta entallada. La ligera escasez de pelo y su nariz aguileña le daban el aspecto de un pequeño cuervo recién nacido y desgreñado.

—Mr. Stevens estaba sumamente interesado en su historia, lady St. James, en cómo aprendió el lenguaje de signos —dijo lord Bath con descaro, sin la menor muestra de tacto.

Nancy sostuvo su mirada penetrante, decidida a no dejarse avasallar por sus maneras arrogantes y autoritarias. Incluso tuvo tiempo de comprender que, probablemente, el baboso conde intentaba apartarla de Alice para quedarse a solas con ella.

—*No hay mucho que decir* —explicó Nancy por escrito, mirando primero a Bath y luego a Mr. Stevens—, *salvo quizá que, desde que aprendí los signos, puedo conversar con quienes los conocen sin ser entendida por quienes no. En fin, toda una diversión*.

Lord Bath se sorprendió por tal confesión y reflexionó que no era propio de la gentil y educada muchacha emplear tal sagacidad irónica. Sospechó que se estuviera burlando de él por el título que ahora ostentaba, superior al suyo, o tal vez por haber adivinado sus intenciones.

—Interesante y divertido. ¿Paseamos? —Bath flanqueó a lady Alice y, en cuanto vio que Stevens entretenía a lady St. James con algunas preguntas, se volvió hacia la joven:

—¿Cómo estáis, mi querida amiga?

—Bien, lord Bath, gracias —contestó Alice, preguntándose si era apropiado que la llamara «mi querida amiga».

—De hecho, estáis encantadora.

—Gracias, de nuevo.

—Os vi hace unos días en Hyde Park. Estabais con lady St. James. ¿Vais todos los días? —inquirió el conde, ya decidido a darle caza en un campo neutral.

—No, lord Bath, no todos los días.

—Disculpadme, querida, que os pregunte por vuestros desplazamientos, pero veréis —susurró, inclinándose hacia ella y admirando el escote del vestido azul que dejaba al descubierto las maduras formas de su joven cuerpo—. He echado de menos nuestras charlas, así que me encantaría que pudiéramos vernos, tal vez en el parque, en la librería o donde más os guste.

El conde balbuceaba estratégicamente, como un joven enamorado, sabiendo muy bien que era una táctica con la que siempre había obtenido buenos resultados con jovencitas inexpertas.

Se detuvo involuntariamente al ver que el marqués de St. James y lord MacKendrick se acercaban a ellos. Este último tenía unos ojos amenazantes que recordaban notablemente a su hermano, el duque, cuando este se enfadaba.

Alice tenía la cabeza inclinada y el prolongado silencio del conde la hizo levantar la vista. Vio a lord Roy frente a ella. Se quedó con la respiración contenida, temiendo lo peor.

Roy la miró y, con la mayor seriedad, exclamó:

—¿Habíais olvidado el baile que me habíais prometido?

Alicia se quedó estupefacta, porque no le había prometido ningún baile.

—Yo no...

—No importa, lady Alice —la interrumpió Roy—, os perdonaré si aceptáis bailar conmigo ahora —bromeó, forzando una sonrisa. Le hizo una seña con el brazo para que la siguiera.

Alice se dio cuenta de que la estaba salvando de las atenciones del conde.

—Con vuestro permiso —se disculpó.

Caminó en silencio junto a lord MacKendrick y notó su enfado. Lo miró de reojo: era guapo, elegante y encantador, pero su boca, que normalmente era sonriente, tenía una expresión rígida.

Él la condujo más allá del gran salón hasta una habitación en la que ella nunca había entrado. Era evidente que no tenía intención de bailar con ella, pero sí de hablarle, seguramente de lord Bath. Ella entró y lord Roy cerró la puerta con determinación.

—¡Seguís otorgándole vuestra confianza! —la reprendió Roy.

—¡No!

—¡Os he visto!

—¡Pues habéis visto mal! ¡Es él quien insiste en verme, en encontrarse conmigo y en hablarme!

—Deberíais haberle respondido como es debido en lugar de ser tan condescendiente.

—¡No he sido condescendiente! ¡Estaba incomodísima!

—No tenéis idea de lo que es capaz de hacer un hombre como él, ¿verdad? —preguntó Roy, entrecerrando los ojos en una expresión de advertencia.

Alice se sintió irritada por su actitud y consideró que no merecía aquel trato. Algo en su interior la hizo reaccionar como lo haría una mujer con carácter.

—Sí que tengo una idea, aunque, sin duda, no conozco los detalles en los que, evidentemente, pensáis todo el tiempo. No estoy casada, soy joven, no tengo experiencia y solo me han besado una vez en la vida, ¡y vos sabéis por quién!

Su rabia era evidente mientras enumeraba con los dedos.

—Creo merecer un mínimo de comprensión si me he equivocado al aceptar los halagos y el interés de un hombre con tanta experiencia, y no merecer vuestros modos arrogantes e impetuosos, sobre todo porque no tenéis derecho a ellos.

Un torrente de palabras que salieron en tromba, casi sin darse cuenta, cobraron mayor significado por las pequeñas y blancas manos que se movían con elegancia en el aire.

—Ahora, si me disculpáis. —Se alejó lentamente porque le temblaban las piernas; no estaba acostumbrada a tales arrebatos, sobre todo cuando se los hacía a un hombre mayor que ella y atractivo, por el que había empezado a sentir lo que su madre llamaba un «enamoramiento sano.

Roy frunció el ceño y, de un paso, la agarró del brazo.

Se quedaron mirándose durante unos segundos: ella, avergonzada y ansiosa por aquella reacción; él, indeciso sobre lo que debía hacer.

—¿He sido arrogante?

—Sí, mucho.

—Lo siento, y os pido disculpas.

Alice lo miró con deferencia, sintiendo el agradable calor de la mano masculina que aún rodeaba su brazo desnudo. Si hubiera llevado el otro vestido, el de mangas largas, no habría podido saborear aquel contacto.

—Tenéis razón, no tengo derecho alguno. Pero alguien tiene que hacerlo —reconoció Roy, moviendo el pulgar sobre la delicada piel que se extendía detrás de su brazo.

Alice se atrevió a levantar la mirada. El semblante severo de lord MacKendrick lo hacía claramente inaccesible.

—Parecéis vuestro hermano —susurró ella.

—¿Mi hermano? —preguntó Roy, enarcando el ceño.

—Sí, incluso ahora. Parecéis incluso más grande y atractivo. —Alice no podía creer lo que había dicho en voz alta. Apartó la mirada y añadió audazmente—: Sin embargo, sería mejor que tuvierais un carácter alegre.

Roy no pudo contener la sonrisa.

—Intentaré recordarlo cuando esté en vuestra compañía, y con el único propósito de

complaceros.

—¿Os estáis burlando de mí? —preguntó ella, preparada para un nuevo ataque.

—En absoluto. ¿Me perdonáis?

—Sí.

—¿Puedo seguir controlándoos?

—Depende de cómo lo hagáis.

—Más que razonable. Tenéis mi palabra, lady Alice. —Roy continuó acariciando el brazo de la muchacha y se encontró comparándola con la veterana y experimentada lady Wilmot, que, obviamente, perdía en la comparación—. ¿De verdad no habéis besado a nadie más después de mí?

—¿Queréis ofenderme? ¿Creéis que voy besando a todo el que me lo pide?

—¿Quién os lo ha pedido? —preguntó Roy receloso.

—Eso no es asunto vuestro.

—Ahora estoy calmado e intento ser educado. Y vos también podríais contestarme. Ahora somos amigos.

—No quiero ser vuestra amiga.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Porque soy terca y he decidido que no me basta con ser vuestra amiga. Eso es todo.

Roy la escrutó atentamente: su chispeante ingenio, como lo llamaba su madre, se manifestaba incluso en los asuntos más importantes. Empezaba a intrigarle, aunque no le gustara.

—Lo comprendo. Pero eso es todo lo que puedo ofreceros por ahora: una amistad.

—No me debéis ninguna explicación. No soy una niña, o al menos no lo he sido desde el día en que me dijisteis que era infantil. Sé muy bien que os gusto, me refiero a mi físico. Y sé igual de bien que no queréis involucraros en relaciones serias que impliquen compromisos. Así que... que pase lo que tenga que pasar. —Alice se soltó de su mano. Un deseo irrefrenable la impulsó a ponerse de puntillas y posar sus labios sobre los de él, prolongando aquel tierno contacto durante unos segundos.

Roy estaba tan sorprendido que no podía moverse. Soportó en silencio aquel suave contacto y la observó salir por la puerta, incapaz de retenerla.

* * *

El vizconde Hamilton bailaba con gracia y elegancia; como siempre, por otra parte. Era increíblemente guapo y atractivo; como siempre, por otra parte. Su impecable atuendo y el ligero aroma a colonia invitaban a fantasías románticas; como siempre, por otra parte.

Eleonor se dio cuenta de que todas las miradas estaban puestas en ellos y, probablemente, ya circulaban rumores de que el vizconde, un viejo conocido de lady Eleonor, había conquistado el corazón de la duquesa. Pero ella no podía ciertamente negarle ese baile, pareciendo maleducada o, peor aún, temerosa de su encanto. Sin embargo, estaba segura de que Key tendría algo que decir al respecto.

—Me siento muy feliz de estar aquí con vos —dijo el vizconde sin rodeos—. Y estáis mucho más hermosa que cuando solíamos entretenernos juntos en las fiestas, ¿lo recordáis? —le preguntó, sin apartar los ojos de ella.

—Lo recuerdo perfectamente, vizconde. Nos reíamos mucho juntos y vos erais un diablillo de primera: eran pocos a los que salvabais de la horca del mal gusto. Espero que os hayáis vuelto más indulgente.

—Yo no diría eso.

—¿A quién eliminamos esta noche? ¿A quién reprobamos? —preguntó Eleonor en voz baja,

divertida por el pasatiempo que una vez compartieron.

Gabriel le guiñó un ojo con una mirada de comprensión.

—Lady Grafton, sin lugar a dudas. Su presencia aquí es inapropiada.

—La he invitado yo —respondió Eleonor lentamente, encontrando insólito que acusara a su propia hermana.

Gabriel frunció el ceño, asombrado.

—Sois toda una dama, querida. Sin embargo, en su lugar, yo habría rechazado la invitación.

—En ese punto, estoy de acuerdo —dijo Eleonor, concluyendo que el vizconde se había vuelto más intransigente con los años. Cuando el vizconde la había acompañado al centro del salón para el baile, Keiran había seguido a lady Grafton y aún no habían regresado—. ¿Olvidáis que estáis hablando de vuestra hermana?

—Francamente, sí. Cuando un comportamiento es indecoroso, lo es incluso si quien lo tiene es la propia hermana.

—Es muy guapa.

—No más que vos.

—Ella es sensual.

El vizconde, inclinándose hacia adelante, le susurró:

—No tienes ni idea de cuánto lo sois vos.

Eleonor sonrió, moviendo la cabeza con indulgencia, y el recuerdo de aquel apasionado beso que le había dado en el interior de su carruaje años atrás invadió su mente. En ese momento, Lord Hamilton tenía la misma expresión de por aquel entonces.

—No habéis cambiado nada —añadió ella, al notar que Key había regresado y los miraba molesto, aunque atento a las palabras de su madre. Se preguntó de qué estaría hablando lady Bridget Northcliff.

—Mi hermana, Arabella, no quiere admitir que sois maravillosamente sensual porque siente debilidad por el duque —admitió espontáneamente el vizconde.

—El duque tiene ese efecto en todas —dijo Eleonor con mal disimulada templanza.

—¿Estáis celosa de él?

—Lo suficiente como para querer arrancarle el pelo a cualquier atrevida chiquilla.

El vizconde rio de buena gana.

En ese momento, Eleonor vio a Roy, de pie en la entrada de la sala. Parecía desconcertado y, en cuanto Key le hizo un gesto, se acercó hacia el pequeño salón cerrado que estaba al otro lado de la sala.

—Estoy cansada de bailar.

—Entonces, paseemos —propuso rápidamente el vizconde, abriéndole paso hacia las salas opuestas a la del refrigerio.

Allí, varias parejas, de pie o sentadas, conversaban entre sí; algunos sostenían pequeños platos de porcelana llenos de comida en las manos, otros bebían.

Eleonor se sentó en un sofá, adoptando una postura elegante y muy propia de toda una duquesa.

—¿Os traigo algo de beber? Yo preferiría no moverme de aquí, o alguien más captará vuestra atención, que para mí es tan preciosa.

—¡Sois increíblemente divertido! E incorregible. No quiero nada, gracias. Sentaos también vos.

—¿Sois feliz? —le preguntó el vizconde con una desfachatez que solo su maravillosa sonrisa podía atenuar.

—Sí, mucho.

—Lástima.

—¿Cómo?

—Bueno —empezó a explicarse con semblante contrito y triste—, esperaba que no lo fuerais, que necesitarais ayuda y consuelo. De mi ayuda y consuelo.

—¡Oh, vizconde, no debéis hablar así! —exclamó Eleonor, intentando hacerle una admonición débil.

—¿Por qué no? Soy sincero.

—Demasiado sincero, vizconde, y dicho por una que peca de ingenuidad...

—¡Exacto! Querida, sois la esencia de la franqueza y también por eso os quiero tanto —le susurró sin ningún pudor.

Eleonor apartó la mirada.

—Creo que ya os he dicho que no debéis hablar así. Ciertas palabras son peligrosas.

—¿Qué palabras? ¿Que os amo? —preguntó el vizconde, inclinándose hacia ella.

Eleonor le miró a los ojos.

Sí, el vizconde quería seducirla: miraba su cuerpo con deseo y escrutaba su escote, sin importarle los riesgos que corría por la presencia del duque.

Pero ella sabía hasta dónde era capaz de llegar Key por un agravio semejante.

—Palabras peligrosas para vos, vizconde. El duque no os las perdonaría.

El vizconde malinterpretó aquella afirmación y empezó a albergar esperanzas de tener una relación íntima con ella.

—Si él no lo sabe, no tendría nada que perdonar, tenedlo por seguro.

—Él siempre lo sabe todo, hacedme caso. Sois un imprudente —le advirtió Eleonor, tan preocupada por su seguridad que no se había dado cuenta de que aún no había rechazado explícitamente las insinuaciones del vizconde.

—Vale la pena serlo por vos. Os adoro y lo sabéis desde hace mucho tiempo. Enloquezco por vos y moriría por teneros solo para mí.

—Lamento ser la causa de emociones tan fuertes y...

—¿Lo lamentáis? No, mirad, ¡estoy feliz de sentir todo esto! Y estoy deseando estar a solas con vos. —El vizconde apenas movió la mano, colocándola despreocupadamente sobre el sofá, y comenzó a rozarle la pierna.

Eleonor se puso rígida, pero no se inmutó.

—Eso no va a ocurrir, vizconde —dijo lentamente y articulando bien cada palabra—, ni yo quiero que ocurra.

—¿Cómo? —dijo lord Hamilton confundido.

—Amo a mi marido. Siento que lo hayáis malinterpretado. —De pronto, Eleonor enmudeció: vio a Key, de pie junto a la puerta, observando la escena con horror. Su rostro contraído decía que había visto el gesto atrevido con el que el vizconde le había tocado la pierna, y sus ojos, desorbitados y fruncidos al mismo tiempo, confirmaban que estaba a punto de atacarlo.

Lord Hamilton apenas tuvo tiempo de girarse y encontrarse con los fulgurantes ojos del duque, que ya se abalanzaban sobre él.

El vizconde y Eleonor se levantaron al unísono, despertando la curiosidad de los presentes.

La situación estaba clara para todos.

Eleonor, sin pensarlo, se lanzó sobre Keiran, colocó las manos sobre sus hombros y le besó con entusiasmo en la boca.

El duque, cogido por sorpresa, pareció en un principio incrédulo; luego, para no caerse, la

sujetó por las caderas. Oyó el murmullo complacido de la gente que los observaba y las risitas divertidas de los hombres que admiraban la pasión espontánea de la joven duquesa.

El vizconde intentó escabullirse lentamente, cruzándose por un momento con la mirada azul del duque. Si no hubiera sido por lady Northcliff, el duelo habría estado garantizado. Y él habría perdido.

Keiran respiraba con dificultad. Movió ligeramente los ojos hacia los que aún estaban allí, haciéndolos alejarse con esa sola advertencia.

—Apártate.

—No, Key —respondió ella con determinación.

Él estaba furiosísimo, pero sabía que Eleonor actuaba de buena fe.

—Merecería una lección y lo sabes muy bien. Me gustaría odiarte por hacerme sentir esto que me está destruyendo, pero siento que no tienes la culpa.

—Se llama celos enfermizos, Key. No sufras por mi culpa, por favor. Te juro que no veo a nadie más que a ti. Ahora, por favor, Key, sonríe. Un buen grupo de curiosos sigue mirando desde fuera. Se están preguntando si has entrado para darle una lección al vizconde, o para abrazarme y besarme en público, porque no puedes vivir sin mí.

—¿Lección? Has estado un buen tiempo con mis hombres en el barco. ¿Temes por él?

—¡Pues claro que sí! Sé muy bien cómo usas la espada. Lo matarías y yo tendría que enfurecerme contigo: un buen cristiano no hace esas cosas.

Keiran frunció el ceño, sorprendido por aquella extraña explicación.

—Un buen... Está bien, olvidémoslo. No voy a matarlo. De momento.

—¡Bien! —Eleonor se puso en pie y lo besó apasionadamente—. ¿Entonces, Key?

—¿Qué?

—¿Es verdad que no puedes vivir sin mí?

—¿Siguen todos ahí?

—Obviamente. Están esperando un gesto tuyo.

Keiran se inclinó y la besó largamente, dejándose llevar por una emoción intensa y lánguida, y estrechándola contra él en un gesto de posesión. Podía oír y sentir los pensamientos de los curiosos, que fingían pasar por allí o charlaban de otras cosas, y eso le divertía enormemente.

«¡Es escandaloso!».

«¡Qué dichoso el duque con una esposa así!».

«El vizconde acabará aceptándolo, tarde o temprano. ¡Sería muy estúpido si no lo hiciera!».

«Ha jugado con fuego: el duque sabría reaccionar por mucho menos».

«Ella lo mantiene a raya, evidentemente lo quiere con locura».

«Qué daría yo porque me abrazaran así».

«¡Calla! ¡Podrían oírte! Vámonos».

* * *

—*¿Qué quería esa rata del secretario?* —le preguntó Daniel a Nancy con una sonrisa divertida, moviendo velozmente las manos.

—*¡Sin duda ponerme de los nervios! No paraba de preguntarme sobre el lenguaje de signos y la escuela de París. Tal vez quería distraerme para que el conde pudiera hablar con Alice*.

Un grupito de jovencitas no apartaba los ojos del marqués de St. James, pero él fingía no fijarse en ellas, por respeto a Nan. Cogió dos copas de una bandeja y le entregó una.

—*Se me sube enseguida a la cabeza, Dan, lo sabes* —le explicó ella con los labios, dado que tenía una mano ocupada.

—*Solo un sorbo* —respondió él del mismo modo.

Nancy obedeció, poniendo mala cara a las burbujas del vino.

—*¿Te ha presentado Bath al secretario de Perceval?*

—*Sí.*

—*No pensaba que fueran tan amigos*.

—*No sabría decirte. Se han acercado juntos*. —Nancy bebió otro sorbito, con cautela—. *Dan*.

El marqués bajó los ojos para mirarla. Estaba indecisa.

—*¿Sí?* —le respondió con una sonrisa benevolente.

—*¿Es posible que mi hermano no se haya ido?*

Daniel asumió una expresión de asombro.

—*¿Por qué lo preguntas?*

—*He visto a Freddie, su ayuda de cámara personal... Dan: Andrew nunca se habría ido sin él.*

—*En primer lugar, recuerda que aún no ha partido, sino que se aloja en un barco del duque para familiarizarse con la vida a bordo. Además, ha elegido empezar su experiencia solo para darse la oportunidad de madurar —mintió entre dientes sin sentir la más mínima culpa.*

—*¿Hablaste con él?*

—*Por supuesto. Estaba con Kein cuando tu hermano me pidió apoyo para organizar su partida. Ya sabes cómo es Andrew. Nunca ha sentido especial afecto por la familia, así que no te sorprendas de que no quisiera ver a tu madre ni a ti antes de marcharse.* —En cuanto estuvo seguro de que se había calmado, le preguntó—*: ¿Con quién estaba Freddie?*

—*¡Eso sí que es raro! El conde de March estaba conversando con nosotras y, de repente, dijo que tenía que irse al salón de baile. Pero le he visto reunirse con Freddie y entrar en una estancia.*

Daniel se apresuró a inventar una historia creíble.

—*Evidentemente, tu hermano se lo ha confiado al joven Lawrence. Es un gesto magnánimo y sensato*.

Nancy sonrió y asintió, aceptando de buen grado la explicación.

Daniel decidió hablar con Keiran sobre todo esto.

—*Se comenta que el duque ha estado a punto de zurrarle al vizconde.*

—¿Zurrarle? —preguntó Daniel en voz alta. Le quitó la copa de la mano y la colocó junto con la suya en la bandeja que sostenía un camarero—. *¿Dónde demonios has oído esa palabra?*

—*La usamos Ellie y yo* —le dijo Nan con las manos—. *Te decía que al parecer el vizconde Hamilton ha intentado seducir a Ellie y que el duque ha estado a punto de estallar*.

—*¿Y no lo ha hecho? Qué extraño. ¿Quién lo dice?*

—*Mamá y lady Wiltshire. ¡Al parecer Ellie lo ha parado abrazándolo y besándolo públicamente!*

Daniel expresó su asombro con una sonrisa incrédula.

—¡Lo que habría pagado por ver la expresión de Kein!

* * *

El duque de Northcliff permanecía impasible frente al príncipe, esperando oír lo que tenía que decirle. Estaban sentados en su estudio, solos, contemplando la llama que crepitaba frente a sus sillones.

—¿Es cierto que el vizconde Hamilton acaba de jugarse la cabeza? —preguntó su alteza, sin pudor.

Keiran no mostró asombro alguno.

—Sí.

—¿Qué se lo ha impedido?

—La duquesa, por supuesto.

El príncipe arrugó la nariz en señal de desaprobación.

—¿Por qué?

—Es católica.

—Sí, lo recuerdo. Pero no veo la conexión, Northcliff.

—Sabía que yo ganaría el duelo y no quería que me convirtiera en un asesino. No matarás.

—¡Ah! ¡Ya entiendo! Así que no estabais preocupada por la vida del apuesto vizconde, ¡sino por vuestra alma! —Al regente le pareció la historia muy divertida.

—¿Es cierto que os convertisteis al catolicismo?

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó el otro bruscamente.

—Por ella. Y por una propensión oculta mía.

—¿Propensión?

—Mi abuela era católica y siempre he sentido gran simpatía por su forma de ver a las personas y a Dios.

—Eso no lo apruebo bajo ningún concepto, Northcliff. Pero sé que siempre hacéis lo que más os conviene, así que... —asintió el príncipe con un elocuente y apresurado gesto de la mano. Luego dio un sorbo a su licor y lo miró con extrema seriedad. Estoy seguro de que vos también habéis llegado a la conclusión de que hay una bandera inglesa detrás del barco fantasma francés que patrulla nuestros mares y saquea donde puede.

Keiran sabía que su alteza el príncipe se refería al mismo barco que transportaba esclavos y al mismo capitán que había abandonado la apestosa chalana en la que había encontrado a Zaynab y a los niños.

Y estaba igualmente seguro de que el príncipe ni siquiera sospechaba que pudiera tratarse de uno de sus nobles ingleses.

—¿Supondría un inconveniente que os diera pruebas de que se trata de un inglés? —le preguntó despacio.

El príncipe Jorge comprendió de inmediato que el duque sabía mucho más de lo que estaba dejando entrever, pero no cometió el error de exigirle una información que aún no quería dar.

—No hay inconveniente, Northcliff. De hecho, me atrevería a decir que sería un gran alivio.

—¿Y si el traidor inglés fuera uno de vuestros nobles? —preguntó Keiran con aire desafiante.

Jorge sintió que se le helaba la sangre. No había contemplado semejante posibilidad.

—Solo desearía que no se tratara de un noble querido por razones personales y económicas. El príncipe se preocupaba de sus leales nobles, pero sobre todo de lo que podían ofrecerle a la Corona a cambio de la aprobación y las bendiciones del rey.

Keiran pensó en el conde de Bath y en lo inútil que era para los fines de la monarquía. Solo tenía que demostrar que él era el traidor.

—Tenéis un nombre, duque. Aguardaré con impaciencia el momento en que podáis decírmelo.

—¿Directamente a vos o a través de Perceval?

—Directamente a mí. A estas alturas, yo diría que os espero a la vuelta de este viaje, ¿no es así? —preguntó el príncipe, esperando la confirmación de sus sospechas.

—Sí, alteza, cuando regrese de este viaje podré deciros algo con absoluta certeza. O incluso entregaros al traidor.

Capítulo 8

—Eres un idiota —le dijo lady Grafton a su hermano mientras el carruaje atravesaba la verja de la residencia Northcliff.

—¿Por qué? ¿Acaso tú has mejorado mi actuación? —se burló de ella el vizconde.

—No. Pero no he quedado como un perdedor delante de todos. Todavía conservo mi dignidad.

—No lo entiendes. La adoro desde que era una niña y ahora aún más.

—Entonces deberías haberte casado con ella cuando aún estaba su tío —le interrumpió Eve mientras se ajustaba su abrigo de piel.

—Ella no estaba segura y se hacía la difícil.

—Bueno, te diré una cosa. Si antes era difícil, ahora es imposible. Ella le ama y, para mi desgracia, él la ama con locura; me atrevería a decir que ya no puede contenerse. Me veo obligada a admitir que la joven lady Northcliff es, ahora sí, el ideal al que todos los hombres aspiran. —Miró hacia la oscuridad, como perdida en la melancolía de mujer que ha visto partir para siempre al hombre amado—. Es perfecta para Keiran —añadió entre suspiros.

—Él partirá y yo me quedaré con ella —sentenció el vizconde seguro de sí mismo.

Eve se volvió para buscar el rostro de su hermano en la oscuridad del carruaje.

—Él partirá y ella te rechazará una y otra vez, hasta que se vea obligada a negarse. El duque se enterará y te retará a un duelo, pistola o espada da igual, te matará o, peor aún, acabarás herido y perderás la poquísima dignidad que te queda.

—Quizá gane yo.

Eve rio.

—¡Imposible, mi querido hermano, te lo aseguro! El único que podría tener una oportunidad con el duque es su hermano, lord MacKendrick, pero solo con la espada. ¿Y si le ganaras? ¿Crees que tu amada Eleonor Grace te aceptaría? Eres un idiota: ella te odiaría por haberlo herido o matado. Ella lo ama y debes olvidarla. Asunto zanjado, Gabriel, no sigamos hablando de ello.

El vizconde guardó silencio, reflexionando sobre las duras palabras de su hermana. Se preguntaba si debía seguir su consejo o intentar acercarse de nuevo a la duquesa en ausencia de su poderoso y celoso marido. Cerró los ojos y se durmió.

* * *

—¿De qué habéis hablado? —preguntó lady Bath, cerrando con más fuerza la cinta de su capa.

El carruaje la sacudió hacia la derecha, haciendo que cayera.

—De nada de particular —respondió Georgia, molesta por las preguntas.

—Responde a tu madre —ordenó el conde.

—No me acuerdo, es decir, de muchas cosas.

—¿No podrías ser más precisa? —insistió lady Bath.

—¡Basta! ¡No hacéis más que pensar en cómo casarme con alguien y en cómo puedo seducirlo para atraparlo! ¡No lo soporto más! —estalló Georgia, nerviosa y con el ceño tan fruncido que incluso el conde decidió no intervenir.

—Olivia, está confirmado que partiré con el Mayor dentro de unos días.

—Bien.

—Si todo va bien, volveré antes de lo habitual.

—Muy bien. Tendremos mucho que hacer aquí, ahora que lord MacKendrick parece interesado en Georgia.

—No digas tonterías, mamá.

—No me hables así, mocosa. No eres más que una egoísta caprichosa —soltó Lady Bath enojada.

—¿Te gusta lord MacKendrick? —preguntó el conde en tono persuasivo.

—No. —El silencio que siguió hizo que Georgia se diera cuenta de que había dejado atónitos a sus padres.

—¡Pero es el heredero del título de Northcliff! —exclamó su madre, horrorizada ante la negación de su hija. La miró como si se hubiera vuelto loca—: ¡Y pronto será duque! —sentenció con seguridad.

—Por supuesto, mamá. Como te he dicho hace un momento, lo único que estás haciendo es intentar emparentarme con algún noble rico con título. ¿Podemos no hablar de ello al menos durante unos minutos?

Se volvió hacia un lado, apoyándose en la puerta y fingiendo que estaba sola. Sintió una extraña sensación, una que nunca había experimentado.

Se preguntó si la vida de un hombre, el duque, merecía el título y el dinero que sus padres codiciaban para ella.

¿Lo hacían realmente por ella? Una idea persistente se le metió en la cabeza como una serpiente deslizándose por una estrecha grieta: ¿qué conseguirían sus padres? ¿Dinero? ¿Propiedades? ¿O habrían esperado o incluso favorecido la muerte del nuevo duque, lord MacKendrick, para que el título pasara a ella y su padre lo administrara?

Georgia esperó a que una farola alumbrara a su padre y se encontró con su mirada: por primera vez en su vida le dio miedo.

Volvió a pensar en lo único bueno de aquel día, lo único bueno en mucho tiempo. Sonrió al recordar la imagen del conde de Portland, su amable interés por ella y la agradable conversación mantenida, pero inmediatamente se entristeció al pensar que, una vez más, no había sido capaz de manejar una situación sencilla. Se dio cuenta de que él le gustaba, más de lo que sin duda ella misma le gustaba a él.

Dos lágrimas de abatimiento brotaron en silencio, sin que sus odiosos padres se percataran.

* * *

Eleonor miraba a Key por el rabillo del ojo, aprensiva ante el evidente cansancio de su rostro mientras saludaba a los invitados, esforzándose por parecer imperturbable con su expresión habitual de severidad.

Él no dejaba de dirigir la mirada hacia lady Portland cada vez que no prestaba atención a un posible interlocutor.

Eleonor no pudo evitar darse cuenta de que la desagradable mujer conversaba en tono resuelto con Mr. Stevens, el chistoso secretario de lord Perceval. Aquella especie de mirlo pelado asentía resignado a la prepotente mujer.

El Mayor Harris se había acercado a los dos con aire de superioridad y escuchaba en silencio el monólogo de la condesa, sin apartar los ojos de la sala. Solo cuando la mujer le interpeló, respondió con unas palabras, mirado al cuervo de arriba a abajo.

Stevens asintió de inmediato, como si recibiera órdenes con diligencia, y finalmente hizo una

reverencia antes de alejarse rápidamente y esconderse entre la multitud que se dirigía a la salida. El Mayor Harris desapareció discretamente, saliendo por la veranda.

Ni siquiera un minuto después, Eleonor vio a Mr. Stevens de pie junto a lord Perceval, que se acercaba a saludarlos. Se preguntó si el hombre de la nariz de cuervo tenía el don de la ubicuidad. Varias veces durante la velada lo había visto en lugares distantes de la sala, a solo unos segundos de distancia.

—Excelencia, ha sido una fiesta estupenda —dijo Perceval—. Es una lástima que no hayamos saludado al príncipe.

—Su alteza ha preferido marcharse discretamente —explicó Eleonor con cortesía.

Lord Perceval hizo un gesto al duque y su secretario lo imitó y ambos se encaminaron hacia la salida.

—Ni siquiera los cuervos de la torre lo querrían —susurró Eleonor.

—Cuidado con lo que dices. Es el primer ministro —la amonestó Key.

—¡Él no! Me refería al secretario.

Key esbozó una sonrisa y luego retomó su expresión.

—Tiene algo de pájaro —añadió Eleonor.

—¿Qué quieres decir?

—Además de que parece un polluelo de corneja, siempre está ahí, escuchando, observando, escapando y reapareciendo... ¡Que me parta un rayo!

—¡Eleonor!

—Mira. ¡Ya está aquí otra vez, de camino a la veranda donde está el Mayor Harris!

—¿Cómo sabes que Harris está ahí? —preguntó Kein. El hecho de que uno de los Stevens tuviera tratos con Harris era motivo de preocupación en sí mismo.

—Lo he visto ir allí hace un momento.

Kein no contestó, pensando que tener un gemelo daría lugar, sin lugar a dudas, a malentendidos y posibilidades inesperadas para quienes pretendieran maniobrar en la sombra.

Guardó como un tesoro aquellos comentarios sobre los Stevens, entre otras cosas porque esa era exactamente la sensación que tenía cuando estrechaba la mano del secretario de Perceval: la de un ser esquivo, silencioso, vago en los modos y en los pensamientos.

* * *

—Mayor Harris, lady Portland desea veros un momento a solas en su carruaje, si es posible —dijo.

El secretario de la condesa, Mr. Martin Stevens, se inclinaba en actitud sumisa mientras hablaba. Sabía que el mayor Harris era un hombre arrogante y con una alta autoestima, pero sobre todo intuía que la condesa le consideraba un peón importante en sus planes. Por eso, mostrarse servicial era beneficioso para todos.

Martin Stevens se sentía feliz de estar al servicio de la condesa, no solo porque le pagaban bien, sino también porque ella nunca había puesto objeciones a su propensión a buscar compañía masculina. En los últimos años, su afectuosa relación con George había agradado especialmente a lady Portland, debido al papel que desempeñaba su joven amigo abogado.

George Peterson era, de hecho, un abogado competente, de aspecto pulcro y muy decoroso, de rostro sencillo, pero demasiado joven para ejercer por su cuenta. Había sido contratado como asistente del respetado Simon Wilkinson, abogado de los Northcliff, los Hereford y St. James.

Las cuestiones hereditarias de los Northcliff interesaban mucho a lady Portland, y Martin la mantenía constantemente informada desde hacía años, gracias a la colaboración de George.

Según la condesa de Portland, su hijo Simon era la persona ideal para asumir el codiciado

título de duque, a través de un matrimonio con la duquesa, en caso de que lord Northcliff falleciera y, por supuesto, también lord MacKendrick.

Cuando lady Portland había compartido su idea con Martin, este había sonreído con malicia y dicho:

—Si no fuera por la existencia del duque y su hermano.

De hecho, el título nobiliario pasaría a lady Northcliff en ausencia de herederos varones, gracias a una cláusula especial establecida e incorporada por la Corona en el acto de asignación del título el siglo anterior. Además, la hermosa duquesa aún no estaba embarazada, por lo que era imperativo actuar de inmediato y con rapidez.

Ahora Stevens permanecía en paciente espera, a pocos pasos del Mayor. Este terminó su cigarrillo y lo apagó sin miramientos sobre la cornisa de la balaustrada que daba al jardín, manchando de negro el precioso mármol claro.

—Decidle a la condesa que me espere en un carruaje a dos manzanas de aquí, en dirección a su casa —ordenó con tono categórico. Luego, sin dignarse a mirar al joven, se dirigió al interior. Buscó con la mirada a lady Wilmot y se acercó a ella.

—Mayor, estoy agotada y esta noche me gustaría descansar. ¿Quizás en otra ocasión? —propuso ella.

Harris permaneció impasible. Había visto a Philippa aislarse con Lord MacKendrick y todo le había quedado claro.

—Quizá, pero esta noche tampoco estoy disponible. Buenas noches. —Besó cortésmente su mano, dejándola un poco desconcertada.

Con paso rápido, se abrió camino entre la gente que esperaba para despedirse de sus anfitriones, adelantándose a ellos. Nadie se atrevió a quejarse y se colocó entre el duque y el barón Douglas.

—Excelencia, gracias por una velada tan agradable. Duquesa, mis felicitaciones.

Keiran apretó los dientes antes de aceptar su mano, preparándose para un contacto que sin duda sería desagradable. De hecho, le dolió la mano, se le calentó el brazo y los pensamientos sobre el Mayor llegaron a su cerebro borrosos y confusos.

Decidió quitarle ese aire de superioridad de su rostro.

—Así que nos veremos dentro de unos días en el mar.

El Mayor Harris trató de permanecer impasible, pero el leve movimiento de sus ojos indicaba que estaba sorprendido.

—Estáis bien informado —comentó Harris, retirando la mano.

—Yo no diría tan bien. El conde de Bath solo ha insinuado que vos también estaríais —le mintió Keiran—. ¿Intereses comunes? —Lo provocó aún más, curioso por la reacción del otro.

—Sí, de naturaleza comercial —afirmó el Mayor con seguridad.

Keiran tardó medio segundo en darse cuenta de lo que Harris ganaría con ello: si Bath lo quería muerto, el Mayor quería el «Eleonor Grace».

—Hasta pronto, Mayor —le dijo.

Harris hizo una ligera reverencia y se dio la vuelta. Caminó por el vestíbulo, bajó las escaleras e, indiferente a la fila de personas que esperaban su turno, entregó la tarjeta para retirar el capote. Se la puso al pasar por la puerta principal; por fin estaba en la calle. Su cochero le estaba esperando.

—Sígueme a distancia —le ordenó.

Se dirigió hacia la casa de la condesa y, al cabo de dos manzanas, vio su carruaje. Se cercioró de que no había nadie cerca, abrió la puerta y subió. Se sentó frente a ella y ambos guardaron

silencio durante unos segundos.

—Estoy seguro de que tenéis algo muy importante que contarme, Lavinia.

—Así es, de hecho —le respondió la mujer—, no me andaré por las ramas. Ya sabéis, Edward, que soy una mujer directa y práctica. En resumen: vuestra ayuda sería inestimable para mí y os reportaría más frutos que si estuvierais con William Bath.

El Mayor se dio cuenta inmediatamente de que la condesa estaba a punto de engañar al conde de Bath, su amante desde hacía muchos años. Si ayudarla contra William le reportaría más beneficios, ¿por qué iba a negarse? Después de todo, él podría escuchar y luego tomar su propia decisión.

—Explicaos.

—Bath quiere a la duquesa y al duque muertos para poder conseguir títulos y dinero a través de su hija, que seduciría a lord MacKendrick, el heredero. Yo quiero a la duquesa viva por razones personales. En cuanto al duque y a lord MacKendrick, podéis hacer lo que os plazca con ellos.

Así que las intenciones de la condesa de Portland y las del conde de Bath no coincidían. Hasta el hombre más ingenuo habría llegado a la conclusión de que, tarde o temprano, ambos chocarían inevitablemente.

—Entiendo. Continuad.

—El asunto es simple: impedid que Bath haga daño a lady Northcliff.

El Mayor la miró fijamente durante unos instantes.

—¿Y qué gano yo con todo esto?

—Si Bath eliminara al duque y a la duquesa, solo podríais quedaros con el barco de Northcliff, haciéndolo pasar por hundido, y nada más.

—¿Y si os ayudara?

—Si la duquesa vive, luego mi hijo Simon se casará con ella.

—Estáis bastante segura de que vuestro hijo tendrá éxito.

—Simon es hijo ilegítimo del anterior duque —soltó la mujer con una sonrisa.

Los ojos de Harris se abrieron de par en par ante aquella revelación. Luego reflexionó, dándose cuenta de las infinitas posibilidades que aquello representaba para él, aunque, desde luego, no para la condesa.

¿De verdad aquella mujer creía que un hijo ilegítimo podía acceder al título? Jamás ocurriría eso. Sin embargo, si ella estaba equivocadamente convencida de ello, que así fuera. Lo único que le importaba a él era enriquecerse.

Su expresión escéptica llevó a la condesa a explicarse mejor.

—Puedo probarlo —le mintió ella sin titubear, dispuesta a conseguir lo que quería—. A cambio de vuestra ayuda, obtendréis dinero o barcos con los que mi hijo, como duque, podría recompensaros. Y no olvidéis el barco que confiscaréis al duque. En cuanto a lord MacKendrick, si lo eliminái s, me encargaré personalmente de recompensaros. No olvidéis que él también posee un barco que podría ser fácilmente capturado en alta mar.

Ahora Harris estaba realmente alterado. ¡El barco de MacKendrick! ¿No solo uno? ¿Quizás más? ¿Y dinero? ¿Podía ella realmente probar que Portland era hijo del anterior duque? ¿Cómo? La situación se volvía cada vez más interesante.

—Para que os hagáis una idea, mi hijo ya posee una participación en uno de los barcos del duque, así como una serie de cartas en las que lord Northcliff admite su parentesco con Simon —dijo lady Portland, distorsionando ligeramente la verdad y mintiendo sobre la existencia de pruebas en su beneficio.

Siempre había sido una mujer astuta, con la inteligencia adecuada para respaldar su sed de venganza y el deseo de reivindicación de su confiado hijo. No le cabía duda de que pensaba con claridad. Estaba segura de que el encantador Mayor caería en la tentación del dinero fácil.

Hubo un tiempo en que ella misma se habría arriesgado, ofreciéndose al Mayor, pero sabía que ya no era tan atractiva como en su juventud y, desde luego, no podía competir con lady Wilmot en frescura y belleza. Recordó haberla visto en compañía de lord MacKendrick.

Esa arribista estúpida solo aspiraba a tener un amante rico, pero era tan tonta que no se daba cuenta de que, con una buena dosis de astucia y experiencia, podría haber conseguido que el hermano del duque se casara con ella.

Observó la expresión pensativa del Mayor: estaba absorto, y eso era una buena señal.

—Podría ocuparme de ello esta misma noche —propuso Harris de improviso.

Estaba seguro de poder contar con al menos treinta hombres, todos a su servicio, de la peor calaña imaginable, y ninguno de ellos tenía relación alguna con los de Bath. Razonó rápidamente.

Mandaría a un par de hombres a encargarse, no, a secuestrar a Northcliff, y lo haría asesinar lejos de Londres para que Bath no supiera nada.

A los otros veinte los enviaría a reducir a la tripulación del «Eleonor Grace», encerrándolos en la bodega.

Finalmente, zarparía al amanecer con el barco de Blake, presumiblemente oculto bajo un capote negro, encapuchado para que todos creyeran que era el propio duque. Una vez en alta mar, mataría a los hombres de Blake y los arrojaría por la borda.

Bath zarparía unos días después, convencido de que el duque estaba a bordo del «Eleonor Grace». En alta mar, también eliminaría a Bath, apoderándose de su barco.

Ahora el Mayor estaba muy excitado por el potencial de su plan y aquella condesa ni se imaginaba que le había dado la oportunidad de ponerlo en marcha, ¡convirtiéndole en comandante y propietario de nada menos que dos barcos!

Suspiró para serenarse.

—Marchaos. Yo me ocuparé de todo. Que quede clara una cosa: no tendré ningún problema en apoderarme del Eleonor Grace y del barco de Bath, porque seguro que a estas alturas también acabaré con él. Pero si todo sale como queréis, me daréis más barcos, dinero o joyas. Si no, apareceré cuando menos os lo esperéis para mataros.

Lady Portland permaneció impasible. Luego, después de unos segundos, dijo:

—Me parece bien. Pero quiero que quede claro algo: si falláis, sabed que no quiero volver a veros nunca más, o moriréis de la misma manera que murió el anterior duque y su joven segundogénito.

Harris no lo comprendió en un primer momento.

Recordaba un ataque al corazón del anterior duque y un ahogamiento del hijo, muchos años antes.

Luego todo le quedó claro: ella sabía algo más, o mejor dicho, ¡sabía la verdad porque había sido ella quien los había matado!

Se arrepintió de haberla subestimado, pero nunca se lo haría notar.

Sí, la condesa debía estar loca para haber ideado un plan tan diabólico que parecía llevar años gestándose. El brillo de sus ojos le puso los pelos de punta.

Abrió la puerta y se marchó sin despedirse.

Lavinia sonrió. ¡Adoraba cuando los hombres la temían! Había sido así con todos.

Con todos, excepto con Ailbert, el anterior duque.

El único que nunca la había temido.

El único al que ella había temido de verdad.

* * *

En el salón solo quedaban los Wiltshire conversando con lady Bridget Northcliff, lady Hereford y lord Portland; Daniel y Nancy se reían con Roy y Alice de las rarezas de algunos de los invitados, y un gran número de lacayos se turnaban para limpiar y ordenar.

—Vamos al salón de abajo —le propuso Eleonor a Key, dirigiéndose hacia las escaleras.

Todos les siguieron.

En el salón de abajo el aire estaba más fresco y limpio, y en la chimenea ardía un agradable fuego.

Ramsay se adelantó de inmediato y la duquesa le sonrió diciéndole:

—Ramsay, ocupaos vos.

El anciano y eficiente mayordomo asintió complacido y dio unas cuantas órdenes a los camareros presentes, que volvieron con bandejas cargadas de té humeante en teteras de plata, expositores de pasteles con dulces de varios colores y un cuenco lleno de bombones.

—¡Por fin, algo a lo que hincarle el diente! —exclamó Roy frotándose las manos, con los ojos brillantes, como un niño deseoso de merendar.

Ante la risa colectiva, lord Roy extendió los brazos y se justificó:

—¡Apenas he comido esta noche! ¡Os lo juro!

Eleonor lo cogió del brazo y lo sentó. Luego, mientras servía el té a las damas, dijo:

—He probado algo. Pero reconozco que me vendría bien una taza de té para digerir lo poco que me ha resultado indigesto por emoción o fastidio. Y no me refiero a comida.

Aquella declaración fue seguida de un digno silencio, mientras Nancy y Roy, más animados que los demás, reían.

—*Estoy segura* —se expresó Nan con signos—, *de que cada persona aquí dentro tiene algo que digerir, y no comida, por supuesto*.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Roy a Eleonor.

—Está convencida de que todos los presentes han sufrido alguna molestia esta noche.

—Yo, desde luego —admitió Roy, dando un mordisco a un *scone* generosamente untado con mantequilla y mermelada de moras.

—¿Por culpa de quién? —preguntó Eleonor volviéndose para mirarle con curiosidad.

Roy abrió mucho los ojos, dándose cuenta de que difícilmente podría entrar en detalles y hablar de lady Wilmot. Engulló lo que quedaba del panecillo y con habilidad dijo:

—Lady Wilmot está convencida de que puedo ser su amigo.

Eleonor frunció el ceño.

Keiran permaneció impasible, disimuladamente divertido por la expresión de desconcierto de su esposa y de las damas presentes, y percibió una especie de fastidio proveniente de la joven lady Alice.

Roy tomó un sorbo de té y añadió:

—Además, tengo que digerir la apasionante conversación que he mantenido con una bella joven que no deja de pensar en mí por una delicada pero explícita declaración de aprecio.

Todos se mostraron intrigados.

—¿De quién se trata, MacKendrick? —preguntó Daniel—. ¡Estás hecho todo un rompecorazones!

—¡Vamos, cariño, cuéntanoslo todo! —intervino lady Bridget Northcliff.

Keiran se dio cuenta inmediatamente de que Roy estaba jugando al gato y al ratón con la joven

lady Alice y le lanzó una mirada que él no captó.

Alice se puso roja y trató de esconderse detrás de su taza de té caliente.

—No os diré quién es —afirmó Roy con rotundidad.

Hubo un sinfín de quejas por parte de las damas.

—*A mí me toca digerir la compañía del secretario de lord Perceval, Mr. Michael Stevens* —dijo Nan con las manos, manteniendo la cabeza bien alta—. *Me ha importunado con sus improcedentes preguntas sobre el conocimiento del lenguaje de los signos*.

Eleonor lo tradujo para todos, y añadió:

—A mí tampoco me gusta ese cuervo roñoso.

—¡Eleonor Grace! —la reprendió su tía, olvidando que estaba hablando con una duquesa.

Roy y Nancy se lo pasaban en grande observando la escena.

—Tía, eso es lo que es, ¡un cuervo roñoso que ni los de la Torre de Londres querrían tener por compañero! Durante la velada lo he visto por todas partes y a veces de cerca —dijo Eleonor pensativa.

—Quizá porque no era él, sino su hermano gemelo —le explicó Lord St. James.

—¿Cómo? —soltó Eleonor, abriendo de par en par sus ojos verdes.

Keiran habría querido besarla en ese momento, pero se limitó a intervenir lacónicamente.

—Tiene un hermano gemelo, Martin Stevens, que estaba presente esta noche. Es el secretario de lady Portland.

—No puedo culparos, lady Northcliff —dijo lord Portland—. Nunca he sentido simpatía por Mr. Stevens, o mejor dicho, por los gemelos Stevens. Nada personal, en verdad. Sin embargo... —El conde hizo un gesto con la mano, expresando su aversión.

—Excelencia —intervino lady Wiltshire dirigiéndose a Eleonor—, puedo decir con certeza que este magnífico recibimiento ha sido un éxito, más allá de los simpáticos anécdotas sobre lo que ha molestado a cada uno de nosotros.

—Gracias, marquesa, sois tan generosa como siempre. Y a vos, ¿qué os ha molestado o quién? Si puedo preguntar...

—No tengo reparos en decir abiertamente que no me ha gustado lady Castlereagh —dijo lentamente la marquesa—. Su eterna actitud de jueza de las buenas maneras era inapropiada estando aquí como invitada y no como patrona de Almack's. Me temo que tendrá algo que decir sobre todo lo que ha visto y oído.

—Y me aterra lo que leeré en *The Morning Post* mañana por la mañana. ¿Quién sabe lo que lady Castlereagh le dirá a Mr. Beker? —replicó Eleonor.

—Roy exclamó:

—Si ese periodista, Peter Beker, se atreve otra vez a...

—Mr. Beker se ha quedado discretamente en la entrada durante el recibimiento, y la servidumbre se encargó de ofrecerle un bocado de cada platillo. Hasta hace bien poco estaba fuera, escuchando los comentarios de los invitados. Por supuesto, fui yo quien le ha dado permiso —dijo Eleonor, dejando a todos sorprendido.

Keiran admitió para sus adentros que era muy propio de su esposa manejar a las personas con tal maestría y elegancia. Se dio cuenta de que tenía un enorme deseo de estar a solas con ella y decirle cuánto la amaba. Sin embargo, se preguntó cómo encontraría la fuerza para hacerlo.

—¡Excelente jugada, querida! —exclamó lady Bridget Northcliff—. ¿Y crees que sigue ahí fuera? —preguntó, guiñando un ojo en dirección a la cortina corrida.

—Es posible —admitió Eleonor.

—Entonces —intervino Lord Wiltshire—, ¡nos está esperando! ¡Bien! Sé exactamente qué

decirle —añadió, frotándose las manos mientras se levantaba para despedirse.

—Cyrus, te ruego que seas espontáneo y educado —le advirtió la marquesa, su esposa, siguiéndolo hacia la entrada, mientras los demás sonreían ante su comentario.

—Marquesa, no puedes exigir espontaneidad y educación al mismo tiempo. Tú me conoces.

—Precisamente, Cyrus, precisamente.

Todos se dirigieron a la entrada en una especie de procesión, entre risas y comentarios.

Roy permaneció de pie junto al sofá, observando cómo los demás pasaban ante él. Sonrió con picardía al ver a Eleonor rozar el brazo de su hermano, buscar su mano y estrechársela por unos segundos, mientras lo miraba con una sonrisa llena de ternura. La expresión en los ojos de su hermano dejaba claro cuánto afecto sentía por su esposa.

Luego, Roy dirigió su atención a lady Alice, que caminaba lentamente detrás de los demás.

Alice, incómoda bajo la mirada escrutadora del joven, aceleró el paso; pero una mano masculina la detuvo.

Él la observaba fijamente, con los dedos bien abiertos sobre su vientre, empujándola suavemente lejos de la puerta, cada vez más hacia atrás.

Alice frunció el ceño y, de pronto, abrió mucho los ojos al darse cuenta de que él la estaba haciendo retroceder hacia otra habitación, que cerró tras ellos. Ella se apartó, protestando.

—No... no debéis hacer esto. ¿Qué dirán?

—Están ocupados hablando. Ni siquiera lo notarán.

Alice se alejó de él y terminó chocando con una silla.

—Habéis sido muy poco considerado al burlaros de mí de ese modo hace un momento.

—Nadie sospecha que seáis vos —le aclaró Roy—, y no era mi intención burlarme de vos, sino manteneros alerta. ¿Veis? —preguntó, haciendo un gesto hacia su rostro acalorado—. Estáis agitada. Así que... —Se acercó a ella y, sin darle tiempo a comprender lo que ocurría, la rodeó con sus brazos y la besó con determinación.

Alice, desconcertada, permaneció inmóvil con los brazos sobre las caderas. Luego reaccionó, apretando las manos contra el pecho de él, aunque en realidad no estaba muy convencida de querer rechazarlo. Cuando el aroma masculino la envolvió y se dio cuenta de que tenía su lengua en la boca, sus manos subieron hasta los hombros y el cuello de él, incapaz de contener su deseo de complacerlo.

Roy estrechaba contra sí el cuerpo de la joven, excitado al pensar que solo él la besaba. De repente, fantaseó con ser el primero en poseerla. Su erección le oprimía los pantalones y estaba seguro de que ella lo notaría. Apartó la boca al observar los ojos celestes que lo miraban acusadoramente.

—Os estáis aprovechando de mí. Sabéis muy bien que no albergáis ninguna intención seria hacia mí. No volváis a hacerlo —le advirtió Alice con valentía. Roy no la contradijo, pero tampoco la dejó marchar.

Estaba serio y pensaba en sus palabras.

Ella intentó apartarlo sin conseguirlo y sintió una gran frustración al admitir que disfrutaba inmensamente al ser abrazada por lord Roy.

—Os lo suplico. Todo esto no está bien.

Roy se apartó lentamente sin apartar las manos de sus caderas.

—Habéis aprendido rápido, a juzgar por la forma en que besáis. Tal vez no haya sido yo el único, al fin y al cabo.

Alice levantó la barbilla, dolida por aquella grosería, pero decidió que no le daría la satisfacción de verla iracunda por su culpa.

—Solo lo decís porque os molesta sentir atracción hacia mí. ¿Tan detestable soy? ¿Demasiado sosa en comparación con vuestras amigas? Sin embargo, como habéis dicho, a otros les intereso. ¿Os importaría retirar vuestras manos? —Ella se alejó, con una dignidad encomiable, sin duda heredada de su madre.

Roy apretó los dientes, molesto porque lady Alice tenía razón.

Se sentía atraído por ella. Sin embargo, al no desear nada serio, era consciente de que se había comportado mal. Se había aprovechado de ella y, además, la había herido a propósito por el fastidio de desearla tanto.

Decidió que no volvería a ocurrir.

* * *

—Buenas noches —murmuró Georgia, subiendo los escalones hasta la puerta principal sin mirar a sus padres.

—Buenas noches —le respondieron.

Mientras caminaba por la entrada, el conde escuchó a su mujer hablando con un sirviente. Él aguardó con curiosidad.

Olivia parecía irritada; lo miró y le hizo un gesto para que la siguiera al jardín. Era evidente que había ocurrido algo. Ella caminó deprisa, dejando a su marido unos pasos atrás, y giró hacia la parte trasera de la casa, adentrándose entre unos arbustos.

—Holly, por el amor a la bondad, detente.

Ella se volvió y, al darse cuenta de que ya nadie podía oírla, estalló:

—¡Le había ordenado a Sam que vigilara a lady Portland y al Mayor! Sabía que pasaba algo. ¡Malditos sean! Han estado hablando durante media hora en el carruaje de la condesa.

Bath frunció el ceño mientras reflexionaba.

—Querido —dijo Olivia petulante, malinterpretando su expresión—, ¡no te los estarás imaginando abrazados! ¿Tienes celos de tu jodida amante?

—Deja de decir tonterías.

—¡Me importa un bledo que te decepcione su traición! Han estado hablando más de media hora y, ¿sabes qué?, Sam ha estado con el cochero y ha oído estas palabras: «Si la duquesa vive, luego mi hijo Simon se casará con ella». ¿Qué significa eso? ¡Imagínatelo!

—¡Están conspirando a mis espaldas!

—¡Claro! —Olivia comenzó a caminar furiosa—. ¡Zorra, eso es lo que es!

—¡No voy a permitir que lo arruine todo! Te lo dije hace mucho tiempo: ¡no confíes en ella!

Bath guardó silencio, herido en su orgullo. No podía superar el hecho de que Lavinia le estuviera traicionando en todos los sentidos.

Olivia comprendió su decepción y decidió que todo aquello jugaría a su favor. Tomó aire y dijo:

—Como ves, como siempre, solo quedo yo —le tocó el brazo y él la miró fijamente, asintiendo—. Solo conmigo tendrás toda la seguridad que deseas, Willie. Y ahora, encontraré la solución.

La miró expectante, con sus grandes ojos bien abiertos.

—¿En qué sentido, Olivia?

Ella reflexionó durante unos instantes. Se sentó en el banco de piedra mientras él la observaba con ansiedad.

—¿Crees que Harris también quiere matarme para quedarse con mi nave?

—Es muy posible, William. Pero ¿qué quiere lady Portland? Esa es la cuestión.

—¡Eso ya lo sabemos! ¡Ella querría al duque muerto, como nosotros!

—Sí, Willie, pero tiene un hijo al que casar. Lady Northcliff sería conveniente para sus propósitos si ella heredara. Pero sabemos que heredará a lord MacKendrick, ¿no es así? —preguntó Olivia.

—Bueno, sí, en teoría —respondió William.

—En teoría. Si esa meretriz de sangre azul cree que la duquesa es más útil viva, significa que estamos equivocados. O bien MacKendrick no será el heredero por alguna razón que ignoramos, o bien esa desvergonzada está convencida de que puede acabar con el duque y con lord MacKendrick de un solo plumazo. Solo en este último caso, lady Northcliff recibiría el título nobiliario, ¡a falta de herederos varones!

—No puede ser.

—¡Yo razono, William! Y te digo que, si la condesa quiere casar a su hijo con la duquesa, entonces está llevando a cabo un plan que ignoramos —insistió Olivia con vehemencia.

—Olivia, si eliminamos de todos modos a la duquesa, por fuerza MacKendrick...

—... ¡por fuerza MacKendrick se convertirá en duque! ¡Bravo, William! Aun así, seguiremos con nuestro plan, ¡pero debemos protegerlo de esa bruja, la condesa de Portland! Y la única forma de hacerlo es quitarla de en medio, ¿entendido? ¡No la quiero cerca nunca más, Will! Tan pronto como Georgia sea duquesa, ¡deshacernos de MacKendrick también será pan comido! Entonces tendrás todo en tus manos.

El conde recuperó el aliento, sintiendo un alivio momentáneo. Pero una idea le rondaba la cabeza.

—Podría anticiparme a todo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Olivia con timidez.

—¡El duque morirá esta noche, antes de embarcar! Así podré asegurarme de que MacKendrick sale ileso. Después me ocuparé de Lavinia.

Olivia lo miró frunciendo el ceño.

—Eso incluso podría funcionar. Sí, sería una improvisación, nadie se lo espera y eso sería una gran ventaja. Joder, Willie, ¡eres un genio! —Olivia le miraba con admiración, saboreando ya la victoria.

— Cuando estoy calmado, ¡me transformo en una explosión de inteligencia! —se jactó él—. Muñequita, dímelo otra vez —le pidió, atrayéndola hacia él.

—¡Eres un genio y ya sé que estás a cien! ¡William!

— ¡No finjas escandalizarte, Holly! ¿Quieres que te tome ahora mismo, o vamos a divertirnos a nuestra cama?

* * *

Georgia se volvió: sus padres tardaban en subir. Bajó en silencio para no ser escuchada y se dio cuenta de que seguían afuera.

—Van a dar un paseo —les comentó una doncella a dos de sus compañeros, que esperaban a los señores de la casa. La muchacha hizo una elocuente expresión de resignación, sin notar la presencia de Georgia.

—O a echar uno rapidito —susurró un lacayo a su colega, haciéndolo soltar una risita.

Georgia, en cambio, sospechaba que sus padres querían hablar sobre cómo utilizarla, sin oídos indiscretos a su alrededor. Así que esperó a que la entrada quedara despejada y se deslizó hasta el salón. Salió al jardín por la puerta acristalada y vio a su madre desaparecer entre los arbustos.

Logró alcanzarlos a tiempo para entender la magnitud de sus planes y los del Mayor y lady Portland.

Las frases llegaban entrecortadas por la distancia, pero lo poco que escuchaba bastaba para

hacerse una idea bastante clara de lo que estaba por suceder. Pensó en acercarse más, pero temió ser descubierta, así que se conformó con quedarse inmóvil y escuchar con atención.

El hecho de que el duque estuviera destinado a perecer a manos de ellos era un pensamiento que la atormentaba desde hacía días: mientras los dos discutían sobre ello y hacían planes, no había parecido preocuparla; pero ahora todo cobraba un cariz inminente e irreparable.

Odiar a la duquesa porque le había arrebatado la oportunidad de estar en su lugar no le hacía desear la muerte de Keiran, sino todo lo contrario. Se preguntó por qué iba a permitir semejante injusticia y no encontró respuesta; ¿para qué eliminar a la duquesa si Keiran nunca le había dirigido a ella la palabra, ni lo haría jamás? Así que se preguntó si matarlos a los dos, como sus padres estaban seguros de poder hacer, le daría la certeza de casarse con lord Roy, y la respuesta fue no, porque sabía en el fondo de su corazón que él no sentía nada por ella.

Empezaba a tener frío y ya no se oía hablar de aquellos dos locos. Oyó jadeos y gemidos, y entonces se dio cuenta de lo que estaban haciendo. Retrocedió en silencio, pero su vestido se enganchó en una rama. Tiró de él lentamente, luego con más fuerza, arrancando una ramita. El chasquido leñoso le hizo ahogar un grito de exclamación. Permaneció inmóvil, esperando ser descubierta, pero los gemidos taparon cualquier otro sonido.

Caminó rápidamente hacia su casa por un sendero oculto entre los arbustos. ¿Qué iba a hacer? ¿Fingiría no saberlo? Pero tarde o temprano sus padres la obligarían a participar en alguna turbia maniobra y ella no quería sentirse culpable de la muerte del duque y su esposa. Subió los escalones del balcón.

Le habría gustado desaparecer para siempre, alejarse de todo y de todos, lejos de la inmundicia a la que sus padres la habían acostumbrado desde pequeña. Miró hacia atrás, pero nadie la había visto. Se detuvo con la cabeza gacha. Nunca había sido una chica virtuosa y ese deseo de sexo que a menudo la asaltaba era una maldición. Se convenció a sí misma, y quizá con razón, de que si hubiera tenido una relación estable, no habría sido así.

Observó las luces del interior de la casa donde había crecido y se preguntó cómo la duquesa de Northcliff, una mujer que había sufrido tantas vicisitudes podía ser tan amable, servicial, culta e inteligente. ¿Qué habría hecho ella en su lugar? Probablemente habría recurrido a la ayuda de su eficiente y poderoso marido. ¿A quién podría haber pedido ayuda? ¿Al propio duque? Él no le habría creído. ¿A la duquesa? Pero ella habría informado inmediatamente a su marido. ¿Y si se lo hubiera pedido a Portland? Por supuesto, era arriesgado; el conde podría estar confabulado con su madre y Harris.

Georgia entró en el salón oscuro.

En la entrada, todo estaba silencioso, pero iluminado.

¿Estaba Portland de acuerdo con la arpía de su madre? No, ella estaba convencida de que el conde era una persona decente, discreta y buena. Tal vez por una vez en su vida podría seguir sus instintos e ir a hablar con él. Tal vez.

Observó la puerta principal aún abierta. ¿Huir? No. Ella quería desaparecer, dejando a su padre y a su madre un mensaje claro: no se trataba de una huida, sino de una decisión sensata, al menos por una vez. Allí afuera no tenía nada. Decidió que al menos debía tomar la pequeña renta mensual que su padre le pasaba, junto con una bolsa con ropa. Pero luego, tal vez, sería demasiado tarde. ¡Al diablo con todo!

Georgia hizo entonces algo sorprendente: se puso el vestido y, segura de que la entrada estaba vacía, la atravesó en silencio. En el umbral de la puerta se detuvo y, al no oír ningún ruido, se lanzó al exterior. No había nadie.

Corrió, corrió y corrió hasta los establos. Desde la ventana solo veía oscuridad: también el

establero dormía en su habitación de arriba. Georgia se movió lentamente, para no hacer ruido. Se acercó a su yegua, dándole tiempo para reconocer su olor, hablándole en voz baja para calmarla. La montó sin silla, a horcajadas, salió al jardín y llevó al animal al paso hasta el muro, donde era más bajo. Finalmente, la instó a trotar, y en un instante estuvo en la calle, tras un salto sencillo y nada difícil.

Georgia galopaba, indiferente al peligro de la Londres nocturna. Con una mano se subió la capucha de la capa sobre la cabeza, esperando ser confundida con un hombre. Su corazón latía desbocado por el miedo y la novedad de lo que estaba haciendo, pero se sentía tan en paz consigo misma y con el mundo por la decisión que había tomado, que experimentó una satisfacción inmensa. ¿Era esto lo que se siente al hacer una buena acción? Unas lágrimas de emoción caían por su rostro, que se secaban por el aire helado que azotaba sus mejillas, pero ella perseveraba en su carrera hacia la mansión de lord Portland.

Cuando estuvo frente a ella, se lanzó del caballo con un impulso frenético. Subió las escaleras y se aferró al aldaba, golpeándola con fuerza.

Al cabo de un minuto, la puerta se abrió, revelando el rostro asustado de un hombre de cabello oscuro.

—¡Necesito ver a lord Portland! ¡Ahora mismo! —exclamó, empujando la puerta.

—¡Esperad, no, no podéis!

—¡Quitaos de en medio! ¡No quiero que me vean! —le espetó Georgia, entrando.

El hombre cerró la puerta con la mirada descompuesta y horrorizado ante la mujer morena y desgreñada que jadeaba desesperada.

—¡Llamadle, os lo suplico! ¡Es urgente!

Pero el mayordomo, confundido, tardó unos segundos en darse cuenta de que la palabra urgente era esa, y ya la casa cobraba vida con ruido y luz.

Desde la escalera, un hombre vestido con una bata elegante se perfiló en la penumbra.

—¿Qué demonios...? —Simon parpadeó al ver a lady Georgia.

—Lord Portland, no he podido detenerla —intentó justificarse el mayordomo.

Georgia cruzó el amplio vestíbulo y estuvo a punto de atropellar al conde.

—¡Perdonadme! —dijo ella, de pie al pie de la escalera y con lágrimas de desesperación en los ojos, mientras él la observaba atónito desde el tercer escalón—. No sabía a quién pedir ayuda y espero no haberme equivocado al venir aquí.

—Un momento... —dijo Simon, levantando una mano como si fuera a darle el alto—. No entiendo de qué estáis hablando y... Que lady Georgia tome asiento en el salón —añadió Simon dirigiéndose al mayordomo.

—¡No hay tiempo! Os lo suplico, escuchad.

Pero Simon la condujo suavemente hacia el salón, donde el mayordomo acababa de encender varias velas. En la chimenea ardían aún brasas calientes.

—Traedme un poco de té ahora mismo, por favor.

—No quiero té, escuchad, vuestra madre y el mayor Harris... ¿Lo sabéis vos? —Georgia siempre había visto al conde con expresiones serenas y apacibles que realzaban la perfección de su rostro apuesto. Pero ahora había asumido un ceño fruncido al oír aquellos nombres, como presintiendo terribles noticias. Se parecía vagamente al duque.

—Silencio —le ordenó Simon en tono perentorio. Luego preparó el fuego y la sentó frente a la chimenea. Cogió la bandeja de las manos del mayordomo y le ordenó que cerrara la puerta—. No sé de qué me estáis hablando y, para que quede claro, casi siempre desapruebo lo que hace mi madre —le explicó lentamente, dejando la bandeja en el suelo. Sirvió el té y se lo entregó a

Georgia.

—¿Por qué tembláis así?

—No lo sé... la ansiedad, haber venido caballo, el frío.

—¿Habéis venido a caballo y sola?

Ella asintió, intimidada por su tono áspero.

—¡Habéis perdido el juicio!

—¿Vos no tenéis nada que ver con sus planes? —preguntó Georgia, tratando de mostrarse cauta.

—Ni siquiera sé de qué me estáis hablando, lady Georgia. Explicaos mejor.

—Se lo he oído decir a mis padres. ¡Debemos detenerlos!

—¿Debemos detener a quién?

—¡A mi padre y mi madre! Quieren matar al duque.

Simon se levantó de un salto.

—¿Estáis segura de lo que decís?

—¡Sí! Y también matarán a la duquesa.

—¿Qué?

—¡Lo juro! ¡Lo he oído! Dicen... Lo siento, pero es la verdad: vuestra madre...

—Hablad.

—Vuestra madre y el Mayor Harris, que antes estaba de acuerdo con mi padre, solo quieren matar al duque, pero no a la duquesa. Lady Portland quiere que esté viva para que os caséis con ella cuando el duque haya muerto.

Simon se quedó horrorizado por lo que acababa de oír. Se dejó caer de espaldas en su sillón, con su rostro perfecto empañado por una expresión de desesperación. Se llevó las manos a la cabeza y apoyó los codos en las rodillas.

—Ay...

La bata se había abierto, revelando su pecho desnudo. Había tenido tiempo de ponerse los pantalones que había usado en la fiesta antes de bajar.

Su madre debía de estar loca, no cabía otra explicación.

La postura desaliñada de aquel hombre, normalmente impecable y elegante, le causó lástima a Georgia. Se arrodilló ante él, rozándole apenas un brazo antes de retirar los dedos de inmediato.

—Perdonadme, no sabía a quién acudir y estoy tan cansada de fingir todo el tiempo —balbuceó con la mirada perdida, sus ojos vagaban por la habitación, sus manos temblaban, rígidas por el frío y los nervios—. Mis padres siempre han intentado utilizarme para atrapar a alguien. Primero el duque, luego lord Roy... esta noche incluso han tenido ideas sobre vos —le confesó, haciendo que Simon levantara la vista, con sus ojos castaños levemente fruncidos—. Ayudadme, hablad con el duque. A vos os escuchará.

Simon apoyó la espalda en el sillón. La miró unos instantes, viendo la cara de terror de la chica. Se tocó la barbilla y la estudió con interés. Nunca había visto a lady Georgia así. Parecía lo bastante sincera y vulnerable como para parecer otra persona. Sus ojos negros, humedecidos por las lágrimas, transmitían la mirada perdida de quien busca socorro. Metió la mano en el bolsillo de la bata oscura y le tendió un pañuelo blanco, que ella cogió sin dejar de mirarlo.

—Acabad el té mientras me visto. Iremos a ver al duque ahora mismo —dijo, luego se levantó y salió de la habitación.

* * *

—Excelencia, Mrs. Brodie se disculpa por no quedarse.

—Has hecho bien, Ramsay. Déjalo como está y manda a todos a la cama —le ordenó el

duque, señalando primero el salón y luego a unos lacayos que seguían atareados por toda la casa.

Era casi la una.

—No tardaremos.

—Te ruego que no os entretengáis, Ramsay. Me gustaría que estuvieras aquí cuando me vaya por la mañana.

—Muy bien, excelencia. Entonces diré a los lacayos que recojan lo esencial y nos iremos a la cama.

Keiran dio una palmada en el hombro del anciano mayordomo.

—Gracias por todo. Mañana por la mañana se lo agradeceré a Agatha como a ella le gusta: besos, abrazos y todo lo demás.

Ramsay sonrió al saber que, cuando estaban solos, Agatha y el duque intercambiaban furtivos gestos de afecto que tanto gustaban a la mujer.

Keiran se levantó y se dirigió a la cámara ducal. En ese momento, vio a Eleonor sentada ante el tocador, limpiándose la cara con una esponja empapada en aceite.

—¿A qué hora saldrás por la mañana? —preguntó Eleonor, volviéndose para mirarlo.

Él se desató la corbata y le contestó:

—Pronto. No te despertaré.

—Pero yo quiero despertar. Debo despedirme de ti antes de que te vayas —dijo Eleonor con determinación.

—No

—Sí.

—Eleonor.

—¿Sí? —preguntó Eleonor sonriendo con inocencia.

—No me hagas enfadar en la última noche...

—Entonces no te enfades. Pero me despediré de ti por la mañana.

Keiran se sentó en una silla, colocó su chaqueta en el respaldo y, con las manos en las caderas, la miró.

—Disfrutas llevándome la contraria.

—No, bueno, quizá un poquito, pero quiero verte marchar.

—Eso no era una pregunta, Lio, sino una afirmación. Estoy convencido de que disfrutas contradiciéndome.

—Ah, perdona —se disculpó ella fingiendo indiferencia y continuando con su limpieza facial.

Keiran dejó el asunto, habiendo decidido de todos modos no despertarla. ¿O quizá sí? No quería partir con el pensamiento de Eleonor irritada con él. Se desvistió sin dejar de observar su espalda erguida mientras ella se aplicaba un ungüento en el rostro, el cuello y el pecho, tan hermosa como siempre, elegantemente femenina en sus movimientos mesurados. La vio tomar el cepillo.

—Déjame hacerlo a mí —le rogó, colocándose detrás de ella. Comenzó a cepillar sus mechones con delicadeza, sintiendo una inexplicable sensación de satisfacción.

—El periodista. Excelente jugada —le susurró con tono lacónico.

—Gracias.

Ella se estaba relajando y había cerrado los ojos. Sintió su mano recoger su cabello desde la nuca y un escalofrío la recorrió.

—¿Key?

—¿Sí?

—¿Qué hacías con Lady Grafton?

Keiran se detuvo.

—Creo que no te comprendo.

Ella abrió los ojos y lo miró desde el espejo.

—Os habéis quedado solos. ¿La has besado? ¿La has tocado?

Keiran frunció el ceño y no respondió.

—Lo sé, no debería preguntártelo porque nuestro acuerdo era que no debería saberlo. Pero tengo celos y no puedo evitarlo. Después de todo, deberías entenderme: ¡tú también tienes celos de Gabriel!

—Yo no tengo celos de... No le llames por su nombre, ¡maldita sea!

—Entonces, ¿por qué has reaccionado así? ¡Querías darle una paliza!

—No por celos, sino porque quería matarlo en un duelo normal.

Eleonor se dio la vuelta y agrandó los ojos.

—¿Y eso no es peor? ¿De verdad lo habrías hecho?

—Hubiera sido indecoroso no hacerlo.

—¿Indecoroso?

—Estaba ofendiéndonos a ti y a mí, lo habría pagado con un duelo. Así es como se debe hacer.

—¡No, así es como se mata! Y no me gusta. —Eleonor se volvió hacia la mesita con expresión contrariada—. ¿La has besado?

—No.

—¿De verdad? ¿No mientes?

—Nunca miento.

—Acabas de hacerlo. No es cierto que nunca mientas, no es cierto que no seas celoso —murmuró ella, ladeando la cabeza en un movimiento afectado y mirándolo con ojos lánguidos.

—Deja de hacerme pucheros. Conmigo igual...

—Sigues mintiendo, Key. ¿Me cepillas el pelo?

Él suspiró. Ella tenía razón: tenía celos y él no era inmune a sus graciosos gestos.

—¿Key?

Volvió a mirarla en el espejo.

—Hoy estaba Freddie en casa, el camarero de Andrew —le susurró Eleonor, casi temiendo su reacción.

—Continúa.

—Nan lo vio con Lawrence, lord March.

Keiran se puso tenso, pero se esforzó por no mostrarlo.

—Por un casual, ¿ha comprendido tu prima lo que hablaban?

—Poco, porque han entrado en una habitación al final del pasillo de la primera planta. Freddie ha dicho «no lo encuentro» y Lawrence le ha contestado «eso no es posible». Nan se lo ha comentado a su marido, pero no le ha dicho que les había leído los labios.

—¿Por qué?

—Porque antes de que ella pudiera hacerlo, él le ha dicho que Andrew estaba bien y que estaba seguro de su elección.

El silencio envolvió pesadamente la habitación y entonces Eleonor intuyó que había algo misterioso detrás de la partida de Andrew. Se giró lentamente, obligando a Key a soltarle el pelo.

—¿Dónde está? —le preguntó.

Ella sospechaba que él había matado a Andrew, lo que la trastornó mucho.

—Te dije que no lo había matado y que no lo haría. No me has creído. —Se alejó tras dejar el cepillo sobre la mesa—. Le obligué a marcharse, a Oriente. Se lo he confiado al jeque de Abu

Dabi, Shakhbut bin Dhiyab Al Nahayan. —Ahora la miraba desafiante, evaluando si había protestado por su elección.

—Nadie debe saberlo.

—St. James...

—Él lo sabe. Claro que no puede decirle la verdad a tu prima, ni se la dirá nunca.

—No le hizo gracia irse, ¿verdad?

—Ya te he dicho que le obligué. ¿Quieres los detalles, Eleonor?

Ella negó con la cabeza.

—Estás enojado porque por un instante he dudado de que lo hubieras matado.

Él no respondió y se dirigió al cuarto de baño, desde donde, pocos instantes después, se oyeron ruidos de agua.

Eleonor se había arrepentido de aquella momentánea falta de confianza y ni siquiera ella supo cómo había sido posible. Se levantó y se quitó la bata.

Keiran apareció en ese momento y ella no pudo contener el impulso de correr a sus brazos.

—No sé por qué tuve esa sospecha, Key. Confío en ti, lo sabes, y sé que nunca mientes. Salvo cuando se trata de lo que sientes por mí, pero no me importa. ¡Por favor, perdóname!

Él la besó.

—Perdonada.

—¡Te quiero tanto! Déjame ir contigo mañana.

—Ni lo pienses —dijo apartándola. Apagó las velas, salvo la que estaba junto a la cama.

—Por favor...

—Basta.

Eleonor frunció el ceño.

—¡No es justo! ¿Cómo voy a darte un hijo si no estás?

Keiran se volvió lentamente.

—Te juro que a veces puedes ser más caprichosa que Caroline —le replicó, yendo a echar leña al fuego—. Necesito hablarte de algo. Solo tú lo sabrás.

Eleonor se puso seria y se sentó en el sillón.

—Me das miedo. ¿Qué ha pasado?

—Tranquila. Pero escucha con atención —dijo Keiran con calma, colocándose frente a ella—: cuando me vaya, fingirás que sigues en Londres, pero en realidad, Roy te llevará a casa, a Escocia.

—¡Sí! Me encanta esa casa y... ¿Por qué fingir que sigo aquí?

—Por si acaso. Cuando yo no esté, quiero que estés a salvo.

—¿A salvo de quién? ¿De Gabriel? —se burló ella.

—No le llames por su nombre, ¡demonios! —exclamó Keiran, irritado—. No lo soporto.

Ella lo miró acusadoramente.

—Lo siento, *leannan*, pero no lo llames más por su nombre —repitió en un tono dócil que definitivamente no era el suyo.

Pero Eleonor seguía esperando algo más.

—Soy muy celoso. ¿Contenta?

La hermosa boca de Eleonor se abrió en una maravillosa sonrisa.

—Sí, ahora sí —respondió ella, levantándose para abrazarlo—. ¿Tienes alguna otra recomendación? —le susurró apoyando la cara en su pecho.

—Sí. Debes cumplir todas las instrucciones que recibas de Roy. Como si fuera yo mismo. Prométemelo.

Eleonor sintió que era importante para él, así que asintió enérgicamente.

—Como si fueras tú mismo. Te lo prometo, Key.

—Bien.

—¿Yo también puedo hacer recomendaciones?

—Veamos.

—Entonces, ¡ten muchísimo cuidado! Que no te pase nada porque sin ti no sabría qué hacer.

Él se echó a reír.

—¿Algo más?

—Sí, si llegaras a estar con otra...

—Eleonor.

—Jura que pensarás en mí.

—Basta.

—¡Júralo!

Keiran negó con la cabeza.

—Vamos a la cama, *leannan* —dijo, tirando de ella del brazo.

—¿No vas a jurarlo? Eres insoportable y prepotente...

Él se volvió para mirarla seriamente.

—Quiero hacerte el amor ahora. Lo necesito.

Eleonor cerró la boca.

—Eleonor Grace, chiquilla descarada. Ya no puedo estar sin ti. No entiendo cómo ha sucedido, pero empezó hace años. Nunca he tenido debilidades. Ahora, mi única debilidad eres tú.

Eleonor se mordió el labio inferior con los ojos llorosos. No podía hablar porque se le hacía un nudo en la garganta. Había esperado tanto ese momento...

Keiran sintió su emoción y percibió una gran ternura. Aquella mujer lo amaba inmensamente y, cada vez que estaban cerca, podía sentir su profundo amor por él. Eso le hizo decidir que lo correcto sería exponerse por ella, solo por ella, la única que lo merecía.

Dio un paso adelante y estudió los ojos verdes y llorosos iluminados por las llamas de la chimenea. Le limpió las gotas de la cara con los dedos.

—Has ganado. Tienes razón. Te amo.

Oyó aquellas palabras como si fueran tambores resonando y casi no se creyó que las hubiera dicho. Había sido difícil decirlas, pero ahora parecía más natural admitirlo.

—Maldita sea, te amo. Tanto que no podría imaginarme una vida sin ti.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Eleonor, que no sabía qué decir.

Él la estrechó entre sus brazos y la acunó suavemente.

—En cuanto estés preparada para hablar, dímelo.

Pero ella lloraba en silencio, acariciando el vello oscuro de su pecho, en un gesto habitual e inconsciente.

—Dilo otra vez —le pidió.

—Te amo. No insistas más.

—Tiene un sonido tan hermoso. —Eleonor levantó la cabeza para besarle.

El beso dulce y tierno se volvió apasionado, como siempre lo eran ellos.

Keiran la deseaba inmensamente y, con las manos, intentaba alcanzar la piel desnuda de su pierna mientras apartaba el camisón.

Decidió dar el último paso que le permitiría cerrar cualquier situación negativa que se cerniera sobre su pasado.

—Harás lo que yo te diga esta noche, *mo' leannan* —le susurró al oído mientras desataba las cintas de satén azul. Le quitó la delicada prenda de los hombros y acarició su cuerpo con adoración. La empujó lentamente hacia la cama y se colocó encima de ella. Sabía que, si se tumbaba tan pronto, ella se pondría nerviosa por los malos recuerdos, pero esta vez no permitiría que nadie se interpusiera entre ellos.

La besó durante largo rato, la tocó por todas partes, deseoso de poseerla, y retrocedió cuando Eleonor intentó tocarle el pene, que había aumentado de tamaño.

—No, *leannan*, no lo hagas. Me correría enseguida. Déjame hacerlo esta noche. —Keiran rozó cada parte de su cuerpo con la boca, lentamente y aguantando pacientemente.

—Key, no puedo resistirme... por favor.

—Resistirás —le dijo él, abriéndole las piernas con ambas manos.

Sin darle tiempo a protestar, se inclinó entre ellas y comenzó a lamer suavemente, disfrutando de aquel acercamiento íntimo. Su lengua se movió con pericia, arriba y abajo, varias veces, deteniéndose de vez en cuando en el ahora ya hinchado clítoris.

Eleonor, demasiado sorprendida por la intensidad de aquella húmeda suavidad, contuvo la respiración y miró sorprendida la oscura cabeza entre sus piernas. Surgieron nuevas y sobrecogedoras sensaciones al calor de su boca. No pudo contener un largo gemido y se arqueó desesperada, entrelazando los dedos en su pelo.

Keiran prosiguió su misión, embriagado por el delicioso olor femenino, que saboreaba como si fuera un afrodisíaco. Sintió una intensa erección que se extendía desde sus entrañas hasta los testículos y la punta, ya dura y húmeda.

Los gemidos eróticos de ella lo desafiaron y, cuando supo que estaba lista, se limpió la boca con un rápido movimiento de la mano. Se abalanzó sobre ella para besarla y penetrarla simultáneamente. Se hundió una vez, balanceando la pelvis con un ritmo provocador hasta llegar al fondo, una y otra vez.

Pero las imágenes de Eleonor le llegaron nítidas: el carruaje, la coacción, la desesperación ante la inminente violación.

—¡Mírame! —le ordenó él.

Eleonor abrió los ojos, como si se hubiera despertado de una pesadilla. Él lo sabía, conocía sus pensamientos. Pero el miedo amenazaba con echarlo todo a perder.

—No tengas miedo. Mírame. Contrólate y mírame solo a mí. —Estamos tú y yo, solo tú y yo —le susurró con extrema premura—. Piensa en mí, en cuánto te amo... ¿Me entiendes? Dime que estás conmigo, ¡dímelo! —le rogó en voz baja, moviéndose de forma persuasiva en su interior.

—Estoy contigo —le respondió Eleonor, anclando sus ojos en los de él y sus dedos en su espalda.

—No dejes de mirarme, Lio. Quiero que estés conmigo, incluso físicamente. Ahora mira lo que estoy haciendo, mira hacia abajo —le dijo, seguro de que ella reaccionaría a esas palabras—. Podría volver a lamerte ahí abajo, me encanta oírte gemir por mí y siempre que lo quieras, lo haré.

Eleonor se derritió ante aquellas palabras, ofreciéndose por completo, y los malos recuerdos parecieron desvanecerse. Solamente estaban ellos dos, sus cuerpos desnudos y el deseo de entregarse el uno al otro.

Keiran la penetró suavemente.

—Estás conmigo, puedo sentirlo —le susurró al oído.

—Sí, estoy contigo... no te detengas.

Keiran la besó sintiendo una gran felicidad al sentirla totalmente suya.

Anhelando poseerla, le pasó una mano por debajo de ella para levantarla un poco y penetrarla mejor.

—Ven conmigo ahora —le susurró.

La llenó con su semen, emitiendo un grito liberador que expresaba todo su gozo, mientras Eleonor se arqueaba, aferrando sus uñas a la musculatura de su espalda.

Aquella unión parecía no tener fin, durando un tiempo que parecía interminable, mientras el frenesí del placer los abrumaba con una intensidad inaudita, tal vez porque ambos intentaban expresar el enorme amor que los unía y la unión de sus cuerpos ya no era suficiente para exteriorizar lo que los hacía como uno solo.

Agotados, permanecieron inmóviles, sin aliento.

Keiran se desplomó sobre ella, abrazándola, aún tembloroso por el cálido y acogedor interior.

Unas cálidas lágrimas rozaron su mejilla; levantó la cabeza y la vio llorar en silencio.

Salió de ella lentamente, sosteniéndola sobre el codo y atrayéndola hacia él. Ella estaba confusa por aquellas palabras de amor pronunciadas durante su intimidad.

—He dicho que te amo y te lo repito. Te amo —le dijo para tranquilizarla. Sin embargo, su fuerte y poderoso ego se rebeló contra la idea de parecer débil—. Pero si me dejas, a traición o de otro modo, te mataré con mis propias manos, Lio, ¡lo juro!

—Tú nunca me harías daño —le susurró ella—. Y nunca te abandonaré, nunca, lo sabes.

—No quiero que nada ni nadie se interponga entre nosotros, nunca más. Ni siquiera los recuerdos.

—La próxima vez será mejor.

—Ha estado muy bien, Leannan, no te preocupes.

—Mejor que...

—¡Cállate! No sigas.

—Dímelo. Mejor que las otras, ¿no?

Keiran negó con la cabeza, incrédulo.

—Eres imposible. Sí, mejor. Porque tú eres tú.

—¿Te gusta lo que me has hecho?

—Sí —respondió él, divertido por su curiosidad. Me gusta mucho oír tus gemidos lascivos.

Ella lo miró asombrada.

—¿Te estás riendo de mí?

—Sí.

—Eres injusto. Yo no tengo tu experiencia.

—Claro que no. ¿A dónde quieres llegar? Habla y acabemos de una vez.

—¿Puedo hacerlo contigo?

—¿El qué?

—Eso... —dijo señalando hacia abajo.

—Tal vez en otro momento o quizás más tarde.

—No lo entiendes... —murmuró Eleonor, temerosa de que la juzgara mal. Se preguntaba si las esposas hacían eso con sus maridos.

—Lo entiendo perfectamente, chiquilla. ¿Crees que a estas alturas puedo escandalizarme con tus preguntas indecorosas?

—¡No puedes seguir mirándome así! De todas formas, no me has contestado. ¿Puedo hacerlo?

—Si te gusta.

—¡Seguro que me gustará! —exclamó ella en tono desafiante.

—Eso no lo sabes. Y puede que no seas capaz —dijo él para provocarla.

—¿Qué? —Eleonor se echó hacia atrás, estupefacta.

Él rio con ganas. Contempló su proporcionado busto, expuesto al aire frío y deseó tocar los pezones rosados y endurecidos.

—¿Qué hace falta para lamer un miembro masculino?

Él rio aún más fuerte.

Era la primera vez que Eleonor lo veía disfrutar tanto.

—¡Key!

Él la agarró y la besó en los labios.

—En realidad no hace falta nada. Pero no tienes que lamer.

—¿Cómo?

—Debes tomarlo en la boca, como si estuviera dentro de ti.

—¡Entendido! ¿Te gusta?

—Como a todos los hombres.

—Las otras con las que has...

—¡Eleonor! No me preguntes por las otras.

—¡Pero quiero saberlo!

—Quieres saber demasiadas cosas. Ve y lávate.

Ella obedeció y él se quedó en el umbral del baño mirándola.

—Key, ¿puedo ir contigo?

—No.

—Te lo suplico.

—No.

Eleonor resopló teatralmente para enfatizar su enfado.

Keiran esbozó una sonrisa divertida y, al observarla, decidió que la volvería a tomar. La dureza entre sus piernas volvió a notarse, como si necesitara liberarse.

Entró en el cuarto de baño y se dirigió hacia ella.

Pero una extraña inquietud le pilló desprevenido. Se detuvo, como paralizado. Miró a su alrededor buscando el origen, pero no lo encontró. La sensación fue tan incómoda que le sacudió los brazos y la cara.

Eleonor vio su expresión contraída.

—¿Ocurre algo?

Él hizo un rápido gesto de negación con la cabeza y se mantuvo a una distancia prudencial para centrarse en sus percepciones.

Eleonor regresó a la cámara y se tumbó en la cama sin preguntar nada, porque ya sabía cuándo hablar y cuándo esperar a que él se concentrara en el problema.

Keiran se quedó de pie frente al fuego, mirando fijamente las llamas y con aire absorto.

De repente, levantó los ojos y la miró con la boca entornada a punto de decir algo.

—*Leannan*, no entiendo qué es, pero creo que va a ocurrir aquí —le advirtió, con la esperanza de no asustarla.

Eleonor apretó los dientes, con el corazón latiéndole con fuerza. Se esforzó por no dejarse impresionar por aquellas palabras.

—Dime qué tengo que hacer, Key —susurró, decidida a demostrarle su valía.

Keiran se acercó a su cofre, lo abrió y empezó a rebuscar en su interior.

—Ponte una bata —le ordenó.

Eleonor obedeció.

Un momento después, le entregó un cuchillo.

—Métetelo en el bolsillo. —Una sacudida le produjo dolor en la mano, pero torció la boca sin quejarse.

—¿Sientes dolor?

Key asintió rápidamente con la cabeza.

Llamaron a la puerta y, en ese momento, tuvo la certeza de que detrás de la puerta había un desconocido. Le hizo una señal para que se callara.

—Espera un momento, Ramsay, está cerrada. Me pondré la bata y la abriré —dijo, sin vacilar.

Eleonor sabía que la puerta estaba abierta, así que comprendió que no era Ramsay.

Keiran la empujó hacia el cuarto de baño mientras él cogía sus pantalones. Se lo puso rápidamente y se dirigió a la estantería de las toallas: arrancó un estante en silencio, con cuidado de no dejar caer las toallas, y empujó la parte inferior del panel de la pared, que se abrió de inmediato, revelando un hueco. Le entregó la vela encendida a Eleonor y le explicó:

—Ve a mi estudio. Ten cuidado. Ve adelante, pondré la estantería en su sitio y te seguiré.

Ella obedeció, asombrada por el descubrimiento de un pasadizo secreto. Tras unos pasos, encontró una empinada escalera. Empezó a bajar y oyó que Keiran la alcanzaba.

—Ya he cerrado. Les costará entenderlo.

—No era Ramsay, ¿verdad? ¿Quiénes son?

—No lo sé, Lio, pero eran unos desconocidos, lo sé.

Tras muchos pasos, Eleonor se detuvo ante una puerta de madera pequeña y baja.

—Apártate, Lio, la abro yo.

Entraron en el estudio, pero la presencia de alguien alarmó a Keiran, que tiró de Eleonor instintivamente para protegerla.

—Demasiado tarde, excelencia —sentenció una voz.

Eleonor apenas levantó la vela y pudieron reconocer a Mr. Stevens, pero no supieron decir cuál de los dos.

—¿Qué deseáis, Mr. Stevens? —preguntó Keiran en voz alta, sin evasivas. Sentía que las intenciones de aquel hombre eran de las peores y ahora estaba seguro de que la otra persona era su hermano gemelo.

—No levantéis la voz. Si alguien entrara, podría dispararos a vos o, peor aún, disparar a la desafortunada persona que entrara —le amenazó, mostrando las manos, en las que sostenía dos pistolas.

Keiran intentaba cubrir a Eleonor, calculando cuánto espacio lo separaba de esas armas y si hubiera la posibilidad de arrebatárselas al mismo tiempo.

Notó movimiento al otro lado de la ventana, pero no supo decir si eran hombres que acompañaban a los Stevens o amigos, porque experimentaba sentimientos encontrados. Confiaba que alguien de la casa se hubiera dado cuenta de algo y hubiera llamado a Daniel o a Foster.

Un ruido procedente de detrás de Eleonor le indicó que el otro Stevens estaba ahora en la habitación.

—Un pasadizo desde el cuarto de baño —explicó el recién llegada con tono irritado.

Verlos tan cerca, uno al lado del otro, le produjo escalofríos a Eleonor.

Keiran notó que se aferraba a él. Vio que ella mantenía la mano junto al bolsillo donde estaba el cuchillo.

—Ahora vamos a dar una vuelta —dijo el que portaba las pistolas, señalando la ventanilla.

—No —dijo Keiran.

—No lo habéis entendido: dispararé a la duquesa si no obedecéis —amenazó Stevens, apuntando con una pistola a Eleonor.

Keiran dio un paso al frente.

—Voy, pero ella se queda.

—No, Key, te lo ruego —le suplicó Eleonor desesperada.

—No, iréis los dos, así el duque estará tranquilo porque amenazaré a la duquesa —le explicó de nuevo el de las pistolas, como si le estuviese hablando a un niño.

—Dame una pistola ya —dijo el otro gemelo, tendiendo la mano.

—No, tú te encargas de que no nos haga ninguna jugarreta.

Keiran vio algo extraño en la actitud de Stevens respecto a las pistolas, como si no confiara en su hermano, y decidió vigilarlo más que al otro. Se acercó a la ventana francesa y la abrió. El frío helado le golpeó en el pecho desnudo como un latigazo.

—¡Dadle algo para que se cubra! —exclamó Eleonor, deteniéndose de repente.

—Caminad, lady Northcliff —dijo el desarmado, empujándola con fuerza y haciéndola tropezar.

Keiran la sujetó y, luego, se volvió bruscamente y lo agarró por el cuello, levantándolo.

—¡No vuelvas a tocarla o te mato! —le espetó, a un palmo de su cara. Luego lo arrojó lejos, dejándolo caer por el balcón sobre la hierba helada.

El hombre tosió violentamente y se tocó el cuello.

Eleonor agarró uno de los brazos de Key y apretó.

El otro Stevens, Martin, el secretario de la condesa de Portland, había contemplado impasible la escena. Él tenía las pistolas y, si el duque hubiera intentado rebelarse, le habría disparado, porque lady Portland le había ordenado acabar con el duque y mantener con vida a la duquesa.

Su hermano, Michael, el secretario de Perceval, aún tumbado en la hierba, miró con odio a Keiran.

—¡Primero la mataré a ella para verte sufrir como un perro! —le gritó.

—¡Calla idiota, levántate y vámonos!

Keiran miró primero a uno y luego al otro.

—¿Me queréis? Llevadme. Ella no tiene nada que ver.

Michael contestó:

—¡Ella tiene todo que ver! Tenemos que mataros a los dos.

—¡Cállate! —dijo el de las armas. Ahora miraba a su hermano con desprecio, porque no era capaz de mantener la boca cerrada y no sabía manejar la situación. Vio que el duque estaba alerta, intentando comprender la situación—. ¡Eres un necio! —insultó a su hermano, que se levantaba—. ¡Hablas demasiado!

—Si yo soy el necio, ¿por qué siguen vivos? Dispárales y acaba con ellos de una vez.

—No lo entiendes, Michael. ¡Cállate!

—¡Dame una pistola!

—No, quédate atrás y vigila. ¡Hazlo ya! —exclamó Martin irritado.

Keiran lo observaba fijamente. Era obvio que los matarían a ambos, o de lo contrario no se habrían presentado a cara descubierta. Y también era evidente que lady Portland era la titiritera, pero no comprendía el papel del secretario de Perceval. Quizás lo hacía solo por dinero.

—¿Vamos con lady Portland? —le preguntó de pronto.

El hombre con las pistolas fingió no escuchar, pero Keiran notó un leve movimiento nervioso en su mandíbula.

Eleonor tenía frío y le dolían los pies porque estaba descalza. Disminuyó un poco el paso y Keiran se colocó a su lado, tomándole la mano.

—Ánimo, te sacaré de este lío, confía en mí. Pero haz todo lo que te diga, Lio, ¿entendido?

Ella asintió con confianza.

—¡Silencio! —ordenó Michael, que los seguía.

Casi habían llegado al seto que daba al exterior cuando aparecieron de la nada otros dos hombres con aspecto poco recomendable. Habían cortado las plantas para tener más espacio para maniobrar por encima del muro.

La oscuridad se vio interrumpida por las lámparas que Keiran se había empeñado en tener encendidas todas las noches, porque no soportaba la idea de que alguien lo espiara desde fuera. Pensó que había llegado el momento de imponerse.

—Ella se queda aquí, a mí ya me tienes.

—¡Ella morirá antes que tú! —señaló Michael, todavía resentido por la afrenta que le había inferido el duque.

—Basta —intervino Martín. Se acercó a su hermano y lo amonestó—: Si no puedes soportar la tensión, será mejor que te vayas. Yo lo acabaré.

—¡No me hables así delante de los demás!

—No me oyen porque te estoy susurrando. ¿Por qué gritas tú?

—Quiero hacer el trabajo aquí y ahora. Tú no estás al mando. Dispara o dame las armas, que lo haré yo.

Keiran y Eleonor no oyeron la discusión, pero se dieron cuenta de que los dos hermanos estaban discutiendo.

—En cuanto te lo diga, huye —le advirtió Key.

—No, esta vez no te voy a escuchar, no te voy a dejar.

—¡Lio! —Key la miró como nunca lo había hecho y no fue necesario añadir nada.

Eleonor se puso tensa y comprendió que no era el momento de desobedecer.

—De acuerdo.

—Yo no hubiera querido llegar a esto —dijo Martin, sujetando las pistolas con fuerza.

—¿A esto? ¡Dámela! —gritó el otro, tratando de coger el arma cargada.

Pero su hermano, más astuto y rápido, retrocedió dos pasos y le apuntó con el arma.

—La verdad es que la necesito viva. Lady Portland así lo ha ordenado.

Ahora, Keiran y Eleonor lo habían oído todo y se preguntaron por qué el Stevens armado no temía las represalias de Eleonor. Si la hubiera dejado con vida, ella podría haberlo denunciado más tarde al reconocerlo.

—¡Que te jodan! —gritó Michael—. ¡Bath los quiere muertos! Y me paga bien.

—¡Estúpido! ¡Tienes que callarte! Lo estás arruinando todo. Lárgate.

—¿Yo soy el estúpido? ¿Qué pasa con el hecho de que ella te ha visto? ¡Tendrás que matarla si no quieres que hable! ¡Tú eres el estúpido!

—Zarparé hacia América esta noche. ¿Y tú? ¿Cuáles son tus planes?

Michael no respondió, asombrado al darse cuenta de que no había previsto un plan de huida en caso de necesidad. Su hermano Martin, en cambio, era mucho más organizado e inteligente que él; siempre había sido así: el mejor en todo, el preferido de sus padres, el más eficiente. Eso le enfurecía. ¿Cómo era posible que un afeminado como él fuera tan inteligente? Desaparecería, se esfumaría, tendría un futuro en el nuevo mundo.

—¿Por eso no te importa que siga viva? Pero a mí me importa lo contrario. Bath la quiere muerta.

—Bath se equivoca: ¡la necesitamos viva! Te daré el dinero que Bath debería haberte dado y te ayudaré a venir a América conmigo, ¡confía en mí! —susurró Martin.

Michael estaba realmente confuso. ¿Qué planes tenía lady Portland? De pronto se le ocurrió

una idea que lo explicaría todo.

—¿Todavía te lo haces con el secretario del abogado Wilkinson, ese hombre afeminado que siempre está bien informado sobre los asuntos de Northcliff? ¡Eres patético! ¿Quieres irte con él?

—¡Basta ya! —gritó Martin enfadado, mirando al duque para comprender qué estaría pensando.

Keiran escuchaba, recordando con precisión el rostro del secretario de su abogado. George Peterson era joven y parecía profesional, pero fuera del bufete siempre parecía desconcertado, como si el mundo le confundiera.

Keiran permaneció impasible, inmóvil, con un brazo listo para apartar a Eleonor si fuera necesario. Sentía el miedo de su mujer, pero también la fuerza y el valor con los que lograba mantener un aire distante y tranquilo. La admiraba enormemente.

Ella había sacado el cuchillo y lo sostenía oculto por los pliegues de la bata contra su muslo. Temblaba por la tensión y el frío.

—No me obligues a hacer cosas de las que me pueda arrepentir. Dejemos aquí a la duquesa y saquémosle a él —propuso Martin conciliadoramente. Por supuesto, sabía que los planes se estaban torciendo a esas alturas, porque los dos rehenes habían oído los nombres de los cabecillas, Bath y lady Portland, y era un secreto a voces que para aquellos dos nobles ya no habría esperanza si la duquesa seguía con vida. Pero Martin ya había decidido huir en cuanto pusiera un pie fuera de allí, sin siquiera volver con su ama.

—¡No! —El Stevens desarmado estaba fuera de sí. Se lanzó contra su hermano e intentó arrebatarle el arma.

—¡Detente! ¡Vas a hacer que se dispare! —le dijo el otro, tratando de levantar sus armas por encima de él.

Keiran decidió que era el momento oportuno. Empujó a Eleonor a un lado y le ordenó:

—¡Ahora! ¡A casa!

Martin se dio cuenta de que el duque y la duquesa se movían y, para no perderlos de vista, había dejado caer una pistola sin querer.

Su hermano Michael la cogió con satisfacción y apuntó con ella a Eleonor, que ahora era un blanco fácil.

Keiran no perdió el tiempo. De un rápido movimiento, sacó el cuchillo de sus pantalones, lo hizo girar en el aire para coger el filo y lo lanzó sin vacilar hacia el gemelo que apuntaba con el arma a Eleonor. Le alcanzó. La hoja le hirió en el antebrazo y la consecuencia fue el grito de dolor de Michael y el disparo efectuado por accidente.

El hermano Martin, que aún tenía la otra pistola, la apuntó al duque, con ojos de asombro ante su habilidad. Miró hacia abajo, donde su hermano gemelo estaba de rodillas.

—¿Estás contento? ¡Estúpido idiota! Ahora no tenemos tiempo: en treinta segundos tendremos a todos encima y solo tengo cargada mi pistola, excelencia —exclamó apresuradamente—, ¡me duele mucho, pero tendré que mataros aquí!

La explosión alteró la quietud de la noche. Pero un instante antes, el grito desesperado de Eleonor había rasgado el silencio mientras se lanzaba instintivamente sobre el arma que estaba a punto de efectuar el disparo mortal, con un brazo extendido y la mano empuñando el cuchillo, en un intento de herir al hombre antes de que pudiera disparar a Keiran.

Oyó el grito de su marido detrás de ella y, al mismo tiempo, sintió el calor abrasador de la bala que le atravesaba la carne en un lugar que no podía identificar. Sus piernas cedieron contra su voluntad, como si no pudieran soportar un peso demasiado grande. Su cuerpo se desplomó en el suelo como un saco vacío y su cabeza impactó violentamente, emitiendo un sonido sordo e

inquietante.

Keiran, en cuanto la vio correr hacia la muerte, se movió para unirse a ella y gritó «¡no!» con fuerza:

Pero el disparo ya había salido y no le quedó más remedio que estirar los brazos mientras la veía caer. Se detuvo junto a ella, palpando frenéticamente su cuerpo inmóvil hasta que encontró sangre en su pierna y su cabeza. Vio los ojos verdes, entornados en una expresión de asombro, mirándole fijamente como esperando ayuda.

—¡Lio! —gritó, esperando una reacción—. ¡Responde, maldita sea, responde! —Sujetó el rostro de su mujer con la mano derecha e intentó captar algo del cuello con la otra. Un pestañeo le indicó que estaba viva y posiblemente consciente—. Me oyes, ¿verdad, *leannan*?

Eleonor lo miró fijamente y se esforzó por hacerle una señal como respuesta, pero no pudo. Intentó hablar, pero el dolor de cabeza era indescriptible: solo pudo emitir un susurro ahogado mientras una niebla cada vez más espesa le arrebataba la maravillosa visión de los ojos azules de su marido. Antes de que la oscuridad la envolviera, sus últimas palabras fueron:

—No me dejes, Key... No me dejes.

—¡Estoy aquí! No te dejaré. Lo juro —dijo Keiran en voz alta. Estaba seguro de que esas palabras habían llegado hasta ella justo antes de perder el conocimiento.

Los dos Stevens no salían de su asombro ante la escena, pero aún más ante la llegada de los criados. Gracias a las antorchas reconocieron inmediatamente a lord MacKendrick, lord Portland y St. James. Detrás de ellos apareció otro hombre que no les resultaba familiar.

—¡Disparad a esos cuatro! —gritó uno de los gemelos. Sus hombres obedecieron, pero fue en vano.

Los cuatro, que llevaban unos minutos apostados en el jardín, habían intentado acercarse todo lo posible, pero no lo habían conseguido a tiempo. Solo el grito de Eleonor al principio y el disparo medio segundo después les habían convencido para salir a campo abierto.

Entonces les horrorizó el grito de Keiran, al darse cuenta de que el cuerpo que veían desplomado sobre la hierba era el de la duquesa.

Ahora, desde el muro, los hombres disparaban.

Daniel había desaparecido detrás de un arbusto con Roy. Armados con cuchillos, se abalanzaron sobre los maleantes y los hirieron.

Foster saltó el muro y encontró un carruaje listo. El cochero esperaba a los Stevens, pero al ver al corpulento hombre se quedó perplejo. Foster no le dio tiempo a moverse y le golpeó en la cabeza con el mango del cuchillo.

Simon observó horrorizado cómo los Stevens le miraban, indecisos sobre si estaba con ellos o con el duque. Con un instinto animal, Simon golpeó la cara del secretario de su madre, derribándolo.

—¡Maldito seas! —le gritó, golpeándolo con todas sus fuerzas.

Michael, que había logrado liberar, con no poco dolor, el brazo atravesado por el cuchillo estaba sobre él, pero Simon, cegado por la rabia, también lo derribó. Sujetándolo por debajo, le rodeó el cuello con las manos y observó cómo su rostro se volvía cada vez más amoratado.

Foster regresó al lugar de la refriega y le puso la mano en el hombro, apretando lo suficiente como para hacerle volver en sí.

Simon aflojó el agarre, pero le golpeó lo suficiente como para hacerse sangrar los nudillos.

Daniel y Roy, después de atar a los dos maleantes, se acercaron corriendo y vieron a Keiran intentar desesperadamente mantener con vida a Eleonor, con las manos sangrantes apoyadas en su delicado cuello.

—¡Lio! —gritó Key con los ojos muy abiertos—. ¡Despierta, maldita sea! ¡Llamad al doctor Phillips! ¡Rápido!

—¡Ay, voy yo! —Daniel desapareció tan rápido como pudo, decidido a cabalgar en busca del médico él mismo.

Roy estaba horrorizado. Los miraba confundido y presa del pánico. Se agachó junto a ellos, se quitó la chaqueta y la extendió sobre Eleonor.

—*Leannan*... ¿Me oyes? No puedes rendirte ahora... ¡Señor, sálvala! ¡Lio! ¡Abre los ojos! ¡No me dejes! —Keiran estaba tan alterado que no se dio cuenta de que estaba llorando. Temblaban tanto sus manos que no sabía cómo usarlas para mantenerla con vida. Sentía cómo su débil energía se exhalaba de su cuerpo, como un vapor tibio que se elevaba de unas aguas claras y límpidas. Ella se había sacrificado por él, había elegido morir por él.

Alrededor de ellos se habían congregado todos los habitantes de la casa, incluso los niños pequeños, hijos de la servidumbre. Guardaban silencio, muchos lloraban sin que se les oyera, sobre todo las mujeres y los más jóvenes.

Bridget, con el terror reflejado en su rostro, estaba inclinada junto a la joven, con una mano sobre su pálido rostro.

Agatha, arrodillada a su lado, aunque llorando, tuvo la frialdad de decir:

—Llévala a casa, Kein, a vuestra cama, aquí hace frío y ella te necesita.

Key hizo suyas esas palabras. «Me necesita», pensó para sus adentros. Cogió a Eleonor en brazos con cuidado y se dirigió a su casa. A pesar de ir con el torso desnudo, no sentía el frío porque el cuerpo herido de ella estaba al rojo vivo y emitiendo fuertes y cálidas vibraciones.

Ramsay y Ben corrían delante de él mientras daban órdenes escuetas a algunas mujeres, que a su vez daban órdenes breves a los distintos criados. Y como si fuesen hormigas obreras, cada una con su propia tarea vital, empezaron a moverse por el interior de la casa, antes de que el duque entrara por la puerta francesa de su estudio.

Keiran cruzó el gran vestíbulo, subió las escaleras y entró en la cámara ducal con los ojos aún fijos en el rostro exangüe de Eleonor. La recostó en la cama y comenzó a desnudarla.

Todos los que habían estado trabajando hasta ese momento salieron al instante y se pusieron de pie frente a la puerta, a la espera. Lady Bridget Northcliff, Agatha y Hettie se quedaron. Esta última lloraba en silencio, pero se adelantó con extremo autocontrol, como había aprendido de su ama, y ayudó al duque a despegar suavemente la ropa ensangrentada para ver la herida.

«Ahí está», pensó Keiran mientras miraba con desesperación el agujero que la bala había hecho en el muslo derecho de Eleonor. Agarró el camisón con fuerza y lo arrancó.

—Tomad —dijo Hettie, entregándole unas sábanas blancas.

—No, ponlas debajo mientras la levanto —balbuceó él. Luego cubrió el cuerpo desnudo y frío con mantas, dejando libre solo la herida. Recordó haber visto algo de sangre en la cabeza y empezó a apartarle el cuero cabelludo lentamente. Y había otro agujero, esta vez no de bala: se había golpeado con algo duro al caer, probablemente una piedra. Levantó la cabeza de Eleonor y esperó a que Hettie pusiera un paño también allí.

—Intentaré extraerle el proyectil —decidió Keiran.

Estaba en tal estado de shock que apenas podía hablar y las manos le temblaban visiblemente. Las miró incrédulo. Nunca le había ocurrido algo así. Sintió cómo sobre ellas caían sus propias lágrimas y se dio cuenta de que estaba llorando. Apretó los dientes, pero no pudo contenerse.

Levantó la vista y vio que su madre y Agatha sostenían una palangana y una toalla. Inspiró profundamente y se movió con determinación. Se lavó las manos y los brazos, se secó las lágrimas y se acercó a la cama.

Hettie ya había traído la bolsa de Eleonor y le estaba mostrando una pinza.

—La usa para extraer los proyectiles —le explicó la chica con seguridad, entregándole una pinza larga.

Él la tomó, introdujo el instrumento en la carne y Eleonor, aunque inconsciente, se estremeció de dolor.

—Hettie, tengo que poner una mano en el cuello para aliviarle el dolor —le explicó, mirándole a los ojos—. Necesito que le sujetes la pierna y abras bien los bordes de la herida.

Hettie se asustó, pero no lo dudó ni un instante. Inmediatamente puso las manos a los lados de la herida y, con dedos cuidadosos, trató de apartar la piel del orificio.

Keiran puso la mano en el cuello de Eleonor y cerró los ojos por un momento. Sentía su dolor y habría dado cualquier cosa por estar en su lugar. Se concentró en ese dolor y, en cuanto pudo, abrió los ojos e introdujo la pinza. Encontró el trozo de metal, tiró de él y lo depositó sobre la tela de algodón.

—No sé coser, nunca lo he hecho, pero puedo limpiar y vendar con hierbas —dijo Hettie, mojando la herida con agua limpia.

—Yo coseré —le respondió él.

Hettie le preparó la aguja y el hilo, preguntándose si lo habría hecho alguna vez.

—¿Sabes hacerlo? —le preguntó lady Bridget Northcliff en voz baja, mirándolo.

—Sí, quizá no tan bien como ella, pero lo he hecho. —Keiran se inclinó sobre la pierna herida y empezó a coser con firmeza bajo la mirada preocupada de las mujeres.

Eleonor dejó escapar un leve gemido y Agatha le sujetó el busto por precaución.

Hettie cortó el hilo en cuanto el duque le hizo una señal.

Keiran limpió la fea herida, la vendó delicadamente y pensó en cada detalle de lo que acababa de suceder. Apretó los dientes, maldiciéndose por no haber podido evitarlo y sintiéndose desesperado ante la idea de que Eleonor pudiera morir.

Su visión se nubló y volvió a llorar.

Agatha le empujó hacia la palangana, donde había puesto agua limpia, y le ayudó a lavarse.

—Lo logrará. Tiene que lograrlo.

Keiran la miró con confianza y volvió junto a Eleonor.

* * *

1 de marzo de 1812

Los minutos pasaban y el reloj de abajo marcaba la una, aumentando la tensión de una noche que ninguno de ellos olvidaría. El silencio de la casa presagiaba la muerte, pero Keiran se negaba a aceptarlo. Su madre le ofreció un poco de *scotch,* que bebió para entrar en calor. Inclinó la cabeza hacia su pecho y se dio cuenta de que aún estaba desnudo, pero no quería apartar las manos de Eleonor, quería entregarle toda su energía.

—Por favor, una camisa limpia —pidió con una voz inusualmente resignada.

Ben corrió hacia su guardarropa.

Su madre se acercó con una toalla húmeda.

—Kein, deja que te limpie esa sangre.

Él no protestó. Luego se metió la camisa.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Media hora —le contestó Agatha—. El médico llegará de un momento a otro, ya verás —trató de tranquilizarle.

El doctor Phillips había decidido quedarse en la ciudad después de la fiesta. Partiría hacia

Ashford a la mañana siguiente.

Keiran acarició el pálido rostro de Eleonor e inconscientemente le susurró algunas palabras en gaélico escocés en un tono tan bajo que nadie pudo entenderlas.

Un sonido de pasos apresurados avisó de que el médico había llegado y Hettie abrió la puerta, esperando a que entrara.

El doctor Phillips se quedó un segundo mirando desde la distancia.

El duque, con una máscara de desesperación en su rostro habitualmente impasible, sostenía las manos sobre el cuerpo de su esposa y lo miraba con ojos esperanzados.

Lady Northcliff yacía en la cama, pálida e inconsciente. Tenía la pierna herida e hinchada, pero vendada. Una mancha oscura en su rubio cabello llamó su atención, haciéndole fruncir visiblemente el ceño.

—¿Qué tiene en la cabeza?

—Se ha golpeado al caer. He tratado de cogerla, pero... —La voz de Keiran se quebró; el fuerte sentimiento de culpa le torturaba. ¡Nunca había roto una promesa! Había jurado no permitir que le pasara nada malo, pero había fallado, por primera vez en su vida. Después de la muerte de Axel...

El doctor se quitó la chaqueta, se lavó las manos y se acercó a la cama. Echó un vistazo bajo el vendaje de la pierna.

—¿La habéis cosido vos?

El duque asintió con la cabeza.

—No sangra. Buena señal. —Luego, el médico se volvió hacia la herida de la cabeza. La expresión de su rostro decía más que cualquier explicación—. Hettie, corta el pelo alrededor de la herida, vuelve a curarla como ya has hecho y ciérrala con vendas limpias para evitar la infección.

Hettie se movió para cumplir las órdenes.

—El corte no es preocupante —explicó el médico, señalando la cabeza de Eleonor recostada —, pero supongo que habréis imaginado que el golpe recibido ha sido tremendo. Eso es lo que me preocupa.

—¿Es muy grave?

—Mucho. Podría despertarse en cualquier momento. O dentro de unos días.

La pregunta que todos se hacían era: «¿Y si no despertara nunca?», pero nadie la formulaba.

—Lord St. James me ha contado lo ocurrido.

Keiran repasó mentalmente los acontecimientos recientes y, como hipnotizado, permaneció absorto, reflexionando sobre cómo detener a los culpables. Se preguntó si Roy, Daniel y Foster ya habrían tomado medidas y si Simon actuaría abiertamente contra su madre, tal como él esperaba y preveía. Una ira cegadora le hizo respirar con dificultad al imaginar lo que haría con Bath y con lady Portland, aunque esta fuera una mujer.

Recordó la primera vez que la había visto, tantos años atrás. Sabía que era la amante de su padre y se preguntó si ya entonces tenía alguna relación con Bath. Pero ignoraba cómo se habían conocido.

En realidad, se dio cuenta de repente que desde que su padre estaba con la condesa, Bath siempre estaba presente. Incluso el día de la desgracia, en el que Axel murió, Bath estaba allí mientras la condesa de Portland hablaba con su padre, así como los días siguientes; cuando su padre murió en el castillo, el conde de Bath estaba con ellos y se rumoreaba que su amante estaba en los alrededores; por último, también cuando ocurrió el incendio en la alcoba de Eleonor.

Bath había vivido muy de cerca cada desgracia de su familia. Al igual que la condesa de Portland. No podía decir por qué, pero este hecho le perturbaba enormemente, como si la interferencia maligna de aquel hombre y de aquella mujer hubiera cambiado el curso de sus vidas.

El roce de la mano del doctor con la suya le hizo despertar de un razonamiento que le pareció revelador en ese momento.

—No puedo hacer nada. Esperaremos. Y rezaremos. Nada más —se explicó claramente el médico.

Keiran lo miró con desesperación.

—Lady Bridget Northcliff —insistió el doctor Phillips—. ¿Puedo seros de alguna ayuda?

—No, la verdad es que me gustaría. Pero veo que ninguno de nosotros puede.

—Traed un sillón para estar más cómodo —aconsejó Keiran, demostrando que le agradaba su presencia—. ¿Danny y Roy? —le preguntó a Agatha mirándola a los ojos.

—Ahí fuera, en el salón. ¿Los llamo?

—No, Agatha. Ahora me gustaría estar con mi mujer, por favor.

El médico le echó una ojeada mientras limpiaba su instrumental.

Las mujeres salieron y ambos se miraron durante unos segundos.

—Haced lo que debáis, pero recordad que la venganza no hará que lady Northcliff despierte antes, en cambio, vuestras manos sí podrían hacerlo.

Keiran inclinó la cabeza y miró a Eleonor.

—No volveré a casa. Me quedaré hasta que despierte, rogando al Señor que lo haga cuanto antes —añadió el doctor antes de marcharse.

Keiran se tragó el llanto que le subía a la garganta y acercó con cuidado la cabeza de Eleonor hacia él.

—Tengo que decirte esto, *mo leannan*. No puedes rendirte, no puedes. Sé que puedes oírme —le suplicó, apoyando la mano sobre su corazón—. ¡Despierta! Por favor, Lio, despierta. —Empezó a llorar con fuertes sollozos, incapaz de contenerse. Se arrojó sobre ella, desesperado, rozando su pálido rostro—. Maldita sea, ¿qué debo hacer? Señor, ayúdame, ayúdala.

Aquel llanto angustioso le atravesó el pecho y un dolor atroz le desgarró el corazón sufriente. La mente, oprimida por la terrible sensación de inevitabilidad inminente, ya no razonaba, libre de enloquecer por la desesperación.

—¿Por qué? ¿Por qué? No tenías por qué sacrificarte... Me moriré sin ti.

—Los sollozos le impedían respirar con normalidad y una angustia incontrolable atormentaba su gran cuerpo, como si fuera una simple ramita.

Inclinado sobre el cuello de su amada, intentaba mantenerse lo más cerca posible de ella, como si pudiera introducirse en su interior para no dejarla marchar. Su respiración agitada se mezclaba con lamentos dolorosos que ya ni siquiera intentaba contener.

Fue aquel ruido agónico, que se prolongaba desde hacía varios minutos, lo que impulsó a Daniel a entrar.

Sospechaba que su amigo no dejaría que nadie le viera llorar, pero, en cuanto le vio, se vio sorprendido por su estado y se conmovió. Apretó los labios para contener las lágrimas. Le puso las manos sobre los hombros y se quedó allí, dándole ánimos y apoyo, durante un tiempo que pareció volar.

Keiran le reconoció por aquel contacto.

—¡No puedo perderla, no puedo vivir sin ella! Lo mataré... y también mataré a esa maldita mujer que siempre lo ha arruinado todo.

—Ahora respira, Kein, respira —le aconsejó Danny—. Lo solucionaremos —le aconsejó Danny—. No dejes que oiga estas cosas. El doctor dice que puede oírnos.

—Sí, es cierto, sé que puede oír.

Daniel le tendió un pañuelo.

—Entonces, cálmate. Hazlo por ella. Refréscate la cara, Keiran —dijo, señalando la palangana llena de agua.

Keiran obedeció, pero volvió rápidamente a su asiento junto a Eleonor, inspirando con fuerza, con sus hermosos ojos azules, llorosos y brillantes.

De pronto, la puerta se abrió y lady Georgia entró como un tornado.

Keiran y Daniel la miraron sorprendidos.

—¡No quería que pasara esto! —exclamó ella.

Se dio cuenta de que la duquesa estaba inmóvil en la cama, pálida y exangüe.

Miró al duque, turbada por su rostro varonil y por la fragilidad que dejaba entrever por el llanto. Armándose de valor, murmuró:

—Le he pedido ayuda a lord Portland en cuanto supe que mis padres lo habían decidido... ¡Juro que yo no quería esto! ¡Ni que os mataran en el mar! Es la verdad.

Su voz chillona, ahogada por las lágrimas, los ojos muy abiertos y las manos entrelazadas daban la idea de una joven verdaderamente arrepentida.

Simon estaba justo detrás de ella, tratando de hacerla retroceder.

—Vámonos, lady Georgia, ya hablaremos más tarde —le dijo, poniéndole una mano en el brazo.

Georgia dio un paso adelante.

—¿Me creéis? ¿Me creéis? —le preguntó al duque en voz baja.

Keiran apenas asintió, lo que dio a la muchacha un alivio inmediato.

—Haré lo que me ordenéis para seros útil, pero os suplico que no me echéis. Tengo miedo de volver con ellos.

Keiran le hizo un gesto a Simon:

—Ordena que esté a salvo en esta casa hasta que todo se solucione.

Georgia, casi incrédula ante tanta magnanimidad, pudo responder:

—Gracias, gracias... Os estaré eternamente agradecida.

Keiran devolvió la mirada a Eleonor mientras Simon conducía a la mujer al exterior y hablaba con Agatha. Le oyó entrar de nuevo y cerrar la puerta.

—Quiero ocuparme personalmente de mi madre —afirmó Simon con firmeza. La frase sonó como una afirmación y no como una pregunta, pero Keiran sabía bien que necesitaba su aprobación para actuar.

—De acuerdo, Simon.

—Iré con Foster.

—De acuerdo. Roy podría ayudarte —dijo Keiran.

—No. Mi madre lo quiere muerto. Sería arriesgado para él.

Sorprendido por aquella franqueza fraternal, Keiran se volvió lentamente y se dio cuenta de que Roy estaba allí, a su lado. Los miró fijamente.

—Simon tiene razón. Roy, no irás con él.

Roy ni siquiera intentó contradecirle.

—Yo iré en su lugar —intervino Daniel.

Keiran asintió con la cabeza, se levantó y se acercó a la ventana.

Daniel, Roy y Simon se situaron inmediatamente a su lado.

—Aseguraos de que todo Londres sepa que el duque de Northcliff ya no partirá porque... —Hizo una pausa de un segundo, sintiendo repulsión al pronunciar aquellas palabras, y continuó —: Porque la duquesa se está muriendo por culpa de unos malhechores que fueron sorprendidos robando en la casa.

Los tres asintieron y de inmediato se dirigieron hacia la puerta.

—Simon.

El conde se dio la vuelta.

—Cuando tu madre vino a Escocia el día que murió Axel, ¿estaba con alguien?

A Simon le llamó la atención aquella extraña pregunta y frunció el ceño.

—Conmigo.

—No, Simon. Me refiero a si había tenido un amante en Escocia.

—Creo que sí. Es decir, nunca llegué a verlos juntos, pero sabía que había alguien. Recuerdo que un camarero me lo contó, pero no tengo ni idea de quién era.

Sin embargo, Keiran sabía que Bath también estaba presente.

—Cuando murió nuestro padre, ¿dónde estaba lady Portland?

—En Escocia —respondió Simon, empezando a sentirse incómodo. Conocía bien a Keiran y le pareció que estaba reflexionando sobre una información obviamente relevante—. Y también entonces estaba con su amante —añadió, intuyendo que esa noticia despertaría el interés de Kein.

—Pero no sabes quién era, ¿verdad?

—No, Keiran.

Sin embargo, Keiran sabía que Bath también estaba en Escocia aquella vez.

—¿Recuerdas el incendio de Shell Bay Manor? ¿Dónde estaba tu madre?

Simon abrió la boca, asombrado al darse cuenta de que las coincidencias eran demasiadas.

—Estaba en Escocia. Y no estaba sola, ¡maldita sea!

Keiran le puso una mano en el hombro.

—Finge que no te he preguntado nada. Haz lo que tengas que hacer, yo me ocuparé del resto.

—Lo siento.

—Tú no tienes la culpa, Simon.

—Y sin embargo, siento como si lo tuviera.

—No, no es así. Ahora vete —dijo Keiran de manera categórica.

La habitación quedó en silencio y el péndulo del salón de abajo dio tres campanadas.

Al otro lado de la puerta, en el saloncito contiguo, su madre, Roy, Agatha, Ramsay, Hettie y Ben se consolaban unos a otros. Todos estaban ansiosos y preocupados. Oyó que el doctor proponer retirarse, pero nadie le hizo caso.

—Lio, tengo que salir un momento. Vuelvo enseguida —dijo en voz alta, convencido de que Eleonor podía oírle. Abrió la puerta y se quedó de pie en el umbral para observar la escena.

—Ramsay, ¿podrías prepararle la habitación al doctor Phillips? Está muy cansado. Que se quede en esta planta, para que esté cerca de la duquesa. Y como nadie tiene ganas de dormir, sería bueno preparar té y algo de comer para nuestros invitados, tal vez incluso el desayuno. A la duquesa le gusta que su residencia esté lo mejor posible. Mamá, ¿podrías encargarte tú y Agatha? Lio adora tu forma de llevar la casa y siempre te ha tomado como ejemplo. Ben, podéis retiraros. Sin duda os necesitaré, especialmente a Hettie, en las próximas horas.

Tras mirarse asombrados durante unos instantes, los presentes se apresuraron a retirarse, agradeciendo en silencio que el duque hubiera recuperado la compostura.

—Doctor, ¿creéis que deberíamos darle un poco de agua a Eleonor?

—Podríais mojarle los labios con un paño. Eso es todo por ahora.

Keiran asintió y volvió a entrar en la habitación.

* * *

Tanta oscuridad... demasiada. Ella la odiaba. Habría querido gritar, protestar, agitar las manos, hacerse oír.

Sin embargo, las voces le llegaban a cada momento, aunque amortiguadas; sobre todo, la más tranquilizadora de Key.

Pero no podía verle. Tenía los ojos pegados, como si sus párpados no pudieran abrirse, y por muchos intentos que hiciera con un esfuerzo mental sobrehumano, ni siquiera un atisbo de luz penetraba.

El cansancio la agotaba tanto que decidió dejarse llevar. Soportó aquella oscuridad envolvente, concentrándose en los ruidos lejanos.

Un dolor insoportable en la pierna la despertó en sueños, luego el dolor se desvaneció y todo volvió a la calma. Unas voces bajas y susurrantes la sumieron en un estado semejante al limbo, casi placentero.

Pero los sollozos de Key la sacaron de aquel trance mental.

Podía oír su llanto y su dolor; habría dado cualquier cosa por poder consolarlo. Percibió su olor y, en ese momento, más que nunca, lo sintió próximo. Entonces todo volvió a ser silencio, solo se oían murmullos.

Hasta que se oyó una voz aguda, casi chillona. No entendió las palabras, ni le importó hacerlo, y dio gracias al Señor cuando cesó aquella confusión.

Ya no percibió la presencia de Key. Luego dijo algo, ella no entendió qué, pero había pronunciado su nombre, estaba segura.

Llena de expectación, esperó unos minutos, o tal vez horas, no podía saberlo.

Y también estaba su perfume, él también estaba de nuevo allí. Una sensación de bienestar y seguridad la invadió. En un último arrebato de fingida lucidez, tuvo la extraña sensación de que Key le ponía una mano en el cuello y la abrazaba, como si quisiera transmitirle toda su energía.

Se dejó llevar, feliz de darle un descanso a su mente. El torpor la envolvió como las olas del mar envuelven el cuerpo inerte de una persona que se ahoga. Pero ella estaba bien, no se estaba ahogando. El sueño total le daba paz.

* * *

La noche era oscura, fría y tan silenciosa que provocaba un zumbido en los oídos.

Simon, Daniel y Hugh Foster guardaron un inquietante mutismo durante el corto trayecto hasta la casa de lady Portland, presagio de resoluciones serias y definitivas que se tomarían poco después.

El carruaje se detuvo, al igual que los cuatro *Bow Street Runners* a caballo que Foster había traído a petición del conde de Portland.

Simon dudó unos instantes, como si tratara de encontrar fuerzas para hacer lo que era su obligación. Luego se lanzó con determinación, seguido por los otros dos.

Llamó a la puerta, golpeando violentamente la aldaba decorada con una cabeza de león con la boca abierta.

Las luces del interior se encendieron y poco después el mayordomo entreabrió la puerta, dejando ver un rostro somnoliento. En cuanto el hombre reconoció al conde, abrió completamente la puerta, dándose cuenta en ese momento de que tenía compañía.

—¡Lord Portland! —pronunció en un susurro confuso.

Simon no dijo nada y franqueó la entrada con premura. Se volvió e hizo una seña a los otros

dos, que le siguieron. Subieron las escaleras, recorrieron un pasillo y se detuvieron frente a lo que debía ser la alcoba de la condesa.

—Quedaos aquí —ordenó Simon, dejando la puerta entreabierta—, y que nadie se acerque —les ordenó Simon un momento antes de entrar y dejar la puerta entreabierta.

Daniel y Foster se miraron.

Simon la encontró tumbada cómodamente en la cama, con el cuerpo envuelto en encajes, como de costumbre, parcialmente cubierta por las mantas. Leía un libro; en la mesita de noche, junto a la cama, había un vaso y una botella de cristal con un líquido ámbar, lo que indicaba que estaba esperando algo. O a alguien. Probablemente, la visita de los gemelos Stevens.

Los ojos muy abiertos de la mujer y su expresión atónita revelaban que sospechaba que algo había ido mal.

—¡Simon!

—Esperas en vano. A los Stevens ya se los han llevado unos *Bow Street Runners*. La policía lo sabe todo. Si estoy yo aquí, y no la policía, es solo porque el duque es tan influyente que ha conseguido que me ocupe de ello.

Había hablado con un tono de rencor y determinación, lo suficientemente alto como para preocupar a su madre. Se había mantenido distante de la cama y un poco alejado de la puerta, como si la presencia de la mujer que lo había engendrado le molestara.

La condesa suspiró, estudió los ojos iracundos de su hijo y se convenció de que podía maniobrar mejor que él, cosa que no había podido hacer en toda su vida.

—Me alegro de que estés aquí, hijo mío, porque contigo se puede razonar.

Simon frunció el ceño, incrédulo.

—Puede que no lo hayas entendido —dijo, acercándose a los pies de la cama—. He venido a decirte que se acabaron tus intrigas contra el duque, mi hermano. Serás tratada con el respeto que merece una noble, aunque siempre hayas tenido muy poco de condesa, y con el respeto que un progenitor merece de su hijo, aunque nunca hayas sabido ser la madre que un hijo merece.

—Simon...

—¡Ya basta! —exclamó Simon en un tono alto que no admitía discusión—. De momento, te quedarás aquí y no en la cárcel, porque le tengo demasiado respeto a Keiran como para quitarle la oportunidad de visitarte. Y cuando venga, créeme, será una pesadilla para ti. Habrá cuatro policías vigilando la casa. Todo el personal se marchará de aquí esta noche. Solo dejaré a tu criada, que también permanecerá recluida. Un *Bow Street Runner* te traerá la comida. Ni se te ocurra contactar con nadie. Sería inútil y haría que Keiran se enfureciera aún más.

La condesa de Portland parecía ahora perpleja, sin duda indecisa sobre cuáles podrían ser sus posibilidades de escapar de aquella prisión.

Simon se acercó a ella y le susurró con odio:

—Para que te hagas una idea de lo peligroso que es ahora el duque para ti, solo te diré que lady Northcliff se está muriendo por culpa tuya y de los Stevens.

Disfrutó viendo sus ojos aterrorizados al oír la noticia y no sintió ningún sentimiento de culpa. Con una sonrisa de satisfacción, dio un paso atrás y se giró bruscamente para marcharse.

Pero un ruido llamó su atención. Levantó los ojos por encima del hombro y la vio.

—¡Maldito seas! —gritó su madre, lanzándose hacia él. Tenía un abrecartas en la mano y lo blandía como si fuera un arma. Tenía los ojos tensos y entornados, eran malignos y daban la idea de una persona desquiciada en el verdadero sentido de la palabra.

Simon apenas hizo esfuerzos por bloquearle las manos.

Le arrebató el objeto afilado de la mano, pero ella intentó arañarle. La empujó hacia la cama y

la obligó a sentarse. Le sujetó las muñecas con tanta fuerza que le hizo daño y, finalmente, ella cedió, recuperando quizás la lucidez a causa del agudo dolor.

Simon escrutó la mirada enloquecida de sus ojos y se dio cuenta de que su madre había perdido todo atisbo de lucidez. Tal vez persistir durante tantos años en la búsqueda del título y el dinero la había vuelto loca.

No había otra explicación para que ella siguiera convencida de que podía cambiar su posición: él era conde, hijo del difunto conde de Portland, y nadie en el mundo daría crédito a la versión de que era hijo ilegítimo de un duque.

E, incluso si alguien lo hubiera creído, ¿qué habría obtenido su madre a cambio? Nada. Porque un hijo ilegítimo siempre es un hijo ilegítimo. Pero, sobre todo, nunca se habría casado con lady Northcliff si esta hubiera enviudado, porque nunca habría podido, por respeto a su hermano Keiran.

Su madre tampoco lo entendía, porque en realidad no conocía bien a su hijo, no sabía quién era Simon Calter. No conocía la profunda interioridad que llenaba cada uno de los huecos que ella había dejado desde que él era un niño. No imaginaba cuánto amor había en aquel corazón de hombre siempre solo y deseoso de entregarse de todo corazón.

Se alejó despacio, con una expresión abrumada y desolada en el rostro.

—Simon...

Se volvió para mirarla.

La loca notó con horror cuánto se parecía su hermano el duque en ese momento.

—Te lo suplico, hijo mío, ayúdame.

—Amo a mis hermanos y a mi familia —le respondió.

Salió dando un portazo.

* * *

La casa de Northcliff estaba en silencio; en realidad todos estaban despiertos, todos tenían cara de angustia, todos cuchicheaban, algunos al borde de las lágrimas, otros llorando, pero siempre sin ser oídos: todos sabían lo que había pasado y todos sabían que no se podía decir nada fuera de la casa.

Lord MacKendrick había advertido que se avisara a cualquier visitante de que la duquesa se encontraba mal debido a un intento de robo en la casa poco después de la recepción.

Hettie se sentó con la cabeza inclinada en la cama y Ben la contemplaba de pie junto a ella.

—No te dormirás, ¿verdad, Hettie?

Ella negó con la cabeza, con las lágrimas a punto de salir.

—Mira, al menos acuéstate —insistió Ben—. Yo estaré ocupado.

Ella obedeció y se tumbó de lado mientras él la arropaba con la manta.

—Volveré dentro de un rato, ¿de acuerdo?

Ella asintió sin moverse de su sitio. Intentó no pensar en la muerte que amenazaba a su querida amiga y ama, intentó rezar y pensar en lo que podía hacer para ayudarla.

Pero la cama se había vuelto incómoda y la habitación, iluminada por una única vela, se había convertido en una celda. Se levantó de un salto, se vistió, hizo la cama, apagó la vela y salió de la habitación cerrando la puerta suavemente.

Sabía que lady Bridget Northcliff no dormía y estaba segura de encontrarla en su salón. Abrió lentamente la puerta y la vio, agazapada junto al fuego, con Agatha a su lado, ambas en silencio y con los ojos enrojecidos.

—¿Puedo quedarme aquí, lady Bridget Northcliff? —preguntó en voz baja.

Bridget se limitó a sonreír y señalar el sillón que había a su lado, y la joven Hettie se unió a

ellas.

El tiempo pasaba y el péndulo de abajo marcaba las horas.

Agatha se puso en pie.

—Voy a ver —susurró para no despertar a lady Bridget, que se había quedado traspuesta en el sofá.

Hettie asintió y se levantó para colocar una manta sobre la mujer reclinada.

—Yo también voy, Agatha.

Entraron en la alcoba principal, donde la puerta exterior se había dejado un poco abierta a propósito.

En el salón solo estaba lord Roy, de pie, con la mirada pensativa perdida en las llamas de la chimenea.

—Deberías dormir un poco —le aconsejó Agatha.

—¿Y tú? —le preguntó él a modo de respuesta.

—Tienes razón. ¿Alguna novedad? —preguntó Agatha.

—Ahora voy a entrar otra vez para averiguarlo. —Roy abrió la puerta de la habitación y se asomó.

Keiran permanecía siempre sentado, en una desesperada adoración por su amada esposa.

Roy entró, seguido de Agatha. Hettie permanecía serena en el umbral.

—Puedes cogerle las manos incluso tumbado —le dijo Roy a su hermano.

—No quiero dormirme.

—No lo hagas. Pero al menos estarás más cómodo y ella sacará más energía de ti, ¿no crees?

Keiran se quedó pensativo.

—¿Por qué no duermes un poco? Eso también podría beneficiarle. Sabes que tan cansado no puedes darle la fuerza que quieres y también sabes que puedes hacerlo mientras duermes.

Keiran se levantó, se acercó a la cama y se tumbó.

Agatha se acercó para darle un beso en la mejilla y salió con Hettie, cerrando la puerta.

—He confiado a lady Georgia a dos amigos de Foster para que la vigilen. Nunca se sabe si podría tratar de avisar a su padre.

—Dudo que quiera volver con ellos. Pero, claro está, no se quedará aquí para siempre. Con el tiempo, encontraré un lugar para ella también. Ahora solo quiero estar con Eleonor.

Roy salió de la habitación.

Keiran se acercó a su mujer, con su rostro rozando su pálida mejilla, un brazo rodeándole la cabeza, sin moverla, y una mano en su pecho, que se levantaba con regularidad.

Aspiró el bien conocido aroma de su piel y una fuerte emoción le sorprendió, dejándole un nudo en la garganta tan intenso que dejó escapar un sollozo.

Volvió a llorar, esta vez con grandes lágrimas, pero en silencio. Se tapó la cara con el cuello.

Pensó en los muchos momentos vividos con ella, pero también en su infancia, en su juventud y en aquella gente que siempre había rodeado su casa y que ahora se había revelado en toda su maldad. Y no le dejó tranquilo ni un instante el absurdo pensamiento de que Bath y lady Portland siempre habían estado muy cerca cuando su familia se había visto afectada por algún suceso triste y trágico.

Una especie de sopor avanzó lentamente. Se dio cuenta de que estaba a punto de quedarse dormido, pero su mente tuvo un momento de rebelión; sin embargo, el cansancio por la falta de energía le ganó y se durmió con la maravillosa imagen de Eleonor con un bebé en brazos.

* * *

—Sinceramente, tengo serias dudas de que la duquesa lo consiga —reconoció el doctor

Phillips mirando a Roy con sus ojos cerúleos enrojecidos. Se notaba que había estado llorando.

Roy permaneció inmóvil, impasible, y se parecía increíblemente a su hermano mayor en la tenacidad con la que se esforzaba por ser fuerte.

—No puede morir. Mi hermano no lo permitirá —afirmó, señalando la puerta de la habitación contigua.

El doctor suspiró, consciente de que el duque se estaba esforzando por ayudar a su esposa.

—Lord Roy, los policías están aquí —anunció Ramsay, haciendo pasar a los dos hombres.

—¿Y? —preguntó Roy en voz baja, mirándolos.

—Los gemelos han sido detenidos. He informado de todo, como me habéis ordenado.

—¿Sabéis que el duque quiere una discreción absoluta sobre el asunto por ahora? Si Bath se enterara de la verdad, huiría.

—Tened por descontado que lo hemos escrito todo, incluso lo del peligro de que Bath esté tramando algo. He especificado que su hija está aquí bajo vigilancia y que la condesa de Portland está recluida en su casa. No hemos omitido nada.

—Bien. Gracias.

Los dos hicieron una reverencia y salieron.

—Una situación odiosa —comentó el doctor—. Y sin precedentes.

—Sí, si no fuera porque Eleonor está muriendo en esa maldita cama, Keiran ya habría matado a Bath, a su mujer y a lady Portland —soltó Roy con determinación.

—¿De verdad lo habría hecho?

Roy miró al médico.

—Bath habría luchado, por lo que probablemente sí, lo habría matado en un cuerpo a cuerpo. En cuanto a las mujeres... —Dejó la frase deliberadamente sin acabar, haciendo un gesto vago pero elocuente con la mano—. Keiran no tolera las injusticias, eso ya lo sabéis. Y mucho menos ahora que han osado tocar a su esposa. La ama con locura, más de lo que ha amado a cualquier otra persona en su vida.

El doctor vio entrar a Hettie y Agatha con el desayuno e instintivamente miró hacia la ventana: estaba amaneciendo. Se sentó y aceptó de buen grado el alimento reconfortante y las bebidas calientes que las dos mujeres llevaban en grandes bandejas, colocándolas poco a poco sobre la mesa baja entre los sofás.

Roy lo imitó, pero no tenía apetito. Bebió un vaso de leche y comió algunos bocados de pan tostado.

Permanecieron en silencio durante bastante tiempo.

Entonces, de repente, se oyeron gemidos procedentes de la habitación de al lado y se quedaron paralizados, uno con la taza en el aire y el otro con el tenedor lleno de huevo pegado a la boca.

Se levantaron al mismo tiempo y entraron en ella.

* * *

Simon entró por la puerta principal con la cabeza inclinada y una expresión triste en su rostro varonil.

Foster lo miró y comprendió perfectamente lo que el conde pensaba y sintió lástima.

Daniel le dio una palmada en el hombro.

Ramsay hizo una seña a un criado, que recogió de inmediato los abrigos y los capotes de los caballeros que acababan de entrar. El atento mayordomo se había percatado de los rostros tensos de los hombres que tenía delante y, para aligerar el pesado ambiente, preguntó a lord Portland:

—¿Ha empezado a nevar?

Simon le miraba sin verlo.

—Veo una pizca de nieve en sus capas —explicó amablemente Ramsay—, y en su cabello, lord Portland.

Simon se llevó instintivamente la mano a la cabeza y notó la humedad del pelo mojado.

—Sí, creo que sí, Ramsay.

—Quizás un baño caliente y el desayuno puedan refrescar a todos —dijo con confianza. Se lo prepararé a todos.

—Me voy a casa —dijo Daniel. Me temo que tengo la desagradable tarea de explicarle a mi mujer lo que ha pasado esta noche.

—Más que razonable —comentó Ramsay. —¿Mr. Foster?

—Vuelve con Maggie, Angus.

Agatha, que hasta entonces había permanecido distante, dio un paso al frente.

—¿Puedo acompañaros a vuestra habitación, lord Portland?

—Quizás sería mejor que yo también...

—Ahora todo está listo. Quizás el duque os necesite a vos y a vuestra preciosa compañía —añadió Mrs. Brodie con una sonrisa maternal a la que pocos podrían decir que no.

Simon la siguió en silencio.

* * *

—Hoy está tranquilo, pero no me gusta. ¿Qué pasa, Annis? —Caroline miró a la joven con los ojos entornados y recelosos.

—Lady Northcliff no se encuentra bien y todo el mundo guarda silencio para no molestarla.

—¿Se ha resfriado en la fiesta? ¿Dónde está el duque? ¿Se ha ido ya? Vayamos al embarcadero y avisémoslo —propuso la niña, con los ojos muy abiertos.

—El duque no se ha ido.

—¿Cuándo podremos decirle a la duquesa que vimos al hombre malo en la fiesta?

—Pronto, en cuanto lady Northcliff esté mejor. Ahora termina tu desayuno, Caroline, y siéntate erguida, por favor.

La niña obedeció.

La puerta se abrió y entró lady Bridget Northcliff, con una sonrisa forzada.

Annis se levantó y se acercó a ella, esperando recibir noticias.

—No se despierta. Kein está desesperado. Jamás lo había visto así. —La voz de la mujer se quebró, estaba a punto de romper a llorar.

—Ay... ¿Os gustaría pasar un rato con los niños para distraeros?

Bridget asintió y se sentó a la mesa.

Zaynab, que se había acercado para escuchar lo que decía la madre del duque, se aproximó un poco más.

—Yo querría que Homa y Asabi vieran la duquesa —murmuró Zaynab en un tono inseguro, dejando ver sus blanquísimos dientes.

—¿Tú crees que ellas podrían hacer algo? —preguntó Bridget, sorprendida.

—Yo no sé si pueden, yo creo que sí.

—¡Pero están en Escocia!

El silencio que siguió parecía presagiar un destino inevitable, pero duró poco, pues Jonathan reclamó la atención de Bridget, quien, con gusto, se dejó distraer de los sombríos pensamientos que acechaban aquella casa

.

* * *

Era como si flotara en un limbo de bienestar. Sí, se sentía bien y relajada, pero veía y oía el mundo exterior como si estuviera encerrada en una burbuja de cristal.

Percibía la presencia de Kein y esperaba que entendiera que, a su lado, se encontraba mejor. Su mente nublada creó una imagen: una nube blanca, como vapor frío, que se abría para revelar el castillo, Shell Bay Manor.

Era maravilloso y ella se alegraba de estar por fin en casa. La visión de la elevada mansión avanzaba hacia ella y le parecía saborear el olor salado del acantilado, ver el oscuro mar con sus inquietantes reflejos, el mismo mar que había segado la vida de un joven y que daba vida a Key cada vez que navegaba por él.

Rostros queridos acudieron sonrientes a saludarla, a derecha e izquierda de su mirada.

En concreto, la imagen se detuvo en el rostro negro y arrugado de Homa. La anciana no sonreía, pero su expresión pacífica y serena indicaba que estaba allí por ella, porque sabía que necesitaba ayuda. Su voz grave y cavernosa musitaba palabras en un idioma incomprensible. Era somalí, Eleonor se dio cuenta, pero entendía cada palabra.

De pronto, las arrugadas manos de la mujer, negras como la pez, se materializaron ante su mirada y comenzaron a moverse lenta y rítmicamente, pidiendo al Jefe de las manos sagradas que se apartara, que diera un paso atrás, que dejara que la bella duquesa encontrara por sí sola el camino del despertar, aunque con gran dolor y sufrimiento.

—Jefe, aparta tus manos de tu amada esposa para que pueda emprender sola el camino del dolor que la conducirá al despertar.

De repente, una molestia en la cabeza hizo que aquella especie de visión o sueño se desvaneciera en el aire.

Se agitó con el temor de sentir dolor y su respiración se volvió agitada. El malestar se convirtió en punzadas insoportables y el ruido que la rodeaba pareció durar horas.

En realidad solo pasaron unos instantes, pero Eleonor no podía darse cuenta. No oía con precisión las palabras que la rodeaban ni comprendía de quién procedían.

El dolor era demasiado fuerte y esperaba que Key la hiciera sentirse mejor.

* * *

Keiran se había dormido apoyando una mano en el cuello de Eleonor y la otra en su cabeza. El sueño profundo inicial no lo movió de esa posición durante buena parte de una hora.

Entonces comenzó el sueño, tan claro como si fuera real.

Vio a Eleonor flotando frente a él, dirigiéndose al paseo del castillo. Su camisón blanco ondeaba aquí y allá, y el aire la rozaba con suavidad mientras flotaba. Su cabello rubio, suelto y suave, caía ligeramente por su espalda, apenas movido por su grácil movimiento.

Mantenía la mano en la nuca de Eleonor, bajo su espeso cabello.

Sus seres queridos se alineaban a los lados del paseo, como para dar la bienvenida a su duquesa, y entre ellos estaba Homa.

La anciana le habló con la fuerza de su mente en lengua somalí y, por increíble que pareciera, él lo entendió todo.

—Jefe, aparta tus manos de tu amada esposa para que pueda emprender sola el camino del dolor que la conducirá al despertar.

Keiran se sorprendió y no movió la mano. Comprendió que Eleonor también las entendía y que estaba muy preocupada por ellas.

—Sufrirá —dijo en un susurro indeciso.

—Así debe ser para que se despierte —dijo Homa con autoridad.

Keiran contempló cómo sus manos negras y arrugadas se movían lentamente en el aire y,

como instigado por una fuerza superior a la suya, deslizó la mano por el cuello de Eleonor, acariciándole la espalda por última vez, hasta separarse por completo de ella.

Ahora estaba sola y ya empezaba a agitarse, con la respiración agitada por el miedo al dolor que se avecinaba.

Sus gemidos le golpearon como latigazos y, de repente, abrió los ojos, despertándose.

Miró a su alrededor. Él estaba a su lado, gimiendo y moviendo la cabeza con desesperación, pero aún inconsciente.

Keiran se apartó para no tocarla y se levantó de la cama como si el contacto le hubiera quemado. Se mordió el labio mientras recordaba el sueño. Homa había estado allí, estaba seguro, o al menos lo que tal vez podría llamarse su espíritu o alma. También estaba seguro de que Eleonor había tenido la misma visión. Apretó los puños para vencer el deseo de volver con ella y consiguió permanecer quieto junto a la cama. Aquellos gemidos le torturaban.

La puerta se abrió y entraron Roy y el doctor Phillips.

Keiran miró primero al médico y luego a su hermano.

—¿Qué demonios estás haciendo? ¿Por qué no estás con ella? —preguntó Roy contrariado, señalando a Eleonor, que sufría.

El doctor Phillips se acercó a Eleonor y le tomó el pulso. El pulso era más regular.

—Está mejor. ¿Qué pretendíais hacer? —le preguntó mirando fijamente al duque.

Keiran abrió la boca, pero enseguida la volvió a cerrar, pensando que el doctor ni lo entendería ni lo aprobaría.

—¿Y? —preguntó Roy con urgencia, impaciente por los gemidos de Eleonor. —¡Maldita sea, Keiran, haz algo!

—No. Deja que se despierte —dijo con seguridad.

—¿Has visto algo, verdad? —preguntó Roy.

Eleonor sudaba y movía la cabeza con gran dolor.

—Estoy seguro de que si el duque ha decidido no ayudar a su esposa, tendrá razones muy válidas —dijo lentamente el médico—. Me gustaría saber más, alteza. Al fin y al cabo, si no me han asombrado vuestras habilidades, no sé qué más podría hacerlo.

Keiran miró fijamente los ojos cerúleos del anciano durante unos segundos. Luego volvió a mirar a Eleonor, finalmente respiró hondo y, volviéndose hacia él, le dijo:

—Tuvimos la misma visión: Homa, la mujer de color que está en el castillo.

—Sí, tu mujer me habló de ella.

—Bueno, se nos ha aparecido en sueños y me ha dicho que quitara las manos para que el dolor hiciera despertar a Eleonor.

—¿Se os ha aparecido? ¿También a vuestra mujer? ¿Cómo lo sabéis?

—Puedo ver los sueños de otras personas con el tacto de mis manos. Tenía mi mano sobre ella mientras dormía.

Phillips asintió, como si acabara de enterarse de la noticia más evidente del mundo. Luego se acercó para volver a tomarle el pulso a la paciente.

—Parece que funciona. Intentad hablarle sin tocarla, por supuesto —le propuso.

Keiran permaneció inmóvil, como si evaluara la propuesta. Luego se movió. Se inclinó sobre Eleonor, apoyando las manos a los lados de su cabeza, sobre la almohada, y con mucho cuidado para no tocarla. Y una fuerte emoción lo invadió.

—Por favor, dejadme a solas con ella.

En cuanto se cerró la puerta, Keiran sintió que un nudo se le formaba en la garganta. No podía soportar verla así.

—¡Maldita sea, Eleonor, despierta ya! —exclamó con voz desesperada de llanto.

Cuanto más la miraba, más enfermo se sentía por ella. Sintió pánico, y sollozó. No estaba acostumbrado a ver sufrir a los demás, pues siempre había intervenido para aliviar su dolor.

—¡Despierta! Me estás haciendo enloquecer... ¡Nunca había llorado como lo hago ahora, ni de niño! ¡Eleonor! ¡No puedo ayudarte! ¡No puedo tocarte! Homa tiene razón, debes venir hacia mí. ¿Lo entiendes?

Se frotó la cara mojada con una mano y sollozó con fuerza.

—¡Sé que puedes oírme y te juro que te atormentaré hasta que abras los ojos! ¡Debes despertarte ya! No puedo estar tanto tiempo, ¿entiendes? No puedo estar sin ti. ¡Si supieras cuánto te quiero! Incluso ahora me haces enloquecer, ¡incluso inconsciente! Nunca había sentido nada parecido. ¡Eres el ser más travieso que he conocido, Eleonor! ¡Maldita sea! ¡Despierta, Eleonor! ¡Despierta, he dicho!¡Te necesito!

Los ojos de Eleonor parpadearon, pero la luz cegadora le provocó un fuerte dolor de cabeza.

Keiran no le dio tregua.

—¡Abre los ojos! ¡Ábrelos! ¡Venga! ¡Sé que duele, pero tienes que hacerlo! Yo no puedo ayudarte, *leannan*, pero estoy aquí. ¡Abre los ojos, así, mírame, mírame!

Eleonor entornó los ojos y emitió un gemido lastimero. Una lágrimas de dolor se filtraron por sus espesas pestañas mientras una luz deslumbrante penetraba en su cerebro nublado.

—Eso es, *leannan*, eso es, amor mío, sí, sí, mírame, estoy aquí —Keiran lloraba y sonreía, enloquecido por el deseo de tocarla—. ¿Me ves, Lio? Habla, te lo suplico...

Eleonor clavó sus ojos en los de él, cerrándolos de vez en cuando, como para protegerse de la luz de la mañana, pero sus apremiantes palabras no le dieron tregua. Finalmente, enfocó su mirada y reconoció los ojos azules, la nariz perfecta, la boca entrecerrada y las lágrimas.

—Hum...

—Te oigo, habla, *mo leannan*, habla.

—Tienes... tienes... la barba larga y estás llorando...

—Eres un incordio —le dijo, sonriendo y sollozando al mismo tiempo—. Esta mañana no me he afeitado porque estaba aquí contigo, llorando por ti.

—Tengo mucho dolor, por favor, ayúdame.

—¿Dónde?

—En la cabeza.

—No puedo tocarte, l*eannan*, todavía no. Ya has oído lo que ha dicho Homa.

Eleonor se desesperó y rompió a llorar.

—No, no hagas eso... ¡Doctor!

El médico entró ansioso al oír los murmullos de Eleonor desde el otro lado de la puerta. Inmediatamente se puso a su lado, le comprobó el pulso y la frente, examinó la herida de la cabeza y la de la pierna.

Eleonor miraba con ojos llorosos a Kein, derramando silenciosas lágrimas por el dolor que sentía.

—Homa tenía razón, después de todo —afirmó el doctor—. Le ordenará a Hettie que traiga algo para el dolor.

El doctor salió, mientras Roy lo observaba atónito desde la distancia.

Eleonor intentó mover una mano, pero le costaba mucho y nuevas lágrimas de desesperación cayeron sobre la almohada.

—Abrázame, por favor...

—Ay, tengo miedo de tocarte, no quiero que vuelvas a quedarte dormida, Eleonor —le dijo

Keiran, pero no pudo resistirse y le pasó el dedo por la frente, estudiando una posible reacción.

Ella continuó mirándole fijamente, muy alerta. Entonces él abrió la mano y la colocó sobre su cabeza, concentrándose en atraer hacia sí aquel insoportable mal. Las vibraciones sacudieron su brazo y sintió el sufrimiento que transmitía. La observó atentamente y vio que estaba despierta.

—No cierres los ojos, Lio, o te juro que retiraré la mano...

Ella no respondió, limitándose a clavar sus ojos en los de él, absorbiendo la energía y el amor que emanaban de él.

El dolor desapareció por poco y se hizo soportable, dándole un respiro y aliento. Estaba cansada, pero se esforzaba por no dormirse.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Varias horas.

—Me encuentro mejor, retira la mano y descansa un poco.

—No, pero no te duermas.

—Has dicho que me amabas, lo recuerdo.

—Sí, puede ser.

—Lo has dicho.

Hettie entró, detrás del médico.

—Eleonor —exclamó la joven, emocionada al ver que su amiga estaba despierta. Se acercó a la cama y le tendió un vaso con un líquido tibio—. Zaynab lo ha preparado con las recetas de Homa y Asabi. El doctor te ha autorizado a probarlo.

Keiran la levantó un poco y Hettie le dio a beber el líquido.

Era azucarado y picante. Eleonor se prometió a sí misma que preguntaría qué era en cuanto estuviera mejor.

Alcanzó a ver a Roy; Lady Bridget Northcliff, en bata, lloraba junto a Agatha y Ramsay. Observó cómo Ben se ocupaba del fuego y se retiraba.

—Aunque la estáis tocando, no se duerme —observó el médico—. De acuerdo. Mantenedla despierta un poco más. Luego podrá dormir. Eleonor, nos habéis dado un buen susto, ¿lo sabíais?

—Lo suponía, de lo contrario, Key... no habría llorado así.

—¿Era necesario hacerlo público? —preguntó Key.

—Tenías la barba larga, me has dicho que me amabas, que ya no podías vivir sin mí y has llorado. Negarlo delante de todos... Keiran Cole MacKendrick, duque de Northcliff, si no eres un hombre de honor...

Keiran apretó los dientes.

—Sabes muy bien que soy un hombre de honor y no niego nada —dijo en voz bien alta—, pero tú, Eleonor Grace Northcliff, sigues siendo el ser más irritante que he conocido. Incluso cuando estás moribunda.

* * *

—Escuchad, no servirá de nada enfrentarse a él y pegarle hasta dejarlo inconsciente —afirmó Hugh Foster mirando seriamente al duque de Northcliff—. ¡Si no le dais la oportunidad de confesar, no podré arrestarlo!

—¡Joder, Hugh! ¡Yo lo mato! ¡Ese es su castigo! —soltó Keiran furioso.

Ahora que Eleonor parecía estar mejor, había decidido que era el momento de intervenir. Pero una furia desmedida se apoderaba de su mente y, sobre todo, de su justo corazón, sin que se diera cuenta de que estaba desvariando.

—Cálmate, Blake —le dijo Daniel amonestándole con la mirada—. Foster tiene razón. Toma, fúmate un cigarrillo, bébete un vaso de *scotch* y piensa con calma. —Le tendió un cigarrillo y le

señaló la silla junto a la chimenea.

Keiran lo miró fijamente. La moderación que normalmente le caracterizaba, le estaba fallando.

Simon le puso un vaso lleno en la mano.

—Maldita sea, Simon, ¿me vas a noquear con todo este *scotch*? —preguntó Keiran molesto.

—Bebe —dijo Roy.

—¿Y cómo le hacemos confesar? —preguntó Daniel.

El silencio que siguió hizo que las palabras de Simon tuvieran más énfasis.

—Se lo pregunto a mi madre.

Todos lo miraron sin comprender.

—Kein —comenzó a hablar, sentándose frente a él—, le diré que Bath le achaca toda la culpa a ella.

Daniel sonrió.

—Demonios, Simon. Realmente eres el hermano de Blake.

Roy se echó a reír.

Keiran los miró fijamente y dijo:

—Yo lo haré.

—¿Estás seguro? —preguntó Daniel dubitativo—. Iré contigo.

—Como quieras. ¡Desde luego, no tengo intención de hacerle daño, Wolf! Es una mujer, ¡maldita sea! En cambio, vosotros dos —dijo Keiran, señalando a los dos hermanos—, iréis a ver a Bath. Yo no podría. Lo mataría antes de que pudiera decir una palabra.

—Por fin razonas —murmuró Daniel.

—¿Qué le vamos a decir? —preguntó Roy.

—Que lady Portland ha confesado, acusándolo exclusivamente a él.

—Entonces, señores —intervino Foster—, vais a enfrentarlos entre sí y confesarán todo lo que puedan para evitar ir a la cárcel, con la esperanza de que les indulten o les reduzcan la pena.

—Así es —confirmó el duque, dando un último sorbo al líquido ambarino—. Pero no sucederá así. Si no mato a nadie, la cadena perpetua está asegurada.

Sonó el reloj de péndulo del salón. Eran las diez de la noche.

—¿Cuándo, Kein? —preguntó Roy.

—Mañana por la mañana, a horas diferentes, porque quiero que Foster asista a ambas reuniones.

Todos estuvieron de acuerdo.

—¿Kein? Soy yo. ¿Puedo entrar? —Lady Bridget abrió lentamente la puerta—. Disculpen.

—¿Eleonor? ¿Está bien? —preguntó Kein con ansiedad, levantándose y acercándose a ella.

—Sí, sí, tranquilo. He estado con ella. Duerme. Solo quería saludaros. Me voy a acostar —afirmó antes de darle un beso en la mejilla.

Se acercó a Roy para hacer lo mismo, y su mirada cayó sobre el escritorio.

Alargó la mano y rozó la bolsa de tabaco que había pertenecido a su esposo. Estaba sorprendida, se veía en sus ojos.

—¿Dónde... estaba? —preguntó con incredulidad al ver el objeto.

Keiran no entendió de inmediato. En dos pasos estuvo detrás de ella y empezó a tener dudas. Aquella bolsa había sido encontrada hacía poco en el bosque nevado de Shell Bay Manor. Siempre había pensado que su padre la había perdido allí hacía muchos años.

—La he buscado tanto... porque Ailbert lo usó hasta la noche en que murió —le explicó su madre, dejándolo estupefacto.

A Keiran se le heló la sangre en las venas y, en un intento por contener su emoción, apretó los

dientes y tomó aire lentamente.

¿Cómo era posible? ¿Hasta la noche en que murió su padre? Seguramente su padre no podía haber perdido la bolsa en el bosque.

—¿Hasta la noche en que murió, mamá? ¿Cuándo la usó por última vez?

—Después de cenar, con lord Bath.

—Ya. Bath. —Keiran miró a Daniel con una expresión de comprensión y este intuyó que su amigo acababa de descubrir algo.

—¿En vuestra cámara, mamá?

—Sí, quiero decir, creo que sí. Había subido antes para evitar que lady Bath y su hija me entretuvieran y la verdad es que esa noche yo estaba agotada, como si me hubiera tomado un somnífero. Pero ¿por qué me preguntas todo esto? ¿Dónde has encontrado esto?

—Debajo de un sofá, en el castillo. Es pura curiosidad. Te la daré cuando se me acabe el tabaco, ¿de acuerdo?

—Gracias, querido. Buenas noches.

Roy besó a su madre y esta salió, dejando un lúgubre silencio en el interior del estudio.

—Esa es la bolsa que encontraste en el bosque del castillo, ¿no? —preguntó Daniel.

—¿Es esa? —se adelantó Roy.

—¡Demonios! —exclamó Foster.

—¡Que el Señor nos asista! —susurró Simon.

—Bath, siempre él. Cuando murió nuestro padre. Cuando se incendió la habitación de Eleonor y su prima Nancy —dijo Keiran. Luego, en un tono bajo que denotaba toda su suspicacia, añadió —: Cuando murió Axel.

Simon volvió la cabeza y, en ese momento, el vívido recuerdo de aquel día en el castillo llenó su mente: su madre jugueteando con las copas, Axel bebiendo lo que ella generosamente le ofrecía, Roy que acababa de beber el refresco, Kein que lo había rechazado.

Estaba mi madre, no Bath. —Parecía más disgustado que los demás. Quizá ella misma había añadido algo a la limonada. Abrió la boca como si fuera a habla, pero Kein le hizo un gesto con la cabeza para que guardara silencio.

—Ahora no, Simon.

—No tuve nada que ver, Kein.

—Lo sé. —Keiran sintió lástima por aquel hermano justo, engendrado por mujer tan malvada. Luego, apartando la mirada, sentenció:

—He cambiado de opinión. Iré yo a ver a Bath. Con Daniel y Foster.

—Acabará mal, Blake, ya lo sabes. Mal para él, quiero decir. Y te arrepentirás, lo sé tan bien como tú —dijo Daniel.

Keiran suspiró.

—No lo mataré si estás conmigo. Como hice con Hambrook.

—Entonces no iremos todos —dijo Roy desafiante.

—No. No quiero que Simon y tú os entrometáis. Solo Danny, Foster y yo. Mañana por la mañana. Buenas noches.

Capítulo 9

2 de marzo de 1812

Daniel sabía que había tenido la suerte de que Nancy no se hubiera enterado de inmediato del grave accidente de su prima. Ahora había tenido que contárselo todo y su expresión de pavor se había transformado en ira. Y esta iba dirigida contra él, por supuesto.

—No era oportuno que te lo dijera enseguida y...

Nancy le dio la espalda para no mirarlo, para no ver las palabras que pronunciaba.

Daniel se enfadó y la tomó del brazo, obligándola a girarse.

—¡Tienes que dejar de darme la espalda cada vez que no quieres escuchar! Ahora lo sabes todo. Puede que no te guste la decisión que tomé, pero era lo mejor y el doctor Phillips estaba de acuerdo conmigo. No quiero hablar más de esto, Nancy, ¿entendido? Discutir por algo así es absurdo.

Ella no respondió, pero apretó los dientes con fastidio. Lo vio salir de su alcoba, dudando si detenerlo. Demasiado tarde. Ya estaba lejos. Cogió su manto y lo siguió.

Debían ir a casa de los Northcliff, y ella estaba ansiosa por ver a Ellie.

En la entrada, Daniel la esperaba con compostura junto a la puerta. La ayudó a ponerse el manto y salieron.

En el carruaje, su mutismo de recién casados en su primera pelea prevaleció incluso sobre el ruido de las ruedas.

Al llegar a casa de los Northcliff, los sorprendió un incesante ajetreo de sirvientes que se ocupaban de diversas tareas, como si cada uno de ellos estuviera deseando complacer a la duquesa convaleciente.

Hettie se adelantó, seguida de Agatha, y dijo:

—Lady St. James, han sido momentos difíciles. Pero ahora todo ha pasado, y Lady Northcliff está mejor. Venid, Mrs. Brodie le ha informado de su llegada y está impaciente por veros.

—He hecho preparar una habitación, lady St. James, en caso de que os quedéis todo el día —le comunicó el ama de llaves.

Nancy sonrió y asintió con la cabeza para agradecer, sin entender por qué deberían quedarse todo el día. Sin embargo, no le disgustó la idea de cuidar a su prima.

Daniel le dijo a Ramsay:

—Esperaré en el salón. ¿Foster?

—También está en el salón, lord St. James. Os acompañaré.

Cuando Hettie abrió la puerta de la cámara ducal, tras llamar, se hizo a un lado para dejar pasar a Nancy.

Esta cruzó el umbral con la mirada ya fija en la cama.

Eleonor estaba semi incorporada, con una expresión pensativa y ligeramente fruncida en su rostro pálido y demacrado. Sobre la cama, algunos recortes de periódico yacían a su alrededor, que parecían, precisamente, los artículos de Carole O'Green.

Al primer intercambio de miradas, Nancy intuyó que algo no iba bien.

Un leve movimiento a su derecha le reveló la presencia del duque, y ella se sobresaltó

visiblemente.

Lord Northcliff tenía en la mano más papeles manuscritos, y su expresión, poco sonriente y jovial, le reveló que lo había descubierto todo.

Instintivamente, Nancy llevó una mano a su boca abierta por el asombro, sin darse cuenta de lo cómica que resultaba con su aire de sorpresa.

* * *

Keiran abrió los ojos, cansado de no poder dormir. Se giró hacia Eleonor.

El rostro de ella aparecía relajado y sereno en la quietud del sueño. Le tocó el cuello con cautela para no despertarla; el latido constante y la tranquilidad le confirmaron que estaba profundamente dormida.

Miró hacia la ventana. Un tenue resplandor rosáceo entraba por la cortina abierta. Amanecía.

Se levantó lentamente y la cubrió hasta el cuello. Se acercó a las cortinas para cerrarlas y evitar que la luz la despertara. Luego se enjuagó la cara y se puso la bata. Se sentó frente al escritorio de su mujer y pensó en el día que le esperaba.

Había dormido poco y mal, preocupado por asegurarse de que Eleonor estuviera bien, pero también por el tormento que le esperaba cuando se encontrara con Bath. ¿Estaría solo? ¿Había participado en esto el Mayor Harris? ¿Y cuánta autoridad ejercía lady Bath sobre su marido?

Mientras reflexionaba, se puso a juguetear con una llave que Eleonor guardaba allí, pero que nunca había visto.

¿Debería interrogar personalmente a Bath o dejar que Danny lo hiciera?

¿Por qué demonios guardaba Eleonor esa llave ahí arriba, en lugar de dejarla en su sitio, dentro de la cerradura del cajón? Intentó introducirla en el cajón de la derecha, pero vio que ya había una llave allí. Luego la probó en el otro.

¿Y si, en lugar de presionar al conde, interrogara a lady Bath? Decirle que la condesa de Portland los había acusado la haría estallar de rabia más de lo que alteraría al conde. Sospechaba que lady Bath odiaba bastante a lady Portland debido al prolongado romance con su esposo.

¿Por qué sacar la llave del cajón en lugar de dejarla puesta? Probó a abrirlo. Estaba cerrado. Giró la llave y, finalmente, pudo ver su interior. Solo había una gran caja, cerrada con llave. Se quedó mirándola. Era la que se había salvado del incendio.

Le diría a la condesa de Bath que lady Portland había acusado a su mente diabólica, solo a ella, y no al conde, su marido.

¿Dónde demonios está la llave de esa caja? Abrió el otro cajón. Había una polvera, el joyero de Eleonor, papel y sobres para escribir. Cogió el joyero y lo abrió. Entre las pulseras vio una llave y la cogió.

Lady Bath vendería su alma por salvarse, de eso estaba seguro. Incluso habría traicionado a su marido para salir de aquello con decoro y sin que la acusaran.

Utilizó la llave para abrir la caja, sabiendo que estaba haciendo algo incorrecto, pero consciente de que, si Eleonor ocultaba algo, tenía derecho a saberlo.

Conocía bien a las mujeres y sabía leer a las personas: trabajarse a Lady Bath sería fácil.

Levantó la tapa de la caja y vio hojas de periódico. Eran recortes de artículos de la famosa Carole O'Green. Frunció el ceño, molesto al pensar que Eleonor ocultaba su admiración por aquella escritora tan discutida y criticada, sin duda consciente de que estaba haciendo algo que a él no le gustaba. Aquella chiquilla parecía disfrutar provocándole. Entonces vio más hojas escritas a pluma y su corazón empezó a latir más deprisa. La duda de que fueran cartas secretas le invadió como una marea negra. Apretó los ojos y leyó con gran dificultad. Entreabrió la boca, asombrado al reconocer un trozo de un artículo de O'Green.

Pensativo, levantó la cabeza y miró al vacío. ¿Por qué estaba copiando Eleonor a mano los artículos de aquella periodista? Era lo más absurdo que había visto en su vida. No, era imposible que estuviera perdiendo el tiempo con... Volvió a mirar las hojas de papel, desesperado y ansioso, revolviéndolas aquí y allá, observando correcciones y anotaciones.

Le asaltó una idea loca e increíble que lo explicaría todo.

Sí, era ella, era ella quien escribía. Era evidente: ¡ella era Carole O'Green!

Se llamó a sí mismo idiota por no haberse dado cuenta de inmediato. Tenía todas las pistas delante de sus ojos y no las había entendido, a pesar de su innata y fuerte capacidad sensorial.

Solo una mujer educada, diferente y rebelde como ella podía haber sido Carole O'Green. Siempre había tenido la certeza de que O'Green era una mujer.

Se volvió para mirarla, apacible en su lúgubre sueño, y se dio cuenta de que no sabía si sentirse indignado por el silencio de aquel secreto u orgulloso de las habilidades de su esposa, no solo literarias, sino incluso para guardar semejante secreto. Su descaro no tenía límites. No, era valor, el valor necesario para perseguir lo que le importaba, para luchar incluso en el más absoluto secreto por algo que claramente amaba, más que cualquier otra cosa. El orgullo que sentía por ella pudo más que su orgullo.

Reflexionó durante unos segundos.

Confesarle que él lo había descubierto todo, rebuscando en sus cajones la habría puesto en evidencia. Era su marido y, en una época en la que un hombre tenía derecho a mandar sobre la mujer en todo, comprobar e investigar a su propia esposa era lo habitual, lo correcto.

Pero ella era Eleonor. La esposa distinta y original que él había elegido, también por su mentalidad moderna. Revolverlo todo de esa manera había sido demasiado, incluso para el intransigente, severo e imperturbable duque de Northcliff.

No le diría nada. Haría que ella misma lo confesara en cuanto despertara. Volvió a colocar todo como lo había encontrado y salió para darse un baño en la habitación junto a la cocina, evitando despertarla.

* * *

Hettie entró en la cámara ducal con la bandeja del desayuno, junto con Agatha.

Eleonor, que aún yacía calentita en la cama, sonrió a pesar del ligero dolor de cabeza que sentía.

—¿Habéis dormido bien, lady Northcliff? —preguntó Mrs. Brodie al descorrer las cortinas.

—Sí, gracias. ¿Dónde está el duque? —preguntó ella, entornando los ojos a causa de la luz.

—Ya ha desayunado abajo para no despertaros.

Hettie hizo ademán de dejar la bandeja sobre su regazo.

—No Hettie, quiero levantarme. Estoy cansada de estar en esta posición.

Hettie intercambió una mirada con Agatha y luego afirmó:

—Eso no es prudente, lady Northcliff. Lo siento, pero sin el consentimiento del doctor...

—Y quiero un baño caliente antes del desayuno —la interrumpió Eleonor.

—Por favor, no os mováis. Voy a hablar con el doctor Phillips.

Pero, en cuanto la criada se hubo marchado, Eleonor se sacudió la manta.

—Ayudadme vos, Agatha —dijo, tratando de utilizar un tono autoritario.

La pobre mujer, conmocionada ante la idea de transgredir órdenes, abrió mucho los ojos.

—¡Ay... no, no se puede! —dijo, cubriéndola de nuevo.

—Vamos, Agatha, ayudadme a dar unos pasos hacia la silla. Eleonor se había destapado de nuevo y se había sentado al borde de la cama.

—Ay, lady Northcliff, no me zarandeéis, no podría soportar vuestro peso, ya soy vieja... —La

pobre mujer empezaba a desesperarse y trataba de razonar con ella poniéndole una mano en el brazo.

Eleonor la agarró de los hombros y se levantó de improviso, sintiendo una punzada en la pierna herida que la hizo vacilar.

En ese momento entró el duque.

—¡Maldita sea! —exclamó, y agarró a Eleonor, obligándola a sentarse en la cama—: Pero ¿en qué estás pensando?

—Quiero darme un baño, y desayunar allí —le respondió ella resueltamente, señalando la mesa.

—Debías esperar mi ayuda. El doctor da su permiso, Agatha. Obviamente, solo estaré yo contigo.

Agatha y Hettie ordenaron preparar el baño.

—Suéltate el pelo —le ordenó Keiran. El doctor ha dicho que no se mojen las heridas. Así que te lavaré con una esponja, de pie en la bañera.

—¿Me lavarás?

—Claro, ¿no pensarás que puedes hacerlo tú misma?

—Se lo pediré a Hettie.

—Hettie no tiene la fuerza necesaria para sostenerte si te caes. Muy bien, Agatha, podéis iros.

—Bien, excelencia. Lady Northcliff, vuestra prima os visitará más tarde. Ha enviado una tarjeta para avisarnos.

—¿Nancy? ¡Qué contenta estoy! Tengo que contárselo todo. —exclamó como una niña.

La puerta se cerró y Keiran la ayudó a desnudarse.

—¿De verdad tienes que contárselo todo? Daniel podría desaprobarlo —le reprochó él, mientras el camisón se deslizaba por los brazos.

—No es mi problema. Yo a mi prima se lo cuento todo.

—Estás muy altanera esta mañana.

—Estoy cansada de estar tumbada.

—Vamos. Mantén tu brazo alrededor de mí.

Eleonor entró en la bañera con gran esfuerzo debido al dolor en la pierna. Pero una vez dentro, disfrutó del agua que Keiran vertía sobre su cuerpo, cuidando de no mojar la herida. La lavó con delicadeza con la esponja, usando su jabón de aroma floral.

—¿Tenías miedo de que muriera?

Él no respondió.

—¿Qué vas a hacer con los gemelos?

—Ya están en prisión.

—¿Bath? ¿Y lady Portland?

—Lo tengo que decidir.

—¿Saben que estoy ilesa?

—No.

—¿Les dijiste que había muerto? —preguntó ella sorprendida, abriendo mucho los ojos.

—No. Pero que habías estado cerca.

Eleonor reflexionó en silencio y luego dijo:

—Entiendo.

—¿De verdad?

—Claro, Key. Así tendrás la ventaja de la sorpresa cuando tú y probablemente Foster vayáis a hablar con Bath o lady Portland.

Keiran siguió pasando la esponja lentamente, arrodillado en el suelo, como si estuviera pensando en algo.

Por último, levantó los ojos para mirarla. Detuvo la mano y con la otra agarró el costado desnudo de la mujer, apretando ligeramente, para dar mayor énfasis a sus palabras.

—No deberías haberlo hecho, Eleonor.

Ella permaneció inmóvil, mirándole fijamente a los ojos.

—Lo hice sin pensar. Pero volvería a hacerlo, Key. Sin ninguna duda.

Él apretó los dientes al sentir un nudo inesperado en la garganta. Cogió la jarra y vertió el agua sobre el cuerpo de su mujer. Luego la cubrió con un paño caliente y, sin decir palabra, la alzó en brazos para que no doblara la pierna. Por último, la abrazó con fuerza y la envolvió por completo. Se tragó aquel nudo, pero sus ojos se llenaron de lágrimas silenciosas.

Eleonor intuyó aquel llanto mudo, pero no se movió.

—Te amo tanto —susurró ella, conmovida.

—No debiste hacerlo —repitió con determinación—. Solo pensar que no saldrías de esta, me estaba volviendo loco, Eleonor —murmuró, iracundo consigo mismo y con ella—. Ya no sé estar sin ti. Y ni siquiera puedo seguir callando lo que siento. ¡No tienes idea del tormento interior que me ha consumido durante tanto tiempo antes de poder hablar! Y si pienso en aquella noche...

Eleonor le posó la mano sobre la boca.

—Por favor, basta. Ya estoy bien, estamos juntos. Y conozco esa angustia que te ha atormentado.

Keiran la miró con severidad.

—El hecho de que te haya dicho que te amo no significa que puedas hacer conmigo lo que quieras, chiquilla. Eso nunca lo permitiré, que te quede bien claro desde ahora.

Eleonor sonrió y lo besó.

—No tenía dudas sobre eso, Key.

Él la ayudó a vestirse.

—¿Vas a matar a Bath?

—Lio...

—Entrégalo a la justicia y olvídate de él.

—No es tan sencillo. Tanto él como su esposa pueden darnos información útil sobre algunos asuntos aún pendientes. Lo mismo ocurre con lady Portland.

—¿Qué asuntos?

Keiran guardó silencio.

—¿Qué asuntos?

—No es asunto tuyo.

—Eres... eres antipático, irrespetuoso y autoritario.

—Eleonor...

Ella le arrebató la bata de las manos y terminó de vestirse sola.

Keiran suspiró.

—Sospechas fundadas me han llevado a creer que Bath y lady Portland estuvieron implicados, de algún modo, en la muerte de mi hermano, en la de mi padre y en el incendio de tu alcoba en el castillo.

Aquellas frases, pronunciadas en voz alta, fueron como una cascada de agua helada.

—¿Estás seguro?

—He hablado de sospechas, Lio.

—Te conozco bien, Key. Sí, estás seguro.

Keiran se alegró de que la mujer le comprendiera a la primera. Se acercó más, obligándola a inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Nadie sabe que estoy convencido.

—Sabes que no hablaré.

—Lo sé.

La sentó a la mesa del desayuno.

—¿Por qué está esa llave sobre el escritorio? —dijo en tono despreocupado, levantándose para meter la llave en la cerradura del cajón. Fingió darse cuenta en ese momento de que estaba cerrado y le preguntó:

—¿Por qué está cerrado? —preguntó, volviéndose para mirarla interrogadoramente.

Eleonor detuvo la mano con la que untaba mermelada en la tostada, confundida.

Keiran decidió que había llegado el momento de continuar con su farsa. Y así fingió captar sus pensamientos.

Ella apartó la mirada, intentando escapar de él.

—Demasiado tarde, chiquilla. Estás ocultándome algo. Lo he visto. Lo sé.

Eleonor se mordió el labio inferior mientras dejaba la rebanada de pan. Se preguntó si no sería mejor hablar antes que ser descubierta.

—Dime qué puedo abrir, Eleonor Grace Northcliff.

—¿Y si no?

—No me desafíes. Me conoces lo suficiente bien como para saber lo que ocurrirá dentro de unos momentos.

Eleonor recuperó el aliento.

—Eres el prepotente de siempre. Está bien, ábrelo —le respondió Eleonor asustada. Le latía el corazón a toda velocidad en el pecho. ¿Qué pensaría Key en cuanto supiera quién era en realidad?

—Puedo oír los latidos desbocados de tu corazón. ¿Es tan grave lo que me ocultas? —le preguntó mientras abría el cajón—. ¿Qué hay dentro de esta caja?

—Hojas.

Keiran tomó la caja, fingiendo estar deslumbrado por la duda, y la miró con ojos que lanzaban destellos.

—¿Son cartas? ¿Tienes una amante? —preguntó con una expresión que amenazaba la cólera más terrible.

—¡No! ¡No es eso, Key, te lo juro!

Hizo como que buscaba la llave de la caja.

—¿Dónde está? La llave, ¿dónde está?

—En el otro cajón... Mira... no es lo que crees.

Tras encontrar la llave, Keiran abrió por fin la caja y rebuscó en ella con gestos frenéticos propios de un esposo suspicaz. Luego, sus manos se detuvieron en los papeles escritos a lápiz y fingió que leía.

Eleonor vio que se esforzaba.

—Leeré yo. De todos modos, es mejor que lo sepas.

—Conozco estas palabras. Son de Carole O'Green —dijo él, levantando la vista, como si no comprendiera. Fingió observarla atentamente en busca de respuestas. Finalmente abrió la boca y dijo—: ¡Eres tú... eres ella, la escritora!

Eleonor, asustada, admitió con un leve movimiento de cabeza.

—Lo siento, no tuve el valor de decírtelo.

Keiran volvió a mirar los papeles y luego perdió la mirada en el vacío. Se pasó una mano por el cabello, agarrándose los mechones como solía hacer cuando reflexionaba o se desesperaba por algo.

—Estás enfadada conmigo, Key.

Él la miró.

—No.

—¿No?

—No.

—Deberías estarlo. Es decir, ¡ella, la escritora, es una rebelde descarada y culta que escribe sin miramientos sobre temas impropios de mujeres!

—Te has descrito a ti misma, *leannan*.

Eleonor se quedó boquiabierta, en silencio.

—No es normal que no te enfades.

—Puede. Quizá haya cambiado desde la noche en que casi te pierdo.

Eleonor intentó recuperar el control, pero seguía muy agitada. Agarró el trozo de pan y reanudó la comida.

—Me hubiera gustado saberlo nada más casarnos —dijo él—. Eres verdaderamente única, Eleonor. Y no encuentro otras palabras para expresar el orgullo que siento por ti.

Eleonor dejó caer la rebanada y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Realmente eres distinto, Key —balbuceó ella, secándose las lágrimas con la servilleta.

Él se acercó después de dejar los papeles sobre el escritorio. Se arrodilló y tomó las manos de ella entre las suyas.

—¿Tienes algún secreto más?

Ella negó con la cabeza.

—¿Me lo contarás todo a partir de ahora?

Ella asintió.

—Termina de desayunar.

—Ya no tengo hambre —respondió ella, sollozando.

Keiran la levantó y la llevó a la cama.

—No quiero estar en la cama.

—El médico ha dicho que descanses después de desayunar.

Eleonor apoyó su dolorida cabeza en la almohada mientras observaba cómo Key revisaba de nuevo la caja. No le dijo nada.

Se interesó por cada hoja, especialmente por aquellas en las que había encontrado anotaciones suyas sobre noticias curiosas, como la desaparición de barcos frente a unas islas llamadas Bermudas, el uso del opio, un estudio sobre la sífilis, una explicación de la palabra «astigmatismo corneal», así como dibujos de una pila eléctrica, de instrumentos médicos de formas equívocas, de mapas con puntos cardinales y de los pequeños caballos de la cálida isla mediterránea de Cerdeña. Una mueca le dio un aire divertido a su rostro.

—Esto es increíble.

Eleonor no respondió, ya que estaba demasiado recelosa de su actitud.

En ese momento llamaron a la puerta y Nancy estaba en el umbral.

Las dos chicas se miraron.

Nancy, feliz de ver que Eleonor estaba bien, esbozó una sonrisa. Pero enseguida se puso seria al ver que su rostro estaba absorto. Entonces vio al duque, los papeles que sostenía y su expresión sonriente y extrañamente divertida. Reconoció los artículos de Carole O'Green

esparcidos sobre la cama y temió por Eleonor.

Las zancadas del duque hacia ella hicieron que se le abriesen los ojos como platos.

Keiran le cogió la mano y se la besó, como corresponde a una mujer casada.

—Espero que estéis bien, lady St. James. Vuestra encantadora apariencia así lo indica. ¿Es Daniel un marido cariñoso? Si no lo es, espero que me lo digáis. Yo sabría cómo ponerlo en su lugar.

Nancy abrió la boca. Volvió a cerrarla. La volvió a abrir, pero no pudo hacer más.

Keiran le puso los papeles en la mano. Luego se volvió hacia Eleonor, asegurándose de que Nancy lo viera y lo comprendiera.

—Ya que lady St. James tiene la amabilidad de sustituirme, iré con Daniel a ocuparme de unos asuntos que tengo pendientes, Lio. Que paséis un buen día.

—¡No! ¡Espera un momento! —Eleonor le volvió a llamar.

—¿Sí?

Eleonor le hizo un gesto para que se acercara. En cuanto estuvo junto a la cama, le obligó a sentarse. Le sujetó el brazo justo por debajo de la axila, donde notó que el músculo se tensaba.

—¿Vas a matarlo? ¿Y a lady Portland? —le susurró en voz baja, como si Nancy pudiera oírlo.

—Eso no te concierne.

—¡Sí me concierne! No quiero que tú...

—Eleonor.

—... mates personas y...

—Eleonor.

—No quiero que te vuelvas peor que ellos y entonces yo...

—¡Basta!

Eleonor tenía los ojos vidriosos, y aquellas frases entrecortadas habían salido de su boca al borde de un llanto inminente. Desde la noche del disparo, se había vuelto más sensible y apenas podía contener las lágrimas.

—No confías en mí.

—No... sí. No es eso. Tengo miedo de que la ira...

—No mataré a nadie —dijo él, mirándola fijamente a los ojos. Luego la besó en los labios y se levantó para marcharse. Al ver el periódico en la mano de Nancy, sacudió la cabeza y murmuró:

—¡Carole O'Green! ¡Qué disparate! Esta chiquilla me va a hacer perder el juicio.

Nancy esperó a que el duque cerrara la puerta y miró hacia la cama.

—¡Me ha descubierto! —confesó Eleonor, extendiendo los brazos en señal de rendición.

* * *

Daniel observaba con preocupación el rostro imperturbable de Keiran y no estaba en absoluto conforme con que se encontrara con lord Bath. Cruzó una mirada de entendimiento con Foster. Tendrían que estar atentos a que la ira del duque no terminara en un homicidio.

Keiran percibió los pensamientos de su amigo, pero guardó silencio. En su lugar, recordó la promesa hecha a Eleonor: no mataría a ese cerdo de Bath.

La carroza aminoró la marcha y, antes de que se detuviera por completo, Keiran bajó de un salto, justo un segundo después de decir:

—Decidle que la duquesa se está muriendo y que lady Portland ha confesado. Yo entraré por la parte trasera.

Daniel descendió con calma, soltando una maldición inaudita e irrepetible que hizo sonreír al lacayo.

—Sería prudente que no se acercara demasiado al conde —sentenció Foster—. Tiene métodos

bastante convincentes para hacer hablar a un hombre. Pero eso ya lo sabéis, marqués.

—Eso es precisamente lo que me preocupa —murmuró Daniel, observando cómo los otros *Bow Street Runners* rodeaban la casa con sigilo.

Foster hizo una seña a dos de ellos para que siguieran al duque.

El mayordomo abrió la puerta con una expresión de sorpresa en el rostro.

—Buenos días. ¿Puedo ayudaros?

Daniel no respondió, solo extendió una tarjeta de presentación entre los dedos índice y corazón.

El hombre leyó el nombre y dijo:

—Puedo avisar al conde, pero dudo mucho que esté disponible a esta hora y sin previo aviso.

—Yo creo que el conde ha dormido demasiado. Avísalo. Y dile también que ya hemos hablado con lady Portland.

El mayordomo se alejó a toda prisa, tan desconcertado que olvidó cerrar la puerta.

Foster permaneció atento, y el alboroto en la planta superior fue señal inequívoca de que el conde y la condesa finalmente habían sido informados de su visita. No había otras vías de escape además de las escaleras. De lo contrario, Keiran estaría listo en la parte trasera.

Transcurrieron algunos minutos y, cuando el conde de Bath bajó por la escalera de madera oscura con una sonrisa burlona en su rostro marcado por el cansancio, Daniel comprendió que contener a Keiran no sería tarea fácil.

Bath echó un vistazo a Foster y luego se volvió hacia el marqués para saludarle con una reverencia.

—Buenos días, lord St. James.

—Yo no diría eso, conde. Para nada va a ser una buena mañana, y menos para vos.

—¿Nos acompañáis a vuestro estudio?

A Bath le molestó aquel tono y la pretensión del marqués de dar órdenes en su propia casa.

—No, prefiero en el salón.

—No era una propuesta. Aunque estemos en el salón de vuestra casa, a partir de ahora seremos nosotros quienes dictemos las normas. Iremos a vuestro estudio —dijo Daniel con ojos inesperadamente mezquinos, y señaló al conde que siguiera adelante.

Bath le observó durante unos instantes, incapaz de sostener su mirada feroz, que desprendía fuego. Se dirigió a su estudio.

Foster los siguió, cerrando la puerta tras de sí y quedándose allí observando.

El silencio se hizo casi insoportable para el conde, que no pudo resistirse a preguntar:

—¿A qué viene tanta arrogancia y grosería solo para charlar?

Daniel entendió que el conde empezaba a inquietarse. No podía creerse que lo hubieran forzado a reunirse con ellos solo para conversar, así que fingía un asombro que, en realidad, no sentía en absoluto.

—La duquesa se está muriendo —dijo Hugh Foster—. Lady Portland ha hablado. Es decir, lo ha confesado todo.

Silencio.

—Disculpad, conde, tal vez no me he explicado bien: «todo» en el sentido de que ha confesado absolutamente todo... incluyendo lo referente a vos.

Silencio.

Bath comenzó a respirar con mayor pesadez.

—¿Quién sois vos?

—Os ruego que me disculpéis de nuevo. Soy Hugh Foster, agente de los *Bow Street Runners*.

El conde empezó a palidecer. Comprendió que debía decir algo.

—Estoy profundamente consternado por la noticia de la muerte de la duquesa, es decir, de que está a punto de morir. Disculpad mi incapacidad para entender de qué me estáis hablando. No comprendo qué tiene que ver lady Portland en todo esto ni, sobre todo, qué tengo que ver yo.

Daniel dio unos pasos hacia él, mirándolo fijamente con ojos amenazadores.

—No os conviene, Bath. Lady Portland ha hablado. Vos lo habéis organizado todo, utilizándola para cometer asesinatos y complots. Incluso os habéis servido de la ayuda del Mayor Harris.

Bath abrió mucho los ojos.

—¡Eso no es cierto! ¡Maldita zorra! ¡Miente!

Daniel alzó las cejas con fingido asombro.

—¿De verdad?

Bath apretó los dientes y guardó silencio.

Daniel continuó astutamente.

—La condesa de Portland se desespera al pensar que cedió ante vos, incluso sexualmente por cierto, y que complació vuestros deseos, deslumbrada por el amor que siente por vos.

—¡Maldita! ¡Miente! ¡Lo orquestó todo ella! ¡Lo juro!

—Difícil creeros. ¿Quién de los dos dice la verdad?

El silencio que siguió fue para Bath el preludio de la muerte. Intentó utilizar su cerebro, pero no podía pensar con claridad. Si su mujer hubiese podido ayudarle...

* * *

Keiran entró por una puerta trasera ante la mirada atónita de algunas criadas que no se atrevieron a detenerle. Hizo que todos guardaran absoluto silencio y esperó a oír al conde entrar en su estudio con Daniel y Foster.

Luego caminó a paso ligero, seguido por dos agentes, y subió los escalones de dos en dos sin mostrar indecisión alguna.

Se encontró con el mayordomo, que exclamó:

—¡Excelencia! A dónde...

Keiran lo fulminó con la mirada.

—Vete con el resto de la servidumbre a la cocina y quédate allí si no quieres acabar mal tú también —le ordenó con un tono grave de voz.

Los ojos del hombre se abrieron de par en par y se dio cuenta de que esta vez sus amos debían haber hecho algo realmente grave. Dio dos pasos hacia atrás, chocando con un hombre, que lo miró atónito y boquiabierto, y finalmente echó a correr hacia la cocina.

Keiran abrió una puerta y luego otra, hasta que encontró la correcta. Se quedó en el umbral viendo pasar nerviosamente a lady Bath, envuelta en una bata de encaje oscuro por la que asomaban descaradamente sus voluptuosas formas. Hizo un gesto a los dos oficiales para que montaran guardia.

En cuanto vio al duque, la condesa soltó una sonora exclamación de asombro y retrocedió unos pasos, como buscando una salida, chocando con la columna de la cama, a la que se agarró para no caerse; retrocedió de nuevo, hasta tropezar con una silla, agarrándose también a ella.

Su expresión de absoluto asombro era lo más genuino que Keiran había visto en aquella mujer desde que la conocía.

Cerró la puerta despacio y en silencio, mirándola con ojos penetrantes mientras intentaba leer sus emociones para actuar en consecuencia.

La condesa de Bath abrió la boca para gritar, pero él habló antes que ella:

—Se han ido todos.

Ella empezó a temblar. Siempre había temido al duque, pues lo encontraba intrigante y, a la vez, atractivo por las emociones que desataba.

—¿Dónde está mi... marido? —preguntó sofocada.

—Abajo, con el marqués de St. James y Mr. Foster, un agente de policía —respondió el duque sin moverse.

—Georgia.

—No está aquí.

Lady Bath no comprendió nada, pero estaba demasiado preocupada por sí misma como para ocuparse de su hija.

—¿Qué queréis hacer?

Keiran dio unos pasos sin dejar de mirarla.

Sabía que aquella mujer escondía un lado oscuro que solo él sería capaz de sacar a la luz y sentía que era la mente más malvada de todo el complot, por lo que solo era cuestión de utilizar la estrategia más ingeniosa para hacerla confesar.

Tomó una silla y la colocó junto a él. Luego le indicó con un gesto perentorio que se sentara.

Lady Bath vaciló un instante, pero obedeció, creyendo que una actitud sumisa y frágil, delicadamente femenina, despertaría el instinto protector de aquel hombre y le haría sentir simpatía por ella.

Keiran lo percibió todo y confirmó su sospecha: aquella mujer sabía jugar con la psique humana.

De repente posó una mano sobre el hombro de ella, con una presión acariciadora. Sintió una fuerte sensación de náusea y la vibración le hizo apretar los dientes. La sintió sobresaltarse por la sorpresa de aquel gesto.

—Esperaré a que habléis, porque sé que vais a hacer. Sois demasiado inteligente para callar y acabar exactamente como vuestro esposo o la condesa de Portland.

—No comprendo.

—Sí que lo comprendéis, mi querida Olivia —insistió él, colocándose detrás de ella. También le puso la otra mano en el hombro—. A decir verdad, no entiendo cómo una mujer inteligente, hermosa y experimentada como vos puede ponerse del lado de un estúpido como vuestro marido. —Se inclinó sobre ella y le susurró al oído:

—Él culpa a lady Portland de todo y ella os culpa a él y a vos.

—¡Zorra! ¡Miente! Yo no tengo nada que ver —se defendió ella, levantando la cabeza para mirarle—. Creedme, no he tenido nada que ver. —Unas lágrimas de actriz fracasada llenaron sus ojos azules y rodaron por su rostro blanco como la porcelana.

Keiran sabía que mentía, pero fingió mostrarse comprensivo al ver aquellas lágrimas. Extendió una mano y se las secó con los dedos, sintiendo repugnancia. Aun así, se esforzó por poner en práctica su estrategia.

—Realmente, sois víctima de las circunstancias. Y yo también podría ayudaros si me dijerais algunas cosas.

Se levantó de un salto, ahora con la firme convicción de que podía manejar a un hombre como el duque de Northcliff. Se acercó lo suficiente como para tocarle el cuerpo y, con aire suplicante, le puso las manos en el pecho.

—Haré lo que queráis, ayudadme, sacadme de aquí.

Keiran percibía el olor de la mentira, del engaño, del artificio. Pero no se inmutó, lo que le daba a entender que aceptaba aquel contacto de buen grado.

—¿Quién mató a mi padre? —le preguntó a bocajarro, haciendo que lady Bath se tambaleara.

Ella se apartó con un respingo, pero la mano de él la retuvo, apoyándose inclementemente en su trasero y apretando con el puño la suave seda.

—Me habéis pedido ayuda y os la voy a dar —dijo mirándola a los ojos azules abiertos de par en par.

Olivia estaba agitada por la mezcla de miedo y excitación que le producía la situación. Los dedos del duque la obligaban a entrar en contacto con su robusto cuerpo.

—¿Quién mató a mi padre? —volvió a preguntar con insistencia.

—Mi marido —respondió ella sin demora, viendo la salvación de lejos.

—¿Cómo?

—No os sorprende.

—Ya lo sabía. Solo necesitaba vuestra confirmación, querida. ¿De qué manera?

Ella se relajó, convenciéndose de que sería capaz de salirse con la suya. No importaba si llevaba a su marido a la horca, el duque la ayudaría de todos modos y hasta incluso podría convertirse en su amante.

—Usó un líquido inodoro e insípido. Esa desvergonzada de la condesa de Portland conoce su nombre, ya que fue ella quien se lo procuró. ¡Desde luego no era la primera vez que lo usaba!

Keiran fingió indiferencia, pero percibió un pensamiento de Olivia dirigido a su hermano muerto, Axel.

—¿Mi hermano también?

—Sí, pero fue ella, Lavinia, no William. Ella os lo dio a todos vosotros, según me dijo mi marido. Pero no salió como ella quería, ya que salisteis sanos y salvos.

Keiran se puso rígido de rabia.

—¿Y el incendio?

—William. Pero no sé mucho de eso, me ha hablado poco. ¿Me ocultaréis? ¿Me ayudaréis?

—Os dije que cuidaría de vos —le confirmó Keiran, mirándola a los ojos—. Es una lástima que él haya preferido la compañía de lady Portland.

Ella apretó los dientes e hizo ademán de alejarse, pero él la sujetó con fuerza y la miró fijamente.

—Sois injusto al torturarme así —dijo ella, dejando escapar unas cuantas lágrimas más—. ¡Esa maldita perra estaba con mi William cuando era la amante de vuestro padre! Ahora está con el Mayor Harris cuando este no está follándose a lady Wilmot, y con William cuando quiere sacarle algo.

Para Keiran no era nada nuevo.

—¿Qué quiere Harris?

—¡Barcos! El vuestro, el de vuestro hermano y, si es posible, el de William.

—¿Y vos? ¿Qué queríais?

Lady Bath guardó silencio, no le gustaba sentirse atrapada.

—No os comprendo —balbuceó, logrando esta vez apartarse de él. La mujer retrocedió unos pasos, con la mirada agachada.

—Me habéis comprendido muy bien.

Ella se mordió el labio, considerando que quizá esta vez debería ser sincera para obtener su protección. Ya se imaginaba una casa propia y la protección del duque.

—¿No me negaréis que queríais que me casara con vuestra hija?

Ella negó con la cabeza, eligiendo ese gesto silencioso para aparentar más fragilidad.

Keiran comprendió su maniobra. Se acercó a ella, le entregó un pañuelo y aguardó unos

segundos.

—No puedo veros como la instigadora del asesinato de la duquesa. Sin embargo, lady Portland os acusa a vos y a vuestro marido.

—¡Eso no es cierto! ¡Os lo juro! ¡Ella quería mataros para que su hijo, lord Portland, se casara con la duquesa! Y... —Se detuvo un segundo, habría prendido fuego incluso a su marido para salvarse—, ¡William quería que la duquesa muriera para que nuestra hija se casara con vos! ¡Pero yo no quería! ¡Yo no quería! ¡Creedme! —Empezó a llorar convulsivamente, con las manos en los ojos, desesperada.

Pero Keiran no la creyó, porque lady Georgia ya había dado su testimonio a Foster, acusando a ambos progenitores y detallando sus conversaciones, de las que se desprendía que la autora intelectual de todo era ella misma, su madre.

Olivia sintió que tenía que dar más valor a sus palabras para que la creyeran.

—Traté de razonar con William, ¡incluso en el castillo! ¡El incendio y cuando intentó dispararos en el bosque! ¡Ni siquiera estabais vos casado! Cuando pienso en ello, Ay, ¡qué horror! —Lloraba, escenificando una tragedia digna de las griegas.

Keiran recordó el sueño que había tenido Eleonor y él, en el que un hombre disparaba desde el bosque. Aquel hombre era Bath.

Se preguntó si podría sonsacarle más información y recordó que la única duda que le quedaba era sobre el transporte de esclavos. Se apartó de la mujer y cogió las joyas que había arrojado despreocupadamente sobre el tocador.

Con una sonrisa, le dijo:

—Tenéis buen gusto. Pero, por supuesto, debéis agradecérselo a vuestro marido y a su comercio de esclavos por haberos podido permitir unas joyas tan maravillosas.

Olivia, tranquilizada al ver su semblante sereno, hizo un gesto femenino con la mano que sujetaba su pañuelo.

—Más bien debería agradecérselo al Mayor Harris: ¡sin él, William ni siquiera sabría lo que es un mástil! —replicó ella, tratando de parecer ingeniosa—. No es que apruebe una actividad tan vulgar, pero, desde luego, los negros rinden mucho más que las especias.

Keiran apretó las mandíbulas para vencer el impulso de golpear a aquella mujer asquerosa y malvada. Respiró profundamente. Se dirigió a la puerta y la abrió para asegurarse de que los dos oficiales lo habían oído todo.

Los hombres asintieron y él se volvió para mirarla.

—Lady Georgia se encuentra aquí, en mi residencia de Londres, como invitada. Es una muchacha sumamente desgraciada por culpa de sus pésimos padres. El sentimiento de culpabilidad la ha llevado a testificar contra vos y vuestro marido, ya que escuchó la conversación en el jardín nada más terminar la fiesta en mi casa. Ya no os queda escapatoria alguna.

Lady Bath abrió los ojos, aterrorizada.

—Será responsabilidad de mi esposa mantenerla y será responsabilidad mía evitar que vuelva a ver a sus progenitores.

Los pensamientos de lady Bath se dirigían ahora a la duquesa, a quien creía moribunda.

—Mi amada esposa está bien —dijo el duque lacónicamente, habiendo captado ese pensamiento.

La mujer se llevó una mano a la boca, al borde del sollozo rabioso con el que corría peligro de ahogarse: había hablado, divagado, en un vano intento de congraciarse con el duque, y todo había sido en vano.

—Los gemelos Stevens también han confesado. Lo siento, querida, tanto vos como vuestro marido, al igual que lady Portland, estáis destinados a la horca, me temo.

Keiran se dispuso a marcharse, miró a los dos oficiales y se detuvo.

Giró la cabeza, la miró fijamente y dijo:

—Sois la mujer más malvada y taimada que jamás he conocido. Mi esposa me ha hecho jurar que no os tocaría ni a vos ni a vuestro marido. Pero debéis saber esto: si no hubiera sido por la promesa que le he hecho, habría utilizado métodos muy diferentes para obtener toda la información que me habéis dado. Aunque una seáis mujer.

* * *

Keiran entró en el estudio de Bath como una furia.

Daniel y Foster se pusieron inmediatamente en alerta, temiendo que fuera a actuar con suma violencia.

Bath retrocedió estupefacto y dejó a medias la frase que estaba diciendo.

—Lady Bath lo ha confesado. Pero es inteligente y sabe que es la única manera de salvarse —mintió Keiran.

El conde se mostró de inmediato incómodo, incrédulo, profundamente afectado por aquella revelación hecha a bocajarro.

—Olivia... ha...

—Eso es lo que os he dicho —insistió el duque lentamente, colocándose frente a él. Luego, en un tono que parecía tranquilo, pero con extrema determinación, comenzó a enumerarlas—: Conspirasteis con lady Portland para matar a mi hermano; fuisteis vos mismo quien mató a mi padre con el veneno que os dio esa mujer; nos disparasteis a mí y a mi esposa desde el bosque del castillo, donde más tarde provocasteis el incendio; sois los instigadores del intento de asesinato de hace unas noches; y, por último, traficáis con esclavos junto al Mayor Harris.

Todas aquellas horribles verdades dejaron atónitos a Daniel y a Foster, que se miraron con gesto de complicidad.

En cuanto al asombro en el rostro de Bath, Keiran sabía bien que se debía a que su mujer había confesado.

—Bath, quiero que lo admitáis, quiero oíroslo decir. Aquí y ahora —lo apremió.

El conde reflexionó que, si su Olivia había decidido revelarlo todo, evidentemente pensaba que era lo mejor para ambos.

Keiran, ya agotado hasta el límite de su resistencia, no dio tiempo a Bath a abrir la boca.

Extendió la mano, agarró el abrecartas que había sobre el escritorio, junto al tintero, y con un gesto rapidísimo, atravesó el robusto muslo del conde, sujetándolo por la garganta con la otra mano en un esfuerzo casi sobrehumano, dado el tamaño del hombre.

Sintió, a su pesar, satisfacción y culpa al mismo tiempo, pero presenció inmisericorde el grito de dolor con que el herido rasgó el aire.

Daniel y Foster no lo detuvieron a tiempo, sino que se colocaron a su lado.

Daniel agarró la mano de su amigo que sujetaba el grueso cuello de Bath.

—No le mates. Eso sería demasiado poco. La cárcel y la horca es lo que se merece.

Foster no intervino, sospechando que Northcliff fingía una reacción exagerada para obligar al conde a admitir su culpabilidad.

—¡Maldito puerco! ¡Eres un cobarde sojuzgado por la diabólica mente de esa fingida inocente que tienes por esposa! Ahora, si tienes valor, niega todo lo que he dicho para evitar la horca y te daré una muerte rápida, ¡aquí y ahora!

Bath, a pesar de su robusto tamaño, no pudo hacerle frente físicamente. Era cierto que

Northcliff era tan peligroso como decían todos. ¡Y tenía miedo de morir! Quizá ganar tiempo en la prisión y obtener ayuda de...

Keiran apenas giró el abrecartas en la herida y el conde se retorció de dolor y gritó, mientras un hilillo de sangre se abría paso sobre sus pantalones y bajaba por sus medias de seda, formando un pequeño charco que empezaba a teñir la gruesa alfombra.

—¡Es verdad! Es... ¡Todo es verdad! Os lo suplico, basta, admito todo lo que habéis dicho.

Keiran le miró fijamente, sintiéndose muy decepcionado.

—Es lo que lo imaginaba. Un hombre digno de ese nombre habría pedido una muerte rápida. Cobarde y estúpido.

La puerta se abrió y tres oficiales asintieron a Foster, que dijo:

—Está hecho. Lo han oído.

Keiran extrajo repentinamente el punzón y la arrojó sobre la alfombra.

—Ahora tendréis la misma cicatriz que Eleonor. Pero no por mucho tiempo, pues os ahorcarán. Se volvió para marcharse. Te espero en el carruaje —le dijo a Daniel antes de abandonar el estudio, mientras se limpiaba la mano ensangrentada en el tapizado de un sillón.

* * *

Caroline parecía cansada tras una noche más de insomnio, por causa de la preocupación que la atormentaba por el hombre que había reconocido en la fiesta.

Incluso Zaynab le había confirmado que se trataba de él. En realidad, era ella, Zaynab, la que estaba más abatida. Pero nadie se habría dado cuenta porque estaba fingiendo bien y no quería que Pitch supiera que aquel hombre era el mismo que la había esclavizado y violado varias veces.

La dulce Beyruud había vuelto a perder la palabra desde que había vuelto a ver a aquel hombre; unos recuerdos atroces habían aflorado dolorosamente, a pesar de que él nunca la había tocado.

—Pequeña —la llamó Zaynab.

—¿Cuándo va a volver? ¡Tenemos que decírselo al duque! ¡Es importante! Vamos a decírselo a Eleonor —insistió la niña por enésima vez.

—¡Su excelencia! —la corrigió Annis, intercambiando una mirada con Zaynab.

Esta última apenas alzó los hombros y miró a Beyruud.

—Vamos —dijo Annis inesperadamente, cogiendo de la mano a Caroline—. Vamos todas.

Caroline sonrió y dijo:

—¡Por fin! ¿Jonathan?

El pequeño se había quedado sentado en la alfombra, con un caballito de madera en una mano, mirando con el ceño fruncido y sin entender en absoluto lo que estaba pasando.

—Vamos, pequeño —dijo Zaynab, dándole la mano.

Jonathan sonrió a su madre de piel negra y preguntó:

—¿A ónde vamo?

—A hacer una visita a duquesa.

—¿Etá bien ahora? ¿Etá también Keian?

—No —le respondió Zaynab corriendo detrás Annis—. Volverá pronto.

—Yo quero jugá con Keian.

Annis llamó a la puerta y, en cuanto lady Northcliff contestó, dijo:

—Vosotros os quedáis aquí. Yo os llamaré.

Caroline frunció el ceño, pero obedeció.

Annis entró cautelosamente en el salón y luego se asomó a la cámara ducal.

La duquesa yacía en la cama, semisentada sobre unas almohadas, y lady St. James estaba en un sillón a su lado. Inmediatamente, hizo una reverencia a las dos mujeres.

—¡Annis! ¿Cómo estás? ¿Cómo están los niños? ¿Los traerás hoy aquí?

—La verdad es que están todos aquí fuera.

—Que pasen.

—Lady Northcliff, he de pediros disculpas por molestarla, pero tenemos un asunto de suma importancia que tratar.

—¿Qué ha pasado, Annis?

—Yo habría esperado al duque, después de todo creo que solo él puede hacer algo en esta situación, pero veréis, ¡Caroline insiste con tanta vehemencia! Y el corazón me dice que la niña tiene razón.

—Por favor, habla.

Annis se acercó y miró a lady St. James con dudas.

—Si me lo permitís, yo dejaría entrar a Zaynab y a los demás —propuso.

En un santiamén, la alcoba se vio invadida por el alegre alboroto que solo los niños pueden causar.

—¡Eleonor! —gritó Caroline, subiéndose a la cama.

—¡Excelencia! —la corrigió Annis—. No, Caroline, no muevas así la cama.

Quédate aquí a mi lado.

—¡Caroline! ¡Te estás convirtiendo en toda una belleza! ¡Jonathan! ¡Dame un beso!

Zaynab le levantó para que pudiera abrazar a la duquesa.

—¡Hola! ¿Por qué tene una venda en la cabea?

—Me di un golpe, nada grave.

—¿Puedo ver la herida de tu muslo? —le preguntó Caroline con descaro.

—¿Quién te ha dicho lo de la herida de la pierna? —preguntó Annis molesta.

—No me acuerdo... ¿Puedo? ¿Puedo?

—¡De ninguna de las maneras! —intervino Zaynab con una determinación que rara vez mostraba—. Estamos aquí, pequeña, para hablar de un asunto serio con su excelencia. Has insistido mucho, así que habla ahora.

Caroline se puso seria.

Eleonor vio que Beyruud permanecía distante como de costumbre.

—Ven —la invitó con un suave gesto de la mano—. Siéntate a mi lado, por aquí.

Beyruud obedeció en silencio.

Luego Eleonor hizo un gesto a Nancy y esta tomó a Jonathan de la mano, lo sentó a la mesa y le dio el papel y el tintero para que se entretuviera.

—Te escucho, Caroline —dijo Eleonor, mirándola.

—Vi a un hombre en la fiesta.

Silencio.

—Es el hombre que nos llevó.

Silencio.

Era evidente que Caroline estaba convencida de que aquellas dos frases bastarían para explicarlo todo.

—¿El hombre que os llevó? ¿Y a quién más?

—¡A mamá Zaynab, a Beyruud, a Jonathan y a mí! —respondió Caroline como si fuera lo más obvio del mundo.

Eleonor se puso rígida y miró a Annis, tratando de mantener la calma.

—¿Es eso cierto, Annis?

La muchacha asintió.

—¿Tú también lo viste, Zaynab? ¿Es realmente el mismo hombre?

La mujer suspiró y asintió.

—¿Estás completamente segura?

La otra volvió a asentir rápidamente.

Eleonor miró a Beyruud, que estaba sentada, con los hombros encorvados y la mirada clavada en la colcha de brocado dorado.

—¿Tú también lo viste?

Beyruud asintió.

—¿Quién es? —preguntó Eleonor, mirando a Annis.

Silencio.

Nancy, que había entendido cada palabra, movió las manos y dijo:

—*No le obligues a decir el nombre delante de ellos, Ellie*.

—Marchaos a merendar, Caroline —ordenó Eleonor.

—¡Pero quiero ver la herida! ¡Me lo prometiste!

—Caroline, ¿estás segura de que la duquesa te lo prometió?

—¡Pero no ha dicho que no! Entonces sí que lo ha dicho.

—No ha dicho que no, ni tampoco que sí. Eso significa que ahora te comportarás como es debido —reiteró Annis en tono autoritario.

Caroline no respondió.

—Annis, Zaynab, llevadle los niños a Agatha. Tengo que hablar con vosotras.

El silencio reinó en la habitación hasta que regresaron.

Annis se adelantó valientemente, se puso de pie junto a la cama y dijo:

—El Mayor Harris.

Eleonor guardó silencio.

—Caroline me lo indicó desde la ventana del balcón. Las había llevado para que curiosearan un poco. Tenían muchas ganas de veros vestida de gala bailando con el duque... y Zaynab lo reconoció.

—¿Estás completamente segura? —volvió a preguntar Eleonor, incrédula.

Zaynab sonrió con una expresión tan melancólica que Eleonor la compadeció.

—Me violó dos veces. Sí, lady Northcliff, estoy segura.

Eleonor cerró los ojos un momento, como si tratara de borrar imágenes horribles.

—¿También a Beyruud?

—No, pero ella lo vio. Los niños no, Beyruud los mantenía cubiertos con una tela para proteger sus inocentes ojos.

El silencio que siguió fue increíblemente incómodo, lleno de inquietud y tensión, y ninguna de ellas parecía capaz de articular palabra.

—¿Se lo has contado a alguien?

—No, lady Northcliff, no se lo he contado a nadie —respondió Zaynab.

Eleonor consideró muy real la posibilidad de que Key y el marqués estuvieran en peligro por ignorar una noticia tan crucial. Si el Mayor traficaba realmente con esclavos y era tan amigo de lord Bath y lady Portland, sin duda el riesgo de que fuera un obstáculo inesperado para su marido era grande.

—¡Hay que avisar a Key, hay que avisar al duque y al marqués!

Nancy corrió hacia la cama haciendo un gesto.

—*¡Yo iré!*

—¿Quieres ir tú? ¿Estás segura? —Eleonor miró a su prima.

Annis y Zaynab se volvieron hacia lady St. James.

—*Sí, tranquila. Conseguiré un acompañante y los encontraré* —respondió Nancy despidiéndose, deseosa de ser útil y de que su marido se diera cuenta.

Zaynab se quedó mirando la puerta recién cerrada, esperando que hubiera llegado el momento de hacer justicia.

—Beyruud necesita vuestra ayuda —anunció Eleonor de pronto—. El doctor Phillips afirma que necesita hablar con alguien de confianza. Coge ese libro, Annis —dijo Eleonor, señalando su escritorio.

La joven obedeció y le entregó el gran volumen a la duquesa.

—No, Annis. Debes leerlo tú. El doctor Phillips me lo dio para que lo aprendiera y lo entendiera. Pero con todo lo que ha pasado, ni siquiera he llegado a la mitad. Ese libro será útil para ayudar a Beyruud. Cuento mucho contigo. Tienes grandes dotes para tratar con niños y jóvenes. Si hubieras sido hombre, probablemente habrías escrito un libro similar.

Annis miró el volumen que tenía en las manos y luego a la duquesa.

—Sois muy amable y no sé qué decir.

—No tienes que decir nada.

—Lady Northcliff, siempre he pensado que no sentíais mucha simpatía por mí.

Zaynab comprendió que había llegado el momento de marcharse. Hizo una reverencia y se fue rápidamente.

Eleonor sabía que su actitud adversa hacia Annis era causada por celos de un pasado placentero que Keiran y la joven habían vivido en su juventud.

—Es cierto. Pero solo porque no entendía lo que había entre tú y mi marido —admitió Eleonor con la dignidad de quien no sabe mentir.

—Espero que no tengáis más dudas sobre mí. O sobre el duque. Él os ama. Solo tiene ojos para vos, lady Northcliff.

—¿Y tú? ¿Qué sientes por él?

—¿Yo? —comprendió por fin Annis—, entre lord Northcliff y yo sólo ha habido una amistad sana, espontánea y abierta, como os dije hace poco. —Luego, temiendo que la duquesa supiera algo más y no gustándole a ella misma las mentiras, añadió—: Y un beso. Solo un beso. De chiquilla. Yo tenía que aprender a hacerlo, porque en el castillo tenía muchos pretendientes y nunca había besado a nadie. ¡No podía ganarme la reputación de ingenua solo porque me había criado entre nobles! Así que se lo pedí al duque, que, claro está, por aquel entonces no era duque, sino marqués. "Era un joven, guapo y encantador, al que todas aquí se habrían entregado de buena gana, con cierta experiencia y mujeres por todas partes; siempre alegre y despreocupado, salvo cuando estaba su padre. Entonces, ¿quién mejor que él para aprender ciertas cosas? Y además, yo sabía que decir que lo había aprendido de él me elevaría ante los ojos de las demás chica.

Eleonor se sorprendió por la sinceridad de Annis. Y la imagen de Key enseñándole a besar la hizo sonreír.

—Bueno, al menos habrás aprendido a besar bien —murmuró divertida.

Annis se relajó, recordando aquel beso de tantos años atrás.

* * *

—Foster permanecerá aquí para dirigir el arresto — señaló Daniel, balanceando el carruaje al subir.

Keiran ya estaba sentado, esperando, con la boca rígida por el esfuerzo de contener su rabia, los ojos fijos en la ventana y las manos por delante, con los nudillos blancos por la tensión.

Daniel decidió guardar silencio. Dio dos golpecitos en el brazo del cochero para indicarle que se pusiera en marcha.

El silencio resultó apenas tranquilizador para Keiran, entre otras cosas porque su mente ya estaba trabajando en cómo tratar con el Mayor Harris y lady Wilmot, que seguramente estaban juntos.

—¿Hacemos todo hoy o prefieres esperar hasta mañana? —preguntó Daniel.

—Hoy.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Doy órdenes de ir a casa de lady Wilmot?

—No, Wolf. A casa. Tengo que coger algo.

Daniel guardó silencio. Sabía que se trataba de un arma. No le gustaba, pero admitió que sería más prudente presentarse armados ante el astuto Mayor.

En cuanto el carruaje entró en la avenida de la residencia ducal, vieron de inmediato una figura femenina con una capa de piel oscura que se acercaba a otro carruaje.

Era Nancy, y Daniel la reconoció de inmediato. Su paso excesivamente rápido le preocupó.

—¿A dónde demonios va con su carruaje?

—¡Maldita sea! ¡Es Eleonor! —La idea de que Lady St. James los estuviera buscando porque algo le había ocurrido a Eleonor aterrorizó a Keiran. Salió del vehículo aún en marcha, seguido por Daniel.

Nancy sintió las vibraciones del carruaje que se acercaba y se dio la vuelta.

—¿A dónde vas? —preguntó Daniel desde lejos—. ¿Lady Northcliff está bien?

Ella asintió con la cabeza.

—*Se trata de un asunto serio, Daniel. Excelencia, no sé por dónde empezar. Eleonor ha tenido a bien buscaros. Se trata de un hombre que Caroline reconoció, lo vio en la fiesta, y Zaynab lo ha confirmado*.

—¿Qué hombre? —preguntó impaciente Daniel.

—*El mismo hombre que se los llevó a todos como esclavos, quiero decir*. —Al ver los rostros perplejos e incrédulos de su marido y del duque, añadió, apretando los labios con irritación—: *¿Queréis hablar con Zaynab? ¡No estoy segura de que le guste contaros que ese cerdo la violó delante de la pequeña Beyruud, que trataba de tapar los ojos de Caroline y Jonathan! ¡Y el hombre es el Mayor Harris!*

Había movido las manos con tanto nerviosismo que su aspecto era muy distinto al de la dulce Nancy de siempre.

A Keiran se le salieron los ojos de las órbitas, le dio la espalda y, pasándose una mano por el pelo, dijo:

—¡Maldito cerdo sarnoso... lo mataré!

Nancy no vio salir esas palabras de la boca del duque, pero el hecho de que Daniel le persiguiera le hizo comprender que el Mayor sería tratado como se merecía. Se volvió hacia la casa, siguiendo a lord Northcliff y a su marido.

Daniel se volvió y le dijo a su mujer:

—¡Quédate aquí!

Capítulo 10

—No puedo esperar más. ¡Voy a mandar a alguien a por novedades! —exclamó Eleonor.

Nancy estaba sentada en su sillón de siempre, junto al fuego, con los pies sobre un taburete. Se había quitado los zapatitos una hora antes, reconfortada por el hecho de que incluso lady Bridget Northcliff había hecho lo mismo.

—*EI duque no lo aprobaría* —sentenció con increíble sensatez.

Eleonor resopló sin mucha elegancia y trató de girarse un poco de lado, pero la pierna le dolía. Golpeó la cama con el puño, profundamente irritada.

—¿Qué dijo lady St. James? —preguntó lady Bridget Northcliff.

—¡Que el duque no lo aprobaría!

—En eso no puedo llevarle la contraria, querida.

—¡Estoy cansada de esperar! ¡Estoy cansada de estar acostada! ¡Quiero volver a mi casa! —exclamó Eleonor.

—¿A tu casa? ¿La de tus padres, Eleonor? Querida, de verdad, no deberías...

—Lady Bridget Northcliff, creo que su excelencia se refería al Castillo —intervino Agatha, visiblemente preocupada por la impaciencia de la duquesa—. Lady Northcliff, ¿os apetecería una tisana relajante?

—No, no, Agatha, gracias. ¡Debo estar alerta! Pero ¿qué se cree? ¿Que puede dejar a su esposa aquí, sin noticias, durante horas? Y además, quiero volver a Escocia. Cuando esté aquí... —Se detuvo de pronto, asaltada por una idea brillante—. ¡Mejor aún, preparémoslo todo, Agatha! ¡Empecemos a hacer el equipaje! —concluyó con impetuosa determinación.

Agatha y lady Bridget Northcliff se miraron alarmadas.

Nancy comprendió que las dos mujeres se encontraban en apuros y no quiso enfrentarse a la duquesa, que estaba muy nerviosa. Decidió poner en práctica una estrategia astuta y eficaz.

—*Eleonor, ¿no serás tan poco delicada como para obligar a Agatha a trabajar a estas horas? ¡Eso no sería propio de ti!*

Eleonor razonó sobre su inapropiada petición y suspiró.

—Tienes razón, Nan. Lo siento, Agatha. No ahora, quizá esperemos hasta mañana para decidir.

—No sé qué le habéis dicho, lady St. James, pero gracias —dijo lady Bridget Northcliff, colocando una manta sobre sus piernas frías—. Querida, ¿quieres probar un poco de estofado? —preguntó a Eleonor.

—¡Ni pensarlo! ¡Tengo el estómago revuelto! ¡Y todo por culpa de Key! Que se prepare para cuando vuelva...

—¡No me imagino al duque sumiso! —murmuró Maggie. Se había quedado en la residencia ducal porque Hugh había enviado a un muchacho avisándole de que lo esperara allí.

—¡Maggie! —la reprendió Hettie.

—¿Qué he dicho? De sobra es sabido que el duque es indomable.

—Estate segura de que Eleonor es la única capaz de domarlo. Y lo sé bien, ya que soy su madre —explicó ´lady Bridget Northcliff.

—Cierto —confirmó Agatha.

—¿Os ayudo a mover la pierna? —preguntó Hettie con amabilidad, acercándose a la cama.

—Sí, por favor, Hettie, te lo agradecería mucho.

La doncella tomó la pierna con sumo cuidado y la dobló ligeramente. Vio la mueca de dolor en su rostro.

—Prepararé la medicina que dejó el doctor —dijo luego con seguridad.

Maggie tomó el vaso con el bebedizo y se lo acercó a Eleonor, observándola.

—Gracias, Maggie. Siéntate. No soporto verte caminar con ese peso —dijo Eleonor, señalando la barriga de la muchacha, que apenas se notaba—. ¡Y no soporto no poder visitarte! ¡Malditos sean Bath y la víbora de su esposa!

Lady Bridget Northcliff frunció el ceño, divertida por su pintoresco lenguaje.

—*Ya que estamos... ¿Dónde dejamos a lady Portland?* —dijo Nancy lentamente mientras movía las manos.

—¡Eso es! ¡Maldita sea ella también! ¡Desvergonzada arpía, que un rayo la parta en dos por su maldad! —volvió a estallar Eleonor.

—¿Qué ha dicho? —preguntaron a coro lady Bridget Northcliff, Agatha y Maggie.

—¡Me ha señalado que me olvidaba de lady Portland! —respondió Eleonor mirando a su suegra, y preguntándose cómo había podido aguantar durante años la traición de su marido con aquella desvergonzada—. ¡En vuestro lugar, yo le habría sacado los ojos hace muchos años!

Bridget se rio.

—¡Tan seguro como que mañana saldrá el sol! —añadió Maggie—. ¡Tan seguro como que será un varón! —agregó, tocando el vientre.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Eleonor.

—¡Demasiado dolor de espalda!

Nancy rio y movió las manos mientras miraba a Eleonor.

—*Tía Sophie decía que por tu culpa sufría dolores de espalda y que dabas muchas patadas. ¡Todo el mundo hablaba de un niño! Pero el tío Nick lloró cuando te vio... me lo contó mamá.*

Eleonor sonrió al recordar a sus padres.

—Sí, nada de varones. Ya era rebelde incluso en el vientre.

—¿Qué ha dicho? —preguntaron las demás al unísono.

—Que mi madre siempre contaba que yo pateaba mucho y que tenía dolor de espalda constantemente.

—¡Entonces es niña! —exclamó Maggie con satisfacción y, levantando los brazos al cielo en un gesto exagerado, dijo—: ¡Señor compláceme!

Todas rieron divertidas.

—*¿Por qué quiere una niña?* —preguntó Nancy.

—*Dice que ha visto demasiados varones* —le respondió Eleonor usando los gestos para que no la entendieran.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el coro de siempre.

—Que ojalá que así sea. ¿Qué hora es?

—Las nueve y veinte —respondió Hettie.

—¡Se acabó! Manda a alguien.

—¿Y si esto interfiere en algo que están haciendo? —preguntó la doncella, titubeante.

Eleonor entrecerró los ojos al observarla.

—Desde que estás con Ben, te has vuelto demasiado sabia.

—Cierto —intervino Maggie—. ¡Y aburrida! Espero que en la intimidad con Ben...

—¡Maggie! —la reprendió Hettie, mientras lady Bridget Northcliff disimulaba una sonrisa

divertida.

—*Daniel dice que Ben siempre ha tenido un montón de chicas detrás de él* —le comentó Nancy a su prima.

—¿De veras?

—¿Qué ha dicho?

—Que según ella... Ben y Hettie hacen una pareja encantadora —se inventó Eleonor

—¿Bien? ¿Os referís a... en la intimidad? —preguntó Maggie con descaro.

—¡Maggie! —la regañó Hettie.

Agatha abrió los ojos, preocupada por lady Bridget Northcliff, pero esta se estaba divirtiendo muchísimo y guardaba silencio, atenta a la conversación.

—*¿Qué más dice tu Daniel? ¿Ben engaña a Hettie?*

—*No, Ellie, ¡para nada!*

—*¿Y cómo lo sabe tu marido?*

—*¡Por el duque, obviamente!*

—¿Qué ha dicho? —preguntó el coro habitual.

—Que… Hettie sabe cómo mantener a su prometido.

—¡Aprendió de mí! —exclamó Maggie, golpeándose con orgullo su generoso pecho.

La risa de lady Bridget Northcliff sonó inesperadamente.

Al igual que la figura oscura que apareció en el umbral de la puerta.

Keiran había escuchado la última parte de la conversación. La mezcla de perfumes femeninos en la habitación lo envolvió en una ráfaga de calor agradable y reconfortante. Pudo distinguir con claridad la fragancia floral de Eleonor.

—¿Qué demonios hacéis todas aquí? ¡Esto parece un harén! —dijo sin pensárselo dos veces.

Eleonor se giró hacia la puerta con los ojos muy abiertos. ¡Por fin había vuelto! Su rostro lucía cansado y abatido, lo veía con claridad. Frunció el ceño y, sin piedad, replicó:

—Y tú lo sabes bien, ¿verdad?

Keiran entendió de inmediato que estaba molesta tanto por la espera como por su propio estado de salud.

El silencio cayó sobre la habitación, cargado de una tensa espera.

Maggie y Hettie temieron por la duquesa y miraron, alternativamente, a ella y al duque.

Lady Bridget Northcliff, lejos de preocuparse, se levantó con calma. Conocía bien el significado de aquella expresión agotada.

Agatha sirvió una generosa dosis de *scotch* y se la ofreció con una leve sonrisa en los labios.

Keiran tomó el vaso y, en un tono bajo pero firme, dijo:

—Quiero comer, dormir y estar solo con mi esposa. ¡Mujeres, todas fuera!

Su madre y Agatha sonrieron abiertamente, pasaron junto a él y le dieron un beso en la mejilla ya áspera por la barba incipiente.

Hettie y Maggie salieron rápidamente después de hacer una reverencia apresurada.

—Enviaré a Ben con la cena —avisó Agatha—, para dos, ya que lady Northcliff no ha comido y debería hacerlo, tal y como ha ordenado el doctor —añadió con la astuta sabiduría de una mujer madura y experimentada, sabiendo que el duque se aseguraría de que así fuera.

Cuando la puerta se cerró, Keiran habló:

—¿Por qué no has comido?

—Quiero volver a casa.

—¿No has comido por eso?

—¡No... porque estaba preocupada por ti! ¡Quiero levantarme... y volver a casa!

—Pareces Caroline —la reprendió él mientras se desvestía.

Eleonor, como si de repente lo recordara, se dio cuenta de que debía hablar con su marido sobre lo que había descubierto del Mayor Harris.

—Hablando de Caroline...

Keiran arrojó la ropa sobre una silla.

—Ya está resuelto. El Mayor ha sido arrestado. Preferiría no hablar de esto esta noche.

—Pero dime al menos...

—Eleonor.

—¡Maldición! —exclamó ella. Intentó incorporarse, pero aquella maldita herida tiraba terriblemente de la piel, y no pudo evitar hacer una mueca de dolor.

Keiran no la vio, pero sintió una leve vibración.

—¿Te ayudo?

—Quiero sentarme. En la mesa.

Él no tenía ganas de discutir sobre el hecho de que sería mejor quedarse en la cama. Así que apartó las mantas y deslizó las manos bajo ella, tomándola en brazos. La depositó con delicadeza en la silla, le puso la bata y cubrió sus piernas con una manta.

—Apestas —dijo ella al percibir el olor a humo.

—Lo sé —respondió él, dirigiéndose al baño.

—¡Has vuelto a fumar! —le recriminó ella sin obtener respuesta. Esperó un minuto, reflexionando.

Se daba cuenta de que estaba buscando razones plausibles para regañarlo. Tal vez necesitaba discutir para desahogar su mal humor. O quizás, en el fondo, estaba enfadada con él por haber resultado herida. Pero sabía que no tenía razón, sabía que había sido su propia elección salvarle la vida.

—¡Quiero que me digas qué ha pasado! —gritó, tratando de hacerse oír por encima del ruido del agua corriendo, con la única intención de provocarle una reacción, pero él no le respondió.

—¿Me has oído?

Silencio.

—Pero ¿¡me has oído!? —gritó ella aún más fuerte.

—¡Maldita sea! ¡Te he oído, Eleonor!

Apretó los labios y miró hacia la puerta.

Allí estaba él, solo con una toalla ceñida a la cintura. Gotas de agua, brillantes incluso a la tenue luz de las velas, caían de su cuerpo bronceado y musculoso hasta mojar la alfombra. Su cabello negro azabache despedía destellos azulados.

—¡Vas a conseguir que me cabree! —dijo entre dientes, dándose cuenta demasiado tarde de que había sido vulgar.

Eleonor permaneció impasible.

—No me impresionas con tu lenguaje. Conozco todas las obscenidades que los hombres sois capaces de decir. Quiero saber qué ha pasado.

—¡Quieres saberlo... siempre quieres saberlo! Esto es lo que ha pasado. —Se puso delante de ella y describió los hechos sin pudor, como si estuviera hablando con un hombre—. Me he encontrado a lady Bath en su habitación, donde ella, con su bata transparente, ha intentado manipularme como hace con su marido. Le he permitido que se frotara contra mí y, por mi parte, le he tocado el culo, lo que la ha excitado mucho.

Eleonor puso una expresión de rabia, luego abrió los ojos de par en par, imaginando la repugnante escena.

—¡Así he sabido que lady Portland envenenó a mi hermano Axel y que con el mismo veneno Bath mató a mi padre!

Eleonor se dio cuenta de lo perturbado que estaba y se maldijo por haberlo provocado tanto. Veía sus ojos irradiar una ira apenas controlada. Abrió la boca para decirle que se detuviera y que la perdonara, pero él golpeó con violencia la mano sobre la mesa, haciéndola temblar, y apoyándose en esa misma mano, se inclinó hacia ella, como si quisiera golpearla más de cerca con sus rudas palabras.

—Luego me he reunido con Wolf y Foster en el estudio donde estaban interrogando a Bath, ¡y allí le he insertado a ese cerdo asesino un jodido abrecartas! Estaba a punto de clavárselo en la garganta, ¡pero tu imagen apareció, deteniendo mis ganas de matarlo! ¡Me he conformado con destrozarle un muslo!

Se levantó y sin más límites continuó su arrebato.

—En cuanto tu prima nos ha contado lo del Mayor, he irrumpido en su barco, o mejor dicho en el de Bath, con todos mis hombres. Se han pegado y un par de los míos están aquí para que Ben los cure. El Mayor y yo hemos nos hemos acalorado, pero cuando él ha sacado un cuchillo, ¡he tenido que defenderme y, transgrediendo tu maldita promesa, matarlo! Estarás aún más decepcionada ahora, ¿verdad, Eleonor Grace?

El tono sarcástico alcanzó a Eleonor como un latigazo en el corazón, mucho más que la noticia de que Key había matado al Mayor. Lo miraba atónita, incrédula, estupefacta. Unas lágrimas velaron sus ojos verdes, pero permaneció inmóvil mirándolo a través de esa cortina de niebla líquida.

—Sí, duquesa, lo has oído bien. ¡Lo he matado! Para defenderme. ¿Quieres los detalles? Después de que casi me ha apuñalado por la espalda, he intentado desarmarlo. Él seguía golpeándome y yo esquivándole. ¡Hasta que he tenido que detenerlo para no terminar muerto!

Había alzado la voz y estaba furioso. Con ella. Con el mundo. Con las injusticias.

En otro impulso de rabia, golpeó el puño sobre la mesa y, con un manazo, lanzó lejos el vaso que usaba para beber el whisky, haciéndolo estrellarse contra la pared.

El ruido del cristal roto sobresaltó a Eleonor, que no dejaba de mirarlo, sin poder reconocer a su marido.

—Eres absurda. Primero quieres saber, luego te escandalizas y te horrorizas, como cualquier mujer. Pero tú no eres como las demás y nunca lo serás. Te complace ser justa y ni siquiera te das cuenta de ello. Pero yo lo siento. Lo sé. —Se dio la vuelta y se dirigió a paso rápido hacia el baño. Su espalda goteaba sangre por una larga y fina herida.

Eleonor se quedó boquiabierta, asombrada por el resultado visible del choque con el Mayor. Intentó levantarse, pero una fuerte punzada le impidió hacerlo.

Entonces se agarró a la mesa y, con un enorme esfuerzo, consiguió incorporarse. Bajó la pierna y, inesperadamente, descubrió que el dolor era soportable. Caminó renqueante, tratando de alcanzarle, y cuando estuvo en el umbral del cuarto de baño, lo vio de pie, secándose el pelo con fuerza con una toalla.

—Déjame que te cure ese corte.

Él se quitó la toalla de la cabeza y la miró.

—No debes andar.

—El doctor no lo ha prescrito. —Ella se acercó, cojeando. Le cogió del brazo, en parte para sujetarse y en parte para darle la vuelta. Inspeccionó la herida de cerca, limpiándola con una toalla—. Tengo que darte algún punto.

—No tengo ganas —contestó él.

—No deja de sangrar. Hay que darle puntos.

Oyeron llamar a la puerta.

Eleonor vio a Ben con una bandeja en la mano.

—¿Me ayudas a coser una herida o llamo a Hettie? —le preguntó de pronto mientras se dirigía hacia él.

Ben la miró asombrado por su forma de caminar y aún más por la petición, y entonces vio la espalda ensangrentada del duque a través de la puerta del baño. Los dos se miraron un momento.

—Os ayudaré yo —se ofreció Ben.

Eleonor le dio instrucciones.

Cuando Keiran apareció en el umbral, su mujer le señaló la cama.

—No, de pie.

—No, en la cama —insistió ella por miedo a que se sintiera mal mientras lo cosía.

—¡Maldita sea, Eleonor!

—Me duele la pierna si estoy mucho tiempo de pie —le mintió ella, esperando que él no se diera cuenta de su embuste.

Key solo la creyó porque no tuvo tiempo de buscar en sus ojos. Se tumbó boca abajo y apretó los puños, concentrándose en el maravilloso aroma que desprendía con cada pequeño movimiento.

Eleonor fue rápida, dando pequeños y precisos puntos, y luego limpió la herida hasta que dejó de sangrar.

—No quiero vendas —dijo Keiran tercamente. No había emitido ni un gemido mientras la aguja perforaba repetidamente la piel.

—Para dormir te las pondrás. Ahora come —le replicó ella.

—Excelencia, ¿me quedo a servir?

—No, gracias. Yo lo haré. ¿Y los muchachos? —preguntó Keiran.

—Nada grave. Los he curado y vendado.

—Muy bien. Buenas noches, Ben.

Se quedaron solos. El olor a comida invadió la habitación y Keiran se dio cuenta de que estaba hambriento.

Era extraño. Había matado a un hombre y, normalmente, incluso en una simple riña, perdía el apetito. Esta vez no. Consideró la posibilidad de que aquella especie de melancolía mezclada con bienestar procediera del hecho de que por fin se había cerrado un capítulo de su vida que llevaba demasiado tiempo inconcluso.

Ahora lo sabía todo. Todo estaba claro. Todo tenía sentido. La verdad era suya. El rostro de Axel invadió su mente y fue como tenerlo allí.

Se acercó a la ventana, corrió la cortina y hundió la mirada en la oscuridad de la noche londinense. Las farolas de la calle apenas iluminaban la oscuridad de la noche. Entonces sintió la mano de Eleonor en su brazo.

—Déjame solo. Come.

Pero ella también le puso la otra mano en el pecho.

—Déjame tranquilo —dijo él entre dientes.

Pero Eleonor no le tenía miedo.

—¡Déjame!

Se apoyó en él y lo abrazó, sorda a sus protestas.

"Keiran permaneció inmóvil, intentando, quién sabe por qué, rechazarla. Pero ella era un reclamo demasiado tentador que no supo ignorar.

La miró solo un segundo, luego se abalanzó sobre su boca, con ímpetu y desesperación. La estrechó con prepotencia, entrelazando los dedos en el cuerpo suave y perfumado, recordando apenas no tocarle la pierna.

Ese beso fue agresivo y la mano con que agarró un seno nada delicada. Pero no se detuvo, porque ella lo estaba complaciendo. Tenía que poseerla de inmediato. Desató su propia bata y sin delicadeza liberó el cuerpo de su esposa de las prendas de encaje.

A Eleonor le excitaba el hecho de saber cómo despertar en él reacciones tan apasionadas. Seguía viéndolo como el hombre con el que había soñado durante años: inaccesible, perturbador y, por lo tanto, aún más deseable. En cuanto se dio cuenta de que Key iba a penetrarla, se agarró a sus hombros para ayudarle y notó cómo sus músculos se tensaban.

Keiran la apoyó contra la pared y la observó un momento antes de penetrarla. El gemido de la mujer le satisfizo, así que entonces empujó una y otra vez con un ritmo implacable y agresivo. Sus respiraciones se mezclaban en una sensual sinfonía de sonidos eróticos.

El torrente de aquel sexo ferozmente consumido y en pie, era una válvula de escape para él. La escrutó para asegurarse de que no estaba haciendo nada inadecuado, pero parecía que Eleonor lo aceptaba incondicionalmente, olvidando incluso el dolor de su pierna.

Keiran se deslizó con precisión, disfrutando de cada jadeo que ella emitía con cada embestida, enlazando sus ojos con los de ella sin dejar de mirarla fijamente ni un momento.

Desencadenó un orgasmo inmediato en ella y, al oírla gemir desenfrenadamente, embistió dentro de ella con fuerza, cada vez más, incapaz de controlarse. La sintió correrse por segunda vez. Solo entonces explotó también él, abrumado por la fuerza de aquella pasión incontrolable que, sin darse cuenta, le hizo morderle el labio, haciéndole sangrar.

Permanecieron así varios segundos, jadeantes y exhaustos, embelesados por la inesperada pasión.

Cuando Keiran recuperó la lucidez, se preguntó cómo había podido dejarse llevar así. La miró y vio la sangre en sus labios.

—¡Mierda! Qué he hecho...

—A mí me ha gustado.

—Te he mordido, perdóname.

Eleonor lamió el líquido rojo con la lengua.

La besó suavemente, lamiendo la pequeña herida. Finalmente, la tumbó en el suelo y salió de ella lentamente.

—¿Te he hecho daño?

Ella negó con la cabeza.

Él la cogió en brazos y la ayudó a lavarse sin hablar. Luego la sentó a la mesa, colocándose a su lado. La miró fijamente.

—Sé que te ha gustado, pero también sé que no debería haber sido tan agresivo. Te pido perdón.

Eleonor le sirvió la carne en el plato y empezó a comer en silencio.

Keiran frunció el ceño.

—Estaba enfadado. Debería haberme detenido.

Finalmente, le miró.

—¿Habrías sido capaz?

—Tal vez.

—Ha sido diferente.

—¿Diferente?

—Salvaje.

Él se llevó un bocado a la boca.

—Las parejas convencionales no hacen esto.

—¿Por qué no?

—Las esposas convencionales no lo hacen.

—¿Por qué no?

—Porque se limitan a quedarse quietas y dejar que el hombre haga lo que debe para tener un heredero.

—Yo no soy convencional. Ni siquiera en esto.

—No. No lo eres.

—¿Quieres que sea una esposa convencional?

—No.

—¿Se te ha pasado la rabia que tenías cuando has vuelto?

—Casi.

—Perdóname por no haberme dado cuenta enseguida.

Keiran la miró.

—Perdóname por haberme desfogado contigo de esa manera.

* * *

El aroma de la primavera flotaba en el aire y lo rodeaban las flores silvestres típicas de Escocia. Estaba solo, pero notaba una presencia.

De repente, una risa graciosa le hizo darse la vuelta. No vio a nadie.

Y volvió a oír aquella risita simpática, típica de los niños pequeños. Miró a su alrededor, pero no vio nada fuera de lo normal. Aquel maravilloso sonido le hizo reír.

Por eso se despertó sobresaltado. Se dio cuenta de que estaba sonriendo y se preguntó qué significaba aquel sueño.

Miró a su alrededor, desconcertado.

La habitación estaba a oscuras y Eleonor dormía de lado.

Entonces se dio cuenta de que seguía teniendo la mano sobre su vientre y fue entonces cuando le invadió una sensación agradable. Como una energía positiva que pasaba de su mano a su brazo y entraba en él, inundándolo de alegría.

Tardó unos segundos en comprender que Eleonor estaba embarazada. Permaneció quieto, disfrutando del suave abrazo que le ponía en contacto con su hijo por primera vez. La estrechó contra su cuerpo.

Esta vez no le diría nada. Esperaría a que se diera cuenta por sí misma para darle la alegría del descubrimiento que toda mujer debería sentir.

Y la llevaría de vuelta a Shell Bay Manor cuanto antes.

* * *

3 de marzo de 1812

El duque, de pie detrás de su escritorio, la examinaba con los ojos apenas entornados, estudiando su actitud resignada, bastante inusual en ella.

Ella estaba sentada con compostura, sorprendentemente vestida, por primera vez, sin hacer ostentación de su generoso busto, con la mirada fija en las manos que descansaban en su regazo.

—El juez os confiará todo el patrimonio de vuestro padre —dijo Keiran lentamente.

Lady Georgia levantó los ojos, asombrada.

—Solo puedo sugeriros que seáis prudente con la herencia y se la confiéis a alguien experimentado y de confianza.

Abrió la boca y dijo audazmente:

—Confiaba en que pudierais ayudarme vos.

Keiran valoró aquella declaración, pero sobre todo la intención que pudo percibir en ella. Era sincera.

—Puedo hacerlo, pero no en persona. Os confiaría a mi abogado.

—De acuerdo, gracias por vuestra buena disposición.

Él suspiró, cediendo a su deseo de hablar con franqueza.

—Escuchad —comenzó su exposición, rodeando el escritorio para sentarse en el sillón frente a ella. Apoyó los codos en las rodillas e inclinándose hacia delante en actitud confiada, le preguntó —: ¿Qué os gustaría hacer ahora? Londres sabrá en muy pocos días lo que ha ocurrido, y dentro de una semana Francia sabrá que vuestro padre y el Mayor Harris traficaban con esclavos. Y, sobre todo, que son traidores a la Corona.

Georgia apretó los dientes. Nunca se había dado cuenta de que su padre era un rufián de semejante calaña, aunque en realidad no sentía ninguna simpatía por la gente de color.

—Os hablaré sin rodeos: en mi opinión, no deberíais estar en Londres.

—Lo sé. Pero ¿adónde podría ir? —preguntó con la mirada perdida.

Él aguardó unos segundos antes de responderle lo que llevaba pensando unos días.

—A Italia.

La chica apenas inclinó la cabeza, mostrando una actitud interesada.

—Yo mismo os mandaría a personas de mi confianza que podrían introduciros en el ambiente adecuado.

Lady Georgia parecía incrédula ante tan buena fortuna.

—Quizá os gustaría frecuentar el ambiente musical. Conozco personalmente a Muzio Clementi.

Keiran la miró para ver su reacción al oír el nombre del compositor italiano, conocido editor de Beethoven, que llevaba años afincado en Londres.

—Estoy seguro de que él podría daros muy buenos consejos si decidierais ir a Italia a fomentar vuestra pasión por el canto.

Georgia estaba desconcertada, porque nadie le había planteado la posibilidad de dedicarse profesionalmente a su verdadera habilidad.

—Yo... ¿Creéis que estaría a la altura?

—¿Y por qué no se lo preguntáis al propio Clementi?

Ella sonrió, como si una luz de esperanza hubiera iluminado su rostro.

—Me encantaría.

—Bien. Voy a enviar un mensaje al Maestro. Una última cosa, lady Georgia.

La mujer se puso seria.

—Mientras estéis bajo mi protección tendréis una dama de compañía. Pero os sugiero que la tengáis incluso cuando salgáis de esta casa. Deberíais tenerla siempre.

—Tenéis razón. Encontraré a una persona adecuada o tal vez vosotros sepáis...

—Su excelencia, la duquesa, sin duda os dará algún nombre adecuado.

Ramsay llamó a la puerta, aunque estaba abierta.

—Excelencia, su excelencia desea que os reunáis con ella.

—Gracias, Ramsay, enseguida voy —dijo el duque mientras se ponía en pie.

Lady Georgia lo imitó.

Keiran la miró fijamente y decidió seguir hablándole sin rodeos.

—A partir de ahora estaréis sola, lady Georgia. Elegid con cuidado en quién confiáis y, sobre todo, vuestras compañías. Sobre todo los hombres.

Georgia inclinó la cabeza con culpabilidad y asintió.

—Sed discreta con vuestros asuntos personales e íntimos, porque la sociedad, lady Georgia, nunca perdona cierto tipo de errores, aunque a vos no os lo parezcan.

La vio asentir de nuevo. Se alejó, dejándola sola en el estudio para que reflexionara sobre aquellas últimas palabras.

* * *

Eleonor estaba sentada al borde de la cama.

—No, no voy a ayudaros, si no el duque la tomaría conmigo —dijo Hettie mientras doblaba la ropa.

—Vamos, Hettie, solo hasta la silla, ¿ves? ¡Ya estoy levantada! También lo hice anoche —le reconoció Eleonor, consciente de que había hecho mucho más que eso. Pero, por supuesto, no podía dar más explicaciones.

Cuando se abrió la puerta, la doncella se sintió aliviada al ver al duque. Hizo una reverencia, pasó junto a él mientras murmuraba.

—Gracias al Cielo —y salió.

Keiran esbozó una sonrisa, divertido por la preocupación de la doncella.

—¡Quiero regresar a casa, Key, ahora mismo! —suplicó Eleonor con determinación, convencida de que para conseguir lo que quería tendría que hacerse valer.

Él sonrió.

—De acuerdo.

—¿De veras? —preguntó ella incrédula ante tan fácil victoria.

—¿Qué?

—¿Me llevas a casa?

—Sí, he dicho que de acuerdo.

Eleonor asumió una expresión feliz y, con pasos inseguros, llegó hasta él para abrazarlo. Le besó en los labios y dijo:

—¡Llamaré a Agatha y haré los arreglos inmediatamente!

—Te la enviaré en cuanto baje.

—¿A dónde vas?

—Tengo asuntos que resolver.

—¿Tienes que pegarle a alguien más?

Keiran la amonestó con la mirada antes de acompañarla a la mesa.

—Come.

Permanecieron en silencio durante unos minutos.

—¿Cómo puedo retirar una gran suma de dinero de mi cuenta?

Él la observó, receloso.

—¿Para qué quieres tanto dinero?

—La necesito, en fin, para algo que tengo en mente.

Eleonor adoptó la expresión que ponía cuando deseaba obtener algo y le acariciaba el abdomen de forma persuasiva.

—Legalmente eres libre de hacer lo que quieras, porque nunca he establecido ninguna restricción legal al respecto —replicó Keiran lentamente—. Sin embargo, te exijo que me digas para qué necesitas ese dinero.

Eleonor se mordió el labio inferior y dejó caer la mano.

—Que sepas que, de todos modos, lo averiguaré.

—¡Maldita sea! Lo sé —dijo ella, dando un puñetazo en la mesa y cambiando de actitud en un santiamén.

—Chiquilla, eres absolutamente insoportable. ¿De verdad crees que no conozco tus movimientos? Habla.

—Tú... Me da miedo que no me lo permitas.

—¿Que te permita qué?

—Tengo una idea, un proyecto. Llevo mucho tiempo dándole vueltas.

—Continúa.

—Un edificio. Uno grande. Que se convierta en un hogar para niños abandonados.

La miró fascinado por la belleza de su intención e intuyó que tenía una visión bastante amplia.

—Continúa.

Eleonor se animó y comenzó a explicar, moviendo las manos con gestos femeninos que transmitían la confianza con la que veía su futuro proyecto.

—Una casa grande y acogedora... no, más de una, ¡quizá dos o tres! En fin, las que yo pueda construir. ¡Chicas valientes, maestras, educadoras y muchos niños! Y, cuando crezcan y se eduquen, las enviaremos al mundo a buscar trabajo, marido o esposa, y tal vez lady Queensbury podría colaborar. Sería una excelente guía para los jóvenes. Y un médico para enseñar medicina básica, y un profesor de música, y un profesor de baile... Por supuesto, también necesitaríamos a alguien que enseñara esgrima y el uso de armas...

—¡Para, para, para! —exclamó Keiran, levantando una mano como para detener aquel torrente de palabras—. Es un proyecto ambicioso. Y magnánimo.

—Si me estás diciendo que no, ¡que sepas que no dejaré que te interpongas en mi camino! ¡Usaré mi propio dinero y te juro que no te pediré ni una sola libra! Pero no te atrevas a...

—Eres un incordio.

—... detenerme porque...

—Eleonor.

—... esta vez no me quedaré de brazos cruzados para...

—Eleonor.

—...sufrir tu acoso y...

—¡Eleonor!

—¡Eso es! ¡Intimidándome! ¡Esas son tus reglas!

—¡Ay, apiádate de mí! ¡Eres el ser más impetuoso que jamás haya visto! ¿Quieres callarte un momento?

Eleonor apretó los labios.

—Solo he dicho que es un proyecto ambicioso, no que esté en contra. Necesitarás ayuda para llevarlo a cabo. Muchísima ayuda. Yo te ayudaré.

Eleonor abrió los ojos.

—Tú... ¿Me estás diciendo que te parece bien?

—Eso es lo que he dicho. Pero ahora tengo que irme...

Pero Eleonor ya se había levantado y, con uno de sus saltos característicos, se enroscó a su cuello, haciéndole dar un paso atrás.

—¡Gracias! Eres la persona más buena que conozco, Key, ¡de verdad! Y te quiero tanto, ¡tanto que no puedes entenderlo!

—Sí que lo entiendo. Lo percibo. Pero sigues siendo un incordio, voluble e impetuoso...

Capítulo 11

Shell Bay Manor, Fifeshire, Fiordo de Forth, Escocia

17 de julio de 1812

El sol estival calentaba demasiado, pero era agradable tumbarse cómodamente sobre los grandes cojines a la sombra del roble centenario que había visto pasar varias generaciones de Northcliff. Una suave brisa procedente del mar mitigaba el sofocante calor y traía el aroma del agua salada y las flores silvestres. El canto de los numerosos pájaros y el susurro de sus alas en movimiento eran como una canción de cuna que invitaba a un sopor somnoliento y placentero.

Las voces de algunas personas próximas llegaban como de un mundo lejano.

Keiran entrecerró los ojos sin mover el brazo sobre el que Eleonor había apoyado la cabeza y vio a su madre y a lady Hereford, sentadas a la sombra de un grupo de árboles, charlando y bebiendo algún refresco de sus copas.

Por el sendero que bajaba a la playa caminaban Roy y lady Alice. Se preguntó si tendrían calor por estar tan expuestos al sol. La joven llevaba una sombrilla y Roy se había quitado la corbata y la chaqueta y remangado la camisa. Los dos desaparecieron detrás del castillo.

Consideró que la impaciencia de Roy por tratar repetidamente de estar a solas con lady Alice podría convertirse en un problema. Era evidente, al menos para sus agudizados sentidos, que Roy sentía debilidad por la morenita de ojos azules, del mismo modo que era igualmente obvio que su hermano intentaba negárselo incluso a sí mismo. Evidentemente, tampoco ayudaba que lady Alice estuviera enamorada de él.

Los marqueses de Wiltshire observaban día a día el interés de Roy por su querida hija y nunca habían insinuado que querían aclarar la situación con nadie fingiendo indiferencia. Keiran estaba seguro de que confiaban en él y de que contarían con su intervención llegado el momento.

—Estás preocupado —observó Eleonor, despertándose en ese momento. Le miró a través de sus espesas pestañas, que se entornaban de vez en cuando a causa de la fuerte luz—: ¿Qué estás mirando?

—Nada —respondió él apresuradamente, inclinándose para besarla en los labios—. Siempre hueles tan bien.

—¿Qué estás mirando? —volvió a preguntarle ella.

Keiran suspiró. Su mujer tenía la extraña habilidad de percibir sus preocupaciones. Meses atrás la habría fulminado con la mirada, pero desde que estaba embarazada se había liberado un fuerte sentimiento de protección hacia ella. Incluso la protegía a ella misma.

—A Roy y lady Alice.

—Deberías hablarle.

—Lo sé.

—Debería hacerlo oficial, o dejar de tontear con ella.

—Lo sé.

—Se lo he dicho a las claras, pero él finge no estar interesado en ella. Y dice que no hace nada malo.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te ha dicho Roy que hablé con él?

Keiran asintió.

Ella se quedó observando la varonil línea de su mandíbula, levantó una mano y se la acarició. Estaba absorto, con la cabeza apoyada en la mano y el codo clavado en el suelo. Decidió no hablar, porque sus profundos ojos azules le indicaban que haría lo correcto.

—Mantén a lady Alice tan ocupada como puedas. Pasado mañana celebraremos su cumpleaños y pasado mañana Roy partirá hacia Londres.

—Puede que decida posponerlo —señaló Eleonor.

—Le he confiado el «Eleonor Grace» —le reveló para dejar claro que Roy no se quedaría más tiempo.

Los ojos de Eleonor se abrieron de par en par. Jamás Keiran abandonaría su preciada nave y aquel gesto demostraba lo mucho que le importaba estar cerca de ella durante su embarazo.

—Tú... No salgo de mi asombro. Y no me has dicho nada.

—Ya estás pensando de más. ¡Imagínate si te lo hubiera dicho!

—¿Y si Roy estuviera enamorado de ella?

—No lo está. O, al menos, no está preparado.

—Pero ¿cómo sabes tú que es así?

—Lio, deja las cosas como están. Roy se irá y ya veremos cuando vuelva.

Eleonor se incorporó.

—¡Podría ser tarde! ¿Y si Alice se casa con otro? ¿Y si Roy se enamora de otra persona?

—Significaría que no están lo suficientemente enamorados.

Eleonor abrió instintivamente la boca para replicar, pero en cuanto se dio cuenta de la obviedad de la frase de Key, volvió a cerrarla.

—Alice ha cambiado mucho desde la última vez que la vi.

—Ha crecido.

—Es menos vivaracha, pero sigue siendo divertida.

—Simplemente ha crecido.

—Es como si eso atrae más a Roy.

—Definitivamente ha crecido —repitió Keiran, esta vez riendo.

Eleonor no pudo evitar hacer lo mismo y se tumbó de nuevo, dejándose abrazar.

—Hoy estás más guapa —susurró él, mirando su rostro bronceado.

—Tía Martha dice que estoy demasiado tiempo al sol.

—Diré delante de todos que estás preciosa y que me gusta tu cutis sano, así nadie te regañará.

—¡Desde luego, no mi tía! Te tiene un gran respeto. Imagínate que me ha recomendado no discutir sobre el nombre que elijas para el bebé.

—¿Crees que haría algo así? —le preguntó él, serio.

—Algo así como... ¿qué?

—Elegir el nombre de la criatura que llevarás dentro de ti durante meses sin preguntarte tu opinión o hablarlo juntos.

—No, no lo harías.

—De todos modos, estoy seguro de que aprobarías mi elección: Nicholas si es varón y Sophie si es niña.

* * *

Alice descendió lentamente la escalera, y Ramsay la saludó con una reverencia.

—¿Necesitáis algo, lady Alice?

—No, gracias, Ramsay. Me gustaría dar un paseo, esperando que no haga demasiado calor.

—Si se detiene de vez en cuando bajo la sombra de los árboles, estoy seguro de que disfrutaréis más de esta cálida jornada. O bien, podríais aprovechar la frescura de la playa, donde la brisa marina es más intensa. Sin embargo, recordad que el duque prohíbe categóricamente ir a la bahía sin él o sin lord Roy, por razones obvias de seguridad.

—Sí, lo recuerdo —sonrió Alice, evocando las advertencias de Eleonor—. No quiero molestar al duque. Creo que me limitaré a pasear por aquí. De todas formas, gracias, Ramsay.

—Siempre es un placer, lady Alice —respondió el mayordomo, abriendo la puerta y quedándose a observar a la joven mientras desplegaba su sombrilla de encaje claro.

—Lord Roy está en el estudio —afirmó Agatha, acercándose para echar un vistazo a la muchacha, que ya se alejaba. La encontraba encantadora, educada y divertida.

—Lo sé, Agatha.

—¿Querrá té con un trozo de pastel? —preguntó el ama de llaves, buscando una excusa para ir a verlo y, de paso, hacerle saber que lady Alice estaba en el jardín.

—No creo, Agatha. Probablemente iré a ver si está bien. Después de todo, es extraño que esté encerrado allí cuando hace un día tan bueno.

Ramsay fue al estudio, donde la puerta estaba entreabierta. Vio a lord Roy de pie detrás del escritorio de su hermano, mientras este estudiaba distraídamente unos papeles que le había dado Keiran.

—¡Lord Roy! ¡Todavía estáis aquí! Lo siento, creía que estabais en el jardín con los demás.

Roy frunció el ceño.

—¿Los demás? ¿Están todos fuera? ¿No hace demasiado calor?

—No lo sé. El duque y la duquesa están tumbados a la sombra, lady Bridget Northcliff y lady Hereford están en los bancos junto al sendero del bosque, mientras lady Alice pasea. He tenido que recordarle que no bajara a la playa, por mucho fresco que encontrara allí.

Roy dejó los papeles.

—Tal vez vaya a tomar el aire después de todo.

—Si queréis mi parecer desapasionado, yo diría que sí. Lleváis aquí casi dos horas.

—Entonces voy —dijo Roy mientras se dirigía a la puerta principal. La abrió impetuosamente y salió.

El sol calentaba mucho. Caminaba fingiendo indiferencia, pero en realidad miraba aquí y allá en busca de lady Alice.

Llevaba dos días en el castillo y ese deseo inexplicable de hablar con ella, de mirarla, de observarla, le estaba consumiendo. Pero no podía controlarse.

Vio a su hermano y a Eleonor tumbados a la sombra del roble y recordó la historia que su madre le había contado cuando era niño sobre el día en que nació. Había sido bajo aquel árbol donde Kein había sentido que estaba a punto de nacer.

Alcanzó a ver a su madre y a lady Hereford, exactamente donde Ramsay había dicho, pero lady Alice no estaba allí.

Decidió volverse hacia el otro lado de la casa. La vio caminar junto al laberinto, con la sombrilla colgada del hombro; su vestido claro sugería su figura femenina, y su cabello, recogido no demasiado en la nuca, le daba un aire bucólico. No quería que se diera cuenta de que la había seguido para que no pensara que estaba interesado en ella, así que dio media vuelta. Daría una vuelta por la casa para encontrarse con ella por casualidad. Saludó a las señoras sentadas en el banco levantando la mano y se acercó a ellas despacio. Cogió una rosa de un arbusto y la olfateó. Finalmente la vio. Y solo cuando estuvieron a unos pasos, ella lo vio.

—Me preguntaba si encontraría flores más bonitas en el invernadero que esta y os tengo aquí a vos. —Le tendió la flor y ella la cogió. No parecía muy emocionada por el encuentro y Roy se quedó perplejo.

—¡Gracias! No creo que haya sido buena idea venir al jardín. Hace muchísimo calor.

—Es cierto. ¿Os importa si me quito la chaqueta?

—En absoluto —respondió ella, y dio unos pasos. Una ráfaga de viento levantó unos mechones oscuros que le caían sobre el delicado cuello.

—¡Qué alivio! Viene del mar.

—Abajo, en la playa, estaremos mejor. ¿Vamos?

Antes de descender por el empinado sendero, vieron al duque y a la duquesa tumbados bajo el roble.

—Están dormidos —dijo Alicia señalándolos.

—Desde que Eleonor está embarazada, mi hermano no la abandona ni un momento. Incluso ha renunciado a viajar con su barco.

—¡Maravilloso! —exclamó Alicia.

—Sí, es una vista preciosa.

—¡No! Me refería al sentimiento de vuestro hermano por lady Northcliff y a la forma tan espontánea en que lo expresa —señaló Alice, levantándose el vestido con una mano para bajar los escalones rocosos del sendero.

—No os tomaba por una romántica.

—Lo que llamáis romanticismo, para mí es madurez.

Roy la sujetó por el codo para que no resbalara.

—¿Estáis diciendo que ser romántico y maduro es lo mismo?

—¡No, no quiero decir eso! Solo que la madurez nos permite ver las cosas tal y como son, y no tal y como nos gustaría que fueran.

Alice dio un saltito y llegó al final del sendero. Había bajado con agilidad, sin aparentemente inmutarse por el contacto físico con él.

Roy siguió sujetándola del brazo y la miró con ojos inquisitivos.

—Sois diferente a como os recordaba del mes de marzo.

Ella apenas apartó el brazo para esquivar aquella mano insistente y agradable.

—Si lo decís vos.

—Lo digo y lo repito: estáis cambiada.

—Espero que también vos me encontréis cambiada para mejor.

—No sé, no hemos tenido mucho tiempo para... ¿También vos, habéis dicho? ¿Quién más ha notado este cambio? —Roy se mordió la lengua, sabiendo que parecía curioso.

—Otros amigos. ¿Nos acercamos al agua?

—¿Amigos? ¿Hombres, por tanto?

—Sí, amigos, como vos —respondió ella, agachándose para tocar el agua—. ¡Qué fresca!

Se quitó los zapatos y dio unos pasos dentro del agua. Su vestido se mojó.

—Lady Northcliff dice que su excelencia se baña aquí a menudo. ¡Qué privilegio sería bañarme yo aquí! Los hombres podéis hacer tantas cosas divertidas e interesantes.

—Sí, creo que es así —admitió él, mientras caminaba hundiendo las botas en el agua. Estaba convencido de que las iba a estropear, pero no quería alejarse de ella.

—Deberíais quitároslas —dijo ella, señalándole los pies.

—Me estáis instigando a hacer algo inapropiado —comentó Roy, maravillándose de su lado rebelde.

—Pero somos amigos, yo ya lo he hecho. Y no me voy a escandalizar por ver vuestros pies descalzos, ¡os lo aseguro! ¿O acaso tenéis garras en vez de pies y no queréis que me entere?

Roy sonrió abiertamente. Se sentó sobre la arena y se quitó las botas.

Alice paseaba, lanzándole miradas de vez en cuando.

Estar rodeada de tantos jóvenes la había acostumbrado a disimular sus emociones, así que no le resultó difícil ocultar la agitación que le provocaba la cercanía de lord MacKendrick. Era intrigante, un hombre con experiencia en la vida, y cuanto más lo miraba, más deseaba tocar sus labios, besarlo, sentir nuevamente su mano sobre ella.

—Al final, no tenéis garras —le dijo en tono de broma.

—Ni vos tampoco —replicó él, mirando sus tobillos descubiertos.

Siguieron caminando hacia las rocas.

—Se os ve más serena desde que os he vuelto a ver aquí. Eso no es propio de vos. Normalmente sois muy vivaz.

—¡Pero sigo siéndolo! Quizá hace unos meses no lo parecía por aquel tonto encaprichamiento con aquel monstruo de Bath. —El silencio que siguió hizo sospechar a Alice que sus palabras lo habían inquietado—. ¿Os he incomodado? Disculpadme, no era mi intención.

—No me siento incómodo. Solo me sorprende que habléis de ello tan a la ligera. La última vez que lo hice, erais vos quien estaba incómoda.

—Yo era otra, precisamente. Si no, ahora debería avergonzarme de estar a solas con vos, ¡un hombre al que le he permitido besarme en repetidas ocasiones!

—¿Desde cuándo sois tan desenvuelta? —le preguntó molesto.

—No lo sé. Quizá frecuentar tantos salones me ha hecho conocer la naturaleza humana.

—No sé si me gusta la nueva lady Alice.

—¡No desperdiciéis el tiempo pensando en ello! Si somos verdaderos amigos, seguro que seréis capaz de aceptarme como soy, como yo hago con vos.

Roy estaba totalmente desconcertado por aquel razonamiento tan obvio.

La observó trepar por las rocas y sospechó que su aparente mansedumbre era forzada. Tal vez la chica intentaba parecer indiferente o defenderse, pero no era así. Decidió ponerla a prueba.

—Tenéis razón —dijo tendiéndole la mano—. Me siento bien con vos y eso es lo que cuenta, ¿no? Os ayudaré, ya casi estáis —dijo, colocando las manos en las caderas de ella, esperando ver algún signo de debilidad, inquietud o desaprobación por el gesto íntimo y atrevido con el que la estaba tocando.

Pero ella sonrió con indiferencia.

En lo alto, el aire soplaba agradablemente.

—¡Qué hermoso! ¡Y qué frescor! —exclamó Alice, llevándose las manos a las caderas.

Roy tiró la chaqueta al suelo y se metió la corbata en el cinturón de los pantalones. Inmediatamente se fijó en la maravillosa silueta de sus pechos y consideró que otra mujer más exigente que ella habría hecho aquel gesto para presumir. No así lady Alice. O al menos eso creía.

—¿Estáis prometido, lord Roy? —preguntó ella, pasando el pañuelo de encaje por su cuello y luego por el hueco entre sus senos.

Roy entreabrió los labios, sospechando que ella era bastante consciente de sus propios gestos. ¿Se había vuelto realmente tan descarada? ¿Había estado con otros hombres? Desde luego, intercambiar unos besos no habría bastado para hacerla así, lo que significaba que había compartido intimidad con alguien. Solo la idea lo incomodaba. Más aún, lo repugnaba.

—¿Os encontráis bien? Parecéis un tanto absorto —Alice se había acercado y, con aparente

naturalidad, apoyó una mano sobre su pecho.

—No, no estoy prometido. ¿Y vos?

Alice retiró la mano y sonrió.

—No, no.

—¿Por qué? ¿No os gustaría tener un prometido y casaros?

—Sí, si fuera con el hombre del que estoy enamorada. De lo contrario, seguiré sola... hasta que mis padres me obliguen a casarme con quien ellos elijan para mí.

Alice echó a andar hacia la pequeña playa, que el mar acabaría cubriendo en pocas horas.

—¿Queréis decir que estáis enamorada de alguien?

—¡Qué lugar tan apartado! Pero, claro, vos ya lo conocíais —dijo ella, sentándose sobre la arena, a la sombra—. ¡Qué frescura tan agradable! Si tan solo pudiera darme un baño…

—¿Estáis enamorada de alguien? —insistió él.

—Sí, así es, para mi desgracia. Pero qué remedio. La vida no siempre es como quisiéramos, ¿no os parece? Vamos, sentaos también.

Roy se dio cuenta de que deseaba saberlo todo sobre ella, ansiaba tocarla y tenerla solo para él.

—¿Quién es?

—¡Vamos, lord MacKendrick! Aunque seamos amigos, no puedo haceros semejante confesión. ¡Sería embarazoso!

—¿Él no os corresponde?

—Hum, en realidad está bastante indeciso.

—¿Y eso qué significa?

—Que le gusto, pero no quiere compromisos. No todavía, quizá —explicó ella, mirándolo fijamente a los ojos—. Exactamente como vos, ¿no es así?

Roy apartó la mirada y pasó una mano por su cabello castaño.

Alice notó la ligera vellosidad dorada que cubría sus brazos, los músculos tensos por la forma en que apretaba las manos en un evidente gesto de nerviosismo. Se preguntó si debía seguir provocándolo para intentar obtener alguna reacción.

No quería presionarlo demasiado y arriesgarse a que él perdiera la cabeza; tampoco deseaba que se sintiera acorralado. Quería que él fuera hacia ella por iniciativa propia, por amor... o incluso por simple simpatía y genuina admiración, pero nunca por obligación.

—¿Os ha besado?

—Sí, varias veces.

—¿Qué más?

—No os comprendo.

—¿Le habéis concedido algo más aparte de los besos? —preguntó él, descarado, sin molestarse ya en disimular su disgusto.

—No deberíais hacer tales preguntas, no es apropiado. Además, me conocéis: no permitiría que nadie se tomara libertades conmigo.

—Sí, tenéis razón, por supuesto. Disculpadme.

—Probablemente solo unas pocas libertades.

—¿Qué queréis decir?

—Vamos, intentad comprender. Sois un hombre y sabéis que, cuando se ama, a veces se cede.

—¡No, eso no debe suceder!

—No debería suceder —lo corrigió ella—. Pero ocurre.

—¿Y a vos os ha ocurrido?

—Casi.

—¡No está bien, no, en absoluto! ¡Debéis tener cuidado! ¡Ese hombre podría aprovecharse de vos!

—Sois encantador cuando expresáis vuestra preocupación con tanta vehemencia. Me hacéis sentirme apreciada —susurró Alice.

Roy la miró atónito.

—Aparte de él, ¿a quién más habéis besado?

—A vos. ¿No recordáis que fuisteis el primero?

—Por supuesto que lo recuerdo, lo recuerdo con absoluta precisión —respondió él, despacio —. Y también recuerdo haber sido el segundo. Porque la segunda vez fue mejor que la primera.

Se miraban intensamente, como si ninguno de los dos se atreviera a dar el primer paso.

El viento sopló con más fuerza, y Alice se estremeció, apartando la vista de él.

Roy tomó su chaqueta y se la colocó sobre los hombros. Percibió su fragancia mientras la rodeaba con la mirada, intrigado, y no pudo apartarse.

Posó los labios sobre los suyos, con suavidad, con cautela.

Alice lo sorprendió aferrándose a un mechón de su cabello en la nuca, atrayéndolo hacia sí para que la besara mejor.

Roy estaba confundido en todo. La humedad excitante de aquella boca nublaba sus pensamientos, volviéndolos difusos y vagos. Estaba seguro de no querer comprometerse. Pero ella era tan deseable y parecía no esperar otra cosa que aquello; se entregaba con pasión y demasiada naturalidad para alguien que supuestamente amaba a otro.

Alice apartó los labios un instante y confesó:

—El tercero es el mejor... por ahora.

—¿Queréis también el cuarto?

Ella no respondió. Simplemente se aferró a él y lo besó.

Roy la levantó y la colocó a horcajadas sobre él, recorriendo con las manos abiertas su espalda y sus caderas. No cabía duda de que tenía un cuerpo de mujer, embriagador por sus formas, intrigante por esos movimientos femeninos y conscientes que hacía.

—No deberíais permitirme estas libertades.

—Lo sé, pero a veces se cede, ¿no es así? —susurró ella, jadeante.

—No puedo... —dijo Roy, luchando consigo mismo, pero sin dejar de besarla, una y otra vez.

Su lengua de terciopelo emprendió una danza sinuosa, imitando el acto carnal en su totalidad.

Fuera de control, le acarició el pecho, sintiendo cómo los pezones se endurecían bajo la tela ligera del vestido.

Alice, sorprendida, gimió suavemente, arqueando la espalda sin ningún pudor.

—Te lo ruego, levántate… vete —dijo Roy, aunque no lograba detener sus manos ni su boca.

Ella negó con la cabeza en un claro rechazo. Luego, comenzó a moverse instintivamente sobre su miembro endurecido, que amenazaba con estallar bajo la tela del pantalón.

Fue la excitación de Alice lo que devolvió la razón a Roy. Se incorporó de golpe, obligándola a posar los pies en el suelo.

—Si no te vas ahora mismo... corro el riesgo de tomarte aquí.

Aquellas palabras, tan crudas, hicieron que Alice recuperara la claridad.

Él tenía razón. No quería forzarlo a casarse con ella solo por haberle arrebatado la virginidad. Pero saber que lo había llevado al límite de su resistencia le dio esperanza.

Tomó sus zapatos y se marchó.

Roy la siguió con la mirada durante un minuto, asegurándose de que llegara sana y salva al

sendero.

La vio volverse un par de veces para mirarlo.

Cuando por fin alcanzó la valla, Roy se despojó de la ropa y se sumergió en el mar, buscando aplacar el ardor y las pulsaciones de su aún evidente erección.

* * *

Lord Portland observaba a Annis desde la ventana.

La muchacha se había convertido en una auténtica belleza; él se había dado cuenta nada más volver de Londres, al verla pasear de un lado a otro con los niños siempre a cuestas. Sin duda, tendría mucho éxito si Lady Northcliff la enviaba a enseñar en la escuela que planeaban construir. Pero, por supuesto, la duquesa no renunciaría a ella ahora que estaba por nacer el heredero de los Northcliff.

—Aquí estoy, Simon —dijo el duque al entrar en su estudio.

Inmediatamente percibió su interés y se colocó a su lado para ver a Annis.

—¿Te has acostado ya con ella? —preguntó, mostrando su innato sentido protector hacia los miembros de la casa.

—¡Claro que no! —exclamó Simon, abriendo los ojos ofendido.

—No la hagas sufrir.

—¿Es una forma educada de decirme que debo alejarme de ella? —preguntó Simon, sospechando que su hermano mayor prefería una esposa de alto rango para él.

—No. Es una forma muy clara de decirte que no la utilices para divertirte. Se merece un hombre serio.

Simon volvió a mirar a Annis: su rostro limpio, sus rasgos delicados, su dulce sonrisa perfeccionada por sus dientes blancos.

—¿Por qué no yo? —preguntó con determinación.

Keiran estudió la expresión sincera de su hermano.

—Si vas en serio.

—Me gusta, Kein. Me gusta de verdad.

—¿Y ella?

—Sé que le gusta mi compañía porque después de cenar suele quedarse en la cocina para comer algo y siempre espera a que pase para charlar con Ramsay, los camareros y el cocinero.

—Si tiene que ser así, no seré yo quien se oponga. Annis es una buena chica.

Keiran se sentó en su escritorio pensando en cuando ella era poco más que una niña.

Sonrió al recordar aquel momento y dijo:

—Y besa bien porque yo le enseñé.

Simon rio divertido.

* * *

Keiran llamó a la puerta y entró.

La habitación estaba iluminada por unas cuantas velas y Roy fumaba en bata junto a la ventana. Miró a su hermano y le dijo:

—Si estás aquí es porque tienes que hacerme alguna recomendación. Espero que sea sobre lady Alice y no sobre tu preciado barco.

—Confío en ti y no tengo nada que decirte sobre el «Eleonor Grace».

—Me alegro. Entonces, dime lo que tengas que decir sobre lady Alice.

—Has bajado a la playa con ella. Ella ha regresado sola. Te has remojado en el mar durante un buen rato y luego has venido aquí aduciendo un fuerte dolor de estómago como excusa.

Roy esperó.

—¿Has hecho algo irreparable en la playa?

—Nada irreparable. Nos besamos y no era la primera vez que lo hacíamos. Y la he tocado lo suficiente como para obligarme a darme un baño frío.

Keiran lo estudió durante algunos segundos y luego suspiró, pasando una mano por su cabello. Se sentó junto al fuego.

Roy apagó el cigarrillo, cerró la ventana y sirvió un poco de *scotch* en dos vasos. Se sentó frente a él, ofreciéndole uno.

—Dime qué significa ella para ti, Roy.

—Que esa chica, que no es más que una niña, se ha apoderado de mi cabeza desde el día de la fiesta en tu casa. Me intriga tanto que empiezo a sospechar que me he enamorado.

Keiran lo miró sorprendido.

—¿Te sorprende que lo admita? —preguntó Roy con una risita divertida—. No soy tan terco como tú, que hiciste sufrir a Eleonor.

—¡Lady Northcliff!

—Me mantendré alejado de ella hasta pasado mañana, cuando parta al amanecer. A mi regreso, ya veremos —explicó Roy con una admirable sabiduría.

—Muy bien. Estaba seguro de que me dirías esto. —Keiran se tragó el último sorbo del líquido ámbar, se levantó, dio una palmada en el hombro de su hermano y se marchó.

El silencio envolvió la habitación y a Roy le asaltó el recuerdo de unos ojos azules, un pelo oscuro y un cuerpo curvilíneo.

Se sirvió un poco más de *scotch*, con la esperanza de que el día siguiente, el cumpleaños de Eleonor, pasara rápido.

Capítulo 12

20 de noviembre de 1812

Era un día templado para ser noviembre.

Eleonor bebía té sentada en un sillón de madera construido por Keiran, relleno de cojines.

Él la había colocado junto al gran roble, para que en días como ese pudiera disfrutar del calor del sol.

El bebé no se había movido desde la noche anterior, y Eleonor sabía que el momento se acercaba. El enorme y tenso vientre a veces le picaba tanto que tenía que desvestirse para untarlo con aceite.

Posó la cabeza sobre el cojín y se quedó dormida al ritmo de los martillazos que Key daba a la valla que estaba construyendo con la ayuda de Pitch. También el marinero se había quedado en tierra, porque finalmente Zaynab y él se habían casado.

Esa especie de letanía ruidosa duró unos minutos y la mantuvo en un agradable entumecimiento somnoliento. Cuando el ritmo cesó, Eleonor se despertó de repente, preguntándose por qué ya no sentía el golpeteo.

Se levantó lentamente y con algo de dificultad; la espalda le dolía mucho y una molestia constante en la parte baja del vientre comenzaba a ponerla nerviosa. Caminó despacio hacia el sendero que conducía al mar. La valla estaba hermosa y casi terminada. Pero ni su marido ni Pitch estaban allí. Miró hacia abajo, a la playa, y vio a Key que, desnudo como siempre, salía del agua. Se preguntó cómo podía soportar el agua helada.

Como siempre sucedía entre ellos, él se sintió llamado por los ojos de su esposa y la saludó. Salió corriendo del agua, se vistió rápidamente y subió por el sendero con agilidad.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? —preguntó con preocupación, y el aliento corto por el esfuerzo.

—Sí, sí, estate tranquilo. Ya no oía el martillo y vine a curiosear. Está bonita. No la pintes de blanco, déjala así —dijo Eleonor señalando la valla de madera.

—De acuerdo —respondió él, observando el rostro cansado de su esposa; no había dormido en noches y las sombras oscuras alrededor de sus ojos resaltaban el verde de sus iris.

Keiran puso la mano sobre su vientre sonriendo, para no preocuparla. Y lo sintió. Estaba listo, aquel bebé tan esperado.

—Te veo acalorada y cansada. ¿Vamos a casa?

—Vale, vámonos.

De la mano, caminando despacio, llegaron a la puerta principal donde Agatha los recibió con una sonrisa.

—¿Todo bien? —preguntó como de costumbre.

—Todo bien —respondió Eleonor—. Pero estoy tan agotada y cansada por este peso.

—Lio, deja que Agatha te acompañe arriba. Reposa un poco. Yo buscaré a Ben para un encargo y te alcanzaré lo antes posible. —Esperó a que Eleonor subiera, luego se giró hacia Ramsay—. Envía a Ben a buscar al doctor. Y dile a Hettie que suba en diez minutos.

—¿Ahora? ¿Ahora mismo? —A Ramsay le empezaron a palpitar las sienes por la emoción—. Disculpad, sí, claro, ahora mismo... voy corriendo.

Keiran subió y encontró a Eleonor ya con la bata puesta, sentada junto a la ventana abierta. Miraba el mar con una expresión serena.

—¿Buscas aire? —le preguntó mientras se lavaba la cara y las manos.

—Has oído algo, ¿verdad? ¿Está por nacer?

Él se arrodilló frente a ella, colocando las manos sobre su vientre hinchado, sin responder.

Eleonor se quedó mirando embobada una gota de agua salada que caía de su cabello negro como la noche a lo largo de su rostro.

—Deberías secártelo.

—Tan pronto como Hettie esté aquí.

—Desde esta mañana tengo dolores constantes —explicó ella—. Cómo me habría gustado tener a mi madre aquí.

—¿Quieres que llame a tu tía?

—No. Solo te quiero a ti, y al doctor, por supuesto.

—Ya he enviado por él.

—Realmente habías sentido algo. —Una pequeña mueca alteró los rasgos femeninos: era el primer dolor que realmente le molestaba—. Creo que está comenzando...

—Yo también lo creo —confirmó Key, tranquilizador—. ¿Quieres acostarte?

Eleonor negó con la cabeza, soportando el dolor que aumentaba hasta desvanecerse. Dio un suspiro cuando todo cesó.

—Por ahora prefiero estar sentada.

Llamaron a la puerta, y Hettie entró. La joven permaneció dos segundos observando la escena, luego preguntó:

—¿Qué puedo hacer?

—Agua fría para la cara por ahora —respondió el duque—. Pon agua a hervir y que estén listos para llevarla arriba tan pronto como el doctor la pida. Creo que sabes bien qué hacer. ¿Cuántas veces lo has hecho ya con la duquesa?

Hettie asintió vivazmente. Tomó una palangana, la llenó de agua y la colocó sobre la mesa.

—La toallita ya está dentro, excelencia. Voy.

Keiran usó inmediatamente el paño para refrescar el rostro de Eleonor, quien en ese momento comenzó a sentir un nuevo pinchazo. Fue más fuerte esta vez, al igual que los otros que siguieron en la siguiente hora, intensificándose tanto en dolor como en frecuencia.

—Permíteme tocarte, por favor —suplicó Key en un tono conmovedor.

—Aún no. Puedo aguantarlo.

Pero el dolor que siguió fue tal que él le agarró una mano, apretándola con fuerza, atenuando un poco el sufrimiento.

Ella no protestó.

Cuando el doctor Boyd entró en la habitación, la escena que se le presentó era casi la misma que tantos años antes, cuando el duque era solo un joven marqués.

—Buenos días, excelencia. ¿Le ayudamos a la duquesa a acostarse?

—¡No! —exclamó Eleonor, respirando hondo por otra contracción dolorosa—. Quiero... quedarme aquí... hasta el final.

—¿Ya habéis roto aguas? —preguntó el doctor, acercándose para tomarle el pulso.

Ella negó con la cabeza.

—Bien —afirmó el hombre—. Todo parece estar en orden, excepto por la posición.

—En ciertos países... las mujeres dan a luz... de pie.

Ante esa afirmación, Keiran y el doctor se miraron.

—¡Hettie! —llamó Eleonor con voz estridente por el dolor—. Quiero a mamá Homa y a Asabi.

Hettie levantó las cejas, aguardó al gesto afirmativo del duque y salió corriendo de la habitación, donde le dio a Ben la tarea de ir a buscar a las dos mujeres.

El parto continuó con inevitable naturalidad, sin obstáculos; pero después de otra hora, el médico se mostró impaciente. Cruzó la mirada con la del duque y fue entonces cuando notó que él tenía el cabello mojado.

Eleonor, aunque sufría, había agudizado sus sentidos, como si intentara captar cada matiz de las expresiones de los que la rodeaban.

—¡Le he dicho que se lo secara! Tiene la costumbre... de bañarse... allá en la bahía.

El médico levantó las cejas, mostrando una expresión entre sorprendido y divertido.

—¡Vaya! Si no padecéis del frío del agua, entonces definitivamente tenéis un físico bien robusto.

—¡Maldita sea! —exclamó Eleonor, sin preocuparse por su lenguaje—. ¡He ensuciado mi sillón favorito!

El líquido había salido de ella de repente como una ola cálida, escurriéndose por sus muslos.

—Duquesa, ha llegado el momento de que os acostéis. Necesito examinaros urgentemente —dijo con determinación el médico.

Hettie y Asabi prepararon la cama con varias sábanas blancas.

Mamá Homa, sentada junto al fuego, observaba con una mirada cómplice. En cuanto la duquesa se recostó, cubierta con una sábana blanca, la anciana se levantó y, con pequeños pasos, se acercó al doctor, que comenzaba a examinar a su paciente. La abuela Homa habló en su lengua.

—¿Qué dice? —preguntó Eleonor, sujetando las manos de Keiran.

—Mamá Homa —comenzó Asabi—, dice que lady debe empujar.

—Pero aún no siento... las ganas de empujar.

El médico observaba entre sus piernas, desconcertado: la cabecita pequeña y calva del bebé presionaba, pero la parturienta no parecía dispuesta a empujar. Finalmente, el doctor Boyd miró al duque.

—¿Sentís algo en particular?

—Necesita salir. Lo siento —explicó Keiran, preocupado.

—Mamá Homa insiste —intervino Asabi—. Ella dice... ¡suelta manos y deja que ella sienta que empuja!

Él estaba escéptico. Pero recordó que cuando Eleonor estuvo inconsciente por el golpe en la cabeza, tuvo que dejarla sola con su dolor.

—Estoy lista, Key, creo que tiene razón, o no podré empujar.

Él retiró lentamente los dedos, con la sensación de abandonarla. El pánico lo invadió y miró desesperado a mamá Homa.

La anciana le hizo un gesto reconfortante con la cabeza, luego se concentró en observar al doctor y la cabecita del pequeño.

Eleonor sintió una presión insoportable y, en menos de diez segundos, le sobrevino un impulso incontrolable de empujar. Emitió un gemido de dolor por el esfuerzo que estaba haciendo. Recuperó el aliento.

—¡Bien! —exclamó el médico, quien espontáneamente intercambió una mirada con la anciana a su lado.

Keiran no podía aceptar lo que le parecía una tortura y, para no quedarse quieto, se puso junto

al médico.

Y vio la cabecita diminuta de su hijo, porque ya sabía desde hacía meses que era un varón, aunque no lo había dicho. Estaba enrojecida y cubierta de líquido viscoso y sangre. Desde luego, no era una escena fácil de digerir, pero no era la primera vez para él.

Entonces el médico animó a la duquesa.

—¡En cuanto podáis, empujad de nuevo!

—La cabeza, ¿está la cabeza? —preguntó Eleonor, con voz agitada y entrecortada por el dolor.

—¡Sí, *leannan*! —respondió Keiran con ímpetu—. ¡Por favor, empuja otra vez!

Ella obedeció y empujó con todas sus fuerzas, emitiendo un grito de desesperación.

—¡Muy bien, Lio! ¡Ya están fuera los hombros...! ¡Me gustaría que lo vieras! ¡Es precioso! ¡Empuja un poco más!

—Entonces... es un varón —balbuceó ella, agotada.

—Excelencia, aún no se ve si es un varón —respondió el médico.

Eleonor estudió los ojos de su marido.

—Siempre has sabido que era un niño... ¿Verdad?

Él no respondió.

Se acercó a ella, inclinándose sobre su rostro.

—¡Amor mío, si pudiera sufrir por ti! Pero ahora el bebé necesita vivir... empuja, empuja con fuerza, *leannan*, y déjalo salir.

Aquellas sentidas palabras, susurradas solo para ella, dieron a Eleonor la fuerza necesaria para empujar con todas sus fuerzas, y atravesó la habitación con un grito desgarrador.

De repente, sintió que algo grande se deslizaba fuera de ella, como una burbuja enorme y cálida que emergía de su vientre, vaciándola por completo. Dejó caer la cabeza hacia atrás, completamente exhausta, mientras buscaba aire.

El llanto del recién nacido le pareció tan dulce después de su propio grito de dolor que los sollozos la sacudieron, estremeciéndole el pecho.

Keiran la abrazó y la besó, mirando con asombro tanto a ella como a su hijo.

Sí, un varón. Y pensó que, en el pasado, nunca habría imaginado que algo tan maravilloso pudiera ocurrirle. Lágrimas de emoción le nublaron la vista, mezclándose con las de su amada.

—Lo has hecho a las mil maravillas... Ay, qué regalo tan precioso me has dado, *leannan*.

—¿Es un varón, verdad? —preguntó ella.

Asabi, atenta a limpiar al niño, levantó sus ojos negros.

—¡Sí, como dicho por Hombre de manos sagradas! Ahora lo llevo yo, duquesa.

—No, Key lo llevará —dijo ella para concederle el honor de sostener primero a su hijo.

El duque se acercó al bebé y Asabi se lo puso en brazos.

Keiran sintió una sensación poderosa y sobrecogedora en ese momento. Le resultó imposible contener las lágrimas. Con el dorso de la mano se secó los ojos y miró más de cerca a su hijo.

—Nicholas —dijo en voz alta, admirando al dulce bebé que hacía ruidos parecidos a los de un gatito. Lo puso en el brazo de Eleonor y se colocó junto a ellos.

Miró a la criatura, fijándose en cada detalle: el cabello finito, los ojos apenas entornados, la boca sonrosada con delicadas líneas.

—¡Pequeño mío, cuánto te he deseado!

El doctor, con la aguja lista en la mano derecha, dijo:

—Debo poner unos puntos. Ahora podéis cogerle las manos. Seré rápido.

Keiran le dio el bebé a Asabi y se concentró en Eleonor.

—Has estado increíble —le susurró al oído—. Gracias, *mo' leannan*, gracias por todo.

—¡Estoy tan feliz, Key, no te lo puedes imaginar!

—Lo sé. Lo siento.

Eleonor se adormiló con la agradable sensación que solo las manos de Keiran le proporcionaban y con la dulce música de los suaves sollozos de Nicholas.

* * *

30 de noviembre de 1812

—¡Otro día increíblemente soleado! —exclamó lady Bridget Northcliff, acercándose a la cuna que habían colocado junto al gran roble.

Más que una cuna para un recién nacido parecía una especie de enorme caja acolchada con mantas y encajes. Se inclinó para mirar dentro y apenas pudo distinguir la carita del niño, que asomaba bajo un encantador gorrito, envuelto en suaves cobijas de tonos claros. Dormía plácidamente.

Eleonor y lady Hereford estaban sentadas en el banco y se hicieron a un lado para hacerle espacio.

—¡Es maravilloso disfrutar de este calorcito! —declaró Eleonor.

El bebé descansaba, ajeno al alegre alboroto de Caroline y Jonathan, que corrían y saltaban bajo la atenta vigilancia de Annis y Zaynab.

La joven y callada Beyruud permanecía junto a la cuna, como si velara por el niño. Desde que Nicholas había nacido, se ofrecía con frecuencia para cuidarlo.

—Aun así, este clima tan templado promete una Navidad fría y nevada —añadió Eleonor con seguridad.

—¿Lo ha dicho Wilson? —preguntó lady Hereford con ojos preocupados. No soportaba el frío cortante de aquellas tierras y acabaría pasando los días junto a las chimeneas de la gran casa. ¡Si fuera por ella, hasta comería frente al fuego!

—Por supuesto, tía. Y parece que lo ha reiterado en los últimos días, recomendando que se provea de leña en abundancia al castillo.

La desesperada Martha se quedó callada mientras veía cómo Caroline corría hacia ellas.

—¿Es verdad que el duque vendrá a jugar con nosotros? ¡Annis dice que no! Pero lo ha prometido. ¿Puedo ir a buscarle? —repitió la niña con su vivacidad habitual.

—¿Lo ha prometido? ¿A quién? —preguntó Eleonor.

—A mí —respondió la niña.

—Entonces, si lo ha prometido, seguro que vendrá sin que tengas que ir a molestarle. Ya sabes que el duque siempre cumple sus promesas —dijo Eleonor tranquilamente, retirando unos mechones del rubísimo cabello de la niña.

Caroline reflexionó durante unos segundos y, como haciendo una concesión, declaró:

—He de admitir que tienes razón. Está bien, esperaré. —Y salió corriendo como había entrado.

A sus espaldas se oyeron voces masculinas.

El duque y lord Wiltshire se acercaban, seguidos de lady Alice, que caminaba sola, y lord Portland, que daba el brazo a lady Wiltshire.

Eleonor se levantó con ímpetu, extendiendo las manos hacia Key.

—Nicholas está dormido. Los niños que están allí te esperan ansiosos.

Keiran miró primero a su hijo y luego al césped, desde donde Caroline y Jonathan corrían hacia él.

—¡Duque! ¡Duque! ¡Por fin! ¿Vamos a la bahía? ¡Venga, vamos todos!

—No, Caroline —respondió Keiran en su habitual tono grave, que no admitía discusión.

—¿Por qué? ¡Yo quiero ir!

—Caroline —la amonestó Annis, que estaba de pie detrás de ella.

—Porque ya está subiendo la marea —explicó Keiran con sencillez—. Ve a jugar un poco más con tu hermano. Yo iré enseguida.

Caroline guardó silencio. Miró a lord Portland con ojos suplicantes.

—Voy si quieres —le propuso Simon, que en realidad estaba deseando charlar con Annis.

—¡Sí! —exclamaron los niños a coro.

Desde hacía algunos meses, el conde se quedaba a menudo con ellos para jugar o enseñarles algo. Era una alegría ver lo rápido que Caroline aprendía.

—¡Otro día precioso! —dijo el marqués, haciendo reír a las señoras—. ¿Qué he dicho?

—Disculpad, lord Wiltshire, pero de eso estábamos hablando hace un momento. No nos engañemos. Veréis, parece que Wilson ha declarado que esto —explicó lady Bridget Northcliff, señalando el cielo despejado con un elegante gesto de la mano enguantada—, no es más que el preludio de una Navidad fría y nevada.

—A mí me gusta la nieve —afirmó lady Alice.

—A mí también —añadió Eleonor—. ¡Cómo me gustaría que Nancy y el marqués de St. James ya estuvieran aquí! Y Roy, por supuesto.

—A propósito de Roy, Eleonor —dijo Keiran—. Llegó a Londres hace unos días.

El rostro de Eleonor se iluminó y, sin darse cuenta, echó una mirada furtiva a Alice.

—¡Es maravilloso! ¿Significa que estará con nosotros en Navidad?

—Sí. Llegará a mediados de diciembre, pero no antes. Quiere, y con razón, terminar el trabajo que le encargué.

—¿Qué trabajo? —preguntó Eleonor.

Lady Bridget Northcliff intervino.

—Organizar la carga, antes que nada, querida. Y luego, ocuparse del barco. Keiran, Wilson insiste en que almacenemos suficiente leña en el castillo. ¿Crees que deberíamos enviar también a las familias de los alrededores?

—Me temo que Wilson tiene razón, madre. Será un invierno duro. Mañana por la mañana me encargaré personalmente de organizar la distribución de leña y el abastecimiento continuo de alimentos para los meses de invierno.

—Si necesitáis ayuda, Northcliff, no dudéis en pedírmelo. Después de todo, un entretenimiento me ayudará a pasar los días.

—Mañana por la mañana, después del desayuno, en mi estudio, Wiltshire.

—¡Bien! ¡Me gustan las novedades! —respondió el marqués frotándose las manos.

—Ahora —añadió Keiran—, si me disculpáis, tengo un compromiso con esos niños de allí. Con permiso.

Todos se quedaron observando al duque caminar por el prado con su habitual porte austero, erguido e imponente. Apenas Caroline corrió a su encuentro, el duque se transformó: fingió una caída, rodando de lado y quedándose inmóvil, como si estuviera muerto, hasta que los dos niños se le echaron encima. Entonces se levantó de un salto con ambos aferrados a él, haciéndolos reír a carcajadas.

También los nobles que lo observaban rieron.

—¿Un paseo, Alice? —preguntó Eleonor.

—Sí, con mucho gusto, lady Northcliff.

El marqués y su esposa intercambiaron una mirada de complicidad.

Las dos mujeres echaron a andar lentamente por el sendero que bordeaba el bosque y llevaba a la casa de mamá Homa y Asabi.

—¿Todavía lo amas? —preguntó Eleonor sin preámbulos.

—Sí.

—Me parece que, a estas alturas, preguntarte si estás segura es innecesario.

—Lo hago todo pensando en él.

—Lo entiendo —suspiró Eleonor—. No te expongas si él no lo hace primero.

—Pero tú no actuaste así con el duque —señaló Alice.

Eleonor observó el rostro demacrado de la joven amiga.

—Porque yo estaba segura de que él sentía una fuerte inclinación hacia mí. Y, sobre todo, comprendí desde el principio que escondía sus sentimientos y emociones tras una fachada de severidad que solo la dulzura podía derribar. Pero Roy no es así. Si decidiera amarte, si diera cuenta de que te ama, te lo diría de frente, sin que tuvieras que luchar para oírlo.

—¿Crees que ha tenido distracciones? —preguntó Alice con cierto embarazo.

—Por supuesto que sí. ¡Ha estado fuera meses! Pero si al regresar deseara estar contigo, ¿no sería una maravillosa confirmación de sus sentimientos?

—Tienes razón. Pero me molesta incluso la sola idea de que él...

—Eso se llama celos, Alice.

La joven resopló sin demasiada elegancia, mientras jugueteaba con la punta de su botín, removiendo unas piedras.

—Querida, no te dejes relegar a un lado si sientes con convicción que le gustas: lucha por él, pero con las armas adecuadas.

Alice frunció el ceño, sin comprender.

—Escucha. No le digas que lo amas, pero sé siempre amable con él, cariñosa, atenta, y hazlo usando tu cuerpo con movimientos femeninos que despierten su imaginación. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—No del todo.

Eleonor se detuvo y la miró directamente a los ojos.

—Rózale una pierna por accidente, pero no le permitas tocarte. Déjate sorprender mirando fijamente su boca, pero no lo beses. ¿Ahora lo entiendes?

—Sí, pero... ¿no es demasiado atrevido?

—No. Es propio de una joven decente que no sabe que es una tentación, pero que lo es —respondió Eleonor, cambiando de dirección para regresar—. Alice, dentro de unos días iremos todas a Edimburgo a casa de Mrs. Mitchell por algunos vestidos.

—¿Yo también?

—¡Por supuesto! —exclamó Eleonor, abriendo los ojos con sorpresa—. ¡Celebraremos la Navidad por todo lo alto!

Alice suspiró. Pensó que disfrutaría eligiendo patrones en el salón de la modista y sonrió ante la idea de un guardarropa más propio de una mujer que de una niña, tal vez con escotes más bajos y colores diferentes de los clásicos neutros que su madre le exigía últimamente.

* * *

23 de diciembre de 1812

Eleonor sirvió el té y se lo ofreció primero a Nancy y luego al marqués de St. James.

—¿También para ti, Key? —le preguntó amablemente.

—Sí, gracias.

Los marqueses habían llegado la noche anterior y Eleonor estaba impaciente por hacerle su propuesta a Nan.

—Bien. ¿Puedo empezar? —preguntó a su marido.

Keiran asintió con la cabeza.

—Nan, he decidido que quiero que te encargues de administrar nuestra escuela —dijo Eleonor, pronunciando cada palabra con claridad y mirando a su prima a los ojos.

Nancy se quedó inmóvil, con la delicada taza de porcelana suspendida en el aire. Abrió la boca, pero la cerró de inmediato; miró a Daniel y luego dejó la taza sobre la mesa.

—*No creo ser capaz* —respondió utilizando los signos.

—*Yo creo lo contrario* —insistió Eleonor con gestos rápidos.

Nancy la observó fijamente.

—*¿Te refieres a la administración como si yo fuera la directora*?

—*Exactamente*.

Nancy negó con la cabeza, asustada por la gran responsabilidad que aquello implicaba.

—*¿De qué tienes miedo?* —preguntó Keiran, usando también los signos.

—*No es miedo. Es simplemente que yo no sería capaz de hacerlo.*

—*No estoy de acuerdo* —intervino el duque con determinación—. ¿Tú qué opinas? —le preguntó luego a Daniel.

Asegurándose de que su agitada esposa pudiera ver bien sus labios, Daniel dijo:

—Yo afirmo que es capaz de hacer lo que se proponga. Además, está empezando a hablar.

Aquella impactante revelación hizo que Eleonor diera un respingo.

—¿Qué?

Nancy frunció los labios y miró a su esposo con ojos de advertencia.

—*Unas pocas palabras, nada del otro mundo.*

—¡Deberías habérmelo dicho! —la reprendió Eleonor, sintiéndose ofendida—. Tú... nosotros...

—Eleonor —la llamó Keiran.

—¡No! Yo debía...

—Eleonor.

Ella guardó silencio.

—*Perdóname, pero me siento tan incómoda cuando intento pronunciar las palabras que mi mente conoce perfectamente y que mi voz no reproduce como debería.*

—No importa, Nan, discúlpame tú. Pero debes hacerte cargo de la dirección de esta escuela. Cuento contigo, por favor.

—*No estoy segura de...*

—Basta —intervino Daniel, fastidiado—. Eres capaz de hacerlo. Y lo harás.

Keiran arqueó una ceja, divertido por el tono autoritario de Daniel.

Nancy, ofendida por la excesiva determinación de su marido, declaró:

—*Está bien, lo haré. Pero al primer error que cometa...*

—*Le echaremos la culpa a Wolf* —concluyó el duque con rápidos gestos, levantándose de su butaca—. Vamos, Eleonor. Roy ha llegado.

* * *

Roy observaba con una sonrisa asombrada a su primer sobrino, Nicholas. Era gracioso con esas expresiones tan peculiares de un recién nacido, y habría querido tomarlo en brazos.

—¡Tienes suerte, lord Roy! ¡Duerme todo el rato! No hace más que dormir, comer y... bueno, esa otra cosa apestosa que no se puede mencionar —explicó Caroline con aire de experta.

Roy rio.

Y Nicholas lloró.

—¡Ah, por cierto! ¡Lo he olvidado! Debes tener cuidado de no hacer ruidos repentinos y fuertes. Es un bebé y se asusta. Ahora tendrás que tomarlo y calmarlo. ¿Quieres que te enseñe?

—Lo tomaré, y tú me dirás si lo hago bien.

Roy alzó al pequeño, que seguía llorando, bajo la mirada divertida de Annis y Zaynab. Lo acomodó en la curva de su brazo y comenzó a hablarle en voz baja.

Nicholas se calmó, fascinado por los ojos nuevos de aquel desconocido.

—¡Muy bien! ¡Lo haces francamente bien!

Annis negó con la cabeza, contrariada.

—No olvides con quién estás hablando, Caroline. No querrás que lord MacKendrick piense que no sabes comportarte como una señorita bien educada, ¿verdad?

Roy depositó al pequeño en la cuna, dejando que Caroline lo arropase. Luego, se acercó a Annis.

—Me han dicho que estás enamorada.

—¡Oh, lord Roy!, ¿cómo os habéis enterado? ¡Acabáis de regresar! —susurró Annis, ruborizándose.

La joven había notado de inmediato que el hermano menor del duque tenía un aire más maduro, a pesar de que solo habían pasado cinco meses desde la última vez que había estado allí. Estaba bronceado y su cabello castaño claro era más largo de lo habitual.

—Ya sabes que tengo mis habilidades. Las personas no pueden resistirse a mí —dijo con tono seductor, guiñándole un ojo—. ¿Es amor, Annis?

—Sí, creo que realmente lo es —respondió ella con timidez.

—Pareces casi indecisa. ¿Qué pasa?

—Obviamente sabéis de quién se trata, así que imaginaréis mi reticencia.

—¿Temes lo que puedan decir los demás?

—También. Pero, sobre todo, temo lo que él pueda decir cuando note la diferencia de clase social.

Annis estaba convencida de que, con el tiempo, Simon acabaría sufriendo por el enorme abismo que separaba sus posiciones en la sociedad.

—Simon nunca ha apreciado la compañía de sus iguales, salvo Kein y yo. No estoy de acuerdo con lo que dices, Annis. De hecho, creo que aún no lo conoces bien, de lo contrario, no tendrías dudas. Créeme, no habría escogido en otro sitio, ni algo mejor.

Le dio un beso en la mejilla y salió.

Atravesó el pasillo para bajar, pero un ruido en la escalera que llevaba al camino de ronda llamó su atención. Intrigado, subió.

La puerta que daba al exterior estaba entreabierta, y él se asomó con cautela. No vio a nadie, pero las huellas en la nieve indicaban que alguien había pasado antes por allí. Entonces la vio. Alice. Tan distinta, tan hermosa y más delgada. Su rostro transmitía serenidad, sus ojos estaban perdidos en el paisaje nevado. Llevaba un manto de lana beige ribeteado con piel blanca. La primera impresión que tuvo fue la de estar viendo a una mujer y no a una joven, y eso lo inquietó.

Decidió que no estaba listo para enfrentarse a ella a solas. No sabía cómo decirle lo que sentía. Retrocedió unos pasos y volvió a entrar, bajando apresuradamente los escalones... y chocando de frente con Eleonor.

—¡Roy! ¡Parece que has visto un fantasma!

Roy la tomó de la mano, echando una mirada rápida hacia atrás por temor a que Alice los oyera, y la condujo a su habitación.

—¿Qué demonios estás haciendo? Si Key nos viera aquí, ¿sabes la reprimenda que nos echaría a los dos?

—¡Acabo de ver a Alice! —exclamó él con agitación.

—¿Y?

—¡Eleonor, está diferente! ¡Ha cambiado! Parece más delgada, es decir, no en un sentido negativo —se apresuró a aclarar, desviando la mirada mientras reflexionaba sobre la imagen de la joven—. ¡Parece que se ha convertido en una mujer!

— ¡Ay, Roy! ¡Es una mujer! Y tampoco muy joven, me atrevería a decir: ¡Alice ya tiene veintitrés años!.

Roy frunció los labios y se recompuso.

—Que me parta un rayo, tienes razón.

—¿Entonces?

—Entonces... tendré que casarme con ella. No hay otra solución —respondió él, paseando la vista por la habitación mientras se frotaba el mentón con los dedos.

—Lo dices como si fuera una obligación, Roy. Nadie te está obligando. Y siempre y cuando ella te quiera, además. ¿O acaso piensas hacer tu propuesta directamente al marqués de Wiltshire, pasando por encima de ella?

—¡Un momento! En tu última carta escribiste que me ama. ¡No me digas que ahora tiene a otro!

—No. Todavía te ama. Pero yo no te he dicho nada, ¿está claro?

Roy sonrió como si ya hubiese ganado el juguete que siempre había deseado.

—Clarísimo.

Eleonor salió de la habitación negando con la cabeza.

—¿Qué demonios hacías ahí dentro? —Keiran la observaba con el ceño fruncido, como si tuviera motivos para sospechar de su esposa.

—Basta ya, Key. Pareces un niño celoso —dijo ella con aire altivo, pasándole por delante mientras se dirigía a su habitación.

Keiran apretó los dientes y la siguió. En cuanto estuvieron en su cámara, dijo:

—Estoy esperando una respuesta.

—Roy quería hablarme de Alice... y tú eres un ser insoportable y mandón —respondió Eleonor mientras se desvestía para darse un baño antes de la cena.

—¿Ya han llenado la bañera grande? —preguntó él señalando el cuarto de baño.

—Sí, ¿por qué?

—En cuanto termines, yo también me lavaré. ¿Qué te ha dicho Roy?

—Que no tiene otra solución que casarse con ella.

—Es lo que me esperaba.

—Roy lo ve como si fuera una obligación.

—Lo es. Creo que se ha dado cuenta de que está enamorado y, aunque quisiera tenerla sin casarse, sabe que no puede.

—¿Tenerla? ¿Te refieres solo al sexo? ¡Pero si has dicho que está enamorado!

—Se puede estar enamorado y ser amantes sin casarse —le respondió Keiran, disfrutando al expresión de horror de Eleonor.

—Eso no me gusta. Amor y sexo sin matrimonio. No, no me gusta en absoluto. ¿Por eso dice Roy «que tendrá que casarse con ella»?

—Por eso.

—¿Alguna vez la has tocado? A Alice, me refiero.

—Sí, está bien.

—¿En qué sentido?

—Es una buena chica; todavía un poco inmadura, pero sincera —respondió él observando a Eleonor sumergirse en el agua. Se quedó de pie, desnudo, admirándola.

Eleonor le miraba de reojo cada poco, sintiendo una mezcla de excitación y expectativa al sentirse observada de esa manera. Él estaba guapísimo y era sumamente viril, pensó, y su cuerpo musculoso y bien modelado, invitaba a tocarlo.

—¡Maldita sea, Key! ¡No puedes leerme siempre la mente de esta manera! ¡No es justo!

—No lo hago a propósito —se justificó él en tono bajo—. Dime que quieres hacer el amor, Lio.

—Quiero, pero me da miedo...

—Podríamos esperar un poco más.

—Me gustaría intentarlo, pero muy despacio.

Keiran la besó, permaneciendo de pie fuera de la bañera, sin tocarla.

Eleonor sentía que su cuerpo se estaba despertando a sensaciones que parecían adormecidas.

—Vamos junto al fuego, Lio, será más fácil para ti.

Frente a la chimenea, él dispuso varios cojines y se sentaron allí.

—Estás incómoda. Lo siento.

—Perdóname.

—Has dado a luz a un hijo y a tu cuerpo le está costando recuperarse.

—Me siento extraña.

—¿Y qué más?

—Estoy hinchada y no tengo las formas de antes.

—Estás solo más rellenita y pronto volverás a la normalidad.

—Tengo miedo de que ya no le guste —confesó ella—. ¡Y buscarás a otra y yo tendré que odiarla y matarla por celos!

Keiran se echó a reír a carcajadas.

—¿Te ríes de mí?

—¡Pues claro! ¡Eres divertidísima! Y yo te quiero muchísimo. Ven aquí.

Eleonor se dejó abrazar y acarició los vellos oscuros de su pecho.

—Escúchame bien, *mo' leannan*. Estás bellísima y yo solo te quiero a ti, lo juro. —La acercó a él y la besó suavemente, lentamente, saboreando y lamiendo sus labios, deteniéndose a acariciarlos con la lengua y pequeños mordiscos bien calibrados. Acarició su cuerpo con extremo cuidado, adorando cada parte de ella como solo un enamorado sabe hacerlo, hasta que la sintió moverse sobre él, y la humedad entre sus muslos le invitó a frotarse, disfrutando de ese sonido líquido de excitación femenina.

—¿Está bien, verdad? —preguntó malicioso.

—Sí, creo que sí, Key.

—No tengas miedo —susurró él, buscando el camino hacia su centro húmedo. Se insinuó, deslizándose dentro de ella con cuidado, el azul intrigante entrelazado con los ojos verdes de ella. Alcanzó su meta, entornando los párpados en un intento de controlar el placer de ese cálido envolvente.

Eleonor emitió un jadeo lánguido.

—Es tan diferente.

—¿El qué?

—La forma en que te siento.

—Sí, es distinta, y maravillosa igualmente.

Keiran apenas se movió una vez, y luego de nuevo, percibiendo, a través de la erección compacta, los músculos internos que lo envolvían, ansiosos por succionar su esencia masculina que amenazaba con explotar.

Eleonor se estaba dejando llevar, increíblemente consciente de la dureza que entraba y salía de ella, regalando punzadas que se ramificaban cada vez más potentes desde su cavidad. Comenzó a balancearse voluptuosa sobre aquella sólida carne masculina, temblando de impaciencia y deseosa de abrirse mucho más para recibirlo.

Keiran tomó los senos en sus manos, tocándolos con prudencia por temor a lastimarla.

—Sé que te gusta, lo sé, eres tan excitante.

—Así que te sigo gustando después de todo.

—¡Ni te imaginas cuánto! —respondió Keiran, que se encontró jadeando como un niño pequeño.

—¡Key, no pares, me encanta que estés así por mí!

—¡Leannan, eres tú la que tiene que parar o me correré ahora mismo!

Ella no le hizo caso y siguió disfrutando de sus caricias y sus gemidos roncos, entregándose cada vez más con el paso de los segundos.

—¡Lio! ¡Detente o me corro! —le advirtió él, sujetándole las caderas con determinación.

Eleonor le desafió con una mirada de comprensión y estalló, decidida a tenerlo todo.

Aquello fue el límite para Keiran. Se hundió en ella implacable, complaciendo el movimiento erótico de su cuerpo, hasta que ella se vació por completo, profiriendo un grito desesperado.

Estaba sin aliento.

—¡Caray, Lio! ¡Y tú tenías miedo de empezar! Chiquilla, estás tomando demasiada iniciativa y no me gusta que me tengas en un puño.

—Me parece que has disfrutado. Aunque fuera diferente.

—Eres diferente aquí dentro —dijo él, haciendo palpitar su pene dentro de ella.

—¿Pero te parece bien, Key?

La besó tiernamente y solo dijo:

—Te quiero.

* * *

Cuando Alice entró en el salón con sus padres, intentó, si bien con gran nerviosismo, mirar a lord MacKendrick a los ojos para saludarle cortésmente, sin añadir nada más de lo que dictaba la etiqueta.

Roy la miró embelesado, como si la viera por primera vez. Ya era toda una mujer, pensó, femenina y atractiva con aquel sencillo vestido azul que resaltaba la forma de sus pechos. Se movía con elegancia, con gestos medidos y miradas abiertas y directas.

El ambiente navideño flotaba en el aire y la gran charla sobre la excursión prevista para el día siguiente, en busca del tronco, alegraba a todos y traía a la memoria los recuerdos de las Navidades pasadas.

Lawrence, el conde de March, a quien se esperaba la víspera, fue mencionado en una ocasión. El hecho de que aún no hubiera llegado no pareció preocupar en absoluto al marqués de Wiltshire, pero su esposa adoptó una expresión ligeramente resentida, como si la preocupara algo.

Keiran sintió gran pesar por ellos.

Sabía que Lawrence asistía muy poco a las reuniones familiares y, cada vez que estaba a su lado, percibía su malestar por no ser quien quería ser. El joven, educado y refinado, ocultaba una inquietud provocada por haber nacido en un cuerpo que no sentía suyo. Keiran advirtió en la mirada de las jóvenes el deseo de ser como ellas y sospechó que sus padres habían notado algo. Ahora se encontraba en la desagradable situación de no poder seguir fingiendo que no lo sabía: Cyrus conocía bien sus capacidades sensoriales y mentir habría sido indigno de su amigo.

La cena fue bastante bulliciosa debido al diálogo espontáneo y en absoluto formal. Cuando las mujeres se marcharon para dejar a los hombres el placer de beber los licores a solas, una intensa mirada de Alice pilló desprevenido a Roy, que estaba hablando con el marqués de Wiltshire y se quedó sin palabras. La muchacha le sonrió antes de que su padre se diera cuenta.

—¿Podrías tocar algo navideño al piano, tía? —le preguntó Eleonor. Ella no se sabía nada bien, pero le encantaba escuchar a los que sí sabían.

Martha se sentó en la banqueta. La melodía resonó, brindando momentos inolvidables.

Los hombres se unieron a ellas durante una alegre sonata, pero respetaron el silencio mientras esperaban a que la música cesara.

—¡Lady Hereford, pocas veces he oído música tan bien interpretada! —exclamó Simon al acercarse al piano. Cogió su mano y la ayudó a levantarse, acompañándola hasta el sillón.

—Sois demasiado amable, lord Portland —respondió Martha avergonzada, poco acostumbrada a los cumplidos.

—El conde tiene razón —añadió Wiltshire.

—La habilidad de la tía Martha compensa mi incapacidad para ese instrumento —admitió Eleonor—. Me recuerda al canto de lady Georgia en las pasadas Navidades.

Silencio.

—Ya está en Italia —añadió Eleonor, pensativa—. Solo puedo desearle que allí encuentre lo que busca.

—¡Cuántos acontecimientos desde el año pasado! —exclamó lady Bridget Northcliff, recordando a cada uno de ellos los hechos escandalosos e indecorosos ocurridos por obra de Bath, lady Portland y el Mayor Harris. —¡El nacimiento de mi nieto! ¡El mejor de todos! —sentenció luego, haciendo reír a todos.

Comenzaron a conversar entre ellos y Alice, notando los ojos de lord MacKendrick sobre ella, se apartó del grupo para mirar por la ventana, segura de que él la alcanzaría.

—¿Qué buscáis? —preguntó Roy, asomándose afuera.

Alice le sonrió.

—¡Está nevando!

—Sí. ¿Tanto os gusta?

—Adoro escuchar el silencio de la nieve al caer. No os riais, os lo suplico.

—No lo haré. Es delicioso cómo lo habéis dicho: escuchar el silencio de la nieve al caer. ¿Vamos? —preguntó indicando con un repentino gesto de la cabeza hacia el jardín.

—¿Qué dirán?

—Si esta alegre compañía me lo permite —dijo en voz alta, esperando que todos lo miraran—, llevaría a lady Alice a cumplir un deseo: escuchar el silencio de la nieve al caer... ¿habéis dicho así, verdad?

Alice asintió.

—Tiene mucha pasión por la nieve —explicó su madre—. Quizás incluso más que vos, lady Northcliff.

—Sí, y debe ser como decís, ¡si insiste en salir con este frío! —admitió Eleonor, guiñando un

ojo a Roy—. Sin embargo, lord Roy —añadió—, aseguraos de que lady Alice se abrigue bien u os consideraré responsable de cualquier malestar. —Era una advertencia y le daba a la frase otro significado, que solo Roy podía intuir.

—Intentaremos llegar bajo esta ventana para daros una idea de lo alta que es la capa de nieve —anunció Roy con orgullo—. ¡Vamos!

Salieron del salón y Nancy se colocó junto a la ventana con una hoja en una mano y un carboncillo en la otra, a la espera.

Keiran marchó detrás de ella, curioso por ver qué iba a dibujar. Los pocos faroles del jardín iluminaban más que cuando no había nieve, porque el reflejo de toda esa claridad servía de luz.

Nancy levantó los ojos hacia el duque y le ofreció papel y carboncillo, como preguntándole si quería dibujar él. Keiran sonrió y negó levemente con la cabeza.

Pasaron unos minutos y aparecieron dos figuras hundiendo los pies en la nieve, Roy que sostenía a lady Alice del brazo para que no cayera. Ambos estaban bien abrigados y la joven incluso llevaba puesto un chal, elegantemente combinado con los guantes. Ambos miraron hacia la ventana para saludar.

También los Wiltshire y Eleonor se habían acercado. Todos admiraban a Alice, con los ojos cerrados y levantados al cielo, escuchando la nieve que caía.

Roy la observó durante unos segundos, luego comenzó a hablarle. Evidentemente, lo que dijo la obligó a mirarlo.

Ella parecía sorprendida, pero inmóvil, estática como el paisaje que la rodeaba.

Él dio un paso adelante y Alice miró instintivamente hacia la ventana, como si temiera las miradas inquisitivas del público.

No se sabía si la joven estaba hablando, porque la capucha del pesado manto cubría bastante bien su rostro.

Todos observaban en riguroso silencio, como si presagiaran algún acontecimiento.

Keiran, en cambio, estaba seguro de que algo importante estaba por suceder.

Esa expresión tensa en el rostro de Blake convenció a Daniel de acercarse a la ventana y, al ver a Roy entregando algo a la joven, enarcó las cejas.

—Ya está —murmuró en voz baja a su amigo.

Keiran asintió con la cabeza.

Cuando Roy se volvió hacia ellos en busca del marqués de Wiltshire, Eleonor llevó la mano a la boca, emocionada.

—¡Ay!...

Lady Hereford, que ya se había acercado a la ventana junto con lady Bridget Northcliff y lord Portland, entrecerró los ojos para enfocar lo que lord MacKendrick sostenía entre los dedos y mostrarlo a los espectadores, mientras esperaba una respuesta de Wiltshire.

—¿Qué es? —preguntó Martha ingenuamente.

—Creo que es un anillo de compromiso, Martha —respondió lady Wiltshire tranquilamente, con una sonrisa divertida.

Todos se volvieron para estudiar el rostro del marqués, y por fin comprendieron lo que Roy estaba haciendo.

El hombre suspiró.

—Northcliff, resulta difícil decir que vuestro hermano se rija por la etiqueta. Nunca había visto ni oído una propuesta de matrimonio tan singular.

—Completamente de acuerdo, Cyrus —confirmó Keiran sin apartar la vista de los dos enamorados. Sintió que la mano de Eleonor buscaba la suya y la tomó, apretándola con fuerza.

Wiltshire sonrió a Roy y le hizo un gesto de asentimiento evidente.

—Bueno, ¡ahora sí que van a ser unas Navidades especiales! —dijo Eleonor.

Todos rieron, contagiados por el romanticismo del momento.

Keiran decidió que ya era hora de darles un poco de intimidad a los dos.

—Vamos a tomar algo —dijo, alejándose de la ventana y descorriendo las cortinas.

Wiltshire se puso a su lado, lo miró, y por último, se dieron la mano.

* * *

Roy sabía a qué se refería Eleonor. Cogió el chal de lady Alice de manos de la doncella y la ayudó a ponérselo. Incluso se tomó la molestia de levantar la solapa de su capa y la capucha.

—¿Tenéis miedo de la duquesa? —preguntó jovial Alice.

—¡Un miedo atroz! —respondió él sonriendo—. En realidad, ella no hablaba del peligro del frío, sino del peligro de estar solos. Es decir, sabe que podría hacer algo que no debería porque me gustáis mucho. ¿Vamos?

Alice se quedó confundida ante tanta franqueza y lo siguió en silencio.

Afuera hacía un frío penetrante, pero la maravilla del paisaje nevado capturó toda su atención.

—¡Es hermoso! —susurró ella.

Roy la tomó del brazo y caminaron hundiendo los pies en la nieve.

—¡Caramba, qué alta está! Tened cuidado, ya os ayudo yo.

—¡No me soltéis! ¡Oh, tengo nieve dentro de las botas! —exclamó con una expresión divertida.

—¡Eso es! ¡Ya estamos! Nos están mirando —dijo Roy, observando la ventana iluminada.

—¿Lady St. James está dibujando? —preguntó Alice.

—Parece que sí. ¡Inmortalizados en un dibujo y congelados en el jardín!

Alice se rio. Luego levantó la cabeza, con los ojos cerrados, y sintió cómo los copos caían sobre su piel y cómo se posaban sobre la manta blanca que las rodeaba.

—¿Lo notáis?

—¿El qué?

—El silencio de la nieve cuando cae —susurró ella, manteniendo la cara hacia el cielo.

Roy la admiraba embelesado, fascinado por lo hermosa que se había vuelto.

—Nunca he dejado de pensar en ti, cada día —le confesó inesperadamente.

Alice la miró, con los ojos muy abiertos, mientras su corazón empezaba a latir como un tambor.

—He imaginado este momento tantas veces. He fantaseado con tenerte solo para mí, con tocarte y besarte, con estar de pie y verte mientras te vistes o te desnudas, mientras comes o duermes. Y quiero que eso ocurra siempre. Me he enamorado de ti y quiero casarme contigo.

Una declaración así, tan rápida, franca y espontánea, no se parecía en nada a las declaraciones de amor de las que Alice había oído hablar tanto. Entrecerró la boca con expresión atónita, como abrumada por una avalancha.

—Esto es para ti —dijo Roy, dando un paso adelante y sacando una cajita de un bolsillo.

Tomó el anillo entre sus dedos, en el que un gran diamante brillaba mucho más que los copos de nieve. Vio que los ojos de ella se abrían aún más y se echó a reír.

Luego, él se volvió hacia la ventana. Allí estaba el padre de ella. Entonces levantó la mano y mostró el anillo, esperando un gesto de asentimiento. Todos miraron al marqués y, finalmente, este hizo una señal de aprobación.

—¡Vuestro padre me da su permiso! —exclamó Roy, entregándole el anillo.

Pero Alice no se movía.

Se miraron durante unos instantes, luego la luz de la ventana se fue apagando. Alguien había cerrado las cortinas.

—Ahora no pueden vernos. Habla —la apremió Roy.

—Sois un presuntuoso.

Roy se llevó la mano al costado, asombrado.

—¿Por qué?

—No he expresado mi opinión. Y no estoy segura de que me améis.

—Te amo, y si lo digo es porque lo sé. No lo dudes. También sé lo que piensas: me amas desde hace mucho tiempo.

—¿Cómo? ¿Qué sabes tú? —preguntó Alice, que empezaba a impacientarse—. ¡No puedes volver de tu viaje y pretender declararte así! —exclamó, señalando con las manos a su alrededor.

—¿Hubieras preferido una declaración más formal? —preguntó Roy con una de sus encantadoras sonrisas. Se acercó a ella sin dejar de mirarla—. Me arrodillaré si quieres, como hacen los caballeros románticos ante sus enamoradas —dijo.

—¿Te estás burlando de mí?

—Claro que sí.

—¡Yo no soy una chiquilla melindrosa!

—Lo sé. Por eso estaba convencido de que no le darías importancia al dónde y al cómo. Aunque finjas lo contrario. —Roy tomó su mano izquierda, retiró lentamente el guante, besó cada uno de los dedos mientras seguía mirando sus ojos azules. Finalmente, deslizó el anillo en su dedo.

—Aún no he... aún no he aceptado—precisó ella, confundida por el contacto con él.

—Avísame cuando hayas decidido —replicó Roy, metiendo las manos dentro de su abrigo para abrazarla—. Mientras tanto, piénsalo... —Se inclinó sobre ella y la besó suavemente, con extrema dulzura, saboreando la suavidad de sus labios helados.

Alice se hallaba inmersa en un torbellino, aturdida y confundida. Le dejó hacer, sintiendo una mezcla de emoción y contrariedad. Se preguntó cómo actuar, pero se dio cuenta de que en realidad ya lo estaba siguiendo con la boca y que sus brazos habían subido para rodear su cuello. Le pareció absurdo no poder ordenar a su cuerpo que se quedara quieto.

—No puedo creer que puedas rechazarme después de un beso así, Alice.

—Es solo un beso.

—¡Ni lo sueñes! Estoy esperando una respuesta.

—¡No me presiones!

Roy volvió a besarla, devorando su boca. Movió las manos por su cuerpo, deslizándolas descaradamente hacia sus nalgas.

—Estás más delgada —dijo, recorriendo descaradamente sus carnes.

Los ojos de Alice se abrieron de par en par ante aquel contacto tan íntimo.

—¡Por tu culpa!

—¿Por mi culpa?

—Me has quitado el apetito.

—¿Por qué? ¿Pensabas a menudo en mí?

—¡No! —replicó ella irritada—. ¡A menudo pensaba en las mujeres con las que estarías!

—¡Eres tan divertida!

—¡No quiero un marido que se vaya a fornicar con otras! Así que...

—¡Eres muy graciosa, Alice!

—¡No estoy de broma!

—¡Yo tampoco! Estás mejor así, porque ciertas formas son más evidentes. ¡Así que, sigue estando celosa si quieres!

Se quedaron mirándose, pero esta vez Roy se puso serio, esperando que ella se calmara.

—Dime algo, por favor.

Alice se mordió el labio inferior y dijo con voz temblorosa:

—¿Qué puedo decir? Me pongo nerviosa cada vez que te veo. Te amo desde hace mucho. Ya no esperaba que pudieras amarme. ¿Qué más quieres?

—Nada más.

Roy la abrazó, en un gesto cálido y reconfortante, con su cabeza de color castaño claro apoyada en la de ella, encapuchada.

Alice lo rodeó por la cintura, mientras unas lágrimas de felicidad mojaban el manto oscuro de su prometido.

Conclusión

Shell Bay Manor, Fifeshire, Fiordo de Forth, Escocia

Julio de 1833

El joven heredero del duque de Northcliff, Nicholas, estaba cómodamente sentado en un silloncito de madera entrelazada, con las piernas estiradas sobre el mullido césped a la sombra del gran roble. Con la cabeza erguida y las manos entrelazadas frente a él, charlaba con su abuela, lady Bridget Northcliff, y con Agatha.

A las dos mujeres, septuagenarias ya, les encantaba estar al aire libre cuando el magnífico jardín del castillo se abarrotaba de jóvenes.

—No le veo la lógica a tanto blandir espadas —murmuró Agatha, concentrándose en la figura de Roy, que, frente a un nutrido grupo de jóvenes espectadores, entrenaba a James, su primogénito, y a Alexander, el hijo de Daniel y Nancy, ambos de dieciséis años y en un gran frenesí por crecer. Con ellos estaban Jonathan, ahora de veinticinco años, y Bridget, la quinceañera y tercera de los siete hijos de los duques de Northcliff.

—Un entrenamiento saludable endurece tanto el cuerpo como el espíritu, así dice siempre el tío Roy —replicó Nicholas, divertido ante el poco convencido rostro de Mrs. Brodie.

—¡Tanto sudor inútil! —estalló la anciana—. Vuestro padre templaba el espíritu y el cuerpo ayudando a los operarios y campesinos. ¡Nada de espadas!

Nicholas sabía bien que su padre, el duque, nunca había sido un hombre inactivo. Y, sobre todo, jamás había permitido distinciones de clase social, trabajando arduamente junto a sus trabajadores e incluso más que ellos.

Su abuela, lady Bridget Northcliff, observaba con los ojos apenas entrecerrados, una sonrisa inmóvil en su rostro arrugado y sereno. Se repetía constantemente que aquella nieta, Bridget, solo había heredado de ella su nombre. Era un torbellino, una muchacha vivaz, siempre en movimiento, con conocimientos que una chica de quince años no debería tener. Incluso su apariencia reflejaba esa efervescencia: llevaba el cabello siempre suelto sobre los hombros, sostenido únicamente por una cinta alrededor de la cabeza. Era de un rojo intenso y, además, rizado. Para completar el cuadro, Bridget tenía la nariz y parte de las mejillas salpicadas de pecas.

—Solo un hombre, un verdadero hombre, más fuerte que ella, podría hacerla cambiar —sentenció de pronto la anciana, apartando con elegancia un mechón de su cabello gris plateado.

Nicholas comprendió de inmediato a quién se refería su abuela, pero no respondió.

—Solo tiene quince años. Ya llegará el momento —replicó Agatha, dejando vagar su mente hacia el nacimiento de Bridget y el de cada uno de los siete hijos del duque. Y ahora, allí estaban todos, junto a sus primos y amigos, insuflando vida a aquel viejo castillo.

A su Angus le habrían encantado esas reuniones bulliciosas, aunque sin duda habría intentado imponer cierto orden en medio del caos. Lo extrañaba tanto, después de todos aquellos años

juntos. Al menos Ramsay había tenido tiempo de conocer a todos esos jóvenes antes de fallecer a causa de una caída. Su cuerpo, ya debilitado, no soportó el trauma de permanecer postrado durante meses.

Agatha suspiró.

—¡Aquí está la limonada! —dijo una voz suave detrás de ellos. Era Sophie, la segunda hija del duque, tan hermosa como su madre; tenía colores más suaves, además de un carácter decididamente apacible, aunque nada sumiso. Depositó sobre la mesa baja una enorme cesta repleta de dulces.

Hettie, nombrada ama de llaves de Shell Bay Manor muchos años atrás, dejó la bandeja y comenzó a servir la refrescante bebida, mientras su hija Marion repartía vasos y servilletas. La muchacha, de catorce años, sonreía como siempre, y aprendía con entusiasmo todo lo que su madre y su padre, Ben, le enseñaban sobre la administración del castillo.

—Hettie, ¿le has pedido a Ben que envíe a un muchacho a recoger el vestido de la duquesa? —preguntó Agatha, preocupada.

Ben, quien había asumido el papel de mayordomo tras la muerte del querido Ramsay, sin dejar de ser el ayuda de cámara personal del duque, se había vuelto indispensable en la gestión de la numerosa familia.

—Sí, por supuesto, Mrs. Brodie. El muchacho debe de estar a punto de regresar, no os preocupéis —respondió amablemente Hettie.

Sophie ofreció un dulce a todos y, cuando estuvo frente a su hermano, le susurró:

—Ve, yo me quedo con ellos.

Nicholas tomó dos porciones de pastel y se levantó.

—Abuela, Agatha, voy con el tío Roy. Estará cansado y yo tengo ganas de entrenar un poco. Nos vemos luego.

Se encaminó con paso firme, con una postura erguida y segura. Era igual a su padre, Keiran, en la forma decidida de avanzar, en su manera de hablar, de observar e incluso en su cabello oscuro, aunque no negro, sino castaño. Solo había heredado dos cosas de Eleonor: el verde de los ojos y la luminosidad con la que se enfrentaba la vida.

Poco antes de llegar al final del prado, Nicholas alzó la vista hacia la terraza de la primera planta, que su padre había mandado construir años atrás. Era el lugar preferido de sus padres en días como aquel, pues desde allí podían observarlos a todos desde las alturas, resguardados por la sombra de un tejado resistente. A través de la barandilla de hierro forjado, los vio sentados en un pequeño sofá rústico, uno junto al otro, abrazados. Su padre lo saludó con la mano, y él respondió con una sonrisa. Lo adoraba, lo admiraba profundamente y siempre había intentado imitarlo en todo.

—¡Nick! ¡Ponte en marcha! —ordenó su tío Roy, tendiéndole una espada.

—¡Entrena conmigo! —dijo Bridget de inmediato, colocándose frente a él.

—Bridget, tu hermano estará mejor con Jonathan, ya que son casi de la misma estatura —explicó Roy con paciencia—. Tú prueba con James o Alexander.

—¡Por favor, tío! ¡Quiero intentarlo con Nick! —suplicó la muchacha.

Roy la observó durante unos instantes, apartando sus rizos del rostro.

—Deberías sujetarte el cabello, Bridget, como hacen todas las señoritas.

—¡Eso es tiempo perdido! ¿Nick, estás listo?

Hermano y hermana comenzaron a enfrentarse, aunque, por supuesto, Nick se movía con extrema cautela, evitando cualquier golpe brusco o ataque demasiado agresivo.

Roy, con los ojos de un hombre de cuarenta y seis años, observó a los jóvenes. ¡Cuánto les

quedaba por aprender! Cuántas experiencias por vivir, buenas y malas. Volvió a verse a sí mismo en aquel mismo jardín, de niño, jugando a las cartas con Axel mientras Kein los observaba. Habían pasado muchos años. Se volvió instintivamente en busca de su hermano mayor. Sus ojos se encontraron durante unos segundos; luego Roy miró a Alice, que estaba bordando dentro del nuevo cenador. Siempre tan encantadora, su cabello negro enmarcaba su rostro pálido y sus ojos eran más azules que nunca. Con ella estaba también Constance, su segunda hija.

La diligente niña de doce años estaba sentada elegantemente, revelando la innata elegancia y compostura que había heredado de su abuela materna, lady Winifred Wiltshire, quien recientemente había enviudado.

La mujer rara vez mostraba su tristeza por la muerte de su amado esposo, Cyrus, pero todos sabían que la marquesa ocultaba hábilmente sus emociones.

La partida de su hijo Lawrence, el conde de March, hacia Oriente, había sido un duro golpe para lady Winifred Wiltshire. Pero no tanto como la muerte de Cyrus.

El hecho de que se hubiera encariñado tanto de sus tres nietos, James, Constance y Edward, había sido beneficioso para todos. Ella disfrutaba de su compañía para olvidar momentáneamente el dolor que a veces la abrumaba, y los niños se beneficiaban de su experiencia y sabiduría, aprendiendo a vivir. Especialmente Constance, quien siempre había tenido un cariño especial por ella.

Roy bajó la mirada para buscar a su hijo menor, Edward. Estaba sentado en la hierba, junto a Richard y Henry, el cuarto y quinto hijo de Kein, respectivamente, y todos observaban atentamente los movimientos de Nick y Bridget, comentando de vez en cuando.

Su hijo Edward era un niño despreocupado, exactamente como deberían ser cualquier chaval de diez años.

James, su heredero, era como Edward de niño, pero luego, siendo aún un adolescente de dieciséis años, se había encaprichado de una bella jovencita que se alojaba en la casa de acogida de Eleonor. Sucedió a principios de verano y, desde entonces, todo había cambiado.

Richard le gritó a Bridget:

—¡Estocada! —Pero la chiquilla no podría haberlo hecho mejor, dada la diferencia de tamaño con su oponente. Richard murmuró entre dientes—: ¡Imagina si le hubiera dado justo en el medio! —exclamó, haciendo reír a Henry, como era su costumbre. Los dos hermanos eran muy diferentes: el primero era de pelo moreno y ojos verde claro, y el segundo, muy rubio y ojos azul claro.

Justo detrás de ellos iban Anthony, el tercer hijo de Daniel de su segunda esposa, y Kevin, el segundo hijo de Simon y Annis.

—Richard, ¿lo intentamos tú y yo a continuación? —le preguntó Kevin con la típica expectación que un niño de once años siente hacia uno de trece. Adoraba a Richard y siempre se quejaba de no tener un hermano mayor y divertido como él.

—De acuerdo, Kevin, pero solo una vez. Soy demasiado alto para ti —aceptó Richard.

—¿Y yo? —preguntó Anthony, temeroso de quedarse solo. Era el más pequeño del grupo, aparte de Matthew, que solo tenía cinco años, y eso siempre le incomodaba.

—El tío Roy te dejará practicar con Henry más tarde —le explicó Richard—. Henry, si tienes que llamar a Constance, hazlo ahora, porque luego no tendrás tiempo de practicar con Anthony.

Roy vio que Henry se levantaba.

—Tío, voy a ver si Constance ha cambiado de opinión y quiere intentarlo.

Roy sonrió sabiendo que su hija Constance nunca cogería una espada.

—De acuerdo —le respondió, dándole una palmada en el hombro. Lo observó mientras salía

corriendo.

Henry era muy querido por su aspecto angelical. Sin embargo, también sabía ser bastante rebelde.

—¡Hola! —gritó, alzando los ojos hacia sus padres, Keiran y Eleonor, y recibiendo de ellos un saludo con la mano.

Llegó al cenador, subió los escalones y se quedó un segundo mirando la enorme colcha en la que todas aquellas mujeres llevaban días trabajando, con la cabeza inclinada y absorta. Era preciosa y colorida, cada una había pegado un trozo de la suya.

—¡Es enorme! —exclamó, despertando su atención al unísono.

Alice, Caroline, Zaynab y Beyruud sonrieron.

—¡Deberíais ver lo que están haciendo en la Casa de Acogida! —exclamó Caroline con orgullo. Era la directora de aquel lugar desde hacía casi cinco años y había demostrado grandes dotes de gestión, pero sobre todo una inmensa humanidad con todos los niños y jóvenes que encontraban refugio allí. Solo parecía interesarle su trabajo, que de hecho era su pasión. A sus veintiocho años, la llamaban solterona. No es que le importara gran cosa. Era hermosa, siempre rubia y vivaracha; muchos jóvenes la pretendían, pero ella siempre se negaba.

—Tu piel clara, joven Henry, ya enrojecida —murmuró Zaynab con una sonrisa—. Quédate un rato en sombra, yo creo, o esta noche estarás rojo como fruta que Malik trajo ayer a Beyruud.

Malik, el hermano menor de Pitch, un chico simpático y ruidoso, mantenía una especie de relación amorosa con la tímida e introvertida Beyruud, quien, a pesar de sus treinta y tres años, aún no consentía en casarse.

—¡Qué detalle tan bonito, Beyruud! —exclamó la soñadora Charlotte, hija de Simon y Annis —. Cómo me gustaría tener también un enamorado que me trajera flores.

—Ha dicho frutos, no flores —especificó Henry—. ¿Qué frutos, Beyruud?

—Grosellas.

—Eres demasiado joven para tener un enamorado, Charlotte —dijo Alice a la joven—. Beyruud, deberías decirle que sí y casarte con él.

—¡Sí! ¡Sería maravilloso! ¡Una boda! ¡Adoro las bodas! —exclamó Charlotte, cada vez más entusiasmada.

—No sería apropiado —sentenció Constance con aire sabio y pacífico, asemejándose en ese momento increíblemente a su abuela, Lady Winifred Wiltshire—. Haría falta un período apropiado de noviazgo antes del matrimonio. Y aún no están comprometidos.

—¡Ellos se aman! ¡Entonces que se casen y punto! —estalló con la habitual espontaneidad Nichole, hija de Daniel.

—¡Bien dicho! —aprobó Caroline mientras se concentraba en enhebrar la aguja en el punto preciso.

—Zaynab, ¿tú qué piensas? —preguntó Alice, sabiendo que la mujer se consideraba madre de Beyruud, Caroline y Jonathan.

—Yo pienso que nadie puede decir a chica tú casa ahora. Si Beyruud no está lista, yo digo espera. Pero también digo: marquesa tiene razón. Beyruud, tú lista, pero haces como que no entiendes.

La joven suspiró, moviendo sus manos negrísimas sobre la colcha, sintiéndose culpable. Sabía que su madre había dicho la verdad y, después de todo, ella amaba a Malik. Quizás esa misma noche daría su consentimiento.

Henry, que había permanecido allí de pie, mirando ahora a una, ahora a otra, mientras intercambiaban esas frases, se preguntó si no se aburrirían hablando siempre de cosas de chicas.

—Constance, ¿has cambiado de idea? ¿Vienes a intentarlo?

—¡Oh, Henry, no me siento con ánimos para hacerlo! ¡Estaría tan incómoda! —respondió Constance con una dialéctica nada propia de una niña de doce años—. Sin embargo, con gusto daría un paseo. Me duele la espalda.

—Pueden ir, si quieren —dijo Alice, dirigiéndose a su hija, a Charlotte y a Nichole.

—Nichole, ¿crees que tu padre nos llevaría a la playa? —preguntó Constance a su amiga, apenas más joven que ella.

—Vamos a preguntárselo —respondió la otra, levantándose—. ¿Charlotte? ¿Vienes?

Charlotte tenía catorce años, por lo que no le gustaba mucho entretenerse con ellas.

—No, gracias, me quedo un poco más aquí —respondió educadamente, esperando que siguieran hablando de matrimonios, flores y amor.

Así que Henry, Constance y Nichole se dirigieron hacia el marqués de St. James, que charlaba con lord Portland, sentado en un muro bajo junto al sendero del bosque, a la sombra de grandes arbustos cubiertos de pequeñas flores silvestres.

—Papá, ¿nos llevarías a la bahía? —preguntó Nichole sin preámbulos.

Era una niña directa, exactamente igual que su madre, Sarah Jeanne.

—De ninguna manera, cariño. Hay marea alta.

—¡Uf! ¿Adónde vamos? —le preguntó Nichole a Constance.

—Caminemos hacia el bosque —propuso Henry.

—Pero no te metas ahí —intervino Daniel con determinación. Los recuerdos de sucesos remotos le asaltaron como si hubieran ocurrido el día anterior.

Los niños ya habían desaparecido. Simon y él permanecieron solos, en silencio y absortos en sus propios pensamientos.

Los ojos de Daniel, bordeados de líneas de expresión que ahondaban su color dorado, buscaron a Alexander. Se parecía tanto a ella, a Nancy, su amada esposa.

Volvió a verla de pie, en aquel mismo jardín, tan tranquila y joven, tan hermosa y enamorada. Y luego, en aquel lecho de muerte, tras dar a luz a su hijo. Había sabido despedirse de ella con valor, pero mucho menos del que ella había tenido.

Había sufrido más que nunca, pero su hijo le había salvado. Ahora Alexander creía que él era la causa de la muerte de su madre y solo el Señor sabía cuántas veces había intentado decirle que no era así.

Solo la suave pero sincera intervención de Sarah Jeanne les ayudaba. La miró. Sarah Jeanne sonreía como siempre. Era su seña de identidad, aquella sonrisa intrigante acentuada por unos bonitos hoyuelos.

Daniel la había conocido en uno de los salones a los que se había visto obligado a ir unos dos años después de la muerte de Nancy, en un intento por encontrarse a sí mismo y recuperar las ganas de navegar.

Era sobrina de una condesa viuda muy rica. La mujer se había llevado a Sarah Jeanne con ella, convirtiéndola en su dama de compañía, haciéndose ella pasar por una magnánima pariente de la desgraciada, huérfana y pobre sobrina que no tenía ni arte ni parte, y tratándola como poco más que como a una sirvienta.

La llevaba a fiestas y a todas las reuniones sociales, exigiéndole rigor, compostura, obediencia y una vestimenta adecuada a su papel de pariente sumisa.

En algún momento algo había sucedido.

Sarah Jeanne siempre se mostraba distante y al margen, como si fuera tímida. Pero no lo era. Incluso vestía con colores oscuros y tristes, y llevaba el pelo rubio recogido en un severo moño.

Fue precisamente ella quien le explicó al marqués de St. James que su presencia ya no gustaba a la gente porque había sido descubierta por testigos besando a un hombre casado, episodio que la había etiquetado definitivamente como una mujer poco seria.

A nadie le importó que aquel hombre la agrediera, dejándole unos dolorosos hematomas además del feo recuerdo, y que ella lo hubiera encontrado repugnante. Siguió yendo a fiestas para no darle al hombre casado la satisfacción de verla aún más mortificada. Su mujer siempre estaba con él, y Sarah Jeanne insistía en recordarles a ambos, con su presencia, el agravio que habían sufrido. La joven había despertado la curiosidad de Daniel, pero no había nada más. Hasta que tuvo que buscar un trabajo más acorde con su desafortunada posición y se presentó en casa de St. James, como había hecho con tantas otras familias nobles, para ofrecer sus servicios como institutriz o ama de llaves.

El hecho de que Alexander hubiera congeniado inmediatamente con ella había impulsado a Daniel a contratarla, aunque fuera en contra de todo sentido común y de las normas. Parecía que ella no hacía caso a las malas lenguas que ya decían que era la amante del marqués, pero Daniel sí.

Esto provocó una furiosa pelea en el club del *Gentleman* Jackson, en la que también participó el duque de Northcliff, que propinó una sonora paliza a algunos jóvenes y les hizo poner pies en polvorosa. A partir de ese momento, Daniel había tomado la decisión de casarse con ella. Estaba convencido de que nunca encontraría a otra mujer a la que amar tanto como a Nancy. Además, Sarah Jeanne adoraba a Alexander como si fuera su propio hijo, lo cual era un detalle relevante.

Solo años más tarde, cuando llegó Nichole, comprendió la naturaleza de lo que sentía por ella. La amaba de un modo sencillo y tranquilo, con un sentimiento fuerte y maduro, muy distinto del que había experimentado por Nancy.

Ahora la veía pasear con Annis y se dio cuenta de que había pasado más tiempo con ella que con Nancy. Sin embargo, y que el Señor le perdone, su corazón seguía lleno de ella, su amada primera esposa. Pero no del todo. Tuvo que admitir que ahora no podía prescindir de Sarah Jeanne.

—A veces siento una gran melancolía cuando los recuerdos me abruman —dijo en voz alta.

—A veces es mejor no recordar, Daniel, para no sufrir —respondió Simon.

—¿Harías todo lo que has hecho hasta ahora, Simon?

—Sí —le respondió con prontitud. Pero entonces le asaltó un recuerdo—. No. Tendría que haber impedido que mi madre viniera a esta casa hace muchos años para exigirle algo a mi padre, el viejo duque. Yo no conocía su verdadera intención, pero sabía que era la amante del duque y que no habría estado correcto que viniera aquí. Sí, si pudiera revivir aquel momento, se lo habría impedido. Solo eso. Solo eso y muchas cosas horribles nunca habrían sucedido.

—Eras más joven e inexperto. Pero comprendo que, con el paso de los años, se piense en cómo habría sido si se hubiera hecho o dejado de hacer ciertas cosas. —Daniel se pasó una mano por el cabello castaño con mechas apenas grises en las sienes—. Yo no sé qué cambiaría. La verdad es que no lo sé. Porque cambiar el destino de Nancy significaría no tener a Nicole y Anthony.

Simon observó cómo Annis se reía de las frases de lady St. James.

La marquesa de St. James siempre se mostraba divertida con todo el mundo y especialmente amable con Annis, como si comprendiera lo que significaba proceder de un entorno diferente.

—Disculpadme —dijo Ben, que se había acercado lentamente para no molestar—. Su excelencia, la duquesa, me ha enviado para preguntaros si os gustaría cenar un poco antes. Considera que toda esta juventud puede sentir muy pronto los efectos de la fatiga y el hambre.

Lord Roy está de acuerdo, claro está.

—Completamente de acuerdo en lo referente a la comida —le guiñó un ojo Daniel.

—Está bien, Ben, gracias —contestó Simon.

—Muy bien. Se lo confirmaré a la duquesa inmediatamente. Con vuestro permiso. —Ben hizo una reverencia y se alejó a grandes zancadas. Pasó junto a su mujer, Hettie, que le sonrió.

—La gente que ya no está entre nosotros parece flotar aquí, como evocada por los recuerdos de todos nosotros —le señaló Hettie, mirando a su alrededor.

—Este castillo ha sido así durante muchas generaciones, ¿no lo sabías, Hettie?

—No, la verdad es que no. ¿Estás hablando de espíritus?

—No sé cómo quieres llamarlos. Lady Northcliff los llama almas, como buena católica que es. Agatha diría «espíritus» —explicó Ben.

—Los llamemos como los llamemos, están con nosotros —dijo Hettie con firmeza, mientras se dirigía a casa para organizar la cena.

Ben la miró un momento más y luego se dirigió a la marquesa de St. James y a la condesa de Portland. Las dos mujeres jugaban ahora de rodillas sobre la hierba con los niños más pequeños: Matthew y Natalie, los últimos de la prole de los Northcliff.

—¡Y cuando venga el dragón, debéis asustaros! ¿Lo has entendido, marquesa? —dijo Matthew, mirando a Sarah Jeanne con ojos brillantes.

—Lo he entendido. Pero luego, ¿podré luchar contra el dragón?

—Hum... ¡vale! Pero Natalie y yo ganamos porque nuestras espadas las hizo un mago y, por lo tanto, ¡tienen un poder mágico!

Annis se rio.

—¿Y qué hago yo?

—¡Nada! Solo eres la princesa y debes quedarte quieta, si no se te estropeará el vestido —explicó Matthew con increíble determinación.

—Mil disculpas —se adelantó Ben—. Sus excelencias aconsejan que esta noche la cena se sirva media hora antes de lo habitual.

—¡Estupendo! —respondió Sarah Jeanne, intentando recoger los mechones rubios que caían sobre su rostro enrojecido por el sol—. Gracias, Sr. Wilson.

—¡Es un placer! —Ben hizo una reverencia y luego se alejó, sonriendo al escuchar la risa cristalina de Matthew.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó el dulce balbuceo de la pequeña Natalie. Tenía tres años, pero hablaba muy bien.

Ben la miró dubitativo.

—¿Puedo quedarme en la cocina con Hettie?

—No sabría decirte, lady Natalie. Hagamos una cosa: ahora vamos juntos con tus padres y si ellos dan permiso, yo te acompañaré con Hettie.

Natalie esbozó una bonita sonrisa y estrechó la mano de Ben.

—¡Adiós! ¡Hasta luego! —saludó la pequeña, moviendo su manita regordeta en dirección a Sarah Jeanne y Annis.

—¡Bien! Ahora, condesa, ¡puedes tomar el lugar de Natalie! —exclamó Matthew, haciendo reír a Annis.

—¿Por qué te gusta tanto estar en la cocina, Natalie? —preguntó Ben mientras caminaba hacia la casa, aunque sabía que no obtendría una respuesta concreta.

—No lo sé —respondió puntualmente la niña, encogiéndose de hombros y se subió de un tirón su vestidito rosa—. Me gusta quedarme ahí mirando y probar cosas.

—Entiendo. —Ben la cogió de la mano mientras entraban en el gran salón y recordaba cuánto asombro había despertado la duquesa de Northcliff con aquella misma costumbre nada más llegar al castillo—. Quizá cuando seas un poco mayor descubrirás por qué te gusta tanto.

Natalie se rio.

—Quizá no haya ningún porqué.

Ben la miró.

—Sí, quizá no lo haya. ¿Tienes hambre?

—Muy poca. He comido tarta en el jardín.

Subieron las escaleras despacio.

—Seguro que dentro de una hora tendrás hambre.

Natalie volvió a reír.

—¿Y tú cuándo vas a comer, Ben?

Caminaron por el pasillo hasta la cámara ducal.

—Ya he merendado abundantemente, así que me quedaré hasta después de que todos hayan cenado; entonces cenaré con Hettie.

—¿Puedo cenar algún día en la cocina con vosotros?

—¿Algún día? ¡Yo diría que una noche! A esa hora tienes que estar en la cama, Natalie; no puedes quedarte despierta hasta muy tarde. —Ben entró en la cámara sin llamar, sabiendo que el duque y la duquesa no le oirían porque estaban en la veranda.

—Entonces, ¿quizá cuando haya crecido un poco?

—Quizá sí, y con permiso —dijo, y salió a la sombreada veranda.

El duque se volvió y vio a su hija menor. Su rostro bronceado se iluminó tanto que Eleonor supo de inmediato que Natalie estaba allí.

—¡Luz de mis ojos! ¿Qué haces aquí? —preguntó la duquesa.

—Excelencia, a todos les gustaría cenar un poco antes esta noche. Natalie tiene una petición que haceros —dijo Ben, empujando a duras penas a la niña hacia sus padres.

—Mamá, ¿puedo quedarme en la cocina con Hettie? Por favor. —le suplicó la niña, poniéndose delante de su madre.

Eleonor asintió.

La cara de la niña estaba radiante de alegría y Keiran no pudo resistirse a cogerla en brazos. La atrajo suavemente hasta su regazo por el brazo.

—¿Por qué quieres estar allí? —le preguntó en voz baja. Natalie levantó sus pequeñas manos hacia la cara de su padre y apoyó la frente en la suya.

—No lo sé —respondió ella también en un susurro. Pero quizá cuando crezca lo sepa.

Keiran disfrutaba con locura de aquellos momentos.

—Te lo diré a ti primero, ¿vale? —Natalie besó a su padre y bajó las escaleras.

Eleonor la vio corretear hacia la puerta, donde Ben volvió a cogerla de la mano para bajar juntos las escaleras.

Se quedaron solos, en silencio, observando su mundo, el que habían creado, a veces con alegría, a veces con dolor.

Keiran revivió con los sentidos agudizados los recuerdos de antaño, desde su infancia hasta la actualidad, a sus cincuenta y seis años.

Aún trabajaba con sus obreros, navegaba de vez en cuando en el «Eleonor Grace» y se sentía tan joven como cuando había besado a Annis por primera vez. Mantenía una vida sexual activa y satisfactoria y era consciente de que una esposa bella y joven como Eleonor no desempeñaba un papel menor en su vida.

El recuerdo de todas las mujeres que había tenido le hacía sonreír al pensar en lo distinto que todo había sido después de Eleonor.

No solo era por el sentimiento de amor que sentía, sino sobre todo por la forma diferente de vivir. Ya no con el autocontrol con el que se imponía ser el duque severo, inquietante y temible a los ojos de los demás, sino con una espontaneidad a la que llegó a acostumbrarse con el tiempo y solo en la proximidad de sus seres queridos, nunca en sociedad.

Eleonor nunca lo había forzado porque comprendía que ese era su papel y que, a estas alturas, la gente tendría que seguir viéndolo así. Ella había empleado su dulce astucia y su inocente engaño para hacerle maleable e inexplicablemente complaciente.

Keiran pensó en el hombre inflexible que había sido su padre y en todos los demás que ya no estaban. Sintió la presencia de ellos: personas a las que había amado y que ya no estaban: su hermano Axel, su padre, Nick y Sophie, la joven Nancy, y el fiel Ramsay. Miró a Eleonor. Su mente también estaba llena de recuerdos, la mayoría relacionados con su querida prima, podía sentirlo.

—A Nancy le habría encantado todo esto —dijo Eleonor, señalando a la gente de abajo.

—Sí, le habría encantado.

—La echo muchísimo de menos. Como siempre —añadió con voz quebrada, mientras su mente no dejaba de ver a la dulce Nancy Jane en su lecho de muerte.

—Lo sé, *leannan*.

—Sin embargo, me alegro de que St. James tenga a Sarah Jeanne. Ella lo ha salvado, ¿no crees?

Él asintió con la cabeza.

De repente, ella dijo:

—Pero el amor que le unía a Nancy era distinto.

—No deberías decir eso. Sarah Jeanne podría sufrir.

—Solo te lo he dicho a ti. Y sabes que es así.

Keiran la miró fijamente. Unas pequeñas arrugas se dibujaban en las comisuras de los ojos verdes de su mujer. Acarició su rostro y apartó los mechones de color miel que habían caído de la cinta. La besó en los labios.

—Tienes pecas.

—Me parece estar oyendo a mi tía Martha que desaprobaba mi tez demasiado sonrojada —dijo, recordando la melodiosa voz de su querida tía.

Ella había muerto unos años atrás, con el corazón cansado y enfermo, aunque no viejo. Había muerto lentamente, adormecida en un letargo que había durado días, durante los cuales su mente había reproducido los peores momentos de su vida: las afrentas que había sufrido por parte de su hijo, su maldad, su desaparición en Londres, la muerte de su amada Nancy y la de su querido marido, Ernest.

«Yo ya no tengo tu fuerza, Eleonor», solía decirle a Eleonor.

—También me falta ella, tía Martha.

Keiran la estrechó más fuerte y la besó de nuevo.

—Estás siempre tan hermosa, con pecas y todo. Y hueles...

—Lo sé —respondió ella con descaro.

—¡No te entusiasmes, chiquilla!

—¿Chiquilla? ¡Tengo ya cuarenta y cinco años! Pero tienes razón: soy hermosa y tú eres un hombre afortunado, duque. Muchos de tus amigos te envidian.

—¡Demonios, lo sé! ¡Malditos sean todos!

Eleonor se rio, apoyando la cabeza en el pecho de él.

—¿Preparo el baño?

—¿Para los dos? —le preguntó él con la expectación de un jovenzuelo.

—Siempre eres el mismo.

Keiran la vio entrar en la cámara.

Las voces que procedían de abajo llamaron su atención.

Allí estaban, sus hijos e hijas. Sus sobrinos y amigos más queridos. Todo había sucedido porque Eleonor había entrado a formar parte de su vida.

Y todo continuaría, incluso cuando él ya no estuviera, porque el futuro estaba allí abajo, en aquellos jóvenes que disfrutarían y sufrirían, exactamente como les había ocurrido a ellos, exactamente como le ocurre a todo ser humano.

Los estudió a todos uno por uno, como si los analizara por enésima vez. Suspiró al sentir la mano de Eleonor en su hombro.

—El baño está listo —le anunció ella, inclinándose desde atrás y rozando su mejilla contra la áspera de él. Le acarició el cabello, ya no tan negro, cada vez más surcado de canas. Ese color plateado resaltaba el azul de sus ojos, dando gran énfasis a cada una de sus expresiones. Quien lo miraba solo notaba eso, los ojos profundos.

Keiran sujetó con fuerza la mano de Eleonor y la llevó a la altura de su corazón, como si quisiera capturar aquel momento y conservarlo para siempre. La sentía dentro, era parte de sí. Besó su mano y se levantó, abrazándola.

Se quedaron un momento más mirando hacia abajo, a sus más grandes amores.

Luego, siempre abrazados, entraron en la habitación, dejando que ese mundo continuara su inevitable curso, dejando que todo sucediera como debía suceder.

Agradecimientos

Cuando empecé a redactar los agradecimientos de esta cuarta edición, me di cuenta de que, desde la primera auto publicación de *Il Duca* en 2016, el número de personas a las que dar las gracias había multiplicado desorbitadamente.

Recordé con sorpresa la gran cantidad de lectores que me han escrito desde entonces para felicitarme, cuántos colegas escritores han expresado su admiración por esta obra y cuántos me han honrado pidiéndome opiniones, cuántos «asistentes», administradores y moderadores me han ayudado a gestionar páginas y grupos en Facebook e Instagram.

Mencionar a todos sería imposible. Pero a lo largo de este último año, algunas personas han estado más presentes que otras, testigos y apoyos, interviniendo en mi vida de escritora aportándome valiosos consejos y experiencias útiles de ejemplo, ofreciéndome apoyo en los momentos difíciles y espoleándome a pensar sólo en mi rumbo futuro.
En primer lugar, a mi marido. Ejemplo de concreción y practicidad, siempre ha sido un maestro inconsciente de lecciones de vida. Sí, inconsciente, porque no se da cuenta de que tiene el don de saber filtrar, elegir, seleccionar de un vistazo, arriesgándose a veces a ser cínico. Y, sin embargo, al final, ¡siempre tiene razón!
Silvia, la editora que con paciente y meticuloso trabajo ha puesto en orden este libro y que, como buena amiga, se alegra conmigo de los resultados obtenidos y participa, siempre con entusiasmo, en las decisiones que he de tomar.
Elena M., ahora ya mi lectora beta además de amiga sincera; se puso en contacto conmigo hace años expresándome su respeto por esta novela y me ofreció su experiencia para mejorarla.
Fiammetta R.v.G. y Maria Elena Franc, fieles colaboradoras que nunca se han distanciado a pesar de todo y de todos, y ellas saben a qué me refiero. El entendimiento que ha crecido en el último año tiene aún más valor porque ha germinado en un ambiente yermo de sentimientos honestos y limpios, una amistad a distancia llena de esos pequeños toques que marcan la diferencia.
Paolo Montaldo, amigo y colega, padrazo y dador de sabiduría, entre un café capuchino y un plato de pasta... ¡lo más grande posible!
Mis amigas libreras de Mondadori, Ilaria y Cristina, siempre dispuestas y disponibles, sobre todo para organizar almuerzos rápidos acompañados de una buena tertulia.
Cristina Caboni, escritora de gran talento, con la que nació un entendimiento inmediato, que se convirtió en una sana amistad, hecha de honestidad compartida y certezas.

Aunque no puedo nombrarlos individualmente (¡haría falta un volumen sólo para eso!) quiero expresar mi profunda gratitud a los lectores porque son ellos quienes me dan el impulso para nuevas historias, alimentan mi creatividad con su aprecio, y son la razón por la que escribo.

Un último y agradecido recuerdo, no por ello menos importante, va dirigido a quienes en vida han cruzado mares tormentosos y han encontrado puertos seguros donde desembarcar tras agotadoras luchas contra la discriminación, la intolerancia, la incomprensión, la injusticia, y la maldad. Siempre estarán en mis novelas, emblemas de la vida real, vivida con dignidad y honor.

EMMA LEE BENNETT

---

[1] Tortitas de avena finas y sin levadura.

[2] Empanadas saladas rellenas de carne picada y pan de galleta, cuya cáscara es una masa caliente hecha con manteca de cerdo.

[3] Plato somalí de atún fresco y patatas aromatizadas con comino y guindillas.